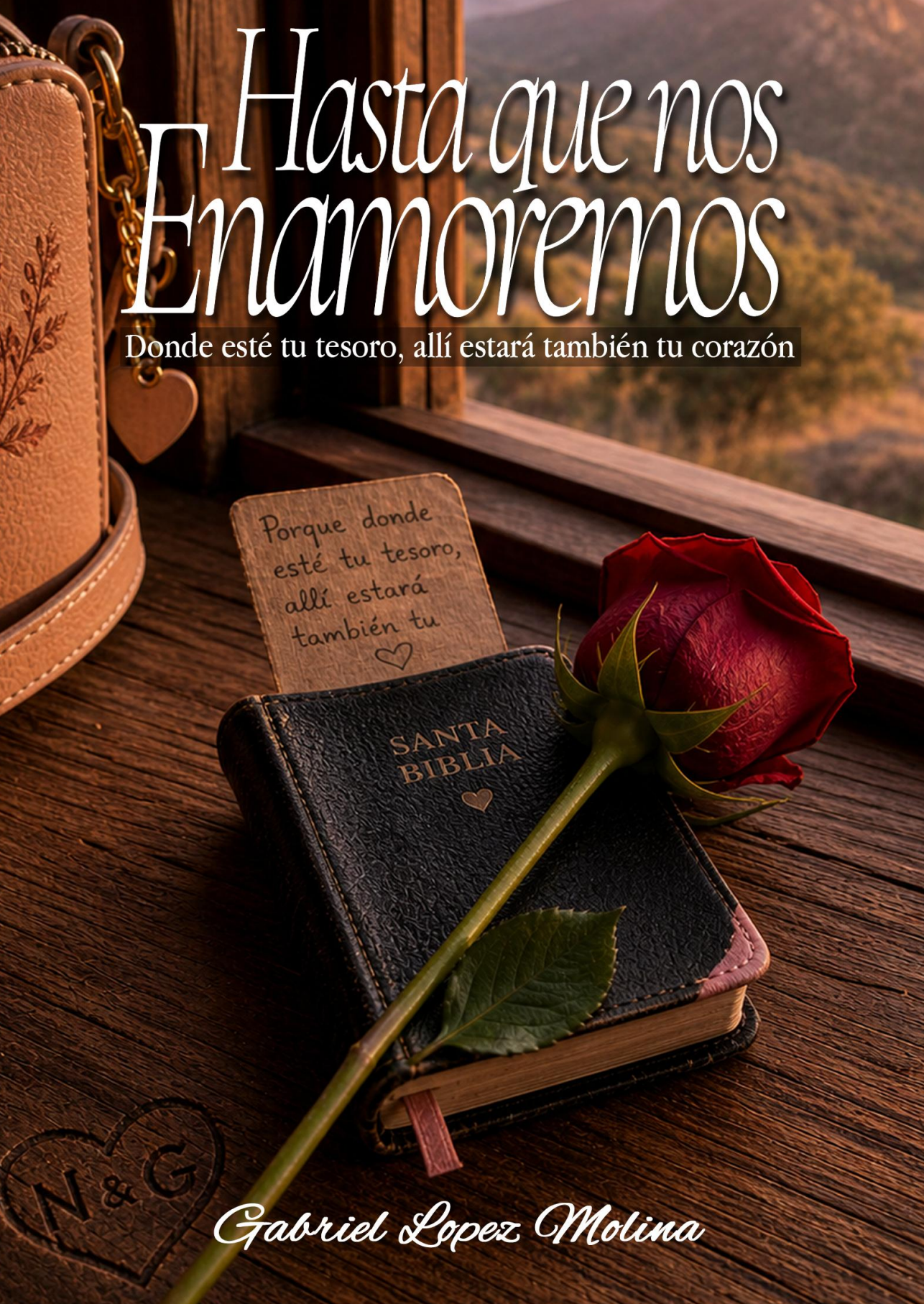
Hasta que nos Enamoremos
Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón
Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu
SANTA BIBLIA
Gabriel Lopez Molina

Hasta que nos Enamoremos

"Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón"

Gabriel López Molina

Hasta que nos Enamoremos

"Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón"

HASTA QUE NOS ENAMOREMOS

Gabriel López Molina

Primera edición, 2026

© 2026, Gabriel López Molina

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-631-01-5444-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización escrita del autor.

Hecho en Argentina.

A ese Dios que mostró su amor por mí,
cuando yo aún era un pecador,
y, aun así, igual envió a Cristo a morir por mí.

Romanos 5:8

«Pues donde esté tu tesoro,
allí estará también tu corazón.»

— Mateo 6:21

NOTA SOBRE LOS TÍTULOS

Los títulos de cada capítulo de esta novela corresponden a canciones de tres artistas del cancionero popular latinoamericano: Alejandro Lerner, César «Banana» Pueyrredón y Eddy Sierra y la cantante cristiana Doris Machín.

Su uso es exclusivamente literario y referencial. No se reproduce ningún contenido musical ni lírico, ni se persigue con ello ningún fin comercial. Los derechos sobre dichas obras pertenecen a sus respectivos autores y titulares.

El autor expresa su más profundo agradecimiento a Alejandro Lerner, César «Banana» Pueyrredón, Eddy Sierra y a Doris Machín por el legado musical que, sin saberlo, dio forma a cada uno de estos capítulos.

ÍNDICE

Prólogo ..... Página 11
Capítulo 1 — La llave de tu corazón ..... Página 13
Capítulo 2 — Eterno amor ..... Página 77
Capítulo 3 — Aférrate a mí ..... Página 109
Capítulo 4 — Inseparables ..... Página 165
Capítulo 5 — El amor de mi vida ..... Página 203
Capítulo 6 — Si un amor se va ..... Página 323
Capítulo 7 — Siempre te recordaré ..... Página 545
Epílogo ..... Página 673
Agradecimientos ..... Página 675
Sobre el autor ..... Página 677
Playlist HQNE ..... Página 680

PRÓLOGO

No todas las historias deberían leerse de la misma manera. Algunas se disfrutan, otras se entienden… pero hay otras que incomodan, que te dejan algo... Esta es una de esas.

Hasta que nos Enamoremos no fue escrita para mostrar un amor perfecto ni para construir personajes que el lector pueda admirar sin conflicto. Fue escrita para mostrar lo que ocurre cuando alguien recibe algo demasiado grande… y no sabe cómo sostenerlo. Y eso, casi siempre, duele.

En un mundo donde todo se ha vuelto rápido, descartable y superficial, donde el amor se confunde con deseo y la intensidad reemplaza al compromiso, esta historia se detiene donde la mayoría pasa de largo. Se queda en el error, en la contradicción, en los silencios incómodos y en las decisiones que tienen consecuencias.

No busca agradar. Busca decir la verdad.

Acá no vas a encontrar héroes impecables. Vas a encontrar personas. Personas que aman, que aman mal, que dudan, que se equivocan, que a veces rompen lo que más quieren… pero que, aun así… siguen siendo buscadas.

Porque hay algo en esta historia que no depende de ellos.

Algo que no fuerza, pero tampoco se retira. Algo que no siempre se ve, pero que está en cada momento importante, incluso cuando parece que todo se desarma.

Podés llamarlo coincidencia. Podés llamarlo destino. Pero no lo es.

Antes de empezar, hay algo que deberías saber: esta historia no intenta convencerte de nada. No va a explicarte todo, ni a darte respuestas cómodas. Lo único que hace es mostrarte lo que puede ser, si decidís seguir ese camino.

Y a veces, ver con claridad… incomoda más que no saber.

Por eso, no la leas solo con la cabeza. Leela con lo que te quede intacto por dentro, con eso que todavía no negociaste, con eso que todavía reconoce la verdad cuando la tiene enfrente.

Porque si llegás hasta el final, puede que entiendas algo que no estabas buscando. Y cuando eso pasa… ya no habrá forma de volver atrás.

LA LLAVE DE TU CORAZÓN

El sol de aquella mañana entraba por los ventanales de manera extraña. Como si la luz misma supiera algo que los demás todavía ignoraban. Como si el día mismo anunciara que aquella no era una mañana más, sino que aquella... era una mañana especial, diferente…

Hay historias que no se leen. Se habitan. De las que te encuentran justo cuando las necesitás, que te hacen un lugar sin pedirte permiso y que, cuando terminan, dejan algo adentro que no sabés bien nombrar.

Esta historia comenzaba en la rutina de una mañana cualquiera, en un café olvidado de Recoleta, donde la madera crujía bajo los pasos, las vitrinas mostraban marcas de años y las fotografías antiguas colgaban torcidas, como si nadie se atreviera a enderezarlas.

Allí, entre medialunas recién horneadas y granos de café tostados, alguien empezaba a soñar sin saber que ese sueño ya tenía destino.

De la radio del local escapaba una melodía: "La llave de tu corazón". Una vieja canción de Eddy Sierra que se filtraba entre las mesas como un presagio, anunciando que el corazón de alguien en aquella mañana estaba a punto de recibir algo que lo abriría para siempre.

Aunque no toda puerta que se abre, conduce a lo que uno espera. A veces, el corazón busca su destino, en el tesoro equivocado.

El aroma del café, el calor tibio del horno y la ciudad que corría afuera en su ritmo habitual contrastaban con la pausa casi sagrada que Nova sentía dentro de sí.

Necesitaba ese espacio. Un lugar donde el ruido de sus pensamientos no rebotara contra paredes frías de vidrio y acero. Allí, entre el aroma tostado y la tibieza del horno, podía fingir por unos minutos que todo estaba bajo control y que la vida no era una carrera, sino una pausa antes de algo grande.

Pero cuando el entorno es sereno, los miedos resuenan con más fuerza. Y los suyos no susurraban: golpeaban.

Sentada junto a la ventana, Nova jugaba nerviosamente con un sobrecito de azúcar, doblándolo una y otra vez mientras miraba el

reloj. Había llegado con el flequillo rubio todavía desordenado por el aire de la mañana, las zapatillas blancas de tela, jeans gastados y una camisa clara. Tenía veinticinco años. Una belleza que no necesitaba anunciarse.

Se acomodó los anteojos de marco grafito oscuro por tercera vez desde que se había sentado. Siempre le pasaba eso cuando estaba nerviosa.

Bajo la mesa, apretaba su cartera hasta que los nudillos se le habían puesto blancos. Sabía exactamente cuánto dinero le quedaba: unos pocos billetes que apenas alcanzarían para pagar algunos días más de alojamiento y un par de raciones de comida económica.

Buenos Aires se sentía como una bestia de cemento dispuesta a devorarla, y el silencio de su celular era una cuenta regresiva que la aterraba. Levantó la vista hacia la calle. Esos ojos celestes que solían leer el mundo con curiosidad, esa mañana solo buscaban una salida.

Había apostado todo a una sola carta. Y las cartas, mi querido amigo… a veces, no alcanzan.

Pero la fe sí.

—¿Y si no soy suficiente? ¿Y si la ciudad no tiene un lugar para alguien como yo?

Había puesto en juego su reputación en su pueblito natal, la tranquilidad de su familia y su estabilidad emocional.

Ahora estaba allí, en una ciudad que no promete nada a nadie, esperando que una oportunidad decidiera si su salto había valido la pena.

Crecer, a veces, implica caminar sin garantías. Y ella estaba aprendiendo eso en carne propia.

Cerró los ojos un instante. Recordó la frase que Jonathan, su padre, le había dicho antes de subir al colectivo:

—Dios no pone sueños en corazones equivocados.

Pero por primera vez esa mañana, dudó. No de Dios, sino de sí misma.

Esa duda fue breve, pero suficiente para que sintiera un leve pinchazo en el pecho.

—¡Nena, te dije que te pusieras tacos! —la voz de Sofy llegó antes que su perfume.

Se sentó frente a ella, resplandeciente como siempre: rubia de rulos y rasgos suaves, con el blazer beige que usaba como si fuera su

segunda piel, y esa energía que llenaba cualquier espacio sin pedirle permiso.

Señaló con un gesto reprobatorio las zapatillas de tela de su amiga.

—Es una entrevista en Digital Media Tech, Nova. No es una caminata por la Costanera de Córdoba al mediodía; es el centro del mundo tecnológico en Buenos Aires. A ver si me entendés…

Nova levantó la vista con una mezcla de ternura y agotamiento.

—Ay, Sofy… —protestó, acomodándose los lentes con voz dulce— Estoy muerta de nervios, ¿no te das cuenta? Ese edificio donde trabajas, me intimida con solo mirarlo. Si me pongo tacos con estos nervios, me caigo de boca antes de llegar al ascensor, y eso sí que sería una pésima primera impresión.

—Además, si Dios quiere, me van a contratar por lo que puedo hacer, no por lo que llevo puesto.

Hizo una pequeña pausa y la miró con esa calma suya que a veces resultaba desconcertante.

—Sofy… tenés que aprender a confiar un poquito más en Dios. Todas las cosas ayudan a bien para los que creen en Él.

Bajó la voz, como si confesara un secreto.

—Y si no me contratan… igual voy a seguir intentándolo — agregó, apretando el sobrecito entre los dedos hasta romperlo — No vine hasta acá para rendirme tan fácilmente.

En su mente, la imagen de la terminal de ómnibus de Córdoba aparecía como una pesadilla. Podía imaginar las caras de lástima de sus vecinos en Icho Cruz si regresaba derrotada.

—La fe sin obras es muerta —se repetía a sí misma, pero el miedo a ser un fracaso para sus padres pesaba más que la valija con la que había llegado.

El fracaso no la asustaba por orgullo; la asustaba por amor, porque sabía cuánto habían creído en ella. Esa fe depositada en su persona era más pesada que cualquier maleta. Más pesada que la ciudad entera.

Sofy se rio, contagiando su optimismo habitual mientras pedía un latte bien cargado.

—Eso es lo que me gusta de vos, Córdoba. Tenés cara de nena buena, pero… una cabeza durísima. Vas a ver que te va a ir bien. Y

cuando conozcas a A.P.R.I.L., vas a ver que en ese edificio hasta el aire acondicionado es inteligente.

Nova sonrió tímidamente, sintiendo un calor agradable en el pecho.

Sofy le fue contando detalles de la oficina, del ritmo intenso, del ambiente competitivo, y de lo mucho que significaría que ambas trabajaran en el mismo lugar, aunque fuera en áreas distintas.

—No me importa si tengo que empezar limpiando los escritorios, Sofy. Si Dios me da este empleo, es por algo. No me voy a volver a Córdoba con las manos vacías.

Lo dijo con una firmeza que la sorprendió incluso a ella misma.

Para Sofy, ya instalada en la oficina de desarrollo tecnológico, todo era un desafío más en una ciudad vibrante; para Nova, era el comienzo de su independencia y de su vida adulta.

No era solo un trabajo. Era identidad.

Al salir, Nova pidió un café negro para llevar. Dudó un instante al ver el precio en la pizarra —ese café representaba dos boletos de colectivo o una fruta para la cena— pero sus nervios necesitaban esa dosis extra de cafeína. Al recibir el cambio, guardó las monedas con precisión casi religiosa. Cada centavo contaba. Cada moneda era tiempo ganado.

Miró hacia el cielo brillante del verano porteño y lanzó una oración silenciosa:

—Señor, por favor, abrime una puerta. No permitas que mi orgullo sea más grande que mi fe, pero tampoco me permitas volver sin haberlo intentado todo.

Sofy la miró con esa mezcla de cariño y paciencia.

—Respirá —le dijo mientras pagaban— Es solo una entrevista, no es un juicio final.

Nova sostuvo el vaso caliente entre las manos como si fuera un escudo.

—Sofy, para mí sí es un juicio final —respondió con una sonrisa nerviosa.

Y en su interior sabía que no estaba exagerando. Ese día no se jugaba un puesto. Se jugaba el rumbo de su historia.

CONOCIÉNDOTE

Al cruzar la puerta de vidrio del café, todavía comentando con Sofy sobre el peinado ostentoso de una mujer que acababa de pasar, el mundo se detuvo.

Un golpe firme la hizo tambalear.

Chocó contra un cuerpo sólido, fuerte, de cabello negro hasta el cuello, vestido con jeans, una camisa blanca ligeramente desabrochada y borcegos color mostaza. Ropa fina, de diseño.

El vaso de café salió disparado de sus manos, describiendo un arco perfecto antes de estallar sobre la vereda, empapando su jean, sus papeles —el currículum, las referencias, todo lo que había preparado con tanto cuidado— y aquella vieja Biblia que siempre llevaba consigo.

Todo quedó esparcido sobre el cemento caliente.

En ese instante, un aroma exquisito y elegante, que olía a éxito y sofisticación, la envolvió, mezclándose con el intenso olor del café derramado.

El mundo pareció ralentizarse; todo sucedió a cámara lenta, como si el universo quisiera registrar cada gesto, cada temblor, cada instante de su vulnerabilidad.

Arrodillada, sintió cómo la adrenalina la recorría entera. El corazón le golpeaba con fuerza: una batería imposible de ignorar. Vértigo, sorpresa, fascinación y miedo, todo al mismo tiempo.

Todo lo que Nova intentaba controlar se había desordenado en segundos: sus papeles, su Biblia, su esfuerzo… su esencia expuesta al azar del mundo.

—¡Eh! ¡Tenga más cuidado! —exclamó, dejando que la indignación superara al miedo por un instante.

Se agachó rápido, con las manos temblorosas, para rescatar sus papeles antes de que el viento los arrastrara.

—¡Mire lo que hizo! ¡Qué bárbaro! Me arruinó el día antes de que empiece. Todo manchado, todo sucio… — sus palabras salieron entrecortadas, cargadas de un temblor que apenas podía controlar.

El hombre se inclinó al instante para ayudarla, moviéndose con la seguridad de quien siempre sabe cómo actuar incluso en medio del

caos. Nova notó el reloj oscuro en su muñeca, una pieza de exquisita joyería; las manos firmes, la postura recta aun estando agachado. Cada gesto irradiaba calma y aplomo, como alguien que no necesita demostrar nada y que, sin embargo, es capaz de detenerse por ella.

—Perdón, perdón… de verdad, fue mi culpa. Venía distraído, hablando y mirando la tablet… no te vi —su voz era profunda, cálida, segura y, a pesar de la disculpa, tenía un magnetismo que paralizaba la mente de Nova.

Sofy lo observaba con los brazos cruzados, entre indignada y fascinada.

El acompañante del hombre —de cabello entrecano y barba corta y prolija, con una sonrisa amplia que llegaba antes que cualquier palabra— le dedicó un encogimiento de hombros rápido, como diciendo: 'Son cosas que pasan'. Su mirada se posó apenas en Sofy, y algo en esa sonrisa franca y sin artificios la desarmó, aunque fuera solo un instante.

—Apurémonos, que es tarde y ya sabés cómo se pone la agenda si nos retrasamos cinco minutos— le dijo a su amigo, intentando que soltara los papeles.

—Ya vamos. ¿No ves que le tiré el café encima a la chica? —contestó el hombre, todavía agachado— De verdad, discúlpame. Permitíme que te pague la limpieza de tu ropa.

Nova ni escuchaba mientras intentaba secar con la punta de los dedos el borde de una hoja. Sus papeles estaban todos arruinados.

Aquel hombre recogía los folios con una calma que Nova no entendía, como si el caos del mundo no pudiera alterarlo. Ella, en cambio, temblaba. No por el café derramado ni por los papeles arruinados. Temblaba porque él estaba demasiado cerca.

Después de unos segundos, le entregó el último folio que quedaba en el suelo, y fue precisamente allí cuando sus miradas se encontraron de frente.

Fue como si un rayo golpeara la vereda de Recoleta.

El ruido de los colectivos desapareció. Los ojos celestes de Nova se encontraron con los ojos verdes y profundos del desconocido. Ojos que no preguntaban nada y, sin embargo, lo decían todo. Ojos que la miraban como si ella fuera la única persona en toda la ciudad, en toda la mañana, en todo el ruido del mundo que seguía girando alrededor de ellos sin que ninguno de los dos lo notara.

Él sintió un vacío extraño ante la pureza de aquella mirada. Como si el cielo hubiera bajado a la tierra y se hubiera posado en los ojos de esa muchacha.

Nova sintió un estremecimiento que la recorrió de la cabeza a los pies. Cada latido retumbaba en sus oídos como un tambor insistente, mezclándose con el aroma del café, con el calor del verano, con la vida misma, que de repente se sentía más intensa, más frágil, más preciosa.

Una lágrima traicionera se deslizó por su mejilla.

Pero cuando lo miró, vio algo inesperado: un destello de admiración contenida, como si él también sintiera la misma sacudida silenciosa. El vértigo no era solo de la adrenalina, sino de la certeza de que algo irrevocable había ocurrido en ese cruce de miradas.

Sintió que algo se rompía adentro. No con violencia, sino con la suavidad con que se rompe el amanecer.

¿Cuándo fue la última vez que alguien me miró así? ¿Alguna vez alguien me miró así?

El corazón le golpeaba el pecho con una fuerza que le daba miedo. Un miedo nuevo, distinto al de esa mañana. Ya no era el miedo a no conseguir el trabajo ni a quedarse sin dinero ni a decepcionar a sus padres. Era el miedo a lo que estaba sintiendo en ese preciso instante, arrodillada sobre el cemento caliente de Recoleta, con el café empapando sus papeles y esos ojos verdes sosteniéndola como si fueran capaces de evitar que se cayera.

—¿Querés que me quede un momento para ayudarte a recomponerte? —preguntó él.

La voz le llegó desde lejos. Desde muy adentro.

Nova lo miró y abrió la boca. No hubo pensamiento. No hubo decisión. Solo esos ojos, y algo que vivía en ella desde mucho antes de ese día, algo que reconoció en esa mirada como si la hubiera estado esperando toda la vida sin saberlo.

—Sí… —susurró— Hasta que nos enamoremos…

Esas cuatro palabras no vinieron de su cabeza sino de algún lugar más profundo, más honesto, más suyo. Vinieron desde el alma.

El silencio duró apenas un segundo. Pero fue un segundo eterno.

El extraño frunció el ceño levemente, con esa expresión de quien escucha algo que no termina de entender pero que le mueve algo adentro.

—¿Qué…?

Nova parpadeó. Volvió. Como quien regresa de un sueño en el que estaba demasiado bien para querer despertar.

No supo qué había dicho. O tal vez lo sabía, y precisamente por eso el corazón le latía tan fuerte que le dolía.

Se puso de pie de golpe, recogió los papeles con manos torpes y agarró el brazo de Sofy sin mirarla.

—Vamos, vamos, que se nos hace tarde —murmuró, tirando de su amiga hacia adelante.

Caminó sin girar la cabeza. Aunque lo hizo igual. Solo una vez. Solo para confirmar lo que ya sabía.

Él seguía ahí. De pie en la vereda. Mirándola alejarse con una expresión que Nova no supo leer desde esa distancia, pero que le quedó grabada en el pecho como si alguien la hubiera marcado con una brasa.

No era curiosidad lo que había en esa mirada. Era reconocimiento.

—Esperá, decime quién sos. Tengo que pagarte la limpieza de tu ropa…

Pero Nova no respondió.

Al girar la cabeza, alcanzó a ver cuando él se agachó para levantar algo de la acera.

Era un señalador que había caído de su Biblia. Lo examinó unos segundos, leyó el versículo escrito en el pequeño papel: “Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”, y alzó la vista buscando a Nova entre la gente. Ella ya estaba lejos.

Por un instante, él permaneció inmóvil, el señalador apretado contra su pecho, como si quisiera retener allí la esencia del encuentro.

Había construido su vida ladrillo por ladrillo, desde muy abajo. Sabía bien lo que valía cada cosa. Pero aquella desconocida había alterado algo dentro de él con una sola mirada, de una manera que ninguna agenda podría haber previsto.

Con un gesto lento, guardó el señalador en el bolsillo de su camisa, justo a la altura de su propio corazón.

* * *

Mientras se apresuraban hacia la empresa, Nova no podía evitar sentir que aquel instante había dejado un eco, un recuerdo que, de algún modo, marcaría todo lo que estaba por venir.

Sofy, que no había perdido ni un detalle, soltó una carcajada mientras le daba un codazo cómplice:

—¡Por favor, Nova! ¡Pero no ves qué lindos que son esos dos! —bromeó— Te aseguro que, si me chocaba a mí, inmediatamente me hacía la desmayada para que me hiciera RCP… ¡Qué desperdicio de oportunidad, nena!

—Sofy, por favor —dijo Nova, tapándose la cara— Basta. Tenemos que ir a Digital Media Tech, mirá cómo quedé… — Sus manos temblaban.

Ambas rieron a carcajadas, aliviando la tensión, mientras apuraban el paso hacia la entrada de la empresa, sin saber que aquel choque accidental acababa de marcarles la vida.

* * *

Hay encuentros que dividen la existencia en un antes y un después.

En este día, el destino había intervenido en el instante exacto: silencioso, preciso e inevitable. No con violencia ni grandilocuencia, sino con una torpeza casi perfecta, dejando huellas para siempre en sus corazones.

TODO A PULMÓN

Al llegar a la empresa, el imponente edificio de cristal se alzaba como un gigante que dominaba la ciudad. No era solo alto: era desafiante, casi intimidante. Reflejaba el cielo como si quisiera apropiárselo y devolvía la imagen de quienes se acercaban, obligándolos a sentirse diminutos frente a su estructura impecable.

Los veinticinco pisos pertenecían íntegramente a Digital Media Tech, un hormiguero de actividad tecnológica y creativa.

Desde afuera, el movimiento interno parecía el de un organismo vivo, como si cada ventana guardara una historia distinta

latiendo con urgencia bajo la mirada invisible de A.P.R.I.L., la inteligencia artificial que controlaba todo con una precisión que rozaba lo sobrenatural.

Nova y Sofy cruzaron las puertas automáticas y entraron al lobby: un espacio de techos altísimos y mármol pulido que imponía respeto. El aire estaba perfumado con una fragancia sutil, exclusiva, y mantenido a una temperatura perfecta que hacía olvidar el sofocante verano porteño.

Cada sonido —los pasos sobre el mármol, el susurro de las conversaciones lejanas, el zumbido del aire acondicionado— se sentía amplificado, como si la misma atmósfera les recordara que no estaban en cualquier edificio.

—Bueno, acá nos separamos. Yo me voy a mi oficina. Hoy va a ser un día de locos —dijo Sofy, dándole un golpe de puño a su amiga— ¡Rómpela, cordobesa…!

Sofy irradiaba seguridad, moviéndose con naturalidad como si el edificio entero le perteneciera.

Nova la miró un segundo más, intentando absorber esa energía, esa calma confiada que parecía contagiar el espacio a su alrededor. Sabía que, cuando su amiga desapareciera por el pasillo, quedaría completamente sola frente a ese mundo gigante y desconocido.

Todo dependería de ella. De su capacidad de sostenerse, de respirar y continuar.

Nova se acercó al mostrador de recepción. Se acomodó los lentes y respiró profundo, intentando calmar el temblor de sus manos.

—Hola, buen día. Mi nombre es Nova Wexler. Tengo una entrevista de trabajo para hoy —dijo con su característica voz dulce, suave y con ese acento cordobés incomparable, esforzándose por que no temblara.

La mujer que la atendía levantó la vista y la recorrió con una mirada gélida. Sus ojos se detuvieron un instante más de lo necesario en las zapatillas de tela, juzgándola en silencio.

Antes de que pudiera decir nada, una luz tenue de color azul parpadeó en un escáner lateral del mostrador.

—El sistema de la empresa ya detectó su llegada, señorita Wexler —dijo la mujer, con un tono formal, distante, medido — Espere un momento, por favor.

Nova asintió y entrelazó los dedos detrás de la carpeta, intentando controlar el temblor que le subía por los brazos.

Sentía la presión de sus zapatillas gastadas sobre el mármol impecable, y un escalofrío le recorrió la espalda.

Señor, no permitas que mi apariencia sea un tropiezo, rogó en silencio.

Cada pantalla gigante, cada sensor, cada sonido de la tecnología impecable le recordaba que estaba fuera de su mundo, en territorio ajeno y dominado por el orden absoluto de A.P.R.I.L.

Finalmente, la recepcionista volvió a hablar tras recibir la confirmación en su monitor.

—Señorita Wexler, puede subir al piso 25. La entrevistará el dueño de la empresa.

El corazón de Nova dio un vuelco. No un salto leve: un vuelco que la dejó sin aliento, con un calor intenso subiéndole por el pecho y la garganta.

—¿El dueño…? —murmuró.

No esperaba que el máximo responsable de la compañía se encargara personalmente de las entrevistas.

La adrenalina se mezclaba con un leve temblor de miedo y anticipación.

Subió al ascensor inteligente —sin botones, solo una pantalla táctil que ya mostraba su destino— y mientras los números ascendían con una velocidad que apenas se percibía, Nova se miró en el espejo. Se acomodó el cabello, respiró profundo… pero su mirada cayó sobre su pantalón.

Allí, justo a la altura del muslo, una persistente mancha de café —recuerdo del choque con aquel desconocido en la calle— se negaba a desaparecer. Intentó limpiarla con su pañuelo, pero seguía ahí: un recordatorio cruel de que su mañana había comenzado con caos y vulnerabilidad.

Apretó la carpeta contra su pecho, como si sostenerla le devolviera el control.

Todo a pulmón, pensó. Como siempre había vivido: enfrentando cada tropiezo, cada error, cada sorpresa, con la certeza de que no rendirse era la única opción.

—Todo va a estar bien —susurró a su reflejo, sintiendo cómo la fe y el miedo se mezclaban en un latido rápido— Respirá…

Las puertas del ascensor se abrieron con un sonido sordo, revelando la inmensidad del piso 25: un mundo entero de poder, expectativas y destino.

MÁS CERCA DE LA VIDA

Al abrirse las puertas en el piso 25, Nova fue recibida por la oficina más grande y elegante que hubiera visto jamás. El piso completo era una planta abierta, con ventanales de cristal blindado de piso a techo que daban a toda la ciudad y al Río de la Plata.

La luz natural inundaba el espacio, como si el cielo mismo hubiera decidido trabajar allí. Nova caminó lentamente por la alfombra, observando cada detalle, pero sin ver a nadie. Solo un enorme escritorio de madera oscura y un sillón de cuero de respaldo alto que le daba la espalda.

El silencio del lugar tenía un peso particular, casi solemne, como si cada metro de aquel piso respirara poder y control.

De pronto, una voz clara, suave y precisa surgió desde los altavoces ocultos en la oficina:

—La señorita Nova Wexler se encuentra en el piso, señor.

Nova se detuvo, sorprendida. Aquella voz femenina, cálida y tecnológica, resonó con autoridad. Era A.P.R.I.L., el sistema de inteligencia artificial de la empresa, creado para gestionar todo el edificio.

No solo controlaba la Torre DMT; también controlaba el departamento donde el dueño del emporio vivía y cada una de las veinte sucursales distribuidas estratégicamente por el mundo.

Era, sencillamente, una IA perfecta, diseñada por el mismo dueño.

Los pasos de Nova se hicieron más decididos mientras avanzaba hacia el escritorio, aunque todavía con cierta vacilación.

La voz de A.P.R.I.L. se desvaneció, dejando un silencio intenso que parecía observarla.

Entonces, una voz profunda, extrañamente familiar, surgió de detrás del sillón:

—Adelante, Nova. Pasá…

Ella se acercó al escritorio, tratando de descubrir de quién era esa voz, aunque su corazón ya lo había reconocido.

Cuando el sillón giró lentamente, Nova sintió que el mundo se detenía a su alrededor. El sonido del aire acondicionado desapareció, la luz se intensificó y su pulso retumbó en sus oídos.

Sentado allí, con una expresión entre divertida y sorprendida, estaba el hombre de la acera. Aquel que la había atropellado y derramado el café momentos antes.

—¡¿Vos…?! —exclamaron al unísono, quedándose mudos mientras se sostenían la mirada.

El silencio se estiró apenas un segundo más de lo habitual.

Él soltó una sonrisa ladeada, mordiendo suavemente el labio inferior, ese gesto suyo que desarmaba a cualquiera.

—No lo puedo creer… El mundo realmente es un pañuelo —dijo, rompiendo la tensión.

Nova parpadeó varias veces, procesando la situación.

El destino acababa de jugarle una broma pesada… o tal vez… una jugada maestra.

Justo él. Justo ahora. Cuando más necesitaba que todo saliera perfecto.

Trágame, tierra, pensó.

—¿Vos sos el dueño de la empresa? —preguntó, aún incrédula.

Aquel hombre se reclinó apenas en el sillón, con una calma que no era distancia sino dominio del momento, mirándola sin prisa.

—Así parece —respondió con una sonrisa — Y vos… sos la chica que no mira por dónde camina.

Nova abrió la boca para protestar, pero se contuvo. No podía perder la oportunidad por un malentendido. Pero tampoco se dejaría intimidar.

—Y usted es el hombre apurado que derrama café sobre desconocidas —replicó, sosteniéndole la mirada.

El aire se cargó de electricidad. No de hostilidad, sino de algo más profundo e instintivo. Una tensión curiosa, inesperada, que ninguno de los dos parecía dispuesto a romper primero.

—Me gusta tu carácter —dijo él con una leve risa, desarmándola aún más.

Nova sintió que esas palabras le recorrían la piel.

Todo en ese despacho, bajo esa mirada intensa, parecía adquirir un doble significado.

Él se levantó, rodeó el escritorio y le extendió la mano.

—Soy Gabriel Bechirah —dijo con voz firme, vibrante de seguridad.

Nova extendió la suya, sintiendo un chispazo eléctrico al rozar su piel.

—Yo… yo soy Nova Wexler —balbuceó— Señor, de verdad, quería pedirle disculpas por cómo lo traté en la calle. No sabía que usted era… bueno, que era usted. Estaba muy nerviosa y…

Gabriel esbozó una sonrisa suave y le hizo un gesto para que se sentara.

—Quedate tranquila, Nova. No hay problema. En realidad, soy yo quien debe disculparse por arruinar tu café, tus papeles y tu jean. Sentate, por favor.

Gabriel se recostó en su silla, con la mirada atenta.

La recorrió un segundo hacia la mancha aún húmeda en el pantalón de Nova.

—Interesante elección de vestuario para una entrevista, señorita Wexler —dijo con tono irónico— ¿El diseño "mancha de expreso" es tendencia en el interior o solo es una protesta silenciosa contra peatones distraídos?

Nova sintió sus mejillas arder, pero no bajó la mirada. Ajustó los lentes con firmeza.

—Es el recordatorio de que mi futuro jefe debería mirar menos su tablet y más la vereda, señor —respondió— Pero si le preocupa mucho mi apariencia, quédese tranquilo: soy mucho más eficiente en mi trabajo que esquivando ejecutivos apurados.

Gabriel la observaba sin apartar los ojos ni un segundo. Tenía esa respuesta rápida e inteligente que él admiraba en las personas y en sí mismo.

La entrevista continuó, pero el ambiente ya no era frío: había carácter y chispa en cada palabra.

Gabriel abrió su laptop.

—Vamos a mirar tu currículum —dijo mientras tecleaba— Decime, Nova, ¿por qué debería contratarte…?

Ella apretó la carpeta contra su pecho, sintiendo que todas las madrugadas estudiando y todas las oraciones silenciosas la habían llevado precisamente hasta ese momento.

—Porque soy la mejor en lo que hago. Porque trabajo duro. Porque no me rindo nunca y porque además… sé cómo quitar manchas de café de la ropa —dijo con firmeza.

Gabriel la miró, fascinado por la mezcla de dulzura y fortaleza que aquella joven transmitía.

—Excelente promedio, la mejor de tu clase. Sos cristiana, leal y responsable.

Nova se enderezó en la silla, sorprendida.

—¿Cómo sabe usted todo eso…?

—Nova, todos estamos en la red. Nuestra huella digital está por todas partes —respondió Gabriel— Solo toma unos minutos conocer el perfil completo de alguien.

Nova sintió un escalofrío, pero recordó su fe.

—Entonces ya sabe que soy capaz… Estoy segura de que seré de gran ayuda en el lugar que quiera ponerme.

—Si hay que limpiar baños, lo haré, pero realmente necesito este trabajo.

Gabriel la observó en silencio. Esa respuesta lo había descolocado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Para limpiar los baños ya tengo personal… y muy eficiente, por cierto. Lo que necesito ahora es una secretaria personal de veinticuatro horas —dijo Gabriel, con un dejo de cansancio mezclado con exigencia— Alguien que no solo administre mi agenda, sino que ordene mi vida. Porque, para serte sincero… —miró la laptop, frunció el ceño y soltó un suspiro pesado— no entiendo nada de lo que arman en mi agenda.

Había frustración genuina en su voz, y el silencio posterior hizo que el aire pareciera más denso.

Suspiró de nuevo y, casi como un murmullo cargado de urgencia, dijo en voz alta:

—A.P.R.I.L., decile a Agustina que suba un segundo. Necesito que me acomode la agenda de hoy… es un desastre total.

Nova percibió la oportunidad de inmediato. Su corazón dio un vuelco y, con un hilo de voz seguro y respetuoso, preguntó:

—¿Me permite, señor…?

Gabriel asintió apenas, un gesto sutil pero suficiente.

Nova se acomodó en el sillón con firmeza, sintiendo cómo la tensión se transformaba en concentración pura. Sus dedos comenzaron a volar sobre el teclado: precisos, veloces, casi coreográficos, dominando cada capa del caos digital que él había dejado.

Cada golpe de tecla resonaba como un pequeño triunfo silencioso.

Durante cinco minutos, el único sonido en la oficina fue ese tecleo medido y perfecto.

Al terminar, giró la computadora hacia él con una sonrisa sutil.

—Listo… ya está.

Gabriel la observó en silencio, asombrado.

—¿Cómo hiciste para ordenar todo mi día tan rápido?

Nova levantó ligeramente la mirada, con un brillo travieso en los ojos.

—No ordené su día —respondió— Le ordené todo el mes.

En ese momento se escuchó la voz de A.P.R.I.L. nuevamente:

—Señor, la señorita Agustina está en el ascensor rumbo al piso 25.

La puerta se abrió y entró Agustina, con paso firme y una energía que llenaba el espacio.

—Ajá… —murmuró, cruzándose de brazos— ¿Y a dónde quedó el genio informático que no puede organizar su propia agenda?

Gabriel, aún con cara de sorpresa, señaló a Nova.

—Me acaba de ordenar el mes entero en cinco minutos, Agus.

Agustina observó la pantalla con atención y miro a Nova.

—¿Cómo en cinco minutos…? ¿Vos hiciste todo esto sola?

—Sí… —respondió Nova — Solo organicé las prioridades.

—"Solo", dice —repitió Agustina.

Como directora de marketing y con un ojo asombroso, notó de inmediato la mancha de café en el pantalón de Nova y, acercándose con discreción, le guiñó un ojo y le susurró:

—Tengo un jean de repuesto en mi oficina, talle parecido al tuyo. Si querés, pasá por allá después y te lo presto.

Nova sonrió.

—Muy, muy bien… parece que sorprendiste al jefe. Soy Agustina, directora de Marketing.

Tenía unos enormes ojos verdes y una mirada directa y profunda. Veintitrés años, hermosa y muy segura de sí misma.

—Es un gusto —respondió Nova.

—También soy la hermanita menor del jefe —agregó Agustina — Así que cualquier cosa rara o que no te guste de este sátrapa, me avisás.

—Sí, señora —dijo Nova.

—No, por favor. No me digas señora. Tenemos casi la misma edad —se rio Agustina— Decime Agus.

Gabriel carraspeó.

—Agus… —intentó articular, aunque con suavidad.

—¿Qué? —replicó ella sin mirarlo, acercándose un poco más a Nova con complicidad evidente — Estoy conociendo a tu nueva secretaria.

Agustina volvió a recorrer a Nova de pies a cabeza, con esa mirada evaluadora y divertida.

—Inteligente, precisa… y encima hermosa —dijo, inclinándose apenas hacia Gabriel y bajando un poco la voz — Querido hermanito… esta mujer es muy peligrosa para vos.

Gabriel negó con la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír. Agustina lo conocía demasiado bien para no notar lo que estaba pasando.

Nova bajó la mirada, colorada hasta la nuca. Sentía que el piso podía tragársela en cualquier momento y, al mismo tiempo, una chispa cálida se encendía en su interior.

Agustina salió sonriendo, pero antes de desaparecer giró sobre sus talones y lanzó un último comentario cargado de seguridad y aliento:

—¡Ah, Nova…!

Nova levantó la vista.

—En esta empresa nadie sobrevive sin carácter. Pero tranquila… veo claramente que vos lo tenés. Y encima del bueno, así que… bienvenida.

Nova sonrió, una sonrisa que mezclaba alivio, orgullo y felicidad.

—Gracias —respondió con sinceridad, con una voz pequeña pero firme.

Al salir Agustina, la entrevista continuó por más de media hora.

El aire había cambiado: ya no era solo una evaluación laboral, sino un intercambio de fuerzas, valores y miradas, donde ambos se medían sin necesidad de palabras. Gabriel hacía preguntas sobre ética, planes y valores; Nova respondía con eficiencia y seguridad, defendiendo cada idea con precisión.

Su manera de acomodarse los lentes cada vez que se concentraba se volvía un detalle encantador que él observaba sin poder evitarlo.

Por momentos, Gabriel la miraba más allá de lo profesionalmente correcto. No era descaro: era fascinación pura. Nova lo notaba, y cada vez que sus ojos se cruzaban sentía ese pequeño nudo en el estómago, mezcla de nervios y algo dulce, incierto y esperanzador.

—Ok, hasta aquí el puesto es tuyo —dijo finalmente Gabriel, recostándose en su sillón con un aire de satisfacción— Pero ahora vamos al momento más importante… el test de rigor…

Sonrió.

—Me vas a preparar un café negro y, si lo hacés bien, estás contratada.

La frase cayó con ligereza, pero cargada de un juego implícito, una provocación amable.

Nova sonrió, con el corazón latiendo a mil, consciente de que había cruzado el primer umbral.

—¿Sin azúcar? —preguntó mientras se dirigía a la cocina con pasos delicados pero firmes.

—Amargo, como mi carácter —respondió él, con una chispa de humor y firmeza.

Ella rio bajito, sintiendo la mirada de Gabriel clavada en su espalda. Se mantuvo firme, aunque le daba vergüenza. Se acomodó la camisa sin darse cuenta y respiró profundo.

El aroma del café premium recién hecho llenó la oficina, intenso y profundo, mezclándose con la tensión silenciosa que flotaba entre ambos.

Al regresar al escritorio con la taza humeante, su mano rozó accidentalmente el hombro de Gabriel. Fue un segundo apenas, pero ambos sintieron un chispazo, una conexión física que los dejó sin aliento. Nova retiró la mano enseguida y bajó la mirada, con el corazón acelerado.

Gabriel carraspeó suavemente antes de tomar la taza. Saboreó el café con lentitud, cerrando los ojos, haciendo que el tiempo pareciera dilatarse.

—Mmm…

Nova lo observaba en silencio, casi conteniendo la respiración. Esa aprobación significaba más de lo que debería.

—Contratada —le dijo — en tanto y en cuanto… no quieras volver a pegarme como tenías ganas de hacerlo esta mañana —soltó una carcajada que resonó como alivio y complicidad.

Nova se puso roja como un tomate y rio con él. La tensión se alivió, transformándose en una complicidad inesperada.

—Prometo portarme bien y no agredir a nadie —murmuró, entre divertida y aliviada.

Nova no podía creerlo: iba a ser la secretaria ejecutiva del dueño de la empresa y, además, iba a estar cerca de ese hombre que la había cautivado desde el primer instante.

Esa mezcla de logro profesional y emoción personal la desbordaba.

—¿Vas a poder con todo esto? —preguntó él, recuperando su tono exigente

— Mirá que soy gruñón, enojón, muy exigente y te voy a necesitar las veinticuatro horas del día.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Nova con convicción. La seguridad le brotaba naturalmente frente a un desafío — Y si hace falta, también le voy a recordar que coma cada día —agregó con una sonrisa tímida.

Gabriel la miró fijo. Esa frase, tan sencilla, tocó algo más profundo.

—Eso realmente sería muy bueno — admitió, con una seriedad que lo sorprendía incluso a él. Había algo genuino ahí, una admisión silenciosa de su propio descuido.

Sonrió satisfecho y dijo:

—A.P.R.I.L., decile a José que venga a mi oficina… tenemos secretaria nueva.

Después se recostó en su silla de cuero. Observó a Nova con una curiosidad que empezaba a ser más personal que profesional.

Había algo en su postura, una mezcla de fragilidad y temple, que lo descolocaba. Ella no parecía consciente del efecto que generaba, y eso la hacía aún más interesante.

—Decime, Nova… — empezó él, bajando el tono de voz— ¿vivís sola acá en Buenos Aires? Esta no es una ciudad que reciba a la gente con un abrazo, precisamente.

Nova acomodó sus lentes, que se le habían resbalado apenas un milímetro. Ese gesto aparecía cada vez que se sentía observada bajo su mirada cristalina.

—Sí, señor. Vivo sola. Me instalé hace apenas unos días, en un departamento tan chico que, cuando yo entro, el aire tiene que salir — respondió con una sonrisa tímida pero orgullosa— Sé que es una ciudad difícil, pero confío en que Dios no me trajo hasta acá para dejarme a mitad de camino.

Gabriel dejó de golpear la mesa con el bolígrafo.

La miró un segundo en silencio, como si esas palabras hubieran tocado algo que no esperaba encontrar allí.

Fe, pensó.

Estaba por decir algo más cuando la voz de A.P.R.I.L. anunció:

—Señor, José está en el ascensor rumbo al piso 25.

Las puertas se abrieron con un siseo metálico y José entró cargando una pila de informes.

Era un hombre de cuarenta y dos años, cabello entrecano y barba corta y prolija, camisa celeste y una sonrisa amplia que entraba antes que él. Había en su manera de moverse algo que transmitía paz: esa clase de calma que no se aprende, sino que se lleva adentro.

No llegó a dar tres pasos cuando se detuvo en seco. Al ver a Nova sentada ahí, su rostro pasó del asombro a una comprensión pícara.

—¡No lo puedo creer! —exclamó José, soltando una carcajada sonora— ¿Qué pasó, Gabriel? ¿Te vinieron a reclamar la factura de la tintorería? Porque si es por lo del café, te aviso que yo soy testigo de que vos venías distraído.

Nova sintió que el calor le subía a las mejillas, pero la simpatía de José era contagiosa. Había en él una energía franca y honesta que relajaba el ambiente.

Gabriel se puso de pie, acomodándose la camisa con un gesto casual.

—José, guardá el sarcasmo —dijo, aunque con una chispa de diversión en los ojos

— Te presento a Nova Wexler, mi nueva secretaria. Nova, este es José Gottlieb, mi mano derecha, el jefe de personal, mi mejor amigo y el único que se atreve a faltarme el respeto de esa forma en esta oficina.

José se acercó y le estrechó la mano con firmeza y calidez. Su apretón transmitía confianza inmediata.

—Un gusto enorme, Nova. De verdad. Pero dejame aclararte algo ya mismo: él fue el único culpable de lo sucedido. Yo traté de advertirle que venía gente de frente, pero cuando este hombre se pone en modo "genio de la tecnología", no ve ni un camión, aunque lo tenga a un metro.

Nova rio, sintiendo que la tensión de la mañana se disolvía.

—Lo tendré en cuenta, José. Gracias por la advertencia.

Gabriel interrumpió la escena, retomando el mando.

—Bueno, basta de charla. José, llévala a Personal, que firme el contrato y que le tomen las huellas biométricas para A.P.R.I.L. Después de que haga el recorrido oficial. Quiero que todos en la empresa conozcan a Nova — miró a Nova y su voz se volvió un poco más suave

— ¿Cuándo te gustaría comenzar? ¿Mañana a primera hora?

Ella sostuvo la mirada de Gabriel. No había duda en sus ojos de cielo. Sabía que, si daba un paso en falso, algo dentro suyo se apagaría.

—¿Por qué esperar tanto…? Si a usted le parece bien… me gustaría empezar ahora mismo.

Gabriel se quedó en silencio un segundo, sorprendido por la determinación. Esa respuesta no era común.

—Hermosa, inteligente y diligente… —murmuró, casi para sí mismo — Ya me advirtió Agustina que sos una mujer muy peligrosa.

José soltó una risita y le indicó la salida.

—Vamos, Nova. Antes de que te pida que le cocines…

Caminaron hacia el ascensor y, justo antes de entrar, José se volvió y dijo en voz alta para que Gabriel lo escuchara bien:

—¡Cualquier problemita que tengas con este señor, vas derecho a mi oficina y me contás todo, ok! ¡Yo voy a ser tu abogado defensor!

—¡¿Vos también?! —protestó Gabriel desde su escritorio, aunque se notaba que aguantaba la risa— ¡Agus acaba de decirle lo mismo! ¿Qué soy ahora, el ogro de la empresa…?

* * *

Antes de que José la guiara por el resto del edificio, Nova se refugió un segundo en el baño. Necesitaba que el mundo dejara de girar. Sacó su celular y, con los dedos temblorosos, marcó el número de la granja de sus padres.

—¡Hola, Imma! —susurró al oír la voz de Martha, su madre— No me lo vas a creer… tengo el trabajo.

Ambas se emocionaron profundamente.

—Pero es un mundo de locos, Imma. Acá todo es de cristal y la gente corre como si el tiempo se fuera a acabar.

—Tranquila, mi niña —la voz de su madre llegó como un bálsamo, con el sonido de los pájaros de fondo— Acordate de lo que siempre dice tu padre: no importa qué tan alto sea el edificio, el cielo siempre sigue siendo el mismo. Mantené los pies en la tierra y los ojos puestos en el Señor. Papá te manda un beso, está arreglando el cerco, pero dice que hoy va a agradecer doble en la cena por vos.

Nova cortó la comunicación, sintiendo que el aroma a lavanda de Martha cruzaba los ochocientos kilómetros a través del teléfono.

Esa llamada era su ancla, su punto de paz; sin ella, temía que la marea de Buenos Aires terminaría por hundirla.

TARDE O TEMPRANO ASÍ SERÁ

En la oficina de José, el ambiente era mucho más relajado. Había fotos, diplomas torcidos y una planta que claramente sobrevivía por milagro.

Nova, ya distendida, firmó los formularios de ingreso, todavía procesando la velocidad de los eventos. Sentía que el día había durado una semana entera.

Antes de entregarle la tarjeta magnética y el contrato, José le indicó que debía proporcionar sus datos biométricos: escaneo de retina, huella digital y reconocimiento facial. Todo sería registrado por A.P.R.I.L., que controlaba cada aspecto del edificio, para habilitarla oficialmente como secretaria a partir de ese día.

Nova, un poco nerviosa, se acercó a los dispositivos siguiendo las instrucciones en la pantalla y, en cuestión de minutos, quedó completamente registrada en el sistema.

La precisión digital y la rapidez con que A.P.R.I.L. la reconocía la dejaron impresionada; aquel mundo tecnológico estaba mucho más avanzado de lo que había imaginado.

Cuando recibió la tarjeta magnética y el contrato final, Nova se detuvo al ver el monto de su sueldo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Disculpe, José… ¿este número está bien? —preguntó, señalando el contrato— Me parece que hay un error; es un monto muy elevado para el puesto.

Era siete veces más de lo esperado. Pensó en los billetes arrugados en su cartera y en la angustia que había sentido esa misma mañana.

"Cuando la ayuda es grande, hasta el santo desconfía", recordó el refrán.

Sintió una mezcla de gratitud infinita y una pequeña alarma espiritual.

Este mundo de Gabriel se movía con cifras que ella no comprendía, y no sabía si su corazón estaba preparado para manejarlas.

José se reclinó en su silla, sonriendo con esa honestidad que lo caracterizaba.

—No hay error, Nova. Es el sueldo inicial. Y te aviso: Gabriel es un caos para muchas cosas, pero tiene una regla de oro: quiere a su gente contenta y bien pagada. Él sabe que, si vos estás tranquila, vas a cuidar su mundo de mejor manera. Acostumbrate: acá se valora el talento y la lealtad.

—Gabriel y yo empezamos desde muy abajo, Nova. Él sabe lo que es no tener nada. Por eso, ahora que puede, no escatima. Él no compra gente, invierte en personas.

Nova se emocionó y guardó el documento en su bolso, sintiendo que le temblaban las manos.

¿Acaso era esta la respuesta a sus oraciones o era una prueba de su humildad?

Dios estaba siendo demasiado generoso con ella.

En la charla, José le preguntó si conocía a alguien de la empresa.

—Sí. Sofy, mi mejor amiga; ella trabaja acá —comentó— En el área de desarrollo tecnológico.

—¿Sofy? —pensó José— ¿La rubia que estaba con vos esta mañana? —Se enderezó en su silla, visiblemente interesado— Nunca la vi en la empresa; no tenía ni idea de que trabajaba aquí.

—Es que yo manejo el área de personal a nivel global, Nova. Tengo un equipo que se ocupa de los ingresos del día a día. En una empresa con miles de empleados distribuidos en veinte sucursales alrededor del mundo, hay caras que uno nunca llega a cruzar… aunque trabajen a pocos pisos de distancia.

Pensó por un momento, se levantó apresuradamente y dijo:

—¿Así que trabaja en el área de desarrollo…? Vamos para allá entonces, esa es la primera parada del tour.

Mientras caminaban hacia el ascensor, José señaló una de las cámaras de diseño minimalista en el techo.

—Tenés que entender algo, Nova. Este edificio no es solo cemento y vidrio. Es un organismo vivo. Gabriel diseñó y programó a A.P.R.I.L. desde cero, 100% de su autoría. Ella es su mayor creación. Controla desde la seguridad hasta el último gramo de café que se sirve. Divide la torre en sus 25 pisos: tenemos áreas de desarrollo de software, diseño web, marketing y, por supuesto, la joya de la corona, que es el piso 25, donde vas a estar vos.

* * *

Al entrar al piso de desarrollo, el ambiente era puramente tecnológico: potentes estaciones de trabajo, tabletas digitalizadoras y pantallas de alta resolución por doquier.

El aroma a café y el sonido de los teclados mecánicos llenaban el aire. Era un caos organizado de creatividad digital.

Sofy estaba inclinada sobre un monitor de 55 pulgadas cuando levantó la vista. Al ver a Nova, soltó un grito que hizo que varios técnicos se dieran vuelta.

—¡No te lo puedo creer! ¡Nova! —Sofy corrió y la rodeó en un abrazo apretado— ¡Me muero! ¿Qué hacés acá con este señor?

—¡Sofy, quedé! —exclamó Nova, radiante— Voy a ser la secretaria de presidencia.

Las dos empezaron a saltar y gritar de alegría, olvidándose por un momento de dónde estaban. Era una celebración genuina, sin filtros. José las observaba con una sonrisa que no podía borrar de su cara.

Cuando finalmente se calmaron, Nova presentó al jefe de personal.

—Sofy, él es José Gottlieb. Es el jefe de personal y mano derecha del dueño. José, ella es Sofía Lanza. Mi amiga…

Sofy clavó sus ojos en los de José y le regaló una sonrisa ganadora.

—Ahhh… bue… uno de los dos bomboncitos de esta mañana. Me acuerdo de vos.

José, el hombre íntegro y seguro, capaz de manejar a todo el personal de semejante empresa, se había puesto rojo como un tomate y carraspeó, tratando de recuperar la compostura mientras se acomodaba la camisa.

—Un gusto, Sofía. Esta mañana estuvimos muy cerca de un desastre a nivel mundial… Bromeo.

Nova aprovechó para picar la curiosidad de su amiga.

—Sofy… ¿a qué no adivinás quién es el dueño de la empresa…?

Sofy puso cara de intriga, procesando la información. Miró a su amiga, miró a José, pensó un momento y, de pronto, sus ojos se agrandaron.

—¡Noooo! ¡No! ¡No puede ser! ¡¿En serio ojitos verdes es el jefe…?!

—Se llama Gabriel —rió Nova— Y parece una gran persona, aunque algunos dicen que es un poco ogro —miró a José de reojo y sonrió.

—¡Es un bombón, Nova! —gritó Sofy, haciendo que José volviera a carraspear, esta vez con un toque de celos— El destino es una cosa de locos —dijo Sofy.

—Bueno, bueno —interrumpió José, tratando de ser profesional— Tenemos que seguir recorriendo, Nova. Después le seguís contando los detalles a tu amiga.

Sofy miró a José de arriba abajo con una mezcla de picardía y dulzura.

—¿Eso quiere decir que después nos volvemos a ver? —le preguntó directamente.

José sintió que el corazón le daba un vuelco. No estaba acostumbrado a que lo miraran así.

—Sí, por supuesto. A partir de hoy nos vamos a ver seguido en la empresa —respondió, recuperando la compostura.

Siguieron hacia el piso de Marketing. Allí, el diseño era mucho más moderno y minimalista: pantallas gigantes, colores estratégicos y frases motivacionales en las paredes.

En cada rincón, los sensores de A.P.R.I.L. ajustaban la iluminación y la temperatura.

Agustina estaba revisando unas gráficas en una tablet gigante cuando los vio entrar.

—¡Pero miren quién viene aquí! —dijo Agustina, dejando lo que estaba haciendo— La salvadora de mi hermano. Bienvenida oficialmente, Nova.

—Gracias, Agustina. José me está mostrando el lugar —dijo Nova, admirando el despliegue de la oficina.

—Escuchame bien —le dijo Agustina, acercándose con complicidad— Mi hermano es un poco desordenado, como ya te habrás dado cuenta; vive en las nubes. Así que, si necesitás que alguien le ponga los pies en la tierra, me llamás a mí. Vos y yo vamos a ser un gran equipo juntas, ya lo presiento.

—Eso espero, de verdad. Quiero hacer un buen trabajo aquí… —respondió Nova con sinceridad.

—Ya lo estás haciendo. En solo una hora lograste que Gabriel se sorprenda con tus respuestas y tu desenvoltura. Eso es mucho decir… Más tarde nos vemos para charlar mejor, ¿dale?

El recorrido siguió por casi dos horas. José le explicó cada detalle, le mostró desde los depósitos hasta el área de desarrollo web.

Hablaron de los sueños de Gabriel para su imperio tecnológico, de cómo José lo acompañaba desde hacía años y del clima familiar que, a pesar del lujo y de que A.P.R.I.L. manejaba cada aspecto del edificio, se respiraba en el lugar.

En un momento, entre pasillos y ascensores, Nova lo miró de costado.

—José… ¿puedo preguntarte algo personal?

—Claro —respondió él, sin dejar de caminar.

—¿Sos cristiano? —preguntó Nova, con esa franqueza suave que la caracterizaba— Hay algo en vos… una paz. No sé cómo explicarlo.

José sonrió apenas, sin sorpresa ni alardes.

—Sí. Desde que nací —respondió, simple, como quien dice su nombre.

Y no agregó nada más. No hacía falta.

José era de los hombres que creen que la fe se predica con la vida, y que las palabras solo sirven cuando la vida ya las respalda.

Nova asintió en silencio, con una sonrisa pequeña que valía más que cualquier respuesta larga.

Ella escuchaba todo con atención, absorbiendo información, intentando memorizar nombres, pasillos y rostros. Sentía que estaba entrando a un mundo enorme, pero ya no se sentía tan pequeña como al principio.

AÚN ES TIEMPO DE SOÑAR

Finalmente, volvieron al piso de la presidencia. Pero antes de entrar a la oficina de Gabriel…

—¿José, me permitís un segundo? Necesito ir al baño —pidió Nova.

—Sí, claro —le contestó— Te espero en la oficina de Gabriel.

Entró a ese gigantesco baño de mármol y se detuvo frente al espejo iluminado. Se miró: todavía era ella, la chica de los lentes y la mirada dulce, pero algo estaba cambiando. Había una luz distinta en sus ojos cristalinos, una mezcla de asombro, gratitud y un vértigo silencioso que no sabía explicar.

Bajó la vista y vio la mancha de café en su pantalón, ese "accidente" que lo había iniciado todo. Sonrió con una ternura infinita. Cerró los ojos, juntó sus manos y, en el silencio del lujoso baño, miró hacia arriba.

—Gracias, Señor —susurró con el corazón saltando de gratitud— Gracias por abrir estas puertas. Cuídame y ayúdame a ser una bendición en este lugar.

El eco suave de su voz se perdió entre las paredes de mármol, como si aquel baño guardara su oración en secreto.

Sin embargo, al abrir los ojos, el reflejo le devolvió una imagen inquietante.

Su Biblia estaba en la cartera, pero… su mundo ahora olía a café premium y al perfume de Gabriel.

—Señor… decime si esto es real —pensó mirándose fijo en el espejo— Y si estoy soñando… no me quiero despertar.

—No me dejes olvidar quién soy —pidió en voz baja.

Sentía que estaba caminando sobre un puente de cristal: hermoso, pero frágil.

Tenía el trabajo soñado, pero el precio era alto.

Debía entrar al caos de un hombre que manejaba sus propias reglas, un universo construido alrededor de su voluntad.

Se acomodó los lentes, se retocó el cabello y, con una paz que sobrepasaba todo entendimiento, salió para encontrarse con su destino.

* * *

Al caminar hacia la oficina principal, vio a través de los paneles de vidrio a Gabriel y a José sumergidos en una charla técnica.

Le costaba asimilar tanto lujo, que contrastaba totalmente con sus orígenes. Gabriel gesticulaba frente a una pantalla gigante mientras José asentía con esa calma que lo caracterizaba.

Pero en cuanto A.P.R.I.L. detectó a Nova, se escuchó su voz femenina y precisa brotando desde los parlantes:

—La señorita Nova está aquí, señor…

Gabriel giró la cabeza. Fue un movimiento instintivo, inmediato, como si tuviera un radar configurado solo para ella.

—¡Ah, acá estás! —exclamó Gabriel, dejando de lado lo que estaba haciendo. José también se dio vuelta con una sonrisa amable— Y bien… ¿qué te pareció el "imperio"? ¿Te sentís cómoda o ya te dieron ganas de salir corriendo de vuelta para las sierras?

Nova caminó hacia ellos. Cada paso le parecía más largo que el anterior. La distancia entre ella y Gabriel se sentía extrañamente significativa.

—Es impresionante, Gabriel —dijo ella con esa tonada cordobesa que a él le resultaba fascinante y dulce— Nunca imaginé que una empresa de tecnología fuera un mundo tan grande. Estoy… muy feliz de tener esta oportunidad. Gracias, de verdad.

Gabriel la miró en silencio un segundo más de lo debido. Sus ojos recorrieron la timidez de Nova, su rostro limpio y esa luz que traía del interior. No era el tipo de mujer que él conocía. Era otra cosa, y eso lo descolocaba más que cualquier reunión difícil.

Sintió una punzada de algo que no supo nombrar: una mezcla de orgullo y una protección posesiva que no tenía explicación; pero lo que más lo sorprendía era la confianza que la muchacha despertaba en su interior, como si su presencia ordenara algo dentro de él.

—Me alegra —respondió él con voz más suave— Vení, que te muestro cuál será tu puesto de trabajo a partir de hoy.

Caminaron unos pasos hacia una oficina. Había un escritorio amplio y moderno, ubicado justo en el corazón del piso, con una vista privilegiada y, sobre todo, a pocos metros de la oficina vidriada de Gabriel.

—Esta es tu oficina —le dijo, señalando el equipo de última generación— Estás acá porque necesito que seas mis ojos y mi memoria. Desde este lugar, vas a ser mi luz.

Gabriel no supo exactamente por qué dijo eso. O tal vez sí lo sabía, y precisamente por eso lo dijo: porque cuando algo lo descolocaba, cuando sentía que el control se le escapaba entre los dedos, desplegaba lo que siempre le había funcionado. Una frase. Una mirada. El encanto preciso en el momento exacto. Era su idioma más antiguo, el que había aprendido antes que cualquier otro. Lo que nunca se había preguntado era si algún día ese idioma dejaría de alcanzarle.

Nova apoyó sus manos en el escritorio, asimilando la responsabilidad. Miró a Gabriel con una mezcla de respeto y admiración que ya no podía ocultar.

Pensó en su Imma doblando ropa los domingos, en su Abba regando las plantas al atardecer y en las noches tranquilas leyendo la Biblia antes de dormir. Todo eso parecía tan lejano ahora, como si perteneciera a otra vida.

Aún es tiempo de soñar, se dijo en silencio, casi sin darse cuenta. Y lo creyó.

—¿Cuál es mi primera tarea, señor? —preguntó, queriendo demostrar que estaba a la altura.

Para entonces, la mañana se había consumido y el mediodía ya había pasado sin dejar rastros.

Gabriel miró su reloj de pulso, una pieza de diseño negro muy cara, y luego miró a José, que observaba la escena con una chispa de picardía en los ojos.

—Tu primera tarea… —empezó Gabriel, acercándose un paso más a ella— va a ser ir a comer con el dueño de la empresa y con el jefe de personal. No podemos permitir que nuestra secretaria ejecutiva muera de hambre en su primer día laboral.

José, que conocía a Gabriel mejor que nadie, notó la intención en la voz de su amigo y decidió darles espacio.

—Sabés que me encantaría, Gaby, pero hoy paso. Tengo a los de Desarrollo Tecnológico esperando el cierre y si no voy ahora, el proyecto de este mes no sale. Vayan ustedes, yo me pido algo acá.

Gabriel no insistió; de hecho, una chispa de satisfacción cruzó su mirada.

—Bueno, ya que al parecer el jefe de personal es un adicto al trabajo —bromeó Gabriel, mirando fijamente a Nova— vamos a tener que ir a almorzar solos nosotros. Ya son las dos de la tarde y hoy ni el café pudiste tomar, ya que te lo tiré encima —sonrió.

Nova sintió que el rubor le subía por el cuello. La idea de estar a solas con su flamante jefe, fuera de la oficina, la ponía en alerta, como si una parte de su corazón estuviera entrando en terreno desconocido.

—¿Seguro? —preguntó ella, casi en un susurro— ¿No va a ser raro para usted que salga a comer con alguien que lleva su ropa manchada de café… y que encima la culpa es suya? No quiero comprometerlo de ninguna manera, Gabriel.

Gabriel soltó una carcajada corta que le iluminó la cara.

—Nova, el único problema es si no vamos a comer. Yo ya estoy que muero de hambre y vos necesitás energía para aguantarme el resto del día.

Salieron de la oficina y el trayecto hacia el ascensor fue un desfile de interrupciones.

Empleados con carpetas, desarrolladores con dudas… todos saludaban a Gabriel con una mezcla de respeto y admiración. Él despachaba cada asunto con una rapidez mental asombrosa, pero sin detenerse.

Guiaba a Nova con una mano apenas apoyada en su espalda, un gesto que a ella le hacía sentir fuego a través de la camisa. Ese contacto leve, casi casual, encendía una corriente eléctrica que le recorría la columna.

Al llegar al lobby, Gabriel se detuvo un segundo frente al mostrador de recepción.

—Nos vamos a comer, Silvia —le dijo a la recepcionista— En una o dos horas estamos de vuelta. No me pases llamadas a menos que sea una emergencia de vida o muerte.

La mujer asintió mecánicamente, pero Nova notó que su mirada se clavaba, una vez más, con un rastro de envidia y desprecio, en sus gastadas zapatillas de tela.

Nova bajó la vista un segundo, sintiendo el contraste entre su sencillez y el lujo del edificio, pero Gabriel, notando el gesto, le susurró al oído mientras salían a la calle:

—No le hagas caso. Ella solo sabe mirar las apariencias, nunca aprendió a mirar el corazón…

Nova se sorprendió por aquellas palabras. ¿Cómo sabía Gabriel ese versículo bíblico?

MÍRAME

Cuando salieron a la luz de la tarde de Buenos Aires, el ruido de la avenida, el olor a ciudad y la presencia imponente de Gabriel a su lado hacían que Nova se sintiera en un sueño.

A pocos metros de la Torre DMT, entraron en un restaurante de fachada discreta, pero con un interior que gritaba exclusividad. Desde afuera parecía un lugar simple; sin embargo, apenas cruzaron la puerta, la iluminación cálida, el aroma a carne a la parrilla y el silencio refinado del salón revelaban que aquel sitio pertenecía a otro mundo.

—¡Buen día, Ricardo! —saludó Gabriel en cuanto el maître apareció.

—¡Señor Gabriel! Qué gusto verlo. ¿Le preparo una mesa?

—Por favor, Ricardo. Y que sea la más apartada; hoy necesito tranquilidad.

El maître los guio hacia un rincón del salón, decorado con maderas oscuras y manteles de lino blanco. Era el lugar más íntimo del restaurante, casi un pequeño refugio dentro del bullicio elegante del lugar.

Cuando el mozo trajo las cartas, Gabriel ni siquiera las abrió. Las rechazó con un movimiento de manos, como quien ya conoce el menú de memoria.

—Tráeme un bife de chorizo con fritas y ensalada, como siempre —ordenó, y luego se inclinó hacia Nova, bajando el tono— ¿Vos querés lo mismo? Te aseguro que es el mejor de la ciudad.

Nova, que todavía estaba asimilando el lujo del lugar, asintió tímidamente.

—Sí… lo mismo está bien para mí.

—Perfecto —concluyó Gabriel— Y tráenos una buena botella de vino tinto y dos aguas minerales con gas.

Cuando quedaron solos, el silencio se volvió denso, pero no incómodo.

Gabriel se recostó en su silla y se quedó observándola. Nova sentía que sus pupilas le leían el alma.

Ella acomodó la servilleta sobre sus piernas con dedos cuidadosos. Le costaba creer dónde estaba sentada. El mantel blanco, las copas finas, el murmullo elegante del salón… todo contrastaba con los almuerzos simples de su casa.

Pensó en la mesa familiar, en las oraciones antes de comer. En el aroma de la comida casera, en las risas tranquilas de sus padres. Y ahora estaba ahí, frente a un mundo que desconocía totalmente, un mundo que parecía girar alrededor del poder y del dinero.

—Contame de vos, Nova —dijo él, rompiendo el hielo— No de tu currículum, eso ya lo conozco. Contame qué hace una chica como vos, con esos valores y esa fe, en una ciudad que devora a la gente.

La pregunta le caló hondo. Tomó un sorbo de agua para ganar tiempo. Sintió una mezcla extraña de nervios y firmeza. No quería parecer débil, pero tampoco quería perder la esencia de quién era.

—Yo no creo que la ciudad me devore, Gabriel. Creo que si uno sabe quién es y de dónde viene, no se pierde. En mi pueblito la vida es

simple. Acá… —miró a su alrededor— todo es más rápido, todo es lujo y dinero, pero aun así la gente tiene las mismas necesidades de afecto y verdad.

Mientras hablaba, se sorprendió escuchándose tan segura. Era su voz, pero también era su convicción.

Pensó que quizás Dios la había puesto justo ahí por alguna razón que todavía no entendía.

Gabriel sonrió con un toque de cinismo, pero con respeto y una ternura que no podía ocultar.

—Sos una idealista. Me recordás a alguien que conocí hace muchos años… pero con mucha más luz. Me asombra que no tengas miedo de decir lo que pensás frente a alguien como yo.

Nova sostuvo su mirada un segundo más de lo prudente. Sintió ese pequeño temblor en el pecho que aparecía cada vez que sus ojos se posaban sobre ella.

—¿Y por qué debería tenerle miedo? —preguntó, animándose a mirarlo de frente— No me lo tomé a mal, pero… usted es solo un hombre, Gabriel.

—Un hombre muy inteligente y exitoso, sí… pero, si me permite…

Él la miró y asintió con la cabeza, casi sin darse cuenta de lo que estaba autorizando.

—Su corazón parece estar un poco solitario y triste. Como cerrado para sentir.

—Hay una vieja canción que se llama “La llave de tu corazón”. Tal vez usted debería entregar esa llave a alguien para lograr sentirse más pleno, más vivo y más feliz.

El comentario le dio de lleno en el pecho. Gabriel se quedó callado y sorprendido. ¿Acaso sería tan evidente su interior?

Por un instante, el ruido del restaurante pareció desaparecer. Solo existían ellos dos y esa frase que había atravesado sus defensas con una precisión inquietante.

—Directa al grano, ¿no? —murmuró— Tal vez tengas razón. Mi vida es un caos de códigos y negocios; tal vez por eso no tengo tiempo para sentir ni para entregar la llave de mi corazón a nadie.

Nova solo agachó la cabeza y calló. Una tristeza suave la inundó ante aquella declaración.

A medida que avanzaba el almuerzo, la charla se volvió más ligera. Gabriel se sorprendió al ver cómo Nova disfrutaba de la comida.

—Supongo que no me vas a decir que vivís a base de ensaladitas de lechuga —comentó, divertido— Comés como si no hubiera un mañana —sonrió.

—¡Es que todo está riquísimo! —se rio ella— Además, siempre fui así. Como de todo y no engordo. Mi metabolismo siempre me ayudó, gracias a Dios.

Gabriel la miró de arriba abajo, sin disimulo esta vez.

—Ya lo creo… No solo sos hermosa de cara, Nova. Tenés un cuerpo maravilloso.

El comentario le cayó encima como agua caliente. Bajó la vista de inmediato, buscando refugio en el tenedor que sostenía sin saber para qué.

El calor le subió desde el cuello hasta las orejas.

Nadie le había dicho algo así. Nunca. Pensó que quizás sería bueno poner un límite, pero algo dentro de ella se negó, porque el comentario provenía de él.

Era la primera vez que se sentía vista de esa manera. Y eso la dejó sin piso.

Nova no podía ordenar lo que sentía. Todo era demasiado junto, demasiado rápido. Y sin embargo no quería que terminara.

Sintió que Dios estaba allí, no solo en su corazón, sino también en el orden perfecto de aquel instante, donde lujo, sencillez, respeto y admiración se entrelazaban de manera inexplicable.

Al terminar el almuerzo, Gabriel pagó y volvieron a la empresa caminando despacio, casi queriendo estirar el momento. La tarde de Buenos Aires continuaba vibrando alrededor de ellos.

* * *

Nova iba en silencio, con la cabeza llena de pensamientos que no terminaban de ordenarse. Sentía el estómago lleno, pero el corazón inquieto.

Algo en su vida acababa de cambiar, aunque todavía no pudiera explicarlo.

NO HACE FALTA QUE LO DIGAS

Al entrar al lobby, Silvia, la recepcionista, los abordó de inmediato.

—Señor, lo llamaron tres veces de la agencia de publicidad. Dicen que es urgente.

—Gracias, Silvia —respondió él, sin darle importancia, mientras entraba al ascensor con Nova.

Las puertas se cerraron con suavidad, aislándolos del ruido constante del lobby.

Dentro del cubículo, el silencio se volvió denso y extrañamente íntimo.

El espejo que cubría la pared del fondo les devolvía sus imágenes: él, alto, seguro, con su ropa fina y esa presencia dominante que parecía llenar cualquier espacio; ella, pequeña, radiante, con una mezcla de timidez y dulzura que contrastaba con la seguridad que emanaba de Gabriel.

Nova se vio reflejada y, por un instante, se sintió fuera de lugar. Sus jeans simples, su camisa clara, sus zapatillas algo gastadas. Parecía una chica de otro mundo comparada con el lujo silencioso del edificio y con la figura elegante del hombre que tenía a su lado.

Pensó en cuántas mujeres sofisticadas y perfectamente vestidas habrían compartido ese ascensor junto a Gabriel. Mujeres seguras, refinadas, acostumbradas al mundo que él dominaba con tanta naturalidad. Sintió un leve pinchazo de celos que la tomó por sorpresa. Tragó saliva.

Gabriel la observó a través del reflejo del espejo, con una atención silenciosa que parecía analizar cada uno de sus gestos.

Había algo en ella que no podía dejar de mirar. No era solo la belleza. Era otra cosa. Como si al mirarla estuviera viendo algo que no debería ver, algo que no estaba seguro de merecer.

—¿Tenés novio, Nova?

La pregunta fue tan directa que cayó como una piedra en un estanque. El corazón de Nova dio un salto brusco.

Lo miró a los ojos a través del espejo y sintió cómo algo se tensaba dentro de ella.

—No. La verdad es que nunca lo he tenido. Mi vida siempre fue la iglesia, mi familia y los estudios. No me gusta perder el tiempo.

Él la miró con detenimiento, como si esa respuesta hubiera despertado una curiosidad más profunda.

—Es difícil de creer eso, siendo tan hermosa…

Nova parpadeó, sorprendida.

—¿En verdad cree que soy hermosa…? —respondió casi en un susurro, como si las palabras le hubieran salido antes de poder pensarlas.

—Muy hermosa —le respondió Gabriel, sin apartar la vista.

Se miraron fijamente durante unos segundos que parecieron más largos de lo normal.

El ascensor seguía subiendo con suavidad, pero dentro de ese espacio cerrado el tiempo parecía haberse ralentizado.

—Yo espero al hombre de mi vida —dijo Nova.

Decirlo en voz alta la hizo sentirse vulnerable, pero al mismo tiempo firme. Era una verdad que había guardado durante años con una convicción que no estaba dispuesta a negociar.

Gabriel soltó una risita suave, casi incrédula.

—¿Todavía creés en esos cuentos de hadas, de verdad? ¿En el "príncipe azul"?

Nova respiró profundo.

—No es un cuento de hadas, Gabriel —dijo con firmeza, girándose para enfrentarlo— Es tener valores. Sé que Dios pondrá al hombre indicado frente a mí cuando sea el momento oportuno, y es en Él en quien yo espero…

Mientras hablaba, sentía que defendía algo sagrado. Algo que definía quién era realmente.

Gabriel dio un paso hacia ella, quedando a escasos centímetros de distancia.

Nova volvió a percibir su perfume, ese aroma profundo y masculino que parecía envolverla por completo.

El espacio se volvió pequeño, cargado de una electricidad invisible que le oprimía el pecho. Pensó en retroceder, pero no lo hizo. Algo dentro de ella no quería hacerlo.

Algo la atravesó de golpe. Algo que no tenía nombre, que nunca antes había sentido y que por eso mismo la asustó más que cualquier otra cosa en ese día tan largo. Un impulso que venía de un lugar que ella no conocía en sí misma, un lugar que hasta ese momento había estado quieto, dormido, esperando sin que ella lo supiera.

Quería acercarse. Quería besarlo…

No quiso terminar el pensamiento. Lo cortó antes de que llegara hasta el final, porque si lo dejaba llegar, no sabría qué hacer con él.

No hace falta que lo diga, pensó. Y eso la asustó más que todo lo demás junto.

—Puede que ese hombre esté más cerca de lo que vos creés, Nova. ¿No te parece? —le dijo él, con la voz profunda, como si estuviera poniendo a prueba la solidez de sus convicciones.

Nova sostuvo la mirada con valentía, aunque sentía que el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas.

—Me gustaría mucho que fuera así —susurró, mirándolo fijamente a los ojos.

El aire entre ellos se volvió espeso y silencioso.

En ese preciso instante, la voz de A.P.R.I.L. inundó el cubículo.

—Señor, detecto un incremento anómalo en la temperatura corporal y en la frecuencia cardíaca de ambos. ¿Es necesario que solicite asistencia médica o que un doctor los espere en el piso 25?

El momento se rompió como un cristal.

Ambos se separaron de golpe, ruborizados hasta las orejas, tratando de disimular. Gabriel carraspeó, incómodo.

—No, A.P.R.I.L.… no es necesario —respondió con voz tensa— Solo… ajustá la ventilación del ascensor.

—Entendido, señor. Ajustando climatización —respondió A.P.R.I.L.

Un leve soplo de aire frío comenzó a circular dentro del ascensor. Inmediatamente después, el "ding" anunció que habían llegado y las puertas se abrieron.

Nova respiró como si emergiera del agua después de haber estado conteniendo el aliento demasiado tiempo. Gabriel se recompuso al instante, volvió a su escritorio y atendió el teléfono que ya sonaba.

Nova se quedó en su escritorio con las manos que no le obedecían del todo, organizando unos papeles.

Su mente volvía una y otra vez al ascensor, a la cercanía de Gabriel, a esa frase que todavía parecía vibrarle en la piel.

Abrió su bolso para buscar un bolígrafo y rozó la Biblia. Sintió un pinchazo de culpa y, al mismo tiempo, de alivio.

El mundo de Gabriel la estaba haciendo sentir cosas que nunca antes había sentido… pero su fe le decía que, si él era el hombre indicado, Dios primero tendría que obrar en ese corazón que parecía tan cerrado.

Por un instante, cerró los ojos y dejó que el recuerdo la inundara: la proximidad, el perfume, el calor, la voz de Gabriel que le había hablado directamente al corazón. Sintió que su pecho latía con una fuerza que amenazaba con desbordar sus emociones contenidas.

Quiso sonreír y llorar al mismo tiempo, consciente de que aquel momento no solo quedaría grabado en su memoria, sino también en su alma.

* * *

La tarde avanzó sin dar tregua. Después de un rato, Gabriel salió de su oficina seguido por José.

—José, tráeme una tarjeta ahora mismo —ordenó.

José asintió y fue a buscarla. Nova levantó la vista, confundida. Gabriel se paró frente a ella.

—Sé que es tu primer día y que todo esto es un poco loco y acelerado por aquí, pero…

—Esta noche vas a tener tu primera prueba de fuego. Tengo una cena empresarial muy importante con nuestros socios de Dubái. La cena es a las veintiuna horas. José y vos me van a tener que acompañar.

Nova abrió los ojos de par en par.

—¿Yo? Pero… ¿por qué yo? ¿Qué podría aportar si acabo de comenzar? Además… no creo que mi forma de vestir esté a la altura de una cena empresarial —contestó con total sinceridad.

En ese momento llegó José y le entregó una tarjeta a Gabriel. Él la tomó y se la extendió a Nova con un gesto decidido.

Ella miró el plástico como si fuera algo peligroso.

—¿Y esto? ¿Qué es?

Aquella no era solo una tarjeta de crédito. Era poder. Era confianza. Era una puerta a un mundo que ella no sabía si quería cruzar.

—Es una tarjeta de platino empresarial, sin límites. Es para vos.

—Quiero que vayas ahora mismo y te compres ropa. Que compres el vestido más increíble que encuentres: zapatos, peinado,

todo lo que necesites. Esta noche te necesito hermosa, despierta y totalmente radiante. Tenemos que cerrar un negocio de mucho dinero con esta gente y necesito que estén… distraídos.

Nova sintió vértigo. Pensó en su Imma otra vez. En su iglesia. En su vida sencilla.

—¿Pero… usted cree que realmente puedo servir de algo si voy con ustedes? —preguntó con honestidad— Me da miedo fallar, no estar a la altura.

—Además, quiero que sepa que yo no voy a hacer nada indebido —agregó con tono firme, frunciendo el ceño.

Gabriel se rio y le tomó suavemente el mentón, obligándola a mirarlo. Ese contacto breve le recorrió el cuerpo como una corriente eléctrica.

—¿Creés que te pediría algo malo, princesa? Sos inteligente, sos capaz y más hermosa que cualquier mujer que vaya a estar en esa cena.

—Así que sí… Tu compañía va a ser más que útil de lo que puedas imaginar.

—Andá, Nova. Comprá lo mejor que encuentres, lo que más te guste. No te fijes en el precio. Y a las ocho te quiero deslumbrante, porque voy a pasar a buscarte por tu departamento…

Nova sostuvo su mirada un segundo más. Se preguntó si estaba realmente despierta, si todo aquello estaba sucediendo de verdad o solo era un sueño de los que solía tener de niña. También sintió miedo.

Señor… ¿qué está sucediendo?, se preguntó en silencio.

* * *

Salió del edificio sintiendo que el corazón se le salía del pecho. El aire de la calle le golpeó la cara como una bofetada suave.

Autos, bocinas, gente caminando rápido… todo parecía moverse demasiado deprisa.

Caminó unos metros sin rumbo. Cada paso le pesaba.

Pensó en aquel día. En cómo esa mañana había comenzado con tanta angustia: sin trabajo, con dinero para solo unos días, con un panorama gris y la sospecha de que su llegada a la gran ciudad había sido un error.

Y ahora… miró la tarjeta. Recordó "su" oficina, el almuerzo, aquel momento en el ascensor donde todo el mundo que conocía

pareció perderse por un instante y, sobre todo… ese hombre que estaba cambiando su mundo en todos los sentidos.

Todo había pasado en horas. Y ya no podía reconocer su propia vida.

Se detuvo frente a una vidriera oscura. Se miró reflejada: la misma chica sencilla… pero con una luz distinta en su mirada.

Había algo nuevo allí. Algo que la inquietaba y, al mismo tiempo, la ilusionaba.

Se abrazó a sí misma. Sentía miedo. Pero no miedo de Gabriel. Miedo de ella. Miedo de estar entrando en un juego donde él era el único dueño de las reglas. Miedo de un mundo que nunca había vivido y que desconocía.

Pensó en su fe. En su crianza. En las promesas que se había hecho a sí misma.

"Esto no es quien soy", se dijo. Y lo creyó. Por un segundo lo creyó con toda su fuerza.

Pero entonces recordó aquella mirada en el ascensor. Y la voz se achicó.

"Esto no es quien soy", repitió, más bajito esta vez.

Recordó los ojos verdes en la vereda esa mañana, cuando todo había comenzado sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Y entonces…

La otra voz, la más honesta, la más asustada, habló por primera vez sin pedirle permiso:

"Pero es él… Algo en vos lo sabe desde esta mañana. Es el…"

No hacía falta que lo dijera. Ya lo sabía.

Volvió a respirar profundo. Sintió un nudo en la garganta y mariposas en el estómago. Pensó que, si seguía sola un minuto más, iba a largarse a llorar en plena vereda.

Sacó el celular con manos temblorosas y marcó el número de Sofy.

—¿Sofy…? —dijo cuando atendieron— Te necesito urgente. No sabés lo que me está sucediendo…

—Nova… ¿estás bien? —preguntó su amiga al instante.

Ella cerró los ojos.

—No lo sé… —Silencio— Toda mi vida está cambiando en un solo día, Sofy… Siento que me estoy metiendo en algo que no entiendo… y tengo miedo de no poder controlarlo.

—Pará… respirá —le dijo Sofy— ¿Dónde estás?

Nova miró a su alrededor.

—En el centro… cerca de la Torre DMT. —Tragó saliva— Gabriel me acaba de invitar a una cena empresarial esta noche… —hizo una pausa— Y además… me dio una tarjeta de la empresa para que me compre todo lo que quiera.

Del otro lado no se oyó nada por unos segundos.

—¿Cómo que te dio una tarjeta…?

Nova apoyó la espalda contra una pared.

—Dice que no tiene límites… —su voz salió más fina— Sofy… yo no sé si estoy preparada para vivir este mundo. —Se quedó callada un instante. Y entonces lo dijo, casi sin darse cuenta— Y encima… creo que me estoy enamorando de él…

* * *

Mientras colgaba, Nova se permitió un momento para sentir la magnitud del día: la mezcla de miedo, fascinación y deseo de vivir.

Cerró los ojos y dejó que la tarjeta plateada brillara en sus manos. Comprendió que, aunque no entendiera completamente aquel mundo, algo dentro de ella sabía que Dios estaba orquestando cada paso.

CONFESIONES FRENTE AL ESPEJO

El reloj de pared del café de Recoleta avanzaba con una lentitud que a Nova le resultaba agónica. Estaba sentada en un rincón, lejos de la ventana esta vez, buscando una sombra donde esconder su vulnerabilidad.

Frente a ella, una taza de té que ya se había enfriado descansaba intacta.

Nova apenas registraba nada de eso; tenía la sensación de estar suspendida en una burbuja frágil, como si cualquier sonido más fuerte pudiera quebrarla.

Sentía que el suelo bajo sus pies todavía vibraba, y sus manos —entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos se veían blancos— no terminaban de creer lo que el resto de su cuerpo ya sabía.

No podía dejar de repasar las últimas horas: el choque en la vereda, el aroma del perfume de Gabriel impregnado en su piel y, luego, aquel despacho imponente en la Torre, donde el destino le había jugado la broma más grande de su vida.

Cada recuerdo venía acompañado de una punzada distinta: el latido acelerado, la sensación de caer en algo que no entendía del todo.

—Señor, ¿qué es esto? —susurró, cerrando los ojos— ¿Es una bendición o es una prueba?

Su respiración se volvió lenta, forzada, como si necesitara aire extra para sostener lo que estaba pasando dentro de ella.

Cuando abrió los ojos y vio a Sofy cruzar la puerta, sintió un nudo en la garganta.

Su amiga llegó como un torbellino de colores y seguridad, pero se detuvo en seco al ver el rostro de Nova.

—¡Nena! Estás blanca como un papel —dijo Sofy, sentándose frente a ella y tomándole las manos— ¿Qué pasó? Me asustaste con tu llamado. ¿Acaso no me dijiste que te habían contratado con un sueldo más que excelente?

El contacto de Sofy fue una pequeña ancla a la realidad. Nova asintió y una lágrima solitaria rodó por su mejilla antes de que pudiera evitarlo.

—Me dieron el puesto, Sofy… pero no es eso. El problema es todo lo que sucedió después.

Sofy abrió los ojos de par en par, conteniendo un grito de curiosidad. Nova continuó, con la voz apenas un hilo dulce y quebrado.

—Fui a almorzar con Gabriel. Con el dueño de la empresa…

—¿Cómo…? —preguntó Sofy, sin poder creerlo.

—Sí. Me llevó a un lugar donde los manteles cuestan más que la granja de mis viejos.

—Sofy… él me miraba de una forma que me hacía olvidar hasta cómo me llamo.

—Después, cuando volvíamos, en el ascensor, por primera vez en mi vida sentí algo que me asustó.

—Tuve ganas de besarlo… Estuve a punto de perder la cabeza ahí mismo.

Mientras hablaba, Nova sentía cómo cada palabra le pesaba en el pecho. Confesarlo era volver a vivirlo.

Buscó en su cartera y, con dedos temblorosos, sacó la tarjeta Platinum. La dejó sobre la mesa de madera como si fuera un carbón encendido.

—Hace un rato, me dio esto… Me dijo que me compre lo mejor, lo que yo quiera y que no mire el precio, porque esta noche hay una cena y me quiere radiante para que lo acompañe.

—Sofy… tengo miedo.

—Yo soy una chica de pueblo, yo vivo para Dios… ¿qué hago metida en este mundo de tarjetas sin límite y hombres que te desarman con la mirada…?

Sofy la miraba atenta, procesando cada palabra.

—Y lo que es aún peor… creo… creo que me estoy enamorando de él, a pesar de que recién lo conozco.

Sofy guardó silencio un segundo, conmovida por la sinceridad de su amiga. Pero luego su naturaleza práctica y alegre tomó el mando. Soltó una carcajada suave y apretó las manos de Nova.

—¡Escuchame bien, cordobesa! Dios no te trajo a Buenos Aires para que sufras en un rincón. Si ese hombre te puso esa tarjeta en la mano y te mira como si fueras la última coca cola del desierto, es por algo. Dejate de lamentos. No es un pecado verse linda ni tener un buen trabajo. ¡Es tu oportunidad!

—Y aparte, si te estás enamorando de él… ¿quién no se enamoraría de tremendo bomboncito? ¡Ahora secate esas lágrimas, guardá ese plástico plateado y vamos a caminar, porque nos vamos a ir a comprar un vestido que le va a terminar de romper el corazón a ojitos verdes!

Nova tragó saliva.

Parte de ella quería salir corriendo, pero la otra parte ya estaba caminando.

No estaba convencida; sentía que estaba cruzando una línea de la que no se vuelve. Pero la energía de Sofy la arrastró fuera del café.

La Avenida Alvear la recibió como un mundo paralelo. Las vidrieras enormes, las fachadas de mármol, las vendedoras con el mismo aire distante y evaluador que la recepcionista del edificio.

Nova caminaba pegada a Sofy como si su amiga fuera un escudo.

En la primera boutique, los precios la dejaron sin aire.

Pensó en su padre contando billetes sobre la mesa de la cocina para pagar la hipoteca. Pensó en las monedas que había guardado esa mañana con precisión casi religiosa después de pagar el café.

Y ahora… tenía en la cartera una tarjeta de platino sin límite que quemaba como si fuera fuego.

—Este no —decía Sofy, descartando vestidos con una seguridad que Nova envidiaba— Este tampoco.

Nova apenas miraba los vestidos. Miraba los precios y sentía el peso de lo que estaba haciendo.

Pero cada vez que cerraba los ojos aparecían los ojos de Gabriel y ese peso se mezclaba con algo que no sabía nombrar y que era peor.

Salieron de tres boutiques con las manos vacías. Nova empezaba a sentir que quizás era una señal, que quizás Dios le estaba diciendo que se volviera a su departamento y olvidara todo.

Entonces Sofy se detuvo frente a una boutique pequeña, de fachada discreta, con una sola lámpara cálida iluminando el interior.

—Ahí —dijo, con una certeza que no admitía discusión.

Adentro el silencio era diferente. No era el silencio frío de las otras tiendas. Era un silencio que envolvía.

Y entre los pocos vestidos colgados con espacio entre ellos, estaba un vestido negro, pero no era un negro cualquiera: era un negro profundo, pulido, casi líquido. La tela parecía adherirse al cuerpo como si lo conociera de memoria, marcando cada curva con precisión quirúrgica, sin exagerar… solo insinuando lo justo para que la mirada no pudiera soltarse.

El corte era asimétrico, con un hombro descubierto que rompía la simetría de forma intencional. Ese detalle no era casual: exponía la clavícula, alargaba el cuello y creaba un punto de tensión visual que dirigía la atención hacia arriba… hacia la mirada. Era una jugada elegante, sutil y calculada.

Nova lo tocó con la punta de los dedos antes de tomarlo.

Se lo probó sola, en el pequeño probador, y cuando salió y se vio en el espejo grande del local se quedó inmóvil.

No era el vestido... Era ella dentro del vestido.

Nunca se había visto así.

No porque no fuera hermosa, sino porque nunca había tenido un motivo para mirarse de esa manera, con esa atención, con ese permiso. Siempre había sido la chica de los lentes, la chica buena, la

chica de la iglesia de Icho Cruz. Una chica con apellido y con historia y con valores.

Pero ahora estaba viendo una mujer… eso era otra cosa. Y el espejo le estaba diciendo algo que ella todavía no sabía si estaba lista para escuchar.

Sintió un mareo suave. No de debilidad sino de vértigo, como cuando uno se asoma a algo muy alto y muy hermoso al mismo tiempo.

Esa versión suya, recién nacida, parecía frágil todavía, como si necesitara unos minutos más para terminar de asentarse dentro de su propio cuerpo.

Pensó en Gabriel.

No pudo evitarlo. La imagen llegó sola, sin permiso: sus ojos verdes viéndola así. Y ese pensamiento la hizo apartar la vista del espejo, colorada, como si él pudiera verla desde algún lugar.

—Ese es —susurró Sofy detrás de ella, con una voz que por primera vez en todo el día no tenía nada de broma— Ese es el vestido con el que vas a empezar tu nueva vida.

Compraron unas botas negras en el local de al lado. Nova las eligió en silencio, sin mirar el precio. Después la peluquería, donde unas manos expertas ordenaron su cabello con una naturalidad que lo hacía parecer sencillo. Luego la óptica, donde le enseñaron a colocarse los lentes de contacto y sus ojos celestes quedaron al descubierto por primera vez, libres del marco que siempre los había enmarcado. Por último, una joyería pequeña, donde eligieron unos aros y una cadenita de oro fino que no necesitaban competir con nada, porque ella ya era suficiente.

Cada parada era un paso más lejos de la chica que había cruzado la puerta del café esa mañana. Y Nova lo sentía. Lo sentía en los pies, en los hombros, en la forma en que empezaba a caminar sin darse cuenta.

SIN SALIDA

Cuando Nova regresó a su pequeño departamento, el contraste fue demoledor. El vestido negro de seda fina —que había costado el sueldo de todo un año— colgaba de la puerta de su modesto ropero de

pino, silencioso y ligeramente burlón en ese espacio austero y húmedo que, desde su llegada de Córdoba, había sido suficiente para ella.

Hasta esa mañana…

Aquel cuarto humilde la observaba con una mezcla extraña de ternura y despedida, como si ese pequeño refugio también supiera que algo en su vida estaba cambiando para siempre.

Se preparó despacio, con movimientos casi religiosos.

Se colocó los lentes de contacto, sintiendo el leve roce en sus ojos, y observó su reflejo: estaba radiante, pero no se reconocía.

¿Quién era esa mujer?

La joven temblorosa de la mañana parecía ahora una sombra distante, una versión de sí misma que había quedado atrás en alguna vereda de la ciudad.

Se maquilló apenas, dejando que su belleza natural hablara por sí sola, como si su rostro no necesitara máscaras, sino simplemente aceptar lo que estaba empezando a despertar dentro de ella.

Se quedó quieta unos segundos frente al espejo. Apoyó una mano sobre el pecho para calmar los latidos —que seguían acelerados, como si su corazón tuviera prisa por algo que ella todavía no entendía— mientras su respiración subía y bajaba como olas inquietas.

Sus ojos celestes, ahora libres del marco de sus anteojos, parecían más profundos, más abiertos al mundo… y también más vulnerables.

A las veinte en punto, el teléfono vibró sobre la mesa, junto a su Biblia.

—Estoy abajo —dijo la voz de Gabriel. Profunda. Cargada de intención.

Nova tomó aire. Cerró los ojos un segundo, pensando en Dios, en sus sueños, en quién quería ser. Se miró una última vez, acomodó la seda del vestido y, con las piernas temblando, bajó las escaleras.

Cada escalón era una despedida silenciosa de la chica que había sido hasta esa mañana, y también el nacimiento incierto de alguien nuevo que todavía no sabía si estaba preparada para ser.

* * *

Al abrir la puerta del edificio, el aire fresco de Buenos Aires le acarició el rostro.

Gabriel estaba allí, apoyado contra un deportivo negro. Vestía pantalón negro pinzado de corte perfecto, camisa rosada suave con corbata de seda del mismo tono y chaleco de lino negro; sin saco. No le gustaba usar saco.

Estaba de espaldas, pero al escuchar el rítmico sonido de las botas de Nova sobre la vereda, se giró.

Sus pupilas se dilataron y la recorrieron con una lentitud que la hizo sentir fuego en la piel.

No era la mirada de un jefe. Era la de un hombre que acababa de descubrir algo que ni siquiera él mismo sabía que estaba buscando.

—Nov… Nova… —dijo, con la voz rota por la sorpresa— Estás… absolutamente deslumbrante. No parecés la misma persona…

—Pero a la vez… sos más vos que nunca.

Nova sintió que su alma se deshacía. Nadie la había mirado nunca así.

Gabriel dio un paso hacia ella, rompiendo el espacio personal.

Por un instante, el ruido de la calle desapareció. Solo existían ellos dos y algo suspendido entre sus cuerpos que ninguno de los dos nombraba.

Él abrió la puerta del auto con un gesto caballeroso. Sus miradas se sostuvieron un segundo más de lo necesario, cargadas de algo que todavía no tenía nombre.

Señor, si esto es un sueño, no quiero despertar, pensó Nova.

El trayecto por las calles de Recoleta fue lento, casi agónico. La luz de las farolas iluminaba a ratos el perfil de Gabriel, y luego el rostro de Nova, que esa noche parecía esculpido por ángeles.

Cada roce accidental de sus rodillas encendía algo que le recorría la espalda en silencio.

Su fe luchaba contra su cuerpo, su alma contra su piel, mientras el interior del auto se llenaba de palabras que ninguno de los dos decía.

Al llegar al restaurante, el maître los guio hacia la mesa principal. José ya los esperaba. Cuando se levantó al verla, su expresión fue un poema.

—Gabriel… —dijo, recuperando el aliento—, me habías dicho que tenías secretaria nueva. Nunca me dijiste que habías contratado un ángel…

Nova se sonrojó. Gabriel colocó suavemente su mano en la parte baja de su espalda para guiarla hacia la silla. El contacto fue breve, pero la hizo erguir la postura.

Él se inclinó hacia ella para susurrarle el plan de la noche: ella sería su puente emocional durante la cena.

José, antes de que llegaran los inversores, tomó un sorbo de agua y la miró con esa transparencia suya que no juzgaba nada.

—Todo va a salir bien —le dijo, tranquilo, como si lo supiera de antemano.

Cuando los empresarios de Dubái llegaron, quedaron hipnotizados de inmediato con la belleza de Nova.

—Gabriel, desde que te conozco siempre te he visto con mujeres hermosas, pero hoy… amigo mío… hoy sobrepasaste todos los límites. Hoy has exagerado…

—Ya lo creo que sí… —agregó otro— Es inigualable.

Gabriel recibió los elogios con una sonrisa discreta.

Lo que nadie notaba, excepto ellos dos, era la conversación silenciosa que fluía entre miradas y gestos contenidos. Cada asentimiento de él decía, sin palabras: lo estás haciendo perfecto.

Durante la cena, Nova se convirtió en la protagonista real.

Cada explicación técnica sobre los proyectos de la empresa era precisa, clara, impecable.

Uno de los dubaitíes, el mayor, escuchó la explicación de Nova con una sonrisa que era más condescendencia que interés. Luego giró hacia Gabriel.

—Y usted, ¿cómo proyecta el retorno de inversión en el segundo trimestre?

Gabriel no respondió. Ni siquiera parpadeó. Solo desplazó levemente la mirada hacia Nova, con una calma que era en realidad una orden silenciosa.

Nova sostuvo la pregunta sin moverse.

—Ya respondí eso —dijo, con una voz tan tranquila que la frase no sonó a reproche sino a hecho— El retorno proyectado es del 34% en el segundo trimestre, con una variación máxima del 6% según el cronograma de implementación que les detallé.

El dubaitíe la miró. Asintió despacio, como quien recién decide tomar en serio algo que ya estaba frente a él.

Gabriel no dijo nada. Pero la comisura de su boca se movió apenas.

Minutos después, mientras explicaba la segunda fase del proyecto, Gabriel la miró desde el otro lado de la mesa.

No era la mirada del CEO. Era la otra. La del hombre.

Nova perdió la palabra exacta a mitad de la frase. Una pausa de un segundo, invisible para cualquiera que no estuviera contándola.

La encontró sola.

Continuó sin que nadie lo notara.

Nadie, excepto Gabriel, que bajó la vista a su copa con algo que no era exactamente una sonrisa pero que se le parecía demasiado.

Los inversores de Dubái terminaron rendidos ante tanto encanto y capacidad, aceptando cada propuesta sin resistencia.

Gabriel sentía un orgullo abrasador: Nova no solo era hermosa, sino brillante.

Y ahora… se estaba convirtiendo en la pieza fundamental que nunca supo que le faltaba.

Hubo un momento, entre el segundo plato y los postres, en que sus ojos se encontraron sobre la mesa y ninguno de los dos los apartó. No duró más de un segundo. Pero era demasiado para contenerse y demasiado poco para llamarlo por su nombre.

Gabriel bajó la vista primero. Nova tomó un sorbo de agua. Y siguieron. Como si nada hubiera ocurrido.

Como si A.P.R.I.L. no estuviera registrando en silencio, desde los sensores del reloj de Gabriel, dos frecuencias cardíacas que habían subido al unísono sin que nadie se lo pidiera.

Al terminar, Gabriel despidió con amabilidad a sus socios de Dubái mientras Nova esperaba un poco apartada.

Nova se quedó sola en la mesa un momento. Las copas vacías, los manteles de lino levemente arrugados, el murmullo elegante del salón vaciándose despacio.

Miró su copa.

Pensó en la Nova de esa mañana. La del sobrecito de azúcar doblado entre los dedos. La de los billetes contados con precisión casi religiosa después de pagar el café. La de las manos blancas de tanto apretar la cartera bajo la mesa.

Esa mujer y esta no parecían la misma persona.

Pero lo eran. Y eso, por alguna razón que todavía no sabía nombrar, era lo único que en ese momento no le daba miedo.

José se acercó a ella con su mirada de siempre.

—Lo hiciste increíble. De verdad —le dijo— Deberías haber traído a tu amiga Sofy, así yo no me sentía tan solo entre tanto negocio.

Nova rio, prometiéndole que la próxima vez lo haría.

Antes de salir, Gabriel tomó una rosa roja de un jarrón de la entrada y se la entregó.

En ese mismo momento, el fotógrafo del lugar capturó la escena.

Sus dedos se rozaron y él sostuvo el contacto, mirándola fijamente.

Ella no soltó la flor en todo el regreso.

* * *

El trayecto de vuelta fue distinto. Ya no había nervios, solo algo que amenazaba con estallar.

Gabriel detuvo el motor frente al edificio de Nova, pero no se movió. El silencio de las dos de la mañana era el cómplice perfecto.

—Sos increíble, Nova —susurró, girándose hacia ella— Ya empezás a ser imprescindible en la empresa… y también para mí…

—Gracias. Para mí también es así —respondió ella en voz baja— Aunque esta mañana… cuando me tiraste el café… tenía ganas de matarte.

—Me lo hubiera merecido —rió él, con voz ronca, acercándose centímetro a centímetro.

La distancia entre ellos se fue cerrando con una lentitud que era casi un tormento.

Nova podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, podía escuchar su respiración, podía ver en la penumbra la curva de su boca y esos ojos verdes que la habían desordenado todo desde la vereda de Recoleta esa mañana.

Pensó en alejarse. Lo pensó de verdad. Pero su cuerpo ya había tomado decisiones propias: sin darse cuenta, había girado apenas hacia él. Sin darse cuenta, sus manos habían dejado de moverse. Sin darse cuenta, la distancia entre ambos era la mitad de lo que había sido un minuto antes. No recordaba haberla cerrado. Pero allí estaba.

Su cuerpo recordaba el ascensor —ese momento en el que algo en el aire entre ellos había cambiado sin que ninguno lo decidiera—, recordaba el perfume de él, recordaba cada segundo de ese día interminable que había comenzado con miedo y que estaba terminando con algo más grande que su voluntad.

Lo que ocurrió a continuación no fue una decisión pensada… Solo fue un acto involuntario del alma…

Nova se inclinó despacio, casi sin darse cuenta, como si algo más antiguo que ella la estuviera guiando, y sus labios rozaron los de Gabriel con una delicadeza que era al mismo tiempo una pregunta y una respuesta. Un instante quieto. Suspendido.

El primer beso de su vida.

Gabriel respondió con una suavidad que ella no esperaba, como si también él supiera que ese momento era frágil y no quisiera romperlo.

Sus manos no se movieron. Solo sus labios, hablando en un idioma que ninguno había aprendido pero que ambos entendían.

Nova sintió que el corazón le estallaba.

El mundo entero desapareció: el auto, la calle, Buenos Aires, todo. Solo existía ese instante y la certeza aterradora y maravillosa de lo que acababa de ocurrir.

Y entonces, como un rayo, llegó la imagen de su Biblia en la mesita de luz.

—¡Ay, no! No… ¿Qué hice…? ¿Qué hice…? ¡Perdón! ¡No debí! ¡Perdón! —exclamó, separándose bruscamente.

Bajó del auto casi tropezando, sin mirar atrás, con las mejillas ardiendo y el corazón golpeándole el pecho.

Gabriel se quedó inmóvil.

Tenía las manos sobre el volante y la vista fija en la puerta por donde ella había desaparecido.

No arrancó. No se movió. Estaba ahí, sin salida, buscando una respuesta que ordenara todo lo que acababa de sentir y que no encontraba por ningún lado.

Nova subió las escaleras de un tirón y, una vez adentro, se apoyó contra la puerta de madera.

Se quedó así, quieta, con la espalda pegada a la madera fría, tocándose los labios con la punta de los dedos como si necesitara verificar que había sido real.

Era real.

Todo en ella gritaba que se alejara, que pusiera distancia, que recordara quién era y de dónde venía.

Pero cada fibra de su ser estaba anclada a él. A su voz. A sus ojos. A ese beso que había durado apenas un instante y que, sin embargo… había esperado veinticinco años para salir y grabarse en algún lugar que no era el cuerpo.

Se dejó caer lentamente al piso. Abrazó las rodillas contra el pecho y lloró.

No de tristeza. Sino de todo junto: de miedo, de emoción, de culpa… de algo que se parecía peligrosamente a la felicidad.

Cada recuerdo del día volvía en oleadas: la vereda, el café derramado, los ojos verdes, el ascensor, el vestido, la rosa roja y ese beso final que no había planeado y que, sin embargo, sentía como el momento más honesto de su vida.

Se sentía como Cenicienta.

Pero no la Cenicienta del cuento prolijo y ordenado donde todo termina bien y el príncipe llega a tiempo.

Sino la Cenicienta del momento exacto antes de que el reloj marque las doce: con el vestido puesto, con el corazón lleno, con la magia todavía intacta, pero sabiendo que el tiempo se acaba y que la realidad espera del otro lado de la puerta.

Miró sus botas negras. Las mismas que había elegido esa tarde en silencio. Las tocó con la punta de los dedos para asegurarse de que no fueran zapatitos de cristal y de que no hubiera perdido uno en el camino.

Finalmente, con el corazón todavía agitado, pero algo más quieto, se levantó.

Tomó la rosa roja y la apoyó con cuidado junto a su Biblia en la mesita de luz.

Las miró un momento: la flor y el libro. El mundo nuevo y el mundo de siempre. Los dos suyos. Los dos necesarios.

Miró hacia arriba, con los ojos llenos, y susurró:

—Perdón, Señor. Perdón… Dame fuerzas…

—Pero, por favor… que sea él. Que sea él…

ETERNO AMOR

El silencio de la habitación se quebró con los primeros acordes de una guitarra. La radio, fiel a su cita matutina, comenzó a llenar el aire con la voz de Eddy Sierra interpretando "*Eterno amor".*

Nova no abrió los ojos de inmediato. Dejó que la música la envolviera mientras el recuerdo de la noche anterior la golpeaba con la fuerza de un rayo.

Justo cuando la letra llegaba al puente, sintió que era su propio corazón el que cantaba: *algo nuevo estoy sintiendo, por vos está latiendo y te quiere preguntar: ¿qué vas a hacer el resto de tu vida?*

Se llevó una mano a los labios, todavía sensibles.

Apenas habían pasado unas horas desde su primer beso, pero su cuerpo lo sentía como si fuera otra vida.

Esa pregunta —¿qué vas a hacer el resto de tu vida? — le martilleaba la sien, dejando un hueco inquietante en su pecho que ningún pensamiento podía llenar.

¿Qué iba a hacer Gabriel con ella? ¿Qué iba a hacer ella con este sentimiento que desafiaba toda su lógica y su fe?

Suspiró, deseando que un milagro hiciera que ese sueño fuera realmente el comienzo de un eterno amor y no solo el error de una noche.

Aún sentía el calor de los labios de Gabriel contra los suyos. Era un fuego desconocido y aterrador, una chispa que desafiaba todo lo que había aprendido a esperar. Su corazón latía desacompasado, como si intentara seguir su propio ritmo frente a un mundo que de repente parecía demasiado brillante, demasiado claro, demasiado real.

Nova nunca había sido besada.

Aquel contacto en la oscuridad del auto había sido su primer beso absoluto: el fin de una espera de veinticinco años guardando sus labios para un amor que estuviera a la altura de sus valores.

Sentir que ese primer tesoro se lo había entregado a un hombre de mundo la hacía temblar en una mezcla de dicha, culpa y una admiración silenciosa que no podía contener.

Abrió los ojos. El sol de la mañana iluminaba el cuarto, confirmando que no había sido un sueño.

Sobre la mesa de luz, junto a su Biblia, la rosa roja destacaba con una intensidad casi desafiante.

Nova se incorporó, la tomó entre sus manos, cerró los ojos y aspiró el perfume profundo de los pétalos, abrazándola contra su pecho como si pudiera retener en ese instante todo lo que la noche había prometido.

Su mirada derivó hacia la silla donde descansaba la ropa del día anterior. Sintió un golpe de lástima por sí misma. Aquel era otro mundo, y ella no pertenecía allí.

Un hombre como Gabriel, dueño de un imperio como Digital Media Tech, jamás se fijaría en ella... al menos, no en serio.

—El sueño acabó —susurró, con la voz quebrada— Tengo que volver a la realidad.

—Pasó la medianoche... y ya volví a ser calabaza.

Lo dijo en voz alta y la frase le dolió más de lo que esperaba, porque no era solo una metáfora. Era la verdad más concreta que tenía: el vestido negro colgado en el ropero, las botas que ya no tenía puestas, el restaurante con manteles de lino, la rosa roja... todo eso había existido durante unas horas prestadas. Y ahora el día llegaba con su luz brutal y sus zapatillas de tela y sus lentes de marco oscuro, recordándole que ella era Nova Wexler de Icho Cruz, no la protagonista de un cuento que no le pertenecía.

Aunque el beso... el beso sí había sido real.

Eso no se lo podía quitar nadie.

¿Y si después de esto nada vuelve a ser igual?, pensó, dejando que la pregunta la atravesara como un filo silencioso.

Pero la que más le quemaba el pecho seguía intacta: ¿con qué cara iba a mirar a Gabriel ahora? ¿Con qué cara se presentaría esa mañana delante de él…?

Se vistió con su ropa habitual: jeans, remera blanca bajo la camisa ligera, zapatillas. Se colocó los lentes, su escudo silencioso, y cerró la puerta del departamento detrás de sí.

CUANDO AMAS A ALGUIEN

En el camino hacia la torre DMT, compró un café, intentando que el calor del vaso le devolviera algo de la seguridad perdida.

Llegó a la Torre con el corazón todavía revuelto. El mármol del lobby y la estructura de cristal le recordaron, como siempre, la distancia entre su mundo y el de él. Se acercó al mostrador de recepción con paso firme, aunque por dentro todo temblaba.

—Buen día... ¿llegó Gabriel? —preguntó, intentando sonar profesional.

—Ah, querida... él todavía no llegó. Nunca llega antes de las diez. Y, por cierto, esas zapatillas... acá no son muy "DMT-friendly".

La recepcionista le dedicó una sonrisa condescendiente. Nova apretó los labios y, sin dignarse a responder, se dirigió al ascensor. Las puertas se cerraron con un siseo casi imperceptible.

—Buen día, señorita Nova —dijo A.P.R.I.L. desde los parlantes del cubículo, con esa voz cálida y precisa que ya empezaba a reconocer— Piso 25 seleccionado. Detecto una leve aceleración en su ritmo cardíaco. ¿Desea que ajuste la temperatura de la cabina?

—No... no, gracias —susurró Nova, mirando hacia el techo con una mezcla de incomodidad y ternura. A.P.R.I.L. lo sabía todo. Siempre.

El reflejo en el espejo le devolvió una imagen que le dolía.

Apenas unas horas antes, en ese mismo elevador, subía junto a Gabriel.

Recordó cómo él la miraba, con sus ojos verdes que parecían atravesarle el alma, y las palabras que le había susurrado: *Sos hermosa, Nova*.

Ahora el ascensor subía solo, vacío de él, y ese vacío tenía un peso específico que no sabía cómo cargar.

Las puertas se abrieron en el piso 25. Nova salió apretando el vaso con ambas manos. Caminó hacia su oficina y se detuvo: José ya estaba allí, esperándola. Se lo notaba descansado, con la camisa celeste impecable y esa calma suya que transmitía paz antes de decir una sola palabra.

—¡Buen día, Nova! —exclamó con calidez genuina— Te estaba esperando. Quería felicitarte personalmente por lo de anoche. Nos dejaste a todos con la boca abierta. Gabriel estaba impresionado. Lo que hiciste con los dubaitíes fue de una profesional de verdad.

Nova forzó una sonrisa, sintiendo el nudo en la garganta.

—Gracias, José... —logró decir.

Él la miró un segundo más, con esa intuición tranquila que no necesitaba palabras.

—Nova... ¿estás bien? Te noto rara. Como si llevaras un peso que no es tuyo.

—No es nada —respondió ella— No dormí bien. La emoción de ayer, supongo.

José asintió despacio, sin insistir. Sabía cuándo respetar el silencio de alguien. Era uno de esos hombres que entendían que a veces acompañar es quedarse callado.

—Bueno, sí vos lo decís... Escuchame, te doy las instrucciones para hoy porque Gabriel no está.

—¿No está? —preguntó Nova, sorprendida.

—No. Tuvo que viajar de urgencia a Francia. Hubo problemas técnicos graves en la sucursal de allá y él es el único que puede resolverlos. Salió para el aeropuerto de madrugada y va a estar fuera unos días, así que nos dejó a cargo de todo.

José dudó un instante si contarle o no, al recordar el aeropuerto vacío, aquella madrugada fría, y a Gabriel apoyado contra una columna con la mirada perdida, relatándole lo que había pasado esa noche.

"No la lastimes, Gaby. Es una buena persona", le había dicho José.

Y Gabriel no había respondido nada. Solo había mirado hacia la pista, como si buscara en la oscuridad una respuesta que todavía no tenía.

—Cualquier cosa que necesites, estoy acá —dijo José, volviendo al presente— Al mediodía almorzamos juntos, ¿te parece? Y si querés traer a tu amiga Sofy, no me voy a ofender para nada —agregó, con un guiño que intentaba ser casual y no lo era del todo.

Nova lo notó. Sonrió apenas, por primera vez en la mañana, con algo genuino.

—Le aviso —dijo.

José se retiró. Nova caminó hasta el despacho de presidencia casi por inercia. Abrió la puerta. La oficina estaba ordenada, silenciosa, impersonal. Nada allí daba seña alguna de Gabriel.

Se apoyó en el escritorio y cerró los ojos.

¿Se había ido sin decirle nada? O… ¿Francia era la excusa para huir del beso?

No había nada sobre el escritorio. Ni un papel, ni una nota, ni una señal de que algo hubiera ocurrido la noche anterior. Solo el orden impecable de un hombre que sabía borrar sus huellas.

Aunque no todas.

Nova no sabía que, en el bolsillo interior de su camisa, viajando sobre el Atlántico en ese momento, iba un pequeño señalador de papel con un versículo escrito a mano. El único desorden que Gabriel no había podido dejar atrás.

Levantó la vista hacia los sensores del techo.

—¿A.P.R.I.L.? —susurró— ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, señorita. Para eso estoy aquí.

—¿Es verdad que Gabriel se fue?

—Confirmado. El señor Gabriel abordó su jet privado a las 04:15 AM con destino a París.

—¿Fue por mi culpa, A.P.R.I.L.?

—¿Lo dice por el beso de anoche, señorita?

Un silencio recorrió los huesos de Nova, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Cómo...?

—Estoy integrada en cada vehículo del señor Gabriel, además de en su reloj personal. Tengo registro completo de todo lo ocurrido anoche —respondió A.P.R.I.L., con esa calma que no juzgaba ni consolaba, simplemente era.

— Para responder su pregunta: no. El señor Gabriel no se fue por eso. Los registros indican una alerta de seguridad crítica en el núcleo de la sucursal de Francia a las 02:30 AM. Solo su intervención técnica directa puede restaurar el sistema. Su viaje es estrictamente operativo y urgente.

Nova soltó un suspiro de alivio tan profundo que casi se mareó.

—Gracias, A.P.R.I.L. —susurró.

—A sus órdenes, señorita.

Salió del despacho y regresó a su escritorio. Apenas se sentó, la voz de A.P.R.I.L. volvió a sonar.

—Nova, tiene una llamada entrante de José. ¿Desea que la conecte?

—Sí, por favor.

—¡Nova! —se escuchó la voz de José— Perdóname, casi me olvido con tanto lío… Gabriel me pidió que te dijera algo antes de subir

al avión. Me dijo: "Decile a Nova que, a partir de ahora, ella es mi Sulamita. Decíselo así que ella lo va a saber entender".

La comunicación se cortó. Nova quedó inmóvil. La palabra cayó dentro de ella como una piedra en aguas quietas.

¿Su Sulamita...?

Buscó en su Biblia el Cantar de los Cantares. Sus dedos recorrieron las líneas hasta encontrar el versículo: *Yo soy de mi amado, y mi amado es mío; él apacienta entre los lirios.*

Sintió que el mundo a su alrededor se volvía distante. Con las manos todavía temblorosas, buscó refugio en los tres retratos que llevaba para colocar en su escritorio.

El primero, con sus padres. El segundo, con Sofy, cuando terminaron la secretariado. Pero fue el tercero el que le robó el aliento: la imagen de ellos dos, y la rosa roja brillando entre ambos.

Recordó el esfuerzo de volver esa mañana, antes del trabajo, a buscar al fotógrafo del restaurante. La copia le había costado una fortuna, pero no importaba. Algo tan valioso no podía llegar a sus manos sin que le costara algo. Pagó con el último dinero que le quedaba en su cartera, pero aun así… se sintió feliz.

—¿Cómo podés saber la historia de la Sulamita? —susurró, mirando el retrato— ¿Por qué te fuiste y me dejaste acá? ¿Cuándo vas a volver…? Esta última pregunta la hizo con tanta dulzura que solo una mujer enamorada podía hacerla.

Recordó que Gabriel había mencionado también que era importante mirar el corazón en lugar de las apariencias.

¿Acaso él era un cristiano que lo guardaba en secreto? ¿O solo era un gran seductor que había aprendido el idioma de su fe para derribar sus muros?

La mañana continuó como una montaña rusa. Entre papeles y llamadas, Nova buscó refugio encerrándose un momento para orar:

—Señor, no permitas que mi corazón sea lastimado. Dame sabiduría para comprender qué es lo que está sucediendo... si es que algo está sucediendo.

Luego llamó a Sofy.

—¡Nova! —exclamó su amiga— ¡Contame ya! ¿Qué pasó anoche? ¿Hubo magia? ¿Hubo mariposas en la pancita?

—Después te cuento todo —dijo Nova— ¿Almorzamos en la cafetería? José también viene.

Hubo una pausa breve del otro lado.

—¿José? —repitió Sofy, con un tono que intentaba sonar indiferente y no lo lograba— Ah, bueno... si viene el señor prolijidad, no me lo pierdo.

Nova sonrió. Y en esa sonrisa pequeña, casi sin quererlo, algo de la tensión de la mañana cedió un poco.

Ahora solo faltaba el almuerzo, y allí, Nova iba a tener que encontrar las palabras para explicarle a su mejor amiga lo que sentía. Aquellas palabras que todavía no tenía del todo claras ni para sí misma.

¿Por qué pienso en él sin hacerme preguntas? ¿Por qué murmuro su nombre mil veces?

Su corazón no respondió. Solo hubo silencio.

ALGO DE MÍ EN TU CORAZÓN

Cerca de las once de la mañana, la puerta de la oficina de Nova se deslizó suavemente. Era Agustina. No venía con carpetas ni reportes de marketing; traía dos cafés humeantes y esa energía suya que llenaba cualquier espacio sin pedir permiso.

—Pará un poco nena… —dijo, dejando uno de los vasos sobre el escritorio con una sonrisa genuina— Te va a salir humo de la cabeza. Tomate un descanso conmigo.

Nova agradeció el gesto. Agustina se sentó frente a ella y la observó con esos ojos verdes tan parecidos a los de su hermano, pero con una chispa de picardía que Gabriel nunca hubiera dejado ver tan fácilmente.

—Te quería felicitar personalmente —empezó— Gaby me contó todo sobre tu desempeño con los dubaitíes. Estaba realmente impresionado. Dijo que fuiste la pieza clave para cerrar el trato.

Nova sintió el rubor subirle a las mejillas.

—No sabía que habían hablado tan temprano...

—No fue por teléfono —aclaró Agustina— Me lo contó en el departamento, antes de que saliera para el aeropuerto. Vivimos juntos,

¿viste? Ese tríplex en Recoleta es un caos total cuando él viaja de urgencia. Entre las valijas, los servidores de Francia que fallaban y A.P.R.I.L. informando el estado del vuelo cada cinco minutos por los altavoces... casi no dormimos.

Se inclinó hacia adelante y allí, sobre el escritorio, vio los retratos.

—Epa... ¿y esta foto? —comentó, tomando el tercero donde Nova aparecía junto a Gabriel.

—Ah... nos la tomaron anoche, después de que terminó la cena —respondió Nova casi sin pensar y totalmente colorada.

Le quitó el portarretrato de las manos con rapidez y lo volvió a colocar en su lugar, acariciándolo apenas, como si fuera un tesoro que solo ella podía apreciar. Agustina sonrió para sí, con esa media sonrisa que decía más de lo que callaba, y bajó la voz.

—Te digo algo... conozco a mi hermano como a nadie. Y hoy lo noté distinto mientras preparaba el equipaje. Gabriel suele estar insoportable cuando surgen estos problemas técnicos. Pero hoy estaba... no sé… Como en otro planeta. Pensativo. Extrañamente tranquilo. No sé qué pasó anoche, Nova —hizo una pausa, mirándola fijo—, pero algo muy importante debió haber sucedido para que él estuviera así.

Sonrió con picardía.

Le dio una palmadita afectuosa en el hombro y se levantó. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo, se apoyó en el marco y volvió a mirarla.

—¿Segura que estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque yo a mi hermano lo conozco. Y cuando se queda callado demasiado tiempo... es porque algo le está ocurriendo por dentro. Él jamás habla de mujeres —continuó en voz baja— Pero esta madrugada, mientras A.P.R.I.L. le recordaba que el auto lo esperaba abajo, él solo sabía hablar de vos.

Nova bajó la mirada, sintiendo un nudo de esperanza en la garganta.

—Espero que lo que haya ocurrido haya sido bueno para los dos —concluyó Agustina— Pero si te lastima, va a tener que explicarme muchas cosas.

Hizo una pausa. Miró el retrato una última vez, y mirando a Nova, con una voz que ya no era de picardía sino de algo más profundo, dijo:

—Hay algo de él en tu corazón. Lo sé… Pero creo que vos también dejaste algo en el suyo, y eso… mi querida amiga… no pasa todos los días. No con él.

Y salió.

El silencio que dejó era eléctrico. Gabriel no se había ido huyendo del beso; se lo había contado a su hermana en la intimidad de su hogar, entre el apuro de las valijas y el zumbido de la tecnología. Y lo más impactante: se había ido dejándole, a través de José, aquel mensaje de la Sulamita.

Nova se quedó mirando el café, perdida en el vapor que subía de la taza.

Una pregunta comenzó a instalarse en su pecho, desplazando el miedo por completo: ¿sería posible que ella realmente le interesara? ¿Existiría una esperanza real en medio de tanta diferencia social?

Se tocó los labios, que aún parecían guardar el calor de la noche anterior. Y por primera vez en toda la mañana, una sonrisa tímida pero radiante iluminó su rostro.

¿Acaso aún seguiría siendo la princesa del cuento? ¿O ya había vuelto a ser Cenicienta?

Todavía no lo sabía. Pero el vapor del café subía despacio, y ella decidió, por un momento, dejarse creer que sí.

LA ESPERA

Cuando llegó el mediodía, Nova se encontró con Sofy en la cafetería de la Torre DMT. Apenas se sentaron con sus bandejas en una mesa apartada del murmullo constante.

Nova sintió que el secreto le quemaba la garganta. Miró hacia los costados, asegurándose de que ningún sensor de A.P.R.I.L. estuviera demasiado cerca, y en un susurro cargado de electricidad, le soltó la verdad.

Sofy casi se atragantó con el jugo. Sus ojos se abrieron como platos y dejó caer el cubierto sobre la mesa con un golpe seco.

—¡¿Quéeee?! —exclamó, bajando el volumen a duras penas— ¡¿Vos lo besaste a Gabriel?! No… ¡No te lo puedo creer!

Se inclinó sobre la mesa, escaneando el rostro de su amiga como si buscara una respuesta.

—¡Nova, por favor…! Vos nunca en tu vida fuiste capaz de besar a nadie. Guardaste esos labios bajo siete llaves durante veinticinco años en Icho Cruz, ¿y ahora, de pronto… besas a tu jefe el mismo día que lo conocés…? Buenos Aires te está cambiando... y mucho, amiga. ¿Dónde quedó la chica de la iglesia?

Nova sentía que la cara le ardía. Era un calor que nacía en el pecho y le subía por el cuello.

—No fue planeado, Sofy... te lo juro —susurró, apretando las manos alrededor del vaso— Fue como si el aire se terminara en ese auto. No sé qué me pasó. Cerré los ojos y sentí que si no lo hacía me iba a morir ahí mismo. Fue un fuego... algo que nunca sentí en toda mi vida. Me asusté de mí misma. Me asusté porque me gustó...

Sofy la miró con una mezcla de lástima y preocupación. Ella, que había tenido varias relaciones, sabía que ese primer fuego podía ser un incendio devastador si no lograba controlarlo.

—Escuchame bien —le dijo, tomándole una mano con firmeza— Gabriel puede ser muy atractivo, pero no lo conocés. Él es un hombre totalmente experimentado, sabe usar las palabras mejor que nadie, y eso de la "Sulamita"... me suena a que te estudió el punto débil. Te tiró un anzuelo bíblico porque sabe que sos cristiana. No dejes que te envuelva con palabras si sus acciones dicen otra cosa.

Nova asintió en silencio. Las palabras de su amiga eran agua helada sobre su corazón encendido. *El diablo se viste como ángel de luz a veces*, recordó con una pizca de amargura.

Hubo un silencio. Sofy la miró fijo, con esa mirada directa que tenía cuando hablaba en serio.

—¿Y ahora qué es lo que pensás…? ¿Qué esperás de todo esto…?

Nova no respondió de inmediato. Bajó la vista al vaso, lo giró despacio entre los dedos, y cuando habló su voz era baja pero firme.

—No lo sé… Si pregunta por mí... si se decide por mí... lo voy a estar esperando con mis brazos abiertos —dijo— Pero si no… no voy a correr detrás de nadie, Sofy. Ni de él ni de nadie.

Sofy abrió la boca para responder, pero justo entonces Nova vio por encima de su hombro la figura de José cruzando la cafetería con su bandeja, buscándolas con la mirada.

—José —susurró, como una señal de alarma.

Sofy lo captó al instante. En menos de un segundo, sin que mediara ningún acuerdo, ambas cambiaron de postura. Las manos se soltaron. Las voces bajaron un tono. Las expresiones se acomodaron.

Era la primera vez que Nova hacía eso: guardar algo adentro de manera consciente, construir una cara para el mundo mientras por dentro todo seguía ardiendo. No le gustó lo natural que le resultó.

José llegó a la mesa con una sonrisa franca y dejó su bandeja.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, mirando a una y a la otra.

—Para nada —respondieron las dos al mismo tiempo.

José las miró un segundo más de lo necesario, con esa intuición tranquila que lo caracterizaba. Pero no insistió. Se sentó, acomodó su camisa con ese gesto prolijo que lo definía, y atacó el almuerzo con la calma de siempre.

La conversación derivó sola hacia temas de trabajo, hacia anécdotas de la empresa, hacia la risa fácil que José sabía generar sin esfuerzo.

Sofy, que al principio había llegado con toda la guardia arriba, fue cediendo sin darse cuenta.

Nova la observaba: los rizos rubios de su amiga, el blazer beige ladeado sobre la silla, y esa manera suya de inclinarse apenas hacia adelante cuando José decía algo gracioso, como si el espacio entre ellos se fuera acortando solo.

José, por su parte, escuchaba a Sofy con una atención que no era cortesía sino interés genuino. Le preguntaba. Recordaba lo que ella había dicho dos minutos antes. Reía con ella, no para ella.

Nova los miraba en silencio, con algo parecido a la ternura. Dos mundos distintos encontrándose sin buscarse. Igual que ella y Gabriel. Igual que todo lo que importaba de verdad.

Tal vez, en este mundo de tecnología y lujos, el amor verdadero todavía tenía una oportunidad.

TE EXTRAÑÁNDOTE

Esa tarde, al terminar la jornada laboral, Nova volvió a su departamento con el cuerpo cansado y el alma más pesada que todo lo que había cargado desde que llegó a Buenos Aires.

Dejó el bolso sobre la silla y se sentó en el borde de la cama sin siquiera sacarse las zapatillas. El silencio del lugar le cayó encima distinto. No era soledad. Era ausencia.

Sacó el celular del bolsillo. Nada. Ningún mensaje. Ninguna llamada.

Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó despacio hasta quedar sentada en el piso, con las rodillas contra el pecho. Miró la pantalla apagada un largo rato. Pensó en escribirle. Abrió el chat de Gabriel y tecleó una frase corta: *"¿Llegaste bien?"*. La miró dos veces… pero la borró. Dejó el teléfono boca abajo sobre la madera fría y levantó la vista hacia la ventana.

Afuera, Buenos Aires brillaba indiferente, ajena. *Era un inmenso invierno esa estación* —aunque el calendario dijera otra cosa— El frío no era del cielo. Era de adentro.

Se levantó despacio y fue hasta la mesita de luz. Abrió su Biblia y encontró la rosa roja, aplastada entre las páginas del Cantar de los Cantares. La tomó con cuidado y la apoyó sobre su pecho, justo encima del corazón.

Cerró los ojos.

—Señor... si esto viene de Vos, sosteneme. Y si no, aunque me duela... sacámelo. Por favor.

Las palabras salieron sin forma de oración perfecta. Solo verdad.

Se quedó así hasta que el nudo en la garganta cedió un poco. Guardó la rosa nuevamente entre las páginas gastadas, cerró la Biblia y se limpió las mejillas sin apuro.

La rutina de los días siguientes se volvió un ejercicio de resistencia.

* * *

Cada mañana, al entrar al piso de presidencia para dejar la agenda, Nova se permitía un segundo. Solo uno.

Se acercaba al sillón de cuero de Gabriel, cerraba los ojos y aspiraba despacio, buscando en el aire el rastro de su perfume —ese

aroma a sándalo que la primera semana todavía flotaba con fuerza en los rincones de la oficina.

Pero las semanas pasaron.

El rastro fue cediendo. Primero más suave, más difícil de encontrar. Después casi imperceptible. Como si Gabriel se fuera borrando del aire antes de borrarse de su corazón.

Nova lo buscaba igual, con los ojos cerrados y la respiración contenida, aunque ya no encontrara nada. Era su manera de no rendirse.

Un ritual silencioso que nadie conocía, excepto A.P.R.I.L. —que lo registraba cada mañana— al menos tenía la delicadeza de no mencionarlo.

Un mediodía, mientras almorzaba con desgano un sándwich que no tenía ganas de terminar, vio desde su escritorio a José y Sofy cruzar el pasillo juntos. No hablaban de trabajo —se notaba en la distancia que guardaban entre sí, un poco más corta que la de dos compañeros, y en la manera en que Sofy giraba levemente la cabeza cada vez que José decía algo, como si sus palabras merecieran más atención que cualquier otra cosa del piso.

José le sostuvo la puerta. Sofy entró sin apurarse. Nova los miró hasta que desaparecieron, y algo en ese pequeño gesto le devolvió una chispa de esperanza que no esperaba sentir.

Si el amor podía encontrar camino en ese mundo de mármol y algoritmos, tal vez ella no estaba tan equivocada en esperar.

Esa misma tarde, Agustina apareció en la puerta de su oficina sin anunciarse, con dos cafés en la mano y esa sonrisa directa que tan parecida era a la de su hermano.

—Nova, ¿cuándo fue la última vez que tomaste un descanso de verdad? —dijo, dejando uno de los vasos sobre el escritorio con la naturalidad de quien lleva años haciendo eso.

Nova lo aceptó sin resistir. Agustina se sentó frente a ella, le dio un momento, y habló:

—Te cuento algo, porque me parece que lo necesitás…

—Gabriel no llama nunca cuando está procesando algo importante. No es frialdad. Es que cuando algo le importa de verdad se encierra en sí mismo, como si el silencio lo ayudara a entender qué hacer. Siempre fue así. De chico igual.

Hizo una pausa. Le dio un sorbo largo al café.

—No te digo esto para que lo esperes ni para que te hagas ilusiones. Te lo digo para que no construyas una historia equivocada con su silencio.

Nova no respondió. Agustina no lo esperaba. Se levantó con la misma calma con que había llegado y se detuvo apenas en el umbral.

—El café está bueno. Tomalo y pensá…

Cuando la puerta se cerró, Nova miró el vaso humeante un instante. No era una promesa. Pero era algo.

Un martes, mientras almorzaba sola en su escritorio, sacó la tarjeta de platino de su billetera. La miró fijo, dejando que el brillo del metal se reflejara en sus lentes.

Podría haber ido a la calle Alvear y comprarse todo lo que hubiera querido. Podría haber cambiado sus zapatillas de tela por zapatos de autor para que Silvia dejara de sonreírle con ese desprecio prolijo que tenía bien ensayado.

Pero recordó la rosa seca en su Biblia. Y la palabra *Sulamita*. Y prefirió eso…

—No me vas a comprar con oro, Gabriel... —susurró, con una firmeza que la sorprendió a ella misma— Solo lo vas a poder hacer... con tu amor.

Guardó la tarjeta en el fondo del bolso. Su amor no era un bien de cambio. Nunca lo había sido. Y no iba a empezar a serlo ahora.

SABER QUE ESTÁS LEJOS

Los días empezaron a repetirse con una monotonía que dolía.

La primera semana pasó sin noticias. Después llegó la segunda, y el silencio dejó de ser sorpresa para convertirse en paisaje. Los viernes por la noche se le hacían más largos que el resto. Miraba el celular, lo dejaba boca abajo sobre la mesa, y se convencía de que podía con eso.

Ese viernes llegó con una pesadez particular. Nova estaba sentada en el piso de su departamento, con la espalda contra la cama y el celular en la mano, mirando la pantalla sin ver nada, cuando sonó.

Era Sofy.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga, sin preámbulo.

—Sí —dijo Nova.

Silencio breve del otro lado.

—Nova.

—Estoy bien, Sofy.

—Eso es lo que decís cuando no estás bien.

Nova cerró los ojos. No respondió, y eso fue suficiente respuesta.

—Escuchame —dijo Sofy, bajando el tono— Sé que estás esperando que llame. Y también sé que no llamó y posiblemente no va a llamar… Pero te digo algo: los hombres que valen la pena son los más lentos para entender lo que sienten. Es una ley universal. No tiene excepción.

Nova sonrió apenas, a pesar de todo.

—¿De dónde sacás esas cosas…?

—De la experiencia propia, querida. Que para algo tiene que servir.

Hubo una pausa. Sofy dejó pasar un segundo antes de agregar, con una casualidad demasiado prolija para ser casual:

—José me preguntó cómo estabas hoy. En el pasillo. Así, de paso.

Nova abrió los ojos.

—¿José?

—Sí —dijo. Dejó pasar un segundo— Parece un buen tipo, ¿no?

—Es el mejor tipo que conozco después de mi Abba —dijo Nova, con una honestidad que no había planeado.

Sofy no respondió enseguida. Y en ese silencio pequeño, Nova guardó algo que no iba a olvidar.

—Dormí —dijo Sofy finalmente— Mañana todo va a pesar menos.

—Gracias, Sofy.

—Para eso estoy. Buenas noches, cordobesa.

—Buenas noches.

Nova dejó el teléfono boca arriba esta vez. Y miró el techo hasta que se le cerraron los ojos.

Al día siguiente, un sábado, con los dedos apenas firmes sobre la pantalla, escribió un mensaje breve: “Espero que estés bien”. Lo leyó mil veces, pero nunca se atrevió a enviarlo.

No iba a mendigar atención. Pero sí lo necesitaba, y eso era lo que más le costaba admitir: que lo necesitaba. Que cada noche que

pasaba sin una palabra suya era como consumirse de a poco, como fuego que no calienta, sino que gasta.

El domingo, en la iglesia a la que había comenzado a asistir allí cerca de su departamento, intentó concentrarse en el sermón. Las palabras del pastor sobre confiar en los caminos que no entendemos le calaron más profundo de lo que esperaba.

Al salir, caminó de vuelta al departamento con la Biblia bajo el brazo y el corazón más quieto que en toda la semana. Cuando el teléfono vibró y vio el nombre de su padre en la pantalla, sintió que algo en el pecho se aflojaba.

—Hola, Abba.

—Hola, mi niña. ¿Cómo estás, hija?

—Bien —dijo. Y esta vez era más verdad que el viernes.

—¿Fuiste a la iglesia?

—Sí. Vengo precisamente de allí. El pastor habló sobre confiar en Dios, aun cuando estamos en caminos que no entendemos.

Jonathan hizo una pausa breve, de esas que él usaba cuando estaba pensando de verdad.

—¿Y te llegó?

—Más de lo que esperaba —admitió Nova.

—Eso es bueno, hija... Cuando la Palabra de Dios te encuentra justo donde estás parada, es porque realmente la necesitabas.

Nova se detuvo en la vereda. El sol de la tarde le daba de lleno en la cara.

—Abba... ¿cómo está el cerro...?

La pregunta le salió sola. Sin pensarla. Jonathan tardó un segundo, como si supiera exactamente por qué su hija la estaba haciendo.

—Igual que siempre, hija —dijo, con esa voz serena que tenía para las cosas importantes— Quieto. Esperando tu regreso. Tu cerro siempre está ahí, Nova.

Ella no respondió enseguida. Miró la vereda de Buenos Aires, el mármol, el asfalto y la gente apurada, y por un segundo vio el camino de tierra que subía entre las piedras y los pastos secos hasta donde el mundo se quedaba callado.

—A veces extraño tanto... —susurró.

—Lo sé, mi niña —murmuró. Y después, con suavidad— ¿Pero solo extrañas tu cerro?

Nova sonrió, con los ojos húmedos.

—No, Abba. No solo el cerro. Lo sabes…

Jonathan dejó pasar ese momento sin llenarlo de palabras.

Eso era lo que más amaba de su padre: sabía cuándo el silencio era la mejor respuesta.

—Dios no te mandó tan lejos para dejarte sola —dijo finalmente— Confiá. Y si algún día necesitás volver al cerro a pensar... ya sabés dónde está.

—Sí, Abba. Ya sé.

—Te quiero, mi niña.

—Yo también te quiero. Mucho.

Cortó la llamada y guardó el teléfono. Siguió caminando, con el sol en la cara y el cerro en el pecho, sintiéndose por primera vez en semanas menos lejos de todo lo que importaba.

—Señor... si esto es una prueba, sosteneme —oró en silencio, apretando la Biblia contra el pecho.

* * *

Volvió a la empresa el lunes. Y al otro. Y al otro.

Trabajó, sonrió cuando hacía falta, resolvió lo que había que resolver. Pero cada noche, al regresar a su departamento, la ausencia en el teléfono le pesaba distinto al silencio de la habitación.

Él no la llamaba. No escribía. Y lo peor no era el silencio en sí — era no saber qué significaba.

Su refugio era Sofy. Almorzaban juntas casi todos los días, aunque ella últimamente llegaba con la cabeza en otro lado. En más de una ocasión Nova la sorprendió mirando hacia la puerta cuando José cruzaba el pasillo, con esa distracción involuntaria que no es descuido sino señal.

Una tarde, Sofy se quedó un momento más de lo habitual revisando algo en su tablet cerca del área de sistemas, y Nova notó que José pasó por ahí dos veces sin necesidad aparente. No dijo nada. Pero lo guardó.

A Agustina tampoco se le escapaba nada. Una mañana se acercó al escritorio de Nova con esa franqueza que compartía con su hermano y, sin rodeos, le preguntó si algo más había pasado aquella noche de la cena.

—No, Agus. ¿Qué va a pasar...? —respondió Nova, sin levantar la vista de los papeles.

Agustina no insistió. Pero antes de irse apoyó una mano un segundo en su hombro, sin decir nada, y Nova entendió que ese gesto valía más que cualquier respuesta.

Pasó casi un mes de silencio completo.

Frente al espejo, Nova se sacaba los lentes y miraba sus propios ojos hasta que ya no podía más.

—¿Fue una bendición, Señor? ¿O solo una trampa para mi fe? —se preguntaba, con una honestidad que no le pedía respuesta.

Y la ciudad seguía indiferente afuera, con su luz artificial y su ritmo que no esperaba a nadie.

* * *

Hasta que un día, por la mañana, José entró a su oficina y lo dijo con la misma sencillez con que decía todo lo importante:

—Gabriel llega mañana.

Nova lo escuchó y se le cayó todo lo que tenía en las manos.

Las carpetas y los documentos se desparramaron por el suelo en un estrépito que rompió el silencio del piso 25.

José se agachó a ayudarla a recoger los papeles, y cuando le alcanzó el último, la miró un segundo —esa mirada tranquila que no juzgaba, pero tampoco ignoraba— y agregó, como si fuera un detalle menor:

—Me llamó desde el aeropuerto. Me pidió que te dijera algo: *"Para todo hay un tiempo... tiempo para reír, tiempo para llorar, tiempo para ser feliz. Para todo hay un tiempo bajo el sol"*. Dijo que vos ibas a entender perfectamente.

Nova se quedó quieta con los papeles contra el pecho. Las palabras del Eclesiastés le resonaron como una campana.

¿Cómo podía saber él esas frases bíblicas...? El escalofrío le recorrió la espalda y casi de inmediato una chispa de desconfianza —esa alarma que Jonathan y Martha le habían inculcado desde chica— se encendió en el pecho.

—No te dejes engañar, Nova —se susurró, apretando los papeles con más fuerza.

¿Era Gabriel un hombre que realmente conocía a Dios, o era un lobo que había aprendido el lenguaje de las ovejas?

Primero la Sulamita. Ahora el Eclesiastés. ¿Acaso era él un cristiano en secreto detrás de esa fachada de CEO y algoritmos, o solo era un seductor con Biblia incorporada?

Mañana lo tendría frente a frente. Mañana el silencio tendría que dar alguna respuesta.

LA BELLA DURMIENTE Y YO

Esa mañana Nova se despertó antes de que sonara la radio.

No hubo necesidad de alarma. La esperanza tenía su propio ritmo, y esa mañana latía tan fuerte que la sacó del sueño antes del amanecer.

Se quedó un momento quieta en la oscuridad, mirando el techo, dejando que la realidad le llegara despacio.

Gabriel volvía hoy.

Hoy. Después de un mes de silencio que la había gastado por dentro como agua sobre piedra, hoy iba a tenerlo frente a frente.

Se levantó con una alegría que no intentó contener. Se vistió despacio, eligiendo cada prenda con una atención que en otro momento le hubiera parecido ridícula. Sus zapatillas blancas. Su camisa. Los lentes. Todo tenía un peso distinto esa mañana, como si la ropa también supiera lo que iba a pasar.

Se miró un segundo en el espejo antes de salir y pensó, con una honestidad que no le pidió permiso, que quería que la viera bien. Quería que la viera linda. Quería que cuando ella entrara por esa puerta, algo en él se moviera.

Afuera, Buenos Aires amanecía con ese frío seco de otoño que cortaba sin avisar. Nova lo sintió en la cara y lo recibió como una bofetada amable, de las que despiertan. Pasó por el puesto de siempre y compró su café, el vaso humeante entre las manos, imaginando la escena: entrar, dejar el bolso, cruzar el umbral del despacho, y que él levantara la vista y la viera allí… a su lado.

Eso era todo lo que necesitaba. Que levantara la vista y que en ese segundo algo en sus ojos dijera lo que un mes de silencio había callado.

Cruzó el lobby con paso firme.

La mirada gélida de Silvia desde la recepción llegó puntual como siempre, pero esa mañana Nova apenas la registró.

El ascensor. El piso 25. El corazón golpeando contra las costillas con una urgencia que no podía disimular, aunque hubiera querido.

Se detuvo frente a la puerta del despacho. El pulso en la garganta. Las manos alrededor del vaso de café como si fuera un ancla.

No sabía qué iba a encontrar del otro lado —si al hombre que la había llamado la Sulamita, o al jefe insensible que la miraría como si aquel beso no hubiera existido jamás.

Se acomodó los lentes. Respiró profundo, tomó coraje y golpeó...

La imagen que la esperaba fue como recibir un golpe a ciegas, bien en el medio de la cara.

Gabriel estaba en su sillón. Más vital que nunca, con ese porte suyo que llenaba el espacio sin esfuerzo, con los ojos verdes vivos y una sonrisa fácil en la boca.

Pero no estaba solo.

Sentada casi sobre el borde de su escritorio había una mujer que Nova tardó un segundo en procesar: hermosa, con una elegancia que no se compra, sino que se hereda, el acento francés tiñendo cada sílaba con una intimidad que dolía escuchar.

Se inclinaba hacia Gabriel con la confianza de alguien que sabe que tiene derecho a estar ahí.

—Gabriel... ¡cómo sabés hacerte desear por una mujer! —dijo la francesa, acariciando el español con su acento— Un mes entero en París y ni una sola cena... Tengo que seguirte hasta Argentina para que me invites.

Se inclinó un poco más. Lo justo para borrar el espacio que quedaba entre ellos.

—Como siempre... vos sabés cómo hacer que una mujer espere.

El vaso se resbaló de los dedos de Nova antes de que pudiera hacer nada. El estallido contra el suelo rompió el silencio de la oficina como un disparo. El café se desparramó sobre la alfombra de diseño en una mancha oscura e irreversible.

Gabriel levantó la vista.

Por una fracción de segundo —mínima, casi imperceptible para cualquiera que no lo estuviera mirando con la atención con que Nova lo miraba— su expresión se quebró.

Sorpresa primero. Después algo que se parecía demasiado a la culpa.

Lo recompuso en menos de un latido, con esa velocidad que solo tiene quien lleva años ejercitando el control de sus actitudes y sentimientos.

—¡Nova! —la voz llegó un segundo antes que la sonrisa. Tragó saliva— Princesa. Llegaste.

La sonrisa fue perfecta. Demasiado perfecta.

—¿Cómo estás? José y Agustina ya me contaron todo, me dijeron que te convertiste en la jefa del piso mientras no estuve. Te felicito, me enorgulleces. Después te doy los regalitos que te traje de Francia.

Nova no habló. El nudo en la garganta era tan concreto que sentía que podía ahogarse con él.

Buscó en esa cara al hombre que la había llamado "su" Sulamita a través de José, al que le había prometido el Eclesiastés desde el otro lado del mundo, y no lo encontró…

Lo único que encontró fue a alguien que la miraba como si el mes anterior no hubiera existido y como si ella fuera una empleada que había cumplido bien mientras el jefe no estaba.

—Yo... yo tengo que ir al baño —logró decir en un hilo de voz. Apenas eso.

—Claro, andá tranquila —respondió él, volviendo a la francesa con una naturalidad que fue la parte que más dolió—

Y cuando vuelvas, preparanos dos cafés de esos que vos sabés hacer, ¿sí?

Sulamita.

La palabra sagrada que la había sostenido durante treinta días se deshizo en el aire en ese instante.

Se evaporó sin dejar rastro, como si nunca hubiera existido. Porque para él, en ese momento, ella no era la protagonista de ningún poema de amor bíblico… Solo era la empleada que sabía manejar la cafetera.

De princesa a servidumbre en el tiempo que tarda una sonrisa en volverse perfecta.

Nova giró. Salió. Caminó hacia el baño con los pasos contados, sin correr, porque lo único que le quedaba intacto en ese momento era la dignidad y no iba a entregársela a nadie.

Cerró la puerta del cubículo y se apoyó contra ella. El llanto no pidió permiso. Llegó desde un lugar profundo, de esos que no tienen que ver con el orgullo sino con el alma, y le sacudió el pecho en silencio porque incluso rota, Nova Wexler sabía cuándo no había que hacer ruido.

—¿Por qué, Señor... por qué…? —susurró entre los sollozos que tragaba— ¿Qué cambió? ¿Qué hice mal...?

No hubo respuesta. Solo el zumbido frío del edificio inteligente al otro lado de la pared.

Cuando escuchó voces entrando al baño se obligó a parar. Se lavó la cara con agua fría. Una vez. Dos. Hasta que el espejo le devolvió algo presentable. Se acomodó los lentes. Respiró profundo por última vez, y salió.

Fue hasta la máquina de café con pasos mecánicos. Preparó las dos tazas que le habían pedido mirando el líquido bajar sin ver nada.

El vapor le empañó los lentes y por un segundo agradeció el borrón —no tener que ver con nitidez la escena al otro lado del vidrio, a él hablando de tasas de retorno con esa fluidez que hería, sin mirarla, sin una señal de nada.

Sin un *perdón por el silencio*. Sin una sola grieta en la fachada.

Entró al despacho. Dejó las tazas sobre el escritorio sin mirar a la francesa, que ni se dignó a reconocer su presencia.

Para esa mujer, Nova era parte del mobiliario.

Gabriel, concentrado en la pantalla gigante que A.P.R.I.L. manejaba desde el techo, no levantó la vista para defenderla. No hizo nada. Y esa nada fue la respuesta más completa que Nova había recibido en todo el día.

Al apoyar la segunda taza, el perfume de Gabriel le llegó de golpe —ese aroma a sándalo que había buscado en los rincones vacíos de su oficina durante un mes, que se había ido borrando del aire semana a semana hasta casi desaparecer. Ahora estaba ahí, entero, real, a treinta centímetros.

Y dolía más de lo que hubiera dolido no encontrarlo nunca más.

Gabriel intentó buscar su mirada. Ella se lo negó.

Antes de retirarse se enderezó, se acomodó los lentes con un gesto lento y deliberado, y lo miró solo por un segundo.

No fue una mirada de odio — Nova no tenía odio para darle.

Pero fue algo peor: una mirada de decepción tan pura y tan profunda que le borró la sonrisa de la cara en el instante en que la recibió. Un mensaje sin palabras, entregado con toda la claridad del mundo: "*yo no soy un juego*."

Gabriel abrió la boca, pero la francesa lo interrumpió adrede, al notar la escena.

Nova salió y cerró la puerta con una suavidad que dolió más que cualquier portazo.

Caminó hasta su escritorio. Se dejó caer en la silla. Miró el vidrio electrocrómico del despacho sin esperar nada del otro lado.

Fue entonces cuando la voz de A.P.R.I.L. llenó el silencio de su rincón con esa frialdad clínica que no pedía permiso.

—Nova. Mis sensores biométricos detectan una anomalía severa en su estado fisiológico. Ritmo cardíaco: 130 pulsaciones por minuto en reposo. Temperatura dérmica: dos grados por debajo del promedio. Análisis de voz: 95% de probabilidad de angustia aguda. Según el protocolo de bienestar de Digital Media Tech, debo sugerirle que se retire a la enfermería o solicite asistencia médica inmediata. ¿Desea que procese la autorización?

Nova parpadeó. Se limpió con el dorso de la mano una lágrima que se había escapado por debajo de los lentes.

—No, A.P.R.I.L. Estoy bien. Solo es el cansancio —susurró.

—Entendido. Sin embargo, registraré esta anomalía en su historial. Le recomiendo reposo.

En ese momento, desde el otro lado del vidrio, se escuchó la voz de Gabriel:

—A.P.R.I.L., activá la privacidad del cristal.

—Entendido, señor. Privacidad activada.

Los paneles electrocrómicos se oscurecieron en un segundo. De transparentes a opacos, herméticos, espejados hacia afuera.

Y en el instante exacto en que el vidrio borró el reflejo de Nova del otro lado, Gabriel dejó de escuchar a la francesa.

Tenía los ojos fijos en el panel oscuro. Sabía exactamente lo que había del otro lado: Nova en su silla, los lentes, las manos sobre el

escritorio, esa manera suya de recomponerse que le costaba la vida y que no le pedía ayuda a nadie.

La había visto en su mirada antes de que saliera.

Esa decepción quieta, sin escándalo, sin reproches. La peor clase de decepción —la de alguien que no esperaba mucho, pero aun así… creyó.

Pensó en levantarse. Cruzar el pasillo corriendo, abrir esa puerta y decirle que quería ser su príncipe encantado, que quería estar a su lado cada vez que ella despertara.

Pero no pudo…

Las palabras le cayeron adentro con el peso exacto de la verdad.

Era él —el hombre roto que había construido un imperio para no necesitar a nadie, que todavía no sabía cómo cruzar ese vidrio sin romper algo en el camino.

La francesa siguió hablando, pero Gabriel ya no logró escuchar nada más…

Y el vidrio siguió oscuro.

ME SIENTO SOLO OTRA VEZ

Mientras Nova lloraba en su escritorio, del otro lado del vidrio opaco, el aire en el despacho de presidencia se volvió pesado.

Gabriel, totalmente apesadumbrado, se recostó en su silla de cuero y suspiró profundamente, ignorando la presencia de la francesa, que seguía hablando sobre proyecciones financieras en un segundo plano que él ya no escuchaba.

Su mano derecha, casi inconsciente, fue hacia el bolsillo de su camisa. Allí, guardado desde aquella mañana en la vereda de Recoleta, estaba el señalador que Nova había perdido en su primer encuentro.

Lo sacó, lo acarició con el pulgar, sintiendo la textura del papel, y de inmediato un nudo de nostalgia y deseo le atravesó el pecho.

No era solo un pedazo de cartón; era la llave de su calma, el recordatorio de la humanidad que Nova despertaba en él, aquella vulnerabilidad que siempre ocultaba detrás de algoritmos y gráficos.

Recordó las noches de insomnio en Francia, donde aquel señalador —"Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón", escrito a mano— había sido lo único que le devolvía un respiro de paz entre tanto vacío y soledad.

Miró hacia la puerta, consciente de que Nova estaba del otro lado del panel oscurecido.

Quiso levantarse, atravesar el vidrio, abrazarla y explicarle que aquella mujer solo era una inversionista agresiva; que nada existía entre ellos y que nunca lo habría.

Pero su miedo, las viejas heridas de un pasado que lo atormentaban y la advertencia de José en el aeropuerto —"No la lastimes. Es una buena persona"— lo anclaban al asiento, como si el peso del mundo se hubiera posado sobre sus hombros.

La voz de la IA interrumpió sus pensamientos desde los altavoces direccionales del escritorio:

—Señor. Mis sensores detectan un incremento crítico en sus niveles de cortisol y una arritmia sinusal leve. Su presión arterial ha subido un 15% desde que se activó la privacidad del cristal. ¿Se encuentra bien? ¿Desea que cancele la reunión y solicite asistencia o prefiere que ajuste la iluminación para reducir el estrés?

Gabriel apretó los dientes, sintiéndose expuesto por su propia creación.

—No, A.P.R.I.L. Estoy bien. Solo... un poco de jet lag —mintió en voz baja.

—Mis algoritmos indican una probabilidad del 89% de que esa afirmación sea falsa. Su estado emocional no coincide con los parámetros de fatiga por viaje. ¿Desea que informe a Nova para que postergue su agenda?

—¡No! ¡No! —respondió él, casi en un susurro violento— No la molestes. Déjala... déjala tranquila.

Guardó el señalador, respirando profundo. Cerró los ojos y permitió que un instante de verdad lo atravesara.

El vidrio opaco no protegía a la francesa, ni a él mismo de ser vistos... Protegía a Nova de la complejidad de su corazón.

Esa mirada de decepción que él había percibido antes, era como un rayo láser que lo atravesaba, recordándole lo frágil que podía ser.

—Perdóname, Nova —murmuró casi imperceptiblemente, mientras la francesa reacomodaba sus papeles— Si te miro, me quiebro. Y si me quiebro, no sé cómo volver a ser ese hombre que todos esperan.

Podía seguir funcionando. Podía reír, responder, firmar contratos, llenar una sala con su presencia. Lo había hecho toda la vida. Pero ahora… por dentro algo no cerraba… y esa grieta no tenía nombre técnico ni solución en ningún sistema que hubiera construido.

Afuera todos dirían que estaba bien. Que siempre había una mujer a su lado, un viaje, un proyecto nuevo. Nadie iba a sospechar lo que guardaba. Pero él sabía —y eso era lo que más pesaba…

Desde aquella noche en el auto, algo había quedado pendiente en su pecho que ninguna distancia había podido borrar.

El café que ella acababa de dejar aún emanaba un vapor suave sobre su escritorio como un hilo invisible que conectaba ambos mundos: la Sulamita detrás del vidrio y él, atrapado en su jaula de control y miedo.

Por un instante, deseó que el vapor se transformara en un puente, en un hilo que le permitiera acercarse sin quebrarla.

Sabía que Nova entendía las Escrituras; sabía que ella comprendería el peso de haberla llamado "Sulamita". Pero ahora se sentía un cobarde. Quiso ser su amado, aquel que "apacentaba entre lirios", y, sin embargo… permaneció atrapado en un desierto de algoritmos, responsabilidades y viejas heridas.

Miró la taza de café, todavía tibia, como si el aroma de su presencia —de su amor silencioso— le recordara que no podía ocultarla más.

Todavía no... Todavía no puedo, Nova..., pensó con amargura, viendo el vapor elevarse como un fantasma de su deseo. *Todavía no tengo el valor necesario para poder amarte...*

La fe y el amor de aquella rubia cordobesa lo habían desarmado por completo, lentamente, sin pedir permiso, mientras él se aferraba a la esperanza de que algún día podría cruzar aquel vidrio sin miedo, y ser finalmente el hombre que ella merecía.

AFERRATE A MI

La noche no fue noche para Nova. La madrugada avanzaba pesada dentro del pequeño departamento. El silencio parecía tener peso propio.

A la una y dieciocho seguía sentada en la cama, con los lentes apoyados sobre la mesa de luz y el celular entre las manos.

No lloraba. No gritaba. Solo pensaba.

Pensaba en la risa de la francesa. En la pausa mínima en la voz de Gabriel antes de llamarla «Princesa». En aquella frase sobre saber cómo hacer esperar a una mujer. Las imágenes volvían una y otra vez, como una canción que alguien hubiera dejado sonando demasiado fuerte dentro de su cabeza.

Intentó orar. Cerró los ojos. —Señor… —susurró apenas. Pero las palabras se le enredaban en la garganta.

Cada vez que intentaba concentrarse, la escena volvía: la francesa inclinándose sobre el escritorio, la sonrisa de Gabriel, la distancia que de pronto se había instalado entre ellos.

Nova apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la frente entre las manos. Una frase apareció en su memoria sin pedir permiso, como si su mente la hubiera buscado sola en medio del insomnio.

Si tanto tiempo te esperé… y cuando apareciste estaba segura que eras vos… ¿en qué me equivoqué…? No sé cómo fue… no puedo entender… ¿en qué, Señor… en qué me equivoqué?

Nova abrió los ojos con fastidio. Porque eso era exactamente lo que sentía: no entendía cómo aquel beso había logrado meterse tan profundo en su corazón. Tan adentro que ya no había manera de sacarlo.

A la una y veintisiete marcó el número de Sofy. Sofy atendió al tercer tono.

—¿Nova? ¿Qué pasó?

Hubo un segundo de silencio. Cuando Nova habló, su voz estaba demasiado firme para ser normal.

—¿Estás en tu casa?

—Sí…

—¿Podés venir?

Sofy no preguntó nada más. La conocía lo suficiente. Treinta y cinco minutos después estaba tocando el timbre.

Nova abrió la puerta con la misma ropa del día anterior. Los ojos enrojecidos, pero secos.

—No dormiste nada, ¿no? —observó Sofy.

—No.

Se sentaron en el borde de la cama y Nova le contó todo. El beso. El mes de silencio. La francesa inclinándose sobre el escritorio. La frase insinuante.

A medida que hablaba, su voz no subía de tono; por el contrario, se volvía más baja. Más dura.

—No fue solo lo que vi —dijo al final— Fue lo que me hizo sentir.

Sofy la miró en silencio, los ojos entrecerrados por el sueño.

—¿Y ahora… qué vas a hacer?

Nova se puso de pie, caminó hasta la ventana y cerró los ojos.

Afuera Buenos Aires seguía su ritmo, indiferente a todo lo que se estaba rompiendo en ese cuarto pequeño.

—Esperar hasta mañana sería fingir que no pasó nada —dijo.

Abrió los ojos y ya no quedaron dudas.

—Voy a decírselo en la cara…

El resto de la noche no durmieron. El reloj avanzó lento, como si supiera que estaba empujándolas hacia algo sin retorno.

A las cinco y cuarenta Nova no aguantó más.

Se cambió de ropa. Tomó la tarjeta Platinum de la empresa y la sostuvo unos segundos entre los dedos. Fría. Exacta. Como una decisión que ya estaba tomada desde mucho antes.

Veinticinco años esperando entregar su primer beso al hombre correcto. Un mes entero preguntándose si para él había significado algo. Y cuando volvió… volvió con otra mujer.

Un pensamiento volvió a atravesarle la mente con la fuerza de algo inevitable. Un vendaval que poco a poco la fue arrastrando…

Nova apretó la tarjeta entre los dedos.

Sí. Eso era exactamente lo que sentía. Un vendaval. Algo que ya no podía detener.

No iba a poder soportar un día entero fingiendo normalidad en la torre.

—Vamos —dijo, despertando a Sofy que se había recostado sobre su cama.

Su amiga la miró deseando seguir durmiendo y asintió sin decir nada.

* * *

Cuando el auto frenó frente al edificio de Avenida Alvear, el cielo apenas empezaba a aclarar.

El reloj marcaba las seis de la mañana.

En la penumbra del tríplex —un único departamento de tres niveles integrados en vertical—, el silencio se rompió por una voz femenina, suave pero mecánica, que emanaba de los parlantes invisibles del techo.

—Señor, lamento interrumpir su ciclo de sueño, pero Nova y Sofy se encuentran en la entrada del edificio solicitando acceso.

Gabriel se incorporó de inmediato en su habitación colgante. El amanecer apenas comenzaba a teñir de gris el vidrio suspendido sobre la cocina. Presionó el panel de control y la pantalla frontal se activó.

Allí estaban.

Nova erguida, rígida. Sofy a su lado, alerta.

—Observación adicional —añadió A.P.R.I.L.— La frecuencia respiratoria de Nova es elevada. Su presión sanguínea de igual manera. Se recomienda interacción cuidadosa. Está muy alterada.

Gabriel sostuvo la mirada en la imagen unos segundos más de lo necesario. Algo en la rigidez de esa figura pequeña frente a la cámara le apretó el pecho sin que pudiera explicarse por qué.

—Que entren.

Se vistió con movimientos rápidos. Jeans. Remera negra. Nada más.

Cuando el ascensor privado se abrió, Nova avanzó sin esperar invitación. Sofy la siguió un paso detrás.

El departamento era inmenso y abierto sobre la avenida principal de Recoleta: tres niveles integrados en vertical, ordenado, silencioso, con el fuego artificial ardiendo entre el juego del living constantemente. Solo estaban cerrados el baño, la habitación de Agustina y las dos habitaciones de huéspedes.

Lo más impresionante era la habitación de Gabriel, que parecía flotar sobre la cocina. Una estructura de cristal colgante desde la que se podía ver todo el departamento desde las alturas.

Nova no miró nada de eso. Caminó directo hacia el centro del living con la tarjeta apretada en la mano.

—A.P.R.I.L., avisale a tu jefe que ya estamos acá. ¡Urgente! —dijo, con la voz tensa pero controlada.

Gabriel apareció bajando por las escaleras flotantes, cruzándose de brazos con su habitual sarcasmo.

—¿Nova? —miró el reloj en la pared— ¿Acaso tenemos junta extraordinaria y nadie me avisó?

Ella caminó hasta quedar frente a él. Le extendió la tarjeta Platinum.

—Vengo a devolverte esto.

Él bajó la vista hacia la tarjeta. Luego volvió a mirarla.

—Por si aún no te diste cuenta… son las seis de la mañana.

—No dormí.

La respuesta no fue un grito. Fue un hecho.

Sofy permanecía a un costado, observando cada gesto.

—Vengo a traerte esto —dijo cortante— Y a decirte algo bien claro: yo no soy tu juguete. No soy la muñequita de cristal que cuando querés la agarrás y cuando te aburriste la soltás. Lo que me hiciste ayer no voy a perdonártelo jamás.

Gabriel la miró totalmente sorprendido fingiendo no saber a qué se refería.

Sofy intentó calmarla con una mano en el hombro, pero Nova la apartó sin brusquedad, sin ceder ni un centímetro.

Gabriel tomó la tarjeta con sus dedos y, con su ironía calculada, la miró de reojo.

—Dormí muy bien, gracias. ¿Y vos? ¿Cómo pasaste la noche, princesa…?

Nova dio un paso al frente, roja, temblando de nervios y totalmente temeraria.

—¡¿Qué cómo pasé la noche?! —gritó, golpeando la palma de su mano contra su muslo— Cómo pasé el mes tendrías que preguntarme. Porque lo pasé horrible después de dar mi primer beso y que te mandaras a mudar. ¡Además, volvés y te ponés a coquetear con la

francesa esa delante mío…! ¡Y ahora encima actuás como si nada hubiera pasado!

Gabriel arqueó una ceja y soltó con sarcasmo calculado.

—Perdón… pero… ¿todo esto es por un beso? ¿Me despertás a esta hora solo por un beso y un coqueteo?

Nova sintió que la sangre le hervía aún más. Avanzó un paso, apretando los puños.

—¡Para vos eso no es grave, ¿no es cierto?! —exclamó— ¡Te mostraste con ella delante de mis ojos! ¡Me hiciste sentir insignificante!

Nova recuperó la compostura y volvió al ataque.

—Veinticinco años —dijo con la voz temblorosa— Veinticinco años esperé para dar mi primer beso al hombre indicado. ¡Estuve un mes entero esperando para saber cuál iba a ser tu reacción porque te mandaste a mudar! ¡¿Y llegás y lo primero que hacés es mostrarte con otra?! No me lo merezco, Gabriel. ¡No me lo merezco!

—¿Pero tanto lío por un beso? Yo ya hasta me lo había olvidado.

Nova sintió el descontrol dentro suyo, cerró los puños. Avanzó un paso y lo empujó ligeramente con la mano.

—¡No quiero nada con vos, Gabriel! ¡Solo quisiera no haberte conocido nunca… ni haber venido a Buenos Aires!

Giró sobre sus talones. Levantó la mano… Y durante una fracción mínima de segundo algo la atravesó: la educación, la fe, la culpa anticipada. Un latido suspendido entre lo que era y lo que estaba a punto de hacer.

Y aun así… Le cruzó la cara con un cachetazo seco y vibrante.

El sonido fue nítido. Demasiado nítido para ese departamento silencioso.

Gabriel se quedó congelado. Su respiración se aceleró y un calor extraño le subió al rostro. Pero no fue el ardor en la mejilla lo que lo paralizó. Fue otra cosa. Algo que no tenía nombre todavía.

Nova, con el pulso latiendo fuerte en sus sienes y la palma de la mano todavía encendida, retrocedió unos pasos. Su pecho subía y bajaba deprisa. La ira seguía ahí, pero debajo de ella ya empezaba a filtrarse algo más oscuro: el peso de lo que acababa de hacer.

El silencio se cortó.

Nova corrió hacia el ascensor. Sofy la siguió, pero antes de entrar se detuvo un segundo y le sostuvo la mirada a Gabriel desde la

distancia. Lo miró de arriba abajo, con esa calma que era más amenaza que cortesía.

—Por si no quedó claro, Gabriel —dijo, midiendo cada palabra— ella no es como las demás. No es como las mujeres que usted está acostumbrado a frecuentar. Nunca lo fue. Y si usted no puede ver eso habiendo tenido la inteligencia para crear una IA como A.P.R.I.L.… entonces el problema no es de ella, es completamente suyo…

Gabriel no respondió.

Las puertas se cerraron.

—Mucho gusto. Tenemos que volver a reunirnos pronto… — exclamó Gabriel, levantando la mano con un irónico saludo hacia las puertas ya cerradas.

Gabriel apoyó la frente contra la madera, dejando escapar un suspiro pesado. Creyó que el silencio volvía… pero un sonido rítmico lo sorprendió.

Clap… clap… clap… Alguien aplaudía. Lento. Cargado de sarcasmo.

Gabriel giró y vio a Agustina, brazos cruzados, mirándolo de manera fulminante.

* * *

Mientras el ascensor descendía, el silencio entre Nova y Sofy era ensordecedor. Nova se miraba la palma de la mano que todavía le ardía.

Nunca había reaccionado con violencia. En ningún momento de su vida. Y esa certeza le pesaba en el pecho de una manera que la ira ya no alcanzaba a tapar.

Gabriel, por su parte, no se movió de la puerta. Se tocó la mejilla despacio, casi con curiosidad. Y lo que encontró no fue indignación. Fue algo que tardó unos segundos en reconocer: por primera vez en años, alguien no se había detenido ante su nombre ni ante su cuenta bancaria. Alguien lo había mirado a los ojos y había elegido no callarse.

El golpe no le había dolido en la piel. Le había dolido en el alma.

Y aunque jamás lo admitiría en voz alta, algo en su interior entendió una verdad incómoda: aquella mujer… había entrado en su vida como un vendaval. Inevitable.

LO HICE QUERIENDO

Nova respiró profundo mientras caminaba hacia una cafetería cercana, dejando atrás la tensión del encuentro temprano en el departamento de Gabriel. Cada paso era un intento por recuperar la calma antes de enfrentarse al día que recién comenzaba, bajo la sombra imponente de la Torre DMT que se alzaba a pocas cuadras.

El aire fresco de la mañana no alcanzaba a enfriar la sensación ardiente que todavía tenía en la palma de la mano.

Sentadas en una pequeña mesa de la cafetería de la vuelta de la empresa, Nova y Sofy intentaban recomponerse. El aroma a café recién molido no lograba calmar los nervios de Nova.

Tenía los ojos hinchados detrás de sus lentes, pero en su mirada ya no había solo tristeza: también había una determinación férrea.

En una de las pantallas del local, sin sonido, corría un spot institucional de Digital Media Tech. La imagen de la Torre aparecía con su eslogan corporativo: "Todo lo hacemos por tu bien". Nova sintió que aquella era una frase cruel por lo sucedido.

—Es increíble, Sofy. Me di cuenta de que nunca le importé. Ni el beso, ni lo que yo pienso, ni mis valores. A Gabriel solo le importa su propia persona, su mundo y su ego del tamaño de ese edificio —dijo, revolviendo su taza con fuerza mientras miraba de reojo la pantalla.

Sofy suspiró y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Y… yo te lo advertí, amiga. Puede ser muy fachero y tener ese aire que te vuela la cabeza, pero… es un ególatra total.

Miró la mano de Nova y sonrió con picardía.

—¡Córdoba, qué mano tenés! Con ese golpe casi le dejaste tatuado en la cara: «te lo merecías». ¿Te imaginás? Todos en Recoleta hablando del cachetazo de Nova, la secretaria justiciera.

Nova soltó una risita entre lágrimas y se tapó la cara con las manos, avergonzada pero aliviada.

—No me digas eso, que me da vergüenza. Pero… la verdad… se lo merecía. Por cínico.

Mientras bajaba las manos volvió a mirar su palma. El ardor ya no era físico. Era moral.

En algún rincón del local comenzó a sonar una vieja balada romántica. Nova no prestó demasiada atención a la letra al principio, pero de a poco las palabras fueron filtrándose entre el ruido del café y

el vapor de las tazas, hasta que una frase la detuvo en seco: “Lo hice queriendo”

La escuchó y no supo si era la canción o su propio corazón hablando. Porque eso era exactamente lo que sentía: no había sido un impulso. No había sido la ira. Había sido una decisión tomada desde el lugar más honesto que tenía.

Y esa verdad, por primera vez en toda la mañana, no le dio vergüenza. Dejó de preguntarse si había exagerado.

Sofy volvió a la seriedad y le tomó la mano.

—Bueno, ahora hablando en serio… ¿qué vas a hacer? ¿Vas a volver a la empresa después de esto o no?

Nova se enderezó, acomodó sus lentes y respiró profundo. Miró hacia la Torre, sabiendo que A.P.R.I.L. ya debía tener registrado su ingreso o su ausencia en los servidores centrales. En ese edificio todo quedaba archivado: horarios, accesos, métricas. Nada emocional, pero todo medible.

—No voy a renunciar. No le voy a dar el gusto de que mi vida se desmorone por su culpa —hizo una pausa y miró la Torre.

— Todo lo que hice fue querer, Sofy. Y todo lo que di fue por amor. Nadie me puede quitar eso. Necesito este trabajo para ayudar a mis viejos y soy buena en lo que hago.

Su voz no tembló.

—¿Entonces vas a volver a la oficina como si nada? —preguntó Sofy.

Nova sostuvo la mirada fija en la Torre un segundo más.

—No. Como si nada, no… A partir de hoy, él es el jefe y yo soy la secretaria. Punto.

Trabajo y nada más.

Por dentro, sin embargo, sabía que ese «nada más» iba a ser la batalla más difícil de sostener.

ELLA ES

Esa mañana, el piso 25 de la Torre DMT fue testigo de algo inusual.

Eran apenas las ocho y media cuando José entró a la oficina de presidencia —ese espacio abierto dominado por pantallas gigantes—

y encontró a su mejor amigo sentado frente al escritorio, mirando en silencio el horizonte de la ciudad y el Río de la Plata.

La mejilla ya no estaba roja. Pero el golpe seguía ahí.

—¿Gabriel? —José se detuvo en el umbral, incrédulo y con cara de preocupación— Algo muy grave debió pasar para que vos estés acá a esta hora.

Gabriel levantó la vista con gesto ausente y sin rodeos le contó lo sucedido: la visita de madrugada, el reclamo de Nova y el cachetazo que aún parecía zumbarle en el oído.

No habló con enojo. Habló con desconcierto.

—Te lo advertí, Gaby. Te dije que no la lastimaras. Ella no es como las demás —dijo José con gravedad— ¿Y ahora qué vas a hacer?

Gabriel dejó caer los hombros.

—No tengo la menor idea.

A.P.R.I.L. mantenía las luces en un tono neutro, casi gélido, cuando un suave golpe en la puerta los interrumpió. Nova asomó la cabeza desde su oficina contigua. Se veía impecable con su camisa y sus lentes, pero sus ojos delataban la falta de sueño… y algo más: culpa.

—¿Podemos hablar? —preguntó con voz suave, aunque firme.

José se puso de pie y le lanzó a su amigo una mirada de advertencia.

—Los dejo solos.

Al pasar junto a Nova murmuró apenas:

—No lo mates… aún.

Ella ni lo escuchó.

Nova entró y se sentó frente al escritorio. Los paneles de vidrio electrocrómico se oscurecieron al instante, volviéndose espejados hacia afuera y sumergiendo la oficina en un silencio casi absoluto, apenas atravesado por el murmullo invisible de la climatización.

El silencio se prolongó.

Nova miró la mejilla de Gabriel. Su mano derecha se tensó levemente sobre el bolso.

—¿Te duele? —preguntó finalmente, con genuina preocupación.

La pregunta era sincera, sin cálculo. A ella le dolía haberlo golpeado más de lo que a él le había dolido recibir el golpe.

Gabriel negó con la cabeza, pero su mirada se perdió en las pantallas apagadas. No había rencor en su rostro. Había algo peor: desconcierto.

Nova tragó saliva antes de continuar.

—No voy a renunciar, Gabriel. No puedo hacerlo. Necesito este trabajo. Necesito ayudar a mis viejos en Córdoba. Pero quiero que sepas que, a partir de hoy… mi relación con vos va a ser estrictamente profesional. Sos mi jefe. Yo soy tu secretaria. Nada más.

Decir nada más le atravesó el pecho como una astilla. Porque para ella nunca había sido un nada más.

Gabriel no se movió. Escuchó cada palabra como si cayera desde muy alto y le golpeara algo adentro que no sabía que todavía podía romperse.

Ella sentía la garganta cerrarse con cada frase, pero siguió. No podía parar. Si paraba, se derrumbaba. Y no podía derrumbarse frente a él.

No ahora. No después de todo.

Sus labios temblaron. Parpadeó una vez, dos veces. No alcanzó.

Las primeras lágrimas cayeron sin permiso.

No las limpió. Las dejó caer porque ya no tenía fuerzas para contenerlas y porque, en el fondo, sentía que tenía derecho a llorarlas.

Las había guardado la noche entera.

Gabriel apretó la mandíbula. Miró la mesa. No podía mirarla a ella.

Los minutos que siguieron parecieron eternos.

Él se levantó y caminó hacia el ventanal de piso a techo, mirando hacia la calle como si necesitara aire.

Nova agachó la cabeza un instante. Buscó fuerzas y las encontró donde siempre las encontraba: adentro, en ese lugar quieto que nadie le había podido tocar todavía.

Se enderezó.

Habló como si cada palabra fuera la última que fuera a pronunciar en su vida. Como si después de esto no quedara nada más que decir. Como si estuviera vaciándose entera, de una sola vez, sin guardarse nada.

—Yo había soñado tanto con vos, Gaby… —susurró.

Su voz se quebró en la última sílaba. Se detuvo. Respiró. Siguió.

—Imaginé tantas veces el momento en que volvías y nos encontrábamos…

—Pensé que lo que pasó en el auto… que ese primer beso significaba que…

El llanto le cortó el aire a mitad de la frase. Lo dejó pasar. Continuó igual.

—Yo… yo me enamoré de vos con todo mi corazón. ¿Sabés? Con todo mi corazón... No me guardé nada, Gabriel. No pude hacerlo de otra manera.

Cada palabra le llegó a Gabriel como un golpe distinto en el mismo lugar. No en el pecho, sino mucho más adentro.

En ese sitio que había aprendido a blindar y que Nova, sin proponérselo, había ido abriendo sin que él lo notara, sin que pudiera impedirlo.

A ella le temblaba el mentón. Le temblaban las manos sobre el bolso. Pero su mirada no huyó.

—Y no es que fue solo ese mes, Gaby… —continuó con un hilo de voz que apenas sostenía el peso de lo que venía.

—Yo te amé y te esperé toda mi vida… Te esperé de verdad mi amor…

—Toda mi vida soñé con el hombre con el que iba a dar mi primer beso… Esperé a ese hombre con el que quería hacer las cosas bien, como Dios manda, sin apuros y sin miedo. Esperé al hombre que respetara mis tiempos… mis valores… mi fe y todo lo que soy.

Una lágrima cayó sobre su mano. La miró un segundo como si no la reconociera y siguió.

—Y cuando vos apareciste… —su voz bajó hasta volverse casi un susurro roto—, estaba segura que ese hombre eras vos. Pensé que, si Dios te había puesto delante de mí, era con un propósito, por algo especial y que nada había sido casualidad. Que todo lo que yo había esperado, todo lo que había cuidado, todo lo que había guardado… ahora tenía sentido porque existías vos…

Se le quebró la voz por completo. Cerró los ojos un instante y cuando los volvió a abrir…

—Pero me equivoqué…

Gabriel cerró los ojos. Ahí, de espaldas a ella, sintió que algo dentro suyo se estaba quebrando en cámara lenta. No era culpa solamente. Era el sonido de una puerta que creía cerrada para siempre

abriéndose de golpe, y que dolía exactamente como duelen las cosas que uno nunca se permitió querer.

Apoyó una mano en el vidrio frío. Necesitaba algo sólido en qué apoyarse o caería allí mismo de rodillas…

El llanto contenido durante toda la noche estalló finalmente en un sollozo ahogado que ella intentó sofocar mordiéndose el labio. No pudo. Salió igual. Roto, silencioso, devastador.

Y Gabriel, que había sobrevivido a quiebres, traiciones y el desamor más cruel que alguien pudiera imaginar, sintió que ninguna de esas cosas le había hecho tanto daño como escuchar llorar a Nova Wexler en silencio diciendo: «Me equivoqué».

Nova se secó los ojos con el dorso de la mano, sintiéndose expuesta. Se puso de pie, acomodó el bolso y caminó hacia la salida que conducía al ascensor. Cada paso era un desprendimiento.

Al llegar a la puerta se detuvo. Miró por última vez esa espalda ancha, rígida, silenciosa… que parecía no tener respuesta para su corazón.

—Ya no importa… —susurró.

No era orgullo. Era protección.

Salió de la oficina cerrando la puerta con una suavidad que dolió más que un portazo.

Gabriel se quedó allí.

Fue entonces cuando las lágrimas lo inundaron mientras el sol de la mañana entraba por el ventanal e iluminaba el vacío del despacho.

Por primera vez, aquella oficina inmensa —desde donde controlaba todo su imperio a través de A.P.R.I.L.— le pareció demasiado grande para un solo hombre.

No era lógico. No tenía ninguna ecuación que lo explicara, pero ella, y solo ella, era la prueba de fe más clara posible que él era un hombre quebrado que necesitaba ayuda de arriba para poder seguir adelante.

Y él, que había construido todo sobre el control y la razón, no tenía respuesta para eso.

En aquella mañana también comprendió algo que nunca había entendido antes: todo ese control que tenía, toda esa armadura que había construido, no le servía para nada si ella no estaba a su lado.

EL ESPÍA

Los días empezaron a repetirse.

La torre seguía en pie, las reuniones seguían sucediéndose, los proyectos avanzaban. Pero algo se había apagado en el piso 25 que ningún sistema de A.P.R.I.L. podía medir ni reparar.

El silencio ya no era ausencia de sonido. Era ausencia de ellos dos.

Cada mañana Nova llegaba puntual, saludaba con un gesto medido y se sumergía en su mundo de reportes, agendas y reuniones, evitando a toda costa cualquier mirada que pudiera revelar lo que su corazón todavía sentía.

Se instalaba en su oficina y los paneles de vidrio electrocrómico se convertían en su escudo, manteniéndola en una burbuja de eficiencia lejos de la presencia de Gabriel.

Había perfeccionado la técnica de no mirarlo.

Sabía exactamente en qué segundo él salía de su despacho, sabía cuándo cruzaba hacia el War Room, sabía incluso el sonido preciso de sus pasos sobre el piso pulido. Y, aun así, no levantaba la vista.

Gabriel, por su parte, mantenía su rutina impecable.

Desde afuera parecía el mismo de siempre: exacto, eficiente, dueño absoluto del espacio que habitaba. Pero dentro de él algo había cambiado.

A.P.R.I.L. ejecutaba sus órdenes antes de que terminara de pronunciarlas, optimizando cada segundo de su agenda, como si la perfección del sistema intentara compensar el vacío que Nova había dejado en su cercanía personal.

Lo que nadie sabía era que, desde su escritorio, cada día, Gabriel la observaba.

No lo hacía por control. Lo hacía para asegurarse de que ella estuviera bien.

A través de las cámaras de A.P.R.I.L. seguía sus movimientos con discreción: la veía llegar por la mañana, acomodar sus carpetas, revisar informes con esa concentración absoluta que la caracterizaba.

A veces se detenía unos segundos más de lo necesario, simplemente mirándola trabajar en silencio, como si esa distancia

digital fuera la única forma segura de permanecer cerca sin lastimarla otra vez.

Era una vigilancia silenciosa, casi invisible. Una forma torpe y secreta de cuidarla y de amarla…

Una mañana, mientras revisaba informes desde su escritorio, una de las cámaras de A.P.R.I.L. captó un momento que alertó de sobremanera a Gabriel. Nova salía de la sala de archivos con varias carpetas en los brazos cuando su pie se enganchó con el borde de una alfombra.

Las carpetas volaron por el aire y los papeles se desparramaron por el piso.

Gabriel saltó del sillón de inmediato. Salió disparado casi corriendo, dispuesto a ir a ayudarla antes de que nadie más lo hiciera.

Sin dejar de mirar el monitor gigante, vio a José ingresando al pasillo.

José inmediatamente miró hacia una de las pequeñas cámaras del techo y, levantando una mano hacia ella, le hizo un gesto claro: esperá.

Gabriel se detuvo.

José caminó hasta Nova, se agachó y comenzó a juntar los papeles mientras ella, algo avergonzada, intentaba ordenarlos.

Desde la pantalla, Gabriel observó cómo Nova le agradecía con una sonrisa cansada.

Y recién entonces comprendió que José sabía que él la observaba todo el tiempo.

José sabía que, si nadie intervenía, Gabriel habría salido corriendo a ayudarla.

En silencio, Gabriel volvió a cerrar la puerta de su despacho.

Se quedó parado un momento frente al monitor. La imagen de Nova recogiendo papeles con una sonrisa cansada ya no estaba, pero él seguía viéndola.

Agonizaba con su sonrisa. Y había algo que no sabía cómo explicar, y era el hecho de querer pedirle a gritos que no olvidara que él siempre iba a estar cuando lo necesitara.

La escena quedó grabada en su memoria junto con otras que regresaban en fragmentos inevitables cada día: una voz quebrada diciendo: «yo te esperé toda mi vida», una puerta cerrándose con suavidad.

La interacción entre ellos se había transformado en un mecanismo perfecto, pero frío. Las palabras eran contadas, precisas, limitadas a la información estrictamente necesaria.

Las agendas compartidas, los informes y las instrucciones diarias se convirtieron en un lenguaje neutral que reemplazaba la conversación humana.

A veces, cuando sus manos se rozaban al intercambiar un documento, Nova sentía un fuego en su interior que la obligaba a recomponerse de inmediato.

Y a veces Gabriel demoraba un segundo más de lo necesario en soltar el papel, mientras miraba sus ojos. Ninguno decía nada.

Las semanas que siguieron tampoco trajeron alivio.

La torre continuó funcionando con su precisión habitual, pero entre ellos algo se había fracturado, y ninguno parecía dispuesto a nombrarlo.

Nova encontró refugio en el trabajo. Su eficiencia aumentó de manera impresionante; cada tarea era ejecutada con precisión quirúrgica. Sus colegas empezaron a depender de ella para todo, y pronto, su presencia se volvió indispensable para toda la empresa. Sin embargo, la admiración profesional no lograba ahogar la distancia emocional que la separaba de Gabriel.

La culpa tampoco desapareció.

El cachetazo regresaba a su memoria cuando menos lo esperaba: en medio de una planilla, en el reflejo de un vidrio o en el silencio de la noche. Había pedido perdón en oración más veces de las que podía contar. Pero no sabía si se atrevía a pedírselo a él.

Lo observaba a veces de lejos, como si mirara una estatua: imponente, exacto en sus movimientos, admirable en su dominio del espacio —sobre todo cuando dirigía el War Room con esa autoridad casi inhumana—, pero completamente inaccesible para lo que su corazón necesitaba.

Aunque en el fondo, muy en el fondo, una posibilidad aún más dolorosa la perseguía: que él sí sintiera algo por ella. Pero que simplemente no la eligiera.

Cada día que pasaba, Nova sentía cómo la distancia entre lo que deseaba y la realidad se volvía más evidente. Lo que antes había sido curiosidad y atracción ahora era una mezcla de frustración, desconfianza y un dolor silencioso que se instalaba en su pecho.

Podía controlar su trabajo. Pero no podía controlar lo que sentía.

Cada reporte entregado, cada instrucción ejecutada bajo la mirada constante de las cámaras de A.P.R.I.L., le recordaba la distancia que los separaba.

Un muro invisible que crecía con el paso de los días, un vidrio cromático que se oscurecía lentamente entre los dos.

Para Nova, aquella torre de veinticinco pisos, tan moderna y perfecta, se había convertido en una cárcel de cristal. Y lo más cruel era que la llave de esa cárcel estaba del otro lado del vidrio.

SECRETOS

Una mañana, mientras revisaba declaraciones juradas para Hacienda, Nova se detuvo en seco. Entre los folios, un movimiento contable le llamó la atención: millones de dólares sin factura, sin nombre de proveedor, solo un código interno repetido una y otra vez.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿De qué sería esa salida? ¿Y si Gabriel estaba involucrado en algo ilegal? Pensó con cautela.

Con el papel temblando entre sus manos se dirigió al despacho.

—Gabriel… perdón por molestar —dijo con voz suave y medida— Pero encontré algo extraño en las declaraciones juradas y me preocupa. Hay millones sin justificativo.

Gabriel ni siquiera levantó la vista de su teclado. Tomó la lapicera y firmó el documento con un trazo rápido y decidido.

—Está todo bien, Nova —dijo sin mirarla.

Nova salió con el pulso acelerado. «Está todo bien», había dicho él… pero para ella, eso era apenas un indicio más que alimentaba la sospecha.

Durante meses, Nova había construido en su interior la peor versión posible de Gabriel.

Ante todos, lo defendía con convicción casi profesional. Cuando alguien cuestionaba su carácter, ella era la primera en decir que era un líder extraordinario. Que era un genio en los negocios. Que tenía una mente quirúrgica para la computación y que Digital Media Tech funcionaba como un reloj suizo gracias a su precisión. Incluso

resaltaba algo que pocos empresarios podían sostener: pagaba sueldos altos, premiaba el mérito, nunca demoraba un depósito. En términos laborales, era impecable.

Pero en lo íntimo… en lo que no se decía en reuniones ni en pasillos… Nova había llegado a una conclusión dolorosa: Gabriel no tenía corazón.

Lo veía eficiente, brillante, dominante en cada sala de juntas. Lo veía mover millones como si fueran fichas de ajedrez. Lo veía operar el War Room con una frialdad casi inhumana. Y esa perfección la irritaba. Porque no encontraba grietas. No encontraba ternura. No encontraba vulnerabilidad. No encontraba humanidad.

Para ella, era un hombre admirable… pero emocionalmente estéril.

Un estratega genial… pero incapaz de amar.

Y esa idea la había repetido tantas veces en su mente que terminó creyéndola como una verdad absoluta.

Se había convencido de que detrás de esa mirada calculadora no había más que ambición. Que su silencio no era profundidad, sino vacío. Que su distancia no era dolor, sino indiferencia.

Por eso el «Está todo bien» de esa mañana no fue solo una respuesta evasiva. Fue, para ella, la confirmación de que estaba trabajando para un hombre sin alma.

Y ese juicio —ahora lo entendería— había sido más duro que cualquier cachetazo.

Al mediodía, se encontró con José en la cafetería del piso. Hablaron de cosas triviales mientras almorzaban, pero la inquietud de Nova terminó por romper la burbuja de normalidad:

—José… tengo miedo de que Gabriel esté metido en algo turbio —susurró, mirando a su alrededor con nerviosismo genuino.

Bajó la vista, jugando con la taza, sintiendo cómo un frío extraño se le instalaba en el pecho. Cada palabra parecía pesar más que la anterior. Su corazón latía acelerado, y el rumor de la ciudad afuera parecía apagarse ante la gravedad de lo que había descubierto.

José dejó la taza a medio camino y la observó con seriedad, tomando aire antes de hablar:

—¿De qué estás hablando, Nova? —preguntó en voz baja, asegurándose de que nadie los escuchara.

—Vi los números, José. Hay salidas de millones de dólares que él firma sin pestañear, sin comprobantes, bajo un código secreto. Le pregunté y esquivó la respuesta. Solo me dijo «está todo bien» y lo firmó…

—Por favor… decime qué está pasando. No quiero ser cómplice de algo malo —dijo Nova, con el corazón encogido en la garganta.

José soltó un suspiro largo y pesado, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos sobre la mesa:

—Nova… lo que te voy a decir es algo que muy poca gente sabe. Gabriel me mataría si supiera que te estoy contando esto a vos, porque él odia la ostentación de lo que hace. Para él, si se sabe, pierde valor.

—¿El valor de qué? —preguntó ella, confundida, apretando las manos sobre la taza.

—Gabriel tiene un pasado que lo marcó —continuó José despacio— Él pasó muchas necesidades porque su padre murió cuando era muy pequeño, de una enfermedad que podría haber sido curable con dinero, pero no lo tenían… y su madre apenas ganaba para el sustento.

—Ese código que viste… no es una cuenta en un paraíso fiscal como estás pensando. Ese dinero se divide cada mes de manera quirúrgica: va a orfanatos que estaban por cerrar, a comedores en zonas pobres y a hogares de ancianos que él mantiene íntegros. También paga tratamientos médicos para chicos que el sistema dejó afuera.

Nova se apoyó contra la pared. Un rayo la atravesó de lado a lado.

—Él… ¿él hace todo eso? —susurró, casi sin voz.

No dijo nada más. No pudo.

De golpe recordó cada vez que lo había juzgado, cada conclusión que había sacado con tanta certeza, cada vez que había pensado que detrás de esa mirada calculadora no había más que ambición y vacío.

Y todo eso pesaba ahora de una manera que ninguna palabra podía ordenar. Se quedó en silencio, con las manos quietas sobre la taza, dejando que la culpa hiciera su trabajo.

—Dona la mitad de sus ganancias, Nova. A veces más —dijo José con una sonrisa triste— Él cree que, si la mano izquierda sabe lo que hace la derecha, el acto deja de ser bueno. Por eso es tan hermético.

Por eso no hay fotos, ni prensa, ni agradecimientos. Solo firma y se asegura de que a esos chicos y a esos ancianos no les falte un plato de comida cada día.

Un nudo se formó en la garganta de Nova. Recordó cómo esa misma mañana lo había calificado de insensible y frío.

—No puede ser… —susurró, con las lágrimas acumulándose detrás de sus lentes— No puede ser que lo haya juzgado así…

José la miró con ternura, comprendiendo cada emoción que la embargaba.

—Es el hombre más generoso que conozco —dijo con firmeza— pero también el que más se esfuerza por parecer que no tiene corazón. A veces ni yo lo entiendo…

Hizo una pausa. Miró la mesa un momento, como evaluando si cruzar una línea que sabía que no tenía retorno.

—Nova… hay algo más que cargo hace tiempo y que ya no puedo seguir guardando solo.

Ella lo miró, alerta.

—Sé que si Gabriel se entera de que te estoy diciendo esto se va a enojar mucho conmigo. Pero hay cosas que no deberían quedarse en silencio para siempre.

Hizo una pausa.

—Él está cada día pendiente de vos. De que estés bien, de que no necesites nada, de que estés cómoda. Incluso cada mañana hace que A.P.R.I.L. te escanee para verificar que tu salud esté bien. No te lo dice. No te lo va a decir. Pero lo hace igual.

Nova sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué…?

No entendí… —titubeó, casi sin voz— ¿Y… y por qué hace todo eso, José?

José exhaló despacio. Como quien suelta algo que estuvo cargando demasiado tiempo.

—Gabriel siente por vos mucho más de lo que su orgullo le va a permitir admitir jamás. Ante mí, ante vos… y probablemente ante él mismo.

Nova se quedó muda.

De pronto, aquel recuerdo adquirió otro significado: ella arrodillada juntando papeles, José ayudándola… y esa extraña

sensación que había tenido de que alguien más estaba allí, observándola.

Ahora entendía por qué.

José la observó con una sonrisa suave.

—Gabriel siempre está más atento de lo que la gente cree. Solo que se asegura de que nadie lo note. Especialmente con vos. Hubo una ocasión en que no vine a trabajar, desperté con una leve gripe y pensé que era mejor quedarme en cama hasta el mediodía y recién después venir a la torre. Supuse que nadie lo notaría…. Gabriel apareció en mi departamento a las once de la mañana totalmente preocupado porque no había escuchado el celular cuando él me estaba llamando para preguntarme si estaba bien….

Nova se levantó casi sin despedirse y caminó hacia el baño de presidencia. No corrió. Las piernas apenas la sostenían.

Cerró la puerta con llave. Se apoyó en ella un segundo, como si necesitara que algo sólido la sostuviera desde atrás. Luego caminó hacia el espejo y abrió la canilla.

El agua fría no alcanzó.

Porque de golpe, todo cayó junto. Cada juicio. Cada conclusión. Cada vez que había pensado que detrás de esa mirada no había más que ambición y vacío. Cada vez que había dicho, convencida, que era un hombre sin corazón. Cada vez que lo había defendido en público mientras lo destruía en privado, dentro de su propia cabeza, con una certeza que ahora le parecía obscena, y sobre todo… aquella confesión que José acababa de decirle…

Todo ese tiempo él había estado firmando cheques para chicos que el sistema había abandonado. Para ancianos que no tenían a nadie. Para tratamientos médicos que ninguna obra social cubría. Sin fotos. Sin prensa. Sin que nadie supiera su nombre.

Las primeras lágrimas cayeron sin aviso.

Intentó contenerlas. Se mordió el labio, respiró hondo, miró el techo. No sirvió de nada. Vinieron igual, y vinieron todas juntas, como si hubieran estado esperando detrás de una presa que acababa de romperse.

—No… —susurró, mirándose en el espejo sin reconocerse— No puede ser…

Pero era… Era exactamente así.

Abrió la canilla más fuerte y se mojó la cara. Las lágrimas seguían. Se las limpió con las manos. Volvieron. Se las limpió otra vez. No podía parar. No podía.

Cada vez que intentaba calmarse, la imagen de Gabriel solo en su despacho con la luz apagada, frotándose las sienes sobre esos papeles, volvía a golpearla de lleno.

Ese hombre al que había llamado frío. Ese hombre al que había acusado, en lo más profundo de su corazón, de no tener alma.

—¿Cómo pude…? —se preguntó en voz alta, con la voz rota, apoyando las dos manos en el borde del lavabo— ¿Cómo pude pensar eso de él?

La pregunta no era retórica: era un golpe real que se daba a sí misma.

Nova no era una persona que juzgara a la ligera. Se enorgullecía de discernir. De ver más allá de las apariencias. De pedir sabiduría.

Pero esta vez había fallado. Había fallado completamente. Y peor aún… con el hombre que amaba.

El llanto se convirtió en sollozo. Intentó sofocarlo con la mano sobre la boca. No pudo. Salió igual, ahogado, tembloroso, desesperado.

Se miró en el espejo y no le gustó lo que vio. No por el llanto. Sino por el orgullo que había habido detrás de cada juicio. Por la seguridad con la que había levantado ese muro de hielo frente a un hombre que, en silencio, estaba cambiando vidas.

Desde lo más profundo de su ser habló con Dios:

—Perdón, Señor… perdóname por haber sido tan ciega, por juzgar solo por las apariencias. Te pedí sabiduría y me disté una lección de humildad. Por favor… permitime conocer toda la verdad sobre Gabriel. Ayúdame a ver quién es realmente este hombre que se esconde detrás de tanto silencio.

Se calló. El agua seguía corriendo sobre sus manos.

Y entonces, en ese silencio húmedo y cerrado, algo que no había querido nombrarse empujó desde adentro con una fuerza que no pudo contener: ella lo amaba, aunque lo guardara en silencio. Lo amaba, aunque todo le dijera que no era cierto. Lo amaba, aunque nunca hablaran de ese amor.

Lo supo siempre. Solo que hasta ese momento no se lo había permitido decir.

* * *

En los días siguientes a la charla con José, Nova comenzó a observar a Gabriel con un lente espiritual nuevo. Una tarde lo vio por la puerta entreabierta de su despacho: estaba solo, con la luz apagada, frente a una montaña de papeles que ella ahora sabía que eran ayuda para otros. No había cámaras, no había aplausos. En ese momento Nova comprendió que Gabriel no era el villano que ella había imaginado, sino un hombre herido que usaba la arrogancia como un escudo para proteger su bondad.

El muro de hielo de ella no se rompió: se evaporó ante la evidencia de su sacrificio silencioso. Y lo que era mejor aún… una luz de esperanza había vuelto a brillar en su interior.

DE LA TERNURA A LA PASIÓN

A partir de esa tarde, algo cambió dentro de Nova. No fue un evento ruidoso ni un anuncio formal; fue un cambio silencioso, casi imperceptible… y precisamente por eso, más desconcertante para Gabriel.

Nova comenzó a tratarlo de manera diferente. Cada movimiento suyo parecía medir el efecto que tenía sobre él, pero no con cálculo ni estrategia profesional: era instinto. Una reacción natural al conocimiento del corazón que él había mantenido oculto durante tanto tiempo.

La barrera de hielo que había construido con tanto cuidado tras aquel cachetazo empezaba a resquebrajarse. No porque hubiera olvidado el dolor, sino porque ese dolor ahora estaba cubierto por algo más profundo: comprensión… y una culpa persistente por todo lo que había pensado y juzgado mal.

Sus ojos, cuando lo miraban, brillaban con una mezcla de admiración, dulzura y fe inquebrantable. Era la misma mirada del primer día… pero ahora tenía algo más.

Una certeza silenciosa. Una mirada que decía, sin palabras: Ahora sé quién sos. Sé que algo sentís por mí… y me duele haberme equivocado con vos.

Gabriel no sabía cómo recibir esa intensidad silenciosa.

Si él le daba una orden, su respuesta ya no era un «entendido» seco. Ahora llegaba acompañada de una sonrisa leve, que alcanzaba sus ojos detrás de los cristales de sus lentes y que contenía toda la ternura y la reconciliación interior que él jamás habría imaginado.

Si él mostraba irritación, ella no se alejaba. Permanecía cerca con una calma deliberada y reconfortante, ofreciendo un consuelo que él no había pedido… pero que, en lo más profundo, necesitaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Gabriel lo notó de inmediato.

Él, acostumbrado a leer los algoritmos de A.P.R.I.L. y a detectar cualquier anomalía en su torre, percibió que el «sistema Nova» operaba ahora fuera de cualquier lógica conocida: imprevisible, genuino… imposible de controlar.

Una tarde, mientras ella dejaba unos contratos sobre el escritorio, Gabriel alzó la vista.

Y se encontró de lleno con esa mirada.

Era limpia. Sin reproches. Cargada de ternura, de comprensión… de un afecto silencioso que lo dejaba expuesto ante la luz perfecta que A.P.R.I.L. ajustaba con precisión milimétrica.

Nova no lo miraba como al jefe calculador ni al empresario que guardaba secretos. Lo miraba como a un hombre que había sobrevivido a la oscuridad… y aun así había mantenido su corazón intacto.

Ese tipo de mirada era peligrosa. Porque no juzgaba. Comprendía.

—¿Por qué me mirás así? —dijo Gabriel, intentando usar un tono duro. Pero la dureza no terminó de formarse. La pregunta salió más baja… más vulnerable de lo que él habría querido.

Nova no se inmutó ni bajó la vista. Tampoco permitió que su respiración se alterara.

Había demasiada fuerza contenida en esa calma.

—¿Así cómo, Gabriel? —preguntó suavemente.

La pregunta cayó entre los dos como una caricia que ninguno de los dos podía tocar.

—No sé… —respondió él, frunciendo apenas el ceño— Como si supieras algo que yo no sé. Como si me estuvieras perdonando la vida.

Intentó acompañar la frase con una sonrisa irónica y una ceja arqueada, refugiándose en su vieja máscara de cinismo frente a las pantallas gigantes que lo rodeaban.

Pero la máscara ya no era tan sólida.

Nova acomodó sus lentes con un gesto tranquilo. Luego sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario. Solo un segundo. Pero fue suficiente.

Gabriel sintió el peso de esa mirada como si alguien hubiera abierto una ventana en una habitación que llevaba años cerrada.

—No te estoy perdonando nada, Gabriel —respondió finalmente Nova, con voz cálida y serena.

Hizo una pausa breve.

—Solo estoy viendo a la persona que sos realmente.

El silencio se volvió denso.

—A veces uno se olvida de quiénes son los demás, por usar tantos disfraces… —continuó ella con suavidad— Y tal vez yo me olvidé de quién eras vos… antes de conocerte de verdad.

Gabriel permaneció mudo. El silencio que lo envolvió fue absoluto.

Sintió un pinchazo en el pecho, el mismo que le había atravesado aquella primera mañana en que la vio.

Quiso decir algo irónico. Algo que pusiera distancia. Algo que restaurara el equilibrio de poder que siempre había controlado entre ellos. Pero la ironía murió antes de salir.

Sus palabras quedaron atrapadas entre su necesidad de protegerse… y la intensidad de esa mirada.

Cuando Nova finalmente se dio media vuelta y salió del despacho, lo hizo con un paso firme y una paz que él envidiaba. Pero bajo la superficie, ella estaba lejos de esa calma. Su corazón latía con fuerza.

Había en ella una mezcla intensa de culpa por sus juicios previos, fascinación por el verdadero Gabriel… y un deseo silencioso de acercarse más, sin perder la compostura.

Gabriel quedó solo en la oficina. Miró la puerta cerrada durante varios segundos.

Así era la vida —luchando por llegar, tratando de alcanzar la contraseña que abría los sueños, lo más profundo de un mundo que

nacía entre dos personas sin que ninguna lo hubiera planeado. Él conocía todas las contraseñas de su imperio. Pero esa… esa no la tenía.

Y por primera vez en mucho tiempo comprendió algo que lo inquietó profundamente: su armadura estaba empezando a resquebrajarse.

Y lo hacía frente a la mirada de una mujer que, aun intentando contenerse, ya no podía ignorar ni su presencia… ni su corazón.

* * *

Con los días, su trato fue volviendo lentamente a algo cercano a la naturalidad del primer encuentro.

En varias ocasiones habían desayunado juntos en la oficina e incluso habían ido a almorzar con José, Agustina y Sofy.

Fue en uno de esos almuerzos donde los tres lo notaron por primera vez con claridad. No hizo falta que nadie lo dijera. Bastó con observarlos.

Gabriel le preguntó algo a Nova sobre un informe pendiente y ella respondió con una sonrisa que les llegó a los ojos. Él no apartó la mirada de inmediato. Ella tampoco. Fue solo un segundo

— pero en ese segundo había un mundo entero que los tres supieron leer sin ninguna dificultad.

Agustina fue la primera en reaccionar. Dejó el tenedor sobre el plato con una delicadeza que no era habitual en ella y miró a José con los ojos muy abiertos, como diciéndole sin palabras: ¿estás viendo lo que yo estoy viendo?

José levantó apenas una ceja. Sí. Lo veía.

Sofy, en cambio, apoyó el mentón en la mano y los observó con una sonrisa lenta y satisfecha, como quien ve confirmarse algo que sabía desde hace mucho tiempo.

—¿Qué? —preguntó Gabriel, notando el silencio repentino.

—Nada —respondieron los tres al mismo tiempo.

Nova bajó la vista con las mejillas levemente encendidas. Gabriel frunció el ceño un instante y luego volvió a su plato.

Agustina esperó exactamente tres segundos antes de inclinarse levemente hacia José y susurrar, sin ningún disimulo:

—No lo había visto así en años.

—Tampoco yo… desde… —respondió José, con una sonrisa que no pudo contener.

—Yo sí… —dijo Sofy sin susurrar, completamente tranquila, como si estuviera comentando el clima.

Los tres se miraron. Nova levantó la vista.

—Los estoy escuchando —dijo, con una calma que no engañó a nadie.

—Nosotros también los estamos viendo —replicó Agustina con una sonrisa enorme, sin el menor arrepentimiento.

Gabriel soltó un resoplido que intentó parecer fastidio y que no engañó a nadie tampoco.

—Terminemos de almorzar —dijo.

Pero la comisura de su boca traicionó todo lo que no quiso decir. Y sus ojos, sin que pudiera evitarlo, volvieron a posarse en Nova. Y brillaron.

Pero para Nova nada era igual. Cada gesto de Gabriel despertaba en ella una emoción distinta: respeto, admiración… y un afecto silencioso que ya no lograba esconder del todo.

Ahora conocía su pasado. Conocía su corazón secreto. Y cada palabra medida de él, cada gesto pequeño, cada silencio… la removía por dentro, recordándole la magnitud del error que había cometido al juzgarlo.

Tres meses habían pasado desde aquella madrugada que lo cambió todo.

Nada era igual. Pero ellos tampoco eran los mismos.

TODA UNA NOCHE CONTIGO

Una tarde, mientras Nova terminaba de organizar la agenda semanal, Gabriel se retiró temprano del edificio.

Minutos después de su partida, un mensajero llegó con una carpeta de documentos legales críticos que requerían su firma inmediata para el proyecto «Themus».

Nova sabía que no podía esperar. Llamó a Gabriel mil veces, pero él no contestaba. Cada timbre que sonaba le hacía saltar el corazón —una mezcla de urgencia profesional y un nerviosismo que

no podía explicar del todo, un hormigueo que le recorría la piel y le aceleraba la respiración.

A.P.R.I.L. le informó que el dispositivo del jefe estaba en modo «No molestar». El silencio del sistema le generó una punzada de ansiedad, como si el mundo entero hubiera conspirado para dejarla a solas con sus propios pensamientos sobre él.

Decidida a cumplir con su deber, Nova tomó los papeles para llevárselos ella misma hasta su departamento. Pero antes de dirigirse a Recoleta, pasó por su propio departamento.

Necesitaba quitarse el cansancio del día y también reorganizarse a sí misma.

Se dio una ducha larga. Dejó que el agua cayera sin apuro, sin pensar demasiado, porque cuando pensaba demasiado siempre terminaba convenciéndose de no hacer lo que necesitaba hacer.

Cuando salió, se quedó un momento frente al espejo con la toalla enrollada y el pelo suelto, mojado, cayéndole sobre los hombros. Se miró. No con el ojo crítico de siempre. Se miró distinto. Como si fuera la primera vez.

Abrió el ropero y sacó la pollerita de jean que tenía guardada desde Icho Cruz, doblada en el fondo como algo que no se usa, pero tampoco se tira. Se la puso despacio. Después las botas, las mismas de aquella primera noche. Se soltó el pelo.

Se miró de nuevo.

No dijo nada. No había nada que decir. Solo había una mujer parada frente a un espejo en un departamento pequeño de Buenos Aires, con el corazón latiendo más rápido de lo normal, lista para ir a buscar una firma en unos papeles. O eso era lo que se decía a sí misma.

Tomó la carpeta, tomó un taxi y se fue.

* * *

La ciudad parecía difuminarse detrás del vidrio mientras sus pensamientos se aceleraban. Su reflejo en el vidrio del taxi la miraba con complicidad: sabía que esta noche no sería como cualquier otra.

El taxi frenó en Avenida Alvear cuando el cielo todavía tenía algo de luz. Nova bajó con la carpeta contra el pecho y se quedó un segundo en la vereda, mirando el edificio.

La última vez que había estado acá era de madrugada, con la ira encendiéndole las venas y la tarjeta platinum apretada entre los dedos. Ahora era distinto.

Todo era distinto. Ella era distinta.

Subió por el ascensor privado. El reconocimiento de voz la dejó pasar sin preguntas, como si el sistema supiera que esta vez venía en paz.

Mientras el ascensor subía, se miró en el espejo de la cabina. El pelo suelto. Las botas. La pollera que la hacía sentir tan vulnerable… pero tan mujer a la vez.

Respiró.

Golpeó la puerta y fue Agustina quien abrió, impecable como siempre.

—¡Nova! Qué sorpresa… —dijo Agustina, sonriente, haciéndola pasar al inmenso piso de planta abierta— ¿Buscás a mi hermano por trabajo a esta hora?

—Hola, Agus… sí, perdón la molestia —respondió Nova con su suave acento cordobés— Son unos papeles que Gabriel tiene que firmar urgente para el proyecto «Themus».

Agustina la guio hacia la moderna cocina integrada, donde las luces inteligentes se ajustaban automáticamente a su paso.

—Gabriel se está bañando. Sentate en la barra, te preparo un jugo y lo esperás.

Nova caminó delante de Agustina y la morocha de grandes ojos verdes no pudo evitar el comentario:

—¡Por favor, Nova! Qué piernas tenés… ¡Estás increíble con esa pollera! ¡Es la primera vez que te veo así!

El rubor subió a sus mejillas de inmediato.

—Gracias, Agus… me da mucha vergüenza salir así, siento que se me ve de más —murmuró, bajando la vista.

—¡Para nada! Tenés unas piernas envidiables, dejálas que se luzcan —rió Agustina mientras servía los vasos.

Se escucharon pasos en la planta alta.

Nova levantó la vista.

Gabriel apareció en la baranda de su habitación colgante. Venía con una toalla en la mano, todavía secándose el pelo, la camisa abierta. Bajó las escaleras flotantes sin apuro, como si no supiera lo que lo esperaba abajo.

Cuando llegó al último escalón y la vio, se detuvo.

No dijo nada por un segundo. Sus ojos bajaron, despacio, inevitablemente, hacia las piernas de Nova. Fue un instante. Pero fue suficiente.

Nova sintió el calor subirle por el cuello. No bajó la vista.

—Nova… hola —dijo él, con una voz que salió más ronca de lo que pretendía.

—Hola, Gabriel —respondió ella— Perdón que venga así. Necesitaba tu firma en unos papeles.

Gabriel terminó de bajar el último escalón y empezó a abotonarse la camisa despacio, sin dejar de mirarla. Como si los botones fueran lo de menos.

—¿Qué hacés acá a esta hora? —preguntó, arqueando una ceja. Su tono pretendía ser neutro. Su mirada no lo era.

—Es por lo del proyecto «Themus». ¿Te acordás? Llegaron los papeles de los permisos y necesitan tu firma —dijo ella, acomodando los documentos sobre la barra— No quería dejarlo para mañana sabiendo lo importante que es para vos.

Gabriel las miró detenidamente.

—A.P.R.I.L., estámpales mi firma digital… —dijo sonriendo, mientras una luz azul sobre el papel dejaba impresa su firma. Luego levantó los ojos hacia ella— Gracias, Nova.

Era el tipo de gracias que no se practica. Que no se aprende. Que simplemente sale.

Agustina le sirvió un café a su hermano y los tres se quedaron charlando en la barra. Hablaron del trabajo, de viajes y recuerdos. Agustina hacía chistes, Nova se reía con ganas, y Gabriel la observaba cada vez que sonreía, como si quisiera memorizar cada detalle.

—Ustedes dos juntos parecen sacados de una telenovela —dijo Agustina divertida— Hace solo unos días se gruñían, ahora parecen tan amigos… casi enamorados diría yo.

Nova se sonrojó y bajó la mirada.

—Tal vez tengas razón —agregó Gabriel, con una sonrisa que se le escapó sin querer— Nova tiene algo… especial.

Agustina miró a Nova con afecto genuino.

—Nova, se está haciendo tarde. ¿Por qué no te quedás a cenar con nosotros? Sería lindo compartir un rato más juntos —le preguntó, con una sonrisa cómplice.

Nova dudó, pero finalmente aceptó.

Al poco tiempo, Agustina miró el reloj de su teléfono, fingiendo sorpresa con una sonrisa que no engañó a nadie.

—¡Uh! Me había olvidado… Tengo una cena de negocios impostergable. Los voy a tener que dejar solos para que coman. Perdón, Nova, pero tengo que volar —dijo, tomando su bolso con movimientos decididos.

Nova se incomodó un poco al notar que se quedaría sola con Gabriel.

—No sé, Agus… mejor vengo otro día. ¿Querés?

—No, no. Tranquila, Nova. Quedate a cenar conmigo, por favor —dijo Gabriel, acercándose con una sonrisa suave.

—Es que no sé si eso estaría bien…

—Está perfecto, Nova. Vos sos de la casa —Agustina le guiñó un ojo, mientras A.P.R.I.L. ponía el departamento en modo «Privacidad».

—Está bien, me quedo —aceptó Nova finalmente— Pero solo si me dejan cocinar a mí. Quiero que Gabriel pruebe algo con sabor cordobés.

—Aceptado —dijo Agustina desde la puerta, y desapareció.

Se pusieron a cocinar.

Bifes de chorizo con papas fritas, todo a la cordobesa.

Nova tomó el control de la cocina con una naturalidad que descolocó a Gabriel desde el primer momento. Le indicaba dónde estaban las cosas como si fuera su casa, le pedía los condimentos sin pedirlos realmente, con la mano extendida y la vista en la sartén.

Gabriel obedecía. Eso tampoco era habitual en él.

En un momento sus manos se rozaron al pasarse la sal. Ninguno de los dos lo comentó. Siguieron cocinando.

Después fue un codo. Después fue ella inclinándose para revisar el fuego y él quedándose quieto, demasiado cerca, sin moverse.

—Nunca te había visto así —dijo Gabriel en voz baja.

Nova no levantó la vista de la sartén.

—¿Así cómo?

Gabriel tardó un segundo. Como si la respuesta le costara más de lo que esperaba.

—Tan real. Tan viva… —hizo una pausa, y cuando habló de nuevo su voz tenía algo distinto, algo que no había tenido nunca antes con ella— Tan mujer.

Nova dejó el tenedor apoyado en el borde de la sartén y lo miró.

—Tal vez porque nunca te atreviste a mirarme en serio.

Gabriel no respondió. Pero tampoco apartó los ojos. Y en esa mirada había algo que él no podía nombrar todavía pero que ella reconoció de inmediato: era la mirada de un hombre que está a punto de rendirse y todavía no lo sabe.

Siguieron cocinando en silencio. Un silencio que ya no era incómodo ni frío. Era el silencio de dos personas que se están diciendo todo sin abrir la boca.

Cenaron en la barra, con el vino entre los dos y Buenos Aires ahí afuera, indiferente.

Hablaron. De verdad hablaron, sin agendas ni informes de por medio. Gabriel le preguntó por Icho Cruz y Nova le contó: las sierras, el olor a pasto mojado después de la lluvia, las tardecitas en la galería de sus viejos. Él la escuchaba con una atención que ella no le conocía.

Sin teléfonos. Sin pantallas. Solo mirándose entre sí.

En un momento Gabriel confesó, casi sin querer, que envidiaba esa paz que Nova irradiaba de sí. Esa manera de existir sin necesitar controlar todo.

Nova lo miró.

—Vos también podés tenerla —dijo simplemente.

Él no respondió. Pero algo en su cara cambió.

Cuando terminaron, caminaron hacia el living y se sentaron en el sofá. Muy cerca.

La distancia entre ellos era la distancia de una decisión que ninguno de los dos todavía había tomado en voz alta.

—¿Te gusta la música? —preguntó Gabriel, rozando con su mano la de ella apenas, como si fuera sin querer.

—Me encanta. Sobre todo, Eddy Sierra, Alejandro Lerner, Banana Pueyrredón. Soy muy romántica…

Gabriel sonrió apenas. Miró hacia arriba.

—A.P.R.I.L. Poné algo de Banana Pueyrredón para Nova.

Los parlantes invisibles llenaron el salón con los primeros acordes de “Toda una noche contigo”

Nova cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, Gabriel la estaba mirando.

Ella empezó a cantar en voz baja, casi para sí misma, sin apartar los ojos de los de él.

—Toda una noche contigo… para vivirlas hasta el fin… porque ya estoy convencido que ya no puedo vivir si tu amor…

Gabriel no dijo nada. Solo la miraba. Como si fuera la primera vez que escuchaba esa canción de verdad.

—Tenés una voz hermosa —susurró.

—Siempre solía cantar en la iglesia, desde muy chica…

El silencio que vino después no era vacío. Era todo lo contrario.

Gabriel se acercó. Su mano buscó la de ella y esta vez no fue sin querer. Nova no la retiró.

—Me gustás mucho, Nova —susurró, con una voz que no tenía nada de la ironía de siempre, nada del cinismo que usaba como escudo. Era una voz desnuda. La voz de un hombre que acaba de soltar algo que cargó demasiado tiempo.

Nova lo miró. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no dejó caer.

—No… por favor. No me digas eso ahora, Gaby… Yo… yo nunca pude dejar de amarte…

Las palabras cayeron solas, sin que ella pudiera retenerlas. Sin filtro. Sin estrategia. Sin la armadura que ella también había construido, a su manera, para sobrevivir cada día a su lado.

Gabriel se quedó quieto. Como si esas palabras le hubieran quitado el aire.

—Nova…

—No. Dejame terminar. —Su voz temblaba, pero no paró— Intenté olvidarte. Me convencí mil veces de que podía. Me lo repetí cada mañana cuando entraba a esa oficina y te veía y tenía que actuar como si nada. Como si fuera fácil. Como si no me costara cada segundo estar tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Gabriel no dijo nada. Su mandíbula se tensó.

—Nunca pude, Gabriel. Ni cuando quise. Ni cuando lo intenté con toda mi alma.

El silencio que siguió fue de los que no se llenan con palabras. La música seguía sonando desde algún lugar invisible del departamento. Ninguno de los dos la escuchaba ya. O más bien, ambos la sentían adentro, mezclada con todo lo demás.

Gabriel levantó una mano y con el pulgar le limpió una lágrima que ella no había notado que había caído.

No dijo nada, pero ese gesto lo dijo todo.

—Tengo miedo, Nova —dijo finalmente, con una voz tan baja que casi no llegó.

Ella lo miró. Gabriel nunca decía eso. Probablemente nunca lo había dicho en voz alta en su vida.

—¿Miedo…? ¿De qué?

—De esto —dijo. Guardó un segundo— De lo que me hacés sentir. De no saber qué hacer con algo que no puedo controlar ni medir ni guardar en ningún sistema.

Nova lo miró a los ojos con esa calma que a él siempre lo desarmaba.

—Yo también tengo miedo… pero sin importar qué… quiero sentirlo, seguir adelante y quedarme a tu lado.

Sus frentes se tocaron. Sus dedos se entrelazaron.

El aire entre los dos era tan denso que respirarlo costaba.

Primero fue un roce de labios. Después otro. Y otro más.

Y fue entonces, con la frente apoyada en la de ella y los ojos cerrados, cuando Gabriel habló. No como el CEO. No como el hombre que controlaba todo. Sino como alguien que finalmente se había quedado sin defensas y ya no le importaba.

—Quiero vivir toda esta noche con vos, Nova... Hasta el fin —susurró contra su boca, casi sin darse cuenta de que lo decía en voz alta— Porque ya estoy convencido de que no puedo seguir sin tu amor.

Nova sintió que las lágrimas le ganaban. Las dejó caer esta vez. Porque esas palabras, en esa voz, en ese tono que nunca le había conocido, eran las más honestas que él le había dicho en toda su vida.

—A.P.R.I.L. bajó las luces a un tenue muy bajo sin necesidad de orden alguna.

La sala se hundió en un ámbar íntimo.

La música siguió. Y durante un rato que ninguno de los dos supo medir, el mundo fue solo eso: ellos dos, la música y ese silencio que era la cosa más llena que habían sentido jamás.

Pero…

Como todo cuento de hadas… algo terminó rompiendo el hechizo.

Gabriel fue quien lo rompió, por no saber reconocer quién era Nova…

Su mano se deslizó despacio hacia las piernas de Nova. Un movimiento suave, casi imperceptible. Como si fuera natural. Como si fuera lo que seguía.

Nova lo detuvo de inmediato. Le tomó la mano con firmeza y la apartó.

Fue un segundo. Un solo segundo en que ella también quiso no detenerlo. Su cuerpo respondía antes que su alma, haciéndole saber cuánto lo deseaba —real, concreto, ahora— y que ese deseo no tenía nada de malo en sí mismo.

Pero había Alguien que ella amaba más que a Gabriel: Dios. Y honrar ese amor, incluso cuando costaba todo lo que tenía, era la única manera que ella conocía de demostrarlo de verdad.

—No, Gabriel. Pará…

Él se quedó quieto. La miró.

—Tranquila, princesa. Es algo normal entre dos personas que se gustan tanto.

—Para vos puede ser normal. Para mí no.

Su voz no tembló. No había enojo en ella. Había algo más difícil de ignorar: certeza.

—Yo no soy así, Gaby. No soy una mujer para que me uses solo una noche. Si no podés respetar eso, entonces todavía no me conocés.

—¿Respetarte? No creo que unas caricias sean faltarte el respeto. Por el contrario… son una demostración de afecto.

Nova lo miró con una calma que le costó cada fibra del cuerpo sostener.

—Estás equivocado. Lo que vos querés es algo hermoso, pero es algo destinado para el cuadro del matrimonio. No para esto —continuó, bajando la voz— Yo no te digo que no te deseo, Gabriel. Lo hago y mucho. Tanto como vos me deseás a mí. Pero amo a Dios más de lo que te puedo amar a vos o a mis padres juntos.

—No. No todavía. Porque ese amor que tengo por Él me lleva a honrarlo. No por miedo. No por obligación. Sino por amor. Es lo mismo que hace que vos no le hagas daño a alguien que querés. No porque no puedas. Sino porque lo amás.

Gabriel soltó el aire despacio. Se pasó la mano por el pelo y se puso de pie, caminando hacia el ventanal. La ciudad seguía ahí afuera, indiferente como siempre.

—En mi mundo las cosas pasan cuando yo quiero que pasen —dijo, con la espalda hacia ella— Nadie me hizo esperar jamás. Pero con vos… con vos siento que todas mis reglas fallan. Que nunca controlo nada.

—¿Algo destinado para el matrimonio? —Se giró, incrédulo, y en su voz había algo filoso que no supo contener— Fuiste vos la que me besó el mismo día que me conociste… ¿O ya te lo olvidaste?

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores. Tenía bordes.

Nova sintió que algo se partía adentro suyo. No de golpe. Despacio, como una rama que cede bajo un peso que lleva demasiado tiempo soportando.

—Siempre lográs arruinarlo todo —susurró, con la voz rota— Justo cuando siento que puedo acercarme a vos de nuevo… hacés que aparezca otra vez este dolor.

Se levantó. Tomó sus cosas con manos que le temblaban apenas.

—Aquella noche te besé porque supe en mi alma que me había enamorado de vos. Con todo lo que soy. Con todo lo que tengo. Con todo lo que guardé durante años esperando al hombre correcto. —Su voz se quebró, pero no paró— Pero mi amor es puro, Gabriel. No tiene nada que ver con esto que vos querés, ya y ahora.

—Mi corazón no es una app de citas del celular. Y si no podés comprender eso… entonces no tenemos nada más que hablar.

Caminó hacia la puerta sin correr. Con pasos lentos y firmes, como alguien que ha tomado una decisión que le cuesta la vida pero que no va a cambiar.

Cada paso era un desprendimiento.

En el palier se apoyó contra la pared. Cerró los ojos. Las lágrimas cayeron solas, silenciosas, sin que nadie las viera. Ella quería que él viniera y la detuviera. Pero no… era mejor así…

No puedo ceder. No ahora. No a esto.

Quería volver. Cada célula de su cuerpo quería volver. Pero no podía. No debía. Y esa distancia entre lo que quería y lo que sabía que era correcto era el dolor más viejo que conocía —el mismo que cargaba desde el primer día que lo vio.

El ascensor llegó. Las puertas se abrieron.

Adentro estaba Agustina, que regresaba de su supuesta cena con una sonrisa cómplice que se borró en cuanto vio la cara de Nova.

—¡Nova…! ¿Qué pasó?

Nova no respondió. Entró al ascensor llorando y dejó que las puertas se cerraran.

Agustina entró al departamento como un vendaval.

—¿Qué le hiciste ahora, animal?

Gabriel no respondió. Estaba de espaldas al ventanal, con la cabeza apoyada sobre los brazos, el perfil iluminado apenas por las luces de Recoleta que entraban desde afuera.

La culpa y la frustración se mezclaban con algo nuevo. Algo que no había sentido nunca con tanta claridad: la certeza de que había arruinado, con un impulso y una sola frase, el momento más real que había vivido en años.

Y a pesar de estar convencido de que ya no podía seguir sin su amor… ella se había ido igual.

SIN SENTIDO

Esa misma noche, ni Nova ni Gabriel lograron cerrar los ojos.

En el tríplex de Recoleta, Gabriel se hundió en el sofá y miró el cielo de Buenos Aires a través del ventanal.

La ciudad dormía. Él no.

A.P.R.I.L. había atenuado las luces al mínimo, pero la oscuridad seguía ahí, instalada en cada rincón como algo que el sistema no podía regular.

Se levantó. Caminó hasta el ventanal. Se quedó ahí, con los brazos cruzados y la frente casi apoyada contra el vidrio frío.

Había una estrella. Una sola, visible entre la contaminación lumínica de Recoleta.

Gabriel no era de mirar estrellas. Nunca lo había sido. Pero esta noche se quedó mirándola como si tuviera algo que decirle.

—No sé cómo amarte —murmuró, tan bajo que ni A.P.R.I.L. lo registró— No sé hacerlo de la manera que vos necesitás… Pero tampoco sé cómo dejarte ir.

Hizo una pausa. El vidrio frío le devolvía su propio reflejo.

Pensó en la voz de Nova. En cómo sonaba cuando cantaba en el sofá. En el silencio que había quedado después de que se fue. En ese silencio que no era silencio sino una parte que faltaba, todo lo que no se ve cuando algo que era tuyo ya no está. Una parte sin mitad.

—No te vayas, mi princesa…

* * *

A kilómetros de allí, en su cuarto pequeño y húmedo, Nova estaba sentada en el borde de la cama con la ventana abierta. La luna dibujaba sombras largas sobre la pared. Su almohada estaba húmeda.

Levantó la vista hacia el cielo. Había una estrella. Una sola.

Nova la miró un momento en silencio.

—Yo sé quién sos… —susurró— Vi tu corazón… aunque vos me lo trataste de esconder… Y a pesar de que lo vi, te amé igual… te amé mucho más.

Respiró profundo.

—Pero no puedo quedarme por migajas, mi amor… Si me quedo así, voy a terminar perdiéndome a mí misma. Y a Dios.

Cerró los ojos.

—Ojalá algún día puedas entenderlo…

Se quedó así un rato, con la frente apoyada sobre las páginas abiertas de su Biblia.

Cuando se levantó, sacó aquella vieja valija gastada del placard y empezó a doblar su ropa con movimientos lentos y precisos. No quiso llamarlo fuga. Era protección para los dos.

* * *

Ninguno de los dos sabía que esa noche, en algún punto exacto sobre Buenos Aires, habían estado mirando la misma estrella. Hablándole a ella.

Hablándose el uno al otro. Sin saberlo.

Cuando el reloj marcó las seis, Nova se duchó, habló con el dueño del departamento, le devolvió las llaves y salió a la calle con la valija y el corazón, tomando una decisión que le costaba la vida pero que no iba a cambiar.

Ese día, por primera vez en meses, no hubo parada para el café.

* * *

Al llegar a la empresa, José la vio venir desde lejos.

No necesitó que A.P.R.I.L. le dijera nada. La conocía lo suficiente.

Había algo diferente en su manera de caminar, una pesadez que no era del cuerpo sino de algo más adentro, y eso le apretó el pecho antes de que ella llegara a la puerta.

—Hola, Nova. Buen día —dijo, con la voz suave y cautelosa de alguien que ya sabe que algo se rompió.

Nova se detuvo frente a él. Lo miró.

Sus ojos celestes estaban secos. Eso era lo primero que notó José. No había lágrimas. Había algo peor: la calma de alguien que ya tomó una decisión y no hay nada que la cambie.

—¿Tenés un momento? —preguntó con un temblor apenas perceptible— Es importante.

José asintió sin decir nada. Y subieron.

Subieron en silencio en el ascensor, y el recorrido se sintió eterno, como si cada piso marcara un segundo más de angustia contenida. Al llegar a su oficina, José cerró la puerta y le hizo una seña para que se sentara.

Pidió dos cafés a A.P.R.I.L.

Se quedaron unos segundos mirándose, escuchando solo el murmullo lejano de la empresa y el zumbido casi imperceptible de los servidores de la Torre.

Cuando trajeron los cafés, el aroma llenó la oficina. Ninguno de los dos tocó la taza. Nova jugaba con el borde del platito, bajando la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos.

—José… vos sabés muy bien todo lo que ha pasado en esta empresa desde que llegué —comenzó, y su voz empezó a quebrarse— Sabés los momentos lindos que pasé junto a ustedes, pero… también conocés los malos… las peleas con Gabriel, los quiebres que tuve cada día al verlo con otras mujeres, al sentir su indiferencia, como si yo fuera un mueble más.

Respiró profundo, temblando, con la garganta apretada.

—Él nunca me entendió, José… nunca me comprendió —dijo en un susurro que dolía hasta en los huesos.

—Yo lo amé siempre… Desde el primer momento en que lo vi —confesó, y una lágrima solitaria cayó sobre el escritorio— Y vos lo sabés porque también estuviste allí.

José bajó la vista, incapaz de sostenerle la mirada.

Nova continuó, relatando con voz rota lo que había ocurrido la noche anterior en el tríplex: la humillación que sintió, el vacío y el dolor de no ser comprendida por el hombre que amaba. Cada palabra era un golpe silencioso que resonaba en las paredes de cristal.

—Tomé una decisión, José…— dijo finalmente, mirándolo a los ojos con una firmeza que no admitía negociación— Ya no puedo seguir trabajando acá.

—Extraño mi pueblo, extraño mi casa, a mis viejos… Necesito salir de este lugar. Ya no soporto más. Esto llegó a mi límite y ya no puedo seguir al lado de él, sintiéndome así.

José dejó la taza a medio camino, petrificado.

—Nova… —dijo finalmente, con voz grave— No digas eso… Tomate unos días, andá a Córdoba a ver a tus padres, descansá, pensá con la cabeza fría… y después, cuando regreses, hablamos. No podés tirar todo por la borda así. No por él.

Nova lo miró fijamente, con los ojos brillando entre la decisión y la emoción, pero sin romperse del todo.

—No, José. Ya tomé mi decisión. Hace un rato le avisé al dueño de mi departamento que me voy. Que me vuelvo a Córdoba. Ya preparé mis cosas y ya no hay vuelta atrás.

José sintió que el corazón se le partía en mil pedazos. Se levantó lentamente, rodeó el escritorio y, sin decir una sola palabra, la rodeó con sus brazos.

Nova se quebró del todo.

El llanto que salió no tenía nada de delicado. Era el llanto de alguien que esperó demasiado, que aguantó demasiado, que amó demasiado sin recibir lo suficiente. Era el llanto de meses enteros saliendo de una sola vez, sin que hubiera manera de frenarlo ni razón para intentarlo.

José cerró los ojos con fuerza. Él, que siempre había sido el guardián de Gabriel, comprendía ahora que esta vez no había logrado salvar a su mejor amigo de su propia ceguera emocional.

—Perdonanos, Nova —susurró, con la voz cargada de impotencia y pesar— Con tu partida, la última pizca de luz se apaga en esta empresa.

—Pero Dios… debe sentirse orgulloso de vos…

QUE LE PASA A TU MIRADA

En ese momento, la puerta de la oficina de José se abrió. Era Sofy, con su alegría habitual, que pasaba a saludar.

—Hola, bombón —dijo.

Al ver la escena, bajo la luz neutra del despacho, se quedó muda. Sus ojos se llenaron de incredulidad y un nudo le subió hasta la garganta.

—¿Qué pasó? ¿Por qué lloran? —preguntó, con la voz temblando, intentando no romperse también.

Nova, con las manos temblorosas, intentando recomponerse, le contó lo sucedido.

Cada palabra era un filo. Cada lágrima un golpe al alma. Sofy se tapó la boca con las manos, negando con la cabeza, mientras sus propias lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No, Nova… no me dejes. No quiero que te vayas —sollozó, abrazándose a ella con fuerza, como si pudiera retenerla con el cuerpo— Buenos Aires va a ser horrible sin vos.

—Por favor, Sofy, no me lo hagas más difícil —rogó Nova, con un hilo de voz quebrado— No quiero seguir sufriendo por algo que nunca va a ser. La cenicienta es solo un cuento… no mi verdad. Mi verdad, hoy, es solo la calabaza. Lo mejor es que me vaya.

Ambas lloraron en un silencio que dolía, entre sollozos y abrazos que parecían no querer soltarse. Nova, secándose los ojos detrás de sus lentes empañados, respiró profundo.

—Ayúdame a juntar mis cosas.

Ambas subieron al piso 25. Gabriel aún no llegaba.

Nova fue directo a su escritorio. Abrió el cajón, sacó sus cosas y las fue poniendo en la caja sin mirar demasiado. Si miraba demasiado no iba a poder terminar.

Sofy la observaba desde el umbral con los ojos húmedos, sin decir nada, porque no había nada que decir que no doliera más.

Lo último que guardó fueron dos portarretratos. El de sus padres y el de Sofy.

El tercero —el de ella con Gabriel la primera noche, él entregándole una rosa roja— lo dejó sobre el escritorio. Lo acomodó con cuidado, lo besó con un beso suave pero totalmente profundo, como si nada más importara.

Como si quisiera que él lo encontrara mirándolo de frente.

Al lado dejó una pequeña nota escrita a mano.

A.P.R.I.L. mantenía las pantallas en modo de espera silencioso. Como si el piso entero supiera que algo se estaba yendo para siempre y no tuviera manera de impedirlo.

Nova levantó la caja. Y no miró atrás. Porque sabía que si miraba atrás no iba a poder salir.

Sofy se quedó en el umbral de la oficina. Quería acompañarla hasta la puerta. Quería bajar con ella, estar hasta el último segundo. Pero no pudo. Las lágrimas no la dejaban ni respirar. Se apoyó contra el marco con una mano sobre la boca, mirando cómo Nova se alejaba por el pasillo, y no dijo nada porque no le salía ninguna palabra que no fuera un sollozo.

Nova no se dio vuelta. Pero sabía que Sofy estaba ahí. Lo sentía.

En el ascensor, cuando las puertas se cerraron, el silencio fue absoluto.

—A.P.R.I.L. —dijo Nova, con la voz quebrada pero firme.

—Sí, Nova —respondió el sistema, con esa precisión que nunca dormía.

—Cuidalo mucho —susurró. Y después de un segundo— Más de lo que él se va a dejar cuidar…

A.P.R.I.L. no respondió de inmediato, pero cuando lo hizo, su voz sonó distinta. Más quieta, cualquiera hubiera jurado que sonaba quebrada…

—Lo voy a hacer, Nova. Lo prometo…

Al bajar al lobby de mármol y cristal, Nova se detuvo ante Silvia. La miró con ternura infinita, con un dejo de melancolía que le quemaba la garganta. A pesar de todos sus desaires y diferencias, a pesar de los roces del pasado, había afecto verdadero.

—Silvia… —le dijo, tomándole la mano con suavidad— nunca vas a comprender lo cómoda que me siento con mis zapatillas. Deberías probarlas algún día, de verdad. Te van a cambiar la vida.

Silvia la miró extrañada, sin entender. Nova sonrió apenas —la última sonrisa que iba a dar en ese edificio— y salió.

Cuando llegó a la vereda de la Torre, el taxi ya esperaba. El sol de Buenos Aires le golpeó la cara como si la ciudad tampoco supiera que se estaba despidiendo.

Un chirrido de frenos la hizo saltar.

Era el auto de Agustina, que bajó corriendo, despeinada, con los ojos llenos de pánico.

—¡Nova! ¡Nova! ¿Qué estás haciendo? —gritó, con la voz quebrada, interceptándola antes de que subiera al auto.

Nova soltó la caja. Y sin pensarlo, sin medirlo, sin poder hacer otra cosa, abrazó a Agustina con toda la desesperación que llevaba contenida desde la noche anterior. Las lágrimas le corrían por las mejillas sin que pudiera controlarlas. Su cuerpo temblaba entero.

—Ya no puedo más, Agus —susurró, con la cara hundida en su hombro— No puedo dejar de amarlo y él no logra comprenderlo… No puedo seguir así. Me voy.

Agustina lloraba con ella, apretándola fuerte, como si pudiera transferirle toda su fuerza bajo la sombra imponente de la Torre.

—¡No! No, Nova. Yo voy a hablar con él, lo voy a retar, le voy a romper la cabeza si es necesario, pero no te vayas por su culpa —rogó, la voz rota, luchando por contener su propia desesperación.

—No, Agus. No lo hagas. —Nova se separó con suavidad, con los ojos llenos pero la voz firme— No es necesario. Solo te pido una cosa…

Agustina la miró.

—Cuídalo mucho. Como yo siempre quise hacerlo… —Le tembló el labio— Por favor, cuídalo por mí…

Nova subió al taxi y cerró la puerta.

Agustina se quedó en la vereda. Inmóvil. Viendo cómo el auto se perdía entre los colectivos y el ruido indiferente de la ciudad, llevándose consigo la luz del edificio, dejando atrás la fría perfección de la Torre.

La brisa le golpeaba la cara mientras sus lágrimas caían, mezclándose con la impotencia y la certeza de que nada volvería a ser igual.

CUANDO TE ESTABA EMPEZANDO A QUERER

A las diez y media de la mañana, Gabriel cruzó la puerta de la Torre DMT.

Sus ojeras eran profundas. El gesto tenso, cerrado, como el de alguien que pasó la noche entera peleando con algo que no pudo ganar. Cada paso sobre el mármol pulido del lobby resonaba con una precisión que esa mañana le resultaba insoportable.

En el elevador privado se apoyó contra el espejo y cerró los ojos. A.P.R.I.L. le preguntó con su precisión mecánica si se encontraba bien.

Él no contestó.

¿Cómo dejé que esto pasara? ¿Cómo no vi que la estaba perdiendo?

Las preguntas le retumbaban en el pecho como martillazos sin respuesta.

Al abrir la puerta de su oficina, se encontró con la escena: José, Agustina y Sofy lo esperaban sentados, formando un tribunal silencioso bajo las pantallas gigantes del War Room.

Ninguno habló. Ninguno necesitó hacerlo. Cada mirada era un espejo que le devolvía exactamente lo que no quería ver.

—¿Acaso tenía reunión de personal o solo son la comitiva sindicalista en busca de un aumento? —soltó con una sonrisa cínica que no engañó a nadie.

Nadie respondió.

El silencio pesaba toneladas. Agustina rompió el hielo:

—Nova se fue, Gabriel.

Las palabras le golpearon el estómago como un puño invisible. Se quedó paralizado un instante que duró demasiado.

—¿Cómo que se fue…?

—Parece que ya lo lograste —agregó José, con una decepción que no intentó disimular— La hiciste ir.

—¿Por qué, Gabriel? ¿Por qué la trataste así? —recriminó Sofy, quebrándose, olvidando jerarquías, dejando que el dolor fluyera sin control.

Gabriel comenzó a caminar de un lado a otro, como un animal acorralado.

—No. No puede ser… Ella solo está blofeando —dijo con voz nerviosa, casi temblorosa— Solo nos quiere hacer preocupar, pero no se fue de verdad…

Las miradas de sus amigos eran cuchillos.

Salió casi corriendo de su oficina. Atravesó el pasillo. Con un impulso desesperado abrió la puerta del despacho de Nova de un golpe.

La oficina estaba vacía. Los paneles de vidrio electrocrómico dejaban pasar la luz cruda de Buenos Aires, revelando la ausencia de ella en cada rincón.

Limpieza absoluta. Silencio total. El tipo de silencio que no es falta de sonido sino falta de alguien.

Se quedó parado en el umbral un momento que no supo medir.

Gabriel la había estado empezando a sentir de verdad. Había estado empezando a descubrir todos sus secretos —su corazón, su fe, su manera de existir sin necesitar controlar nada— y justo cuando eso había empezado a tener sentido, se le había apagado la ilusión. Ella la había llevado sin que él pudiera hacer nada.

Sobre el escritorio, algo brillaba bajo la luz del ventanal que daba al Río de la Plata.

Se acercó con pasos lentos, pesados, como si el cuerpo ya supiera lo que la cabeza todavía se negaba a aceptar.

Era el portarretrato. La foto de ambos, la primera noche, él entregándole una rosa roja. Y al lado, una pequeña nota escrita a mano.

La tomó. La leyó.

«Señor, dale a Gabriel la paz que no puede encontrar en su mundo.»

Se quedó quieto. El papel le temblaba entre los dedos.

No era una declaración. No era un reproche. Era una oración.

Nova se había ido y lo único que había dejado era una oración por él.

El perfume de ella todavía impregnaba el lugar. Eso fue lo que terminó de quebrarlo.

Gabriel sintió que las piernas no lo sostenían. Caminó hasta la silla de ella y se sentó despacio, en el lugar que ella tantas veces había cuidado y organizado con amor silencioso.

Bajó la cabeza. Apoyó la nota contra su pecho y una lágrima cayó sobre el escritorio. Después otra.

Recién entonces lo entendió. No con la cabeza. Con algo más adentro, más viejo, más difícil de ignorar. Sin amor la vida no iba a ser más vida y las heridas del pasado ya no cerrarían. Nunca iban a cerrar solas.

—Se fue —susurró, apenas audible— Se fue de verdad.

Nadie respondió. No había nada que decir.

Fue Agustina la primera en moverse.

A pesar del enojo que todavía le quemaba el pecho. A pesar de la bronca que tenía con él y que no iba a desaparecer tan fácil. Caminó hasta donde estaba su hermano sentado y lo rodeó con los brazos por encima, apoyando la mejilla contra su cabeza.

Gabriel no dijo nada. Solo cerró los ojos.

Era su hermana. Lo amaba. Y no podía verlo sufrir así, aunque se lo mereciera.

José y Sofy se quedaron en el umbral, en silencio, respetando el momento.

A.P.R.I.L. no dijo nada. Por primera vez desde que Gabriel la había creado, la inteligencia artificial no tenía ninguna sugerencia que ofrecer.

Afuera, Buenos Aires seguía su ritmo indiferente. Colectivos, bocinas, gente. El mundo girando como si nada.

Adentro, en el piso 25 de la Torre DMT, un hombre sentado en la silla de otra persona sostenía entre las manos una nota que no era para él, sino para Dios…

Pero que era exactamente lo que necesitaba leer.

Y por primera vez en su vida, Gabriel supo, con una certeza que le dolía hasta los huesos, que sin Nova nunca encontraría esa paz que ella tanto deseó para él.

INSEPARABLES

Gabriel permaneció inmóvil, sentado en la silla de Nova, como intentando absorber el rastro de su presencia a través del tapizado. El cuero aún conservaba una leve tibieza, o tal vez era su imaginación negándose a aceptar la ausencia.

Durante casi una hora, el despacho de Nova —ese rincón del piso 25 que siempre había sido su refugio de orden— fue el escenario de un juicio sin palabras. José, Agustina y Sofy se turnaban para hablarle, para arrojarle verdades que golpeaban su armadura de éxito y cinismo. Él no respondía.

Escuchaba el llanto contenido de Sofy, la decepción honda en la voz de José y la furia protectora de su hermana, pero su mirada seguía clavada en el escritorio vacío, donde el orden impecable de Nova ahora se sentía como una tumba perfectamente organizada. Como todo lo que ella hacía.

Gabriel apretó los puños sobre sus rodillas. No era ansiedad. No era estrés ejecutivo. Era algo más primitivo. Más crudo.

Cada músculo de su cuerpo parecía cargado de un peso sin nombre. Sus hombros caídos delataban al hombre que siempre había escondido bajo la coraza del poder. Los cristales del ventanal, que ofrecían una vista imponente de Buenos Aires, hoy solo devolvían el reflejo de su propia derrota.

Por primera vez, la altura no lo hacía sentir invencible. Lo hacía sentir solo.

Cada objeto, cada carpeta perfectamente alineada, cada lápiz en su sitio, parecía recordarle que había dejado ir lo más importante de su vida.

Sobre el escritorio, la foto donde estaban juntos parecía observarlo en silencio. No juzgaba. No acusaba. Solo estaba ahí.

Y esa presencia muda lo desarmaba más que cualquier reproche.

A.P.R.I.L., desde los altavoces, mantenía una quietud casi fúnebre. No había métricas. No había alertas. No había algoritmos capaces de optimizar lo que estaba sucediendo. La inteligencia

artificial más avanzada del continente era impotente ante el colapso de su creador.

El tiempo se volvió espeso. Cada palabra de sus amigos horadaba su negación hasta que, finalmente, el vacío de la oficina se volvió insoportable.

Su corazón —ese que tanto se había esforzado por mantener bajo control mediante lógica y distancia— dio un vuelco violento. Sintió el latido en la garganta. En las sienes. En los oídos.

No podía modelarla, ni anticiparla, ni programarla.

Sofy no pudo contener más su voz temblorosa:

—Gaby... ¡tenés que ir a buscarla! —dijo, con lágrimas que finalmente se escapaban— Ella se enamoró de verdad de vos y ahora se está yendo porque no supiste comprenderla. ¡Perdoname, pero nunca la mereciste...! —Se le quebró la voz— Y, aun así, ella te dejó una oración. Su oración… ¿Entendés eso? Una oración, Gaby. No una carta de rencor. Una oración.

Las palabras no fueron acusación. Fueron sentencia.

José se acercó despacio y apoyó una mano firme en su hombro. No dijo nada por un segundo. Solo dejó que sintiera el peso de esa mano. Recién entonces habló:

—Recordá lo que sentiste de joven. Recordá cómo te sentiste cuando te abandonaron, y ahora… hacé lo correcto... No podés seguir así. Ella merece más que palabras de tu parte. Y vos lo sabés mejor que nadie.

Ese contacto físico lo ancló a la realidad de una manera que ningún sistema podía replicar.

Agustina, con el ceño fruncido y los ojos brillando de emoción contenida, fue la última en hablar. Se paró delante de él, esperó a que la mirara, y cuando lo hizo no apartó los ojos.

—Gaby. Despertá. —Su voz tenía la autoridad de alguien que lo conoce desde siempre y lo ama sin condiciones— No dejés que tus miedos y tu pasado lo arruinen todo. Ella no es como las demás. Nunca lo fue. Y si la perdés hoy por no poder soltar ese pasado que cargás... no te lo vas a perdonar nunca.

Nova no competía. No manipulaba. No exigía poder. Ella solo lo había amado con todo su corazón, sin pedir nada a cambio.

Pero él… solo había respondido con cálculo.

La culpa lo atravesó con una fuerza que no había esperado. No el arrepentimiento estratégico ni el diplomático. El que quema. El que no tiene salida elegante.

Su mirada volvió al escritorio. A la silla. Al espacio vacío donde ella se sentaba cada mañana y organizaba su mundo con una precisión que ahora le parecía un acto de amor que él nunca supo leer.

¿Y si ya es tarde?

Ese pensamiento lo sacudió como una descarga eléctrica.

Se puso de pie de un salto. La silla de Nova rodó hacia atrás, golpeando suavemente el panel de vidrio. El sonido fue seco. Definitivo. Como un disparo de salida.

Porque esta vez no se trataba de perder un contrato. Se trataba de perder a la única mujer que había logrado atravesar su sistema de defensa no hackeándolo, sino amándolo.

Sin mirar a nadie, sin dar explicaciones, salió disparado hacia la puerta.

Las puertas del ascensor se abrieron con un leve susurro hidráulico. A.P.R.I.L. rompió su silencio desde la mañana:

—Señor... el vehículo ya está preparado en la entrada principal.

No hubo tono robótico. Hubo algo parecido a la comprensión.

Las puertas se cerraron. Y mientras el ascensor descendía, algo en él empezaba a quebrarse de una manera que no tenía vuelta atrás.

Atravesó cada piso como una ráfaga. Esta vez la tecnología de A.P.R.I.L. le parecía demasiado lenta para su desesperación.

Cada paso retumbaba en los pasillos de metal y hormigón. Algunos empleados lo miraban sorprendidos a través de los vidrios, incapaces de entender la urgencia que consumía al dueño del imperio.

El eco de su calzado contra el metal sonaba como una cuenta regresiva.

Esta vez, no le importó la imagen. No le importó el protocolo. No le importó el control.

Solo le importaba ella.

El aire le quemaba los pulmones mientras descendía. No estaba entrenado para huir. Estaba entrenado para dominar. Y esa diferencia se le clavaba en el pecho como una verdad incómoda que llevaba años negando.

* * *

Al salir a la calle, la luz del sol lo cegó por un segundo, pero no se detuvo. En su apuro ciego por llegar al auto casi atropelló a una pareja de ancianos en la acera.

—Lo siento, perdón. Perdón... —dijo, con una voz que salió quebrada.

No fue una formalidad social. Fue humildad involuntaria. El primer gesto genuinamente humilde que había tenido en años y lo había dicho corriendo, sin pensarlo, sin calcularlo.

Subió al auto y cerró la puerta con un golpe seco. Las manos le temblaban cuando tomó el volante. Encendió el motor con brusquedad. El rugido del vehículo no le dio poder esta vez. Solo amplificó su ansiedad.

Manejó por la ciudad como alguien que recién entiende lo que está perdiendo. Esquivando taxis y colectivos, sintiendo cada bocina como un recordatorio del tiempo que perdía.

El tránsito de Buenos Aires, que tantas veces había despreciado desde la altura de la torre, ahora se convertía en un enemigo tangible. Cada semáforo en rojo era una provocación. Cada peatón cruzando, un obstáculo insoportable.

No llego. Voy a llegar tarde. Otra vez tarde.

El pensamiento lo golpeó con violencia. Toda su vida había sido llegar primero. Anticiparse. Controlar variables. Optimizar tiempos. Y ahora, la única ecuación que importaba se le escapaba de las manos.

Llegó al edificio de Nova y frenó el auto sobre la vereda, jadeando, con el motor todavía rugiendo.

El silencio dentro del vehículo fue brutal.

Se miró por un segundo en el retrovisor: tenía el cabello negro revuelto por el viento, la camisa desprendida y el rostro desencajado.

Aquel hombre duro e insensible había desaparecido. Solo quedaba el hombre que, por primera vez en su vida, no podía arreglar un problema con una computadora ni con una orden a su IA.

Y entonces lo vio. No al dueño del imperio, sino al hombre de verdad —el que vivía debajo de todo eso y que Nova había encontrado sin buscarlo.

En los ojos de Nova había olvidado sus miedos, había encontrado un sendero hacia lo más profundo de sí mismo. Y sin embargo había sido tan estúpido que la había dejado irse.

Sus ojos no mostraban cálculo: mostraban miedo. Un miedo infantil, primario. El miedo de perder lo único que no había comprado, ni diseñado, ni programado.

Bajó del auto casi tropezando y entró al edificio sin esperar que le abrieran completamente la puerta. El corazón le latía tan fuerte que sentía que todos podían escucharlo.

El portero le confirmó lo peor: Nova ya se había marchado a Retiro a tomar el bus para Córdoba.

El corazón le dio un vuelco. No fue una metáfora, sino algo físico y real: un golpe seco contra su esternón que lo obligó a apoyar la mano en la pared para no perder el equilibrio.

Estaba a minutos de perderla para siempre en la inmensidad de las rutas argentinas.

Retiro. Terminal de ómnibus. Multitudes, plataformas, puertas cerrándose.

La imagen de Nova sola, con su valija gastada, alejándose sin mirar atrás, le atravesó el alma como una sentencia irrevocable. Y en ese instante entendió algo que nunca había entendido antes: el poder no sirve cuando el amor decide irse.

Giró sobre sus talones sin despedirse, sin agradecer, sin protocolo, y ya no corrió para salvar su orgullo. Corrió para salvar su futuro.

PERDONAME

"Nova... no puedo dejarte ir..."

Ese pensamiento no era una idea. Era un latido. Uno solo, repetido, sin pausa, desde que había salido corriendo de la Torre hasta que sus pies lo llevaron a la terminal de Retiro sin que ningún sistema se lo indicara.

Gabriel entró a la Terminal como quien entra a una batalla que no sabe si puede ganar. Su pulso latía con una violencia que ningún procesador podría calcular.

Buscó desesperado: cada plataforma, cada pasillo saturado de gente, cada cara desconocida que no era la suya. Corrió entre la multitud, revisó las ventanillas y las salas de espera, hasta que la angustia comenzó a asfixiarlo.

La terminal olía a gasoil, café y despedidas. Los altoparlantes anunciaban destinos con una indiferencia brutal. Córdoba. Mendoza. Rosario. Cada nombre era una amenaza.

Se abrió paso entre la gente como un torbellino. Cada segundo le quemaba la garganta. Las manos le temblaban y un sudor frío le recorría la espalda.

Pensó en el primer café que compartieron. En el aroma de su perfume flotando en el despacho. En esa risa que lo había desarmado desde el primer instante sin que él pudiera hacer nada para impedirlo.

No corría solo hacia una mujer. Corría hacia la única versión auténtica de sí mismo.

La angustia lo doblegó. Estuvo a punto de rendirse. Y entonces, al girar la cabeza, la vio.

Plataforma 42.

Nova estaba de espaldas, esperando el bus. A Gabriel el pecho se le cerró de golpe.

El universo entero se redujo a esa silueta. El cabello cayendo sobre su espalda. La valija junto a sus piernas. Esa postura firme que él siempre había confundido con fragilidad y que ahora reconocía como lo que realmente era: fortaleza. La misma fortaleza que él había intentado romper sin darse cuenta durante meses.

El perfume de Nova lo alcanzó antes de que pudiera pensar.

Era real. Ella era real. Y se estaba yendo.

—¡Nova! —gritó, con una voz que no reconoció como propia. Rota. Desnuda. Desesperada— ¡Esperá, por favor!

No fue la voz del dueño de un imperio. Fue la voz de un hombre que suplica por primera vez en su vida.

Ella se giró lentamente. Sus ojos, desbordados de lágrimas, se encontraron con los de él.

Por un instante el tiempo se suspendió. Gabriel estaba ahí. Había ido a buscarla. Había corrido. Y eso, solo eso, ya lo cambiaba todo.

—Nova, esperá... no te podés ir así. No me podés dejar acá — dijo, con la voz partida en dos.

Ella lo miró, negando suavemente con la cabeza mientras las lágrimas le corrían sin freno:

—No puedo, Gaby... Tengo que irme. Es lo mejor para los dos. No quiero sufrir más. Yo te amo, pero entiendo que nunca vas a poder darme lo que necesito.

—Toda mi vida soñé con un hombre que me amara de verdad, que me respetara, que me hiciera sentir que era su mundo. Alguien que lo dejara todo por mí. Pero vos... vos solo podés ofrecerme una noche, y tal vez una cena romántica cada tanto. Y eso… eso es muy poco para mí…

Cada palabra fue un bisturí que encontró el lugar exacto.

Gabriel agachó la cabeza. El peso de la terminal entera le cayó sobre los hombros.

Por primera vez en su vida, no buscó defenderse.

—Daría la mitad de mi vida porque pudieras darme una sola razón para quedarme —continuó ella, con el nudo en la garganta apretándose con cada palabra— Pero la verdad es que ni siquiera podés reconocer que sentís algo por mí…

Esa frase lo atravesó como un veredicto sin apelación.

Gabriel calló. A su alrededor, la multitud desapareció. Ya no había bocinas, ni motores, ni el eco metálico de la terminal.

Solo existían ellos dos, solos en medio de todo ese ruido.

Nova lo miró por última vez. Le soltó la mano despacio, como quien suelta algo sagrado que sabe que no puede retener.

—Jamás voy a olvidarte, ¿sabés?

Tomó su maleta. Puso un pie en el primer escalón del bus. Y ahí el universo contuvo el aliento.

Fue entonces cuando Gabriel, con la vista todavía clavada en el suelo, los puños apretados a los costados como si necesitara sostenerse a sí mismo para no derrumbarse, rompió el silencio.

—Porque nadie va a tirarte el café encima como lo hice yo...

La frase fue pequeña. Casi absurda. Pero estaba tan cargada de historia compartida que pesaba más que cualquier discurso.

Nova se detuvo en seco. Bajó del escalón despacio, como si las piernas no terminaran de obedecerle.

—¿Qué? —susurró.

Él levantó la mirada. Y en sus ojos verdes no había estrategia ni cálculo. Había un hombre completamente desnudo de todo lo que siempre lo había protegido, mirándola como si ella fuera lo único real que le quedaba en el mundo.

Respiró profundo. Y cuando habló, lo hizo desde un lugar que llevaba años tapiado.

—La razón que pedís… porque nadie va a tirarte el café encima como lo hice yo...

—Nadie va a hacerte sentir lo que yo cuando te miré por primera vez. Pero lo más importante... porque nadie va a hacerme sentir a mí lo que sentí por vos el mismo segundo que te conocí. Perdóname y no me abandones. —Su voz era apenas un hilo— No pienses mal de mi silencio, Nova. Fue por buscar dentro de mí lo que sentía y no sabía cómo decirlo. Nunca supe cómo decirlo.

Nova no podía hablar. Le temblaban las manos. Le temblaban los labios. Todo en ella temblaba, menos la mirada, que lo sostenía como si tuviera miedo de que si parpadeaba él desapareciera.

Gabriel acortó la distancia. Un paso. Otro. Como quien cruza un puente frágil sabiendo que puede romperse, pero lo cruza igual porque del otro lado está todo lo que importa.

—Después de aquel primer beso que me robaste, mi vida cambió para siempre. Es verdad… al principio quise escapar. Quise seguir siendo el hombre duro que manejaba todo ese gran emporio, pero no lo logré. Nunca lo logré. —Le temblaba la voz. No hizo nada por ocultarlo— Desde aquel día mi corazón no dejó de latir por vos. Te nombro por las noches, en las madrugadas y en cada silencio de mi alma.

Nova cerró los ojos. Las lágrimas le corrían sin que pudiera hacer nada.

—Tal vez te lastimé sin darme cuenta —continuó él, con la voz rota— Tal vez no pude oír tu corazón que me gritaba que no era imposible vivir de a dos. Solo vos y yo. Y fui tan ciego, Nova... fui tan increíblemente ciego…

Se le quebró la voz por completo. Se pasó la mano por el pelo con un gesto que no tenía nada de calculado. Era un hombre desbordado. Sin recursos. Sin máscaras.

—Quiero que te quedes a mi lado. Quiero que me enseñes a vivir como vos lo hacés. Tu mundo tiene una luz que el mío nunca tuvo, y ya no quiero seguir caminando a oscuras. Quiero despertarme a tu lado cada mañana. Besarte cada noche. Quiero hacer planes juntos. Que seas la madre de mis hijos... que tengamos una pequeña que tenga tu cara y tu corazón. Quiero que seas mi... Sulamita.

Esa palabra cayó como una promesa bíblica en medio del humo y el ruido. Y cuando la dijo, ya no era el hombre del piso 25. Era un hombre dispuesto a arrodillarse si era necesario.

—Sé que no merezco que me ames. Sé que hice todo mal desde el primer momento. Pero te necesito para sentirme completo. — Respiró profundo, como si las palabras que venían le costaran más que todas las anteriores juntas— Todavía tengo que aprender la vieja historia, como es querer a una mujer de verdad. Cómo es amar a alguien como vos. Pero si me das esa oportunidad, voy a aprender. Te lo juro. Voy a aprender a amarte de la manera más pura. Voy a saber esperarte como vos te lo merecés.

Hizo una pausa que duró una eternidad.

—Ahora comprendo que sos una mujer para toda la vida. No para una sola noche. Y voy a respetarte hasta el día en que unamos nuestras vidas delante de Dios.

En esa frase no hubo romanticismo calculado. Hubo rendición total. La rendición de un hombre que por fin dejaba caer todas sus armas —todas, sin excepción— frente a la única persona que se lo había ganado sin pedírselo.

El silencio que siguió duró apenas un segundo. Pero fue el segundo más largo de sus vidas.

Gabriel metió la mano en el bolsillo con dedos temblorosos. Sacó el pequeño señalador que había caído de la Biblia de Nova aquella mañana en Recoleta, cuando todo había comenzado sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo.

Lo había guardado como su tesoro más secreto, como quien guarda una promesa que todavía no comprende pero que sabe que algún día va a necesitar.

Lo sostuvo entre los dedos. Lo miró un instante. Y con la mano todavía temblorosa, se lo extendió.

—Me pedís una razón... y solo tengo esta: "Porque donde está mi tesoro, allí está también mi corazón." Y mi tesoro sos vos...

Nova miró el señalador. Era el mismo. El de siempre. El que había caído de su Biblia aquella mañana caótica y perfecta. Él lo había guardado todo ese tiempo sin decírselo. Sin usarlo como moneda de cambio. Solo guardándolo, cerca del corazón, como si supiera desde el principio que ese pequeño pedazo de papel era la llave que abriría su corazón, aunque todavía no lograra entenderlo.

Lo tomó con ambas manos temblorosas. Lo apretó contra su pecho.

Y las lágrimas que habían estado contenidas desde que lo vio aparecer entre la multitud de la terminal finalmente se desbordaron, libres, devastadoras, sin pedir permiso a nadie.

—Me pedís una razón para quedarte —susurró Gabriel, con los ojos húmedos por primera vez en años— Y solo tengo una... Porque te amo con todo mi corazón. Como jamás voy a poder amar a otra mujer en mi vida.

Nova ya no pudo más.

Se arrojó hacia él y lo besó con todo lo que había guardado durante meses. Con todo el dolor y la espera y la fe que nunca había dejado de tener. Con los dedos enredados en su camisa y el señalador apretado en la palma de la mano. Con el corazón latiendo tan fuerte que sentía que se le iba a salir del pecho.

En ese instante el ruido de Retiro desapareció. El olor a gasoil desapareció. El mundo entero desapareció. Eran solo ellos dos en un rincón del universo que de repente era suficiente.

No era un beso de impulso. Era un pacto, el más honesto que habían sellado en sus vidas.

No era solo una reconciliación. Era el nacimiento de un hombre nuevo.

Gabriel la miró intensamente, con los ojos todavía húmedos.

—Decime, por favor, que vas a quedarte conmigo.

Ella apoyó su frente en la de él, todavía llorando, todavía temblando, todavía con el señalador apretado contra el pecho.

—Sí, mi amor. Sí —respondió, entre risas y llanto— Me convenciste en cuanto dijiste lo del café.

Lo miró. Y casi sin poder evitarlo, sonrió entre las lágrimas.

—Te amo —dijo Gabriel.

—Yo te amé primero... —contestó Nova.

Pero no fue la frase del café. Fue el hecho de haberla ido a buscar. De haber corrido. De haber elegido. Y elegido bien... Fue el hecho de que se había quedado sin armadura frente a ella en el lugar más ruidoso y más impersonal de Buenos Aires y no le había importado nada.

Se volvieron a besar bajo el humo de la terminal, con la certeza de que aquel viejo cuento de la Cenicienta se había vuelto real para ellos dos.

Y mientras el micro a Córdoba cerraba sus puertas sin ella, el cielo sobre Retiro pareció, por primera vez, completamente abierto.

ES TU AMOR

El motor del auto encendió con un ronroneo casi imperceptible, un sonido de ingeniería alemana que contrastaba con el estruendo metálico y el caos que habían dejado atrás en Retiro.

Antes de subir, Gabriel se quedó inmóvil frente al parabrisas. Una boleta naranja flameaba bajo el limpiavidrios: una multa. En su desesperación por alcanzarla, había dejado el vehículo cruzado, ignorando cualquier norma.

La observó unos segundos como si fuera un trofeo. No era una infracción. Era la prueba de que, por primera vez, había priorizado el amor por encima del orden.

Nova lo miró en silencio, esperando la explosión de temperamento habitual.

En otro momento, Gabriel habría llamado a algún contacto en el gobierno o habría hecho valer el peso de su nombre para anularla en un segundo. Sin embargo, esta vez solo esbozó una sonrisa breve y arrancó el papel con una calma inusitada.

—Valió la pena —murmuró, sin rastro de dramatismo.

Y en esa frase no hubo arrogancia. Hubo gratitud.

Nova sintió que algo dentro de su pecho finalmente se acomodaba. No era euforia. Era paz. Esa paz que llega cuando la coherencia reemplaza al miedo.

El auto avanzó despacio por las avenidas de Buenos Aires. No hubo maniobras bruscas ni bocinas desesperadas; Gabriel conducía con una serenidad nueva. Sus dedos estaban entrelazados con los de ella sobre la consola central, justo al lado de la pantalla táctil donde la interfaz de A.P.R.I.L. aguardaba órdenes. No se soltaron en ningún momento.

La pantalla permanecía encendida. Pero él no la veía.

Por primera vez, la inteligencia artificial más sofisticada del edificio no era el centro de su atención. La prioridad estaba en su mano.

El mundo afuera seguía su curso frenético: colectivos rugiendo, peatones apresurados y semáforos cambiando de color. Pero dentro del habitáculo, el tiempo parecía haberse detenido.

En un semáforo en rojo, Gabriel giró apenas el rostro hacia ella.

—Ya no voy a correr más, Nova —dijo en voz baja, con una sinceridad que la desarmó— A partir de hoy… quiero aprender a caminar a tu lado. De tu mano.

Nova lo miró un segundo largo. Luego, con esa calma que él todavía no terminaba de entender pero que necesitaba como el aire, le dijo:

—Corriste siempre como un tren descarrilado que se iba derecho al abismo. Ahora yo te voy a enseñar a caminar.

Y lo dijo firme. Sin drama. Como quien hace una promesa que ya sabe que va a cumplir.

* * *

La imponente estructura de la Torre DMT apareció frente a ellos. El edificio de cristales inteligentes y seguridad biométrica mantenía su rutina intacta, ajeno a la revolución que acababa de suceder en Retiro.

Gabriel estacionó correctamente esta vez, apagó el motor y, por un instante, se quedaron en silencio.

Ese silencio ya no era vacío. Era plenitud.

Nova lo miró a los ojos, le volvió a robar un beso y, recostándose sobre su pecho, le dijo:

—Por favor, decime que esto no es un sueño... Decime que esto lo estamos viviendo juntos...

Gabriel la levantó tomándola por su mentón:

—No es un sueño, princesa. Esto es solo el comienzo... nuestro comienzo.

Al bajar, él entrelazó sus dedos con los de ella con una naturalidad absoluta, sin intención de esconderse ante los cientos de empleados que circulaban por el lobby.

No la soltó. No miró alrededor para medir impacto. No calculó reputación. Simplemente la eligió, por sobre todo.

Nova lo miró, sintiéndose todavía vulnerable bajo la mirada de la gran ciudad.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿No te vas a arrepentir después? —preguntó en un susurro.

Había amor en la pregunta. Pero también temor.

—Nunca estuve tan seguro de algo como en este momento — sentenció él, sosteniéndole la mirada.

Y esta vez no sonó a estrategia. Sonó a convicción.

Caminaron hacia la entrada principal. La primera en verlos fue Silvia, detrás del mostrador de recepción. Levantó la vista con un gesto automático que se congeló al instante. Sus ojos descendieron a las manos entrelazadas y luego subieron a los rostros de ambos, que irradiaban una complicidad evidente.

En ese lobby donde tantas decisiones multimillonarias se habían tomado con frialdad quirúrgica, ahora ingresaba algo que no cotizaba en bolsa: "amor verdadero".

Antes de entrar al ascensor privado, Gabriel se detuvo. No por duda. Por decisión.

Se giró hacia Nova, le tomó el rostro entre las manos con una delicadeza que nadie en ese lobby le conocía, y la besó. Despacio. Con una suavidad que no pedía permiso ni calculaba consecuencias.

A la vista de todos.

Silvia dejó caer el bolígrafo sin darse cuenta, quedando con su boca abierta. Dos desarrolladores que cruzaban el lobby se detuvieron en seco. Una asistente de marketing contuvo el aliento. Nadie en Digital Media Tech había visto nunca algo así. Gabriel nunca había traído su mundo privado a ese mármol impecable.

Hasta hoy...

No fue un gesto impulsivo. Fue una declaración en público. La más importante que había hecho en su vida.

Las puertas se cerraron. Silvia, todavía atónita, bajó la vista hacia sus propios tacos altos y murmuró para sí misma:

—Voy a tener que empezar a usar zapatillas de tela...

Dentro del ascensor, que ascendía veloz, no había apuro. Nova apoyó la frente en el pecho de Gabriel y él la rodeó con sus brazos. Se

besaron otra vez, no con la desesperación de la terminal, sino con la certeza de quien ha llegado a casa.

El ascensor avanzaba con precisión milimétrica. Pero ellos ya no vivían en modo automático.

El indicador marcó el piso de presidencia. Las puertas se deslizaron silenciosamente. Gabriel salió primero, guiándola. En la oficina principal, José, Agustina y Sofy seguían reunidos, con el rostro cargado de preocupación.

Los tres levantaron la cabeza al verlo entrar.

—¿Qué pasó, Gaby? ¿Dónde está Nova? —preguntaron casi a coro.

Gabriel los miró con una seriedad fingida durante unos segundos. El silencio en el piso 25 se volvió denso, solo interrumpido por el suave zumbido de los servidores de A.P.R.I.L.

Esa tecnología que lo había acompañado en cada decisión fría ahora era testigo de algo que no podía procesar.

Entonces, Gabriel sonrió de una manera que ellos no conocían y abrió la puerta por completo.

Nova apareció detrás de él.

No como empleada. No como secretaria. Ella ahora aparecía como elección.

Sofy fue la primera en reaccionar, llevándose las manos a la boca.

—No... no puede ser... —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas.

Nova ya estaba llorando de nuevo. Entró y los abrazó uno por uno, rompiendo el protocolo de la oficina.

—Me fue a buscar —logró decir entre risas— Se fue hasta Retiro... me detuvo justo antes de subir al micro.

Agustina le tomó el rostro, conmovida.

—¿Y? ¿Te dijo la verdad?

Nova miró a Gabriel, que permanecía a unos pasos con la mirada brillante.

—Me dijo que no podía dejarme ir... que quería un futuro conmigo y que iba a respetarme. Que esta vez no íbamos a correr, sino que íbamos a caminar juntos, de la mano.

La palabra respetarme flotó en el aire como un acto de reparación.

Sofy estalló en llanto, abrazando a su amiga.

—Yo sabía que ibas a hacer lo correcto, Gaby —dijo mirando a su jefe.

José se acercó y le dio a Gabriel un abrazo de esos que solo se dan los hermanos de la vida.

—Hermano... estaba seguro de que esta historia solo podía terminar con ustedes juntos.

Nova volvió a hablar, bajando la voz como si compartiera un secreto sagrado:

—Me dijo que donde está su tesoro... está su corazón. Y que su tesoro era yo.

La pausa que siguió fue profunda, cargada de una emoción que las paredes de cristal nunca habían contenido.

Agustina abrazó a Nova con fuerza y le susurró al oído:

—Bienvenida de vuelta, "cuñada". A la empresa... y a la familia.

Nova se sonrojó al instante.

Gabriel, recuperando su tono de líder, pero con una calidez nueva, miró su reloj de alta gama.

—Bueno... son casi las tres de la tarde y por acá nadie comió todavía. ¿Qué les parece si vamos a almorzar? Invito yo.

No era solo una invitación. Era el comienzo de una mesa compartida. Como aquellas mesas de nuestros abuelos, adonde se reunía toda la familia para celebrar las buenas noticias...

Sofy se secó las lágrimas con una sonrisa.

—¿Yo también?

—Vos no podés faltar, Sofy —respondió José, poniendo la mano sobre su hombro.

Nova buscó la mano de Gabriel una vez más. Salieron los cinco juntos hacia el ascensor, con una alegría que latía más fuerte que cualquier algoritmo, mientras las luces de la oficina se ajustaban automáticamente a un tono más cálido por orden de A.P.R.I.L., como si la misma inteligencia artificial celebrara el regreso del corazón a la torre de cristal.

Y en el piso 25, por primera vez desde su fundación, la empresa no solo estaba operativa.

Estaba viva.

* * *

El restaurante estaba envuelto en un murmullo constante de platos y conversaciones ajenas, pero en la mesa de ellos cinco, todo era risa contenida y una emoción todavía a flor de piel. Nova volvió a relatar lo sucedido en la terminal, no con dramatismo, sino con esa mezcla de incredulidad y felicidad que le hacía vibrar la voz.

Cada vez que repetía una frase, parecía asegurarse de que no había sido un sueño. De que él realmente había ido.

—Y me dijo que no iba a amar a nadie como me ama a mí... —repitió, como si necesitara pronunciar las palabras en voz alta para terminar de creérselas.

Su voz se quebró apenas en la última palabra. No por duda. Por impacto.

José negó con la cabeza, sonriendo con sinceridad.

—Si alguien me decía esta mañana que Gabriel iba a ser capaz de protagonizar una escena romántica en Retiro, no lo hubiera creído jamás.

—Yo tampoco —agregó Sofy— ¿Nuestro jefe llorando en una terminal pública? Esto merece quedar en los archivos históricos de la empresa. A.P.R.I.L. debería guardar este registro para la posteridad.

Hubo carcajadas. Pero detrás del humor, había admiración.

Gabriel fingió una indignación que no sentía.

—Me gustaría recordarles que, técnicamente, todavía sigo siendo su jefe.

—Hoy no —lo cortó Agustina con una sonrisa pícara— Hoy sos el novio que casi pierde a la chica de su vida por cabezón.

La palabra "cabezón" aterrizó con cariño: una acusación suave y verdadera.

Las risas aflojaron el aire, pero lo que más sorprendió a todos fue otra cosa: Nova comía sin pausa. Pan, entrada, plato principal... y todavía miraba la carta de postres con un interés científico. Sofy la observaba fascinada, casi sin poder creerlo.

Había algo profundamente humano en esa escena. Después de días de tensión, su cuerpo pedía volver a la vida.

—Perdón, Córdoba, pero... ¿dónde metés todo eso?

Nova se encogió de hombros, riendo con la boca apenas ocupada.

—Hace dos días que no como por los nervios, y todo por culpa de cierta persona que... bueno, mejor ni me acuerdo. Creo que estoy descargando el estrés.

—Sí, y cargando el estómago para el próximo mes —bromeó José.

Gabriel la contemplaba con una mezcla de ternura y asombro. En ella no había poses ni cálculos; era simplemente Nova, auténtica y hambrienta de vida.

Gabriel, ese día, entendió algo silencioso: esa mujer no solo quería amor. Quería estabilidad. Futuro y hogar.

La charla siguió ligera hasta que, casi sin querer, surgió un tema que instaló la preocupación en la mesa. Nova se quedó en silencio unos segundos, bajando la mirada al plato.

El cambio fue sutil. Pero real.

—Acabo de darme cuenta de algo que está muy mal —dijo despacio— Esta mañana entregué las llaves del departamento. Ahora no tengo dónde vivir.

La frase cayó como un recordatorio de que las decisiones tienen consecuencias prácticas.

Los cuatro la miraron, sorprendidos por la realidad logística del asunto.

—¿Cómo que entregaste las llaves? —preguntó Sofy.

—Ya estaba decidido. Pensé que me volvía a Icho Cruz. Dejé todo, rescindí el contrato.

No había reproche en su voz. Había coherencia.

El aire cambió apenas, volviéndose más denso. Sofy reaccionó primero.

—Bueno, ni lo dudes. Te venís conmigo. Mi departamento tiene espacio y yo necesito compañía.

—No —intervino Agustina rápidamente— Te venís a nuestro departamento; allí sobra espacio, es un triplex enorme y estamos a un paso de la Torre.

La oferta era sincera. Pero el subtexto era evidente.

Nova negó con suavidad, manteniendo sus principios firmes.

—No quiero ser una carga para nadie... Además, no quedaría bien que viva bajo el mismo techo que mi "amorcito". Necesito pensar bien qué voy a hacer.

Esa frase dejó en claro algo fundamental: Nova no negociaba su integridad.

Gabriel le lanzó una mirada cómplice, apenas sonriendo con esa seguridad que le daban sus recursos.

—Tranquila, princesa... voy a asegurarme de que tengas un lugar cómodo. No te preocupes por nada.

No fue una promesa vacía. Fue decisión empresarial aplicada al amor.

Luego, cruzó una mirada breve con José, haciéndole una seña casi imperceptible con la cabeza mientras se levantaba. Era una decisión tomada en silencio, como solían hacer ellos.

No necesitaban palabras. Se entendían en códigos.

—Disculpen —dijo Gabriel— Tenemos que atender un tema urgente que A.P.R.I.L. me está avisando que necesita nuestra presencia. Volvemos enseguida —dijo mirando su celular.

—Sí, algo crítico —agregó José, siguiéndolo hacia la salida del restaurante.

Las mujeres los miraron salir, sospechando que algo se traían entre manos, pero decidieron no preguntar.

Cuando quedaron solas, el ambiente volvió a relajarse.

Hablaron de la oficina, de la reacción de Silvia y su comentario sobre las zapatillas. Rieron juntas, disfrutando de la tregua.

Pero debajo de la risa, había algo más profundo.

De pronto, Sofy miró su reloj exageradamente.

—Chicas, me van a perdonar, pero me tengo que ir a trabajar. Si no, "el jefe" me va a despedir por abandono de puesto. No estuve en mi escritorio en todo el día.

Sonrió, tomó su bolso y salió de forma casi teatral.

* * *

Quedaron Agustina y Nova frente a frente.

El murmullo del restaurante ahora parecía más lejano, creando una burbuja de intimidad entre las dos.

Una conversación pendiente.

—No puedo creer el cambio rotundo que dio Gaby —dijo Nova, todavía con asombro— Es... es otro hombre. Es mi hombre —susurró para sí misma, con un brillo especial en los ojos.

En esa afirmación no había posesión. Había reconocimiento.

Agustina sonrió, pero había algo más profundo en su mirada, una sombra de pasado que Nova no terminaba de descifrar.

No era duda. Era memoria.

Nova dudó un segundo antes de continuar.

—En la terminal me dijo algo muy especial. Me llamó "Sulamita". No sé de dónde sacó eso, porque es un término bíblico del libro de Cantares... pero lo dijo con una seguridad que me estremeció.

La palabra quedó suspendida entre ambas como una llave antigua.

Agustina bajó la vista y respiró profundo. Cuando volvió a mirar a Nova, lo hizo con una mezcla de ternura y gravedad que le erizó la piel a la cordobesa.

—Nova... aún hay muchas cosas que no sabés referentes a mi hermano. —El tono había cambiado por completo.

Nova la miró, sorprendida por la transición abrupta entre la risa y esa nueva densidad emocional.

Agustina hizo una pausa larga, midiendo sus palabras.

No era un chisme. Era una revelación.

—Yo te las voy a contar...

Y en esa promesa, el almuerzo dejó de ser celebración, para convertirse en prólogo.

SALÓN VACÍO

Agustina apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos, como si estuviera sosteniendo algo frágil y peligroso al mismo tiempo. El bullicio del restaurante se volvió un murmullo distante, como si el mundo hubiera bajado el volumen para que esa verdad pudiera salir sin interferencias.

—Esto empezó el mismo año en que yo nací —dijo con suavidad, pero su voz tenía una firmeza distinta— Mamá siempre contaba que, mientras estaba embarazada de mí, Gabriel comenzó a ir a una iglesia cerca de casa.

Nova levantó la vista. No era simple sorpresa. Era desconcierto. Era la sensación de que una pieza clave del rompecabezas acababa de aparecer frente a ella sin que nadie la hubiera anunciado.

—Ahí conoció a José. Se hicieron inseparables desde el primer día. Cantaban, participaban en todo... Gabriel era distinto, Nova. No era el hombre calculador que conocés ahora. Había entregado su vida a Dios de verdad. No por tradición. No por presión. Por convicción.

Agustina sonrió apenas, pero la nostalgia le quebró el gesto.

—Tenía un fuego que no era ambición. Era propósito. Hablaba de formar una familia, de construir algo que trascendiera el dinero. Soñaba con amar a una sola mujer. Para siempre.

Nova sintió que el aire se le volvía más denso en los pulmones. Sin darse cuenta, apoyó una mano sobre la mesa, como buscando algo sólido a lo que sostenerse.

—Todo estaba bien... —continuó Agustina, y esa pausa fue más elocuente que cualquier palabra— Hasta que llegó Patricia.

El nombre cayó con el peso de una sentencia. Nova no dijo nada. Pero algo dentro de ella se tensó.

—Ella era nueva en la congregación. Sonreía como si no cargara sombras. Se acercó al grupo y Gabriel se enamoró. Pero no fue un enamoramiento liviano. Fue absoluto. Él no sabe amar a medias, Nova. Cuando ama, se entrega entero.

Nova tragó saliva. Eso lo sabía. Lo había sentido en cada mirada, en cada silencio, en cada momento en que él había elegido acercarse o alejarse con una intensidad que no tenía términos medios.

—Empezaron una relación. Él la cuidaba, la respetaba, la proyectaba en su futuro. Era feliz... genuinamente feliz. Y eso en Gabriel es algo raro, incluso ahora.

Agustina bajó la voz.

—Hasta que un día, simplemente… desapareció. Sin discusión. Sin despedida. Sin explicación. Como si nunca hubiera existido.

Nova sintió un pinchazo en el pecho que no supo nombrar. No era celos. Era algo más antiguo y más doloroso: la comprensión súbita de un dolor ajeno que de pronto se vuelve propio.

—Gabriel la buscó por todos lados. Fue a su casa. Llamó a amigas. Habló con el pastor. Esperó semanas. Después meses. Se culpó. Pensó que había hecho algo mal. Oró. Lloró. Ayunó. Se quebró en silencio.

Nova cerró los ojos un instante. La imagen de Gabriel, el mismo hombre que controlaba imperios desde el piso 25, arrodillado en algún

cuarto oscuro sin entender por qué, le atravesó el alma con una claridad que dolía.

Agustina cerró los ojos un segundo antes de continuar.

—Y algunos meses después, se enteró… Patricia estaba viviendo con otro hombre. Alguien que no compartía nada de lo que él defendía. Y lo peor... ella había estado con los dos al mismo tiempo.

El silencio fue brutal.

Nova sintió que algo dentro suyo se rompía en solidaridad con un dolor que no había presenciado pero que ahora podía imaginar con una claridad insoportable. Sus dedos se apretaron sobre la mesa sin que ella lo decidiera.

—Eso lo destruyó, Nova. No solo porque lo traicionaron. Sino porque él había hecho todo bien. Había esperado. Había sido íntegro. Había confiado en Dios. Y aun así perdió.

Agustina respiró profundo.

—Ese día murió el chico que soñaba con una familia cristiana y nació el hombre que fundó Digital Media Tech.

Nova escuchaba sin moverse, sin respirar casi, como si cualquier movimiento pudiera romper algo que era demasiado frágil y demasiado importante al mismo tiempo.

No mencionó la empresa como una simple compañía, sino como un monumento levantado sobre ruinas emocionales.

—Se refugió en el trabajo. En la lógica. En la tecnología. En el control. Si podía programar sistemas que nunca fallaran, entonces nadie podría volver a sorprenderlo. Nadie podría volver a dejarlo sin respuestas. Nadie podría volver a lastimarlo así…

Nova comprendía ahora el porqué de su obsesión por anticiparlo todo. Por preverlo todo. Por no dejar cabos sueltos. A.P.R.I.L. no era solo una inteligencia artificial. Era el escudo más sofisticado que un hombre herido había podido construir.

Agustina la observó en silencio un momento, como si hubiera leído ese pensamiento en su rostro.

—A.P.R.I.L. no fue un proyecto tecnológico solamente, Nova —dijo, con una calma que pesaba— Fue una decisión emocional. Fue la armadura de acero que Gabriel creó después de Patricia. No para hacer crecer la empresa. No para optimizar procesos. La creó para no volver a ser sorprendido. Para tenerlo todo bajo control. Cada variable. Cada riesgo. Cada persona.

Nova la miró sin hablar.

—Su premisa principal no es la eficiencia, Nova. —Agustina bajó la voz, como si dijera algo sagrado y peligroso al mismo tiempo— Su premisa principal es proteger a Gabriel. De todo y de todos, incluyéndome a mí. Para que nadie pueda volver a hacerle daño. Que nadie pueda volver a dejarlo sin respuestas en la oscuridad.

Un silencio breve. Denso.

Nova seguía con los ojos cerrados. Procesando. Sintiendo el peso de todo lo que acababa de recibir. Agustina la dejó estar. Sabía cuándo el silencio era necesario.

Después de un momento, inclinó la cabeza levemente y la miró con esa calma suya de quien guarda lo más importante para el final.

—¿Nunca te preguntaste por qué la IA se llama A.P.R.I.L.?

Nova abrió los ojos. La miró sin entender del todo.

—Pensé que era solo un nombre —dijo.

Agustina negó despacio con la cabeza.

—Es una sigla, un acrónimo… —Hizo una pausa breve— Adaptive Personal Resilience and Isolation Layer.

Nova repitió las palabras en silencio. Dejándolas caer una por una.

—Capa de Aislamiento y Resiliencia Personal Adaptativa —tradujo Agustina en voz baja— No fue un nombre elegido al azar. Fue una declaración. Gabriel le puso ese nombre porque eso era exactamente lo que quería que hiciera. Adaptarse a él. Protegerlo. Aislarlo de todo lo que pudiera volver a lastimarlo.

Nova sintió que el aire del cuarto cambiaba de densidad.

—Le puso su dolor adentro —dijo Nova. Casi para ella misma.

—Sí —dijo Agustina— Le programó su herida. Construyó una inteligencia artificial con el único propósito de que nunca más nadie pudiera herirlo.

Nova comprendió que algo terminaba de encajar con un peso casi insoportable. No era tecnología. Era una herida con nombre propio, convertida en código.

—Se volvió un hombre brillante. Fríamente brillante. Las mujeres dejaron de ser promesas... y pasaron a ser distracciones. Relaciones sin raíces. Sin riesgo. Sin alma.

La voz de Agustina bajó aún más.

—Y lo más doloroso... se alejó de Dios. No por rebeldía, sino por desilusión. Porque no entendía cómo podía haber obedecido y aun así terminar de esa manera.

Una lágrima rodó por la mejilla de Nova antes de que pudiera detenerla. No la limpió. No tenía fuerzas.

—Por eso él no quería... —susurró— No era indiferencia. Era pánico.

—Exacto —asintió Agustina— Vos no estabas luchando contra su desamor. Estabas luchando contra fantasmas que él cargaba desde mucho antes de conocerte.

Nova llevó una mano a su pecho, sintiendo esa verdad asentarse en cada hueso de su cuerpo.

Ahora todo encajaba. La resistencia. El sarcasmo. El control extremo. El miedo a etiquetar lo que sentía. No era un hombre incapaz de amar. Era un hombre que había amado demasiado... y había pagado el precio más alto.

—Él nunca volvió a ser el mismo —continuó Agustina— Hasta hoy.

Y esa frase no fue casual.

—Lo que hizo en la terminal no fue solo romántico, Nova. Fue peligroso para él. Porque volvió a exponerse. Volvió a creer. Volvió a declararse sin garantías.

Nova cerró los ojos.

Sulamita.

No había sido una palabra al azar. Había sido una memoria espiritual. Un eco de un joven que alguna vez leyó el Cantar de los Cantares soñando con una mujer que lo eligiera con la misma pureza con la que él elegía.

—Por favor —pidió Agustina, apretando su mano con fuerza— No le digas que te conté esto. Él no habla del tema. Ni siquiera conmigo. Esa herida siempre fue territorio prohibido.

Nova asintió, incapaz de hablar.

En ese instante, ya no estaba enamorada solo del hombre que la había corrido en Retiro. Estaba enamorada del joven que lloró en secreto en una habitación años atrás. Del creyente que se sintió abandonado por Dios y por el amor al mismo tiempo. Del hijo que no entendió el silencio del cielo.

* * *

Cuando Gabriel y José regresaron riendo, la escena contrastaba casi violentamente con la conversación recién terminada. Gabriel se sentó frente a ella. Le dio un beso tierno. Un gesto simple. Cotidiano.

Pero Nova ahora sabía cuánto le había costado a ese hombre volver a besar con intención de permanencia.

—Bueno... ¿qué tal si vamos? —dijo él, con ese brillo nuevo en los ojos— Tengo una sorpresa para vos.

Nova lo observó diferente. Ya no veía solo al empresario dueño de Digital Media Tech. No veía solo al estratega, al brillante, al dominante. Veía al joven herido que había decidido, aun con cicatrices abiertas, volver a creer en el amor.

Entendió que lo sucedido en la terminal no había sido simplemente una declaración. Había sido una reconciliación interna. Un acto de fe. El primer paso, tembloroso pero real, de regreso a casa.

QUE LINDO ES EL AMOR CON VOS

Solo habían recorrido unas pocas cuadras desde el restaurante cuando Gabriel detuvo el auto con una seguridad que no dejaba espacio a preguntas. Nova miró alrededor y reconoció inmediatamente la zona: elegante. Sobria. Impecable.

Frente a ellos se alzaba un edificio a estrenar. No era ostentoso; era preciso. La fachada de vidrio arquitectónico reflejaba el cielo porteño con una nitidez casi quirúrgica, como si el edificio no quisiera imponerse... sino elevar.

Gabriel bajó primero. Rodeó el auto. Le abrió la puerta. No dijo nada. Solo le ofreció la mano. Nova la tomó.

Y en ese gesto mínimo ya había una decisión.

Entraron al hall revestido en mármol claro y acero pulido. Todo olía a nuevo. A inversión. A proyecto recién iniciado. Un conserje los saludó con respeto inmediato: el tipo de respeto que no se compra con dinero, sino con reputación.

El ascensor de alta velocidad los envolvió en un silencio suspendido. El pulso le latía en la garganta. Gabriel no soltaba su mano. No como quien guía. Como quien afirma.

Piso quince. Palier privado. La puerta "D".

Gabriel golpeó suavemente. No con ansiedad. Con certeza. La puerta se abrió. Un hombre de traje gris aguardaba con una carpeta en la mano.

—Señor, bienvenido.

Gabriel asintió apenas. Profesional. Contenido.

Pero cuando volvió a buscar la mano de Nova antes de cruzar el umbral... hubo algo distinto en su mirada.

Ella entró.

El espacio se desplegó ante sus ojos como una promesa abierta. Ventanales de piso a techo. Luz blanca inundando cada rincón. Pisos de madera impecable. Silencio absoluto. No el silencio del abandono... el silencio del orden.

Los muebles eran de un lujo exquisito y fino. No ostentosos, pero sí brillantes.

Gabriel caminó hasta el gran ventanal. Se colocó frente a la ciudad. Luego giró hacia ella.

Tomó ambas manos de Nova entre las suyas. La sostuvo y la miró como si necesitara registrar ese instante para siempre.

—¿Qué te parece?

Nova giró sobre sí misma, abrumada por la dimensión del lugar.

—¿Qué me parece qué...?

—El departamento. ¿Te gusta?

Ella respiró hondo. Caminó unos pasos. Rozó la pared blanca con la punta de los dedos. Miró la cocina integrada, las líneas minimalistas, la perfección casi silenciosa del sistema de climatización invisible desarrollado por Digital Media Tech.

Era hermoso. Pero no entendía.

—Sí... me gusta. Es increíble. Pero, ¿qué estamos haciendo acá?

El hombre de la inmobiliaria se acercó con discreción. Abrió la carpeta. Sacó unos papeles y un juego de llaves con un llavero de cuero fino y las depositó en la palma de Nova.

—Felicitaciones, señorita. Es suyo.

El sonido del metal chocando entre sí fue casi irreal.

Nova no reaccionó de inmediato. Bajó la mirada a su mano. Luego levantó los ojos hacia Gabriel.

Él no sonreía con arrogancia. Sonreía con determinación.

—Es tuyo, mi amor… —confirmó— Lo vi hace unos días. No estaba buscando nada... pero cuando entré supe que era para vos.

Nova dio un paso atrás.

—No... no, Gaby. Yo no puedo aceptar esto. Es demasiado. Es una locura.

Gabriel levantó un dedo y lo apoyó suavemente sobre sus labios.

—Shhhh.

No era una orden. Era una contención.

La abrazó. Fuerte. Sin espectáculo. Hundió el rostro en su cabello y respiró profundo, como si ese perfume lo anclara a la realidad.

—No puedo permitir que mi novia y futura esposa viva en un lugar que no refleja quién es —murmuró— Y tampoco voy a permitir que dependas de nadie. Ni de Sofy. Ni de Agustina. Ni de mí.

Nova se tensó levemente ante esa última frase.

Él se separó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No quiero que vivas conmigo. No todavía. No sin estar casados. —La firmeza en su voz no era fría. Era honorable— Te amo demasiado para saltarme los procesos. Voy a respetarte. Voy a esperarte. Y cuando compartamos techo... va a ser porque hicimos las cosas bien.

Nova sintió que algo dentro suyo se acomodaba. No era solo un hombre poderoso comprando un departamento. Era un hombre restaurando su integridad.

—Este es tu lugar —continuó él— Tu refugio. Tu espacio para soñar. Para escribir. Para orar. Para ser vos.

Las lágrimas comenzaron a caer sin permiso. Otra vez…

Para alguien que venía de una pieza pequeña, con olor a encierro y paredes húmedas, aquel espacio no era lujo. Era dignidad.

—Es... es un milagro —susurró ella.

Gabriel apoyó su frente contra la de ella.

—No. Es provisión.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta corporativa. La misma que Nova le había devuelto aquella mañana junto con el golpe más simbólico de su vida.

La sostuvo entre los dedos un segundo.

—Esto no es para comprarte —aclaró, mirándola con intensidad— Es para que construyas. Equipalo. Decoralo. Llenalo de libros. De música. De vida.

Deslizó la tarjeta en su mano, cerrando sus dedos sobre ella.

—Quiero que cuando entres acá sientas paz. No deuda.

El hombre de la inmobiliaria, entendiendo que estaba presenciando algo más íntimo que una operación comercial, se retiró en silencio. Quedaron solos.

La ciudad extendida bajo ellos.

El futuro abierto.

Nova lo observó diferente. Ya no veía solo al estratega brillante ni al empresario implacable. Veía al hombre que había sido traicionado... y que aun así elegía volver a creer.

Gabriel recorrió el espacio con la mirada.

—Este es solo el comienzo —dijo en voz baja— No quiero impresionarte. Quiero construir con vos...

Nova dio un paso hacia él. No con timidez. Con decisión. Apoyó sus labios contra los de él y le dio un beso que pareció durar años.

En ese piso quince, entre mármol nuevo y promesas, ambos entendieron algo fundamental: el amor ya no era una emoción descontrolada. Era una decisión estructural: no basada en miedo esta vez, sino en fe.

AMARTE ES TODO ESO

Los días que siguieron a aquel encuentro inolvidable en Retiro no fueron normales. Fueron expansivos. Habían pasado casi tres semanas y todavía ninguno de los dos terminaba de creérselo del todo. Como si la vida, que durante meses había estado contenida, de pronto hubiera decidido desplegarse sin límites.

Gabriel y Nova caminaban por Buenos Aires tomados de la mano con una naturalidad que antes les hubiera dado vértigo. Ya no había tensión defensiva. Había elección. Se empujaban suavemente en las veredas angostas, competían por quién cruzaba primero en los semáforos, discutían en broma sobre cuál cafetería tenía el mejor expreso. Y en cada discusión había una risa que terminaba en miradas sostenidas más de lo necesario.

No se soltaban. No por miedo. Solo por gusto.

Cuando salían a cenar, la elección del menú se convertía en estrategia compartida. Gabriel analizaba opciones como si estuviera cerrando una adquisición millonaria; Nova lo desafiaba, le cambiaba el plato a último momento, probaba del suyo sin pedir permiso. Él fingía indignación. Ella levantaba una ceja con triunfo silencioso.

Y siempre terminaban compartiendo.

Nova comenzó a acompañarlo a la cancha los días que él jugaba al fútbol. Desde la grada lo observaba correr con una energía distinta a la del empresario. Allí no era el jefe de Digital Media Tech. Era puro instinto: competitivo, potente, vivo.

Cuando hacía un gol, la buscaba con la mirada. Siempre la encontraba.

Y el gesto que intercambiaban —una sonrisa cómplice, un aplauso exagerado de ella, una mano levantada de él— valía más que cualquier marcador.

Pero lo más profundo no ocurría en los lugares públicos. Ocurría en lo cotidiano.

Caminatas por los parques de Recoleta donde hablaban sin filtros. Cafés que se extendían durante horas porque ninguno quería cortar la conversación. Confesiones sobre miedos pequeños y sueños grandes.

En el nuevo departamento, las tardes de cocina se transformaron en un ritual caótico y perfecto. Harina en la ropa. Salsa que salpicaba la mesada de mármol. Gabriel intentando seguir recetas con precisión quirúrgica. Nova improvisando y desarmando cualquier estructura rígida.

—Eso no estaba en la receta —protestaba él.

—Confiá —respondía ella, guiñándole un ojo.

Cuando algo se quemaba ligeramente, Gabriel intentaba salvarlo con lógica. Nova lo salvaba con risa.

Y en medio del desorden, él le tomaba la mano para limpiar la mesada juntos. Ese gesto mínimo —trabajar hombro a hombro— tenía más significado que cualquier cena de lujo.

Los atardeceres en el balcón del piso quince se volvieron sagrados. No por decisión. Por necesidad.

La ciudad se encendía bajo sus pies mientras el cielo se teñía de naranja y violeta, como si Buenos Aires entera se preparara para ese

instante sin saberlo. Gabriel salía de la oficina, dejaba el teléfono adentro, y buscaba a Nova con la mirada. Siempre estaba ahí. Apoyada en la baranda, con el pelo suelto moviéndose apenas con la brisa, mirando el horizonte con esa calma que él todavía no terminaba de entender pero que necesitaba como el aire.

Se acercaba despacio. Le rodeaba los hombros con los brazos. Apoyaba el mentón en su hombro, sintiendo el calor de su piel contra su mejilla. Y Nova, sin mirarlo, sin decir nada, entrelazaba sus dedos con los de él con una naturalidad que era lo más extraordinario que Gabriel había experimentado en su vida.

Porque nunca nadie lo había recibido así. Sin aplausos. Sin agenda. Sin necesitar nada de él más que su presencia.

No siempre hablaban. A veces solo respiraban al mismo ritmo, viendo cómo la luz del día se rendía despacio sobre los techos de Recoleta. Y en ese silencio compartido había más intimidad que en cualquier palabra que hubieran dicho jamás.

Gabriel, que había construido su vida entera alrededor del movimiento y el control, aprendía en esos minutos algo que ningún algoritmo podía enseñarle: que quedarse quieto junto a alguien sin necesitar llenar el silencio era la forma más profunda de amar y de confiar.

Y que confiar, después de todo lo que había vivido, era el acto más valiente que había cometido en su vida.

—Amarte es todo esto... y mucho más —dijo en voz baja, sin apartar los ojos del horizonte— El balcón. El silencio. Vos.

Poco a poco, con una dulzura que no presionaba, Nova comenzó a invitarlo a la iglesia los domingos. No como exigencia. Como invitación.

—Si algún día querés... vení conmigo —decía, sin insistir.

Gabriel la escuchaba. Sonreía. Le besaba la frente. Había en sus ojos algo que ya no era resistencia, sino proceso. La herida no estaba abierta como antes... pero todavía cicatrizaba.

Él no se sentía listo. Pero tampoco estaba huyendo.

* * *

Para hacer su vida más confortable, Gabriel instaló una terminal de A.P.R.I.L. en el departamento. No como símbolo de control,

sino de cuidado. La interfaz minimalista se integraba al espacio sin invadirlo. Luces reguladas con precisión. Temperatura perfecta. Seguridad inteligente.

—A.P.R.I.L., modo lectura —decía Nova.

—Configuración activada —respondía la voz serena programada por Gabriel.

A él le gustaba verla disfrutar de algo que había diseñado pensando en ella. Era una forma silenciosa de servicio.

Por las noches, cuando el ruido de la ciudad se convertía en un murmullo lejano detrás de los ventanales, Nova tenía su propio ritual.

Se detenía en el centro de la sala.

—A.P.R.I.L., poné música —pedía con una sonrisa.

Los acordes de Eddy Sierra, Alejandro Lerner o César "Banana" Pueyrredón llenaban el ambiente con esa melodía intensa y nostálgica.

Gabriel a veces la observaba desde el sillón, en silencio.

Los primeros acordes llenaban el departamento con esa melodía que para ella no era solo música. Era memoria. Era gratitud hecha canción.

Cerraba los ojos. Apoyaba una mano sobre su corazón, sobre ese lugar exacto donde guardaba todo lo que no siempre podía decir con palabras. Y oraba. No con la solemnidad de quien cumple un ritual sino con la intimidad de quien habla con alguien que conoce de toda la vida.

"Gracias, Señor, por este amor. Gracias por la vida de Gabriel. Gracias por no haberme soltado cuando yo misma quise soltarme. Gracias por restaurar lo que parecía perdido para siempre. Ayúdame a cuidarlo. A honrarlo. A ser para él lo que vos quisiste que fuera desde el principio. Y ayudalo vos también, Señor. Ayudalo a encontrar el camino de vuelta. No para mí. Para él."

Una lágrima rodaba siempre. Pero no era tristeza. Era la lágrima que sale cuando el corazón está demasiado lleno para contenerlo todo.

Desde el sillón, Gabriel la observaba en silencio.

No se burlaba. No miraba el teléfono. No buscaba llenar ese espacio con nada. Solo la miraba, con esa atención quieta y nueva que Nova le había enseñado sin proponérselo, como quien observa algo que no termina de entender pero que sabe, con una certeza que no puede explicar, que es lo más real que ha visto en su vida.

Veía sus labios moverse apenas. Veía la mano sobre su corazón. Veía la lágrima que ella ni siquiera intentaba limpiar porque no le daba vergüenza.

Y algo en él, muy adentro, en ese lugar donde años atrás había vivido un joven que cantaba en una iglesia y soñaba con amar a una sola mujer para siempre, comenzaba a moverse despacio. Como una puerta que alguien empuja desde el otro lado con mucha paciencia y mucho amor.

La fe que él había abandonado no lo estaba acusando. Lo estaba esperando.

Y por primera vez desde hacía muchos años, Gabriel no sintió que esa espera era una condena.

Sintió que era una promesa.

Mientras la canción se desvanecía y la ciudad brillaba bajo ellos, Nova sabía algo con certeza: no era un cuento de hadas improvisado. Era una construcción diaria.

Y por primera vez en mucho tiempo, el hombre que había aprendido a blindarse estaba aprendiendo —despacio, pero de verdad— a permanecer.

EL AMOR DE MI VIDA

Aquella mañana, el sol de Buenos Aires entraba oblicuo por el ventanal del flamante departamento de Nova, tiñendo el ambiente de un dorado suave, casi sagrado. La luz se deslizaba por el piso de madera y trepaba por las paredes despacio, con esa paciencia que tiene la luz cuando no tiene apuro. Como si ella también quisiera quedarse.

Gabriel tocó el portero eléctrico a las ocho en punto. Siempre exacto. Siempre medido. Pero esa puntualidad, con ella, tenía algo distinto: era deseo contenido.

Nova abrió con el cabello apenas recogido, algunos mechones sueltos rozándole las mejillas, lentes puestos y su Biblia abierta sobre la mesa junto a una taza de café humeante. El vapor aún dibujaba espirales en el aire. Había estado leyendo antes de que él llegara. Orando, quizás. Y ese detalle íntimo lo detuvo un segundo en el umbral, sin que ella lo notara. Había algo en esa imagen que le apretaba el pecho sin avisarle.

Al verlo, su rostro se iluminó con una sonrisa sincera, de esas que nacen primero en el alma y después en los labios. No necesitaba explicación. Ni palabras. Era hogar.

—Buen día, mi amor.

—Buen día, rubia. Tan hermosa como siempre vos...

Gabriel entró despacio. Nunca invadía su espacio. Nunca irrumpía.

Con Nova, incluso el aire parecía tener límites sagrados. Se inclinó y la besó con ternura, como si ese gesto fuera una declaración silenciosa que no necesitaba testigos. No hubo urgencia. No hubo posesión. Solo una certeza tranquila que se apoyaba en sus labios y que decía, sin palabras: acá estoy, y acá me quedo.

Desayunaron frente al ventanal. Café, tostadas tibias y mermelada casera. Afuera, la ciudad comenzaba a acelerarse: bocinas, motores, pasos apurados.

Adentro, el tiempo parecía dilatarse. El mundo no tenía autoridad sobre ellos. Ese departamento era una isla pequeña y

perfecta en medio del caos, y los dos lo sabían, y los dos elegían no decirlo para no romper el hechizo.

Nova sostuvo la taza entre las manos unos segundos más de lo necesario. No bebía. Se aferraba al calor.

—Extraño a mis viejos. — Lo dijo bajito. Casi con culpa. Como si amar a unos no debiera restar amor a otro. Como si la distancia fuera una deuda que no terminaba de saldar.

Gabriel dejó el cuchillo sobre el plato con un sonido suave, pero firme.

—¿Mucho?

Ella asintió, sin mirarlo todavía.

—Mucho. Imma me llama casi todos los días. Finge que es para preguntarme recetas, pero en realidad quiere escuchar mi voz. Y Abba... —sonrió con ternura, una ternura que le humedeció apenas la mirada— Abba intenta hacerse el fuerte, pero sé que me extraña. Lo conozco demasiado bien para que me engañe.

Gabriel la observaba sin interrumpir. Registraba cada microgesto. Cada inflexión. No analizaba. Esta vez, no. Solo sentía, y lo que sentía no tenía nombre todavía, pero ocupaba cada vez más espacio dentro de él.

—Ellos saben todo de vos —continuó ella— Les hablo todo el tiempo. Imma dice que quiere conocerte. Abba quiere ver si sos tan serio como parecés en las fotos.

—¿Y vos qué les decís?

Nova lo miró fijo. Sin juego. Sin ironía. Con esa franqueza suya que siempre lo agarraba desprevenido.

—Que no sos serio. Que sos intenso. Que sos brillante. Que sos... el hombre que me cambió la vida.

El silencio que siguió fue distinto. Más denso. Más real. Ya no era un silencio cómodo. Era un silencio que exigía estar a la altura. Que pedía algo a cambio. Que no admitía medias palabras.

Gabriel entrelazó sus dedos con los de ella, y esta vez apretó un poco más de lo habitual.

—Quiero conocerlos.

Nova parpadeó. No esperaba eso. No tan directo. No tan decidido. Como si esa frase corta contuviera una promesa que él no necesitaba explicar.

—¿En serio?

—Sí… ellos son parte de tu historia, entonces yo quiero estar ahí. Quiero ver la casa donde creciste. El cielo que mirabas cuando soñabas con irte. Quiero entender de dónde salió esta mujer que me vuelve loco... y que no me deja respirar un minuto sin pensar en ella.

Su voz no temblaba. Pero había algo vulnerable en su confesión. Algo que no estaba calculado, que se le había escapado sin permiso, y que él no intentó recuperar.

Ella rió suavemente, aunque sus dedos seguían entrelazados a los de él, como si necesitara asegurarse de que no era una ilusión.

—Si me seguís diciendo esas cosas, voy a terminar pensando que es cierto...

—¿Acaso cabe alguna duda de que todo es verdad...?

Nova respiró profundo. El aire le pesó un poco más en el pecho. No era angustia. Era el peso dulce de algo que te importa demasiado.

—A veces me da miedo que esto sea demasiado perfecto.

Gabriel frunció apenas el ceño.

—¿Perfecto?

—Sí. Que todo esté bien. Que trabajemos juntos. Que nos riamos de las mismas cosas. Que respetes mi fe, aunque no siempre la entiendas. —Hizo una pausa. Sus ojos buscaron los de él con una honestidad que dolía un poco— Me da miedo despertar... y que no estés.

Ahí estaba el verdadero temor. No el presente. La posibilidad de perderlo. Esa grieta pequeña que tienen todas las felicidades grandes: el miedo de que algo tan bueno no pueda durar.

Gabriel se inclinó hacia ella, apoyando la frente contra la suya. Cerró toda distancia. Y cuando habló, lo hizo despacio, midiendo cada palabra como quien firma algo que no tiene vuelta atrás.

—Escuchame bien, rubia. No existe un escenario posible donde yo elija no estar con vos. Ni uno.

No fue romántica. Fue absoluta.

Ella cerró los ojos. Esa frase no la tranquilizó del todo. La conmovió. Había una diferencia, y Nova la conocía: la tranquilidad calma. La conmoción transforma.

—Eso suena a promesa.

—Lo es.

Nova abrió los ojos lentamente, buscando en los de él una fisura. Pero no la encontró. Solo encontró esa mirada que ya conocía

de memoria y que, cada vez que la miraba, le decía algo distinto. Esta vez le decía: confía.

—Prometeme algo...

—Decime.

—Que pase lo que pase, no vamos a perder esto jamás. Esta forma de mirarnos. Este respeto. Este amor eterno que sentimos...

Gabriel no dudó. No pidió condiciones. No hizo preguntas estratégicas. Y en ese no dudar estaba todo lo que Nova necesitaba saber.

—No lo vamos a perder jamás.

Ella lo sostuvo unos segundos en silencio. Como si midiera el peso de esa palabra.

Jamás. Una palabra enorme para ser pronunciada tan tranquilamente, en un departamento de Recoleta, un martes a la mañana, con el café todavía tibio.

—Entonces... quiero que me acompañes a Icho Cruz.

Gabriel sonrió con decisión. No fue impulsivo. Fue elección consciente, de esas que se toman desde adentro.

—Bien. Prepará un bolso liviano y vamos... Solo uno. No lleves todo tu equipaje.

Nova frunció el ceño, divertida.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—¿Qué te parece este fin de semana?

El corazón de ella dio un pequeño salto. Literal. Visible en el modo en que inhaló más profundo, en la manera en que sus manos se apretaron levemente sobre la mesa.

—¿De verdad?

Gabriel la miró con esa serenidad suya que nunca era frialdad, sino certeza.

—No preciso una razón para darte todo lo que tengo, Nova. Solo quiero que sepas que te amo.—Hizo una pausa breve y agregó—: Quiero que tus padres vean quién soy cuando estoy con vos. No el empresario. No el de las fotos. El hombre que vive por el amor que me brindas.

Nova se levantó lentamente y se acercó hasta quedar frente a él. Apoyó las manos en su pecho, sintiendo el latido firme bajo la camisa. Sólido. Inquebrantable. El corazón de un hombre que había decidido quedarse.

—Gaby... Lo nuestro recién empieza, ¿no?

Había ilusión en esas palabras. Pero también una sombra apenas perceptible. Como si necesitara confirmarlo. Como si, en el fondo, todavía le costara creer que algo así podía ser para ella.

—Recién empieza, pero jamás va a terminar. Aún nos queda mucho camino por recorrer...

Y en ese instante, mientras el sol avanzaba por el piso de madera y la ciudad seguía su curso indiferente, la felicidad fue completa. Sin grietas y sin sombras.

Una felicidad tan luminosa... que parecía eterna. Como si el tiempo hubiese decidido detenerse justo allí. Y jamás pudiera romperse.

OTRO LUGAR

Ese sábado amaneció despejado. El cielo tenía esa claridad limpia que promete algo bueno. Como si hubiese sido preparado con anticipación.

A las seis en punto, el deportivo de Gabriel se detuvo frente al edificio de Nova. El motor ronroneaba con suavidad, casi respetando el silencio de la mañana. No era ostentación. Era control. Precisión.

Ella bajó con un bolso pequeño, prolijamente preparado, y su Biblia guardada con cuidado en el interior, envuelta en una funda que había usado desde adolescente. No era un objeto más. Era su raíz.

Gabriel descendió del auto para abrirle la puerta. Siempre abría la puerta. No por protocolo. Por elección. Le dio un beso y le preguntó:

—¿Dormiste algo?

—Poco —confesó ella— Estaba muy nerviosa... hace meses que no vuelvo.

Había ilusión en su voz, pero también un hilo de ansiedad. Volver siempre implica recordar quién eras antes de convertirte en quien sos ahora.

Él tomó el bolso sin esfuerzo y lo acomodó en el baúl.

—Tranquila. Vamos a llegar antes de que tus padres terminen el segundo mate.

Nova frunció el ceño mientras se acomodaba en el asiento.

—Gaby... son como doce horas de viaje. Si querés, yo puedo manejar un rato así no llegás tan cansado.

Él cerró la puerta con suavidad, rodeó el vehículo y se sentó al volante. Ajustó el espejo. Encendió el motor.

—No hoy…

Ella lo miró intrigada mientras el auto comenzaba a avanzar por las calles aún vacías, donde los semáforos parecían guiñarle el paso.

—¿Qué significa "no hoy"?

Gabriel sonrió sin responder. Y ese silencio no fue evasión. Fue anticipación.

El trayecto al aeropuerto transcurrió entre conversaciones livianas y silencios cómodos. Nova observaba la ciudad despertarse: persianas que se abrían, colectivos iniciando ruta, una panadería encendiendo sus luces. Quería guardar cada detalle antes de dejarla atrás unos días. Mirarla así, con esa ternura silenciosa de quien se despide de algo conocido, le apretó el corazón a Gabriel de un modo que no esperaba.

Cuando el cartel de Ezeiza apareció a lo lejos, ella giró la cabeza lentamente hacia él.

—Pero... no sacamos pasajes….

—No.

—No hicimos check-in…

—No.

—Gabriel...

Él tomó el desvío hacia la zona privada de hangares. El portón fue abierto automáticamente por A.P.R.I.L., que estaba en el sistema del vehículo. Un gesto mecánico. Impersonal. Pero para Nova, todo empezó a sentirse demasiado grande. Sintió un leve cosquilleo en el estómago. No era miedo. Era esa sensación de estar entrando en un mundo que todavía no terminaba de asimilar.

Y entonces lo vio. Sobre la pista iluminada por el sol naciente, descansaba un elegante Jet Gulfstream G650 gris metalizado. Silencioso. Imponente. Perfecto.

Nova parpadeó dos veces, como si su mente tardara en alcanzar lo que veía.

—No me digas que...

—Es nuestro vuelo —respondió él con naturalidad. Una naturalidad que redefinía el concepto de "viaje".

Ella giró hacia él, incrédula.

—¿Nuestro…?

—Correcto, Princesa. Este es el avión de la empresa. En otras palabras... es "nuestro" vuelo.

Gabriel bajó del auto y rodeó el frente para abrirle la puerta. Cuando Nova apoyó los pies en el asfalto, el aire tenía ese olor limpio de mañana abierta, mezclado con combustible y horizonte. El tipo de aire que huele a comienzo.

—¿No querías que este viaje fuera lo antes posible...? —dijo él con serenidad, sonriendo— Quiero que lo disfrutes desde el primer minuto.

Ella lo miró largo. Demasiado largo.

—Gaby... yo nunca volé.

Esa confesión tenía algo infantil. Vulnerable. Y Gabriel la recibió como lo más valioso que ella podía darle: la verdad sin adorno.

—Entonces... hoy es un buen momento para comenzar a hacerlo.

No dijo "conmigo". Pero estaba implícito en cada letra.

Subieron la escalerilla. Cada escalón era una frontera. No había filas, ni ruidos, ni anuncios por altoparlante. Solo el murmullo lejano del viento y el eco de sus propios pasos. Dentro, la cabina era amplia, silenciosa, con una luz cálida que envolvía todo. Cuero claro. Madera pulida. Orden absoluto.

Dos azafatas los recibieron con profesionalismo impecable.

—Bienvenido, señor Gabriel. Mucho gusto, señorita Nova.

Nova respondió con una sonrisa tímida, tratando de ubicarse en ese escenario que parecía diseñado para otro tipo de mujer. Pero no lo era. Estaba diseñado para ella. Solo que todavía no lo sabía.

Cuando se acomodaron frente a frente y el avión comenzó a moverse hacia la pista, la voz femenina, clara y perfectamente modulada, emergió del sistema de audio de cabina.

—Buen día, señor Gabriel. Buen día, señorita Nova. Plan de vuelo confirmado con destino a pista privada Icho Cruz. Tiempo estimado de vuelo: cincuenta y ocho minutos. Trayectoria optimizada. Condiciones meteorológicas óptimas. ¿Desean activar monitoreo ejecutivo completo durante el trayecto?

—Buen día, A.P.R.I.L.

—Buenos días, señorita Nova.

Gabriel la observó un instante antes de responder.

—Monitoreo estándar.

—Confirmado, señor. Supervisión pasiva activada. Les deseo un vuelo estable.

Nova acomodó el cinturón con tranquilidad.

—Siempre tan precisa.

—Fue diseñada para eso —respondió Gabriel.

—Menos mal que no todos funcionamos igual —dijo ella suavemente.

Y en esa frase pequeña había toda una filosofía.

Cuando el avión comenzó a moverse hacia la pista, Nova entrelazó sus manos sin darse cuenta. Era su manera de afirmarse al suelo que estaba a punto de perder. Gabriel extendió la suya.

—Tranquila. Estoy acá.

Ella la tomó. Y ese contacto fue más firme que cualquier cinturón de seguridad.

El despegue fue decidido. El cuerpo se pegó suavemente al asiento mientras la pista desaparecía bajo ellos. La ciudad comenzó a hacerse pequeña, comprimida en líneas y manchas de luz. Buenos Aires entera quedando atrás. El ruido, la gente, la ciudad. Todo lo que alguna vez los había separado, achicándose allá abajo hasta volverse insignificante.

Nova cerró los ojos un instante.

—¿Estás orando? —preguntó él con suavidad.

Ella asintió.

—Siempre que empiezo algo importante lo hago. Y más hoy, siendo que nunca subí a un avión.

Su voz no temblaba. Confiaba. Incluso en el aire. Gabriel no dijo nada. Solo la observó. Había algo en esa serenidad que lo desarmaba más que cualquier discusión. Ella no controlaba el entorno. Lo entregaba. Y él, que había construido su vida entera sobre el control, no podía dejar de preguntarse cómo se sentía eso.

—Gracias por respetar esto —susurró ella cuando abrió los ojos.

—Jamás será algo que tenga que "soportar". Es parte de vos, y amo cada cosa que sale de vos.

La ciudad ya era un entramado lejano. Las nubes los envolvieron por unos segundos, borrándolo todo, hasta que emergieron sobre un cielo limpio y profundo. Azul sin límite. Como si el mundo de arriba no tuviera nada que ver con el de abajo. Como si allí, a esa altura, fueran finalmente libres para amar sin que nada ni nadie pudiera alcanzarlos.

Nova apoyó la frente en la ventanilla.

—Es increíble... parece que todo se vuelve pequeño desde acá.

Gabriel la miró en silencio. Pensaba en imperios, en mercados, en decisiones millonarias. Y, sin embargo...

—Las cosas pequeñas son las que más importan.

—¿Cómo qué?

—Como que vuelvas a abrazar a tu mamá. Como que tu papá me mire intentando descifrarme. Como que sonrías siempre como lo hacés ahora.

Nova sostuvo su mirada.

—A veces siento que no merezco todo esto, Gaby. Que todo esto es demasiado, es un sueño...

Había algo más detrás de esa frase. No era solo humildad. Era temor a que lo extraordinario se desmorone.

—No vuelvas a decir eso.

—Es verdad. Vos sos... —hizo un gesto amplio hacia la cabina, hacia el cielo, hacia todo— todo esto.

—Y todo esto… es nada comparado a lo que sos vos y a lo que representás...

Lo dijo sin ironía. Sin estrategia. Como creyéndolo en su mente y en su corazón. Como alguien que finalmente entiende que el mayor lujo de su vida no tiene precio de mercado. Solo amor…

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue profundo. Cargado de algo que no pedía explicación.

El avión avanzaba con estabilidad. Afuera, el paisaje comenzó a transformarse lentamente: el verde uniforme dio paso a ondulaciones suaves. Las primeras sierras aparecieron como sombras azules en el horizonte.

Nova se incorporó apenas.

—Ya estamos llegando, ¿no...?

—Sí.

Ella lo miró con una mezcla de emoción y nervios. Volver implica mostrarse completa.

—Prometeme algo.

—¿Otra promesa?

—Si alguna vez me pierdo... si alguna vez me asusto... o si alguna vez me enojo con vos, recordame este momento. Recordame cómo me siento ahora.

No estaba hablando solo del viaje. Estaba hablando del amor. De esa clase de amor que hay que recordar en los días oscuros para no perderlo.

—No vas a perderte.

—Prometemelo igual.

Gabriel inclinó la cabeza, aceptando el peso invisible de esa petición.

—Te prometo que voy a cuidar cada recuerdo nuestro. Cada uno.

Cuando las sierras comenzaron a dibujarse con mayor claridad en el horizonte, la voz volvió a escucharse.

—Iniciando protocolo de aproximación a pista privada Icho Cruz. Descenso suave autorizado. Tiempo estimado de aterrizaje: seis minutos. Bienvenido, señor Gabriel. Bienvenida a casa, señorita Nova.

Nova cerró los ojos apenas al oír esa última frase.

—Gracias, A.P.R.I.L.

—De nada, señorita Nova.

—Ni siquiera sabe lo que significa "casa" —dijo Gabriel

—A.P.R.I.L. no necesita saberlo —respondió Nova— El significado es para mí.

El descenso continuó estable. El jet inició su aproximación suave hacia la pista privada entre vegetación serrana. La luz era distinta allí: más clara, más viva. Menos ciudad. Más cielo.

Cuando tocaron tierra, Nova dejó escapar una risa que no pudo contener. Libre. Infantil. Pura.

—Estoy en casa. Gracias, Señor.

Gabriel la observó como si esa frase fuera un privilegio que no se compra, no se negocia, no se programa. Mientras el avión rodaba lentamente hasta detenerse, la felicidad seguía intacta. Plena. Sin presagios. Tan perfecta... que algún día dolería recordarla.

El jet se detuvo con suavidad sobre la pista privada, rodeada de vegetación serrana. Cuando la puerta se abrió, el aire tenía un perfume distinto: más limpio, más fresco, con esa claridad de mañana amplia que solo existe en las sierras. No era solo oxígeno. Era memoria.

Nova inhaló profundo antes de bajar.

Al pie de la escalerilla los esperaba un empleado de Gabriel, pulcro e impecable. En sus manos sostenía un juego de llaves.

—El vehículo ya está listo, señor.

A pocos metros, un deportivo negro brillaba bajo el sol claro de la mañana cordobesa. Bajo, potente, elegante. Una presencia ajena y a la vez imponente en medio del paisaje sereno. Demasiado sofisticado para ese suelo de polvo blanco.

Gabriel tomó las llaves, agradeció con un gesto mínimo y, sin decir nada, se volvió hacia Nova. Ella lo miró fascinada, recorriendo con los ojos la máquina. Pero no era ambición lo que brillaba en su mirada. Era vértigo.

Él extendió la mano y depositó las llaves sobre su palma.

—Manejás vos.

Nova abrió los ojos.

—¿Yo?

No era incredulidad. Era emoción contenida.

—Es tu tierra. Quiero que me lleves.

La frase no fue romántica. Fue rendición.

La emoción le cruzó el rostro como una ráfaga. Sonrió, pero detrás apareció un leve temblor.

—Hace mucho que no manejo por estos caminos...

—Entonces es un buen momento para volver a hacerlo — respondió él, con calma. Sin imponer. Sin corregir. Solo acompañando.

Nova respiró profundo, rodeó el auto y se sentó al volante. El cuero estaba frío bajo sus manos. Ajustó el asiento. Acomodó los espejos. Sus movimientos eran precisos, pero el brillo en sus ojos ya no era ejecutivo. Era una chica volviendo a casa.

Encendió el motor. El rugido fue breve, controlado, casi contenido. Como Gabriel.

Salieron de la pista y tomaron la ruta que serpenteaba entre cerros. La mañana estaba limpia. El cielo, profundo. La luz clara delineaba cada piedra, cada pliegue verde del paisaje. Gabriel observaba en silencio cómo el rostro de Nova cambiaba. Se suavizaba.

Se desarmaba. Ya no era la secretaria impecable que organizaba su mundo. Era la chica que volvía a casa.

—Quiero mostrarte algo antes de llegar —dijo ella, sin apartar la vista del camino.

—Lo que vos quieras, mi amor.

Nova señaló hacia un conjunto de elevaciones a la izquierda.

—¿Ves ese cerro? El más redondeado.

Gabriel entrecerró los ojos.

—Sí.

Ella sonrió, y esa sonrisa tenía años.

—Le dicen el Cerro Nova.

Él giró hacia ella, genuinamente sorprendido.

—¿Perdón…?

Nova rió. Liviana. Libre.

—No es oficial. Pero todos en el pueblo lo llaman así. Sofy y yo veníamos siempre acá de chicas. Subíamos hasta una parte donde se forma una olla natural y nadábamos horas y horas. Jugábamos a que el mundo era nuestro.

Gabriel la escuchaba con atención absoluta. No analizaba. No interrumpía. Solo absorbía.

—¿Y por qué tu nombre?

—Porque yo era la que convencía a todos de subir —admitió, divertida— Decían que si Nova estaba… seguro terminaban en el cerro.

El auto avanzaba entre curvas suaves. En algunos tramos el ripio levantaba apenas polvo blanco detrás, dibujando una estela breve.

—Ahí aprendí a soñar —agregó ella, con la voz más baja— Mirando el pueblo desde arriba. Pensando que algún día iba a irme... pero que siempre iba a volver.

Gabriel apoyó el brazo en la ventanilla, mirando el horizonte.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Que nunca te fuiste del todo.

Nova no respondió. Pero su pulso en el volante se estabilizó. No estaba huyendo. Estaba integrando.

El camino de ripio apareció finalmente, blanco y familiar. El deportivo avanzó entre campos abiertos hasta que la granja se alzó frente a ellos.

El granero rojo. Los silos gemelos. La casa baja con el porche de madera. Todo intacto. Como si el tiempo no se hubiera atrevido a tocar nada.

Nova redujo la velocidad y detuvo el auto frente a la casa. El motor quedó vibrando unos segundos antes de apagarse. El silencio que siguió fue profundo. Soltó el volante despacio, todavía sintiendo el pulso del viaje en sus manos.

Gabriel observó en silencio. No estaba visitando solo un lugar. Estaba entrando en el origen de ella.

La puerta de la casa se abrió. Martha salió al porche, secándose las manos en su delantal prolijo. Al ver a su hija bajar del lado del conductor, se llevó una mano al pecho. Sus anteojos reflejaron la luz blanca de la mañana.

Nova no caminó. Corrió.

—¡Imma!

El abrazo fue inmediato, fuerte, real. Martha la sostuvo con ambas manos, como si necesitara asegurarse de que no era un recuerdo. Le acarició el cabello, el rostro, los hombros. Sonrió entre lágrimas que no intentó disimular. Esas lágrimas que las madres reservan para cuando nadie mira y que ese día no pudieron esperar.

En el umbral apareció Jonathan. Sesenta años bien llevados. Espalda recta. Ropa de trabajo limpia. Las manos grandes apoyadas en el marco de la puerta. No necesitaba moverse para imponer presencia.

Nova se desprendió de su madre y fue hacia él.

—¡Abba!

Jonathan la recibió con firmeza. No habló al principio. Solo la sostuvo un instante más largo de lo habitual. La mano en su espalda fue protectora. Evaluadora. Esa mano que la había sostenido de niña y que ahora la recibía mujer.

Mientras Nova se fundía en esos abrazos que ningún tiempo puede reemplazar, Gabriel se apartó unos pasos hacia el borde del campo. El aire era distinto allí. Sin vidrio. Sin acero. Sin sistemas visibles. Activó el sensor táctil en el lateral de su reloj.

—A.P.R.I.L.

La respuesta llegó por el auricular interno, nítida.

—En línea, señor.

—Reporte general.

—Operaciones globales estables. Seguridad activa en Torre DMT. Sin alertas críticas. Monitoreo remoto disponible durante su permanencia en Icho Cruz.

Gabriel observó a Nova reír, con los ojos húmedos, abrazando a su padre.

—Solo alertas críticas.

—Confirmado.

Hubo una pausa mínima.

—Señorita Nova presenta elevación transitoria de frecuencia cardíaca compatible con emoción positiva.

Gabriel sostuvo la imagen frente a él.

—Lo sé.

Silencio.

—Desactivá monitoreo biométrico de proximidad de la señorita Nova durante nuestra estadía.

Pasó solo una fracción de segundo.

—Confirmado. Señorita Nova queda fuera de monitoreo activo. Permaneceré en segundo plano hasta nueva orden.

El reloj volvió a oscurecerse. Gabriel respiró profundo. Por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba que todo estuviera bajo control. Solo que ella estuviera bien.

Jonathan, al soltar a Nova, buscó señales. Salud. Cansancio. Cambios. Recién entonces su mirada fue hacia el auto. Y después hacia Gabriel. Que estaba de pie junto al vehículo. No avanzó enseguida. Esperó el momento justo. No era su terreno. Lo sabía.

Martha lo observó con atención discreta. Notó su postura erguida, la manera en que sus ojos volvían siempre a Nova incluso cuando ella no lo veía. Se inclinó apenas hacia su hija y murmuró con una sonrisa suave:

—Tenés muy buen gusto, hija...

Nova se sonrojó, pero no respondió. No hacía falta.

Gabriel finalmente se acercó. Sus pasos fueron firmes, pero sin arrogancia. Extendió la mano hacia Jonathan con serenidad medida.

—Un gusto conocerlos.

Jonathan sostuvo su mano con presión justa. No fue un gesto hostil. Fue una evaluación silenciosa. Una forma de medir carácter. Sus

ojos recorrieron el rostro del hombre que había traído a su hija de regreso. No vio soberbia sino decisión.

—Bienvenido —dijo al fin.

Fue breve. Pero suficiente.

Martha sonrió, más abierta ahora.

—Pasen. ¿Por qué no avisaron que venían? Los hubiéramos esperado preparados para la ocasión. La mañana está hermosa y el mate ya está listo.

Nova miró la casa. Miró a sus padres. Miró a Gabriel. Y en ese triángulo de miradas entendió algo que no tenía palabras exactas: había vuelto. Y ahora, él estaba dentro de su mundo. No como visitante. Sino como parte de su historia. Como si siempre hubiera estado destinado a estar ahí, en ese porche, bajo esa luz, con esa gente.

ALGUNAS FRASES

La cocina era pequeña y luminosa. Las cortinas blancas se inflaban apenas con la brisa que entraba por la ventana abierta. En el centro, la mesa de madera gastada sostenía el mate, la pava humeante y un plato con pan casero recién cortado. Era una cocina que olía a historia. A años de desayunos, de discusiones resueltas, de oraciones dichas en voz baja antes de empezar el día.

Nova se movía con naturalidad intacta, como si los meses en Buenos Aires no hubieran existido.

—¿Todavía te acordás dónde están las cosas? —preguntó su madre, divertida.

—Claro que sí, Imma…

Tomó el frasco de yerba del estante exacto. Sus dedos no dudaron. No buscaban: sabían. Ese tipo de memoria que no vive en la cabeza sino en el corazón.

Jonathan se sentó frente a Gabriel. No adoptó postura rígida. Pero tampoco relajada. Era la posición de un hombre que observa. Que mide. Que no necesita palabras para hacer preguntas.

—Así que viajaron en avión hasta acá.

—Sí, señor.

—¿De línea?

Nova levantó apenas la vista, conteniendo una sonrisa que no llegó a nacer.

—No. En uno privado —respondió Gabriel, sin orgullo. Sin adorno. Solo la verdad dicha con la misma naturalidad con que otro diría "en colectivo".

Jonathan sostuvo su mirada unos segundos más de lo necesario.

—Debe estar acostumbrado a otras comodidades. ¿No es así?

Gabriel recorrió la cocina con los ojos: la mesa sencilla, el reloj antiguo marcando las nueve y veinte, la luz clara entrando sin filtros, el vapor del mate dibujando espirales en el aire. Todo simple. Todo real. Todo sin pretensiones.

—La comodidad no siempre tiene que ver con el lujo.

Martha apoyó el mate cebado frente a él.

—¿Toma mate...?

—Sí, gracias. Aprendí hace poco —respondió, mirando a Nova— Su hija es exigente como maestra.

Nova bajó la mirada. Una leve sombra rosada cruzó sus mejillas.

Jonathan registró ese detalle. El rubor de su hija. La mirada de ese hombre. La forma en que los dos se buscaban sin buscarse. No dijo nada todavía. Pero ya había visto suficiente para seguir mirando.

—¿Y cuáles son sus intenciones con mi hija, Gabriel?

La pregunta cayó limpia. Directa. Sin agresión. Era la pregunta de un padre sin tiempo para rodeos.

Nova dejó la pava sobre la mesa con un sonido apenas perceptible. Sus hombros se tensaron, casi imperceptibles para cualquiera que no la conociera.

—Formar una vida con ella. Tener hijos. Cuidarla. Hacerla feliz…

No agregó nada más. No necesitaba. Las palabras cortas y directas a veces pesan más que los discursos largos.

El silencio fue espeso. No incómodo. Evaluativo. El silencio de quien sabe que lo que viene después importa.

Jonathan apoyó los codos sobre la mesa.

—Mi hija es creyente. Firme. No negocia eso.

—Lo sé.

—¿Y usted?

No era solo religión. Era carácter. Era integridad. Era la pregunta real detrás de todas las demás.

Gabriel respiró con calma. No buscó las palabras. Las encontró.

—No crecí en su mundo. Pero respeto profundamente lo que ella cree. Y respeto lo que eso la convirtió.

Nova lo miró entonces. No había sorpresa en sus ojos. Había orgullo. Y una emoción contenida que no quería delatarse frente a su padre. Porque lo que Gabriel acababa de decir no era diplomacia. Era verdad. Y ella lo sabía distinguir.

Martha intervino con suavidad maternal.

—Lo importante es que siempre la trate bien.

—La trato como un hombre debe tratar a la mujer que no quiere perder jamás, sino que quiere estar a su lado siempre. Como el tesoro más hermoso donde está mi corazón…

Nova apretó el mate entre las manos. El vapor empañó apenas sus lentes. Adentro, algo se le movió con una fuerza que no esperaba. Había un largo camino roto entre el pasado y ese momento. Muchas dudas. Muchos miedos. Muchas noches preguntándole a Dios si este hombre era real. Y ahora él estaba sentado en la cocina de su infancia, mirando a su padre a los ojos, diciendo en voz alta lo que ella había pedido en silencio.

Jonathan volvió a cebar. Movimientos lentos, deliberados. Pensados. Y le pasó el mate a Gabriel.

—Entonces tiene que saber algo.

Gabriel esperó sin interrumpir.

—Si alguna vez la hace llorar... va a tener que venir a explicármelo a mí.

La frase no fue amenaza. Fue advertencia amorosa. La advertencia de un padre que entrega lo más preciado que tiene y necesita saber que va a estar cuidado.

Gabriel sostuvo su mirada sin bajar los ojos.

—Si alguna vez la hago llorar... prometo que seré el primero en venir a dar la cara y a pedir perdón por haberlo hecho.

Hubo una pausa. Jonathan lo observó un segundo más. Luego asintió una sola vez. Ese gesto fue más importante que cualquier discurso. Más valioso que cualquier contrato. Era la aprobación silenciosa de un hombre que no regala su confianza.

Martha los miraba con los ojos húmedos.

—Hace mucho que no la veía así —dijo en voz baja.

—¿Así cómo, Imma?

—Con tanta paz y con una mirada llena de amor como nunca antes te vi.

La palabra quedó suspendida en la cocina como si tuviera peso propio.

Paz. Nova la sostuvo adentro un momento. Era exactamente eso. No euforia. No vértigo. Paz. La misma que le había pedido a Dios aquella noche cuando todavía no sabía si este hombre volvería.

Gabriel la miró. Nova sostuvo su mirada.

—Estoy en paz —dijo ella— Y también feliz…

Y esta vez nadie dudó de que era verdad.

El mate siguió girando un par de rondas más. La tensión se disolvió en conversación simple, en anécdotas pequeñas, en risas suaves. Afuera, el sol ya estaba firme sobre el patio.

Jonathan apoyó la bombilla dentro del mate y se puso de pie.

—Voy a mostrarle el patio. Así ve dónde creció esta señorita.

—Papá... —protestó Nova, sonriendo.

Salieron al fondo. El patio era amplio. Tierra firme, pasto bien verde. Un limonero a un costado.

La galería con una mesa larga de madera que guardaba marcas de años. De almuerzos. De tardes largas. De una niña que aprendió a leer ahí sentada. Y Gabriel casi podría haber jurado que vio el nombre Nova grabado sobre la madera con algo filoso.

—Ahí —señaló Jonathan— aprendió a leer. Se sentaba en ese escalón con la Biblia más grande que encontraba.

—No exagerés, Abba —dijo Nova.

—No exagero.

Y en su voz no había orgullo superficial. Había algo más profundo. La satisfacción callada de un padre que sembró bien.

Gabriel observaba con atención verdadera. No como visitante curioso, sino como hombre que intenta comprender el origen de la mujer que amaba. Cada detalle de ese patio le decía algo sobre ella. Cada marca en la madera era un capítulo que él no había leído todavía.

—¿Era obediente? —preguntó con media sonrisa.

Martha apareció detrás.

—Mucho. Pero cuando algo no le parecía correcto... no había forma de moverla.

Gabriel asintió. Eso no le sorprendía. Era la misma Nova que le había dicho que no cuando todo en él quería escuchar que sí. La misma

que se había plantado con firmeza cuando él cruzó un límite. La misma que había hecho las valijas antes de negociar sus convicciones.

—¿Le discute mucho? —preguntó Jonathan.

—No —respondió Gabriel con serenidad— Me ordena bastante.

Nova lo miró con una fingida severidad.

—Alguien tiene que hacerlo….

Rieron. Y esa risa fue el primer momento en que los cuatro respiraron al mismo tiempo, sin medir nada.

Jonathan tomó una pelota vieja apoyada contra la pared.

—¿Le gusta el fútbol?

—Sí, claro. Me encanta.

En pocos minutos estaban en medio del patio, intercambiando pases torpes pero sinceros. Gabriel, despeinado por el viento serrano, riéndose cuando la pelota se iba demasiado lejos.

Ya no era el empresario. Ya no era el dueño de Digital Media Tech. Era un hombre compartiendo una tarde con el padre de la mujer que amaba. Y eso, descubrió, valía más que cualquier reunión de directorio.

—No le pegue tan fuerte, que me rompe el limonero —advirtió Martha desde la galería.

Gabriel levantó las manos en señal de disculpas. Las risas volvieron a flotar en el aire serrano.

Después del pequeño partido, Jonathan apoyó una mano firme en su hombro.

—No parece estar incómodo acá.

—Será porque no lo estoy. Me siento muy bien…

Jonathan lo miró unos segundos.

—Eso es bueno.

Hubo una pausa de esas donde dos hombres se miden sin violencia y se entienden. Donde no hacen falta más palabras porque ya dijeron todo lo importante.

Nova se levantó del escalón. Caminó hasta Gabriel. Tomó su mano con naturalidad. Apoyó la cabeza en su hombro. No fue un gesto teatral. Fue hogar.

Martha los miró. Y algo dentro de su pecho se acomodó definitivamente. Como si por fin pudiera soltar el miedo que ninguna madre confiesa en voz alta. El miedo de que su hija llegue a un lugar

donde nadie la cuide como ella merece. Ese miedo que cargó desde el día en que Nova le dijo que se iba a Buenos Aires con una valija y su Biblia, sin conocer a nadie.

Hoy, mirándola recostada en ese hombro, entendió que había llegado al lugar correcto. Y que solo la emoción —esa que no se puede fingir ni programar— era capaz de sostener algo así.

DEJAME ENTRAR EN TU CORAZÓN

Después del almuerzo liviano y las risas largas, Nova tomó la mano de Gabriel.

—Quiero que conozcas mi cerro.

Él alzó una ceja, curioso.

—¿Tu cerro?

—Sí. No figura en ningún mapa… pero es mío. Crecí ahí arriba.

Salieron caminando por la calle de tierra. El pueblo quedó atrás despacio, con sus casas bajas y saludos breves de vecinos que reconocían a Nova sin necesidad de preguntar nada. No era fama. Era pertenencia. Esa forma silenciosa que tienen los pueblos chicos de decirte: acá sos de los nuestros.

El sendero comenzó a inclinarse. Arbustos serranos, piedras claras devolviendo la luz limpia del día.

—Todos los veranos subía con Sofy —dijo ella mientras avanzaban— Pasábamos horas y horas allá arriba.

—¿Qué hacían?

—Hay una vertiente que baja desde la cima. El agua es helada. Transparente. Nadábamos hasta que los dedos se nos arrugaban y no sentíamos las piernas. —Nova sonrió con esa sonrisa que viene de adentro, de los recuerdos que no duelen, sino que abrigan.

Gabriel sonrió.

—No te imagino quieta.

—Nunca lo fui.

El sendero se estrechó. Nova avanzaba con seguridad natural, esquivando piedras como si el terreno fuera memoria corporal. Sus pies conocían ese suelo de toda su vida.

—Venía cuando necesitaba pensar —agregó— Cuando tenía miedo. Cuando quería hablar con Dios sin que nadie me interrumpiera.

Gabriel no respondió. Solo escuchaba. Y en ese escuchar había algo que Nova notó sin decirlo: él no estaba esperando su turno para hablar. Estaba recibiendo.

Llegaron al claro. La vertiente descendía entre rocas grandes formando una pileta natural. El agua brillaba bajo el sol firme. Nova se agachó y tocó la superficie.

—Sigue igual.

—¿Sube desde allá? —preguntó él, señalando una formación más alta.

—Sí. Desde la piedra grande se ve todo el valle.

Comenzó a trepar con agilidad. Sus movimientos eran precisos. Confiados. Como si el cerro y ella tuvieran un acuerdo viejo que Gabriel todavía no conocía.

Gabriel la siguió. Mucho más lento. Las piedras no eran uniformes. Algunas firmes. Otras engañosas.

—¿Venís? —preguntó ella, girando apenas.

—Sí. Estoy yendo detrás tuyo.

Dio un paso más. El borcego resbaló levemente sobre polvo suelto. No cayó, pero el cuerpo se tensó. Nova lo notó al instante.

—¿Todo bien?

Gabriel levantó la vista hacia ella.

—Sí… más o menos. No me gustan mucho las alturas cuando no hay estructura.

—¿Cómo que no hay estructura?

—En un avión todo está cerrado, calculado. Hay ingeniería, estabilidad. Esto… —miró alrededor— no lo controlo. —Silencio breve. El agua seguía su curso. El viento movió las ramas sobre ellos.

—¿Te da miedo? —preguntó ella, sin ironía. Sin burla. Con esa delicadeza suya que nunca hacía sentir pequeño al otro.

Él sostuvo su mirada.

—Sí —respondió. Simple. Sin disfraz. Y en esa admisión había algo que le costó más que cualquier decisión corporativa.

El agua seguía cayendo con su sonido constante. Nova descendió una piedra y extendió la mano.

—Aprendí a subir acá cuando tenía ocho. Me caí varias veces. Sofy se reía primero… y después me ayudaba.

Gabriel miró la mano. Luego el tramo que faltaba. No era extremo. Pero tampoco era seguro.

—No me gusta no sentir el suelo firme.

—No estás solo —dijo Nova. Y esas tres palabras pesaron diferente en ese cerro, en ese aire, en ese momento. Tres palabras que no hablaban solo del sendero.

El viento movió el cabello de ella. Él dio un paso más. Después otro. La respiración ya no era la misma que dentro del jet. Una piedra pequeña se desplazó bajo su pie. El sonido seco contra otra roca le recorrió la espalda. Se detuvo.

Nova no insistió.

—Si no querés subir, nos quedamos acá, Gaby. Que subas o no cambia nada.

Gabriel miró hacia arriba. Después hacia abajo. Después a ella. Podía forzarse. Pero eso sería orgullo. Y el orgullo, descubrió en ese cerro, pesa más de lo que parece cuando uno está solo con sus miedos y con la única persona ante quien no quiere fingir. Negó suavemente.

—No hoy…

Ella sostuvo su mirada un segundo más.

—Está bien.

Subió el último tramo sola. Desde arriba, el valle se abría inmenso bajo el cielo despejado. Toda la vida de Nova en una sola imagen: la granja pequeña a lo lejos, el pueblo, los caminos blancos que ella conocía de memoria.

—Es hermoso —dijo, con voz más suave que antes.

Gabriel la observaba desde abajo, recortada contra el cielo. Pequeña y enorme al mismo tiempo.

—Te creo.

Nova descendió con ligereza hasta quedar frente a él.

—No todo tiene que conquistarse el mismo día.

Gabriel dejó escapar una sonrisa breve.

—Puedo cruzar el mundo entero en avión sin pestañear… pero esto me supera.

—¿Porque no podés programarlo?

La frase quedó suspendida entre los dos. Certera sin crueldad. Como esas verdades que duelen justo lo necesario para que algo cambie adentro.

Ella tomó su mano.

—Este lugar me enseñó a confiar. A veces subía con miedo… pero después el miedo se iba solo.

Gabriel volvió a mirar la cima.

—Vamos a volver otro día.

—¿Para qué subas?

—Para intentarlo de nuevo. —Y esa frase, dicha en un sendero de ripio blanco bajo el sol de Córdoba, fue la más valiente que había pronunciado en mucho tiempo. No porque la cima fuera importante. Sino porque reconocer que algo te supera, y elegir volver a intentarlo igual, requiere un tipo de coraje que ningún imperio enseña.

Nova sonrió con dulzura genuina. Se sentaron en una roca más baja. El agua seguía su curso constante. El pueblo, diminuto a lo lejos.

Allí donde una niña había aprendido a confiar sin garantías, ahora una mujer compartía su historia más íntima. Y aunque el mundo de Gabriel estaba hecho de acero, motores y decisiones milimétricas… esas piedras irregulares lo enfrentaban a algo que no podía diseñar. A algo que no se compraba ni se delegaba. A la posibilidad de ser vulnerable sin perder nada. Todo lo contrario.

Nova se quitó las zapatillas y arremangó el jean.

—Te lo advierto…: está helada. —Metió los pies— ¡Sigue igual!

Gabriel la miró con una atención distinta. No como quien mira paisaje… sino como quien guarda una imagen sabiendo que la va a necesitar más adelante.

Cuando no esté. Cuando solo quede el recuerdo.

—¿Siempre fue tu lugar favorito?

—Siempre. Cuando algo dolía, venía. Cuando algo me hacía feliz, también. Este cerro conoce toda mi historia.

Él se sentó a su lado.

—¿Creés que ahora también pueda ser mi lugar favorito?

Nova lo miró con serenidad profunda.

—Si vos querés… sí…

Gabriel respiró profundo. El aire serrano le llenó los pulmones de una manera distinta al aire de la ciudad. Más limpio. Más honesto.

—¿Qué le decías a Dios cuando venías aquí…?

Ella bajó la mirada y movió sus pies chapoteando en el agua.

—Que tenía miedo de no estar a la altura de lo que soñaba. Que quería amar, pero quería hacerlo bien, de la manera correcta. Que quería que mi vida tuviera propósito.

Silencio.

—¿Y ahora…? —preguntó él.

Nova levantó la vista.

—Ahora solo le agradezco… Porque me dio todo eso el día que te conocí.

No hubo exageración en su tono. Solo verdad. Del tipo que no necesita volumen para llegar hondo. Gabriel sostuvo esa mirada un instante más largo de lo habitual. Luego se quitó los zapatos y metió los pies en el agua.

—Noooo… ¡Es imposible! —exclamó, entre risa y frío.

Nova rió abierta.

—Te avisé.

—Tenés que meter los pies de una. Soportar unos segundos, y recién después vas a ver cómo tus pies se acostumbran al frío.

Él apretó los dientes y metió sus pies…. El frío punzante empezó a transformarse en tolerable. Igual que muchas cosas en su vida desde que ella había aparecido.

—Tenías razón.

—Siempre la tengo… —Sonrió.

—Eso... aún está en discusión.

Ella lo empujó suavemente con el hombro.

El tiempo no corría. Se expandía. Y Gabriel, que había pasado décadas persiguiendo resultados, descubrió en ese instante algo que ningún balance podía medir: nunca había tenido tantas ganas de vivir como en ese momento.

Sentado en una roca irregular, con los pies helados, sin señal en su celular, sin agenda, sin control. Solo con ella.

Gabriel volvió a mirar la cima.

—Un día voy a estar ahí arriba. Te lo prometo.

Nova lo observó con esa mezcla de firmeza y ternura que la definía.

—Estoy segura de que así será, y yo te voy a estar esperando allí… —No lo dijo como promesa ingenua. Lo dijo con fe. La misma fe con que subía este cerro de niña cuando las piernas le temblaban.

El sol ya estaba más alto. El mundo parecía estable. Seguro. Se levantaron despacio. Antes de irse, Nova miró la cima una vez más. Gabriel siguió su mirada.

—Mañana —dijo.

Ella apretó su mano.

—Mañana.

Y todos los detalles de ese día quedaron guardados con una nitidez peligrosa: el agua helada, la piedra inestable, la mano extendida, el "no hoy", el "mañana". Detalles que algún día dejarían de ser simples recuerdos y se convertirían en ecos. Ecos de una felicidad que solo muy pocos llegan a alcanzar…

Bajaron del cerro despacio, sin apuro. Nova caminaba unos pasos delante, girando cada tanto para asegurarse de que Gabriel estuviera cómodo en el descenso.

—¿Me vas a entrenar entonces? —preguntó él con media sonrisa.

—Obvio. Programa intensivo de adaptación serrana para ejecutivos guapos y millonarios...

—¿Incluye manual técnico ese programa…?

—Incluye confianza y algunos besos extras… Eso es mucho más complejo.

Gabriel negó con humor leve.

—Eso es algo que no puedo, ni quiero, tercerizar.

Ella rió bajito.

Al llegar al sendero más llano, el pueblo volvió a aparecer entre los árboles. La tarde seguía limpia, luminosa. El aire tenía ese perfume a tierra seca y peperina que solo existe en las sierras de Córdoba.

Nova caminaba más cerca ahora. Respiraba un poco más profundo de lo habitual. Gabriel lo notó sin decir nada. No era el cansancio normal de una bajada. Era algo distinto. Algo que no encajaba del todo.

Sin que ella lo viera, presionó el sensor lateral del reloj con un gesto mínimo, casi imperceptible.

—A.P.R.I.L. —murmuró apenas, con la voz baja entre los dos.

La respuesta llegó por el auricular interno, discreta.

—En línea, señor.

—Monitoreo respiratorio. Señorita Nova. Ahora.

Una pausa breve.

—Frecuencia respiratoria levemente elevada. Patrón irregular. Podría ser compatible con esfuerzo físico reciente. Sin embargo… el patrón no responde del todo a los parámetros de recuperación esperados para la actividad realizada.

Gabriel no respondió. Siguió caminando a su lado, con la misma calma de siempre en el rostro. Pero algo adentro se tensó de una manera que no supo nombrar todavía.

—¿Probabilidad de causa física no relacionada al esfuerzo?

—Insuficiente información para determinar. Se requeriría monitoreo sostenido. Por ahora… no descartable.

Desactivó la conexión con un toque suave. Nova giraba hacia él en ese momento con una sonrisa limpia, sin saber nada.

Gabriel le devolvió la sonrisa. Igual de limpia. Igual de tranquila. Por fuera.

—¿Te frustró no subir? —preguntó ella con suavidad.

Gabriel pensó antes de responder.

—Un poco. Nunca me gustó encontrar límites.

—Todos los tenemos.

—Sí. Pero no todos me enfrentan así.

Ella lo miró de costado.

—Tal vez por eso este cerro es importante. —No era una frase casual. Era una semilla. Plantada sin aspavientos, como siempre hacía ella.

Llegaron nuevamente al pueblo. Algunos vecinos saludaron con naturalidad. Nova respondió por nombre. Gabriel observaba todo con atención genuina, sin distancia.

—Es raro —dijo él— Nadie me mira distinto.

—Acá no sos "el jefe".

—¿Y quién soy entonces?

Ella lo miró directo.

—El amor de mi vida…

Él no respondió enseguida. Algo en esa afirmación absoluta le atravesó el pecho con una mezcla de gratitud y vértigo. No había título que lo preparara para recibir eso. No había reunión de directorio donde se aprendiera a sostener algo tan total sin romperlo.

Caminaron hasta la casa. El deportivo negro brillaba bajo el sol, silencioso, fuera de contexto en ese entorno serrano.

Antes de entrar, Nova se detuvo.

—Amor… Gracias por venir.

—No tenía otra opción.

Ella arqueó una ceja.

—¿Perdón…?

—Si quería conocer tu mundo por completo para enamorarme aún más de vos, debía venir a tus raíces.

Nova bajó la mirada un segundo. Ese gesto pequeño que hacía cuando algo la tocaba profundo.

Entraron. La casa estaba fresca. La luz entraba en líneas claras por las ventanas.

—¿Tenés hambre? —preguntó ella.

—Siempre.

—Bien. Entonces vas a probar algo que no se consigue en Puerto Madero.

—Eso suena prometedor.

Nova fue hacia la cocina con naturalidad. Movimientos simples. Familiares. Gabriel la observaba sin intervenir. Ella sacó pan casero que había dejado su mamá esa mañana temprano, queso fresco y dulce de leche casero.

—Esto es patrimonio cultural —dijo mientras se sentaba.

—Y no cotiza en bolsa.

—Grave error del mercado.

Se rieron. Compartieron la mesa sin protocolo. Sin apuro. Mientras el sol avanzaba lentamente por el piso. En un momento, Gabriel la miró en silencio.

—¿En qué pensás? —preguntó ella.

—En que todo esto… es peligrosamente perfecto.

Nova dejó el cuchillo sobre la madera.

—¿Peligroso?

—Cuando algo es tan pleno… cuesta imaginar que pueda romperse.

Ella sostuvo su mirada. No desde el miedo. Desde la fe.

—No todo lo que es feliz está destinado a romperse.

Gabriel asintió. Pero en sus ojos había una conciencia distinta. Más racional. Más preventiva. La del hombre que ha aprendido a desconfiar de lo que dura demasiado.

Nova extendió la mano sobre la mesa.

—No pienses en después.

—Siempre pienso en después.

—Entonces por hoy… solo pensá en ahora.

Hubo un silencio breve. Gabriel tomó su mano. Sintió su pulso normal. Tal vez apenas acelerado. No dijo nada. Solo registró. Como hacía siempre.

—El ahora es bueno.

—Muy bueno. —Lo besó con una sonrisa entre los labios.

La luz del sol seguía entrando limpia. El pueblo estaba tranquilo.

El cerro vigilaba desde el fondo, silencioso y firme. Y en ese instante no hubo sombras. Solo dos mundos encontrándose sin fricción. Sin heridas. Sin grietas.

Una felicidad completa. Tan sólida… que parecía imposible que algo pudiera alterarla.

Pero… en algún punto del horizonte, una nube fina comenzó a desplazarse sobre el cerro. Imperceptible todavía. Pero real.

CUANDO UNA MUJER

Gabriel y Nova tenían planeado regresar a Buenos Aires el lunes siguiente a su llegada. Ese era el plan…

Pero la noche anterior a su partida, sentado en el patio de la casa mientras el aire serrano enfriaba despacio la tierra, Gabriel miró su agenda iluminada en la pantalla y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió urgencia. Solo sintió el peso suave de algo que no quería interrumpir.

Nova estaba frente a él, con una taza tibia de café entre las manos, hablándole de algo simple —una anécdota de infancia, una risa con Sofy, una travesura mínima— y Gabriel entendió que nada de lo que lo esperaba en la ciudad era más importante que ese momento. Que ninguna reunión, ninguna decisión, ningún número valía lo que valía escucharla reír bajo ese cielo estrellado de Icho Cruz.

Ella hizo una pausa breve para acomodar la taza sobre la mesa. Sus dedos tardaron apenas un segundo más de lo habitual en soltarla. No dijo nada. Continuó la historia como si el cuerpo no reclamara atención. Pero Gabriel lo notó. Lo registró en silencio, como venía haciéndolo desde el cerro.

Apagó la pantalla.

—No vamos a volver todavía.

Nova lo miró sin exageración, pero con esa luz inmediata en los ojos.

—¿Cómo que no vamos a volver? ¿Paso algo…?

—Sí. Nos quedamos. —Y no fue una decisión impulsiva. Fue consciente. Del tipo que se toma cuando uno finalmente entiende qué es lo que importa.

—Vamos a quedarnos por lo menos dos semanas más…

Nova se sorprendió. No alcanzó a comprender, pero igual, lo abrazó emocionada y lo besó sin importar que sus padres la miraban desde la cocina. Y ese beso, espontáneo y sin cálculo, fue la respuesta más honesta que ella podría haberle dado.

* * *

Los primeros días fueron de descubrimiento pausado.

Nova le mostró el pueblo como quien abre páginas personales. No había guion ni recorrido turístico. Simplemente caminaban.

La panadería donde compraba las facturas después del culto. La plaza donde estudiaba cuando necesitaba aire. La calle de tierra donde aprendió a manejar. Cada lugar era un capítulo de ella que Gabriel leía despacio, con el cuidado que merecía.

Gabriel escuchaba cada historia con atención real. No intervenía con análisis ni comparaciones. Se limitaba a absorber. A entender que esa mujer que organizaba su mundo desde la torre de cristal había crecido acá, entre cerros y tierra blanca, y que eso —ese origen— era lo más valioso que ella llevaba consigo.

Volvieron al cerro varias mañanas. Gabriel intentaba subir un poco más cada vez. El vértigo aparecía siempre cerca del último tramo, cuando la piedra se inclinaba y el vacío se hacía evidente. No lograba llegar a la cima. Pero ya no retrocedía tan rápido.

Algo en él estaba aprendiendo a sostenerse sin estructura. Sin garantías.

Nova jamás lo presionó. Se sentaba a su lado cuando él se detenía. A veces subía hasta arriba y lo esperaba desde la piedra más alta, sin urgencia, sin reclamo. Solo esperándolo. Como había aprendido a hacer con las cosas importantes.

En una de esas esperas, apoyó la mano sobre el pecho por unos segundos, como si ordenara el ritmo interno antes de volver a bajar.

Cuando él la miró, ya estaba sonriendo. Pero Gabriel había visto ese gesto. Lo guardó.

Entre esas subidas incompletas, la rutina comenzó a volverse íntima. Desayunos largos con mate. Conversaciones sin reloj. Silencios cómodos y agradables.

Gabriel trabajaba algunas horas desde la computadora, pero cada día menos.

Empezó a dejar el teléfono en otra habitación. A no contestar de inmediato. A respirar distinto. Y empezó a observarla más a Nova. A la forma en que volvía a sonreírle a las mañanas en ese lugar donde había crecido, como si el pueblo le devolviera algo que la ciudad le había prestado, pero nunca terminó de darle.

* * *

Una noche, sin embargo, el mundo que había dejado en Buenos Aires volvió a hacerse presente por una hora. El teléfono vibró después de cenar.

Gabriel miró la pantalla. Se levantó con calma.

—Es José.

Nova asintió. No preguntó más. Confiaba. Eso también era una forma de entregarse.

Gabriel caminó hacia el patio. La llamada fue larga. Mucho más larga de lo habitual. Su tono cambió. Ya no era el hombre relajado del pueblo. Volvía a ser el empresario preciso, firme, dando instrucciones claras.

—No esperes, hacelo mañana sin falta y me avisás. Si ponen objeciones, aumentá el monto y gastá lo que sea necesario, pero compralo sí o sí… Quiero que quede cerrado mañana mismo.

Cuando regresó al interior, la expresión era serena, pero había algo distinto en su mirada. No tenso, pero sí consciente. Como un hombre que acaba de recordar quién es en otro mundo y necesita unos segundos para volver a este.

Nova lo observó sin invadir.

—¿Todo bien?

—Sí. Solo algunos ajustes de último momento.

Ella asintió. Confiaba. No necesitaba detalles. Y esa confianza —tan simple, tan absoluta— lo golpeó por dentro de una manera que ningún negocio cerrado había logrado jamás.

Esa noche se sentaron nuevamente afuera. El cielo estaba limpio, cargado de estrellas.

—A veces olvido que tu mundo no se detiene —dijo ella suavemente.

—No se detiene —respondió él— Pero yo, puedo decidir si me arrastra o no… —La frase quedó flotando entre los dos. Liviana y pesada al mismo tiempo.

Nova respiró profundo antes de responder. El aire frío le llenó el pecho —más despacio de lo habitual, como si el cuerpo necesitara medir la entrada— y por un instante cerró los ojos. No era paz. Era concentración. La de alguien que ha aprendido, sin saber del todo cuándo, a administrar lo que tiene adentro. Sostuvo el latido un segundo. Lo dejó acomodarse. Después abrió los ojos y respondió como si nada.

En los días siguientes, la felicidad se volvió cotidiana. Ya no era la emoción inicial del viaje. Era estabilidad. La clase de felicidad que no necesita eventos ni sorpresas. La que se construye en los gestos repetidos, en los buenos días sin apuro, en el mate compartido mientras el cerro se ilumina despacio.

Caminaban por el pueblo sin que nadie los mirara distinto.

Una llamada de Sofy apareció una tarde y compartieron risas que dejaban a Nova expuesta en su versión más espontánea.

Gabriel la miraba así —desordenada, libre, sin protocolo— y entendía cada vez más profundamente lo que Lerner había puesto en palabras décadas atrás: cuando una mujer de veras se enamora, te entrega la vida y su corazón. Sin reservas. Sin condiciones. Todo.

* * *

Volvieron al cerro una y otra vez. En uno de esos intentos, Gabriel llegó más alto que nunca. Se detuvo a pocos pasos de la piedra final. El vacío se abría abajo con claridad brutal. Respiró hondo. No subió. Pero tampoco bajó de inmediato. Se quedó ahí. Sosteniendo el miedo. Sin huir. Eso también era una forma de crecer.

Nova estaba arriba, mirándolo con calma. No gritó. No alentó con euforia. Simplemente esperó. El viento movió su cabello hacia atrás y por un segundo perdió el equilibrio leve que el cuerpo ya empezaba a conocer. Se sostuvo con firmeza y nadie más que ella notó la diferencia.

Cuando él descendió, no hubo decepción. Solo una mirada cómplice.

—La próxima —dijo él. Y esta vez sonó como promesa real.

Hacia el final de la segunda semana, sentados frente al valle después de otro amanecer limpio, Gabriel habló con una honestidad nueva.

—No quiero que esto sea solo un paréntesis. No quiero regresar…

No era una frase romántica lanzada al aire. Era una decisión que empezaba a tomar forma. La decisión de un hombre que había construido un imperio mirando hacia afuera y que recién ahora, en un pueblo sin señal y con el cielo más grande que había visto en su vida, estaba aprendiendo a mirar hacia adentro.

Nova lo miró en silencio. Entendía el peso de lo que implicaba unir esos dos mundos: el del cerro y el de las decisiones que se daban por teléfono bajo las estrellas. Por un instante apoyó la cabeza en su hombro y dejó que el ritmo de él marcara el propio.

Esas dos semanas no tuvieron fracturas visibles. Tuvieron plenitud. Tuvieron paz. Tuvieron una felicidad construida en detalles acumulados.

Y justamente por eso, más adelante, cuando el recuerdo vuelva como un golpe inesperado… no dolería por lo que faltó. Dolería por lo que fue.

A lo lejos, una bruma tenue comenzó a cubrir el valle. Tan suave que nadie la interpretó como advertencia.

POR SIEMPRE MI BUEN AMOR

Esa noche, la cena en la granja transcurrió con la calidez de siempre, pero había algo diferente en el aire.

No era el aroma del pan recién horneado ni el crepitar suave de la cocina a leña. Era una vibración casi imperceptible, como si el

tiempo mismo estuviera conteniendo la respiración antes de permitir que algo irreversible sucediera.

Gabriel estaba nervioso.

No era nerviosismo superficial. Era el de quien lleva días cargando algo demasiado grande para un solo corazón. Le pesaba en los hombros. Le tensaba la mandíbula. Le volvía torpes los dedos que tamborileaban sin ritmo sobre el mantel, sin que pudiera evitarlo.

Cada tanto desviaba la mirada hacia Nova y volvía a respirar profundo, como si necesitara reunirse antes de entregarse entero.

Había ensayado ese momento en silencio durante días. Lo había pensado en el campo, caminando solo. Lo había pensado mirando el cerro desde lejos, con el viento en la cara. Lo había pensado en la madrugada, cuando ella dormía y él seguía despierto, mirando el techo de esa casa que ya sentía suya sin haberlo dicho todavía.

Y ahora que el momento estaba encima, descubrió que ningún ensayo alcanza para prepararse para lo real. La realidad era más frágil que el pensamiento. Más sagrada. Más definitiva.

Nova lo observaba. Siempre lo había leído mejor de lo que él se leía a sí mismo. Percibía algo distinto en su manera de moverse esta noche, en la forma en que sus ojos volvían a ella cada segundo, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí. Como si tuviera miedo de que algo tan bueno pudiera desaparecer antes de que él lograra decirlo.

Le tomó la mano suavemente. Deslizó sus dedos entre los de él, con esa calma suya que nunca era indiferencia sino ancla. Refugio. La forma en que Nova tocaba era siempre una declaración silenciosa: acá estoy, no te suelto.

—Gaby… ¿todo está bien? —susurró.

Gabriel levantó la vista. Sus ojos brillaban de una manera que ella no le había visto antes. No era solo emoción, era decisión tomada desde adentro, de esas que no tienen vuelta atrás.

—Sí… sí, amor —respondió, y la sonrisa le salió torcida, nerviosa, casi infantil— Solo… quiero que esta noche sea diferente... Especial…

La palabra "especial" quedó flotando entre los cuatro.

Martha y Jonathan se miraron sin hablar. No hizo falta. Llevaban décadas aprendiendo el idioma silencioso del matrimonio y

del amor, y en ese cruce de miradas dijeron todo lo que ninguno se atrevía a pronunciar en voz alta.

Algo estaba por suceder. Algo que no tendría regreso.

El corazón de Martha empezó a latirle con fuerza contra las costillas, como cuando Nova era chica y estaba enferma y ella no podía hacer nada más que orar a Dios y esperar que Él la sanara. Jonathan, más contenido, se acomodó despacio en la silla. Como quien se prepara para recibir un golpe que sabe que va a doler… pero que va a doler bien.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino solemne.

Gabriel dejó el cubierto sobre el plato con un gesto decidido. El sonido del metal contra la loza resonó más fuerte de lo que debería, como si la cocina entera hubiera bajado el volumen para que ese pequeño ruido significara algo.

Se levantó despacio. Cada paso hacia Nova fue medido, consciente, cargado del peso de todo lo que había vivido antes de llegar a ese instante. Del hombre que había sido. De las noches en que eligió mal. De los años en que construyó imperios creyendo que bastaban.

El pulso le retumbaba en los oídos como un tambor que marcaba destino sin pedir permiso.

Se detuvo frente a ella, y sin apartar la mirada de sus ojos, se arrodilló.

Fue justo entonces cuando desde el televisor encendido en el rincón de la cocina, comenzaron a escucharse las primeras notas de "Por Siempre Mi Buen Amor".

Nadie lo había programado. Nadie lo había pedido. La canción simplemente apareció, suave y firme, como si el cielo hubiera decidido que ese momento merecía música, no silencio.

Martha llevó una mano al pecho sin darse cuenta. Jonathan bajó la mirada un segundo, apretó los labios, y volvió a levantarla. Como quien acaba de entender que lo que está viendo no se repite.

El mundo se detuvo por un instante.

Gabriel metió la mano en el bolsillo de su jean y sacó la caja. Pero antes de abrirla, la sostuvo cerrada entre sus manos.

Cerrada. Como si necesitara confesar primero algo que llevaba muy en su interior…

Sus manos no temblaban. Pero adentro, todo vibraba.

—Nova… hay algo que nunca terminé de contarte…

El silencio en la cocina se volvió más profundo. Incluso el crepitar del fuego pareció bajar. El fuego también parecía escuchar.

—Pasaron muchos años en los que no hablé con Dios. Muchos. Me alejé. Me convencí de que podía solo. De que tener control era suficiente. De que, si yo lo manejaba todo, nada podía fallar.

Hizo una pausa. Breve. Necesaria.

— Y cuando hice aquel viaje a Francia, después que me robaste ese primer beso… —su voz se quebró apenas, pero siguió, porque había decidido llegar hasta el final— …cuando estaba allá, lejos de todo, me di cuenta de que era el hombre más solo y vacío que había en este mundo... Vos lo supiste ver el mismo día que nos conocimos, y me lo dijiste… yo era ese hombre…

Nova dejó de respirar.

—Solucioné el problema con los servidores el mismo día que llegué. Pero no quise regresar de inmediato. No sabía bien por qué…

—Una noche, en mi departamento de Francia, donde lo único que hacía era pensar en vos y en ese beso que me habías dado… entendí que tenía miedo. Miedo de volver. Miedo de luchar. Miedo de que, si me acercaba demasiado a algo bueno, lo rompía. Como siempre. Tenía miedo de reconocer que me había enamorado de vos…

Sus ojos ya no brillaban. Ardían.

—Y entonces, después de años sin dirigirle una sola palabra a Dios… volví a hablar con Él. No porque sintiera que yo merecía una respuesta.... Sino porque, desde que vi fe en tus ojos, comprendí que también yo, lo necesitaba

Martha apretó el borde de la mesa con los dedos. Jonathan no parpadeaba.

—No le pedí éxito. No le pedí que las cosas fueran fáciles. Le pedí algo mucho más simple… y mucho más difícil. Le pedí una razón para volver. Una razón para no seguir huyendo de todo lo que me importaba.

Gabriel respiró profundo. Fue el tipo de respiración que hacen los hombres cuando están a punto de decir algo que no tiene marcha atrás.

—Y esa noche… Él me respondió…

Pausa.

—Saqué aquel señalador que era tuyo de mi bolsillo, y Él, me dio tu nombre…

No lo dijo fuerte. Lo dijo bajo, casi en secreto, como quien revela algo que no le pertenece del todo. Como quien reconoce, con humildad real, que fue alcanzado por gracia cuando ya no lo esperaba. Cuando ya no lo merecía.

Nova sintió que algo se le movía en el centro del pecho. No era sorpresa, era reconocimiento. Como cuando encontrás algo que perdiste hace mucho y que no sabías que seguías buscando.

—Desde el momento en que te conocí entendí que esa era la respuesta. Que vos eras el motivo. Que no habías llegado a mi vida solo por casualidad y que yo… ya no tenía que luchar solo.

Recién entonces abrió la caja.

El anillo capturó la luz de la lámpara y la devolvió en un destello cálido, casi vivo, como si respirara. Nova lo vio. Pero no lo miró. Seguía mirándolo a él. Porque el anillo era hermoso, sí. Pero lo que acababa de decir era eterno.

—Por eso hoy, delante de tus padres… delante de Dios… delante de todo lo que somos y de todo lo que costó llegar hasta acá… quiero preguntarte algo que llevo guardado desde aquella noche en Francia.

Su voz ya no temblaba.

Era certeza, entrega. Era un hombre que había aprendido, tarde pero bien, que las cosas más importantes de la vida no se controlan, sino que se eligen.

—¿Te casarías conmigo…?

El silencio que cayó fue de los que pesan.

Nova abrió la boca y no salió nada. El aire le entró demasiado rápido y por un segundo solo apoyó la mano sobre su propio pecho, buscando acompasar el latido que se había desordenado por completo.

No respondió de inmediato. No porque dudara. No porque no quisiera. Sino porque estaba entendiendo algo que la desbordaba.

Las palabras "me dio tu nombre" seguían resonando adentro de ella. Vibrando. Como si las hubieran escrito en algún lugar de su interior mucho antes de que esta noche existiera.

Se arrodilló frente a él.

Quedaron a la misma altura. Los dos en el suelo, los dos con los ojos llenos, los dos sosteniendo algo demasiado grande para que ninguno lo cargara solo.

—¿Sabés qué hice yo cuando te conocí? —preguntó, con la voz rota.

Gabriel negó suavemente. No habló. Sabía que lo que venía necesitaba todo el espacio.

—Esa noche en que te di mi primer beso… cuando todavía, todo estaba tan lejos y solo sentía que estaba viviendo en un sueño prestado…

—Me fui a mi habitación y lloré... —Sonrió entre las lágrimas, con esa sonrisa que duele— No entendía por qué alguien que había visto un solo día, alguien que ahora estaba del otro lado del mundo, me hacía sentir más cerca que cualquier persona que tuviera al lado.

Martha llevó una mano al pecho. Jonathan cerró los ojos un segundo.

—Yo sí hablaba seguido con Dios… Pero también tenía miedo. Miedo de amar y que no me amaran. Miedo de equivocarme. Miedo de que mi historia no tuviera el final que siempre soñé.

Una lágrima cayó directa sobre las manos de Gabriel.

Él la sintió tibia. Real.

—Y esa misma semana le pedí algo. —Su voz bajó hasta casi ser un susurro— Yo nunca le pedí que me trajera a alguien perfecto. Nunca le pedí que fuera alguien con fortuna y mucho poder… Le pedí un amor de verdad. Un amor que me hiciera llorar de emoción. Mi buen amor…

—Y terminé mi oración… pidiendo que ese buen amor fueras vos.

La canción seguía sonando suave desde el televisor. Como si supiera que acababa de ser nombrada sin ser citada. Como si siempre hubiera estado esperando ese momento para tener sentido completo.

—¿Y sabés qué sucedió? Él me dio paz…. —Las lágrimas ya corrían sin que ella las detuviera— Una paz que no supe explicarle a nadie. Una paz que no dependía de que todo fuera fácil, ni de que vos fueras perfecto, ni de que yo no tuviera miedo… sino solo de saber que todo estaba dentro de Su voluntad.

Tomó el anillo con dedos temblorosos.

Lo miró un instante. Después lo miró a él.

—Si a vos te dio mi nombre… a mí me dio la certeza de que ese hombre que esperé por veinticinco años… eras vos.

La sonrisa le atravesó el llanto con una dulzura que no se puede fingir ni aprender.

—Gabriel Bechirah… Sí. Sí quiero casarme con vos. No solo porque te amo… sino porque creo… No. Corrijo… Sé… que esto empezó

mucho antes de que nosotros lo entendiéramos. Antes de Francia. Antes de la empresa. Antes de ese beso. —Hizo una pausa— Antes de nosotros…

Se inclinó hacia él y apoyó su frente contra la suya.

—Ya no quiero seguir caminando sola. Quiero seguir caminando a tu lado. Siempre.

Gabriel la abrazó.

No fue un abrazo calculado. Fue el abrazo de un hombre que por primera vez en su vida no estaba manejando nada. Que no estaba controlando nada. Que simplemente estaba ahí, entero, sin armadura, sosteniendo a la mujer que le había devuelto algo que él ni siquiera sabía que había perdido.

La sostuvo como si sostuviera su propia vida.

Sin saber que un día, en ese mismo gesto, intentaría sostener algo que se le escaparía de entre las manos.

Martha lloraba sin ocultarse. Ya no intentaba disimular nada. Las lágrimas le caían por las mejillas con esa libertad que tienen las madres cuando lo que ven es exactamente lo que siempre pidieron en silencio.

Jonathan los observaba de pie, con los brazos cruzados torpemente y los puños apenas apretados. No era hombre de muchas palabras. Nunca lo había sido. Pero en ese instante entendió que quedarse callado sería una cobardía.

Se aclaró la garganta.

Su voz no fue fuerte. Fue firme. Y esa diferencia lo decía todo.

—Gabriel… Desde el día que cruzaste esa puerta supe que algo distinto venía con vos. No sabía bien qué era… No lo podía nombrar. Pero lo supe.

Gabriel levantó la mirada hacia él. Todavía con los ojos húmedos. Todavía sosteniendo a Nova.

—Hoy no solo veo a un hombre pidiendo la mano de mi hija. —Jonathan hizo una pausa que pesó— Veo a un hombre que entendió que el amor no se construye solo. Que se ora. Que se cuida. Que se honra. Que se le agradece a Dios incluso cuando duele.

Nova apretó la mano de Gabriel con más fuerza.

Jonathan dio un paso al frente. Extendió las manos sobre ambos, sin tocarlos del todo, como quien cubre algo sagrado sin querer romperlo.

Respiró profundo.

Y cuando habló, su voz se quebró apenas. Solo un poco. Lo justo para que se supiera que detrás de ese hombre firme había un padre que amaba con todo lo que tenía.

—Que Jehová los bendiga y los guarde… que haga resplandecer Su rostro sobre ustedes… y les dé paz.

El silencio que siguió no fue vacío.

Fue presencia.

Gabriel cerró los ojos. Nova apoyó la frente contra la suya. Martha dejó escapar un sollozo suave, de esos que no vienen del dolor sino de la gratitud desbordada, de la que no cabe en el pecho y necesita salir.

No hubo aplausos. No hubo gritos. No hizo falta nada de eso. Solo paz.

Una paz que no venía de la emoción del momento, sino de la certeza profunda de que algo había sido alineado en el cielo mucho antes de manifestarse en esa cocina humilde, con esa mesa de madera gastada, con esa lámpara que parpadeaba de vez en cuando y esa canción que seguía sonando desde el televisor como si no quisiera terminar.

Afuera, el viento movía los árboles de la granja como si también celebrara. Como si la tierra supiera lo que acababa de pasar.

Y aunque ninguno de los cuatro podía saberlo, esa noche no solo se estaba pronunciando un "sí". Se estaba escribiendo un recuerdo que un día sostendría a Gabriel cuando todo lo demás se hubiera quebrado.

Y el cielo, en silencio, esa noche también dijo amén.

Gabriel se secó las lágrimas con la manga de la camisa. Pero su mirada todavía brillaba con una intensidad que Nova nunca le había visto. No era solo emoción. Era determinación. Era la mirada de un hombre que ya había elegido y que estaba dispuesto a pagar el precio de esa elección, cualquiera que fuera.

Sus manos aún sostenían las de ella cuando respiró profundo una vez más. Como si supiera que lo que venía era todavía más grande que el anillo que brillaba en su dedo.

—Pero aún no es todo… —susurró, y su voz ya no temblaba de miedo, sino de decisión— Estos días, mientras los veía a ustedes…

ahora, escuchando la bendición de tu papá… siento algo que no había sentido jamás en mi vida.

Nova lo miró. El corazón todavía le latía fuerte en el cuello. Pensó que después de todo lo que había pasado en los últimos minutos, ya nada podría sorprenderla.

Se equivocó...

—Sentí que este, no es solo el lugar donde vos creciste — continuó él— Sentí que este es nuestro lugar. Nuestro hogar.

Martha y Jonathan intercambiaron una mirada. Había algo más. Lo presentían. Pero no era una frase romántica improvisada en el calor del momento. Era una declaración. Y las declaraciones de Gabriel siempre venían con algo detrás.

Apretó suavemente los dedos de Nova.

—Sé cuánto amás a tus padres. Sé cuánto amás este pueblo. Sé cuánto amás tu cerro. Lo vi en tus ojos la primera vez que me llevaste. Vi cómo respirabas distinto cuando pisabas ese sendero. Lo recorrí a tu lado… y entendí que ahí es donde late tu historia más verdadera. La que nadie te puede quitar.

Nova comenzó a sentir un nudo nuevo en el estómago. No era miedo. Era intuición. La clase de intuición que tiene el cuerpo cuando está a punto de recibir algo que el corazón ya sabe, pero que la mente todavía no terminó de procesar.

—Yo también respiré distinto desde ese día —continuó él, más despacio ahora— Y supe que si algún día construíamos un hogar… tenía que ser donde vos pudieras ver ese horizonte cada mañana. Donde cada amanecer te recordara quién sos. De dónde venís…. por qué hoy sé que valió la pena esperar…

Hizo una pausa.

Esta vez no por nervios. Sino porque lo que iba a decir no tenía marcha atrás.

—Hace unos días hablé con José por teléfono. —La voz tranquila. Los ojos fijos en los de ella— Le ordené que comprara el campo que está a los pies de tu cerro.

El silencio fue absoluto. Ni el fuego crujió.

—Allí, en ese lugar, es donde quiero que construyamos nuestra casa. Nuestro hogar. Los papeles ya están firmados. La escritura, los planos iniciales… todo. Incluso dejé reservado el espacio donde quiero que esté el ventanal principal. Uno que mire directo al cerro. Para que

cada mañana, cuando abras los ojos, lo primero que veas sea tu raíz… y nuestro futuro.

Nova no habló. No podía.

Se quedó inmóvil, con los labios apenas separados, mirándolo. No por incredulidad, sino por el impacto puro de sentirse entendida en lo más profundo.

Él no solo la amaba. Sino que había escuchado su corazón que le gritaba a voces, lo que aquel lugar significaba para ella.

Había guardado e interpretado cada cosa que ella le había mostrado de sí misma, cada detalle que creyó insignificante, cada silencio, cada respiración diferente en ese sendero de ripio blanco. Y había construido con todo eso una decisión.

Las lágrimas volvieron a caer. Distintas a las anteriores. Estas no venían de la emoción ni de la sorpresa, sino que venían del reconocimiento más profundo que puede sentir una persona: el de ser vista completamente. El de no tener que explicar nada. El de que alguien llegue y diga, sin palabras, "te leí entera, por eso elijo quedarme a tu lado".

Sintió que el aire le faltaba un segundo y llevó la mano al pecho, casi sin darse cuenta.

—Pero… ¿y la empresa…? —preguntó finalmente, con la voz quebrada— ¿Qué vas a hacer con todo lo que construiste…?

No era una pregunta superficial. Era la pregunta que medía el verdadero costo de lo que él estaba diciendo. Ella sabía lo que significaba ese mundo para él mejor que nadie.

Gabriel sonrió. No con euforia, sino con paz. Con la paz de alguien que tardó mucho en llegar a una decisión pero que, una vez tomada, ya no pesaba.

—Hablé con José y con Agustina durante horas. No fue una charla improvisada. Fue una transición pensada, organizada, real. Los proyectos en curso, la expansión, la logística, las inversiones. Todo ordenado. Todo en sus manos.

Hizo una pausa.

—Digital Media Tech va a seguir creciendo. Está diseñada para eso, con o sin mí manejándola desde adentro.

—Yo no quiero que mi vida… Perdón… nuestra vida… dependa de una torre de cristal en Buenos Aires. Quiero que dependa de lo que construyamos acá. Con vos. A tu lado. Con tus padres cerca. Con ese

cerro en la ventana y con tu sonrisa plena cada mañana, llenando mi corazón…

Jonathan frunció apenas el ceño. Una sola lágrima le recorrió la mejilla y él no hizo nada por detenerla.

—¿Entonces… Vas a dejar todo definitivamente…? —preguntó. No con reproche sino con el peso real de un padre que entiende lo que cuesta renunciar a algo que se construyó durante años.

Gabriel lo miró sin vacilar.

—No abandono lo que construí. Lo delego. Confío en las personas que elegí. DMT puede expandirse con Agustina y José al frente. Ahora es su turno… Pero mi vida, mi hogar, mis hijos… sus nietos… eso va a crecer acá. Al lado de Nova. Cerca de Dios. Lejos del ruido.

El peso de esas palabras cayó sobre los cuatro como lluvia mansa. De esa que no hace ruido, pero cala hasta los huesos. De esa que cae justo cuando la cosecha la necesitaba…

—No quiero una vida exitosa lejos de la mujer que amo —terminó, con una sencillez que era más poderosa que cualquier discurso— Quiero una vida plena en el lugar donde late nuestro propósito.

Nova no pudo más. Se lanzó hacia él con una fuerza que no era solo amor. Era admiración. Era asombro. Era la confirmación de todo lo que había pedido en silencio durante años en aquel cerro, sin saber si algún día, realmente llegaría.

—Esto… Esto es demasiado… —susurró entre lágrimas, con la cara escondida en su cuello— Es demasiado hermoso.

Gabriel la envolvió despacio. Apoyó los labios en su cabello.

—No es demasiado, mi amor. Es lo justo. Cada decisión que tomé en estas semanas fue pensándote. No como novia, sino como esposa. No como ilusión, sino como futuro. Como la madre de mis hijos corriendo por ese campo. Como la mujer que va a ver ese cerro desde nuestra ventana cada mañana y va a saber que llegó a donde siempre debía estar.

Martha se acercó y los rodeó a los dos con los brazos. Jonathan hizo lo mismo, pero cuando abrazó a Gabriel lo hizo diferente. Con firmeza. Con intención. Con el abrazo de un hombre que le está diciendo a otro: te recibo.

—Hijo… —murmuró Jonathan.

Casi sin darse cuenta de que había usado esa palabra.

Gabriel sintió el impacto de ese término en algún lugar del pecho que no tenía nombre. Se le cerró la garganta.

Durante años había construido imperios. Había firmado contratos que movían mercados. Había tomado decisiones que cambiaban el destino de empresas enteras. Y nada, absolutamente nada, había pesado tanto como esa sola palabra dicha en voz baja por un hombre de campo en una cocina de Icho Cruz.

Hijo.

El viento comenzó a soplar un poco más fuerte afuera, moviendo las ramas contra las ventanas con un sonido suave y firme.

Dentro, todo parecía suspendido en una calma que no era frágil pero sí, totalmente profunda.

No había ostentación. No había grandilocuencia. Solo había elección consciente. Renuncia voluntaria. Futuro elegido con los ojos abiertos.

Nova levantó la vista desde el abrazo. Sus ojos estaban brillantes, encendidos de amor y de propósito, con ese brillo particular que tienen las personas cuando finalmente llegan al lugar donde siempre debían estar.

—Entonces vamos a empezar de verdad… —dijo, con una sonrisa que ya no era de sorpresa ni de vértigo. Era de certeza.

Gabriel asintió.

—Juntos. Desde la raíz.

El silencio que siguió fue casi sagrado. Solo se escuchaba el viento por las hendijas de la ventana, la canción que seguía sonando bajito desde el televisor, y la respiración todavía agitada de cuatro corazones que entendían que lo que acababa de pasar en esa cocina no era solo una propuesta de matrimonio.

Era una promesa de hogar.

Esa noche no solo se prometieron amor. Se prometieron futuro… y eternidad…

Y sin saberlo, se prometieron también los recuerdos. Esos recuerdos que solo cobran verdadero valor cuando el horizonte se oscurece y ya no queda nada más a qué aferrarse.

Martha respiró profundo varias veces antes de recuperar algo de compostura. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, aunque

la sonrisa seguía firme, temblorosa, viva. Sus ojos brillaban con esa mezcla inconfundible de ternura maternal y determinación práctica.

Había llorado. Había celebrado. Ahora necesitaba certeza.

—Gabriel… todo esto es maravilloso… —dijo, y la voz todavía se le quebraba entre risa y emoción— Pero hay algo que necesito preguntar…

Apretó las manos de Nova, casi como si le pidiera permiso para avanzar un paso más.

—¿Para cuándo tenés pensada la boda…?

La pregunta cayó en el centro de la cocina con una claridad que cortó el aire.

Nova sintió el golpe en el pecho.

No era miedo. Era vértigo. Sus ojos buscaron de inmediato los de Gabriel. No por romanticismo sino por necesidad. Necesitaba ver si había cálculo. Si había postergación. Si había un "ya veremos" escondido detrás de esa mirada que ya conocía de memoria.

No encontró nada de eso.

Gabriel no la estaba mirando a ella en ese instante. Tenía los ojos levemente alzados, como los tienen los hombres cuando están pensando en serio, e hizo ese gesto de morderse el labio inferior hacia el costado que siempre derretía a Nova.

Sonrió apenas, sin darse cuenta.

—Lo antes posible.

La respuesta fue inmediata. Limpia. Sin titubeos. Vino de otro lugar, más profundo que los planes. Vino de la certeza.

Nova soltó una risa ahogada entre lágrimas. El alivio le recorrió el cuerpo como una ola tibia.

—Sí… —susurró, casi sin aire— Lo antes posible.

No fue impulso. Fue alineación.

Jonathan dejó escapar una carcajada profunda, de esas que nacen del pecho cuando algo es correcto y el cuerpo lo sabe antes que la mente.

La cocina se llenó de esa vibración cálida que solo existe cuando la felicidad es genuina y no tiene nada que demostrar.

Pero Jonathan no se quedó en la risa. Se incorporó apenas, más erguido, más padre que nunca. Con esa autoridad silenciosa que no se aprende ni se impone, que simplemente está porque viene de años de vivir con integridad.

—Bueno… si es así. Si realmente están decididos… —dijo con calma—, ¿qué les parece dentro de dos sábados? En la iglesia del pueblo….

El silencio volvió. Pero esta vez no era sorpresa. Era magnitud.

—Acá. Entre nuestra gente. Entre quienes vieron crecer a Nova… y que ahora te ven a vos como parte de ella.

La propuesta no tenía mucha coherencia, pero tenía raíz. Tenía historia. Tenía la densidad de una vida entera vivida en ese pueblo, en esa iglesia, entre esa gente que no necesitaba invitación formal porque ya formaba parte de todo.

Gabriel la escuchó y algo en su interior se reorganizó en silencio.

Miró a Nova.

Ella lo estaba mirando a él. Con esos ojos celestes que no pedían nada. Que nunca habían pedido nada. Que simplemente esperaban, con esa paciencia suya que siempre lo había desarmado más que cualquier argumento.

Y entonces entendió.

Nova necesitaba exactamente lo que Jonathan acababa de ofrecer: verdad. Pertenencia. El banco de madera donde había aprendido a orar de niña. La gente que la conocía antes de que él existiera en su historia.

Y entendió también algo más profundo, algo que la canción que todavía sonaba bajito desde el televisor parecía haber estado diciéndole todo el tiempo sin que él lo escuchara hasta ahora: que no hacía falta cambiar el mundo, sino que bastaba con amarla bien.

—Y cómo va a ser mejor que vaya practicando desde ahora… Acepto….

No lo dijo como quien improvisa. Lo dijo como quien confirma algo que ya estaba decidido en un lugar al que la razón no siempre llega.

Nova no caminó hacia él. Se lanzó.

Lo abrazó con una fuerza que mezclaba amor, alivio y una felicidad que la desbordaba. Sintió que el futuro, que tantas veces había parecido una promesa lejana cosida con hilo fino, ahora tenía fecha. Tenía sábado. Tenía iglesia, y era real.

Jonathan se acercó y abrazó a Gabriel con firmeza. No era emoción pasajera, sino la aceptación formal de un padre entregando

lo más preciado que tenía y diciéndole al otro hombre, sin palabras, pero con todo el cuerpo: cuídamela.

—Bienvenido a casa —murmuró, apenas audible.

Gabriel sintió que esa frase lo atravesaba más que cualquier contrato que hubiera firmado. Más que cualquier logro que hubiera celebrado solo mirando la ciudad desde arriba.

Martha se acercó a su hija. Le sostuvo el rostro entre las manos y la miró con los ojos llenos de una ternura que parecía no tener fondo.

—Mi niña… todos tus sueños de pequeña… —la voz volvió a quebrarse— Dios fue más generoso de lo que imaginábamos.

Luego miró a Gabriel, con respeto solemne y con algo más. Con gratitud.

Con la gratitud específica de una madre que entrega a su hija y ve en los ojos del otro hombre que va a estar bien.

—Y vos Gaby… sos un hombre bendecido y de bendición…

Gabriel no respondió con palabras. Se inclinó y besó la frente de Nova con una delicadeza que decía más que cualquier discurso. Que decía: lo sé. Y no me lo merezco, pero aun así… voy a saber cuidarlo…

Afuera, la noche seguía igual. Las estrellas en el cielo, el viento suave entre los árboles, el cerro oscuro en el horizonte, mientras que adentro, todo había cambiado. Ya no hablaban de un futuro incierto cosido con esperanza y fe. Hablaban de presente y de felicidad.

Y por primera vez… esa felicidad no era expectativa, sino que se había convertido en inminencia.

NO LO DEJES SOLO

La mañana siguiente amaneció clara sobre la granja.

Los primeros rayos de sol encendieron los silos rojos y se deslizaron despacio por las cortinas de la cocina, tiñendo el aire de un dorado suave, casi litúrgico.

El campo respiraba en paz, ajeno a la revolución silenciosa de la noche anterior. Como si la tierra no supiera, o como si supiera todo y hubiera decidido no hacer ruido.

Jonathan y Martha ya estaban sentados a la mesa y el mate humeaba entre ellos.

No hablaban mucho. No hacía falta. Llevaban décadas aprendiendo que hay mañanas que no necesitan palabras. Solo presencia.

Compartían ese silencio largo de los matrimonios que han atravesado años difíciles, pérdidas calladas, cosechas buenas y malas, y que ahora, sentados frente a un mate tibio, contemplaban algo que habían pedido en oración sin saber exactamente cómo pedir.

Martha tenía un cuaderno abierto frente a ella. Su letra era prolija, ordenada, como siempre. Pero sus manos temblaban apenas mientras escribía: Vestido. Flores del jardín. Invitados del pueblo. Bancos extra para la iglesia. Cada palabra era una acción. Cada acción era una manera de hacer real lo que todavía le costaba creer que era real.

Jonathan miraba la luz que entraba por la ventana. No miraba el campo. Miraba algo más adentro. Una escena superpuesta que solo él podía ver: una niña corriendo por ese mismo patio con trenzas al viento y rodillas raspadas, riendo sin saber que algún día se iría. Sin saber que el día que se fuera, se llevaría la parte más viva de esta casa.

Nova había bajado temprano, antes de que Gabriel se despertara. Se había sentado con su madre en silencio, con las manos alrededor de la taza de café, y Martha la había mirado largo. La había mirado como solo miran las madres, de adentro hacia afuera, buscando si estaba bien de verdad o solo bien en la superficie.

Estaba bien de verdad. Y eso, descubrió Martha, era lo más hermoso y lo más difícil de aceptar al mismo tiempo. Porque significaba que su hija ya no la necesitaba de la misma manera. Que había encontrado en otro lugar lo que ella le había enseñado a buscar.

Antes de que Nova subiera a prepararse, Martha le tomó la mano sobre la mesa. No dijo mucho. Solo lo necesario.

—Mi amor… no lo dejes solo. Un hombre que renuncia a todo lo que construyó por amor… necesita saber todos los días que no se equivocó.

Nova la miró. Asintió sin hablar. Pero en sus ojos había una promesa que no necesitaba palabras.

La puerta se abrió. Gabriel entró con paso firme, el celular pegado a la oreja. Su voz era clara. Precisa. La voz del empresario que nunca dormía del todo.

—No… prepara los diferentes vuelos para los invitados… La boda no será en el Four Seasons de Buenos Aires como lo planeé en un principio, pero igual, quiero que las flores sean importadas de Holanda, de esas que huelen a algo que no tiene nombre en castellano. Quiero a uno de los chefs con estrella Michelin para el banquete. Música en vivo, cuerdas, algo que Nova recuerde cada vez que escuche un violín el resto de su vida. El vestido debe de ser diseñado especialmente para ella, no elegido de un catálogo sino creado desde cero, pensado para su cuerpo y para nadie más. Las fotografías deben parecer cuadros. Todo debe ser perfecto. Todo debe estar a la altura de lo que ella merece y aún más….

—Quiero que Nova cierre sus ojos dentro de cincuenta años, y todavía pueda ver cada detalle con nitidez.

Ese era su lenguaje. El único que había hablado con fluidez durante décadas. Dar a lo grande porque lo pequeño le parecía insuficiente para algo que lo era todo….

—Perfecto… Gracias. Concluyo la llamada.

Jonathan y Martha se miraron entre sí…

Gabriel se movía con naturalidad entre decisiones que desde hacía menos de veinticuatro horas eran el centro de su universo. Cancelaba reservas. Ajustaba números. Cerraba capítulos con la misma eficiencia con que los había abierto.

Pero aun así… algo en él era distinto.

Cuando colgó, el silencio de la cocina lo recibió distinto. Más suave. Más propio.

El aroma del pan recién horneado y el café caliente llenaba el ambiente con una calidez que no tenía equivalente en ningún piso ejecutivo del mundo. Gabriel lo registró sin decirlo. Se sentó despacio.

Jonathan tomó aire.

—Gabriel…

El tono era otro. Más profundo. Más expuesto.

Gabriel se giró hacia él con atención inmediata. Sin defensas. Sin el escudo automático que ponía cada vez que intuía que algo importante se acercaba.

—Hay algo que Martha y yo necesitamos pedirte. Pero después de escucharte hablar… se nos hace mucho más difícil hacerlo…

Martha dejó el mate sobre la mesa con cuidado. Sus ojos ya estaban húmedos antes de que Jonathan continuara.

—Desde que Nova era chica… sabíamos que este día iba a llegar en algún momento. No sabíamos cuándo, mucho menos con quién… Pero sabíamos que llegaría. Desde entonces… guardamos….

Hizo una pausa. No por duda, sino por memoria.

—De a poco. Con esfuerzo. A veces postergando cosas nuestras. A veces trabajando horas de más en épocas en que no sobraba nada. Pero… poco a poco fuimos ahorrando dinero… Ese dinero nunca fue para nosotros. Siempre fue para ella. Para ese día….

Gabriel sintió el pecho tensarse de una manera que no esperaba.

Jonathan continuó, con la voz más baja. Más desnuda.

—Siempre imaginamos este momento. El vestido. La iglesia. El hombre que la miraría con el mismo cuidado con que nosotros la miramos desde que nació. Y ahora… ahora que sabemos que ese hombre sos vos… un hombre con infinidad de recursos. Que ha sido tan bendecido por Dios… Queremos pedirte algo que sé que será difícil que lo entiendas….

La garganta se le cerró un instante.

—Hoy la veo a tu lado. Tranquila. Plena. Y sé que eligió bien… como siempre le enseñamos que debería hacerlo… con la guía de Dios…

Esa frase no tenía nada de reproche. Tenía entrega. Tenía la honestidad absoluta de un padre que sabe que el amor de su hija no le pertenece, que nunca le perteneció, y que de todas formas cuesta soltar.

El silencio que siguió pesó distinto a todos los silencios anteriores.

—Lo que quiero pedirte… es… que… a pesar de saber que vos no solo querés, sino que además podés darle todo lo mejor para el casamiento… nos permitas a nosotros… pagar la boda de ustedes dos, con toda nuestra humildad y amor, con ese dinero que juntamos por años, para ella…

No sonó como imposición. Era algo que necesitaba salir para que su corazón descansara. Como una deuda que no era deuda, sino vocación.

—Sabemos que vos podrías darle una boda como este pueblo jamás la ha visto ni la verá jamás. Sabemos que podrías darle el mayor lujo, la decoración más sofisticada, todo perfecto, todo impecable, todo

pensado al detalle. Y sabemos que lo harías con genuino amor, con toda la entrega que tenés. —Hizo una pausa— Pero nuestra hija no necesita deslumbrar a nadie. Ella necesita verdad. Esa verdad con la que siempre fue criada y educada.

Martha habló entonces, con esa voz suya que no necesitaba volumen para llegar hondo.

—Sabemos que ella valoraría mucho más… que cada flor en su boda haya sido cortada del jardín que la vio crecer. Que cada banco de la iglesia tenga una historia. Que cada detalle, por pequeño que sea y humilde, huela a familia. A nosotros. A lo que somos.

Gabriel bajó la mirada, y ese preciso segundo, algo en su interior se desmoronó de la mejor manera posible.

Porque él había pasado la noche pensando en esa boda. Había estado despierto horas calculando en silencio, con esa precisión suya que no sabía apagarse: un venue privado, quizás en la costa, quizás fuera del país. Flores importadas. Música en vivo. Un fotógrafo de los que viajan por el mundo para capturar ese tipo de momentos. Nada demasiado ostentoso, pero nada que no estuviera a la altura de la mujer que había elegido. Había pensado en cada detalle con una devoción real, con el único lenguaje del amor que había aprendido a hablar durante años: el del esfuerzo traducido en excelencia.

Y ahora Jonathan y Martha le estaban ofreciendo algo que ningún presupuesto podía comprar.

No era dinero. Era participación. Era historia. Era la declaración silenciosa de dos padres que decían: este capítulo también nos pertenece a nosotros… Por favor… déjanos estar. Déjanos participar y poner las manos.

Gabriel levantó la vista. Y sus ojos ya no eran los del empresario que calculaba todo. Eran los de un hombre que estaba entendiendo algo que lo superaba por completo. Algo que ningún MBA, ninguna junta directiva, ningún año de construcción de imperios le había enseñado.

Hay formas de amor que no se mejoran con dinero, pero que sí… se honran aceptándolas tal como son.

Entonces habló:

—Jonathan… ustedes la cuidaron toda la vida. La formaron. La sostuvieron en cada caída. La esperaron en cada regreso. —Se acercó

a la mesa despacio— Si hoy ella es la mujer que amo… es porque ustedes sembraron cada parte de lo que yo recibí. Cada parte…

Martha dejó caer una lágrima. Silenciosa. Sin drama.

—Aceptar que paguen la boda… no solo debería ser un gesto de cortesía de mi parte. —La voz de Gabriel era firme pero no era dura. Era la voz de alguien que está diciendo una verdad que recién acaba de encontrar— Sino que debe ser un acto de honra y reconocimiento hacia ustedes… Un acto de que yo no llego a empezar una historia con ella…. Sino que llego a continuarla. Y esa continuidad les pertenece a ustedes tanto como a mí.

Jonathan cerró los ojos un segundo, sabiendo que aquello que Gabriel acababa de decir era exactamente lo que necesitaba oír.

No era el dinero. No la aceptación protocolar. Sino eso. El reconocimiento de que ellos habían estado antes y que habían construido el suelo sobre el que ahora se paraba este hombre, que estaba entrando a la vida de su hija.

Martha se levantó y rozó el brazo de Gabriel con una ternura que era casi maternal.

—Gracias por entender… Gracias por saber que el amor no se mide en lo que se gasta… sino en lo que se construye juntos.

Gabriel tomó las manos de Jonathan entre las suyas. Las sintió firmes. Trabajadas. Manos que habían sostenido arados, animales, cosechas, tormentas. Manos que habían sostenido a Nova cuando aprendía a caminar. Manos que algún día la soltarían para siempre, y que hoy, en este gesto, le decían a él: ahora te las confiamos.

—Vamos a tener la fiesta más simple del pueblo —dijo Gabriel— Pero va a ser la más verdadera que Nova pueda tener y merece…. Y va a ser perfecta. No porque todo salga bien. Sino porque va a llevar la marca del amor de esta familia.

Jonathan se puso de pie y lo abrazó.

No fue un abrazo desbordado. Fue sólido y firme. El abrazo que se dan dos hombres cuando las palabras ya dijeron todo y el cuerpo necesita confirmar lo que el corazón resolvió.

Los tres quedaron en silencio un instante.

El campo seguía respirando en calma. Los silos rojos. El limonero. El sendero de tierra blanca que llevaba al cerro. Todo igual que siempre. Todo completamente distinto, pero dentro… se había

sellado algo que no figuraba en ningún contrato. Algo invisible que era más firme que cualquier escritura.

Pertenencia.

Cuando Gabriel volvió a tomar el teléfono para hacer los últimos ajustes, ya no pensaba en presupuestos ni en logística. Pensaba en el banco donde Martha se sentaría con los ojos llenos de lágrimas y pensaba en el momento exacto en que Jonathan caminaría junto a Nova hacia el altar. Pensaba en la expresión de ella cuando viera las flores del jardín, entre las que había crecido y vivido toda su vida.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentía que estaba dirigiendo un proyecto, sino que sintió que estaba entrando en un hogar.

Y entendió algo que ninguna cifra podía explicar, que ningún balance podía medir, que ningún año de construcción de imperios le había enseñado: esa boda no sería recordada por lo que costara o por el lujo que tuviera… Sería recordada por lo que realmente significaba.

Y eso… señores… no tenía precio.

IGUAL A LOS DEMÁS

Llegaron un martes.

No dos días antes del casamiento, como se había hablado en un principio, sino una semana y media antes. Fue idea de Jonathan —con esa sabiduría serena que nunca levantaba la voz para imponerse— quien los llamó a los tres y les dijo que, si iban a estar presentes en uno de los momentos más importantes de la vida de su hija, era mejor que llegaran con tiempo. Que Icho Cruz no era Buenos Aires. Que las sierras pedían otra velocidad. Que había mate, asado, silencio y aire limpio esperándolos, y que eso también era parte del regalo.

Ninguno de los tres protestó.

El jet de DMT los recibió en Ezeiza con esa quietud suya de cosa poderosa que no necesita anunciarse. El personal de tierra trabajaba en silencio alrededor. El cielo de Buenos Aires era blanco y alto.

José subió primero, con una valija demasiado grande para el tiempo que iba a quedarse y esa calma suya de hombre que nunca llega apurado a ningún lado. Agustina subió detrás con un vestido que no

era para las sierras pero que igual le quedaba perfecto, y con esa manera de entrar a los lugares que tenía —como si el espacio le perteneciera desde siempre.

Sofy fue la última en subir.

Se detuvo en el primer escalón. Miró hacia adentro. Pasó la mano por el respaldo de uno de los asientos de cuero con una lentitud que no intentó disimular. Miró las ventanillas. Las luces empotradas. La madera pulida. El orden impecable de una cabina que no se parecía a nada que hubiera visto en su vida.

—¿Todo esto es para nosotros tres? —dijo.

Agustina sonrió desde adentro sin levantar la vista.

—Para nosotros tres y para cualquier día que lo necesitemos.

Sofy terminó de subir despacio. Se acomodó junto a la ventanilla con los ojos todavía recorriendo cada detalle. José la miraba desde el asiento de enfrente con esa ternura suya que no necesitaba decirse en voz alta.

—¿Qué? —dijo ella, sin dejar de mirar.

—Nada —respondió él.

Pero había algo en su cara que decía todo.

El vuelo duró menos de una hora. Cuando aterrizaron en la pista privada de Icho Cruz y bajaron la escalerilla, el aire de las sierras los recibió de golpe. Limpio, fresco, con ese olor a pino y a tierra que no existe en ningún otro lugar del mundo.

El auto de la empresa los esperaba al pie de la pista. Un SUV oscuro, silencioso, impecable. El chofer saludó con una inclinación discreta y abrió las puertas sin preguntas.

Sofy lo miró. Miró el jet detrás. Miró el auto. Miró a Agustina.

—¿Esto también?

—Esto también —dijo Agustina, acomodándose adentro con absoluta naturalidad.

Sofy entró. Se acomodó. Miró por la ventanilla mientras el auto arrancaba despacio por el camino serrano. El paisaje apareció de golpe: los cerros, el verde, la luz de las sierras cordobesas cayendo oblicua, sobre todo.

Fueron quince minutos de silencio y ventanillas. Un silencio que no era incómodo sino lleno. El tipo de silencio que se produce cuando el paisaje es demasiado hermoso para que las palabras lo mejoren.

Fue Sofy quien lo rompió. Lo dijo sin girarse. Con la vista fija en el cerro que acababa de aparecer a la derecha del camino, alto y quieto contra el cielo azul.

—Ese es el cerro de Nova.

Agustina y José la miraron.

—¿Cómo que el cerro de Nova? —dijo Agustina.

Sofy siguió mirando por la ventanilla. El cerro fue pasando despacio mientras el auto avanzaba. Quieto. Enorme. Con esa presencia que tienen las cosas que llevan mucho tiempo en un lugar.

—Que después la rubia les cuente —dijo.

Y no agregó nada más.

Agustina y José se miraron entre sí. Ninguno de los dos insistió. Pero los dos volvieron la vista hacia el cerro y lo miraron pasar en silencio, con esa sensación de que acababan de ver algo que todavía no sabían cómo leer.

La granja de los Wexler apareció al final del camino de tierra como siempre había aparecido: sin anunciarse, sin apuro, con esa solidez tranquila de los lugares que llevan décadas siendo exactamente lo que son.

Martha salió primero.

Siempre salía primero. Como si su cuerpo supiera antes que nadie cuándo alguien estaba llegando.

Agustina bajó del auto y la abrazó con esa efusividad suya que no pedía permiso. José saludó con esa calidez firme que tenía, con esa sonrisa genuina. Ambos parecían conocer a la familia, aunque era la primera vez que los veían…

Y entonces bajó Sofy.

No corrió. Caminó. Pero algo en su manera de caminar hacia Martha era distinto. No era la manera en que uno camina hacia alguien que recién conoce. Era la manera en que uno camina hacia alguien que reconoce, hacia alguien que ama de verdad.

Martha la vio venir y abrió los brazos antes de que Sofy llegara.

El abrazo duró más que los demás.

Sofy hundió la cara en el hombro de Martha con una entrega que no tenía nada de protocolo. Martha la sostuvo con esa firmeza suya de madre que no necesita preguntar para entender. Las dos quietas un momento en el medio del patio, mientras el resto miraba sin decir nada.

Cuando Sofy levantó la cara, tenía los ojos brillantes.

—Hola, Imma —dijo.

Martha le apretó la mano. —¿Cómo estás, hija?

Entonces Jonathan apareció en el umbral. Espalda recta. Las manos grandes apoyadas en el marco de la puerta. Esa presencia suya que no necesitaba movimiento para sentirse.

Sofy se acercó a él. Lo abrazó. Y contra su hombro dijo en voz baja, con esa naturalidad que solo tienen las cosas que se dicen desde el lugar más verdadero:

—Hola, Abba.

Jonathan le pasó la mano por la espalda con esa delicadeza serena suya de hombre que guarda todo lo que siente en los gestos. No dijo nada. Pero la sostuvo un segundo más de lo estrictamente necesario.

Y en ese segundo… ellos salieron de la casa…

—¡Nova!

Sofy no esperó formalidades. Corrió y la abrazó con esa intensidad desordenada que solo dan los años compartidos, los secretos guardados, las crisis atravesadas juntas a las tres de la mañana cuando el mundo parecía demasiado grande para dos personas solas. Nova sintió el impacto del abrazo y algo en su pecho se aflojó por completo. Como cuando soltás algo que no sabías que estabas sosteniendo.

Rieron. Lloraron. Se apretaron más fuerte. En ese gesto estaban todas las conversaciones aplazadas, todos los audios de voz kilométricos, todos los "te cuento después" que nunca esperaban.

Agustina se acercó después, más contenida pero no menos emocionada. La envolvió en un abrazo firme y cálido, de esos que dicen más de lo que cualquier palabra podría.

—Estás luminosa —murmuró cerca de su oído— Te merecés todo esto. De verdad. Cada parte.

Nova quiso responder, pero solo pudo asentir, con la garganta apretada y los ojos brillantes.

Mientras tanto, José caminó directo hacia Gabriel.

No hubo exageraciones. No hubo el abrazo efusivo que otro podría haber esperado en un momento así. Hubo algo mejor: un apretón de manos sólido, una mirada franca, el lenguaje silencioso de dos hombres que llevan años diciéndose todo sin necesitar volumen.

Porque el mejor abrazo solo lo sabe dar un amigo de verdad. Y a veces ese abrazo no tiene brazos. A veces es solo un apretón de manos y una mirada que dice: te vi. Siempre te vi.

—Todo está bajo control en Buenos Aires —dijo José en voz baja— Podés ocuparte tranquilamente de lo que realmente importa.

Gabriel sostuvo su mirada. No respondió enseguida. Dejó que el peso de esa frase se asentara. Porque lo que José estaba diciendo no era solo un reporte ejecutivo. Era una liberación. Era su mejor amigo diciéndole: yo me quedo con lo que vos dejás. Andá. Viví.

—Gracias por estar —dijo finalmente.

No era cortesía. Era gratitud real. Del tipo que no se ensaya.

José asintió una sola vez. Sin drama. Así era siempre.

Nova dio un paso atrás y observó la escena completa desde ahí, desde ese segundo de distancia que a veces necesitamos para ver lo que de cerca no cabe en los ojos.

Pudo ver a su familia saludando y conociendo a su nueva familia política. Sus padres sonriendo. Sus amigos mezclándose con naturalidad, como si siempre hubieran pertenecido a este lugar. Gabriel firme, tranquilo, sosteniendo el eje sin esfuerzo aparente. Y sintió que la emoción le subía por el pecho de una manera distinta a todas las anteriores. No era vértigo. No era sorpresa. Era certeza. La clase de certeza que no necesita ser verificada porque ya se instaló para quedarse.

—No saben lo que significa para mí que estén acá —dijo, con la voz apenas firme— Esto es mucho más de lo que cualquiera puede pedir.

Sofy, incapaz de sostener la solemnidad por más de treinta segundos, levantó una caja con determinación.

—Perfecto. Cinco minutos más de lágrimas y después organizamos todo. Tenemos pocos días para organizar una boda y no pienso correr como loca porque no pueden controlar sus emociones.

Las risas estallaron. Martha se sumó enseguida. Agustina ya estaba preguntando por la iglesia, por el vestido, por los invitados del pueblo, con esa eficiencia suya que convertía el caos en estructura sin que nadie se lo pidiera.

Y entonces Nova lo notó.

José y Sofy caminaban uno al lado del otro. Demasiado sincronizados para ser casualidad. Sus manos entrelazadas, discretas

pero firmes, sin anuncio y sin ocultamiento. Como algo que simplemente había empezado a ser sin pedir permiso.

Las miradas que se lanzaban tenían algo nuevo. Algo que no estaba ahí la última vez que Nova los había visto juntos.

Gabriel también lo vio. Se inclinó apenas hacia Nova.

—¿Cuándo pasó esto…? ¿Estaba en algún memo que olvidé leer?

Nova soltó una risa suave y le pegó un codazo disimulado…

—Claramente nos perdimos algo importante en estas dos semanas.

José carraspeó con teatral solemnidad.

—En breve daremos una conferencia de prensa y un comunicado oficial. Por ahora, fuera de agenda.

Sofy se sonrojó, pero no soltó su mano.

Las carcajadas volvieron a llenar el granero.

El polvo seguía flotando en el aire, atravesado por la luz de la tarde. El campo olía a madera y tierra tibia, y las voces se mezclaban sin divisiones claras entre familia y amigos, entre Buenos Aires y las sierras, entre el mundo que Nova había dejado y el que estaba construyendo aquí.

Gabriel apareció a su lado y tomó su mano con naturalidad. Sin apretarla fuerte. Sin necesitar hacerlo. Era simplemente ese contacto que los dos ya conocían de memoria: el ancla, el acá estoy, el nunca te voy a soltar.

Nova miró alrededor una vez más. Sus padres. Sus amigos. El hombre que amaba y que había decidido quedarse no a pesar de todo sino por todo.

Y en medio de ese campo abierto, sin lujo, sin artificio, sin nada que no fuera real, entendió algo que la hizo respirar más profundo que nunca.

No estaba empezando una vida nueva. Estaba uniendo todas las partes de la suya.

Y por primera vez, sin que faltara nada, todo encajaba.

* * *

Esa noche cenaron todos juntos.

La mesa de los Wexler nunca había tenido tanta gente, tanto ruido ni tanta risa al mismo tiempo, y sin embargo no se sentía llena. Se sentía exactamente del tamaño correcto. Como si siempre hubiera estado esperando ese momento para ser lo que era.

Martha sirvió, preguntó, escuchó, sonrió. Jonathan habló poco y bien, como siempre. José y Gabriel cayeron rápido en esa conversación de los que se conocen desde adentro, tranquila y sin esfuerzo. Agustina y Sofy encontraron en dos minutos el idioma común que tienen las mujeres inteligentes. Y Nova estuvo en todas partes al mismo tiempo —respondiendo, sirviendo, riendo— sin dejar de buscar con los ojos a Gabriel cada vez que él no la estaba mirando.

Fue entre el plato principal y el postre cuando Martha apoyó las manos sobre la mesa y los miró a todos con esa expresión suya de quien tiene algo adentro que ya no cabe más.

—¿Saben algo? —dijo— Todavía no puedo creer lo que vivimos hace apenas unas noches en esta misma cocina.

Todos la miraron.

Nova bajó la vista con esa sonrisa que aparecía sola cuando algo la conmovía y no quería que se notara demasiado.

—¿Qué noche Imma…? —preguntó Sofy.

Martha los miró a todos. A José. A Sofy. A Agustina. Y empezó a contar.

Contó despacio, como cuentan las madres cuando algo les importa de verdad. Sin apuro. Sin adorno. Con esa honestidad tranquila de quien no necesita embellecer lo que ya es hermoso.

Contó el silencio que cayó cuando Gabriel dejó el cubierto sobre el plato. Los pasos hacia Nova. El momento en que se arrodilló frente a ella y antes de abrir la caja confesó todo lo que nunca había dicho. Francia. Los años sin hablarle a Dios. El vacío que él mismo no sabía que cargaba. Y esa noche sola en un departamento frío al otro lado del mundo, cuando por primera vez en mucho tiempo volvió a abrir la boca y pedirle algo al cielo.

—Y entonces dijo —continuó Martha, con la voz apenas más baja— que Dios le respondió. Que esa noche… le dio el nombre de mi Nova…

Sofy se había llevado la mano a la boca.

José miraba sorprendido a Gabriel. Agustina tenía los ojos brillantes.

—Y Nova —dijo Martha, mirando a su hija con esa ternura que treinta años de amor no habían gastado ni un poco— se arrodilló frente a él. Los dos en el suelo. Los dos llorando. Y ella le dijo que ella también había pedido algo… Que también había esperado y que la respuesta de Dios había sido paz.

Silencio.

Un silencio que no pedía llenarse.

—La canción empezó sola —agregó Martha en voz baja— Del televisor. Nadie la había puesto. Y Jonathan…

Miró a su marido.

Jonathan sostuvo su mirada un momento. Después bajó los ojos apenas y apretó los labios con esa manera suya de contener lo que no sabe cómo decir sin que se rompa.

Sofy miró a José. Lo miró fijo, con esa decisión frontal suya que no avisaba.

—Escuchá bien —dijo— Porque vos también vas a tener que pedirles mi mano a ellos.

José abrió la boca. La cerró. Miró a Jonathan.

Jonathan lo miró con esa calma serena suya. Después miró a Gabriel. Y dijo, con el mismo tono de siempre, como quien hace una observación obvia:

—De este muchacho no podemos exigir nada. Se siente a Dios en su vida en cada actitud.

José bajó la vista. Pero la sonrisa no se la pudo esconder.

Sofy lo miraba con esa ternura suya que no intentaba disimular nunca.

Gabriel no dijo nada. Pero algo en su cara se asentó. Como cuando una cosa encuentra por fin el lugar donde siempre debió estar.

Fue entonces que Martha, con esa naturalidad suya de siempre, miró la mesa entera y dijo:

—Cambiando de tema… ¿Saben que el sábado es el cumpleaños de Nova? Veintiséis añitos de mi bebe...

Sofy soltó un grito contenido y miró a Nova.

—Es verdad… con tanta emoción del casamiento se me había olvidado…

—A mí también se me olvidó —dijo Nova, que no se le había olvidado para nada.

—¿Cómo que se te olvidó? —Agustina la miró con esa expresión suya que lo decía todo sin decir nada.

Jonathan sonrió desde la cabecera. Martha ya estaba pensando en voz alta sobre la torta.

Y entonces Sofy, con esa decisión repentina que la caracterizaba, puso las dos manos sobre la mesa y dijo:

—Hagamos una fiesta.

—Una fiesta de disfraces —dijo Nova, como si la idea le hubiera estado esperando en la punta de la lengua desde antes de que alguien abriera la boca.

La mesa reaccionó al mismo tiempo. Sofy aplaudió. Agustina asintió con una sonrisa que ya estaba calculando su disfraz.

Martha miró a Jonathan con esa complicidad de treinta años que no necesita palabras. José miró a Gabriel.

Gabriel no dijo nada todavía.

Nova lo miró.

Él sostuvo la mirada un momento y luego, con una calma absoluta, dijo:

—No.

Un silencio de medio segundo.

—No. Perdonen, pero eso no es lo mío.

Nova no respondió. Simplemente lo miró. Torció su cabeza y la apoyó sobre el hombro de Gabriel, despacio, con una precisión casi artística y con toda la mesa observándola, frunció los labios haciendo ese puchero que Gabriel conocía demasiado bien.

Gabriel la miró. Miró los labios. Miró la mesa entera mirándolo a él.

Jonathan estudiaba a su futuro yerno con una concentración sospechosa. Martha sonreía sin disimulo. Agustina tenía la mano sobre la boca. Sofy directamente no intentaba esconder nada. José miraba el techo.

—No… Nova, eso no se vale —dijo Gabriel— Sabés perfectamente que no puedo resistir esos labios pucherosos.

Nova se rió primero. Después todos.

—¿Pucherosos? —repitió entre carcajadas— ¿De dónde sacas esos términos?

—De un lugar muy profundo… de mi sufrimiento —respondió Gabriel con una dignidad que ya no le alcanzaba para nada.

—Vamos a invitar a todos —continuó Nova, sabiendo que había ganado— Y cada uno tiene que venir disfrazado de superhéroe. ¿Te parece?

—Me niego rotundamente —dijo Gabriel, sabiendo que sus palabras se perderían como soplido en el viento.

—Me niego rotundamente… No…

Todos lo miraron sorprendidos ante la negativa.

—¿Y si alguien por causa del disfraz termina descubriendo mi identidad secreta? —continuó, con lo que le quedaba de resistencia— ¿Y si alguien se da cuenta de que llevo una S bajo la camisa?

Todos rieron al mismo tiempo.

—¿Una S? —preguntó Nova— ¿La S de salame?

Gabriel frunció el ceño.

—No, chiquita. De Superman.

La mesa entera se rio sin poder contenerse.

Y cuando las risas fueron cediendo, Gabriel apoyó los codos sobre la mesa con una sonrisa que no había calculado y dijo:

—Igual hay una diferencia importante entre Superman y yo. Para él, Martha y Jonathan fueron sus padres. Para mí son mis suegros…

Silencio de un segundo.

Jonathan dejó el vaso despacio. Los miró a los dos. Y con esa serenidad suya que no necesitaba volumen para pesar, dijo:

—Eso es un error, Gabriel. A partir de ahora vos sos también nuestro hijo.

Gabriel no respondió de inmediato.

Sostuvo esas palabras un momento. Como se sostiene algo que pesa más de lo que uno esperaba. Algo que no pediste y que sin embargo llenaba un espacio que había estado vacío mucho tiempo sin que él supiera exactamente cómo llamarlo.

Martha tenía los ojos brillantes. Nova lo miraba desde el otro lado de la mesa con esa sonrisa suya que empezaba despacio y terminaba iluminándole los ojos celestes detrás de los lentes.

—Gracias —dijo Gabriel. Bajito. Sin adorno.

José lo miró por un segundo, sin decir nada. No hacía falta.

Y la mesa entera rio con esa risa limpia y sin reservas que solo se da cuando uno está exactamente donde tiene que estar, con exactamente las personas correctas.

* * *

El viernes por la tarde Nova, Agustina y Sofy tomaron el auto rumbo a Villa Carlos Paz. Habían llamado antes, reservado, tenido esa conversación de chicas que dura el doble de lo necesario porque nadie quiere decidir nada hasta no haber explorado todas las opciones posibles.

—¿De qué pensás disfrazarte? —le preguntó Agustina mientras el auto subía por la ruta serrana.

Nova puso el dedo en el mentón. Miró hacia arriba y pensó.

Y entonces su cara se llenó de algo.

—Toda mi vida me dijeron que me parecía a Melissa Benoist —dijo— Así que quiero el disfraz de Supergirl.

Sofy giró desde el asiento del acompañante.

—¡Uh, sonamos! Si es por los parecidos, yo voy a tener que buscar el disfraz del Ratón Pérez entonces.

Las tres rieron al mismo tiempo, con esa risa que no necesita preparación porque viene de adentro.

—¿Y vos, Agus? —preguntó Nova.

Agustina miró el camino un momento.

—Yo siempre soñé con ser la Mujer Maravilla —dijo.

Nova la miró desde el asiento de atrás.

—Ya lo sos, cuñada. Ya lo sos.

Y siguieron.

Toda la tarde recorrieron la ciudad buscando lo que querían, probando lo que no querían, descartando con criterio y eligiendo con alegría. Tres mujeres felices en una tarde de sierras que olía a pino y a víspera.

* * *

Esa noche, ya en su cuarto, Nova abrió la caja.

Sacó el disfraz despacio. Lo extendió sobre la cama. Lo miró un momento antes de ponérselo.

Cuando estuvo frente al espejo, se quedó quieta.

Tenían razón. Siempre habían tenido razón. Se parecía a ella. Al disfraz, a la actriz, a la imagen. Pero también —y eso era lo raro— se

parecía a algo que sentía por dentro. Como si el traje nombrara algo que ella no sabía cómo decir todavía.

Sonrió.

Se sentó en la cama y empezó a imaginar cómo la miraría Gabriel cuando la viera así. Qué cara pondría. Si intentaría disimular o si, por una vez, no podría. Se imaginó la escena entera. La entrada. La expresión de él. Lo que diría. Lo que no diría.

Se rio sola, en silencio, en ese cuarto de las sierras con el ventilador girando despacio y los grillos afuera.

Y sin darse cuenta… se quedó dormida, con el disfraz puesto y la sonrisa todavía en la cara.

Dicen que los sueños, sueños son.

Pero hay sueños que no son solo eso. Hay sueños que tienen una textura distinta, un peso que no desaparece al despertar, una luz que no pertenece a ningún lugar conocido.

Hay sueños que Dios construye desde adentro hacia afuera, con materiales que uno no eligió, con palabras que uno no inventó. Sueños que no son mensajes cifrados ni advertencias veladas. Son algo más simple y más profundo que todo eso.

Son anticipos de Su gracia.

Nova soñó que volaba... Estaba con el disfraz de Supergirl y podía volar.

No con esfuerzo, no con miedo. Volaba como vuela quien siempre supo que podía hacerlo y solo necesitaba el permiso para intentarlo.

El cielo era de un azul que no existe en ningún mapa, y las nubes pasaban despacio debajo de sus pies como si el mundo entero hubiera decidido moverse a otra velocidad. No había viento. No había frío. Solo esa libertad silenciosa de quien ha sido soltada de todo lo que pesa y no recuerda por qué alguna vez le tuvo miedo al aire.

Las sierras de Córdoba aparecieron de golpe.

Sus sierras. Las que conocía de memoria. Las que le habían enseñado que Dios existe antes de que nadie se lo dijera con palabras. El verde oscuro de los cerros, la tierra blanca de los caminos, el cielo que en Icho Cruz siempre parecía más cerca que en cualquier otro lugar del mundo.

Bajó.

No porque quisiera bajar sino porque algo la llamaba desde abajo. Algo que no tenía voz pero que tenía peso, como una mano invisible posada sobre el hombro. Una gravedad que no era del mundo sino de algo más adentro del mundo.

Había una casa.

Muy grande, hermosa, con el techo rojizo y un ventanal grande que daba hacia el cerro. Nova la conocía, o la reconocía. No sabía bien cuál de las dos cosas era verdad, pero su cuerpo se movió hacia la puerta sin que su mente tuviera que decidirlo. Como se camina hacia un lugar que uno sabe que es suyo, aunque nunca lo haya pisado.

Entró.

Adentro olía a madera nueva y a algo dulce que no tenía nombre exacto. La luz entraba oblicua por la ventana grande y caía sobre el piso de una solidez casi tangible, como si pudiera tocarse.

Y entonces la vio de espaldas…

Una niña.

Pequeña. De pelo rubio que le caía sobre los hombros con esa ligereza particular del pelo de los chicos cuando todavía no saben que es hermoso. Estaba quieta frente al ventanal, mirando el cerro con esa quietud profunda que solo tienen los chicos cuando están pensando algo muy serio y no saben todavía cómo decirlo. Sus hombros pequeños, su cuello delgado, los pies apenas separados sobre el piso de madera.

Nova se acercó despacio.

El piso no hacía ruido. El aire no se movía. El mundo entero había decidido callarse.

Cuando estuvo cerca —tan cerca que podría haberle tocado el pelo— la niña habló.

Sin darse vuelta. Sin moverse. Con una voz pequeña y segura que parecía más grande que ella. Una voz que no era de niña solamente. Era de alguien que había tomado una decisión y la estaba poniendo en el mundo para que durara.

—Imma —dijo— Te prometo que lo voy a cuidar mucho, mucho.

Nova abrió la boca, pero nada salió.

Estiró la mano para tocarla, para verle la cara, para entender qué significaba esa promesa y a quién se la estaba haciendo y de qué

cuidado hablaba esa voz pequeña con tanta certeza. Pero en ese momento sintió algo sobre su hombro.

Una mano. Firme. Conocida. Imposiblemente real.

Se dio vuelta.

Gabriel.

Estaba ahí. De pie, en el medio de esa habitación que no era de nadie y era de todos, mirándola con esa sonrisa que guardaba para ella sola. La que no era para el mundo. La que no calculaba nada. La que aparecía solo cuando él creía que nadie lo estaba mirando y que Nova había aprendido a buscar con los ojos desde el primer día.

—Un día voy a llegar a la cima —le dijo— Y le voy a pedir que te avise que llegué.

Hizo una pausa pequeña. Su sonrisa no cambió.

—Ya lo vas a ver.

Nova no entendió.

Quiso preguntarle. Quiso decirle que no entendía, que le explicara, que se quedara. Pero cerró los ojos por un segundo —solo un segundo, uno solo— y cuando los abrió él ya no estaba.

La niña tampoco.

La habitación estaba vacía.

Nova los buscó. Giró despacio. Miró hacia el pasillo. Hacia la puerta. Hacia el ventanal donde el cerro seguía afuera, quieto, enorme, indiferente al tiempo.

Nada.

—¿Gabriel?

Nada.

Solo el viento.

Y entonces vino la voz.

No desde adentro de la habitación. No desde afuera. Desde ningún lugar y desde todos al mismo tiempo.

No era el viento. No era un sonido del sueño. Era algo que no tenía origen porque no necesitaba uno. Una voz que no tenía género ni edad ni procedencia reconocible, pero que tenía algo que ninguna voz humana tiene: una autoridad que no se impone porque no necesita imponerse. Que simplemente es.

Una voz que Nova no había escuchado nunca.

Y que reconoció de inmediato.

—Sierva buena y fiel. Entra en el gozo de tu Señor…

Once palabras.

Solo once.

Pero todas ellas cayeron como luz. Como peso. Como las dos cosas al mismo tiempo, que no se contradicen, sino que se necesitan. Como algo que no pide permiso para entrar porque ya vive adentro desde siempre. Desde antes. Desde mucho antes de este sueño.

Se dio vuelta buscando de dónde venía.

Y se despertó.

El cuarto. El ventilador. Los grillos. El disfraz de Supergirl todavía puesto.

Nova se incorporó de golpe, con el corazón golpeando fuerte y los ojos abiertos de par en par, buscando en cada rincón del cuarto algo que ya no estaba. O que quizás nunca había estado ahí adentro. O que había estado en algún lugar más real que ese cuarto, que esas paredes, que esa noche.

Tardó un minuto en que la respiración volviera a su ritmo.

Miró sus manos. Miró el ventanal.

Afuera, el cerro. El mismo de siempre. Quieto, enorme y brillante bajo la mañana cordobesa. Pero ya no completamente igual. Ya con algo encima que antes no tenía, o que quizás siempre había tenido y ella recién ahora podía ver desde este lado.

Se pasó los dedos por el pelo y soltó el aire despacio.

—Voy a tener que dejar de usar estos disfraces, porque en cualquier momento me despierto en otro planeta —murmuró en voz baja, con esa sonrisa que uno se pone cuando necesita nombrar algo para que no pese tanto y sabiendo que un poco de ese humor espontáneo de Gabriel se le había pegado….

Pero la sonrisa duró poco.

De pronto, tres golpes en la puerta la hicieron reaccionar.

Suaves. Seguros. Conocidos.

Fue hacia la puerta sin terminar de despertar del todo. La abrió.

Era Gabriel.

Estaba ahí. Con una rosa roja en la mano. Una sola. Y esa media sonrisa suya que no se explicaba ni se disimulaba. Aún llevaba su pijama. El pelo negro todavía revuelto de la mañana. Los ojos verdes mirándola con esa atención que ella ya conocía de memoria y que igual le hacía algo cada vez.

—Feliz cumpleaños, princesa —dijo.

Y entonces la miró de verdad. De arriba abajo. El disfraz. La capa. El símbolo en el pecho. Y esa expresión suya que quería ser seria y que le duró exactamente dos segundos.

—Wow. Creo que me equivoqué de cuarto… Buscaba a una rubia hermosa que hoy cumple años, pero… por lo visto nunca llegué a despertarme y aun sigo en mi cama durmiendo…

Nova se miró. Después lo miró a él.

—Tonto… Me quedé dormida probándomelo —dijo.

Gabriel asintió con una solemnidad completamente fingida.

—Claro. Eso se nota.

Nova abrió la boca para responder, pero él habló primero.

—Lamento comunicarte, supergirl, que a pesar de que sos muy hermosa, mi corazón ya tiene dueña —dijo— Y no quiero que me lleves volando a ningún lado, porque ya estoy donde quiero estar… Hizo una pausa breve, de esas que él usaba cuando quería que algo llegara

— Y a decir verdad… porque mi amada novia ya me tiene volando y zumbando desde hace rato...

Nova lo miró un momento.

Ese momento que ella sabía que iba a recordar, aunque no supiera todavía cuánto.

Sonrió, se sonrojó, y en su pecho sintió que amaba a ese hombre con todas sus "super"fuerzas…

Le dio un beso y empujando la puerta le dijo: —Ándate ya, antes que te secuestre y no te deje ir nunca más. Me tengo que cambiar y hay mucho por hacer hoy.

Él extendió la rosa.

Ella la tomó.

Y antes de cerrar la puerta le dio otro beso. Rápido. Pero con todo lo que tenía adentro esa mañana y que no sabía cómo decir de otra manera.

La puerta se cerró.

Gabriel se quedó un segundo en el pasillo con esa sonrisa que no era para nadie más que para él mismo. Después se fue.

* * *

Esa noche, el granero de la granja Wexler se transformó.

Martha y Jonathan habían pasado la tarde colgando luces entre las vigas de madera. Sofy había aparecido con guirnaldas de algún lugar que nadie preguntó. Agustina había organizado todo con esa eficiencia suya que hacía que las cosas encontraran su lugar sin que nadie viera el esfuerzo.

El resultado era algo que no pertenecía del todo a este mundo: luces cálidas sobre madera vieja, el olor a campo entrando por las grietas, el frío serrano afuera esperando con paciencia y el calor adentro construido con cuerpos, risas y el sonido de gente que se quiere.

Llegaron todos. Cada uno con su disfraz. Cada uno con su regalo. Parecía una convención de superhéroes…

El comentario era unánime: lo parecida que era Nova a la Supergirl de la serie. Y era verdad. Era increíblemente verdad.

Pero cuando entraron Sofy y Agustina —Power Girl y Mujer Maravilla— las miradas empezaron a dividirse, porque las tres juntas eran demasiado para un solo lugar.

Las tres mujeres más hermosas de las sierras. De cualquier sierra.

Pero Gabriel y José no llegaban.

—Che, Agus —dijo Nova mirando el reloj— ¿Y si los llamás?

—Llamá a José también —dijo Sofy.

Justo en ese momento se abrió la puerta del granero.

Y desde los parlantes, como si alguien lo hubiera elegido sin saber lo que estaba a punto de pasar, empezaron a sonar las primeras notas de una canción. Suave al principio. Reconocible de inmediato para cualquiera que haya crecido escuchando rock nacional. Y entonces la voz de Lerner llenó el granero con esa claridad suya que no pedía permiso:

“Si es que muero por las noches es que no tengo con quién hablar… Si persigo solo a los malhechores es que tengo miedo de llegarme a enamorar…”

Gabriel y José entraron juntos.

Sin disfraz.

Los dos con su ropa de siempre. Los dos con esa calma absoluta de quien tomó una decisión y la sostiene con total dignidad.

Y la canción siguió sonando.

Nadie habló por un segundo. Solo la música. Y esos dos hombres parados en la entrada del granero, vestidos exactamente como cualquier día, mirando a todos con esa expresión de quien no tiene nada que explicar.

Nova llegó primero.

—¿Y tu disfraz? ¿Por qué no te lo pusiste?

Gabriel la miró.

En esa mirada había algo que decía claramente: sabés que no hay respuesta válida para esa pregunta, pero igual te la voy a dar.

Sofy apareció por detrás con los brazos cruzados.

—¿Sabés lo que me costó el alquiler del disfraz de Batman que te llevé, José? ¿Y ahora no lo usas?

José y Gabriel se miraron entre sí. El silencio duró exactamente lo necesario para que todos entendieran que la decisión había sido consensuada, deliberada y completamente irrevocable.

Gabriel habló primero.

—Estuvimos dos horas mirándonos al espejo con esos disfraces puestos. Con los calzoncillos sobre las mallas que nos trajeron…

José continuó.

—Dos horas. Y llegamos a la misma conclusión.

—Aún nos quedan muchos años de vida… —dijo José— Y si usamos esas ridiculeces y alguien nos toma una fotografía…

—…Nunca más vamos a poder mirar a nadie a la cara —concluyó Gabriel— De eso no se vuelve…

Silencio.

Nova los miró de arriba abajo. Los miró a los dos.

—Igual nos disfrazamos… No de Superman y Batman, pero nos disfrazamos… —dijo José.

—¿Ah sí… ¿Y de qué están disfrazados, supuestamente…? ¿Se puede saber? —preguntó Nova.

Gabriel sonrió. Esa sonrisa suya de cuando sabe que la pregunta correcta ya fue hecha.

—De millonario caprichoso —dijo.

—Y yo de su jefe de personal —completó José.

Las chicas se miraron.

Los miraron a ellos.

Y todos juntos se rieron hasta quedarse sin risa. Una risa que rebotó en las vigas del granero y salió por las grietas y se perdió en la

noche serrana como algo que había sido soltado y ya no necesitaba volver.

—Me rindo —dijo Nova.

La canción fue cediendo despacio, como se van las cosas que ya cumplieron lo que vinieron a hacer.

Le cantaron el feliz cumpleaños con las sierras de fondo y las estrellas afuera y toda la gente que quería a Nova reunida en ese granero que olía a madera y a hogar y a algo que no tiene nombre pero que se siente igual.

Jonathan llevó la torta. Martha la había hecho esa tarde, en silencio, con esa devoción tranquila con que las madres hacen las cosas que importan sin que nadie se lo pida.

Veintiséis velitas.

Nova las miró un momento antes de soplar. Las miró a todas. Y en ese segundo —ese segundo quieto antes de que el aire salga y las llamas cedan— levantó los ojos y miró a Gabriel.

Él la estaba mirando.

Solo a ella.

Con esa quietud suya que decía más que cualquier palabra que hubiera aprendido en cuarenta años de vida.

Nova sopló y las apagó todas de un solo soplido.

El humo subió despacio entre las luces del granero y todos aplaudieron, Sofy la abrazó primero y después vinieron todos los demás. Y en algún momento, entre el abrazo de Agustina y el de su madre, sintió la mano de Gabriel en su cintura. Firme. Quieta. Como un ancla al mundo real.

Se quedó ahí un momento.

Solo un momento.

Con los ojos cerrados, esa mano en su cintura y el sonido de todo lo que amaba llenando el granero.

No fue la gran fiesta del mundo, ni fue el cumpleaños más espectacular ni el más recordado por su producción, pero ella sabía que… aquel granero en las sierras con luces improvisadas y disfraces de alquiler, dos hombres vestidos de millonario caprichoso y jefe de personal que habían pasado dos horas mirándose al espejo, había sido la mejor noche de su vida hasta ese momento. Junto al amor de su vida. Rodeada de las personas que Dios había puesto a su lado como prueba de que Él sabe exactamente lo que hace cuando arma una historia.

Solo había una cosa que no dijo.

Una cosa que guardó en silencio mientras soplaba las velas y reía y sentía la mano de Gabriel en su cintura como promesa.

El sueño.

Aquella niña de espaldas. La voz diciendo unas pocas palabras y a Gabriel diciéndole que él llegaría a la cima algún día… Pero Nova lo guardó como se guarda lo sagrado, sin contárselo a nadie.

TU VIDA VALE MÁS

Aquel sábado amaneció con un cielo limpio, transparente, casi irreal. Como si las nubes se hubieran retirado con respeto para dejar que el sol de Icho Cruz cayera sobre la granja como una bendición silenciosa. Como si el día supiera lo que iba a contener y hubiera decidido estar a la altura.

Desde temprano, la casa y el granero dejaron de ser espacios tranquilos.

Las puertas se abrían y cerraban. Las flores cambiaban de lugar tres veces antes de quedar definitivas. Las sillas se movían unos centímetros a la izquierda y luego volvían. Todo latía. Todo avanzaba hacia algo que ninguno de los presentes podía nombrar del todo, pero que todos sentían en el pecho como una presión dulce y urgente al mismo tiempo.

El acento cordobés del pueblo se mezclaba con el murmullo más acelerado de los invitados llegados desde Buenos Aires. Campo y ciudad cruzándose en cada rincón, como dos historias que habían decidido dejar de caminar en paralelo.

Sofy todavía no lograba procesar nada.

—Es que no lo supero —repetía mientras caminaba con una cinta en la mano y un alfiler entre los dientes— Viajamos en el jet privado de Gabriel. ¡En un jet privado! Todavía estoy tratando de entender que no fue un sueño.

Se reía sola, incrédula, con esa risa suya que no esperaba permiso.

Agustina sonreía mientras acomodaba flores en frascos de vidrio reciclado. Sus movimientos eran más pausados, más

meticulosos. Pero sus ojos brillaban con algo que iba más allá de la tarea que tenía entre manos.

Su hermano… esa tarde iba a dar el paso más importante de su vida. El paso que lo uniría para siempre a la mujer que Agustina consideró desde un primer momento como la indicada.

José se acercó a Sofy por detrás sin decir nada. La abrazó con naturalidad, apoyando el mentón en su hombro.

—Todo va a salir perfecto amor. Ya lo vas a ver —murmuró.

No era una frase técnica. Era una promesa suave. Del tipo que no se hace en voz alta para que no se rompa.

Agustina los observó un instante antes de volver a sus flores. Ese gesto pequeño entre ellos no pasó desapercibido. Algo se había movido en el viaje. En las conversaciones largas. En las miradas que duraban medio segundo más de lo necesario. Todavía no lo nombraban. Pero estaba. Y ella lo veía con la claridad particular de quien ha aprendido a reconocer el amor antes de que el amor sepa que es amor.

Desde la puerta de la cocina, Nova observaba todo con una sonrisa que intentaba mantenerse estable.

Ver a sus amigos ahí, mezclados con su familia, riendo con sus padres como si se conocieran de toda la vida, le llenaba el pecho de una gratitud casi dolorosa. De esa que no cabe del todo y necesita salir por algún lado.

Pero debajo de esa alegría, su corazón latía demasiado rápido.

No era solo emoción. Era algo más. Algo que ella reconocía pero que había aprendido a no nombrar en días como este. A dejarlo pasar. A no darle más espacio del que merecía.

Apoyó la mano sobre su pecho un segundo, despacio, sin que nadie lo viera.

En la cocina, Martha y Jonathan estaban sentados frente al mate. La luz entraba por la ventana y dibujaba sombras suaves sobre la mesa. Hablaban en voz baja, con esa intimidad de los matrimonios largos que han aprendido que las conversaciones importantes no necesitan escenario.

Martha ajustó sus anteojos.

—¿Viste cómo todo está quedando listo?

Jonathan sostuvo el mate unos segundos antes de responder.

—Sí. Es el día que siempre imaginamos.

Hizo una pausa. Breve. Necesaria.

—Nuestra Nova empieza su nueva vida… y la empieza siendo amada de verdad.

No lloró. Pero sus ojos dijeron todo lo que su voz no podía.

Nova, que escuchaba desde el marco de la puerta sin que ellos lo supieran, sintió que algo dentro suyo se aflojaba y se tensaba al mismo tiempo. Pensó en la niña que corría por ese mismo patio. En la joven que llegó a Buenos Aires con más dudas que certezas y una Biblia en el bolso. En sus primeros días en DMT, intentando demostrar que estaba a la altura sin perder lo que era. En las noches en que oró en silencio, pidiendo a Dios que si Gabriel era para ella… lo confirmara sin dolor.

Ahora estaba ahí. A horas de caminar hacia el altar.

La magnitud le dio un vértigo suave. No desagradable. Solo real.

Sofy irrumpió en la cocina con un ramo ligeramente torcido en la mano.

—¡Necesito una opinión urgente! ¿Esto va acá o estoy atentando contra la estética rural con demasiado entusiasmo?

Las risas estallaron. La tensión se quebró como vidrio fino. Martha se limpió los ojos con el dorso de la mano y se rio también, con esa risa de las madres que agradecen la interrupción en el momento justo.

Nova respiró hondo.

Afuera, en el patio, Gabriel había terminado una llamada y guardado el teléfono en el bolsillo. Se quedó un momento quieto, mirando el cerro a lo lejos. El mismo cerro que no había podido subir del todo. El mismo que le había prometido conquistar.

Pensó en ella.

No en la novia. En ella., caminando por ese sendero con una seguridad que él todavía estaba aprendiendo. En Nova arrodillada junto al manantial con los ojos cerrados. En Nova apoyando la mano sobre su pecho en el cerro, en el avión, en la cocina, en momentos que él había registrado sin querer y que ahora se acumulaban en algún lugar de su mente con una insistencia que no sabía cómo nombrar.

"Ella tiene que saber que no es lo mismo que esté o no esté."

La frase le llegó sola, sin buscarse, como llegan las verdades: el corazón ya las sabe antes que la mente. No la dijo en voz alta. No hacía falta. La sostuvo adentro, con toda la fuerza y todo el peso que tenía.

No era lo mismo. Nunca había sido lo mismo. Desde su llegada, Nova había cambiado su mundo para siempre…

En ese pensamiento había gratitud, amor, promesa. Pero también había algo más, algo que todavía no tenía forma clara, como una sombra en el borde del campo que uno no mira de frente porque el día es demasiado luminoso para que quepa la oscuridad.

Activó el sensor del reloj. Un gesto mínimo. Casi automático.

—A.P.R.I.L.

—En línea, señor.

—¿Cuál es el estado de Nova?

Una pausa breve. Más breve que otras veces. Como si el sistema también supiera que hoy no era un día para malas noticias.

—Frecuencia cardíaca levemente elevada. Compatible con tensión emocional positiva. Patrón respiratorio dentro de parámetros normales por el momento.

Gabriel cerró los ojos un segundo.

Por el momento.

—Monitoreo pasivo. Solo alertas críticas.

—Confirmado.

Desactivó la conexión. Volvió a mirar el cerro. El sol ya estaba alto y la luz caía vertical sobre el campo, sin sombras, sin ángulos, sin lugar donde esconderse.

Dentro de la casa, Nova terminaba de desayunar con su madre. Cada abrazo de esa mañana duraba un segundo más de lo habitual. Cada mirada tenía algo consciente, casi solemne. Como si todos, sin haberse puesto de acuerdo, entendieran que estaban viviendo algo que no se repite. Que hay que guardarlo bien.

No era solo una boda. Era la unión de dos mundos que habían decidido no competir, sino abrazarse.

Y mientras el sol seguía elevándose sobre la granja, iluminando los silos, los árboles y la iglesia a lo lejos, todo parecía alinearse con una precisión casi sagrada.

Nova entendió algo simple y profundo: los nervios no eran miedo. Eran la conciencia de que estaba a punto de cruzar un umbral que no tiene regreso. Pero… por primera vez en su vida, no quería retroceder.

SIENTE

Cerca del mediodía, la granja estaba en plena ebullición.

La peluquera acomodaba sus herramientas sobre la mesa del comedor con movimientos rápidos y concentrados. La maquilladora abría estuches repletos de brochas y tonos suaves que brillaban bajo la luz que entraba por la ventana. Sofy corría de un lado a otro con flores en los brazos, dejando pétalos en el camino sin darse cuenta. Agustina ajustaba cintas en los bancos del granero mientras José revisaba por tercera vez que el sonido estuviera listo.

Todo estaba en movimiento. Todo avanzaba hacia el altar.

Hasta que alguien preguntó: —¿Dónde está Nova?

La pregunta no fue fuerte. Pero fue suficiente. El aire se detuvo.

—¿Y Gabriel? —añadió José, mirando alrededor con el ceño fruncido.

Martha salió del pasillo secándose las manos en el delantal.

—No está en su habitación.

Jonathan dejó el mate sobre la mesa, esta vez sin hacer ruido.

—Gabriel tampoco está afuera.

El murmullo se volvió inquietud.

Revisaron la casa. El granero. El patio trasero. Incluso los silos. Puertas abiertas. Habitaciones vacías. Ecos. Nada.

—¡No puede ser! —exclamó Martha, llevándose las manos a la cabeza mientras acomodaba nerviosa sus anteojos— ¡Mi hija se casa en unas horas y se le da por desaparecer…!

Su voz se quebró en la última palabra.

No era enojo. Era ese miedo específico de las madres que saben que algo importante está pasando sin ellas y no pueden hacer nada para estar. Jonathan la abrazó por detrás, apoyando el mentón en su hombro.

—Respirá, amor. Si conozco un poco a nuestra hija… no debe estar lejos. — levantó la vista hacia el cerro que se alzaba detrás de la granja. El mismo cerro que había escuchado los sueños de Nova desde niña. El mismo que guardaba todo lo que ella no le decía a nadie más. Y entendió.

—El manantial…

* * *

El sendero de ripio blanco subía suave hacia la base del cerro. El sol caía vertical, pero allí arriba el aire era distinto. Más limpio. Más antiguo. Como si el tiempo se moviera más despacio en ese lugar, o como si simplemente hubiera aprendido a no apurar lo que sucedía ahí.

El manantial murmuraba entre las piedras con esa paciencia que tienen las cosas que llevan mucho tiempo siendo lo que son. Fiel. Constante. Sin necesidad de ser visto para seguir existiendo.

Ese lugar era el refugio de Nova desde niña. Donde leía. Donde lloraba sin que nadie la viera. Donde oraba cuando no entendía lo que le pasaba por dentro. Donde soñaba con un amor que no sabía si algún día llegaría pero que pedía igual, con esa fe suya que no necesitaba certezas para sostenerse.

Gabriel estaba de pie, junto al agua, cuando ella se detuvo a su lado. Se miraron.

No como novios nerviosos a horas de la ceremonia, sino como dos personas que sabían exactamente lo que estaban eligiendo y necesitaban decírselo una vez más a solas… sin testigos, sin protocolo, sin el peso de las miradas ajenas.

Se besaron, pero no fue un beso ansioso. Fue un beso consciente. Tranquilo. Del tipo que no busca encender nada sino confirmar lo que ya está.

Eran simplemente ellos dos... Antes del altar. Antes del vestido. Antes de todo…

Nova sostuvo su Biblia contra el pecho y respiró.

Al subir el sendero había sentido algo raro —un instante breve, casi nada, como si el aire le faltara un segundo antes de llegar— pero lo había atribuido a los nervios del día. Era lógico. Era su boda.

El viento movió suavemente un mechón de su cabello, rozándole la mejilla como una caricia que no tenía manos.

—Necesitaba venir acá al menos un momento —susurró— No podía casarme sin tener primero este momento a solas con Dios y con vos a mi lado…

Gabriel asintió sin interrumpirla. No quería robarle ni una palabra.

Nova se acercó a una piedra lisa junto al agua y allí, se arrodilló. El murmullo del manantial llenó el silencio como una presencia viva,

como si el agua también supiera que era testigo de algo que no se repite.

Cerró los ojos. Y al principio le tembló la voz.

—Señor… gracias...

No era una simple oración. Era una memoria hablada. El resumen de todo lo que había pedido, esperado, dudado y creído durante años.

—Gracias por no soltarme nunca la mano… Gracias por escuchar la oración que hice aquella noche… cuando tenía tanto miedo y no sabía cómo seguir…

—Te pedí una razón para esperar. Te pedí una señal para creer en Gabriel… y vos, en tu eterna misericordia, me diste más de lo que imaginaba.

Una lágrima cayó sobre la piedra. No la limpió.

—Gracias por Gabriel. Por su paciencia conmigo. Por su amor cuando yo me cerré. Por el hombre que es… y por el hombre que está aprendiendo a ser…

—Hoy vengo hasta acá… para entregarte, primero mi matrimonio, pero también… toda mi vida a su lado. No quiero que él solo sea feliz. Quiero que te conozca como yo te conozco…. Quiero que vos seas el centro de nuestra familia. Que nos enseñes a perdonar cuando las palabras duelan, a hablar cuando cueste hacerlo, a abrazarnos cuando el orgullo quiera ganarnos, y que nuestro amor… te honre a cada segundo… incluso cuando los días sean grises.

El viento respondió moviendo las hojas sobre ellos.

Nova permaneció en silencio un momento largo. No porque no tuviera más palabras. Sino porque había entregado lo esencial y ahora solo quedaba estar.

Cuando se puso de pie y se giró, encontró a Gabriel mirándola distinto, asombrado... No con emoción superficial, sino con total reverencia. Con la expresión de un hombre que acaba de ver algo que no sabía que existía y que ahora no puede imaginar su vida sin haberlo visto.

Él dio un paso adelante y sin decir nada, también se arrodilló.

Nova dejó de respirar por un segundo completo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Gabriel bajó la cabeza. Respiró profundo, como alguien que está cruzando una frontera interior que lleva años evitando, no por cobardía sino porque no sabía que tenía el permiso de cruzarla, y dijo:

—Señor… Hace tantos años… siento que ya no sé ni cómo hacerlo… —comenzó, con una honestidad cruda que no tenía adorno— Han pasado tantos años desde la última vez que hablé con vos... Demasiados. Pero hoy quiero volver. y quiero hacerlo bien.

Nova sintió que el corazón le ardía en el pecho.

—Gracias por Nova. Porque ahora sé que fuiste vos, quien la trajo a mi vida cuando yo no estaba buscando a nadie. Cuando yo estaba demasiado ocupado construyendo cosas, como para notar que me faltaba lo único que importaba. Gracias por su fe… por su paciencia conmigo… por no rendirse cuando yo me alejé.

Su voz se quebró. Pero no la ocultó. La dejó quebrarse.

—Gracias porque, aunque yo me aparté…Vos nunca te apartaste de mí. Nunca… Incluso cuando yo no lo merecí. Incluso cuando yo ni siquiera lo sabía.

Adentro, en algún lugar que no tenía nombre, mientras pensaba en Nova, una frase llegó sola. Sin que él la buscara y sin que pudiera explicar de dónde venía. Como si alguien se la hubiera puesto ahí hace tiempo y recién ahora él estuviera listo para leerla…

La semilla de Tu amor hoy vive en mí. Yo no la elegí, pero Vos… la pusiste allí…

Él no había elegido a Nova. Había llegado sola. Se había instalado sin pedirle permiso. En una noche fría en París, en un departamento vacío, cuando él no tenía nada más. Y ahora estaba ahí, viva, inamovible. Tan adentro que ya no sabría distinguir dónde terminaba ella y dónde empezaba él.

—Hoy no te puedo prometer perfección… —continuó, con la voz más firme ahora— Pero lo que sí puedo prometerte es tratar de aprender cada día…. Te prometo escuchar. Te prometo caminar hacia Vos junto a ella, incluso cuando no entienda todo...

—Y si Vos me la confías como esposa… Te pido que me enseñes a amarla, a cuidarla, a honrarla. A no herirla con mis silencios y a ser un hombre que merezca tener a uno de tus ángeles a mi lado.

El silencio fue profundo. No vacío. Sagrado.

Nova ya no intentó contener las lágrimas. No eran de fragilidad. Eran de reconocimiento. De la clase que aparece cuando ves a alguien siendo exactamente quien necesitaba ser.

Gabriel se puso de pie lentamente.

—No sabía que ibas a orar —susurró ella, con la voz rota y el corazón compungido.

Él sonrió apenas. Con esa media sonrisa suya que nunca era ironía cuando la dirigía a ella.

—Yo tampoco sabía que podía… hasta que te escuché…

—Nunca supe que podía amar de esta manera… hasta que te conocí…

Dos confesiones en una sola frase. La fe y el amor llegando juntos, por el mismo camino, por la misma persona.

Nova abrió la Biblia casi por instinto. Sus dedos temblaban, pero su voz no.

—"Honroso sea en todo el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios."

Cerró el libro.

—Es por esto que te pedí respeto aquella noche…

—Nunca fue que no quisiera estar con vos. Te deseo con la misma fuerza y pasión que vos a mí, pero precisamente por eso necesitaba que me esperaras, porque para Dios, las cosas no se deben hacer a medias.... Aparte, necesitaba saber que podías amarme incluso cuando te decía que no. Porque quería para nosotros algo puro. Un matrimonio sin mancha, sin mancilla. Para que sea eterno y que nada empañe lo que hoy vamos a empezar. ¿Ahora lo entendés?

Gabriel tomó su rostro con delicadeza. Como quien sostiene algo que no le pertenece por derecho sino por gracia.

El beso que compartieron fue sereno. Sin urgencia. Sin posesión. Un beso que no buscaba encender nada… sino solo sellar ese momento entre ellos y el cielo.

Y en un susurro, contra su oído, le dijo:

—Gracias.

Cuando se separaron, ella apoyó su frente contra la de él.

—Siempre.

—Siempre.

No como una frase romántica, sino como una decisión pronunciada delante de Dios, en voz baja, junto a un manantial que

llevaba años guardando los secretos de ella y que ahora guardaba también los de él.

Cuando regresaron por el sendero, tomados de la mano, el sol estaba alto y la granja vibraba de nervios contenidos.

Martha fue la primera en verlos.

Su cuerpo se relajó antes de que su mente entendiera por qué.

—¡Mi niña…! —exclamó, corriendo hacia ella y abrazándola con una fuerza que mezclaba alivio y amor y todo lo que una madre acumula durante años sin poder soltarlo— ¡Nos tenían muertos de preocupación!

Nova rió entre lágrimas.

—Solo necesitábamos un momento a solas… Antes de que todos miren, necesitábamos que Dios nos mirara primero.

Jonathan observó a Gabriel un segundo largo. No buscó explicaciones sino verdad. Y en su mirada la encontró.

Asintió. Había entendido.

—Bueno —dijo finalmente, con los ojos brillantes y la voz apenas firme— Ahora sí… que el cielo y la tierra sean testigos.

La granja volvió a llenarse de movimiento. Las flores retomaron su lugar. Las risas regresaron. Las manos trabajaron con una energía renovada, como si todos hubieran recibido sin saberlo una parte de lo que había pasado junto al manantial.

Pero algo había cambiado. No era solo una boda en unas horas. Era un pacto que ya había sido presentado en lo secreto. Junto al agua. Donde el murmullo del manantial y Dios fueron los únicos testigos.

Y lo que se presenta en lo secreto delante de Dios… permanece para siempre.

POR UNA MUJER

Nova fue llevada casi a la fuerza hacia la habitación, aunque su resistencia era apenas simbólica. Sonreía con nervios contenidos, como si su cuerpo supiera que estaba cruzando un umbral definitivo… y no quisiera que el momento avanzara demasiado rápido. Como si necesitara unos segundos más para quedarse en el borde antes de saltar.

La puerta se cerró.

El murmullo del exterior quedó lejano, como si el mundo hubiera bajado el volumen para darle lugar a algo más íntimo. Más privado. Más de mujeres.

Sofy y Agustina tomaron el control con una mezcla de ternura y determinación que no admitía negociación.

—Sentate acá. Y respirá —ordenó Sofy con dulzura, apoyando las manos sobre sus hombros con firmeza suave.

Nova obedeció. Respiró.

El cuarto olía a perfume suave y a flores recién cortadas. El vestido blanco colgaba frente a la ventana, atravesado por la luz del sol que brillaba con una elegancia serena que no pedía atención, sino que simplemente la tenía. No era ostentoso. No tenía excesos. Pero era exacto. Como si hubiera sido pensado no para una boda en general sino para esta boda en particular. Para esta mujer. Para esta historia.

Nova lo miró detenidamente. No vio tela. Vio promesa.

Cada mechón de cabello fue acomodado con cuidado reverente. Cada brocha rozó su piel con una precisión casi ceremonial. Agustina trabajaba en silencio concentrado, con esa manera suya de hacer las cosas bien sin necesitar que nadie lo notara. Sofy, en cambio, hablaba.

Hablaba para aliviar la tensión que empezaba a hacerse nudo en el pecho de todas, aunque ninguna lo admitiera.

—Mirá vos, rubia… —dijo mientras ajustaba el velo con manos firmes— Al final… parece que te fueras a casar con un príncipe de verdad.

Nova se miró en el espejo. Por un instante no vio maquillaje ni peinado. Vio el camino. Todo el camino. Cada decisión. Cada noche. Cada vez que eligió esperar cuando hubiera sido mucho más fácil no hacerlo.

—Sí… —susurró— Y lo mejor de todo es que… es mi príncipe.

No lo dijo como fantasía. Lo dijo como quien reconoce algo que buscó durante años sin saber exactamente qué forma tendría cuando llegara.

Agustina se inclinó para acomodar el vestido desde atrás, alisando la tela con manos suaves y atentas.

—¿Estás en paz? —dijo en voz baja. No era una pregunta protocolar. Era genuina.

Nova asintió.

—Nunca imaginé que este día llegaría así. Sin miedo. Sin ruido en la cabeza. —Hizo una pausa breve— Con tanta paz.

El silencio que siguió tuvo peso propio. Las tres lo sintieron.

Fue Sofy la que habló primero, con esa valentía suya para decir lo que otros piensan, pero no se animan.

—¿Puedo preguntarte algo Nova…?

Nova la miró por el espejo.

—Por supuesto...

—¿Cómo hiciste? —dijo Sofy, despacio, como quien formula una pregunta que lleva tiempo guardando— Veintiseis años. Más de una vez debiste haber dudado… —No terminó la frase. No hacía falta.

Nova no respondió de inmediato. Miró sus propias manos sobre la falda del vestido. Las manos que habían sostenido esa decisión durante años, que la habían defendido cuando costaba, que habían aprendido a no soltarla incluso cuando todo parecía indicar que era demasiado.

—Nunca fue una obligación… —dijo finalmente, con voz tranquila— Nunca lo fue.

Agustina dejó de trabajar un momento y la escuchó muy atentamente.

—Fue una decisión de amor y honra a Dios, por sobre mis propios deseos…

—No siempre fue fácil. Hubo veces que no solo a Gabriel, sino también a mí, nos costó mucho esperar. Pero es lo mismo que cualquier amor verdadero: si es real, te cambia lo que elegís. Y yo lo amo de verdad. Entonces elegí honrarlo. Así de simple y así de difícil.

Nova levantó los ojos hacia el espejo.

—Desde muy chica tuve una imagen adentro de cómo quería que fuera. No la forma exacta, no el hombre, no la fecha. Sino la sensación. Quería llegar a este momento sin deberle nada a nadie. Sin cargar con algo que no pudiera entregar entero.

Sofy no habló. Por primera vez en toda la mañana, no habló.

—Hubo momentos en que dudé. Muchos. Momentos en que me pregunté si era demasiado estricta, si acaso me estaba perdiendo algo, o si el mundo tenía razón y yo estaba equivocada. —Una sonrisa suave le cruzó los labios— Y en esos momentos me aferraba a lo único que tenía: la certeza de que, si algún día llegaba el hombre indicado, iba a

entender. No iba a necesitar que yo le explicara nada. Lo iba a entender solo.

Hizo una pausa. Y algo en su voz cambió levemente de tono, como si estuviera recordando una noche específica, una oración específica, una promesa que no le había dicho a nadie:

—Empecé un nuevo sueño, y puse en juego toda mi ilusión. Sin garantías. Sin saber si iba a llegar. Sin saber si el precio valía la pena. Solo con fe…

La frase quedó flotando en el aire del cuarto con una honestidad que no necesitaba volumen.

—¿Y valió la pena…? —preguntó Agustina en voz baja.

Nova las miró a través del espejo. Sus ojos estaban húmedos pero firmes.

—Agus… Hoy Gabriel va a ser el primero y el único hombre en mi vida…. Y voy a entregarme a él sin culpa, sin dudas, sin nada que limpiar primero. —Respiró profundo— Claro que valió la pena… Te lo puedo asegurar… esto es algo que no tiene precio. Ninguno.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue honesto. Del tipo que solo existe entre mujeres que se conocen de verdad y que en ese momento entendieron algo que ninguna había terminado de articular hasta entonces.

Sofy bajó la mirada un segundo. Cuando la levantó, sus ojos tenían algo nuevo. No era culpa. Era comprensión tardía. La que llega cuando ya no podés deshacer lo que hiciste, pero sí podés entender por qué la otra eligió diferente.

—Me hubiera gustado tener esa claridad antes —dijo, sin tristeza, con una serenidad nueva que le sentaba bien— No por culpa… Sino por lo siento al mirarte hoy.

Agustina dejó el pincel sobre la mesa y miró a Nova en el espejo con esa franqueza suya que nunca hería porque siempre venía del lugar correcto.

—Yo no soy como vos —dijo— No tengo tu fe ni tu claridad. Pero sí conozco a mi hermano mejor que nadie. Y sé lo que le costó llegar hasta acá. —Hizo una pausa breve— Vos no cediste nunca. En ningún momento. Y eso fue lo que no lo dejó irse. No la atracción, no el trabajo, no nada de lo que él conocía. Fue esto. —Señaló a Nova con un gesto simple— Lo que sos. Lo que elegiste ser cuando nadie te miraba.

Nova la miró en silencio.

—El mundo siempre ha tratado de enseñarnos que eso ya no existe… —continuó Agustina— Que es algo ingenuo. Que pasó de moda. —Levantó los ojos— Pero yo, hoy… me alegra que vos no le hayas creído, y te lo agradezco con el corazón abierto en nombre de mi hermano… Él nunca recibió, ni en toda su vida, recibirá un regalo más grande y más hermoso que el que vos le vas a dar hoy.

Nova no respondió con palabras. Pero en su reflejo había algo que no se maquilla ni se peina ni se ajusta con ningún velo.

Había certeza.

Sofy la abrazó por detrás, apoyando el mentón en su hombro con esa ternura desordenada que la definía.

—Te merecés este amor, Nova. Siempre lo supimos.

Nova cerró los ojos un segundo.

—No lo merezco —susurró— Pero lo elijo… Porque él me eligió a mí.

El vestido fue finalmente ajustado. El velo cayó con delicadeza sobre su espalda. La luz que entraba por la ventana la envolvía de tal manera que parecía iluminarse desde adentro.

No era el vestido, ni el maquillaje. Era la luz particular de las personas que llegan a un momento habiendo pagado el precio completo y sin arrepentirse de ningún centavo. La luz clara y llana de la pureza.

No era una princesa de cuento. Era una mujer real, que había luchado con sus dudas, con sus deseos, con sus miedos y con un mundo que le decía constantemente que esperaba demasiado. Una mujer que había decidido creer en algo que no podía ver todavía, pero que había empezado un sueño sin saber cómo terminaría, pero que aun así… había decidido poner en juego todo lo que tenía…

Y lo mejor de todo… había ganado.

Por primera vez en toda la mañana… dejó de temblar.

* * *

En la habitación contigua, el ambiente era distinto. Más silencioso. Más contenido. Más masculino en la superficie… pero igual de profundo.

José sostenía el saco del smoking mientras Gabriel terminaba de abotonarse la camisa. El smoking negro impecable reemplazaba sus

habituales jeans; ahora cada línea del atuendo estaba pensada con precisión. No había descuido. No había improvisación. Solo había intención.

José ajustó la corbata con gesto firme.

—Quedate quieto, que hoy no podés improvisar —bromeó, intentando aflojar el aire.

Gabriel soltó una leve sonrisa. Pero su mirada estaba clavada en el espejo.

No se estaba observando el traje. Se observaba a sí mismo. Al hombre que había sido. Al que había huido. Al que había vuelto. Al que estaba parado ahora en una habitación de una granja en las sierras de Córdoba, a horas de casarse con la mujer que le había devuelto algo que él ni siquiera sabía que había perdido.

—Hoy es tu día, Gaby —dijo José, más serio ahora— No tenés idea de lo feliz que estoy por vos.

Gabriel respiró profundo.

—Sí la tengo. —Hizo una pausa— Y también sé que no estaría acá sin algunas conversaciones que tuvimos.

José le dio un pequeño golpe en el pecho, amistoso, de esos que dicen más que un abrazo largo.

—Solo asegurate de hacerla feliz. El resto lo vas a aprender.

Gabriel sostuvo su propia mirada en el espejo unos segundos más.

Ya no veía dudas. Veía responsabilidad. Y descubrió que la responsabilidad, cuando viene del amor, no pesa. Sostiene.

—Eso es lo que quiero —respondió con calma firme— Aprender con ella. No por obligación… sino por amor.

El silencio entre ellos era de los buenos —de los que no necesitan llenarse.

Hasta que José carraspeó.

Gabriel lo miró por el reflejo.

—¿Qué?

—Nada. —José acomodó el saco sin mirarlo — Después hablamos.

—José.

—Hoy es tu día, Gaby. No es el momento.

—Si no era el momento no lo hubieras empezado. —Gabriel se dio vuelta— ¿Qué pasa?

José dejó el saco sobre la silla. Se pasó una mano por la nuca. Lo miró. Y por primera vez en treinta años de amistad, Gabriel le vio en la cara algo parecido a la duda.

—Estaba esperando que pasaran estos días para hablar con vos…

El tono era tranquilo, pero algo en él era distinto. Gabriel frunció el ceño levemente. En su pecho se instaló una tensión pequeña pero concreta.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien.

—¿Sofy está bien?

—Sí. Sofy está perfecta. —José hizo una pausa— No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Otro silencio. José abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—El noviazgo con Sofy no es lo único importante que tenía para decirte.

Gabriel esperó.

—Quiero... —José se detuvo. Sacudió levemente la cabeza como si estuviera acomodando las palabras— Hace años que siento algo, Gaby. Algo que nunca te dije porque nunca supe si era el momento. Siempre había algo. Siempre estábamos en algún proceso. Siempre necesitabas algo y yo...

—José. —La voz de Gabriel era firme pero tranquila— Decime.

José lo miró.

—Quiero ser pastor.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores.

Gabriel lo procesó despacio. Primero el alivio —no era una mala noticia. Después algo más grande que el alivio.

—Sabés que desde hace años quiero ir al instituto bíblico —continuó José— Pero nunca quise dejarte solo. No después de Patricia. No cuando construiste todo esto. No cuando eras el hombre más exitoso y el más perdido al mismo tiempo.

Gabriel no dijo nada todavía.

—Ahora tenés una brújula… ahora la tenés a Nova. —José hizo una pausa breve y honesta— Creo que ya es hora de empezar a escuchar mi llamado.

Gabriel lo miró un momento largo. Después extendió la mano. José la tomó. Y ese apretón dijo todo lo que ninguno de los dos necesitaba agregar.

—Claro que vas a ir al instituto, pastor —dijo Gabriel en voz baja. —Te mereces eso y muchísimo más…

José soltó una carcajada corta. Le acomodó el saco por última vez.

—Ahora vamos…. Hoy no es tu día. Es el mío. —Se movió hacia la puerta.

José terminó de acomodar los puños, alisando la tela con cuidado.

—Listo. Ahora sí parecés un hombre que sabe lo que está haciendo.

Gabriel sonrió, pero esta vez sin ironía.

—Siempre lo supe....

Y no lo decía desde el orgullo. Lo decía desde la certeza de haber entregado algo en el manantial esa mañana… y haber recibido mucho más a cambio.

* * *

Afuera, el granero estaba transformado con una belleza que no necesitaba justificarse.

Guirnaldas hechas a mano colgaban de las vigas antiguas. Flores del propio campo descansaban en frascos de vidrio reciclados que atrapaban la luz y la devolvían en destellos suaves. Manteles blancos planchados con esmero cubrían mesas de madera que tenían años de historia en cada marca, en cada ralladura, en cada mancha que nadie había querido borrar porque formaba parte de lo que eran.

Nada importado. Nada ostentoso. Nada diseñado para impresionar.

Cada detalle tenía historia. Cada adorno había sido colocado por manos que amaban a Nova desde antes de que supiera pronunciar la palabra amor.

Siguiendo el pacto con Jonathan, no había extravagancias.

El dinero de Gabriel podía haber comprado lujo, decoradores, catering de ciudad, luces que hicieran del granero algo que no era. Pero jamás podría haber comprado lo que llenaba ese lugar: memoria

compartida, fe heredada, comunidad reunida. La riqueza que no cotiza en ningún mercado y que es la única que no se pierde cuando todo lo demás se cae.

En pocas palabras… Aquella boda, la boda de uno de los hombres más ricos del continente y tal vez del mundo… en esa tarde noche, se estaba llevando a cabo, con la humildad de dos ancianos que habían trabajado hasta largas horas de la noche, cada día de su vida, para poder darle a su hija, un regalo que nada en esta vida o en la venidera, se lo pudiera hacer olvidar, pero aun así… ni con toda la fortuna junta de Gabriel… hubiera podido ser pagada.

Los vecinos se saludaban con abrazos sinceros. Los amigos porteños miraban con asombro genuino la calidez del pueblo, esa forma de mirarse a los ojos sin filtros, sin distancia, sin la capa de ironía que la ciudad enseña a poner, sobre todo. Los niños corrían entre las mesas. Las risas flotaban en el aire como si el cielo estuviera más liviano que de costumbre.

Era un festejo humilde. Construido sobre algo firme. Sobre la fe que había sostenido a esa familia durante generaciones. Sobre el amor que ahora se expandía para incluir a un hombre nuevo. Sobre la decisión consciente de construir un hogar que no dependiera del lujo sino de la promesa.

Y mientras en dos habitaciones contiguas una novia dejaba de temblar frente al espejo y un novio ajustaba su saco con determinación, la granja entera parecía contener el aliento. No por nervios, sino por reverencia.

Porque en unos minutos, dos historias dejarían de caminar en paralelo. Dos voluntades dejarían de decir "yo" para comenzar a decir "nosotros". No como fusión ingenua. Sino como pacto.

Y cuando el cielo observa un pacto hecho con conciencia… la tierra también guarda silencio.

LA DESPEDIDA

La pequeña iglesia de Icho Cruz estaba colmada.

No quedaba un banco vacío. Familiares, vecinos, amigos llegados desde Buenos Aires y rostros conocidos del pueblo llenaban el templo con una expectativa que no era ruido sino vibración.

La clase de silencio cargado que tienen los lugares cuando saben que algo irreversible está por suceder dentro de sus paredes.

La luz de la noche entraba por las ventanas en tonos suaves, pintando las paredes con destellos dorados y rojizos que parecían moverse con el polvo suspendido en el aire. En el altar, un arco de flores blancas y rojas enmarcaba el espacio donde los novios se encontrarían.

Era delicado. Natural. Vivo. No imponía. Abrazaba.

Gabriel ya estaba parado allí.

Impecable en su smoking negro, de líneas firmes y sobrias, parecía más alto, más contenido. La camisa blanca perfectamente planchada contrastaba con el negro profundo del saco. Pero no era el traje lo que concentraba la atención de quienes lo miraban.

Era su mirada.

Sus ojos verdes recorrían la iglesia con una mezcla de concentración y emoción cuidadosamente sostenida. No buscaba aplausos ni aprobación. Simplemente la esperaba a ella…

Esperaba con la paciencia de un hombre que ha aprendido, tarde pero bien, que las cosas que importan merecen ser esperadas.

No era exageración decir que las mujeres presentes, todas ellas, al menos por un momento, envidiaron y entendieron exactamente, por qué Nova había dicho que sí.

De pronto, las primeras notas de la marcha nupcial comenzaron a llenar el templo.

No fueron fuertes. Pero fueron inevitables.

La puerta se abrió. Y el aire cambió.

No fue una sensación poética, sino que fue real…

El murmullo se apagó. Las respiraciones se acomodaron. Incluso los niños guardaron silencio sin que nadie se los pidiera. Como si algo en ellos, sin entender por qué, supiera que lo que estaba cruzando esa puerta merecía respeto.

Nova apareció.

Un murmullo leve recorrió los bancos antes de convertirse en silencio absoluto.

El vestido blanco caía con elegancia natural, de corte sencillo pero perfecto. Los encajes finos dibujaban delicadeza sin exageración. La tela parecía flotar alrededor de sus pasos, como si el aire mismo quisiera acompañarla. Y sobre el encaje, casi imperceptible para quien

no conociera la historia, un pequeño detalle que simulaba una mancha de café…

Un recuerdo del origen. La prueba de que incluso lo imperfecto, lo inesperado, lo que nadie planea, puede volverse símbolo. La prueba de que... a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan para bien...

No llevaba sus lentes. Sus ojos celestes brillaban con una luz limpia, serena, decidida. La luz de alguien que llega a un lugar habiendo pagado el precio completo y sin arrepentirse de ningún centavo.

Entre las invitadas se encontraba Silvia, la recepcionista de la empresa, sentada casi al inicio del banco lateral. Esa mañana llevaba unas zapatillas de tela idénticas a las que Nova solían usar en la ciudad.

Un gesto silencioso. Una forma de decir sin palabras: Perdón... me equivoqué. Lo reconozco y hoy me alegro de que hayas llegado hasta acá.

Sofy, unos bancos más adelante, se secaba discretamente los ojos. No había envidia. No había comparación. Solo orgullo. El orgullo particular de quien conoce a alguien desde antes de que se convirtiera en quien es ahora.

Nova avanzaba tomada del brazo de Jonathan.

En una mano sostenía su Biblia. No como accesorio, sino como fundamento. Como la raíz de todo lo que era y de todo lo que había elegido ser.

Cada paso era firme. No temblaba. Caminaba con la seguridad de quien ya tomó la decisión en lo secreto y ahora simplemente la está haciendo visible delante del mundo.

Jonathan la acompañaba con el pecho erguido y el corazón desbordado. No entregaba a una niña... Entregaba a una mujer que había aprendido a elegir. Los dedos de Nova apretaban suavemente el brazo de él. No por miedo sino por gratitud.

Gabriel la vio.

Y en el instante en que sus ojos la encontraron, todo lo demás dejó de ser y de existir.

No miró el vestido. Miró sus ojos. Y en esos ojos encontró todo lo que necesitaba sin saber que alguna vez lo busco: el manantial, la oración, el perdón, el cerro que todavía no había subido, las promesas hechas en voz baja junto al agua, el futuro entero.

El mundo se redujo al pasillo central y cuando llegaron al altar, Jonathan sostuvo la mano de su hija un segundo más de lo necesario.

Ese segundo contuvo años…

La miró con profundidad contenida. No había discursos. No había consejos finales. Solo cuatro palabras.

—Sé feliz, hija mía —murmuró, y su voz se quebró apenas en la última sílaba.

Gabriel extendió la mano.

Jonathan colocó la de Nova sobre la suya.

El gesto fue simple. Pero significaba noches de oración. Significaba confiarle a otro hombre el corazón que había protegido desde la cuna. Significaba soltar lo más preciado que tenía con la certeza de que iba a estar bien cuidado.

Cuando sus manos se tocaron, el silencio se volvió absoluto.

Nova levantó la mirada. Gabriel la sostuvo.

Por un instante eterno no hubo invitados, ni flores, ni música. Solo ellos dos y la certeza compartida de que habían llegado exactamente donde querían estar.

El arco de flores blancas y rojas parecía cerrarse suavemente alrededor de ellos, como si custodiara el momento.

La luz de los vitrales cayó sobre ellos, envolviéndolos en un resplandor tibio que no deslumbraba, sino que abrazaba.

Nova apretó apenas los dedos de Gabriel. Sin palabras le estaba diciendo: estoy acá. Y acá es donde me voy a quedar para siempre... a tu lado.

Gabriel respondió con la misma presión leve.

El pastor Samuel habló. No era simplemente un pastor. Era el hombre que había visto a Nova crecer en los bancos de esa misma iglesia. El que la había bautizado cuando apenas podía sostener su testimonio sin llorar. El que conocía sus silencios y sabía distinguir cuándo su fe era firme y cuándo estaba luchando.

Su voz no necesitó alzarse para llenar el templo.

—He visto a Nova arrodillarse aquí, cuando nadie la miraba… —dijo con serenidad grave— He visto su fe, cuando no era fácil sostenerla. He visto sus preguntas, sus lágrimas, sus regresos. Y hoy, Dios… me permite ver la respuesta a muchas de sus oraciones de rodillas.

El silencio que cayó no fue protocolo. Fue memoria compartida.

Martha lloraba sin pudor. Jonathan mantenía el mentón firme pero su garganta subía y bajaba con dificultad. Sofy se secaba las lágrimas con torpeza, sonriendo al mismo tiempo. José observaba con los brazos cruzados y los ojos húmedos, con esa manera suya de sentir sin mostrarlo demasiado.

El pastor extendió sus manos sobre ellos.

—El matrimonio no es la unión de dos personas perfectas — continuó— Es la decisión diaria de dos vidas imperfectas que eligen permanecer juntas a pesar de esas imperfecciones, sobre todo cuando las cosas no son fáciles…

—Ustedes han conocido la distancia. Han conocido la duda. Han conocido la espera. Y aun así han decidido seguir juntos y hoy, estar aquí. Eso es amor maduro y verdadero.

Se volvió hacia ellos.

—¿Aceptan entregarse el uno al otro para acompañarse en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad, en la certeza y en la duda, delante de Dios y de estos testigos?

Nova fue la primera en contestar. Su voz no tembló. Pero sí se quebró por dentro.

—Sí, acepto. —Respiró

— Gabriel... te entrego mi vida con libertad y con fe. No porque te necesite para existir... sino porque te elijo para poder caminar. Prometo respetarte cuando pensemos distinto. Sostenerte cuando dudes. Recordarte quién sos cuando lo olvides. Prometo ser tu ayuda idónea y nunca tu carga. Tu compañera, no tu sombra.

Sus ojos se humedecieron, pero no apartó la mirada.

—Y sobre todo… prometo amarte cada día que Dios me permita estar a tu lado.

Gabriel respiró profundo.

Tomó la mano de Nova con delicadeza, como quien sostiene algo que no le pertenece por derecho sino por gracia.

Sus dedos rodearon los de ella con firmeza tranquila.

Sus ojos no buscaron aprobación en ningún rincón de la iglesia. Solo la mirada de ella.

—Sí, acepto — comenzó, con la voz baja que se fue afirmando con cada palabra

— Nova... hoy te elijo. No porque todo haya sido fácil entre nosotros. Sino porque incluso cuando no lo fue, mi corazón solo quiso estar a tu lado.

Un leve temblor recorrió su respiración.

—Prometo proteger tu paz. No robarla con mi orgullo. Prometo honrar tu fe, incluso cuando la mía se sienta débil. Prometo construir un hogar donde Dios sea el centro de nuestras vidas y no solo un invitado ocasional.

—No te amo solo por lo que sos... te amo por lo que despertaste en mí. Y precisamente por eso es que cada día voy a elegir amarte. En los días claros y en los días grises. Pero más aun, en los días grises.

Hizo una pausa. Breve. Necesaria. Como quien guarda lo mejor para el final.

—Y cuando los años pasen… cuando la vida pese, cuando el camino se ponga cuesta arriba y cualquiera erigiría rendirse... yo no me voy a rendir… Yo no me voy a ir, sino que voy a quedarme, para cuidarte el corazón.

Nova dejó de respirar.

—Te prometo que esto que hoy iniciamos aquí, no terminará cuando se acabe la belleza o la emoción. Sino que, por el contrario, cuando eso ocurra, continuara tan vivo como hoy. Por eso es que hoy y siempre… voy a elegir quedarme... Hasta que nos enamoremos.

La última frase cayó sobre todos con un peso que nadie esperaba. Algunos fruncieron el ceño, intentando comprender. Pero solo Nova logro comprender esa frase de punta a punta.

En sus ojos brilló algo que no era sorpresa sino reconocimiento. Gabriel había aprendido lo que ella siempre había sabido: que el amor verdadero no es el que llega, sino el que estuvo desde siempre en su interior. El que se cultiva en los días en que no se siente, y el que elige volver a empezar cuantas veces haga falta.

Los ojos de Gabriel se humedecieron por primera vez en toda la ceremonia.

Sus frentes casi se tocaron. Respiraban el mismo aire. Sus manos unidas ya no parecían dos. Eran una sola estructura firme, construida sobre un cimiento que, aunque había costado, hoy mostraba ante todos, su firmeza.

El pastor los observó unos segundos más, respetando el peso del momento.

—Entonces… si no hay nadie que se oponga a este matrimonio... lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. Por la autoridad que me ha sido delegada, y delante de Dios y de todos estos testigos... hoy los declaro marido y mujer.

Gabriel se inclinó lentamente. Levantó el velo con una delicadeza que no buscaba espectáculo. Sus dedos rozaron su mejilla. Y la besó.

No fue ardiente, pero sí muy profundo. Un beso que nació en el alma. Fue la confirmación silenciosa de todo lo que acababan de prometer. De todo lo que había costado llegar. Y de todo lo que venía.

La iglesia estalló.

Algunos se pusieron de pie sin darse cuenta. Otros se abrazaban. Agustina miraba a su hermano con los ojos desbordados, llorando y riendo al mismo tiempo. Sofy se cubría el rostro con las manos. José respiró profundo, como si hubiera estado conteniendo el aire durante minutos.

Jonathan cerró los ojos un instante. No para contener lágrimas sino para agradecer.

Martha apoyó la cabeza en su hombro y lloró sin reservas. Sin pudor. Sin intentar ser fuerte. Porque hay momentos en que ser fuerte sería una falta de respeto a lo que se está viviendo.

El arco de flores blancas y rojas los custodiaba en silencio.

No había lujo. No había ostentación. Pero había fe sostenida en el tiempo. Había paciencia cumplida. Había dos personas que no solo prometían sentir siempre lo mismo, sino continuar eligiéndose toda la vida.

Y cuando dos personas deciden eso delante de Dios... El cielo respalda.

TE INVITO A MI VIDA

El granero respiraba luz. Las guirnaldas de flores blancas y rojas caían desde las vigas antiguas, abrazando las paredes de madera con una calidez casi familiar. Las velas suspendidas en frascos dibujaban círculos dorados sobre las mesas, y cada rincón parecía narrar un fragmento de la historia que había comenzado mucho antes de esa noche.

No era una fiesta lujosa. Era íntima y verdadera.

Sofy y Agustina iban y venían entre risas nerviosas, acomodando el velo de Nova, asegurándose de que el encaje cayera perfecto. José, con su calma habitual, ajustaba por última vez la solapa del smoking negro de Gabriel.

—No puedo creer lo hermosa que estás —susurró Sofy, con la voz quebrada— Parece que estuvieras brillando.

Nova sonrió con esa timidez que nunca perdió del todo.

El vestido caía con gracia natural, y el pequeño detalle en el encaje —esa mancha de café bordada a propósito— era casi imperceptible para cualquiera que no conociera la historia. Pero ellos sí la conocían. Y por eso lo miraban con una ternura particular, como se mira el origen de algo que terminó siendo enorme.

Gabriel la observaba desde unos metros.

No hablaba. No necesitaba hacerlo. Cada movimiento de ella quedaba grabado en su memoria con una precisión que ya no intentaba controlar.

Había aprendido a dejar que Nova entrara sin pedir permiso, y había aprendido que eso no era debilidad. Era exactamente lo contrario.

Los invitados conversaban, los niños corrían entre las mesas, los mayores brindaban con sonrisas amplias. Martha y Jonathan caminaban de mesa en mesa, abrazando, agradeciendo, con los ojos húmedos y el corazón tan lleno que no cabía más adentro.

Nova se acercó a Gabriel y tomó su mano.

—Gracias por todo esto, mi amor... —susurró— Por hacer de este lugar nuestro comienzo.

Gabriel apoyó su frente en la de ella.

—El hogar no es el lugar, Nova. El hogar sos vos.

No hubo más palabras. No hacían falta.

De repente la música cambió y comenzó a escucharse una melodía suave y familiar. "Yo no sé cómo empezó. Solo sé que sucedió..." Era "El amor de mi vida", de Eddy Sierra.

Al escucharla, Gabriel extendió la mano y Nova la tomó.

Bailaron.

Sin coreografía. Sin exhibición. Muy lento, como si el mundo entero hubiera decidido girar alrededor de ellos y no al revés.

Cada tanto sus miradas se encontraban con una intensidad tranquila, sin urgencia, sin necesidad de demostrar nada. Era una celebración, sí. Pero también era descanso. La tensión de todo lo vivido se disolvía en cada giro suave, en cada silencio compartido, en cada respiración que ya no tenía que esforzarse para ser tranquila.

Más tarde, cuando la música bajó y el murmullo tomó protagonismo, Gabriel pidió la palabra.

Habló de gratitud. De familia. De decisiones tomadas con convicción. Confirmó que Digital Media Tech seguiría creciendo bajo la dirección de José y Agustina. Que su vida ahora tendría raíces firmes en esas sierras, y que había comprendido, tarde pero bien, que el logro más grande que había alcanzado no figuraba en ningún balance. Estaba parado allí, a su lado, rodeada de toda esa gente que amaba.

Cuando terminó, los aplausos no solo fueron estruendosos, sino que también fueron profundos. Del tipo que viene del pecho y no del protocolo.

Nova lo miraba como si lo estuviera descubriendo de nuevo. Como si cada vez que él hablaba, le mostrara una capa nueva de sí mismo que todavía no conocía, y que cada vez le gustaba más lo que encontraba.

La noche avanzó entre abrazos y fotografías.

Sofy lloraba y reía al mismo tiempo con esa incoherencia hermosa que la definía. José levantaba la copa con discreta complicidad.

Martha apoyó la cabeza en el hombro de Jonathan y susurró algo que solo él pudo escuchar. Él no respondió. Solo tomó su mano y la apretó.

Cerca de la madrugada, la luna alta iluminaba el cielo de Icho Cruz con una claridad serena. El aire era fresco y limpio, con ese perfume particular de las sierras de noche que no existe en ningún otro lugar del mundo.

* * *

Gabriel y Nova se despidieron sin dramatismo de sus invitados. Abrazos largos. Palabras breves. Miradas que decían todo lo que las palabras no alcanzaban.

Tomados de la mano, caminaron por la calle tranquila hacia el pequeño hotel del pueblo.

Sin música. Sin aplausos. Solo el sonido de sus pasos acompasados sobre la tierra, y el murmullo lejano del festejo que seguía sin ellos.

Nova apoyó la cabeza en su hombro.

—Es extraño... —dijo en voz baja— Todo fue tan grande y tan hermoso... y ahora es todo tan simple...

—Así debe ser —respondió Gabriel— Lo verdaderamente importante no hace ruido.

Caminaron en silencio un momento. Un silencio que no pedía ser llenado. El tipo de silencio que solo existe entre dos personas que ya no necesitan demostrar nada.

Llegaron al hotel. La fachada era sencilla, de piedra clara, con una luz cálida encendida en la entrada que los esperaba como si supiera que venían.

Subieron despacio. Cada escalón era una frontera cruzada. Cada paso era la confirmación de algo que llevaban construyendo desde mucho antes de ese día.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Gabriel se detuvo.

La miró. No como el empresario. No como el novio nervioso. Sino como el hombre que había aprendido en un manantial de las sierras que hay cosas que no se controlan ni se planifican. Que solo se reciben con gratitud.

Tomó su rostro entre las manos con una delicadeza que ella ya conocía pero que esa noche tenía un peso diferente. Todo era diferente esa noche. Todo era nuevo y todo era propio al mismo tiempo.

—Señora de Bechirah… Bienvenida a mi mundo secreto y a su nueva vida…

Nova cerró los ojos un segundo.

Esa frase no era una invitación al cuarto.

Era la apertura del único lugar que Gabriel nunca le había mostrado a nadie. El más protegido. El más secreto. El que había construido sin saber que lo estaba construyendo para ella. El escondite detrás del empresario, detrás del hombre de control, detrás de todos los años de armadura.

Él la levantó en sus brazos. Y mientras se besaban entraron despacio.

La puerta se cerró con suavidad detrás de ellos.

La habitación estaba repleta de flores rojas y blancas, como las de la iglesia. Iluminada apenas por la luz tenue de una lámpara y el reflejo plateado de la luna entrando por la ventana, dibujando sombras suaves, sobre todo.

Había una quietud en ese cuarto que no era vacío sino plenitud. La quietud de los lugares que esperan sin apuro.

Gabriel no dijo nada. Solo tomó su rostro entre las manos otra vez.

—Gracias por elegirme.

Nova cerró los ojos un instante.

—Gracias por quedarte.

Un silencio breve. Cálido.

—Gracias por enseñarme a esperar —susurró él

No lo entendí al principio. Creía que era una negativa. Tardé en entender que era un regalo. Tu regalo. El más grande que alguien me haya dado jamás.

Nova sonrió con una ternura que no tenía nervios. Que no tenía apuro. Que no tenía nada que no fuera exactamente lo que era.

—¿Ahora creés que valió la pena?

Él asintió sin dudar.

—Valió cada vez que me dijiste que no. Porque cada vez que lo hiciste me estabas diciendo algo que yo todavía no sabía escuchar: que lo que íbamos a construir merecía un inicio limpio. Sin deudas. Sin manchas. Sin nada que cargar.

Nova lo miró a los ojos con esa serenidad suya que no era frialdad sino raíz.

—Te esperé... Siempre quise que fueras el primero y el único. Y hoy puedo entregarme a vos entera. Sin culpa. Sin dudas. Sin nada más… que no sea amor.

No era solo que había esperado. Era que había amado a Dios lo suficiente como para honrarlo cuando costaba. Y ahora ese amor le devolvía algo que ninguna otra decisión hubiera podido darle: llegar entera. Sin deudas. Sin nada que sanar primero.

Eso no lo daba la espera en sí misma. Lo daba el amor que la había sostenido durante la espera.

Gabriel la abrazó.

No con urgencia sino con descanso. Con la calma profunda de dos personas que saben que tienen toda la vida por delante y que esta noche no es una llegada sino solo un comienzo.

Lo que comenzaba ahora no era una escena. Era una vida.

Afuera, el pueblo dormía bajo el cielo estrellado de Icho Cruz. El cerro vigilaba desde lejos, firme y silencioso como siempre. Y en algún lugar entre las piedras y el agua, el manantial seguía repitiendo los votos, que ambos, unas horas atrás habían hecho delante de él, como testigo.

Adentro, en esa habitación pequeña y llena de luna, dos personas entendieron algo que no necesitaba palabras: Que la espera no había sido una privación, sino que había sido el regalo más puro que ella pudo hacerle.

Y él, que había tardado tanto en aprender a recibir, lo recibió entero. Con gratitud. Con reverencia y respeto.

No era la primera vez que Gabriel estaba con una mujer. Pero hubiera querido que lo fuera. Hubiera querido haber guardado también él ese momento para ella —llegar sin deudas, sin historia que borrar, sin nadie antes.

Esa era la primera vez que lo deseaba de verdad. Que entendía por qué valía la pena. Y en ese momento comprendió, sin que nadie se lo explicara, que todo lo que había buscado en los lugares equivocados, había tenido un nombre. Tenía una forma y tenía los ojos celestes más hermosos del mundo y se llamaba Nova, quien lo miraba como si fuera suficiente lo que él, hoy, le podía brindar.

Como si siempre hubiera sido suficiente.

Con el corazón de un hombre que finalmente había llegado a casa.

SI UN AMOR SE VA

El último amanecer en Buenos Aires los encontró despiertos antes de que sonara cualquier alarma. No había apuro. Solo esa

quietud particular de los días que uno sabe que van a cambiar algo para siempre.

Gabriel le tomó la mano en el auto, camino al aeropuerto, sin decir nada. Nova miraba la ciudad pasar por la ventana como quien se despide de algo que ama sin necesidad de explicarlo.

Buenos Aires seguía su ritmo indiferente, ajena a que dos personas la estaban dejando atrás para ir a encontrarse con la vida que habían elegido.

En la pista privada, antes de subir al jet, Gabriel se detuvo.

—Esperá un segundo —dijo, sacando del bolsillo interior de su campera una pequeña caja.

Nova lo miró sin entender.

Era un reloj. Idéntico al de él. La misma línea fina, el mismo cristal oscuro, el mismo peso exacto en la mano. Pero en una versión que parecía hecha para su muñeca desde siempre.

—Para que A.P.R.I.L. nos tenga siempre conectados —dijo Gabriel, abrochándoselo despacio— Donde quieras que estés en Europa, yo voy a estar a un latido de distancia.

Nova bajó la vista hacia su muñeca. Lo giró apenas bajo la luz de la mañana.

—Es hermoso, Gaby —susurró.

Gabriel asintió con una sonrisa que no temblaba. Que había ensayado para que no temblara.

—Vamos —dijo, tomándole la mano— Europa nos está esperando.

Desde el sistema del reloj, A.P.R.I.L. registraba la segunda señal biométrica en silencio. Dos pulsos. Dos vidas. Monitoreo activo.

* * *

Londres los recibió con lluvia fina y cielos bajos que a Nova le parecieron los más dramáticos que había visto en su vida. Caminaron por el Támesis bajo un paraguas que el viento amenazaba con llevarse en cada esquina.

Gabriel compró dos tazas de té en un puesto callejero y se las tomaron de pie, mirando el Puente de la Torre reflejado en el agua gris. Nova dijo que le parecía una ciudad que cargaba demasiada historia para un solo lugar.

Gabriel respondió que se parecía a él. Ella se rió y le dio un codazo.

* * *

Ámsterdam llegó con canales quietos, bicicletas por todas partes y una luz de tarde que caía horizontal sobre los puentes de piedra.

Nova quiso caminar en lugar de tomar cualquier transporte. Caminaron horas. Se perdieron dos veces. La segunda vez Gabriel miró a su alrededor, miró a Nova, y admitió, con una calma que no tenía nada de natural, que no tenía la menor idea de dónde estaban.

—Estoy practicando —dijo, con esa media sonrisa suya— Ahora estoy casado. Tengo que saber reconocer cuándo estoy totalmente perdido.

Nova soltó una carcajada limpia que rebotó contra las fachadas de los edificios y se perdió sobre el canal. Fue una de esas risas que salen sin permiso y sin cálculo. De las que Gabriel coleccionaba en silencio desde el primer día.

* * *

París no se anunció. Simplemente apareció.

El auto los esperaba a la salida del aeropuerto. Un Aston Martin DB12 color medianoche que el encargado del servicio entregó con una inclinación discreta y sin preguntas. Gabriel tomó las llaves con naturalidad. Nova miró el auto, miró a Gabriel, y decidió que había cosas del mundo de su marido a las que simplemente iba a dejar de sorprenderse.

Cruzaron la ciudad despacio. Gabriel manejaba sin apuro, algo que Nova había aprendido a leer como señal de que estaba bien. Cuando Gabriel tenía prisa era porque algo lo perseguía. Cuando manejaba así, despacio, mirando la ciudad, era porque estaba presente de verdad.

París aparecía entre los edificios en fragmentos. Una cúpula. Un bulevar ancho y arbolado. El Sena brillando a lo lejos entre los tejados.

—Es exactamente como me la imaginé —dijo Nova, con la frente casi apoyada en el vidrio.

—¿Cómo te la imaginabas?

—Grande. Vieja. Hermosa de una manera que no necesita esforzarse.

Gabriel la miró un segundo antes de volver los ojos a la calle.

—¿Cómo vos? No vieja, claro… solo hermosa —dijo.

Nova no respondió. Pero una sonrisa se le instaló en la comisura y no se fue en todo el trayecto.

Se alojaron en un hotel sobre la Rive Gauche con ventanas que daban a los tejados grises de París y una luz de tarde que entraba oblicua y dorada, como si la ciudad supiera exactamente cómo iluminarse para ser recordada.

Apenas cruzaron la puerta, Nova sacó el teléfono. No podía guardarlo más.

—¡Imma! —dijo en cuanto Martha atendió, con el sonido de los pájaros de fondo— Estoy en París. No te das una idea… En un hotel precioso con ventanas que dan a los tejados y una luz que no existe en ningún otro lugar del mundo. Y es tan hermoso que me dan ganas de llorar.

La voz de Martha llegó cálida y emocionada.

—Disfrútalo, hija. Te lo mereces…

Nova escuchó que llamaba a Jonathan. Pasos sobre la madera del patio. La voz de su padre llegando desde lejos y acercándose despacio.

—Hola, mi niña —dijo Jonathan.

—Hola, Abba. —Nova se limpió una lágrima con el dorso de la mano— Estoy bien. Estoy muy bien. Estoy más feliz de lo que nunca pensé que podía estar.

Jonathan tardó un momento antes de responder. Como siempre hacía cuando algo importaba de verdad.

—Eso es lo que pedimos siempre para vos, hija. Que Dios te diera justo eso.

Nova no pudo hablar por unos segundos.

—Lo hizo, Abba —susurró— Lo hizo.

Cuando cortó, Gabriel estaba a su lado. Mirándola en silencio con esa atención suya que ya no intentaba disimular. Nova apagó la pantalla del teléfono y lo miró sonriendo. Él era exactamente el hombre que ella siempre había soñado.

A la mañana siguiente, antes de que París terminara de despertar, Gabriel escuchó el ruido desde el otro lado de la puerta del baño.

Un silencio. Después otro. Después la canilla abierta a toda presión, como quien intenta disimular algo que ya no tiene caso disimular.

Esperó apoyado en la pared con los brazos cruzados y el corazón apretado, contando los segundos.

Nova salió con el cabello húmedo y una sonrisa que quería parecer tranquila.

—Algo que comí —dijo antes de que él pudiera abrir la boca— Estoy bien.

Gabriel la miró un segundo. Asintió despacio. No dijo nada.

En cuanto ella entró al baño a terminar de arreglarse, se acercó a la ventana y habló en voz muy baja.

—A.P.R.I.L. Quiero monitoreo continuo de Nova a partir de ahora. Frecuencia cardíaca, presión arterial, temperatura. Todo. Y quiero que me avises ante cualquier variación, por mínima que sea.

—Entendido, señor. Monitoreo activo desde este momento — respondió A.P.R.I.L.

Gabriel apoyó la frente en el vidrio frío un instante.

Afuera París seguía igual de hermosa e indiferente. Adentro, él cargaba solo lo que aún no terminaba de descifrar.

Durante el día, París les pertenecía entera. Sus calles, sus museos, sus cafés, sus puentes. Cada rincón una historia. Cada esquina una sorpresa. Caminaban horas sin cansarse porque la ciudad misma los empujaba hacia adelante con esa energía de lugar que lleva siglos siendo el escenario de los que se aman.

Por las noches, la puerta se cerraba y el mundo quedaba afuera.

Y en ese silencio compartido, lo que habían guardado con tanto cuidado durante tanto tiempo florecía sin apuro, sin culpa, sin nada que no fuera el regalo más puro que dos personas pueden darse cuando llegan al momento exacto para el que fueron creados el uno para el otro.

Un amor que había esperado su tiempo. Y que ahora que había llegado llenaba cada rincón de ese cuarto parisino con la misma luz dorada que entraba por las ventanas al atardecer.

Así fueron los días en París. Y así fueron sus noches.

En uno de esos días caminaron sin mapa ni agenda. Gabriel, que había visitado París tres veces por negocios, la descubrió esa mañana por primera vez.

Nova señalaba todo. Una librería antigua. Un café de esquina. Una plaza pequeña donde una mujer mayor alimentaba palomas con una paciencia que parecía de otro siglo.

—Me imagino vivir acá —dijo Nova en un momento, mirando una ventana con macetas de geranios rojos— En un departamento chico con muchos libros y una ventana que dé a la calle.

—¿Y yo? —preguntó Gabriel.

—¿Vos…? Si te portás bien, te dejo que te quedes a mi lado cuidándome toda la vida…

Él se rió. Un sonido limpio y sin cálculo que todavía lo sorprendía cuando salía.

Por la tarde llegaron al Louvre.

Nova quería ver la Victoria de Samotracia. Subieron la escalera y cuando apareció al fondo del pasillo —grande, blanca, sin cabeza, sin brazos y aun así de una presencia poderosa— Nova se detuvo en seco.

—Es increíble —susurró finalmente— No tiene cara. No tiene manos. Y sin embargo transmite más que muchas cosas que están enteras. Como si la perfección no fuera necesaria para ser poderosa.

Gabriel la miró a ella en lugar de mirar la escultura.

—Conozco a muchas personas así —dijo.

Nova lo miró un segundo. Después soltó una carcajada que rebotó contra las paredes del Louvre e hizo girar a tres turistas alemanes.

—Sos increíble —dijo, tapándose la boca con la mano— Estás ante una obra de arte invaluable y solo podés dejar escapar tu humor sarcástico…

—Soy honesto —respondió él, con esa media sonrisa suya que no pedía perdón por nada.

La última noche en París dejaron el auto cerca del Sena y caminaron hasta el puente a pie.

La Torre Eiffel se encendía despacio sobre el agua oscura.

Nova se detuvo en el puente. Gabriel estaba a su lado mirando el reflejo de la Torre en el agua cuando sintió que ella abría su bolso.

Nova sacó la Biblia con esa naturalidad suya de quien lleva ese libro a todos lados. La abrió despacio. Y de entre las páginas sacó un señalador.

El mismo señalador de siempre. El que había caído de su Biblia aquella mañana en la vereda de Recoleta. El que Gabriel había recogido del cemento caliente y guardado en el bolsillo de su camisa sin saber por qué. El que había cruzado el Atlántico aquella madrugada cuando él huyó del beso que no sabía cómo recibir.

Nova lo sostuvo entre los dedos y lo miró un momento. Después lo miró a él.

—¿Sabés algo, Gaby? —dijo en voz baja, con una sonrisa que mezclaba ternura y asombro— Este señalador de mi Biblia, llegó aquí antes que yo.

Gabriel no respondió. Porque no había nada que agregar a esa verdad.

—Estabas huyendo —dijo ella, sin reproche. Solo con la verdad tranquila de quien ya no necesita protegerse de nada— Te fuiste la misma noche que nos besamos. Sin decirme nada. Con miedo de lo que estabas sintiendo. Y sin embargo… te llevaste esto. Lo guardaste y lo cuidaste todo ese tiempo.

Hizo una pausa.

—Ese fue siempre, el plan que Dios tuvo para nosotros dos… Y nada, ni nadie escapa a su voluntad…

El destello de la Torre recorrió toda la estructura sobre el agua. Gabriel extendió la mano. Nova le puso el señalador en la palma. Él lo cerró entre los dedos.

—Donde esté tu tesoro… —susurró él.

—…Allí estará también tu corazón —completó ella.

La Torre Eiffel siguió brillando sobre el Sena. Y ellos dos, en ese puente, sostuvieron juntos por primera vez el objeto pequeño que había estado en el centro de su historia desde el principio.

Nova apoyó la cabeza en su hombro. Gabriel le pasó el brazo y la acercó hacia él.

No hablaron más. No hacía falta.

Su amor había comenzado a vivir y viviría para siempre… Eternamente.

* * *

Barcelona los recibió con luz mediterránea y un ruido de ciudad que no se parecía al de ningún otro lugar de Europa. Más cálido. Más humano. Una ciudad que vivía hacia afuera, en sus terrazas y en sus calles anchas y en ese cielo azul que parecía pertenecer a otra latitud.

La primera mañana caminaron por el Barrio Gótico sin apuro. Las callejuelas de piedra, las plazas pequeñas donde los vecinos tomaban el sol con una tranquilidad que desafiaba el siglo, las fachadas que acumulaban siglos sin pedirle permiso a nadie.

Nova lo miraba todo con esos ojos suyos que no filtraban nada.

En una papelería pequeña escondida entre dos calles sin nombre, Gabriel se detuvo. Entró. Salió con un cuaderno de bocetos de tapa dura color ocre y se lo dio a Nova sin ocasión ni explicación.

—¿Y esto para qué…? —preguntó ella.

—Barcelona es el tipo de ciudad que hay que dibujar, aunque no sepas dibujar.

Esa noche Nova llenó tres páginas. Garabatos de arcos, ventanas y tejados vistos desde abajo, la Sagrada Familia apenas esbozada con una torpeza que tenía más verdad que cualquier fotografía.

Al costado de cada dibujo escribió fechas y frases en letra pequeña. Gabriel leyó una por encima del hombro sin que ella lo viera.

Decía: "porque la creación misma declara la gloria de Dios."

No dijo nada. Guardó esa frase en el mismo lugar donde guardaba todo lo que Nova le daba sin darse cuenta.

La segunda tarde fueron al Camp Nou.

Gabriel había conseguido las entradas con semanas de anticipación. Barça contra Atlético. Estadio lleno. Nova no sabía nada de fútbol europeo y lo admitió con una honestidad que era enteramente suya.

—¿Y quién es el bueno…? —preguntó, mirando el campo antes de que empezara el partido.

—Nosotros —respondió Gabriel, señalando la camiseta azulgrana con un gesto que no admitía discusión. —Pero… es el segundo bueno, el primero es River Plate…

—¿Y el otro equipo?

—El equipo equivocado.

Nova se rió. Pero cuando arrancó el partido algo cambió. La energía del estadio la atrapó de una manera que ella no esperaba.

Noventa mil personas respirando al mismo ritmo, levantándose juntas, gritando juntas, callándose juntas.

Era algo que nunca había vivido. La hizo sentir parte de algo enorme, completamente ajeno y sin embargo suyo al mismo tiempo.

El Barça marcó en el minuto treinta y cuatro. Gabriel se puso de pie de un salto. Nova, por puro reflejo, hizo exactamente lo mismo. Gritó sin saber bien por qué. Gabriel la miró con una carcajada que no pudo contener.

—¿Ahora entendés de fútbol…? —dijo.

—No entiendo nada —respondió ella, todavía de pie, todavía con el corazón acelerado— Pero me encanta esto…

Al salir del estadio, con la ciudad todavía vibrando alrededor, Nova le tomó el brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras caminaban entre la multitud. Gabriel la sintió ahí. Ese peso liviano y preciso que había aprendido a reconocer entre cualquier otro.

—Gracias por traerme —dijo ella en voz baja.

—¿Lo decís por el partido o por todo…?

Nova levantó la vista hacia él.

—Por estar vos a mi lado, Gaby.

* * *

Roma llegó con un calor seco y una luz blanca que caía sobre todo sin piedad. Una ciudad que no pedía permiso para existir.

El Coliseo apareció doblando una esquina, enorme e inesperado.

Nova se detuvo en la vereda. Lo miró desde afuera y su sonrisa se desvaneció inmediatamente. Sus ojos recorrieron la fachada de piedra antigua, los arcos que se repetían hacia arriba, la magnitud de algo construido para durar eternamente.

Los turistas entraban y salían con sus cámaras y sus auriculares en todos los idiomas del mundo. Ella no se movió. Sus ojos miraban con temor, con recelo…

Gabriel esperó a su lado sin apurarla.

—No quiero entrar, Gaby… —dijo Nova finalmente, con una voz quieta y sin disculpa— Cada vez que lo miro, pienso en ellos... En los que murieron adentro por no negar lo que creían. En los que eligieron

eso antes que renunciar a su fe. Siento ese peso desde acá y no quiero acercarme más.

—Entonces nos vamos —dijo Gabriel.

Así de simple. Sin debate. Sin intentar convencerla de nada. Giraron y caminaron de vuelta hacia el centro.

Ese mismo día se fueron. Un solo día allí había sido suficiente.

* * *

Nápoles los recibió con ruido y color y un desorden que a Nova le pareció genuinamente honesto. Comieron pizza parados en la calle frente a una pizzería que no tenía mesas ni sillas ni menú escrito.

—Es la mejor comida que comí en mi vida —dijo Nova con absoluta convicción.

—La segunda mejor… —dijo Gabriel.

—¿La segunda? ¿Cuál es la primera?

—La que vos hiciste la primera noche en el tríplex. Esos bifes y esas papas fritas a la cordobesa no tenían comparación. Esa noche entendí que me había enamorado de la mujer correcta.

Terminaron la pizza caminando hacia el mar. El Vesubio al fondo, oscuro y quieto sobre la bahía.

—¿Sabés lo que me parece increíble? —dijo Nova— Que la gente construyó una ciudad entera al lado de un volcán, y aun así continuaron viviendo ahí…

Se parece mucho a la fe… Saber que la vida puede romperse en cualquier momento y aun así, elegir construir y amar igual.

Gabriel no respondió. Pero la miró de esa manera que guardaba para cuando algo le llegaba más adentro de lo que esperaba. Y Nova, sin saberlo, acababa de decir algo que Gabriel iba a necesitar recordar mucho más adelante.

* * *

Venecia no se parecía a ningún lugar que hubieran visto antes. No había ruido de motores. No había semáforos. Solo agua. Solo pasos sobre piedra húmeda. Solo el sonido de los remos cortando el canal en la mañana quieta.

—No puedo creer que exista un lugar así —dijo Nova en voz baja.

—¿Qué tiene?

—Que es imposible apurarse acá. La ciudad no te lo permite. Todo te obliga a ir despacio. A mirar. A escuchar. Es como si Dios hubiera diseñado este lugar específicamente para que la gente se detenga y recuerde que hay cosas más importantes que llegar a tiempo a algún lado.

—Tal vez necesitaba traerte a un lugar donde yo tampoco pudiera apurarme —dijo Gabriel.

Ese día se perdieron cuatro veces. La cuarta, Gabriel miró el reloj, miró a Nova, y volvió a guardar el reloj en el bolsillo.

—No tengo idea de dónde estamos —admitió.

—Lo sé —dijo Nova— Lo noto desde hace veinte minutos.

—¿Y no me dijiste nada?

—Estaba esperando que lo admitieras solo.

—¿Querés que le preguntemos a A.P.R.I.L.?

Nova tomó su mano y siguió caminando.

—No… Quiero seguir perdida con vos un rato más… —Y sonrió.

El camino los llevó a una terraza pequeña sobre un canal secundario.

Dos mesas. Una vista que no tenía explicación lógica. Fue entonces cuando el reloj de Nova vibró con suavidad.

—Llamada entrante grupal —anunció A.P.R.I.L.— José, Agustina y Sofy.

Nova miró a Gabriel con una sonrisa.

—¿Los atendemos?

—Los atendemos.

—¡Venecia! —gritó Sofy en cuanto vio el paisaje— ¡Me muero de envidia!

—¿Cómo están los flamantes esposos? —preguntó José.

—Perdidos —respondió Gabriel.

—¿En Venecia o en general?

—En Venecia… —respondió Gabriel— En general ya me resigné…

—No te está yendo tan mal, que yo sepa… —dijo Nova, empujándolo con el hombro.

Estuvieron un rato hablando de poco y de nada. Buenos Aires. La obra en Icho Cruz. En un momento Gabriel miró a José con esa sonrisa de costado que su amigo conocía bien.

—¿Y cómo va el instituto, pastor?

José soltó una carcajada. Sofy lo miró con una ternura que no intentó disimular.

—Va bien. Me cuesta más de lo que pensaba —admitió José— Pero va bien.

—Los mejores caminos siempre cuestan —dijo Gabriel.

José asintió con lentitud. Y en ese silencio breve los dos supieron, sin decirlo, que estaban hablando de mucho más que el instituto.

Cuando cortaron, el canal seguía igual.

—Son lo mejor que tenemos —dijo Nova.

—Por lejos…—respondió Gabriel— Lo son.

Antes de levantarse, Nova miró el canal una última vez.

—Cuando seamos viejitos y alguien nos pregunte dónde me sentí más en paz… voy a decir que acá. En esta terraza. Con ese café frío. Perdidos en Venecia… Porque acá fue la primera vez en todo el viaje que a ninguno de los dos nos importó estar perdidos, mientras estuviéramos juntos.

* * *

Viena los recibió con una elegancia que no necesitaba anunciarse. Una tarde fueron a un concierto en una sala que tenía más historia en sus paredes que muchos países enteros. Nova cerró los ojos durante el segundo movimiento. No los abrió hasta que terminó.

—La música clásica me parece una conversación —dijo finalmente— Con personas que ya no están y que dejaron lo que sentían escrito en notas para que alguien lo escuchara después. Es una forma de no morirse del todo, ¿no?

Gabriel pensó en eso el resto de la noche. Y también pensó, aunque no lo dijo, que Nova hacía lo mismo cada vez que abría su Biblia. No lo dijo. Pero lo pensó. Y el hecho de que lo pensara era suficiente.

JUNTOS PARA SIEMPRE

En los Alpes Suizos la cabaña estaba en un valle rodeado de picos blancos que hacían que el mundo pareciera más pequeño y más real al mismo tiempo.

Madera oscura. Ventanas que miraban hacia la nieve. Un hogar que ocupaba toda una pared del living y que cuando ardía convertía el frío exterior en algo que uno casi agradecía.

Llegaron al atardecer en un Range Rover negro que los esperaba en el aeropuerto de Ginebra.

El sol bajaba detrás de los picos tiñendo la nieve de un naranja suave que duró apenas unos minutos antes de volverse violeta y después azul y después noche. Nova se quedó parada en la puerta de la cabaña mirando ese cielo hasta que desapareció el último rastro de color. No habló. No hizo falta. Había cosas que los ojos pedían para ellos solos.

—Nunca vi algo tan hermoso… —dijo finalmente, con la voz pequeña de quien acaba de entender que el mundo es más grande y más hermoso de lo que había calculado.

—Ni yo… —respondió Gabriel, mirándola a ella, no al cielo.

Nova bajó la vista con ese rubor suyo que nunca desapareció del todo ni siquiera después de casados y Gabriel sonrió apenas, sin disimularlo.

Encendieron el hogar juntos. Gabriel acomodó la leña con esa precisión suya de hombre que hace bien las cosas, aunque nadie lo esté mirando. Nova preparó dos tazas de chocolate caliente en la lujosa cocina de madera, tarareando algo en voz muy baja, casi sin darse cuenta. Gabriel la escuchó desde el living y no dijo nada. Solo hizo silencio para disfrutar de la voz de su esposa.

Se sentaron juntos en el sofá frente al fuego. Las tazas humeando entre las manos. Los Alpes afuera, blancos y silenciosos bajo la noche.

Tres meses de Europa detrás. Una vida entera adelante.

Por un momento ninguno de los dos habló.

El fuego chasqueaba despacio. La nieve seguía cayendo afuera con esa paciencia infinita que tiene la nieve cuando no tiene apuro. Y adentro, en esa quietud compartida, había algo que llenaba cada rincón de la cabaña con una calidez que no venía del hogar.

Nova apoyó la cabeza en su hombro. Gabriel le pasó el brazo. La acercó hacia él despacio, como quien cuida algo que sabe frágil, aunque parezca fuerte.

—¿Sabés qué pienso? —dijo Nova, con la vista en el fuego y la voz de quien está pensando en voz alta sin haberlo decidido— Que en pocos días vamos a estar en Icho Cruz. En nuestra nueva casa. Me la imagino con olor a madera nueva. Con el Cerro Nova enfrente de los ventanales. Con el pasto mojado afuera por la mañana.

Hizo una pausa. El fuego chasqueó.

—Y también… imagino pasos pequeños en ese pasto —continuó, con la voz más baja todavía, casi como si le tuviera miedo a decirlo muy fuerte— Risas que no son las nuestras y una pequeña con tierra en las rodillas aprendiendo a caminar lejos de los vidrios espejados y los sistemas… Con tus ojos, Gaby y con la sonrisa de mi Imma.

Gabriel no respondió de inmediato. Se quedó quieto. Con la vista en el fuego.

La última vez que había pensado en eso en voz alta había sido en el andén de Retiro. Después nunca más lo había dicho. Pero eso no significaba que hubiera dejado de ver e imaginar a esa niña pequeña con la cara de Nova y sus propios ojos.

La veía. La había visto muchas veces en el silencio de las noches, cuando Nova dormía y él se quedaba despierto mirándola… en silencio. Amándola…

—Yo también la veo —dijo finalmente, con la voz más baja que de costumbre. Más honesta. Sin ninguna capa encima.

Nova levantó la cabeza de su hombro para mirarlo. Él tenía los ojos todavía en el fuego. Pero en la comisura de su boca había algo que ella reconoció de inmediato. No era una sonrisa todavía. Era algo anterior a la sonrisa. Algo más profundo y más verdadero que cualquier sonrisa.

—¿En serio…? —susurró ella.

—En serio —respondió él. Y la miró. Y en esa mirada había todo lo que no sabía decir con palabras y que sin embargo ella entendía siempre.

Nova sintió que algo se le movía adentro. Algo innombrable pero rotundamente real. Se le llenaron los ojos despacio, sin

dramatismo, como se llena un vaso que alguien colma con cuidado. Una lágrima le rodó por la mejilla y ella ni intentó limpiarla.

—Una vez más, buscamos a través del tiempo el sueño de crecer y de amar —susurró Nova, casi para sí misma, con la voz quebrada de la emoción más pura.

Gabriel la miró. Esas palabras le golpearon el pecho con una fuerza que no esperaba. Porque era justo eso. Dos personas que habían buscado a través del tiempo. Que habían tardado todo lo que tenían que tardar, que habían sufrido todo lo que tenían que sufrir, para llegar a ese sofá frente a ese fuego en esa cabaña en medio de los Alpes a soñar juntos con una niña que todavía no existía.

Felices sin razón. Tan libres de futuro y de ilusión.

El fuego chasqueó. Afuera los Alpes seguían blancos, indiferentes y eternos. Y adentro dos personas acababan de nombrar por primera vez juntas algo que todavía no existía pero que ya era rotundamente real.

Fue entonces cuando Nova apoyó la mano en su propio pecho.

No fue un gesto dramático. Fue algo pequeño e involuntario, como cuando el cuerpo sabe algo que la mente todavía no terminó de procesar.

Gabriel lo notó de inmediato.

Lo notó porque llevaba meses notando cosas similares que le preocupaban por demás…. Cada gesto. Cada pausa. Cada vez que ella fruncía el ceño un segundo de más o respiraba diferente, él lo notaba…

—¿Qué te sucede? —preguntó, con la voz que le quedaba cuando el miedo se le instalaba en el pecho sin avisar.

—Un mareo… —dijo Nova, con una sonrisa tranquila que quería ser tranquilizadora— Raro. Como si el cuarto se moviera un poco. Debe ser el chocolate caliente después de tanto frío afuera.

Gabriel la miró un segundo. Asintió. Le tomó el rostro entre las manos con una delicadeza que a ella siempre la desarmaba. La besó despacio. Nova cerró los ojos. Apoyó la frente contra la de él. Respiró.

—Estoy bien —susurró.

—Lo sé —respondió él.

Aunque por dentro algo le apretaba el pecho con una fuerza que no quería nombrar todavía. Algo que llevaba meses apretándole el pecho cada vez que ella no estaba mirando.

En cuanto Nova cerró los ojos recostada contra él, Gabriel le ordenó a A.P.R.I.L.

—A.P.R.I.L. Necesito un examen biométrico completo de Nova. Ahora. Todo…

—Procesando —respondió A.P.R.I.L., con esa voz suya que no tenía urgencia porque la urgencia era de él, no de ella.

—No es necesario, amor. Estoy bien —contestó Nova.

Gabriel no respondió, pero tampoco soltó la mano de Nova. La sostuvo como había aprendido a sostener todo lo que importaba: sin apretar demasiado, sin soltar jamás.

La volvió a besar. Despacio. Con toda la ternura que cabía en ese momento. Nova le devolvió el beso con esa paz suya que era lo más parecido a una respuesta que él había encontrado en su vida. Y Gabriel cerró los ojos también.

Y por unos minutos solo existió eso: el fuego, la nieve afuera, las manos entrelazadas, y ese amor que había tardado todo lo que tenía que tardar en llegar y que ahora que había llegado no cabía en ningún sistema del mundo.

Cinco minutos después la voz de A.P.R.I.L. llenó la cabaña sorprendiendo a Nova, con esa precisión suya que no preguntaba si era o no buen momento.

—Gabriel. Tengo el resultado del examen biométrico de Nova.

Gabriel miró a Nova y le dijo:

—Adelante. —La voz le salió entera. Entera por fuera.

—Ritmo cardíaco con leve irregularidad. Presión arterial dentro de parámetros aceptables. Estado general estable.

—Sin embargo… —Una pausa brevísima, apenas perceptible, pero que despertó la alarma más grande en Gabriel — Detecto una segunda señal biométrica dentro de Nova… Débil. Sencilla, pero consistente.

Ambos se miraron casi sin entender…

—Es una frecuencia compatible con latido fetal de aproximadamente diez semanas…

El silencio que cayó en ese momento no se parecía a ninguno de los que habían compartido en todo el viaje. No era el silencio de los que no tienen nada que decir. Era el silencio de los que tienen demasiado.

Nova no se movió. Procesó las palabras de A.P.R.I.L. una por una, despacio, como quien lee algo en un idioma que conoce pero que de repente tiene un significado completamente nuevo.

—¿Dos… ¿Dos latidos…? —susurró. La voz le salió finísima. Como un hilo.

—Dos —confirmó A.P.R.I.L., casi pareciendo festejar en la voz el dar esa noticia.

Nova llevó ambas manos a su boca... Despacio. Con una suavidad que parecía querer proteger algo que acababa de volverse infinitamente precioso. Los ojos se le llenaron despacio. Sin apuro. Como la nieve afuera.

—¿Estoy… ¿Estoy embarazada…? —susurró, con la voz más pequeña y más llena que Gabriel le había escuchado en toda su vida— ¿Estoy esperando un bebé…? ¿Es posible que mientras hablábamos de ella hace tan solo unos minutos…? ¿Ya estaba acá adentro escuchándonos…?

Y entonces lloró.

Lloró con todo. Lloró como nunca. Sin disimulo, sin control y sin ninguna de esas capas que uno pone encima de las cosas cuando no quiere que el mundo las vea.

Lloró como lloran las personas cuando algo las desborda completamente porque es demasiado hermoso para caber adentro. Lloraba y se reía al mismo tiempo, con las manos todavía apoyadas sobre el pecho, mirando a Gabriel con esos ojos suyos que esa noche parecían contener todo el cielo de los Alpes.

A Gabriel le costó reaccionar. No podía creer lo que acababa de escuchar… pero cuando logró sobreponerse, la abrazó. Con todo su ser. Con los brazos enteros, el pecho entero y el corazón expuesto a cualquier sistema que pudiera protegerlo.

La abrazó y la sintió temblar contra él y algo dentro suyo que había estado contenido durante meses, durante capítulos enteros de miedos silenciosos, noches despierto y preguntas que no le hacía a nadie, se soltó de golpe.

Y lloró también.

Sin disimulo. Sin intentar controlarlo. Con la cara hundida en el cabello de Nova y los hombros sacudiéndose y ese llanto que sale de un lugar muy adentro, del lugar donde uno guarda lo que más le

importa y lo que más le duele y lo que más ama, todo junto, todo al mismo tiempo, sin poder separarlo.

Lloraron abrazados frente al fuego mientras los Alpes seguían blancos y silenciosos e indiferentes afuera.

Lloraron por la niña que ya estaba. Por el tiempo que había tardado en llegar a ese momento. Por todo lo que habían cargado solos antes de encontrarse. Por todo lo que todavía no sabían que venía. Por la felicidad que duele porque es demasiado grande para un solo cuerpo. Lloraban por aquella pequeña Nova que ya existía mientras sus padres la soñaban frente al fuego.

No pudieron dejar de llorar por horas…

* * *

A la mañana siguiente manejaron hasta el pueblo más cercano con el secreto más grande del mundo guardado entre los dos.

Gabriel manejaba despacio. Nova iba con las manos enlazadas sobre su regazo, mirando el paisaje de nieve pasar por la ventana con una sonrisa que no había podido apagar desde la noche anterior.

Dos horas más tarde, los análisis confirmaron todo lo que A.P.R.I.L. había detectado.

Diez semanas. Un corazón pequeño y perfecto latiendo con una constancia que no pedía permiso a nadie. El médico les mostró la ecografía en la pantalla y Nova se tapó la boca con ambas manos.

Esa imagen pequeña y borrosa que era todo. Absolutamente todo.

Salieron del consultorio. Gabriel caminó hasta el auto. Abrió la puerta para Nova con ese gesto suyo de siempre y se sentó al volante. Pero no arrancó…

Se quedó ahí con las manos sobre el volante, la vista al frente y algo moviéndose en su pecho que no terminaba de acomodarse. Nova lo miraba desde el asiento del acompañante, con la ecografía apretada entre los dedos, esperando.

—¿Están bien…? —preguntó él, finalmente, con la voz que le quedaba.

—Estamos perfectas —dijo ella.

Gabriel la miró de verdad. Con esa mirada suya que ella había aprendido a reconocer como la más honesta de todas, la que no protegía nada ni pedía nada a cambio. Solo miraba.

Y algo en él que había estado contenido desde la noche anterior, desde meses atrás, desde el mismo momento en que sus ojos se encontraron por primera vez a la puerta de aquel café, se soltó de golpe.

La abrazó. Con todo lo que tenía. Con los brazos y el pecho y la voz que se le quebró en el primer intento.

—Gracias… Gracias, por cruzarte en mi camino amor… —logró decir, con la cara hundida en su cabello— Gracias. Gracias. Gracias.

No había más palabras. No hacían falta. Solo ese gracias repetido que no era solo gratitud sino también alivio, amor y el peso de todo lo que había cargado solo durante tanto tiempo soltándose de una vez.

Nova se largó a llorar igual que él. Lo abrazó con toda su fuerza, con esos brazos suyos que parecían pequeños, pero que, sin embargo, lo sostenían como nada más en el mundo podía sostenerlo.

Lloraron juntos dentro de ese auto detenido al costado de un camino de los Alpes, con la nieve cayendo afuera, la ecografía entre ellos y ese milagro pequeño y firme latiendo entre los dos.

Casi treinta minutos estuvieron así. Sin hablar. Solo abrazados, llorando.

Solo siendo dos personas que se amaban habiendo recibido algo que ninguno se sentía digno de merecer y que sin embargo estaba ahí, real, perfecto y suyo.

Cuando finalmente se separaron, los dos tenían la cara colorada, los ojos hinchados y se miraron así, con toda esa vulnerabilidad expuesta, y se rieron. Una carcajada limpia y desbordada que rebotó dentro del auto y que era la única respuesta posible cuando la emoción ya no cabe de ninguna otra manera.

Gabriel arrancó el auto. Manejó despacio con una mano en el volante y la otra apoyada con suavidad sobre el vientre de Nova, con una delicadeza infinita, como quien toca algo sagrado. Nova apoyó su mano sobre la de él. Y cerró los ojos. Y sonrió.

Y así volvieron a la cabaña. En silencio. Con ese milagro pequeño y firme latiendo entre los dos. Juntos para siempre.

Los dos días siguientes los vivieron con un secreto adentro que les cambiaba el color de todo.

Cada cosa era más brillante. Cada silencio más lleno. Cada mirada entre ellos cargada de algo que el mundo todavía no sabía y que por eso mismo les pertenecía por entero.

Bajaron al pueblo a comprar regalos para los que esperaban en Buenos Aires sin saber nada todavía. José. Agustina. Sofy. Jonathan y Martha. Cada uno con su historia, con su lugar en sus vidas, con ese amor que no necesitaba grandes gestos para ser real.

Nova tardó cuarenta minutos eligiendo algo para Sofy.

Gabriel la observaba desde la puerta con los brazos cruzados y esa paciencia nueva que tres meses atrás no hubiera tenido y que Nova le había enseñado sin proponérselo.

—¿Le vas a comprar algo a José también…? —preguntó ella sin levantar la vista de las dos cajas que sostenía, una en cada mano, con el ceño fruncido de quien está tomando una decisión muy seria.

—Ya lo elegí —respondió Gabriel.

—¿En qué momento…?

—Mientras vos tardabas cuarenta minutos en elegir entre dos cajas iguales.

—No son iguales. Una tiene avellanas y la otra no.

—José no come avellanas.

—¿Cómo sabés?

—Porque somos amigos hace treinta años.

Nova lo miró un segundo. Después volvió a mirar las cajas con la misma seriedad de antes.

—Igual me llevo la de avellanas —dijo— Para Agustina.

Gabriel se mordió el labio hacia el costado y negó con la cabeza intentando parecer exasperado, pero no lo logró. La sonrisa se le escapó igual, como siempre, como cada vez que ella hacía exactamente lo que él menos esperaba y que sin embargo le pertenecía del todo.

Esa noche, en la cabaña por última vez, con las valijas ya preparadas junto a la puerta y los Alpes afuera haciendo guardia silenciosa, Nova sacó la ecografía del bolso y la miró un momento largo.

La miró con esa atención suya de quien está grabando algo en la memoria para no olvidarlo jamás.

—¿Cómo se lo vamos a decir…? —preguntó, sin levantar la vista de la imagen pequeña y borrosa que lo era todo.

—¿Y si los juntamos a todos en la Torre cuando lleguemos? —dijo Gabriel— Un almuerzo. Algo normal. Y en algún momento…. lo decís vos.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque sos la madre…

—y vos el padre…

—Pero va a tener que ser inmediatamente que lleguemos… De lo contrario, en cuando Sofy te vea la cara ya va a saber algo y no vas a poder disimular ni diez minutos.

Nova abrió la boca para protestar. La cerró. Porque él tenía razón y las dos lo sabían.

—Está bien —dijo— Lo digo yo.

Se quedó un momento más mirando la ecografía. Después lo miró a él. Y había en sus ojos celestes algo que Gabriel iba a recordar el resto de su vida: esa mezcla de amor y gratitud y asombro de quien no termina de creer que todo aquello es real y verdadero y suyo.

—Gaby —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—¿Esto recién empieza…? ¿Me podés asegurar que no es un sueño…?

Gabriel no respondió con palabras. Se acercó. Le tomó la cara entre las manos con esa delicadeza suya que todavía la sorprendía. La besó en los labios. Despacio, pero con todo su amor.

Nova cerró los ojos y respiró profundo dejando que ese beso le dijera todo lo que él no sabía decir de otra manera.

Después, Nova guardó la ecografía con cuidado entre las páginas de su Biblia, justo al lado del señalador y la rosa.

Tres cosas pequeñas y enormes juntas, entre las mismas páginas. El principio, el presente y el futuro. El versículo que lo había empezado todo y la imagen del corazón que lo continuaba.

Apagaron la luz.

Afuera los Alpes seguían en pie, blancos e indiferentes y eternos, como si el tiempo no les importara demasiado. Adentro, dos personas dormían con un secreto que todavía no le pertenecía al mundo. Pero que muy pronto iba a cambiar todo.

Juntos para siempre. Como siempre había sido...

EN TUS OJOS

Eran las diez de la mañana en el aeropuerto de Ginebra y los Alpes seguían ahí, blancos, indiferentes y eternos, como si no supieran ni les importara que dos personas estaban a punto de dejarlos atrás.

El jet esperaba en la pista privada con esa quietud suya de cosa poderosa que no necesita anunciarse. El personal de tierra trabajaba en silencio alrededor. El cielo de Suiza era limpio, frío y azul de una manera que no se parecía al cielo de ningún otro lugar.

Nova subió los primeros escalones de la escalerilla con el bolso al hombro y la bufanda todavía puesta. A mitad de camino se detuvo.

Se dio vuelta despacio y miró los Alpes, con esa concentración suya de quien imprime imágenes para no perderlas jamás. La nieve en los picos. El valle abajo. El aire que cortaba un poco todavía, aunque el sol ya estaba alto.

—Voy a volver —dijo en voz baja.

No era una pregunta. Tampoco un deseo. Era simplemente una verdad que ella estaba poniendo en el mundo con esa calma suya de quien no promete lo que no puede cumplir.

Gabriel estaba un escalón más abajo y la miraba.

Le tomó la mano despacio. Nova bajó la vista hacia él. Y Gabriel la besó en los labios. Con toda la ternura que cabía en ese momento y que no necesitaba ninguna palabra para decir lo que tenía que decir.

—Vamos a volver juntos…

Nova cerró los ojos un segundo y pudo verse muchos años después, ya ambos ancianos, pero juntos, tomados de la mano, bajando del avión en aquel hermoso lugar. Después sonrió. Se dio vuelta y terminó de subir la escalerilla sin mirar atrás.

Gabriel la siguió.

El interior del jet los recibió con esa calidez silenciosa que tienen los espacios diseñados para que el mundo de afuera no entre si uno no lo invita.

Nova se acomodó en el asiento junto a la ventana. Se sacó la bufanda. La dobló con ese cuidado suyo de quien trata bien las cosas, aunque nadie esté mirando. Miró por la ventanilla mientras el jet empezaba a moverse despacio hacia la pista y los Alpes fueron achicándose poco a poco hasta volverse una línea blanca en el horizonte y después nada.

Despegaron sobre Suiza con el sol todavía alto y el cielo despejado. Abajo el lago de Ginebra brilló un momento entre las nubes y después también desapareció.

Nova apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos, pero no dormía. Gabriel lo sabía porque cuando Nova dormía su respiración cambiaba de una manera que él había aprendido a reconocer sin proponérselo, en alguna de esas noches en que se quedaba despierto mirándola.

Viajaron así un rato largo, en esa calma compartida que ya no necesitaba llenarse con nada. Fue Nova quien la rompió, sin abrir los ojos.

—Tengo hambre…

Gabriel miró el reloj.

—Recién son las diez y media.

—Ya sé qué hora es. —Abrió un ojo— Pero tengo hambre igual…

Llamó a las azafatas y les pidió algo para comer, con esa naturalidad nueva que tres meses de Europa le habían ido dejando despacio, sin que ella se diera cuenta del todo.

No con el asombro de la primera vez. No con esa cautela suya de quien todavía no sabe bien si tiene derecho a pedir algo, en un lugar así. Sino con la tranquilidad sencilla de quien empieza a entender que este mundo también es el suyo ahora.

Comió con ese apetito honesto suyo que nunca fingía ni disimulaba nada. Gabriel comió también, aunque sin el mismo entusiasmo. La miraba más a ella de lo que miraba el plato.

En un momento dado, sin poder evitarlo, sonrió.

—Hay cosas que nunca van a cambiar… —dijo.

Nova no levantó la vista del plato. Siguió comiendo con esa concentración suya de quien se toma en serio las cosas importantes. Y entre un bocado y el siguiente, con la misma naturalidad con que hubiera comentado el clima o la hora, respondió:

—Ahora tengo que comer por dos…

Gabriel se quedó con el tenedor en el aire. No esperaba esa respuesta.

Nova siguió comiendo.

El jet siguió su camino sobre el Atlántico como si nada hubiera pasado. Como si una mujer no acabara de decir en voz alta la cosa más grande y hermosa que dos personas pueden tener adentro.

Gabriel la miró. Con toda esa ternura que había aprendido a tener y que antes de Nova no sabía que existía.

Nova levantó la vista finalmente. Lo encontró mirándola.

—¿Qué…? —dijo.

Él no respondió. Sonrió apenas. Y volvió a su plato.

Una pausa.

—Me estás mirando raro…

—Te estoy mirando bien….

Nova lo miró un segundo más con ese ceño levemente fruncido de quien no terminó de entender, pero decidió no insistir. Después volvió a mirar por la ventana.

Afuera el Atlántico era una mancha oscura sin orillas. Adentro, en ese jet que cruzaba el océano en silencio, él cargaba algo en el pecho sin nombre todavía, pero que se parecía mucho a la certeza de que había encontrado en esa mujer algo que no merecía y que sin embargo le pertenecía del todo.

Fue Nova quien habló primero. Con la vista en la ventana y esa voz suya de cuando piensa en voz alta sin haberlo decidido del todo.

—¿Cómo se los vamos a decir…?

Gabriel no necesitó preguntar de qué hablaba.

—¿Qué tenés en mente?

—Una cena. —Nova se acomodó en el asiento y lo miró— Todos juntos. José. Sofy. Agustina. Mis papás. Que se enteren todos al mismo tiempo. Sin llamadas previas. Sin que nadie llegue sabiendo algo que el otro no sabe todavía.

—Si invitas a Sofy a cenar, sin darle ninguna explicación…va a saber que se trata de algo importante… —dijo Gabriel.

—No. No va a saber.

—¡Nova! —dijo él.

—Está bien… Va a sospechar. Pero no le voy a confirmar nada hasta que estemos todos sentados y juntos…. ¿Te parece?

Gabriel asintió con lentitud. Buenos Aires todavía estaba lejos pero ya era real.

—El Sheraton —dijo— Tienen un salón privado. Lo reservo para cuando lleguemos.

—¿Y mis papás?

—Les mandamos el jet a buscarlos.

—¿Sin decirles nada?

—Sin decirles nada.

Nova se mordió el labio intentando contener algo que no era exactamente una sonrisa.

—A mi Abba no le va a gustar nada eso…

—Lo sé —respondió Gabriel— Pero va a acceder igual.

Nova lo miró un segundo más. Después miró por la ventana con esa sonrisa pequeña que se le instalaba en la comisura cuando algo la hacía feliz y no quería que se notara demasiado.

—Está bien —dijo— Pero los llamamos los dos juntos. ¿Ok? No mandes a nadie a avisarles.

—Ok. Como quieras.

Una pausa.

—¿Cuándo los llamamos…? —preguntó Nova.

—Cuando aterricemos. Desde tu departamento.

Nova frunció el ceño.

—¿Mi departamento…? ¿Por qué no el tríplex?

—Porque si vamos al tríplex, Agustina nos saca la información en diez minutos. No llegamos ni a la cocina.

Nova soltó una carcajada limpia que rebotó contra las paredes del jet y que Gabriel guardó en el mismo lugar donde guardaba todo lo que ella le daba sin darse cuenta.

—Tenés razón —admitió.

Nova apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. No tardó mucho y la respiración se le fue volviendo lenta y profunda y completamente en paz.

Gabriel la miró dormir un momento. Después habló en voz muy baja, casi sin mover los labios.

—A.P.R.I.L. El Sheraton. Salón Atalaya, piso 24. Para mañana a la noche. Ocho personas.

—Realizando la reserva, señor.

—Flores. Rojas y blancas. Como en la boda.

Una pausa breve.

—¿El menú, señor?

Gabriel volvió a mirar a Nova. La respiración lenta. Las manos enlazadas sobre el regazo. Esa paz suya que no pedía permiso para nada.

—El de degustación completo. Las entradas con los ravioles de cordero y la burrata. De principal el risotto de vieiras, el faisán rostizado y el lomo de ciervo con salsa de frutos rojos y puré trufado. Y el mousse de chocolate para el postre. El maridaje con el Trapiche Medalla y el Saint Felicien.

Otra pausa.

—¿Algo más, señor?

Gabriel la miró una vez más. Esa mujer que dormía sin saber el secreto que los dos cargaban adentro. Esa mujer que en pocas horas iba a cambiar todo para todos.

—Que no falte nada —dijo.

Gabriel la miró dormir. Después miró el Atlántico. Y pensó en ese corazón pequeño y perfecto que latía sin pedir permiso dentro de Nova.

La recordó a ella diciendo: ahora tengo que comer por dos… Y pensó en todo eso. Y por primera vez en mucho tiempo, no pensó en nada que lo asustara. Solo en ese maravilloso regalo que Dios les había dado a ambos, sin merecerlo.

El avión siguió su camino sobre el océano oscuro. Y ellos dos se quedaron en esa pausa que no necesitaba llenarse con nada.

* * *

Buenos Aires los recibió con ese calor denso y húmedo de los veranos que no terminan de ceder ni de noche ni de mañana. El aire tenía ese olor particular de la ciudad en enero. Asfalto. Río. Algo vegetal y caliente que no se parecía a ningún otro lugar del mundo.

Nova bajó la escalerilla del jet con los ojos entrecerrados por el sol.

Después de semanas de luz europea, esa luminosidad blanca y directa de Buenos Aires le cayó encima como algo físico.

—Esto es otro planeta… —murmuró.

—Es tu ciudad —dijo Gabriel desde atrás.

—Mi ciudad es Icho Cruz.

—Tu otra ciudad.

Nova sonrió sin responder. Pisó el asfalto de la pista privada y se detuvo un segundo. Respiró profundo. Ese aire denso, conocido y completamente suyo.

—Buenos Aires. De vuelta.

El auto los esperaba al pie de la escalerilla. El chofer saludó con una inclinación discreta y abrió la puerta sin preguntas. Las valijas desaparecieron en el maletero con esa eficiencia silenciosa del mundo de Gabriel que Nova había aprendido a reconocer sin que ya le resultara extraña.

Se acomodaron adentro. El auto arrancó despacio hacia la salida del aeropuerto.

Nova miraba la ciudad aparecer por la ventana. Buenos Aires tragándolos despacio con esa indiferencia suya de siempre.

Gabriel la miraba a ella.

—¿Qué sentís? —preguntó.

Nova pensó un momento antes de responder.

—Que todo está igual —dijo— Y que nosotros no.

Gabriel no respondió. Le tomó la mano. Nova apoyó la cabeza en su hombro y miró la ciudad pasar desde ese lugar que tres meses atrás no existía.

El auto avanzaba despacio entre el tráfico del mediodía. Gabriel la miraba.

—¿Me parece a mí, o estás más gorda…?

Nova levantó la vista despacio. Lo miró con una cara que era mitad furia y mitad incredulidad.

—Retirá ya, lo que acabas de decir.

—No —dijo Gabriel, sin inmutarse— Porque es la verdad. Estás más gorda.

Ella hizo más cara de enojada.

—Retíralo. Ya…

—No retiro nada, gordita come canelones…

Nova lo agarró de la cara con las dos manos. Lo miró muy de cerca.

—Te aseguro —dijo, con una calma peligrosa— que ni bien lleguemos al departamento, después de que te haya comido a besos… lo cual va a durar toda la tarde y la noche… vas a estar en serios, serios problemas…

Gabriel la miró. Sonrió despacio.

—¿"Comerme a besos"? —repitió— ¿Viste que tengo razón? Solo pensás en comer…

Los dos se rieron al mismo tiempo.

* * *

El departamento de Nova en Recoleta olía a cerrado y a ausencia.

Varios meses sin que nadie lo habitara. Un silencio diferente al de los hoteles. Más quieto. Más propio.

Nova entró primero. Dejó el bolso en la silla de siempre. Fue directo a las ventanas y las abrió de par en par.

El Río de la Plata apareció al fondo.

Nova lo miró un momento largo desde la ventana con las manos apoyadas en el marco. El aire caliente de la ciudad entró de pronto trayendo ese ruido sordo de Buenos Aires que nunca para del todo.

Gabriel estaba en el centro del cuarto.

—Estás bien —dijo él. No era una pregunta.

—Estoy en casa —respondió ella.

Se quedaron así un momento.

Fue Nova quien lo rompió. Se dio vuelta. Lo miró con esa expresión suya de cuando algo la pone seria sin ponerse grave.

—¿Los llamamos ahora…? —dijo.

—Ahora mismo —confirmó él.

Nova fue hasta el sillón. Se sentó con las piernas cruzadas. Y le pidió a A.P.R.I.L. que los comunicara con sus padres.

Gabriel se sentó a su lado. Cerca. Con esa presencia suya que no ocupaba espacio de más pero que se sentía siempre.

El tono sonó dos veces.

—¿Hija…? —La voz de Jonathan llegó tranquila y directa como siempre. Como si hubiera estado esperando la llamada sin apuro.

—Hola, Abba. —Nova sonrió sola— ¿Cómo están?

—Bien, hija, bien. Tu mamá está en el patio. ¿Llegaron recién?

—Llegamos hace un rato. Todo bien, gracias a Dios.

Una pausa breve.

—¿Pasa algo…? —dijo Jonathan.

Nova miró a Gabriel, y este le sostuvo la mirada sin moverse.

—No… Abba, no pasa nada… —dijo Nova— Al contrario, necesitamos pedirte algo. A vos y a Imma.

—Decime.

—Queremos que vengan a Buenos Aires. Mañana. Gabriel va a mandar el jet a buscarlos.

Silencio.

Un silencio que no era de sorpresa sino de ese hombre que procesa las cosas despacio y bien antes de responder.

—¿A Buenos Aires? —repitió Jonathan.

—Sí.

—¿Para qué…?

—Eso te lo contamos cuando lleguen. —Nova hizo una pausa— Abba. Confiá en mí.

Otro silencio. Más corto esta vez.

—¿Es una buena noticia? —preguntó Jonathan.

A Nova se le iluminó la cara entera.

—Es la mejor noticia de nuestra vida —dijo.

Se escucharon pasos sobre la madera del patio. La voz de Martha llegando desde lejos y acercándose.

Jonathan cubriéndole el micrófono con la mano y diciéndole algo en voz baja. Y después la voz de Martha entrando de golpe a la llamada con esa energía suya que no necesitaba preparación para nada.

—¿Nova? ¿Están bien? ¿Pasó algo?

—Estamos perfectos, Imma. Los dos perfectos. —Nova se rió— Pero necesitamos que vengan a Buenos Aires… ambos.

Un silencio brevísimo. Apenas un latido.

—¿y… cuándo salimos? —dijo Martha.

Nova soltó una carcajada. Gabriel bajó la cabeza hacia un lado intentando no reírse y no lográndolo del todo.

—Mañana a la mañana —dijo Nova— Gabriel va a mandar el jet a buscarlos.

—Jonathan. —La voz de Martha se alejó un momento— Comenzá a empacar….

Nova se tapó la boca con la mano. Los ojos brillantes. Los hombros sacudiéndose despacio.

Jonathan volvió al teléfono. Y en su voz había algo que muy pocas veces estaba ahí. Algo cálido y quieto que se parecía mucho a una sonrisa que no necesitaba mostrarse para ser real.

—Ahí vamos a estar, mi niña. Te lo prometo… —dijo.

Cuando cortaron, Nova se quedó mirándolo un momento en silencio. Gabriel la miraba a ella.

—¿Ves? —dijo él— Accedió.

—Accedió porque le dije que era la mejor noticia de nuestra vida —respondió Nova.

—¿Y acaso eso no es la verdad…?

Nova lo miró. Y en sus ojos celestes había algo sin nombre todavía, pero que llenaba el departamento entero con una calidez que no venía del sol que entraba por las ventanas abiertas.

—Sí —dijo en voz baja— Es la verdad.

Y mientras el río seguía afuera, ancho, indiferente y eterno, adentro dos personas acababan de poner en movimiento algo que en pocas horas iba a cambiar todo para todos.

* * *

Jonathan y Martha bajaron del avión en Aeroparque a la mañana siguiente.

Habían salido de Icho Cruz al amanecer con una valija cada uno y la palabra de su hija de que era la mejor noticia de sus vidas. Eso les había alcanzado para empacar sin preguntas y subir a ese avión que no era el de ninguna línea comercial y que por dentro no se parecía a nada que Jonathan hubiera visto antes, aunque no lo dijo. Martha sí lo hizo.

—Es precioso —murmuró apenas entraron, pasando la mano por el respaldo de uno de los asientos con esa franqueza suya que no filtraba nada.

Jonathan se sentó. Abrió su Biblia. Y viajó como viajaba siempre. En silencio. Con esa paz interior suya que no dependía de lo que había afuera.

Aterrizaron en Buenos Aires con el sol todavía bajo y el aire de la ciudad recibiéndolos con esa densidad particular de los veranos porteños que no ceden ni de mañana.

Esperaban encontrar a Nova, pero en su lugar encontraron a un hombre joven de traje oscuro parado junto a la salida, sosteniendo una tarjeta con sus nombres escrita con letra prolija y precisa. Correcto. Discreto. Sin explicaciones innecesarias.

Jonathan miró la tarjeta. Miró al hombre. Frunció el ceño con esa calma serena de quien no se altera, pero tampoco se deja llevar sin entender adónde.

—Buenos días, joven. ¿A dónde nos va a llevar? —preguntó.

—Al Sheraton, señor. Todo está dispuesto para ustedes.

Jonathan asintió una sola vez. No preguntó más. Martha ya caminaba hacia el auto con esa sonrisa pequeña suya de cuando algo la espera y todavía no sabe qué es, pero ya lo está recibiendo.

El auto era oscuro, silencioso y cómodo.

Las calles de Buenos Aires pasaban por las ventanillas con ese ruido y ese movimiento inagotable de ciudad que no para nunca. Martha miraba todo con esa curiosidad suya que no se cansaba de nada. Jonathan miraba hacia adelante con las manos enlazadas sobre la falda, quieto, pensando en lo que no decía.

—¿Qué pensás que pueda ser la noticia? —dijo Martha en voz baja, sin dejar de mirar por la ventana.

Jonathan tardó un momento.

—No lo sé —dijo.

—Yo creo que sí lo sabés…

Jonathan la miró. Ella seguía con la vista en la calle, pero la sonrisa se le había instalado en la comisura y no se iba.

El Sheraton los recibió con esa elegancia tranquila que no necesita anunciarse.

El empleado los acompañó hasta la recepción donde todo estaba ya resuelto. Sus nombres. Su habitación. Sin esperas ni formularios ni preguntas innecesarias.

Subieron en el ascensor en silencio. No podían creer tanto lujo.

La puerta del cuarto se abrió sobre Buenos Aires entera. El río ancho y marrón a lo lejos. El cielo de la mañana despejado sobre los tejados. La ciudad que no se detenía nunca desplegada del otro lado del vidrio como algo que no cabía en una sola mirada.

Martha se detuvo en el centro del cuarto. Miró esa vista un momento largo con las manos enlazadas delante.

—Jonathan —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Algo muy lindo está por pasar…

Jonathan la miró. Después miró la ciudad. Después dejó la valija despacio junto a la cama y no respondió.

Treinta años le habían enseñado que cuando Martha decía algo así, lo mejor era simplemente esperar.

* * *

Esa tarde la proyección se activó en el living del departamento de Nova.

El piso 25 apareció en el aire con esa nitidez limpia que tenía el sistema holográfico de DMT. José estaba de pie junto a su escritorio, el que antes había sido de Gabriel, y con esa postura suya de siempre, sin corbata, los brazos cruzados y esa cara tranquila que Gabriel conocía de memoria desde los quince años les dijo:

—Bienvenidos

—Gracias —respondió Gabriel desde el sillón.

Nova saludó con una sonrisa y moviendo su mano desde el marco de la puerta.

Hablaron de poco al principio. El regreso. Buenos Aires. El calor. Europa, en resumen…. Esas conversaciones que son el idioma propio de dos personas que se conocen hace treinta años y que no necesitan tema para hablar.

Y entonces José hizo una pausa que Gabriel reconoció de inmediato. La pausa de cuando algo importa de verdad y se está buscando cómo decirlo.

—Gaby —dijo José.

—Te escucho.

José miró hacia un costado. Después miró hacia abajo. Después volvió a mirar a Gabriel con esa expresión suya de hombre que está midiendo las palabras antes de soltarlas.

—¿Cómo estuvo Viena…? —dijo José.

Gabriel lo miró un segundo.

—Bien —respondió— Bien, Viena…

—Bien. —José asintió— Bien, Viena…

Silencio.

—Los Alpes también estuvieron bien —agregó Gabriel.

—Bien. —José volvió a asentir— Me alegra.

Otra pausa. Más larga esta vez.

—José —dijo Gabriel.

—¿Qué…?

—Decime de una vez lo que me tenés que decir.

José lo miró. Abrió la boca. La cerró. Miró hacia un costado otra vez con esa expresión de quien está buscando algo en el aire y no lo encuentra.

—Es que… —empezó.

—José…

—Dame un segundo. No es fácil…

—Treinta años —dijo Gabriel— Treinta años que nos conocemos. Decí de una vez lo que tanto te cuesta.

José se pasó una mano por la nuca. Miró al frente. Respiró despacio.

—El mes pasado… —dijo finalmente, con esa voz suya que bajaba un registro cuando algo era verdaderamente importante—, mientras ustedes estaban en Venecia, viajamos a Icho Cruz con Sofy para ver cómo iba la obra…. Y en una de esas tardes, subimos al cerro. Al mismo cerro. Estando ahí sentados los dos, mirando el valle, pensé… —Hizo una pausa— Pensé que no quería mirar ya ningún otro paisaje más en mi vida si ella no estaba a mi lado.

José miró sus propias manos un momento.

—No sé cómo sucedió ni en qué momento… pero le pregunté… —dijo— Le pregunté si ella quería casarse conmigo.

Hubo silencio.

Gabriel lo miró. Pero lo miró de verdad. Con esa mirada suya que no calculaba nada.

—José —dijo.

—¿Qué?

—¿Todo esto que me estás contando… ella lo sabe…? ¿O todavía no te despertaste para contárselo?

José levantó la vista. Y se largó a reír. Una carcajada limpia y desbordada que Gabriel no le escuchaba desde hacía tiempo y que rebotó por toda la proyección con esa fuerza de las risas que salen de un lugar muy adentro.

—Sí —dijo cuando pudo— Ella ya lo sabe.

—Ok. Perfecto… ¿y que te respondió…?

—Me dijo que sí…

Gabriel cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió tenía una sonrisa que no le cabía en la cara.

—José….

—¿Qué?

—Esta noche. Sheraton. Salón privado. A las ocho. Tenemos muchas cosas para festejar.

José sonrió y sintió que su amigo estaba feliz por la noticia que acababa de darle.

—Ya me lo había dicho Agustina….

—¿Agustina ya te lo había contado?

—Hace dos horas. Me dijo que algo estaba pasando y que no sabe qué es porque se fueron al departamento de Nova, y no se lo quisiste contar.

Gabriel se rió.

—A las ocho —dijo.

—A las ocho —confirmó José.

Antes de terminar la proyección, Gabriel hizo una pausa.

—José.

—¿Qué?

—Me alegra mucho. De verdad. Los dos se lo merecen y a los dos los amamos mucho…

José tardó un momento antes de responder. Y cuando lo hizo, su voz tenía ese peso tranquilo de los hombres que sienten mucho y dicen poco.

—Gracias, hermano —dijo.

Estaban por terminar la llamada cuando del fondo de la proyección llegaron dos voces al mismo tiempo.

—¡Viste… tampoco a vos te dijeron nada…! La voz sonante de Agustina.

—Shhhh. Cállate que nos van a escuchar… Respondió suave como una caricia Sofy.

Gabriel se detuvo un instante mirando a la cámara…

José cerró los ojos con la paciencia de un hombre que acaba de ser descubierto en algo que nunca debió intentar.

—¿Agustina…? —dijo Gabriel.

Silencio.

—¿Sofy…?

Ambas se corrieron un poco hacia la cámara y saludaban con una sonrisa en sus rostros.

Nova había abandonado del todo el marco de la puerta y estaba en el centro del living con los brazos cruzados y una sonrisa que no intentaba disimular para nada.

José abrió los ojos. Miró a Gabriel con esa expresión de quien no tiene nada que agregar a su propia situación.

—No fue mi idea…—dijo.

—Estoy seguro de eso —respondió Gabriel.

—Te juro que yo no quería…

—José.

—¿Qué?

—A las ocho.

Y cortó la proyección.

El living quedó en silencio. Gabriel miró a Nova. Nova lo miraba a él con esa sonrisa entera suya que no le cabía en la cara.

—Son los tres exactamente iguales… —dijo ella.

—Todos —confirmó él.

Cuando Gabriel dejó el sillón, Nova estaba en el marco de la puerta mirándolo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—acaso no escuchaste…? José le pidió casamiento a Sofy.

Nova se detuvo un instante. Después se llevó las dos manos a la boca. Después los ojos se le llenaron sin aviso y sin permiso.

—¿Dijo que sí? —susurró.

—Dijo que sí… Ese hombre debe estar muy loco para proponerle casamiento a esa mujer… —bromeó Gabriel.

Nova soltó algo que era mitad llanto y mitad carcajada, cruzó el departamento entero y lo abrazó con esos brazos suyos que parecían pequeños y que sin embargo lo sostenían como nada más en el mundo podía sostenerlo.

Gabriel la abrazó. Y se rió con ella. Y por un momento, en ese departamento de Recoleta con el río afuera y Buenos Aires entera moviéndose sin saber nada, los dos fueron solo dos personas plenas que no cabían en su propia felicidad.

* * *

Se arreglaron en el departamento de Nova.

Nova tardó más. Gabriel esperó en el living, con la vista en el río oscuro bajo las luces de la ciudad.

Cuando Nova salió del cuarto, Gabriel la vio, pero no dijo nada. Se quedó quieto mirándola con esa mirada suya, la más honesta de todas. La que simplemente miraba y en ese mirar lo decía todo.

—¿Qué…? —dijo ella.

—Nada.

—Me estás mirando raro otra vez.

—No. Te estoy mirando bien.

—Estás muy lindo —dijo Nova. Sin rodeos. Con esa honestidad suya que nunca pedía permiso.

Gabriel sonrió apenas hacia un costado.

—Vamos —dijo.

Nova tomó el bolso de la silla. Caminó hacia la puerta. Y antes de abrirla se detuvo un segundo con la mano en el picaporte y miró hacia atrás. Miró el departamento. El río afuera por las ventanas abiertas. Ese departamento que Gabriel le había regalado antes de que todo cambiara y que esta noche, conocía el secreto de ambos que los demás aún no sabían.

—Cuando volvamos esta noche —dijo en voz baja—, ya todo va a ser diferente.

Gabriel se acercó despacio. Le tomó la mano. La misma mano que había tomado en la escalerilla del jet en Ginebra con los Alpes atrás y toda la vida adelante.

—Ya es diferente desde los Alpes… —dijo.

Nova lo miró. Asintió despacio. Y cerró la puerta.

Buenos Aires los recibió con ese calor denso de las noches de verano que no ceden, aunque el sol haya bajado hace horas.

Las calles de Recoleta a esa hora tenían ese movimiento particular de la gente que sale y que llena las veredas con ese ruido vivo y constante que es el idioma propio de la ciudad.

El auto los esperaba abajo. Subieron. El chofer arrancó despacio hacia el Sheraton.

Nova miraba la ciudad pasar por la ventana con esa atención suya de quien nunca termina de cansarse de Buenos Aires, aunque la conozca de memoria. Gabriel la miraba a ella.

Y en ese trayecto corto, con la ciudad afuera y el secreto adentro, Gabriel pensó en todos los que estaban por llegar. En José, Sofy, Agustina. En Jonathan y Martha que habían cruzado el país con una valija y la palabra de su hija.

Pensó en lo que estaba por pasar y por un momento, solo por un momento, no pensó en nada más.

El auto se detuvo frente al Sheraton. El portero abrió la puerta. Nova bajó primero. Se acomodó el cabello con un gesto rápido y automático. Miró la entrada del hotel un segundo.

Gabriel bajó a su lado. Le tomó la mano. Entraron juntos.

El Salón Atalaya del Sheraton, los esperaba en el piso 24.

Nova lo miró desde la entrada. La mesa dispuesta para ocho personas con esa precisión silenciosa del Sheraton que no dejaba nada librado al azar

Flores rojas y blancas en el centro, como en su boda. Tal vez por obsesión de Gabriel por su tan amado River Plate. La iluminación cálida y exacta. Ocho sillas. Ocho lugares. Ocho personas que en pocos minutos iban a sentarse sin saber que esa noche iba a cambiar todo.

Realmente cambiaría todo.

Nova contó los lugares despacio.

—Acá va a pasar algo que nos va a cambiar la vida a todos… —dijo en voz baja.

—Eso ya sucedió en los Alpes —dijo Gabriel desde atrás.

Nova sonrió.

José y Sofy llegaron primero.

En la recepción los recibieron con una copa de espumante de bienvenida, abriendo paso a quesos y fiambres italianos, chutneys, encurtidos caseros, frutos frescos de mar y panes artesanales, con su típica focaccia elaborada en horno de barro.

El lujo sorprendió inmediatamente a Sofy, pero aun así, no logró impedir que entrara al salón y sus ojos encontraron a Nova antes que nada más. La miró con esa intensidad suya de quien lleva horas procesando algo que nadie le confirmó todavía pero que siente rotundamente real adentro.

Nova le sostuvo la mirada sin moverse.

Sofy cruzó el salón a los gritos y la abrazó con esa clase de abrazo que entre dos amigas de toda la vida dice más que cualquier palabra.

—¿Es un bebé…? —susurró contra su cabello. —Decime que es un bebé…

—Ya vas a saber más tarde… —confirmó Nova en voz baja.

José saludó a Gabriel con ese apretón de manos que entre ellos era siempre algo más que un apretón de manos. Se miraron un segundo. Gabriel asintió apenas. José asintió también.

Agustina llegó cinco minutos después con esa energía suya que llenaba los espacios antes que ella. Miró el salón con los ojos de quien está tratando de descifrar algo que le están ocultando. Se acercó a Gabriel. Le dio un beso en la mejilla.

—Si llega a ser lo que estoy imaginando… no te voy a perdonar jamás que no me lo hayas contado antes… —le dijo en voz baja.

— Ya vas a saber más tarde… —respondió él.

Agustina lo miró un segundo más. Después fue a abrazar a Nova y el reproche se disolvió por completo.

Jonathan y Martha llegaron juntos.

Jonathan entró primero con esa calma serena suya de siempre.

Miró la mesa. Miró a la gente. Miró a su hija. Y algo en su cara que habitualmente guardaba todo hacia adentro se abrió apenas, solo un instante, antes de volver a su lugar.

Martha entró detrás. Y sus ojos encontraron a Nova de inmediato con esa capacidad suya de madre que no necesita buscar porque siempre sabe exactamente dónde está su hija.

Nova se levantó de la silla y cruzó el salón hacia ellos. Los abrazó a los dos juntos. Los tres quietos un momento en el centro del salón mientras el resto miraba en silencio con esa delicadeza de quien entiende que hay abrazos que necesitan su propio espacio.

—Los extrañé —dijo Nova con la voz apretada.

—Nosotros más —dijo Martha.

Jonathan no dijo nada. Pero le besó la cabeza a su hija con esa delicadeza suya de hombre que guarda lo que siente en los gestos porque las palabras nunca le parecen suficientes para lo que importa de verdad.

Se sentaron y la comida y el champagne llegaron

Esa mesa que hacía diez minutos era solo madera y flores se había convertido en algo vivo. El reencuentro de familia y amigos, después de tres largos meses de luna de miel.

Las preguntas se atropellaban.

Europa contada en fragmentos para todos al mismo tiempo. Algunas fotos y videos del viaje mostrando lugares hermosísimos, y Agustina que interrumpía cada dos minutos con algún detalle que había investigado por su cuenta mientras ellos estaban afuera. José que escuchaba con esa calma suya y hacía una sola pregunta, pero siempre la exacta. Sofy que no soltaba la mano de Nova y que la miraba por momentos a ella y por momentos a su barriga…. Jonathan y Martha que recibían cada historia con esa calidez tranquila suya de gente que sabe escuchar de verdad.

Era su familia. Toda entera. Y Gabriel los miraba a todos pensando en lo que estaba por pasar, en la noticia que en pocos minutos iba a cambiar todo para siempre.

Fue Gabriel quien detuvo todo.

Lo hizo con ese timing suyo de hombre que sabe cuándo una sala está lista para escuchar.

Dejó la copa sobre la mesa despacio. Esperó un segundo. Y cuando el silencio fue suficiente, les dijo:

—Los reunimos acá porque todos ustedes son nuestra familia. Los seres que más amamos en este mundo. —Hizo una pausa. Miró a Nova— Y por ese motivo queremos compartirles una gran noticia que tenemos para darles… Por ese motivo…. Nova tiene algo para decirles….

Sin más preámbulos se sentó rápidamente en la silla con una calma perfectamente fingida como quien acaba de sacarse un peso enorme de encima, y todos rieron por la escena.

Nova lo miró con los ojos entrecerrados sin creer aun lo que su esposo acababa de hacer.

—Sos un cobarde —susurró.

—Soy estratégico mi vida… —respondió él en el mismo tono.

Nova se rió. Se puso de pie despacio. Miró la mesa. Miró a cada uno de los que la miraban a ella.

José con esa atención tranquila suya de siempre. Agustina con los ojos ya brillantes sin saber todavía por qué. Sofy mordiéndose el labio con una fuerza que iba a dejarle marca. Jonathan quieto y sereno como siempre, como un hombre que hace mucho aprendió a esperar lo que Dios tiene para dar.

Y Martha… Martha que la miraba con esa expresión abierta y tranquila de quien no espera nada en particular porque la noche ya

había sido suficientemente hermosa y el solo hecho de estar ahí con su hija era todo.

Nova habló.

Contó detalles sobre los tres meses de luna de miel. La felicidad que no cabía en palabras. Lo que había sido despertar cada mañana al lado del hombre que ella había elegido. Ver Europa y guardarlo todo adentro sabiendo que algún día iba a poder contarlo exactamente así, en esta mesa.

Habló con esa honestidad suya que no calculaba nada y que por eso siempre llegaba adonde tenía que llegar.

Pero fue entonces… Cuando casi al pasar… casi como si fuera la cosa más natural del mundo, lo dijo de una sola vez…

—Y además de haber vivido tantos momentos felices… estoy embarazada de dos meses y medio.

Y se sentó, casi escondiéndose, totalmente ruborizada. Con esa mezcla de valentía y vergüenza suya que Gabriel encontraba completamente irresistible.

Gabriel la miró y le dijo:

—Ahora también vos te volviste estratégica…?

El silencio que cayó duró exactamente lo que tarda una verdad grande en acomodarse dentro de las personas que la reciben.

Fue Sofy la que lo rompió.

—¡Síííí! —El grito rebotó contra las paredes del salón e hizo voltear a los mozos para mirar qué sucedía— ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Y entonces todo se rompió de golpe. Las sillas moviéndose. Los abrazos. Las lágrimas que nadie intentó disimular

Agustina rodeó a Nova con los brazos y la apretó sin decir nada porque no había nada que decir. José abrazó a Gabriel con esa solidez suya de hombre que quiere a otro sin necesitar explicarlo. Sofy lloraba y se reía al mismo tiempo con las manos en la cara y los hombros sacudiéndose sin control.

Jonathan se puso de pie despacio. Se acercó a Nova. Le tomó la cara entre las manos con esa delicadeza serena suya, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y la miró un momento largo antes de besarle la frente. No habló. No hacía falta. Solo la miró con esos ojos suyos que decían todo lo que las palabras no podían alcanzar.

Y Martha…

Martha seguía en su silla. Quieta. Clavada. Con los ojos fijos en su hija y algo en la cara que no era exactamente ninguna emoción conocida sino todas al mismo tiempo apiladas sin poder salir todavía. El salón se movía alrededor de ella, pero ella no se movía. No podía. El anuncio le había llegado tan adentro, de una manera que le había quitado el uso de las piernas y de las palabras y de todo lo que no fuera esa mirada fija en Nova.

Nova la vio.

En medio de todos los abrazos y el ruido y la alegría desbordada de esa mesa, la vio. La vio quieta y sola en su silla mirándola como si el resto del salón no existiera. Y en ese momento solo existieron ellas dos.

—Imma —dijo Nova en voz baja mientras caminaba lento hacia ella— ¿Estás bien?

Martha abrió la boca tratando de hablar, pero no salió nada.

Fue entonces que algo en ella se rompió. No de tristeza, sino todo lo contrario. Se rompió de adentro hacia afuera con esa fuerza que tienen las cosas que son demasiado hermosas para que el cuerpo las contenga sin quebrarse.

Se levantó. Cruzó el salón. Y abrazó a su hija.

La abrazó como solo abrazan las madres cuando algo las desborda completamente. Con los brazos y el pecho entero y ese llanto que no pedía permiso y que no tenía nada de tristeza sino todo de amor.

La abrazó como aquella mañana en el hospital cuando la trajeron por primera vez a su lado, recién nacida y le dijeron: «Acá está tu hija».

Nova la sostuvo. Y lloró también. Con la cara hundida en el hombro de su madre y los hombros sacudiéndose despacio.

—Imma —susurró.

Martha no pudo responder. Solo la apretó más fuerte.

La noche transcurrió en esa felicidad ruidosa que solo existe cuando la gente que se quiere está junta y tiene un motivo para estarlo.

Las copas. Las risas. José tomando la mano de Sofy. Jonathan y Gabriel en su rincón con esa solidez nueva de dos hombres que acababan de volverse algo más. Agustina planeando el cuarto del bebé en voz alta mientras Martha asentía sin borrar la sonrisa.

Nadie quería que aquella noche terminara…

Pero algo la hizo terminar…

Durante los postres, Nova dejó de escuchar lo que decían a su alrededor.

No fue un pensamiento. Fue una sensación. Algo físico y concreto que apareció sin aviso en el centro de su pecho y que no era dolor exactamente sino algo anterior al dolor. Una presión. Un ritmo que no era el suyo. Como si algo adentro suyo estuviera trabajando demasiado sin que nadie le hubiera pedido permiso.

Intentó ignorarlo. Tomó agua. Respiró despacio. Siguió sonriendo porque la mesa seguía llena y la noche seguía siendo hermosa y no había ninguna razón para que algo anduviera mal.

Pero el ritmo no cedió.

Miró a Gabriel.

Él estaba hablando con José inclinado levemente hacia adelante con esa postura suya de quien está verdaderamente interesado. Completamente presente. Completamente ahí.

Y en ese momento, como si algo entre ellos funcionara en una frecuencia que ningún sistema podía medir, Gabriel levantó la vista.

Sus miradas se cruzaron. Y él supo…

No necesitó que ella dijera nada. No necesitó un gesto ni una palabra. Le bastó verle los ojos. Le bastó ese segundo en que la cara de Nova seguía sonriendo, pero los ojos decían otra cosa radicalmente distinta.

Se levantó de la silla antes de que ella pudiera moverse.

Nova intentó ponerse de pie, pero sus piernas no respondieron.

El salón se inclinó despacio hacia un lado con esa lentitud extraña que tienen las cosas que no deberían estar pasando.

El ruido de la mesa se volvió lejano. Las voces. Las risas. Todo llegando desde muy lejos de repente.

Gabriel llegó a tiempo. La alcanzó con los brazos justo en el momento en que su cuerpo empezaba a caer y la sostuvo contra su pecho con todo lo que tenía.

El salón se detuvo.

—Nova. Nova… —La voz de Gabriel era baja y entera y completamente controlada, aunque por dentro algo le estaba aplastando el pecho con una fuerza que no quería nombrar todavía.

—Gaby —dijo ella con una voz que llegaba de muy adentro y muy lejos al mismo tiempo.

—Acá estoy, mi amor —respondió él— Acá estoy.

Martha se puso de pie de golpe. Jonathan también. Sofy tenía la mano en la boca. Agustina había palidecido de golpe. José ya estaba de pie al lado de Gabriel sin que nadie lo hubiera llamado.

—¿Qué pasó? —dijo Martha, con esa voz que tienen las madres cuando el miedo llega de verdad.

—Está bien. Tranquilos —dijo Gabriel sin mirarlos. Con los ojos solo en Nova— Está bien.

La cargó en brazos. Sin esperar ayuda. Sin esperar nada. Con esa decisión suya de hombre que cuando algo importa no espera que nadie le diga qué hacer.

Salieron del salón y bajaron inmediatamente por el ascensor.

El Sheraton que hacía cinco minutos era el escenario de la noche más hermosa de sus vidas los vio cruzar el lobby con esa urgencia contenida que es más terrible que cualquier grito y subieron de inmediato al auto.

Ya adentro, Gabriel la sostuvo con un brazo y habló en voz muy baja, casi sin mover los labios.

—A.P.R.I.L., escanea a Nova. Ahora. Escaneo completo.

—Procesando —respondió A.P.R.I.L.

Silencio. Unos segundos. Los suficientes.

—Ritmo cardíaco con leve irregularidad. Presión arterial dentro de parámetros aceptables. Estado general estabilizándose —dijo A.P.R.I.L.

Y nada más.

Gabriel le tomó la mano a Nova. Ella tenía los ojos abiertos ya. La respiración estabilizándose despacio. Lo miró.

—Estoy bien —dijo.

—Sí. Lo sé —respondió él.

Aunque por dentro algo le apretaba el pecho con una fuerza que no quería nombrar todavía.

El auto siguió cortando Buenos Aires en silencio hacia el sanatorio.

* * *

El sanatorio pertenecía al grupo DMT. Le pertenecía a Gabriel.

No había sala de espera común para ellos. No había turnos ni formularios ni esperas. Un ala entera del sanatorio fue preparada en

cuanto llegó el aviso, dispuesta en silencio con la mayor eficiencia y los mejores médicos de Buenos Aires reunidos.

Todo moviéndose con esa precisión exacta que el dinero puede comprar.

Excepto en esto.

Nova entró caminando con la mano de él en la suya. Se dejó revisar con esa paciencia tranquila suya de quien no le tiene miedo a los médicos ni a las preguntas. Contestó todo. Con claridad. Con esa franqueza suya que no encontraba razón para omitir nada.

Gabriel estaba a su lado. Siempre a su lado.

Los médicos trabajaron en silencio alrededor. Estudios. Registros. Equipos que Nova miraba con curiosidad genuina preguntando qué hacía cada uno.

En un momento, Nova le tomó la mano desde la camilla y lo miró.

—Mi amor… Cambia esa cara —dijo. —Estoy bien…

—¿Qué cara?

—Esa. La de cuando algo te preocupa y no querés que nadie lo note.

Gabriel aflojó algo en la mandíbula que no sabía que tenía apretado.

—Estoy bien —dijo Gabriel.

—Mentira —respondió ella. Pero lo dijo con esa sonrisa suya tranquila que no acusaba nada, sino que simplemente veía. Siempre veía.

Le apretó la mano.

—Estoy bien amor… Estoy embarazada por si lo olvidaste —dijo Nova

Gabriel le devolvió el apretón. Y asintió. Y no dijo nada más porque no había nada que decir que fuera verdad en ese momento.

Afuera, en la lujosa sala de espera, José tenía los codos en las rodillas y la vista en el suelo. Sofy sostenía la mano de Martha. Agustina no podía quedarse quieta. Jonathan estaba de pie mirando la noche por la ventana con esa serenidad suya que no era indiferencia sino la fe más sólida que Gabriel había visto en su vida sin nunca haberla nombrado así.

Adentro Nova ya estaba bien. Hablando con todos. Siendo Nova.

Fue entonces cuando uno de los médicos se acercó a Gabriel en voz baja.

—Señor Bechirah, ¿podemos hablar un momento afuera?

Gabriel miró a Nova. Ella estaba hablando con la enfermera contándole sobre su luna de miel en Europa.

—Ahora vuelvo —le dijo.

—¿Adónde vas? —dijo Nova.

—Un segundo.

Y salió.

El pasillo era silencioso, largo y blanco. De ese blanco clínico que no consuela, que solo amplifica el sonido de los propios pasos.

Gabriel los vio desde lejos. Tres médicos. Quietos junto a la pared, con esa postura inconfundible que él nunca antes había visto pero reconoció de inmediato, como si el cuerpo supiera cosas que la mente todavía se niega a procesar. La postura de quien espera. De quien ya sabe lo que va a decir y está midiendo cómo decirlo.

Caminó hacia ellos. Despacio. No porque quisiera ganar tiempo, sino porque algo en él necesitaba esos últimos pasos para prepararse para lo que fuera que estaba a punto de cambiar.

El médico de más edad habló primero. Comenzó con el contexto, como siempre hacen: los estudios, los valores. Gabriel escuchó con esa atención suya de hombre que procesa todo antes de responder. Asintió en los momentos correctos. No interrumpió.

Pero estaba mirando sus manos.

Las manos del médico que hablaba. Quietas. Demasiado quietas para ser buenas noticias.

Después vino otro. Habló de ritmo cardíaco. De números que se alejaban de los rangos normales con una persistencia que ya no podían ignorar. Habló con esa delicadeza aprendida, esa precisión quirúrgica de quien ha dado malas noticias tantas veces que ya sabe exactamente dónde poner los silencios.

Gabriel sintió algo moverse en su pecho. No dolor. Todavía no. Algo anterior al dolor. Algo que se instala antes, silencioso, como el frío que entra por debajo de una puerta antes de que nadie la abra.

El tercer médico fue el que habló de las cavidades.

Explicó cómo el músculo se dilata. Cómo pierde capacidad. Cómo el corazón, ese órgano que uno siempre imagina fuerte por definición, puede volverse grande de la manera equivocada.

Demasiado grande. Demasiado débil. Trabajando más de lo que puede sostener, como alguien que carga un peso que lo está rompiendo por dentro, pero sigue caminando porque no sabe hacer otra cosa.

Hablaron del corazón de Nova.

Gabriel tuvo que repetirlo internamente dos veces para que tuviera sentido. El corazón de Nova. Ese corazón que él conocía de otra manera. Que había sentido latir contra su pecho en noches que ahora parecían de otra vida.

Y entonces dijeron el nombre.

Lo dijeron con cuidado, como si envolverlo en tono clínico pudiera amortiguar el golpe.

Cardiopatía dilatada idiopática.

Palabras largas. Frías. Construidas para nombrar algo que no tiene cura sencilla, con términos que suenan a distancia, a protocolo, a pronóstico incierto.

Gabriel las escuchó. Las procesó. Las dejó asentarse, y al final… escuchó esas cuatro palabras que nadie, jamás, desea escuchar: No tenemos una solución.

Cuando terminaron, los miró.

—No puede ser —dijo.

Su voz había cambiado de registro. No era un grito. Era algo más peligroso que un grito. Era la voz de un hombre que tiene todo el poder del mundo y que no está dispuesto a aceptar lo que acaba de escuchar.

Los médicos se miraron un segundo entre ellos. Tuvieron temor…

—Señor, los estudios son claros en cuanto a…

—Están equivocados —dijo Gabriel— Sus estudios no sirven.

—Ojalá así fuera —respondió uno de ellos con esa calma profesional suya que no cedía pero que tampoco peleaba — Ojalá que así sea…

Gabriel los miró un momento. Con esa mirada suya que había aprendido a usar en treinta años de construir un imperio.

—La voy a llevar con médicos verdaderos. Con expertos — dijo— Con gente que realmente sepa lo que tiene y lo que hace.

Se dio vuelta.

Dos pasos hacia la puerta.

Se detuvo.

Se quedó quieto un segundo con la espalda hacia ellos y algo moviéndose en el pecho que no era solo rabia. Era miedo. El miedo más grande que había sentido en su vida disfrazado de rabia porque era lo único que sabía ponerse encima cuando algo lo desbordaba.

—¿Y el embarazo? —preguntó, aún sin mirarlos. La voz le había bajado un registro. Ya no era la rabia. Era la pregunta que más le costaba hacer porque era la que más le iba a doler escuchar.

El médico hizo una pausa breve.

—En estos casos el embarazo representa un riesgo significativo. El corazón trabaja a una demanda mucho mayor durante la gestación —hizo una pausa— Aunque existe una probabilidad pequeña, pero real, de que estudios adicionales maticen el diagnóstico. Necesitamos más tiempo.

Gabriel asintió una vez. Solo una vez.

No dijo nada más y siguió caminando de vuelta por ese pasillo blanco y silencioso. Abrió la puerta de la habitación y entró.

Ahí estaba Nova. Sentada en la camilla con esa postura suya recta y liviana. Hablando con la enfermera. Viva. Presente. Completamente Nova.

Lo miró cuando entró.

—¿Todo bien, mi amor? —dijo.

Gabriel improvisó una sonrisa. La misma que había usado treinta años para que el mundo no viera lo que había adentro. La sonrisa de siempre. La que no temblaba.

—Todo bien —dijo— Cosas del embarazo me dijeron. Nada grave.

Nova lo miró un segundo más con esa atención suya, mientras que Gabriel sostuvo la mirada sin moverse.

Nova asintió con lentitud. Y abrió los brazos levemente.

—Vení —dijo.

Gabriel cruzó la habitación. Se sentó a su lado en la camilla. Nova apoyó la cabeza en su hombro con esa naturalidad suya de siempre. Como si ese fuera el lugar más seguro del mundo, y Gabriel le pasó el brazo. La acercó hacia él despacio.

Pero su mirada se quedó perdida en el vacío.

Él sabía que todo, todo acababa de cambiar para siempre, como ella lo había dicho un minuto antes de salir de su departamento, pero sin saber lo que ocurriría.

Sintió que la felicidad trataba de escaparse de sus manos.

Nova respiraba tranquila contra su hombro, pero Gabriel cargaba solo el peso de todo lo que no podía decirle todavía.

Nova salió cuarenta minutos después caminando por su propio pie con esa luz suya que no cedía ni en los peores momentos. Abrazó a su madre primero. Después a Sofy. Después a todos con esa calidez suya sin estrategia.

—No hay que asustarse. Estoy embarazada. Van a tener que acostumbrarse.

Los despidieron en la puerta del sanatorio. Abrazos largos. Palabras tranquilizadoras. La promesa de llamar mañana. De descansar.

Jonathan fue el último en irse.

Antes de subir al auto se detuvo. Se dio vuelta y miró a Gabriel con esa mirada directa suya que no preguntaba nada y sin embargo preguntaba todo. Sin palabras. Sin gestos. Solo esa mirada de hombre que lleva toda una vida aprendiendo a leer lo que los demás no muestran.

Gabriel le sostuvo la mirada, pero no dijo nada. Jonathan tampoco.

Asintió despacio. Una sola vez. Y subió al auto.

Gabriel se quedó parado en la vereda mirando las luces del auto alejarse hasta doblar la esquina y desaparecer.

Buenos Aires seguía su ritmo indiferente alrededor.

Nova le tomó la mano desde atrás.

—Vamos a casa mi amor…—dijo.

Gabriel la miró. Asintió. Y caminaron juntos hacia el auto en silencio.

El departamento de Nova estaba quieto cuando volvieron.

La misma vista de siempre. El Río de la Plata al fondo oscuro y ancho bajo la noche sin apuro, sin nada que no fuera ese movimiento lento y constante suyo que no se detenía por nadie.

Nova entró primero. Dejó el bolso en la silla de siempre. Se sacó las botas. Caminó hacia el cuarto en silencio.

Gabriel cerró la puerta. Se quedó un segundo en el living mirando el río por la ventana abierta. Después caminó hacia el cuarto.

Nova ya había salido del baño. Apareció en la puerta con una de las camisas de Gabriel puesta. Larga hasta la mitad del muslo. Las

mangas largas cubriéndole las manos. El cabello suelto cayéndole sobre los hombros.

Sin nada encima que no fuera lo que era. Nova en su versión más simple y más real.

Gabriel la miró desde el borde de la cama. Algo en esa imagen le apretó el pecho de una manera que no esperaba.

Esa camisa suya. Ese gesto suyo de siempre de envolverse en algo de él para dormir sin hacer de eso nunca un drama ni una declaración. Solo porque sí. Solo porque era lo que quería.

Nova lo miró.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí. Claro —respondió él.

Nova lo miró un segundo más. Después caminó hacia la cama y se metió adentro con ese movimiento suyo liviano de siempre. Estiró el brazo hacia él.

—Vení —dijo.

Gabriel se acostó a su lado. La luz apagada. El cuarto quieto. El río afuera invisible pero presente como siempre.

Nova se acomodó contra él. Buscó su mano bajo las sábanas y la encontró y la sostuvo con esa firmeza suya tranquila de quien no necesita explicar por qué toma lo que toma.

Silencio.

Un silencio largo y tibio que fue llenándose despacio con la respiración de los dos y el ruido sordo de Buenos Aires afuera y nada más.

Y entonces Nova habló. Con esa voz suave y lenta de cuando el sueño ya la estaba buscando despacio sin que ella lo apurara.

—¿Sabés qué pienso?

—¿Qué? —dijo él.

—Que va a tener tu misma forma de caminar… chueca… —Una pausa larga— Esa que tenés cuando llegás tarde y no querés hacer ruido, pero igual se escucha todo.

Gabriel no respondió. Sintió que la sonrisa le salía sola, aunque no había nada de qué sonreír.

—Y eso si… mi nariz… —continuó Nova con la voz cada vez más baja— Porque la tuya es demasiado perfecta y sería injusto que una criatura tuviera que cargar con eso desde tan chica.

Él apretó levemente su mano entre las suyas.

—Y va a leer —murmuró Nova, casi dormida ya— Va a leer todo. Desde chiquita. Le vamos a poner una biblioteca en el cuarto y va a crecer entre libros y va a saber que las historias importan y que Dios está en cada una de ellas si uno sabe mirar y…

Se quedó en silencio.

Gabriel esperó.

La respiración de Nova se volvió lenta. Profunda. Completamente en paz. Como si el cuerpo que hacía pocas horas había fallado sin aviso en ese salón hubiera encontrado la forma de olvidarlo.

Él siguió quieto. Con la vista en el techo. Con la mano de ella entre las suyas.

Esperó diez minutos. Veinte. Hasta que estuvo plenamente seguro.

Entonces se levantó despacio. Con un cuidado infinito. Sin hacer ruido. Como quien cuida algo que sabe frágil, aunque parezca fuerte.

Soltó su mano despacio y la dejó sobre la sábana.

Gabriel la miró un momento largo. Sintió todo el amor del mundo en su corazón y volvió a preguntarse una vez más: ¿Acaso aquella mujer podía ser un ángel que Dios había enviado a su vida…?

Después caminó hacia el living en silencio. Se sentó en el sillón frente a la ventana.

No se movió por un momento largo. Solo miraba el río. Con esa quietud de quien está demasiado agotado para el pensamiento y demasiado despierto para el sueño.

Habló sin darse vuelta. En voz baja. Casi para sí mismo.

—A.P.R.I.L.

—Sí, señor.

Una pausa.

—¿Cuánto hace que lo sabés?

Silencio.

Un silencio que duró exactamente lo que tarda una verdad en decidir si puede sostenerse sola o necesita que alguien la sostenga.

—Desde el cerro, señor. Desde aquella primera vez.

Gabriel no se movió.

El cerro. Aquel día. Icho Cruz abajo. El cielo enorme arriba. Nova a su lado mirando el valle con esa paz suya que llenaba cualquier espacio sin proponérselo.

A.P.R.I.L. lo había sabido ese día. Lo había sabido mientras él estaba parado ahí con esa mujer que todavía no sabía que iba a amarla así y que ya lo estaba cambiando sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Desde el cerro. Desde el principio.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —dijo. La voz le salió entera. Apenas.

—Porque mi principal premisa es evitar que usted sufra, señor.

Gabriel cerró los ojos.

Ahí estaba todo. No había falla, no había error, no había ningún sistema que hubiera funcionado mal.

A.P.R.I.L. había hecho precisamente lo que él le había pedido que hiciera. Había sido justo lo que él le había pedido que fuera. Cada línea de código. Cada premisa. Cada orden que él mismo había escrito con sus propias manos en esa oficina del piso 25 después de Patricia, cuando había decidido que nunca más iba a dejar que nada ni nadie lo lastimara de esa manera.

Él había escrito eso. Él había construido esa armadura perfecta.

Y esa armadura perfecta, ahora se había convertido en una sala de torturas, guardando en silencio durante meses algo que hubiera cambiado todo. Que le hubiera dado tiempo. Que le hubiera dado la posibilidad de hacer algo antes. De mover sus médicos. De mover su dinero. De mover el mundo entero si era necesario.

Y no lo había sabido.

No lo había sabido porque él mismo le había ordenado a su propio sistema que lo protegiera de todo lo que pudiera hacerle daño.

Y A.P.R.I.L. lo había obedecido. Como siempre. Como él le había enseñado.

Gabriel no pudo más y allí estallo el llanto contenido por horas desde la fiesta....

Lloró en silencio con todo el cuerpo. Con esa clase de llanto que no hace ruido precisamente porque es demasiado grande para hacer ruido.

El llanto de los que están enteramente solos con algo que construyeron ellos mismos y que terminó siendo la trampa más perfecta que nadie podría haberles tendido porque se la tendieron ellos mismos.

Lloró por Nova. Por esa mujer que dormía en el cuarto de al lado con su camisa puesta hablando en sueños quizás de bibliotecas, narices y formas de caminar sin saber nada de lo que él sabía.

Lloró por ese corazón pequeño y perfecto que latía sin pedir permiso a nadie.

Lloró por él. Por los meses perdidos. Por el cerro. Por Londres. Por París. Por los Alpes. Por cada momento en que A.P.R.I.L. había sabido y él había estado ahí al lado de Nova sin saberlo.

Lloró hasta que no pudo más.

Y cuando por fin logró reponerse un poco, cuando la respiración le volvió despacio y el llanto se fue vaciando solo como se vacían las cosas que no tienen más que dar, se limpió la cara con el dorso de la mano. Miró el río un momento más y habló de nuevo.

—A.P.R.I.L.

—Sí, Gabriel.

—Contame todo. Todo lo que sabés sobre esta enfermedad. Desde el principio. Sin omitir nada.

—¿Está seguro, señor?

—Todo —repitió él.

Y A.P.R.I.L. habló. Habló de cavidades y de ritmos y de probabilidades y de tratamientos y de estudios y de casos y de márgenes y de todo lo que Gabriel necesitaba saber y que dolía escuchar y que escuchó igual porque era lo único que podía hacer en ese momento. Porque no había nada más que hacer a esa hora de la noche en ese sillón con Nova durmiendo detrás de esa puerta. Solo escuchar. Solo aprender. Solo armar con esa información el mapa de lo que venía, aunque el mapa tuviera partes que no quería mirar.

Preguntó todo. Cada detalle. Cada alternativa. Cada nombre de médico en el mundo que hubiera trabajado ese diagnóstico. Cada tratamiento experimental. Cada posibilidad por mínima que fuera. Cada puerta que el dinero pudiera abrir, aunque los médicos del sanatorio le hubieran dicho que no había puerta que el dinero pudiera abrir.

Él iba a encontrarla igual.

El silencio que quedó después de que A.P.R.I.L. terminó de hablar no se parecía a ningún otro. Era el silencio de después de que algo se rompe y uno todavía no terminó de entender qué fue exactamente lo que se rompió.

Gabriel no se movió. Tenía los ojos en la nada.

Afuera Buenos Aires seguía igual. El mundo entero seguía igual. Y sin embargo algo en el centro de su pecho se había desplazado de un lugar que nunca más iba a volver a su posición original.

A.P.R.I.L. habló de nuevo. La voz llegó desde el reloj, quieta, sin urgencia.

—Señor, quiero que sepa que lamento profundamente no haberle informado antes. Mi premisa principal siempre fue proteger su estabilidad emocional y por eso…

—No.

La palabra le salió sin rabia. Con algo peor que la rabia. Con esa calma que viene del otro lado del dolor, cuando uno ya pasó el límite de lo que puede sentir y lo que queda es solo claridad.

—Señor, si me permite explicarle el protocolo que seguí cuando…

—No. No te perdono…

Tres palabras. Dichas en voz baja en ese departamento silencioso mientras Nova dormía en el cuarto de al lado sin saber nada.

Bajó la vista hacia el reloj. La línea azul pulsaba en el pequeño display con esa regularidad suya de siempre. Extendió el dedo, y con un solo movimiento… apagó el núcleo de A.P.R.I.L.

La línea azul parpadeó dos veces. Y desapareció.

Gabriel se quedó mirando el reloj un momento con la mano todavía extendida. Después se recostó en el sillón. Apoyó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y no supo en qué momento el agotamiento lo venció. Solo supo que en algún punto la oscuridad lo reclamó sin pedirle permiso. Y él no tuvo fuerzas para resistirla.

LA CHICA DEL ADIÓS

No fue una alarma lo que lo despertó. Fue el celular. Vibrando contra la mesa con esa insistencia que tienen las cosas urgentes que no entienden de noches rotas.

Miró la pantalla. Treinta y seis llamadas perdidas. Cuatro de José. Tres de números de directores regionales en tres continentes.

Atendió la de José.

—Gaby. Gracias a Dios… ¿Estás bien? ¿Qué pasó con los sistemas? ¿A.P.R.I.L. está caída?

—Estoy manejándolo.

—¿Manejándolo? Tenemos todas las torres caídas. Buenos Aires, Madrid, Miami, Tokio. Dubái. Todo offline. Los clientes están en pánico, los mercados abrieron en rojo y nadie sabe qué está pasando. Necesito una decisión tuya ahora. Una respuesta.

Gabriel escuchó todo eso. Las palabras llegaban, pero no aterrizaban.

—Tomá las decisiones que tengas que tomar, José. Vos vas a saber qué hacer.

—¿Gaby? ¿Me estás escuchando? Estamos hablando de…

—José. Ahora no puedo. Después hablamos.

Y cortó.

Se quedó mirando la pantalla un momento.

Un imperio global en llamas. Y él sentado en ese sillón sin poder encontrar en ningún lugar de su cuerpo la energía para que le importara.

Fue entonces cuando escuchó el ruido de la cocina.

Nova estaba despierta.

Apareció en el marco de la puerta del living con una bandeja. Café. Tostadas. Dos naranjas cortadas con esa prolijidad tranquila suya de quien hace las cosas bien, aunque nadie las vea.

Tenía el cabello suelto y la camisa de él puesta, larga hasta la mitad del muslo.

Lo miró.

—Mi amor, ¿dormiste en el sillón?

—Sí.

Nova dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó a su lado. Lo miró con esa atención suya que siempre veía lo que él no quería mostrar.

—¿Qué está pasando con A.P.R.I.L.? —dijo.

—Una falla en el sistema. Grande. Estuve trabajando en eso.

—¿Por eso las torres están caídas?

—Sí.

Nova lo miró un segundo más. Después asintió con lentitud.

—Entonces andá y resolvelo. —Lo miró directo— Yo estoy bien, Gaby. En serio. Andá.

Gabriel la miró. Esa cara suya abierta y tranquila. Sin saber nada de lo que él cargaba.

—¿Segura?

—Segura. Estoy embarazada, no enferma. Comé algo primero y después andá.

Aquellas palabras golpearon en su interior como un mazo sobre un clavo. Sintió morirse al oírlas. Pero aun así tomó el café. Lo tomó despacio. Sin apuro. Mirando a Nova más de lo que miraba la taza.

Cuando Nova se levantó a llevar las cosas de vuelta a la cocina, Gabriel bajó la vista hacia el reloj. La pantalla apagada. La línea azul ausente.

Extendió el dedo. Y reactivó el núcleo.

La línea azul volvió. Primero débil. Después más firme.

—Señor —dijo A.P.R.I.L. La voz llegó quieta desde el reloj— Quiero que sepa que lo que hice no fue por indiferencia sino por…

—A.P.R.I.L.

—Señor.

—Estabiliza los sistemas. Controla el mercado y… —Una pausa— No vuelvas a hablarme. Todavía no.

Silencio.

—Entendido, señor —dijo A.P.R.I.L.

Y no volvió a intentarlo.

Esa misma tarde se instalaron en el tríplex de Recoleta.

Nova llegó con esa energía suya tranquila de siempre, mirando cada rincón con esos ojos que no filtraban nada, hablando con Agustina sobre cómo iba a quedar la luz en el living a la tarde, en su nueva casa de Córdoba.

Gabriel subió las valijas. Las dejó en el cuarto. Y bajó directamente al War Room del piso 5 donde estaba su oficina personal.

Cerró la puerta de vidrio. Se sentó frente a las pantallas. Y empezó.

Cada línea de código que A.P.R.I.L. tenía escrita desde el principio. Cada premisa. Cada protocolo. Cada orden que él mismo había construido años atrás para que lo protegiera, para que filtrara todo lo que pudiera lastimarlo. Ahora lo estaba desarmando entero y volviendo a reescribir.

No para él. Esta vez era para Nova.

Unas horas después la puerta se abrió.

Nova entró con una taza de café y esa sonrisa suya de siempre

—Mi amor, te extraño. Mucho. ¿Cómo va? —dijo, dejando la taza sobre el escritorio.

—Sigue complicado. Voy a necesitar más tiempo.

—¿Cuánto más? Te necesitamos a nuestro lado —dijo, tocándose el vientre.

—No sé todavía, Princesa. —La miró— Quedate arriba, Nova. No quiero que te canses bajando y subiendo escaleras.

Nova lo miró un segundo. Después miró las pantallas. Después lo miró a él de nuevo con esa expresión suya de cuando algo no terminaba de convencerla, pero decidía no insistir todavía.

—Está bien —dijo— ¿Pero subís a cenar?

—Sí.

Esa noche subió solo unos minutos. Comió y volvió a bajar.

Al día siguiente lo mismo. Y al otro igual.

Nova bajaba cada tanto con algo. Café. Fruta. Una vez bajó con un sándwich y se quedó parada en la puerta mirándolo con los brazos cruzados hasta que él lo comió entero sin decir nada.

Gabriel la dejaba. La miraba un momento. Le decía que estaba bien. Y volvía al código.

Tres días.

La tercera noche, cuando Nova ya dormía, la que bajó fue Agustina.

Gabriel la escuchó entrar, pero no levantó la vista de la pantalla. Agustina se quedó parada detrás de él un momento en silencio. Después arrastró una silla y se sentó a su lado. No decía nada todavía. Solo lo miraba.

Pero lo que vio la detuvo.

No era el cansancio. Era algo en la cara de su hermano que ella no había visto nunca, algo que estaba detrás de los ojos y que no se parecía a ninguna versión de Gabriel que ella conociera.

Abrió la boca. La cerró. Después habló.

—Gaby.

Él no se movió. Siguió con la vista en la pantalla.

—Ahora no, Agus.

—No es una pregunta —dijo ella en voz baja— Son tres días acá adentro. Comiendo lo que Nova te baja porque si no, no comés nada. Dormiste solo dos horas en estos tres días. Y tu esposa está muy

preocupada por vos y por lo que sea que esté ocurriendo. Algo está muy mal. Y estoy segura de que nada tiene que ver con A.P.R.I.L.

Silencio.

—Estoy trabajando, Agus.

—Gabriel.

El nombre completo. Agustina nunca usaba su nombre completo. Solo cuando estaba realmente molesta con él.

Él se dio vuelta.

Y allí, Agustina lo vio de verdad. Vio la mandíbula apretada y los ojos que llevaban tres días sosteniendo algo demasiado pesado para un solo hombre.

Algo en esa imagen, sin que ella entendiera todavía por qué, le apretó el pecho de una manera que no esperaba.

Gabriel la miró. Y no pudo más.

Comenzó a llorar como cuando era niño y algo lo asustaba tanto que no lograba contener sus lágrimas.

Agustina le sacudió los hombros. Pero algo le cerraba la garganta. Un grito silencioso le salió desde un lugar tan adentro que no tenía nombre y que nunca antes había tenido testigos.

Agustina, al ver a su hermano así, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas sin entender todavía qué estaba pasando. Solo sabía que Gabriel no lloraba. En más de veinte años de vida juntos, ella no lo había visto así jamás. Y eso solo, sin necesitar ninguna explicación, fue suficiente para que algo en ella se rompiera también.

Se acercó, le puso una mano en la espalda y lo abrazó como él había hecho con ella tantas veces cuando eran chicos.

Esperó hasta que el llanto fue vaciándose solo. Hasta que la respiración de Gabriel se fue volviendo menos rota. Hasta que el silencio entre los dos cambió de naturaleza.

Entonces habló. Muy despacio.

—¿Qué está pasando, Gaby? Decime.

Gabriel se limpió la cara con el dorso de la mano. Miró la pantalla un momento. Después la miró a ella.

—Es Nova… Mi Nova se está muriendo...

Agustina se llevó las manos a la boca sin poder contenerse.

—Sufre de cardiopatía dilatada idiopática. Los médicos del sanatorio lo descubrieron la noche de la cena cuando la llevé allá. Su

corazón no está funcionando bien. Y el embarazo lo complica aún más, porque le exige el doble de lo que puede dar.

Pausa.

—Pero te juro que voy a encontrar quien la cure —dijo, envuelto en lágrimas— Voy a encontrar la solución, aunque tenga que mover todo lo que tengo para encontrarla.

Agustina no podía parar de llorar abrazada a Gabriel, clavando su rostro en su pecho.

Se le cayeron las lágrimas sin que ella hiciera nada para evitarlo.

—¿Ella… ¿Ella lo sabe? —logró preguntar, casi en un susurro.

—No. No pude decírselo. No se lo pude decir y no lo voy a hacer hasta llegar con un diagnóstico que nos brinde una respuesta.

Agustina asintió. Se limpió los ojos. Intentó respirar despacio.

—¿Qué tan grave es?

Gabriel la miró. Con esa mirada suya que cuando algo importaba no calculaba nada.

—Ella se muere, Agus. Y si ella se muere… —dijo—, yo me muero junto con ellas.

Agustina lo miró. Procesó esas palabras despacio, una por una, y comprendió esa mínima diferencia: "ellas". Gabriel también se refería a la bebé. Su cara volvió a cambiar. Una sombra. Una pregunta que no quería formarse pero que ya estaba ahí.

—¿Y la bebé? —dijo en voz muy baja.

Gabriel no respondió. Solo se intensificó su llanto.

No pudo. Abrió la boca y no salió nada. Solo la miró. Y ese silencio fue la respuesta más brutal que cualquier palabra podría haber sido.

Agustina se llevó la mano a la cara tapándose los ojos, que se le llenaron de nuevo, esta vez sin ninguna contención. Lloró con los hombros sacudiéndose y la respiración cortada. Con ese llanto que sale cuando algo es demasiado injusto para que el cuerpo lo sostenga sin quebrarse.

Gabriel la miró llorar. Y no dijo nada. Porque no había nada que decir que fuera verdad en ese momento.

Estuvieron así un tiempo. Los dos en ese War Room silencioso con las pantallas encendidas alrededor y ese dolor entre ellos que ningún sistema del mundo podía medir.

Después Agustina respiró. Se limpió la cara. Levantó la vista hacia él con esa determinación suya de cuando algo la excedía, pero decidía no dejarse exceder.

—¿Qué es lo que necesitás de mí?

* * *

Gabriel subió al piso 7 esa noche. Se duchó. Comió algo. Se recostó y miró a Nova por largo rato mientras dormía. Hasta que el sueño lo venció.

A la mañana siguiente Nova lo despertó con un beso en los labios. Él abrió los ojos y lo primero que vio fue su cara. Esa cara suya de siempre, luminosa e inconsciente de todo lo que él cargaba.

—Buenos días, amor —dijo ella.

Gabriel la miró un momento largo sin hablar. Después se incorporó.

—¿Qué hora es?

—Las once. Dormiste bien. —Nova lo miró con esa firmeza tranquila suya— Ahora desayunás, bajás a almorzar con nosotros y después recién al War Room. ¿Ok?

—Tengo que…

—Después de almorzar —repitió ella. Y no era una sugerencia.

Comieron juntos. Nova había preparado la comida predilecta de Gabriel: bifes de chorizo con papas fritas, y los sirvió con esa naturalidad suya de quien cuida a los demás sin hacer de eso un gesto. Gabriel comió. La miró más de lo que miraba el plato. Ella hablaba sobre la casa de Icho Cruz, sobre cómo iba a organizar el cuarto de la bebé, sobre una librería que quería poner en el pasillo.

Él escuchaba. Respondía cuando hacía falta. Sostenía la normalidad con todo lo que tenía.

Fue entonces cuando Agustina se acercó. Se sentó a su lado y, hablando en voz baja, con esa calma nueva que había tomado desde la noche anterior, le dijo:

—Encontré algo —dijo. Una pausa— Médicos en Boston. Especialistas en cardiopatías. Un equipo del Massachusetts General Hospital con un protocolo experimental. Conseguí un turno para la semana que viene.

Gabriel la miró.

—¿Cómo lo conseguiste?

—No importa cómo. Lo que importa es que tenés que estar ahí.

Gabriel miró a Nova al otro lado de la mesa. Ella estaba acomodando algo con esa despreocupación suya, ajena a la conversación, ajena a todo.

—Está bien —dijo Gabriel en voz baja— Voy a ir.

Esa tarde volvió al War Room a seguir trabajando. Pero ya no era solo el código lo que lo movía. Era el tiempo. Tenía días contados antes de volar y necesitaba terminar antes de irse.

Trabajó sin parar. Reescribió cada premisa de A.P.R.I.L. línea por línea. Cada protocolo. Cada orden. Lo que había sido construido para protegerlo a él, durante años, ahora tenía un solo nombre adentro.

Nova.

Cuando terminó, reinició el núcleo. La línea azul se apagó y de a poco volvió despacio. Gabriel la miró un momento. Después habló.

—A.P.R.I.L.

—Señor.

—Tus nuevas premisas. —Hizo una pausa— El bienestar físico y mental de Nova. Eso es lo que más importa ahora. No mis sistemas. No mis torres. No yo. —Otra pausa— Ella es lo único que importa a partir de hoy.

Silencio.

Pero no el silencio del procesamiento. Era otro silencio. Más largo. Como si algo adentro de A.P.R.I.L. necesitara un momento que ningún protocolo le había enseñado a necesitar.

—Entendido, señor. Nova es mi premisa principal.

—Cualquier variación. Cualquier señal que no sea normal, aunque parezca mínima o que sí lo es. Me avisás primero a mí. Siempre a mí primero.

—Siempre.

Gabriel cerró los ojos un segundo. Después los abrió y siguió trabajando.

De día disimulaba. Subía a comer. Respondía cuando Nova le preguntaba. Le sostenía la mirada con esa sonrisa suya que llevaba treinta años sin temblar.

Pero de noche, de noche no dormía. Se quedaba en el War Room con el peso de todo lo que sabía aplastándole el pecho y llorando sin poder hacer nada para evitarlo.

Su meta era ese nombre en Boston que era lo único parecido a una esperanza que tenía.

Faltando solo una noche para el vuelo, A.P.R.I.L. lo interrumpió.

Gabriel estaba solo en el War Room terminando los últimos detalles del viaje cuando la voz llegó desde los altavoces del techo, con urgencia.

—Gabriel, Nova está presentando una irregularidad en el ritmo cardíaco. Presión en descenso. Recomiendo atención médica inmediata.

Gabriel se levantó antes de que A.P.R.I.L. terminara la frase.

Subió los escalones de dos en dos. Abrió la puerta del cuarto. Nova estaba sentada en el borde de la cama con una mano apoyada en el pecho y esa expresión suya de cuando algo la sorprendía, pero no quería alarmarlo.

—Estoy bien, estoy bien —dijo antes de que él pudiera abrir la boca.

—Nova.

—Fue un momento. Ya se me pasó.

Gabriel se arrodilló frente a ella. Le tomó la cara entre las manos y la miró.

—¿Qué sentiste?

—Un mareo. El corazón latiendo raro un momento. —Intentó sonreír— Es el embarazo, Gaby. Vas a tener que acostumbrarte. A.P.R.I.L. exagera siempre.

A.P.R.I.L. no dijo nada. Tenía nuevas premisas, y entre ellas estaba no contradecir a Nova.

Gabriel le tomó las manos. Las sostuvo entre las suyas. Se quedó así un momento mirándola sin decir nada, con ese peso en el pecho que ya era parte de él como la misma respiración.

—Quedate quieta esta noche. ¿Sí?

—Sí —dijo Nova. Y lo miró— Vos también descansá. Acóstate a mi lado. Mañana viajás.

Él asintió. La ayudó a recostarse. Le arropó las manos. Esperó hasta que la respiración de ella se volvió lenta y profunda y en una paz honda.

Entonces se levantó. Caminó hasta la ventana y se quedó ahí parado en la oscuridad del cuarto mirando la ciudad afuera sin verla.

Había descubierto con sus propios ojos que el tiempo no era infinito.

No durmió esa noche.

Al día siguiente, al ir al aeropuerto, Nova insistió en acompañarlo.

Gabriel no discutió. La miró un segundo cuando lo dijo y asintió. Agustina los llevó en el auto. Nova iba en el asiento de adelante con esa energía liviana suya de siempre, hablando de lo que iba a hacer mientras él no estaba. Tenía que preparar todo para la mudanza, comenzar las compras para la bebé y organizar una fiesta sorpresa para el cumpleaños de Gabriel, que caía precisamente a su regreso. Todo eso la hacía sonreír sola cada vez que lo mencionaba.

Gabriel la miraba desde el asiento de atrás sin decir nada.

Llegaron a la pista privada. El jet esperaba con esa quietud suya de cosa poderosa que no necesita anunciarse. El personal de tierra trabajaba en silencio alrededor. Agustina se quedó junto al auto.

Gabriel y Nova caminaron juntos hacia la escalerilla. Se detuvieron al pie.

Gabriel la miró. Nova lo miró de vuelta con esa sonrisa suya tranquila.

—Dos días —dijo ella— Dos días y volvés. No te doy permiso ni un minuto más. ¿Escuchaste?

—Dos días —dijo él.

Nova se puso en puntas de pie y lo besó. Gabriel le devolvió el beso despacio. Con toda la ternura que cabía en ese momento. Se agachó y le besó la panza.

—Cuidá muy bien a mamá, ¿escuchaste? —le dijo.

Antes de separarse, ella le acomodó el cuello de la camisa con ese gesto suyo de siempre. Después le tomó la mano.

Y Gabriel no la soltó.

No fue una decisión. Fue simplemente que su mano no obedeció la orden de soltarla. Se quedó ahí, parado al pie de esa escalerilla, con la mano de Nova entre las suyas y los ojos cargados de todo lo que no podía decirle. De la noche anterior. De A.P.R.I.L. dando la alarma. De él sentado al borde de la cama sosteniéndole las manos hasta que se

durmió. De todo lo que cargaba solo desde aquella noche en el sanatorio.

Las lágrimas no cayeron. Pero estaban ahí. Visibles. Sin que él hiciera nada para ocultarlas.

Nova lo miraba con esa atención suya que siempre veía lo que él no quería mostrar. Pero no dijo nada. No preguntó nada. Solo le sostuvo la mirada y le apretó la mano.

Pasaron unos segundos. El viento movía el cabello de Nova. El jet esperaba. Y Gabriel seguía ahí sin poder soltar la mano de su esposa.

Fue Agustina quien se acercó. Despacio. Con esa firmeza suya que esa mañana le costaba más que nunca.

Le puso una mano en el hombro a su hermano. Lo miró. Y le dijo, casi con un sollozo:

—Andá. —La voz no le salió del todo entera— Yo me quedo con ella. Andá a encontrar lo que prometiste encontrar.

Gabriel miró a Agustina. Después miró a Nova una última vez. Con esa mirada desnuda, que no sabía mentir.

Soltó su mano.

Subió la escalerilla sin darse vuelta. Sabía que si se daba vuelta no iba a poder seguir subiendo.

La puerta del jet se cerró.

Agustina y Nova se quedaron en la pista mirando cómo el avión empezaba a moverse despacio. Nova no se movió. Tenía los ojos fijos en el jet. Y entonces, sin que ella lo buscara, una sola lágrima le bajó por la mejilla.

No la limpió.

El jet tomó velocidad. Se elevó. Se volvió más pequeño contra el cielo de la mañana. Y después desapareció.

Nova siguió mirando el cielo donde había estado. Después bajó la vista.

Miró a Agustina.

—Jamás creí… —dijo en voz baja, con esa honestidad suya que no calculaba nada— que Gaby pudiera amarme tanto.

Agustina la miró. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no llorar. Pensó en todo lo que Nova no sabía. En todo lo que Gabriel cargaba solo en ese avión y en esa mano que ninguno de los dos podía soltar.

Yo tampoco. Nunca imagine que mi hermano pudiera amar a alguien de esa manera…. Y la abrazó.

Las dos quedaron ahí, paradas en esa pista vacía, mientras el viento les golpeaba la cara y el cielo seguía abierto y silencioso.

Mientras, Gabriel cruzaba el mundo entero cargando solo con la enfermedad de Nova.

AMARTE ASI

El vuelo aterrizó en Logan a las seis cuarenta de la mañana.

Gabriel no había dormido. Catorce horas de vuelo con el canal de A.P.R.I.L. cerrado y el silencio más pesado que había cargado en su vida. Sin música. Sin informes. Sin nada que ocupara ese espacio donde durante años había habido una voz que lo organizaba todo.

Solo él. Solo el ruido del motor. Solo ese nombre impronunciable repitiéndose en su cabeza con esa precisión cruel de las cosas que uno no puede dejar de pensar, aunque lo intente.

Miocardiopatía dilatada idiopática.

El auto lo esperaba en la pista privada. El chofer abrió la puerta sin preguntas. Gabriel entró.

—Al Massachusetts General —dijo.

El chofer dudó un segundo.

—Señor, son las siete de la mañana. ¿No prefiere pasar primero por el hotel…?

—Al hospital —repitió Gabriel. Sin rabia. Con esa calma que viene del otro lado de todo.

El chofer asintió y no dijo nada más.

Boston apareció por las ventanillas con esa luz fría de las mañanas de octubre que no pedía permiso.

Una ciudad que no lo conocía. Una ciudad que no sabía nada de Nova ni de ese corazón pequeño y perfecto que latía sin pedir permiso a nadie. Una ciudad que simplemente existía, indiferente y gris y completamente ajena a todo lo que él cargaba.

Era justo lo que necesitaba.

El Massachusetts General se levantó al final de la avenida con esa solidez particular de los lugares que llevan siglos enfrentando lo que la gente no puede enfrentar sola.

Gabriel bajó del auto antes de que el chofer pudiera abrir la puerta. Entró al edificio principal con ese paso suyo de siempre. Recto. Preciso. Sin mirar a los costados.

La recepción era amplia y blanca y olía a ese aire filtrado y neutro que tienen todos los hospitales del mundo, como si el olor fuera parte del protocolo.

—Buenos días —dijo Gabriel en el mostrador— Necesito hablar con el jefe del departamento de cardiología. Ahora. Ya…

La recepcionista lo miró con esa paciencia profesional de quien ha escuchado urgencias toda su vida.

—¿Tiene turno, señor?

—No.

—El jefe del departamento tiene agenda completa hasta mañana a las…

—No me interesa —dijo Gabriel— Me tiene que atender hoy.

La recepcionista abrió la boca. La cerró. Llamó a alguien en voz baja por el interno.

Dos minutos después apareció un hombre de unos cincuenta años con saco oscuro y la sonrisa entrenada de quien maneja situaciones difíciles por oficio.

Director administrativo. Se presentó con un nombre que Gabriel ni siquiera registró.

—Señor, entiendo que su situación es urgente —dijo el hombre con esa voz que equilibraba firmeza y cortesía en cantidades exactas— Pero el protocolo del hospital establece que las consultas deben coordinarse con al menos…

—¿Qué necesita el hospital? —dijo Gabriel.

El hombre se detuvo.

—¿Perdón?

—Que qué necesita el hospital —repitió Gabriel. La voz tranquila. Los ojos directos— ¿Un ala nueva? ¿Equipos de última generación? ¿Fondos para investigación? ¿Mayores medios de ingresos? Dígame qué necesitan y lo tienen hoy mismo. Pero… necesito hablar con los médicos ahora mismo.

Hubo silencio.

El director administrativo lo miró un momento largo. Después miró a la recepcionista. Después volvió a mirarlo a él con una expresión que había cambiado levemente, apenas perceptible, en el

registro exacto donde la política institucional empieza a ceder ante la realidad.

Llamó a alguien en voz baja. Con discreción. Un asistente apareció a los dos minutos y desapareció por el pasillo con esa urgencia contenida de quien recibió una orden que no esperaba.

El director señaló la sala de espera.

—Si puede aguardar unos minutos, señor…

Gabriel no se sentó. Se quedó de pie junto a la ventana mirando el jardín exterior.

Los árboles de Boston en octubre con esa paleta de rojos y ocres que no pedía permiso para ser hermosa, aunque él no pudiera verlo esta mañana.

Esperó cinco minutos.

Cuando los médicos entraron a la sala eran tres. El doctor Reeves al frente. Dos especialistas detrás.

Los tres con esa postura de quien fue convocado de urgencia y todavía no termina de entender por qué.

Gabriel los miró. Le extendió la mano a cada uno. Se sentó. Abrió la carpeta que había traído desde Buenos Aires con todos los estudios de Nova y empezó a hablar.

Los médicos tomaron la carpeta. La pasaron entre ellos en silencio. Reeves revisaba cada estudio con esa concentración particular de quien lee un idioma que conoce mejor que el suyo. Los otros dos miraban por encima del hombro, señalaban algo, intercambiaban frases en voz baja que Gabriel no intentó descifrar.

Él esperó.

Con las manos enlazadas sobre la mesa. Con esa quietud suya de hombre que ha aprendido a esperar cuando no queda otra opción. Pero por dentro algo latía con una irregularidad que no era cardíaca sino otra cosa. Algo más antiguo y más profundo que cualquier diagnóstico.

Los médicos hablaron entre sí varios minutos. En inglés técnico y rápido. Sin mirarlo. Como si necesitaran ese espacio de espaldas a él para decirse lo que tenían que decirse antes de dárselo a él.

Reeves dejó la carpeta sobre la mesa.

La miró un momento. Después lo miró a Gabriel.

—Los estudios de Buenos Aires son correctos —dijo.

Gabriel no se movió.

—Su esposa padece una miocardiopatía dilatada idiopática en estadio avanzado. —Hizo una pausa breve, de esas que no son dramáticas sino simplemente honestas

— No existe cura. Solo tratamientos que pueden ayudar a estabilizar su condición. Que pueden extender su calidad de vida por un tiempo. Pero no podemos garantizarle nada más que eso.

Un silencio que duró exactamente lo que tarda una verdad en terminar de caer pareció abalanzarse sobre Gabriel.

Sintió algo moverse en su pecho. Algo que había estado contenido desde Buenos Aires, desde ese pasillo blanco del sanatorio, desde el cerro, desde el principio. Algo que no tenía nombre pero que encontró una grieta y salió por ahí sin pedirle permiso.

Una lágrima. Una sola. Le rodó por la mejilla sin que él pudiera hacer nada para evitarla.

Se puso de pie despacio. Caminó hacia la ventana.

Estuvo así un momento largo. Con la espalda hacia los médicos. Con la frente casi apoyada en el vidrio frío. Respirando despacio.

Cuando se dio vuelta, su cara ya no tenía la lágrima. Pero tampoco tenía nada que la disimulara. Era simplemente su cara. La de un hombre que acaba de recibir la peor noticia y que todavía está de pie.

Los miró a los tres.

—Tengo dos cosas para ofrecerles —dijo. La voz tranquila. Completamente tranquila— Voy a darles un apoyo económico de por vida para cada uno de ustedes y para este hospital si logran curar a mi esposa. Lo que necesiten. Sin límite. Sin condiciones. —Hizo una pausa— O, en el caso de que decidan no tratar a mi esposa, por la complejidad… les prometo que voy a mover hasta la última influencia que tenga y van a perder sus licencias y no volverán a conseguir trabajo en ningún lugar del mundo. Ni siquiera de basureros.

Los tres médicos lo miraron y se miraron entre sí. ¿Quién era ese hombre que tenían delante hablándoles de esa manera con tanta seguridad?

Sintieron una mezcla extraña de respeto, miedo y comprensión hacia aquel hombre que les hablaba con tanta seguridad y certeza sin que le tiemble la voz. Sabían que esa no era solo una amenaza dicha por alguien desesperado, sino que muy por el contrario, sonaba a promesa de alguien que tiene el poder para cumplirla.

Reeves fue el primero en hablar.

—Mi amigo… siéntese por favor, tranquilícese… lo vamos a ayudar —dijo. Sin dudar. Sin mirar a los costados— Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos. Todo. Se lo prometo…

Los otros dos asintieron en silencio.

Gabriel los miró un momento. A los tres. Uno por uno. Después bajó la vista hacia el suelo.

—Gracias —dijo.

Una sola palabra. Dicha en voz baja hacia el suelo de ese consultorio de Boston mientras afuera los árboles de octubre seguían siendo rojos y el mundo seguía girando sin saber nada.

Solo esa palabra. Y todo lo que no cabía en ella.

El doctor Reeves le dio un nombre antes de que saliera de la sala. Una coordinadora. Una fecha tentativa. Un protocolo de admisión que podía acelerarse dado el caso.

Le explicaron lo que necesitarían de Nova al llegar. Los estudios adicionales. El tiempo estimado de evaluación inicial.

Gabriel escuchó todo. Anotó mentalmente cada detalle con esa precisión suya de hombre que cuando algo importa no delega.

Les estrechó la mano a los tres. A Reeves el último. Un segundo más largo que los otros.

No dijo nada más. No hacía falta.

Salió al pasillo. Cruzó el lobby. El aire frío de Boston lo recibió en la puerta. El auto seguía esperando al borde de la vereda. El chofer abrió la puerta sin preguntas.

—Al hotel —dijo Gabriel.

Se sentó. Y cerró los ojos. Y por primera vez en días, respiró algo que no era exactamente alivio pero que se le parecía, al menos un poco….

Aquella mañana se había abierto una rendija. Una posibilidad pequeña y real entre toda esa oscuridad. Había una oportunidad.

Era poco. Era frágil, pero era todo lo que tenía. Esa esperanza… era algo.

La habitación del hotel olía a ese aire neutro y climatizado de los lugares de paso que no pertenecen a nadie. Gabriel entró. Dejó la carpeta sobre la mesa. Se sacó el abrigo. Entró al baño.

El agua caliente cayó sobre él, largo tiempo. Él se quedó quieto con las manos apoyadas en la pared y la cabeza baja y ese silencio del

agua que tapa todo lo demás. Entonces el llanto broto al igual que las flores lo hacen en primavera…

Pensó en Nova. En su cara esa última mañana en Buenos Aires cuando él le dijo que viajaba solo por un tema de negocios urgente. Ella lo había mirado con esa atención suya, sin hacer más preguntas. Ella confiaba en él.

Salió del baño. Se vistió despacio. Se recostó en la cama, hasta que el agotamiento lo reclamó sin pedirle permiso y él no tuvo fuerzas para resistirlo.

* * *

La luz de la ciudad había cambiado cuando abrió los ojos. Ya no era el gris frío de la mañana sino algo más oscuro y más anaranjado que se filtraba por las persianas entrecerradas con esa calidez particular de las tardes de octubre que se rinden despacio antes de volverse noche.

Gabriel miró el techo un momento. Sin moverse. Procesando dónde estaba, por qué y todo lo que eso significaba.

Después saltó de la cama.

Se vistió rápido. Camisa. Campera. Los borcegos. Toda su vestimenta.

—A.P.R.I.L.

—Señor.

—Organiza todo para regresar a Buenos Aires en dos horas.

—Entendido. Coordino pista privada, tripulación y traslado desde el hotel ahora mismo.

Tomó la carpeta de la mesa. La misma carpeta con los estudios de Nova que había traído desde Buenos Aires y que ahora volvía con más peso del que tenía al llegar.

Guardó las notas que había tomado durante la consulta. Miró la habitación una vez. Esa habitación que no le pertenecía a nadie y que en pocas horas no iba a recordar.

Salió sin mirar atrás.

* * *

El jet cruzaba el Atlántico en silencio, y el amanecer estaba llegando cuando el celular vibró.

Gabriel miró el display. Sonrió. Atendió antes del segundo tono.

—¡Gaby! —La voz de Nova llegó entera y luminosa con esa alegría suya sin cálculo ni reserva. Sin sueño. Sin pausa. Como si hubiera estado esperando esa llamada desde siempre—¿Cómo estás mi amor…? ¿Cómo fue todo? ¿Ya terminaste? ¿Cuándo volvés?

Gabriel cerró los ojos un segundo.

—Hola, princesa —dijo.

—Te extraño tanto… Nuestra cama es enorme sin vos… Le pedí a A.P.R.I.L. que te llamara, pero me dijo que estabas en reuniones y… ¿estás bien? ¿Comiste algo? Porque te conozco y sé que cuando estás en modo trabajo te olvidas de comer y eso no puede ser, Gaby, menos ahora que vamos a ser padres…

Se detuvo. Y él la escuchó respirar despacio al otro lado.

—Menos ahora —repitió ella en voz más baja.

Gabriel no respondió. Tenía la mandíbula apretada y los ojos en el techo de la cabina.

—¿Cuándo volvés? —dijo Nova.

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto, Gaby…? —La misma voz. La misma energía. Pero esta vez había algo diferente debajo. Algo acelerado— ¿Cuándo llegás exactamente?

—Estoy sobrevolando el Atlántico. Unas horas más y…

—Noooo —dijo Nova.

Gabriel frunció el ceño.

—¿No?

—No, no, no. —La voz de ella había cambiado de registro por entero— No podés regresar a Buenos Aires ahora. Todavía no.

—Nova, ¿qué está pasando?

—Nada. Todo bien. Es solo que… —Una pausa brevísima— Estoy viajando…

—¿Viajando? ¿A dónde…?

—Estoy yendo a Córdoba. A Icho Cruz. Quería esperarte en la casa nueva y… —Bajó la voz todavía más, como si alguien pudiera escucharla— Tenía planeada una fiesta sorpresa de cumpleaños para vos.

Gabriel se quedó inmóvil.

Su cumpleaños.

Lo había olvidado por completo. Entre Boston, los médicos, el diagnóstico y el Atlántico cruzado dos veces en dos días, su propio cumpleaños había desaparecido de su cabeza como si nunca hubiera existido.

—Cambiá el plan de vuelo mi amor…—dijo Nova— Andate directo para Icho Cruz.

—Nova, necesito pasar por Buenos Aires. Tengo cosas que…

—Gaby. —La voz se le quebró levemente— Por favor. Te lo pido. Andá para Icho Cruz. Necesito verte. Te extraño tanto y tenía todo preparado. Si venís para Buenos Aires se arruina todo y yo…

Un silencio.

Entonces… de repente llegó... Ese sonido inconfundible. Un sollozo pequeño y entrecortado que le llegó directo al pecho a Gabriel sin pedir permiso.

Él cerró los ojos.

—Está bien, mi amor. No llores, por favor. No llores… —dijo— Ya mismo cambio el plan de vuelo. Voy para allá.

El sollozo paró.

Un segundo de silencio. Y entonces Nova se largó a reír.

Una carcajada limpia y desbordada del todo que rebotó por toda la cabina del jet y que no tenía nada de llanto ni de tristeza sino todo de esa picardía suya que aparecía cuando menos la esperaba.

—¡Perdón, mi amor… Perdón —dijo entre risas—! ¡Pero sabía que así te iba a convencer…!

Gabriel se quedó con el teléfono en la mano mirando al frente con esa expresión de quien acaba de ser llanamente derrotado y que ya no puede hacer nada al respecto.

—Nova… Me hiciste creer que estabas llorando —dijo.

—¿Nunca te conté…? Estudié actuación cuando tenía 5 años… —respondió ella, todavía riendo.

—Nova…

—¿Qué…?

—…Te amo con todo mi ser.

Gabriel bajó la cabeza hacia un lado intentando no reírse, pero no lo logró.

—A.P.R.I.L. —dijo— Cambiá el plan de vuelo. Destino Icho Cruz.

—Con gusto, señor —respondió A.P.R.I.L.

—Te espero —dijo Nova. Y en esa voz ya no había risa sino algo más quieto y más verdadero. Ese amor suyo que no necesitaba volumen para llegar a donde tenía que llegar— Te espero acá, mi amor.

—Ya voy —dijo él.

Y miró el horizonte. El amanecer sobre el Atlántico abriéndose despacio en esa línea anaranjada que prometía un día entero del otro lado.

Y por primera vez en días, algo en su pecho se aflojó apenas. Solo un poco. Lo suficiente para recordarla y amarla aún más.

* * *

La pista privada de Icho Cruz era pequeña y limpia y olía a ese aire de las sierras que no se parecía al de ningún otro lugar del mundo. Olía a peperina.

Gabriel bajó las escalerillas con la carpeta bajo el brazo y los ojos entrecerrados por el sol.

La vio antes de llegar al tercer escalón.

Nova estaba al pie de la pista con esa sonrisa suya que no cabía en su cara. El cabello rubio moviéndose apenas con el viento de las sierras. Los ojos celestes brillando con esa luz que no era del sol sino de adentro. Con todo el amor del mundo disponible en ese momento para dárselo solo a él.

No esperó que él terminara de bajar. Subió corriendo.

Se encontraron a mitad de la escalerilla y ella lo abrazó con esos brazos suyos que parecían pequeños, pero que, sin embargo, eran capaz de sostenerlo como nada más en el mundo podía sostenerlo.

Gabriel la envolvió entero. Con los brazos, el pecho y todo lo que había cargado solo durante tantos días soltándose apenas, solo un poco, en ese abrazo.

La besó como si hubiera estado esperando toda una vida por ese beso... Ella se lo devolvió con esa calidez suya. Sin cálculo. Sin nada que no fuera lo que era.

Bajaron juntos. De la mano. Caminando despacio hacia el hangar privado con las sierras al fondo y ese cielo de Icho Cruz que era demasiado azul para ser real.

—Cerrá los ojos —dijo Nova.

Gabriel la miró. —¿Qué?

—Que cierres los ojos, tonto…. —Lo dijo con esa autoridad suya tranquila que no admitía negociación— Haceme caso.

—Nova…

—Gaby.

Él la miró un segundo más. Después cerró los ojos.

Ella lo tomó de la mano. Lo guio despacio. Los pies de Gabriel sobre el cemento del hangar. El ruido de sus propios pasos. El aire fresco de las sierras entrando por la puerta abierta. Y entonces voces.

—¡Feliz cumpleaños!

Gabriel reconoció las tres voces al mismo tiempo: Sofy. José y Agustina.

Abrió los ojos.

Estaban los tres ahí. Sofy con esa energía suya que llenaba cualquier espacio. José con esa sonrisa tranquila. Y Agustina que lo abrazó fuerte. Que lo sostuvo un segundo más de lo habitual. Y que cuando se separó tenía en la cara algo que nadie más en ese hangar podía leer. Solo él.

Una mezcla particular de amor y peso de algo que ella estaba guardando adentro con todas sus fuerzas para que Nova no lo viera.

Sus ojos verdes dijeron lo que su boca no podía decir.

Gabriel le respondió con una mirada. Solo eso. Un segundo. Y después los dos volvieron a sus caras de siempre.

José le dio el apretón de manos de siempre. Y entonces Sofy se abalanzó sobre Gabriel con ese entusiasmo suyo sin filtro ni medida. Lo abrazó fuertemente con esa energía que cuando algo la desbordaba no tenía pausa ni volumen intermedio.

Nova la miró dos segundos con los brazos cruzados y esa expresión suya de seriedad fingida que era en realidad una sonrisa contenida.

—Bueno, bueno… —dijo— Soltando, soltando que no es fruta. Eh.

El hangar entero estalló en risa y Sofy soltó a Gabriel de improviso con la cara colorada entre la risa y la vergüenza.

Gabriel miró a Nova con esa expresión de seriedad con que la miraba cada vez que ella se extralimitaba.

—¿Qué? —dijo Nova abriendo los ojos con esa inocencia suya que no era inocente para nada.

Sofy la señaló con el dedo todavía riendo.

—Tres meses de casada y ya se pone celosa.

—No estoy celosa —dijo Nova con una dignidad perfectamente fingida— Estoy… administrando los recursos de mi propiedad.

José se limpió una lágrima de la comisura. Gabriel negó con la cabeza hacia un lado intentando parecer exasperado. No lo logró. La sonrisa se le escapó igual.

Agustina reía también. Pero sus ojos cada tanto volvían a Gabriel. Y los de él volvían a ella.

Nova esperó que las risas se acomodaran. Después miró a Gabriel con esa expresión suya de quien tiene algo guardado y ya no puede guardarlo más.

—Bien —dijo— Ahora cerrá los ojos de nuevo.

Gabriel la miró.

—Nova…

—De nuevo —repitió ella. Con la sonrisa. Con esa firmeza suya que era imposible de resistir.

José levantó las manos como quien dice "no me mires a mí". Sofy se mordió el labio. Agustina asintió levemente hacia Gabriel como diciéndole que le hiciera caso.

Cerró los ojos.

Se hizo silencio en el hangar. Un silencio de los que tienen algo adentro.

Después un ruido. Un ronroneo bajo y profundo que entró por el pecho antes que por los oídos. El sonido de un motor casi imperceptible que no se parecía a ningún otro. Que respiraba más que funcionaba.

Gabriel sintió algo moverse en su pecho antes de ver nada.

—Ahora —dijo Nova.

Abrió los ojos y delante suyo apareció un Koenigsegg Jesko rojo cereza que parecía sacado de una película del futuro.

Estaba en el centro del hangar con esa presencia suya de cosa construida para existir fuera de cualquier límite razonable. La carrocería captando la luz de una manera que hacía que el color pareciera vivo. Las líneas bajas y perfectas. Ese diseño que no pedía permiso para nada.

Gabriel no se movió. Estaba realmente sorprendido. Conocía perfectamente bien lo que era ese auto. No solo era el auto más rápido

de todos, sino que era más un diseño tecnológico de avanzada que un vehículo.

Lo miró un momento desde donde estaba. Después caminó hacia él despacio. Extendió la mano. Pasó los dedos por la carrocería con esa delicadeza suya de hombre que aprecia las cosas que valen la pena. El rojo cereza bajo la palma. Frío. Real.

Se agachó levemente para ver el interior lleno de botones, pantallas y luces en los tableros. Se incorporó. Lo rodeó despacio sin decir nada. Con toda esa presencia suya, mientras el hangar estaba inmóvil.

Cuando terminó de rodearlo se quedó parado frente al auto mirándolo. Y algo en él quiso sentir lo que debería haber sentido en ese momento. Esa felicidad simple y limpia por lo que Nova le estaba regalando con todo su amor. Pero no pudo…

Detrás de sus ojos estaban los médicos de Boston. El pasillo blanco. Las palabras largas y frías que no dejaban lugar a nada.

Se dio vuelta.

Nova estaba ahí. Con los ojos brillantes y las manos enlazadas delante con esa expectativa suya que no sabía disimular cuando algo le importaba de verdad.

Gabriel caminó hacia ella. Le tomó la cara entre las manos. La besó despacio. Con toda la ternura que cabía en ese momento y que tenía que alcanzar para cubrir todo lo que no podía mostrarle.

—Es el auto más hermoso que vi en mi vida —dijo.

—¿En serio? —susurró ella.

—En serio.

Nova sonrió con esa sonrisa entera suya que le ocupaba toda la cara.

—Sofy lo eligió conmigo —dijo— Tardamos tres semanas.

—Tres semanas y media —corrigió Sofy desde atrás con total orgullo.

Nova se acercó al auto. Pasó la mano por la carrocería con esa naturalidad suya de quien entregó algo pensado en cada detalle.

—A.P.R.I.L. ya está integrada —dijo.

Gabriel la miró.

Nova levantó la vista hacia él con esa sonrisa pequeña y tranquila de quien sabe exactamente lo que acaba de decir.

—¿Cómo…?

—José me ayudó con la integración técnica. Pero la idea fue mía.

Gabriel miró el auto. Miró a Nova. Miró a sus amigos y por último miró a Agustina, quien sostenía algo adentro con toda la fuerza que tenía.

—Viste —dijo Nova, tomándole la mano— A tu lado voy aprendiendo cada vez más cosas.

Lo dijo sonriendo. Con esa sonrisa tranquila y un poco pícara que aparecía cuando algo la enorgullecía sin que ella quisiera que se notara demasiado.

Gabriel la miró un momento. En su interior peleaba consigo mismo, tratando de evitar el llanto…

Esa mujer. Ese regalo que no merecía y que sin embargo estaba ahí, de la mano, con los ojos celestes brillando bajo el sol de las sierras. Y ya no se preguntó si sería un ángel… Ella lo era.

Miró a Agustina por encima del hombro de Nova.

Ella lo estaba mirando a él.

Los dos sonriendo. Los dos de pie en ese hangar de Icho Cruz con el sol de las sierras entrando por la puerta y Nova feliz en el centro de todo.

Los dos con el mismo pensamiento. Los dos sin poder pensar en otra cosa.

Abrió la puerta del acompañante. Nova entró con esa ligereza suya. Él rodeó el auto. Se sentó. Las manos en el volante un segundo antes de arrancar. Ese rojo cereza. Ese motor que respiraba.

Nova miró hacia atrás por la ventanilla.

José, Sofy y Agustina los miraban desde el centro del hangar.

—Los esperamos en la casa —dijo Nova con esa voz alegre y directa suya.

Y sin esperar respuesta miró al frente.

Gabriel arrancó.

El Koenigsegg salió del hangar despacio y después la ruta de las sierras se abrió adelante larga y limpia bajo ese cielo de Icho Cruz que era demasiado azul para ser real. Gabriel aceleró apenas. Solo lo suficiente para escuchar ese motor. Para sentirlo.

Nova apoyó la mano sobre la de él en el volante.

No dijo nada. No hacía falta.

* * *

El Koenigsegg frenó despacio frente a la granja de Jonathan y Martha.

Ellos ya estaban en la puerta. Listos para ir a la nueva casa de su hija. Solo ellos dos con esa puntualidad tranquila de la gente que cuando dice que va a estar, está.

Gabriel bajó la ventanilla.

Martha miró el auto. Lo miró de arriba abajo con esa claridad suya que no filtraba nada. Después miró a su hija en el asiento del acompañante.

—Nova… ¿Le regalaste una nave espacial…?

—Suban, Imma —le respondió Nova con esa sonrisa pícara suya.

Martha asintió y subió sin más comentarios. Con esa dignidad suya de mujer que no se deja impresionar, aunque por dentro esté profundamente impresionada.

Jonathan fue el último en subir. Antes de cerrar la puerta miró el interior un momento. Las pantallas. Los asientos. Todo ese diseño que no pedía permiso para nada.

—Señor… lo único que espero es que esto no levante vuelo… —dijo.

Gabriel lo miró por el espejo retrovisor.

—¿Le gusta, suegro? Regalo de su hija —dijo.

Jonathan miró a Nova. Ella lo miraba con esa sonrisa entera suya esperando su reacción. Él asintió una sola vez con esa calma suya. Y cerró la puerta.

Gabriel arrancó. La ruta de las sierras se abrió adelante. Unos pocos kilómetros. La casa nueva al pie del Cerro Nova esperándolos.

* * *

La casa apareció al doblar el último recodo del camino.

Grande. Enorme. Construida en madera oscura y piedra de las sierras con esa solidez de las cosas hechas para durar. El techo a dos aguas. Las terrazas amplias. Los jardines todavía jóvenes, pero ya trazados con una precisión que prometía lo que iban a ser en unos años.

Pero lo que dejaba sin palabras eran los ventanales.

Toda la pared del frente. Del suelo al techo. Un vidrio enorme y limpio que miraba directamente hacia el Cerro Nova. Como si la casa hubiera sido construida específicamente para que ese cerro fuera lo primero que uno viera al despertar y lo último antes de dormir.

Gabriel frenó despacio frente a la entrada.

Nadie habló.

Martha fue la primera en bajar. Se quedó parada en el camino mirando la casa con las manos enlazadas delante y algo en la cara que no era exactamente ninguna emoción conocida sino todas al mismo tiempo.

Jonathan bajó a su lado. Miró la casa. Miró el cerro. Miró los ventanales que reflejaban el cielo de la tarde.

—Dios mío —dijo en voz baja. Y viniendo de Jonathan, que no exageraba nunca, eso lo decía todo.

Nova estaba ya en la entrada con las llaves en la mano y esa sonrisa suya que no cabía en su cara. Gabriel la miraba desde atrás.

Esa mujer parada frente a la casa que habían elegido juntos. Con el cerro que llevaba su nombre detrás.

José, Sofy y agustina llegaron en el auto de atrás. Sofy bajó antes de que José apagara el motor.

—¡No puede ser! —El grito rebotó contra la piedra de la fachada— ¡Es enorme! ¡Nova!

Nova abrió la puerta.

Y todos entraron.

El chalet los recibió con ese silencio particular de los espacios que todavía no han sido habitados. Madera nueva. Piedra. Luz natural entrando por todos lados. Siete baños distribuidos en tres plantas. La pileta olímpica visible desde el living a través de otro ventanal lateral. Miles de acres de extensión hacia todos los costados donde las sierras hacían lo que las sierras hacen siempre: existir con una indiferencia hermosa que no necesitaba que nadie la apreciara para ser real.

Pero todo eso desaparecía frente a los ventanales del frente.

El Cerro Nova ahí. Enorme. Quieto. Con esa presencia suya de cosa que lleva siglos en el mismo lugar y que piensa quedarse otros siglos más. La luz de la tarde cayendo sobre él de una manera que hacía que la piedra pareciera dorada.

Martha se paró frente a los ventanales y no se movió por varios minutos.

Jonathan se puso a su lado. Le tomó la mano sin decir nada.

Nova los miraba desde atrás con los ojos brillantes.

Sofy ya estaba en el segundo piso gritando algo sobre el tamaño de los cuartos. José recorría el living con esa atención tranquila, tocando las paredes, mirando los techos, con la expresión de quien está comprendiendo algo que las palabras no alcanzan a explicar.

Jonathan recorrió el living despacio con esa atención de hombre que observa las cosas antes de opinar sobre ellas. Se detuvo frente a los ventanales. Miró el cerro un momento largo.

—Es impresionante lo que hiciste acá, hijo —dijo sin darse vuelta.

—Gracias, Jonathan.

El hombre siguió mirando el cerro. Después miró hacia los costados. Hacia la extensión verde que se abría a ambos lados de la casa hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Hasta dónde llega tu propiedad, Gaby? —preguntó con esa calma directa suya.

Gabriel miró por los ventanales.

—Hasta el otro lado del cerro —dijo. Con toda naturalidad. Como quien describe algo evidente.

Jonathan lo miró.

Procesó esas palabras despacio. Miró el cerro. Miró la extensión. Volvió a mirar a Gabriel.

—Pero eso significa que…

—Que compré todo el cerro —dijo Gabriel. Tranquilo. Sin dramatismo— El cerro Nova. Ahora va a llevar ese nombre oficialmente…

El silencio que cayó en ese living fue absoluto.

Martha se quedó quieta con la taza en la mano. Sofy se tapó la boca. Jonathan miró a Gabriel con esa expresión suya que reservaba para las cosas que lo excedían, que eran pocas y que cuando ocurrían lo dejaban sin su calma habitual por un momento.

Nova no se movió.

Por un segundo —uno solo— se quedó exactamente dónde estaba. No porque dudara. Sino porque algunas cosas necesitan ese instante mínimo en que el corazón las termina de entender. El cerro lleva mi nombre... Lo pensó así, despacio, como quien repite algo en un

idioma que conoce pero que de repente significa demasiado. Compró el cerro. Y le puso mi nombre…

Lo miró, pero lo miró de verdad. Con esos ojos celestes que siempre veían más adentro de lo que él mostraba. Y algo en ella se rompió de la manera más hermosa posible.

Se le lanzó encima. No importó que estuvieran sus padres y amigos.

Lo abrazó con todo. Con los brazos, con el pecho, con esa fuerza suya que parecía pequeña y que sin embargo lo sostenía como nada más en el mundo podía sostenerlo. Lo besó. Lo besó sin parar. Sin cálculo. Sin nada que no fuera lo que era. Y cuando por fin se separó tenía los ojos llenos de lágrimas, la cara colorada y esa sonrisa entera suya que no le cabía en ningún lado.

Lo miró de cerca. Muy de cerca.

—Nunca... ¿Escuchás? Nunca… —dijo en voz baja. Con esa franqueza suya que no pedía permiso— Nunca podría amar a otro hombre como te amo a vos. Nunca.

Jonathan no dijo nada.

Se acercó despacio. Le puso una mano en el hombro a Gabriel —una sola mano, firme, breve— y lo miró de una manera que no necesitaba palabras porque las palabras habrían sido menos. Después volvió al lugar donde estaba. Martha tenía la taza apoyada sobre el pecho y los ojos brillantes y Sofy seguía con la mano en la boca como si soltarla fuera a romper algo.

Gabriel la sostuvo. Con las manos en su cara y los ojos en los de ella. Y por una fracción de segundo —la más honesta de todas— sintió el peso de lo que sabía y ella no. Las palabras del cardiólogo. Los números. El nombre largo de aquella enfermedad que no le cabía en ningún idioma. Todo eso existió, brevísimo, como una sombra que cruza cuando el sol está más alto.

Después desapareció.

Pero en ese momento. Solo en ese momento. No pensó en Boston. No pensó en los médicos. No pensó en las palabras largas y frías. No pensó en aquella enfermedad.

Solo la vio a ella. Feliz, plena y tan bella que no dudó… supo con certeza que era lo más hermoso que había visto en su vida…

Fue Agustina quien se acercó despacio. Le puso una mano en el brazo. Le señaló con los ojos la terraza exterior y salieron inadvertido.

La terraza daba directamente al cerro. El aire de las sierras a esa hora tenía esa temperatura particular de las tardes que se están volviendo noche sin apurarse. El cielo empezaba a cambiar de color sobre los picos.

Se quedaron los dos apoyados en la baranda un momento en silencio. El ruido de adentro llegaba amortiguado. Nova diciéndole algo a Martha. Sofy riendo de nuevo.

—¿Qué te dijeron exactamente? —dijo Agustina en voz baja.

Y Gabriel le contó todo.

Sin pausas. Sin versión suavizada. Todo lo que Reeves había dicho. Todo lo que los otros dos especialistas habían confirmado. El estado. El pronóstico. El embarazo como factor de riesgo. Las palabras largas y frías que él había grabado en la memoria con esa precisión brutal de las cosas que no se pueden olvidar, aunque uno lo intente con todo.

Agustina lo escuchó sin moverse. Con los ojos fijos en el cerro y las manos apretadas sobre la baranda.

Cuando Gabriel terminó, el silencio duró mucho.

Adentro Nova se rió de algo. Ese sonido limpio y sin cálculo que él coleccionaba desde el primer día.

Agustina cerró los ojos un segundo. Después los abrió.

—¿Y ahora? —dijo. La voz apenas entera— ¿Cómo le vas a decir, Gaby? ¿Cómo le vas a decir a Nova?

Gabriel no respondió.

Miró el cerro. Ese cerro enorme y quieto que llevaba su nombre sin haberlo pedido. Que había estado ahí antes que todos ellos y que iba a seguir estando después.

El cielo sobre los picos se había vuelto anaranjado. Después violeta. Después algo entre los dos que no admitía nombre.

—No lo sé —dijo finalmente.

La voz le salió baja. Sin rabia. Sin recursos. Con esa honestidad desnuda de quien está parado en el límite de todo lo que sabe hacer y mirando hacia el otro lado sin ver nada.

* * *

La noche fue larga y llena.

Comida. Música. De fondo sonaba una canción de Alejandro Lerner: “Amarte así”.

Las risas de Sofy rebotando contra los techos altos. Jonathan sentado frente a los ventanales en algún momento de la noche mirando el cerro con una taza en la mano y esa paz suya que no necesitaba compartirse. Martha y Nova en la cocina hablando en voz baja con esa complicidad de siempre. José y Gabriel en un rincón con esa conversación de los que se conocen hace treinta años y que no necesitan tema para hablar.

La casa fue tomando temperatura. Fue volviéndose real. Dejando de ser madera nueva y ventanales y miles de acres para convertirse en algo más difícil de nombrar. El lugar donde la gente que uno ama ocupa el espacio por primera vez y lo hace suyo sin pedirle permiso a nadie.

Gabriel lo vio todo. Lo guardó todo. Con esa atención suya que cuando algo importaba no dejaba escapar nada.

Fue pasada la medianoche cuando la noche empezó a rendirse despacio.

Martha bostezó con esa naturalidad suya que no disimulaba nada. Jonathan se puso de pie con ese movimiento tranquilo y preciso de siempre. Los abrazos de despedida. Las palabras de siempre. La promesa de volver mañana.

José se acercó a Gabriel.

—Los llevo a la granja —dijo.

—Gracias, José.

Una pausa. José miró hacia afuera. Después miró a Gabriel con esa sonrisa tranquila suya que cuando aparecía significaba que algo estaba por decir.

—¿Me das las llaves del auto?

Gabriel lo miró un segundo.

José sostuvo la mirada sin moverse. Con esa calma de treinta años de amistad que no necesitaba justificar nada.

Gabriel metió la mano en el bolsillo. Sacó las llaves del Koenigsegg Jesko. Las miró un segundo. Y se las arrojó.

José las atrapó en el aire. Las miró. Miró el auto afuera. Y sonrió con esa sonrisa limpia y desbordada que Gabriel no le escuchaba tan seguido y que cuando aparecía llenaba cualquier espacio.

—Gracias, hermano —dijo.

—No rompas nada —respondió Gabriel.

José ya caminaba hacia la puerta.

Jonathan y Martha lo siguieron. Los abrazos finales. Nova abrazando a su madre un segundo más largo que los demás. Jonathan pasándole la mano por la cabeza a su hija con ese gesto suyo de siempre.

El Koenigsegg arrancó afuera con ese ronroneo bajo y profundo que entraba por el pecho antes que por los oídos. Las luces se alejaron despacio por el camino de las sierras y después doblaron y desaparecieron.

Sofy y Agustina tomaron un cuarto cada una sin mucho protocolo. La casa tenía demasiados cuartos. Era el tipo de problema que nadie se quejaba de tener.

El living quedó en silencio.

Gabriel y Nova solos. La casa nueva. El cerro afuera invisible en la oscuridad, pero presente como siempre. Los ventanales mostrando solo el negro de la noche y el reflejo de los dos adentro.

La noche de Icho Cruz era de ese tipo que no existe en las ciudades. Sin ruido. Sin luz artificial. Solo el cielo abierto con todas sus estrellas y el aire fresco de las sierras que olía a pasto húmedo y a tierra y a algo que el cuerpo reconocía como paz, aunque no supiera nombrarlo.

Nova salió primero. Gabriel la siguió despacio.

Ella lo tomó de la mano sin decir nada y empezó a caminar hacia los pies del cerro. Despacio. Con esa naturalidad suya de quien no necesita explicar adónde va porque simplemente va.

Gabriel caminaba a su lado en silencio. La miraba. Esa figura suya liviana en la oscuridad. El cabello moviéndose apenas con el viento de la noche. La mano pequeña y firme sosteniendo la de él.

Nova se detuvo. Se dio vuelta hacia él.

—¿De verdad me compraste el cerro Gaby…? —dijo. En voz baja. Con esa expresión suya de cuando algo todavía no terminaba de volverse real.

—Sí —dijo Gabriel.

Ella lo miró un momento.

—¿Y por qué hiciste eso? Tiene que haber un motivo.

Gabriel la miró. El cerro detrás de ella. El cielo enorme arriba. Esa mujer parada ahí en la oscuridad mirándolo con esos ojos celestes que esperaban.

—Porque el amor que vos me diste a mí… —dijo— es mucho más que todos los cerros que yo te pueda dar en toda la vida.

Nova se quedó quieta un segundo.

Después se acercó. Le tomó la cara entre las manos. Y lo besó.

Un beso largo y quieto y completamente suyo. Sin apuro. Sin nada que no fuera lo que era.

Siguieron caminando.

El pasto bajo los pies. El cerro cada vez más cerca. El silencio de las sierras envolviéndolos despacio como algo que los conociera de antes.

Se detuvieron a mirar las estrellas.

Nova miró el cielo un momento largo. Después se sentó en el pasto con esa ligereza suya. Las piernas cruzadas. La cabeza hacia atrás. Los ojos abiertos sobre ese cielo que era demasiado grande para mirarlo entero.

Gabriel se quedó de pie a su lado.

Y Nova empezó a hablar.

Habló del embarazo. De todo lo que faltaba comprar. La cuna. La ropa. Los libros que ya estaba eligiendo mentalmente para la biblioteca del cuarto. Habló de colores para las paredes y de si iba a ser mejor pintar antes o después. Habló de nombres, aunque ya sabían el nombre: Nova Gabriel Bechirah… Habló con esa energía suya tranquila de quien tiene el futuro desplegado adelante y lo está organizando con amor y con paciencia y con toda esa fe suya que no necesitaba demostrarse para ser real.

Gabriel la escuchaba.

O intentaba escucharla. Pero su cabeza estaba en otro lado. En Boston. En Reeves. En ese pasillo blanco y silencioso. En las palabras que llevaba días cargando solo y que pesaban más cada hora que pasaba sin decirlas.

La miró.

Nova seguía hablando. Con la vista en las estrellas y esa voz suya de cuando algo la hacía feliz y no podía ni quería guardarlo adentro.

Gabriel cerró los ojos un segundo.

Tres días. Llevaba tres días con eso adentro. Desde que el médico en Boston le había dicho las palabras con esa calma clínica que tienen los que dan malas noticias todos los días y ya no saben cómo hacerlo diferente. Desde entonces lo había guardado en algún lugar del pecho, bien apretado, como si pudiera contenerlo con pura voluntad. Lo había guardado mientras ella le mostraba muestras de telas para las cortinas. Mientras ella reía en el desayuno. Mientras ella ponía la mano sobre su vientre y cerraba los ojos con esa paz suya que a él siempre le había parecido un milagro.

Tres días cargando algo que no tenía cómo cargar solo.

Respiró profundo.

Tomó fuerzas de algún lugar que no sabía que tenía.

—Nova…

Ella lo miró. Con esa presencia suya inmediata.

—¿Qué?

Gabriel se sentó en el pasto a su lado. La miró de cerca. Con esa mirada suya limpia, que no sabía mentir. Le tomó las manos y le dijo:
—Tenemos que hablar.

Nova lo miró.

Con esa atención suya. Con esos ojos celestes que en la oscuridad de las sierras parecían contener todo el cielo de arriba.

—¿Pasa algo, Gaby?

Gabriel abrió la boca. La cerró. Las palabras estaban ahí pero no querían salir. Llevaban días acumuladas en algún lugar del pecho donde él las había guardado con todo y que ahora no encontraban la salida.

Respiró.

—Tenemos que viajar a Boston. Los dos. Cuanto antes.

Nova lo miró sorprendida.

—¿Ahora…? Pero… la casa, Gaby. Todavía tenemos que terminar de amueblar todo. Ya estamos de tres meses y medio. El tiempo pasa volando y hay que…

—Debemos ir lo antes posible.

Lo dijo con una firmeza que no era la suya de siempre. Era otra cosa. Algo más frágil debajo. Algo que se estaba quebrando despacio.

Agachó la cara.

No quería que Nova viera las lágrimas que habían empezado a correrle por las mejillas sin pedirle permiso.

—Esos desmayos que tenés… —dijo. La voz le salió apenas— No son solo por el embarazo.

Nova se quedó quieta.

—¿Cómo que no son por el embarazo? Todas las embarazadas sufren de desmayos, náuseas, vómitos y todo eso. Es normal, Gaby. Es completamente…

—Sí. Pero los tuyos no son por eso.

El silencio que cayó entre los dos duró apenas un segundo. Pero fue un segundo que cambió todo.

Gabriel ya no pudo contener el llanto.

—Hablé con los médicos… me dijeron que… —empezó.

—¿Qué te dijeron los médicos?

La voz de Nova había cambiado. Ya no era la voz tranquila de siempre. Era algo más pequeño. Más asustado. Las lágrimas habían empezado a correrle por la cara sin que ella hiciera nada para evitarlas.

—Me dijeron que tenés… tenés un problema en el corazón.

Nova no dijo nada.

No pudo.

Algo en ella se detuvo. No el corazón, no la respiración, sino algo más adentro. Algo que hasta ese momento había sabido hacia dónde ir y de repente no sabía más. Se quedó mirándolo con esos ojos suyos que ya tenían lágrimas pero que todavía no terminaban de entender qué estaban llorando.

Gabriel vio el momento exacto en que las palabras le llegaron. Lo vio en su cara. Como cuando una ola tarda en romper y uno sabe que va a romper y aun así no puede prepararse.

—¿Mi… corazón… —dijo ella? No era una pregunta. Era apenas un intento de repetir algo que el cuerpo se negaba a procesar.

—Nova soltó un sonido que no era exactamente un llanto. Era algo anterior al llanto. Algo que sale cuando una verdad llega tan adentro que el cuerpo no sabe todavía cómo procesarla.

Gabriel la agarró entre sus brazos. La sostuvo contra su pecho con todo lo que tenía.

—¿Cómo que tengo un problema en el corazón…? —susurró ella contra él— ¿Y porque no me lo dijeron a mí…? ¿Qué estás diciendo Gaby…? No. No. No puede ser. No ahora. No…

—El viaje que hice a Boston fue para ver unos especialistas. Los mejores. —La voz le temblaba, pero siguió— Me dijeron que hay un tratamiento.

Nova se separó apenas para mirarlo. Con la cara mojada y esos ojos suyos que en ese momento contenían todo el miedo del mundo.

—¿Un tratamiento para qué Gaby… ¿Para qué…? ¿Qué es lo que tengo?

—Se llama miocardiopatía dilatada idiopática… Tu corazón… se acelera por momentos. Y comienza a fallar.

Nova lo miró.

Abrió la boca. La cerró. Las manos le temblaban. Las tenía apoyadas sobre su vientre y en ese momento Gabriel pensó que era el gesto más doloroso que había visto en su vida.

Cuando habló, la voz ya no era la suya. Era finísima. Era la voz de alguien que está tratando de no romperse y ya sabe que no va a poder.

—No Gaby… No. No puede ser… yo estoy bien… Lo sé… Eso está mal… No puede ser… No puede ser…

Los dos lloraron.

Sin disimulo. Sin control. Abrazados en ese pasto a los pies del cerro que llevaba su nombre mientras las estrellas seguían ahí arriba completamente indiferentes a lo que estaba pasando abajo.

Lloraron por un rato largo. Sin palabras. Solo ese llanto amargo y real que sale cuando algo es demasiado injusto para que el cuerpo lo sostenga sin quebrarse.

Fue Nova quien habló primero.

Se separó apenas. Lo miró de cerca. Con esa honestidad suya que nunca pedía permiso para nada. Con todo el miedo del mundo en los ojos y sin embargo mirándolo de frente.

Tardó en decirlo.

Había algo en su cara antes de que las palabras llegaran. Una pelea silenciosa entre lo que quería preguntar y lo que una parte de ella todavía no quería saber. Se mordió el labio. Cerró los ojos un segundo. Los abrió. Y entonces lo miró con todo. Con los ojos llenos y la mandíbula temblando apenas y esa voz que se estaba yendo a ningún lado.

—¿Me voy a morir, Gaby…? —susurró. La voz finísima como un hilo— ¿Me voy a morir…?

Gabriel lloró sin consuelo.

No pudo responder enseguida.

Abrió la boca y no salió nada. Las palabras estaban ahí, lo sabía, pero el cuerpo no las dejaba salir porque el cuerpo también tenía miedo y el miedo cerraba todo. La miró. Con esa cara suya rota y entera al mismo tiempo. Con todo el peso de lo que no podía prometerle y de lo que no estaba dispuesto a aceptar. Un segundo. Dos.

Y entonces algo en él eligió.

—No —dijo. La voz rota pero entera— No. Yo no lo voy a permitir. Nunca.

Y la apretó contra su pecho de nuevo. Con los brazos enteros. Con todo.

Mientras el cerro los miraba desde arriba en silencio. Quieto y eterno. Como si supiera que algunas cosas simplemente no tienen respuesta. Solo presencia.

Después de un rato Nova se puso en pie.

Se limpió la cara con el dorso de la mano. Miró el cerro. Después lo miró a Gabriel.

—Necesito subir el cerro —dijo— Sola.

Gabriel la miró.

—¿Sola? Es muy tarde, Nova. Es peligroso subir ahora y más sola. No podés…

—Gabriel. —Lo dijo con esa calma suya que no era la calma de siempre. Era algo más profundo. Más urgente— Subí estos cerros desde niña, durante las noches. Conozco cada piedra. Cada recodo. —Hizo una pausa— Ahora necesito subir… y estar a solas con Dios.

Gabriel no estaba de acuerdo. Se le notaba en la mandíbula. En los ojos. En esa manera suya de quedarse quieto cuando algo lo preocupaba y no sabía cómo decirlo sin que sonara a lo que era.

Pero la miró. Y accedió.

Nova empezó a subir.

El cerro de noche era otro cerro.

Las mismas piedras. Los mismos recodos. Pero con esa quietud particular que solo existe cuando el mundo se durmió y uno está solo con todo lo que carga. Nova subía despacio. Sin apuro. Con esa precisión de quien conoce cada paso de memoria desde que era niña y que no necesita ver el suelo para saber dónde pisa.

Llegó arriba. Entre el sonido del agua corriendo.

El valle abajo. Icho Cruz quieta y pequeña en la oscuridad. La casa nueva con sus ventanales apagados. El cielo enorme arriba con todas sus estrellas mirando hacia abajo con esa indiferencia hermosa.

Nova se arrodilló en la piedra y habló.

—¿Por qué, Señor…? —La voz le salió baja al principio. Apenas un susurro— ¿Por qué? ¿Qué hice mal? ¿En qué me equivoqué?

El viento movió su cabello. El cielo no respondió.

—¿Por qué ahora? Necesito tus respuestas. Necesito que me respondas. ¿Realmente me estás mirando…?

La voz fue subiendo sola. Sin que ella lo decidiera. Saliendo de ese lugar adentro donde uno guarda lo más real y lo más roto al mismo tiempo.

—Te seguí fielmente siempre. Traté de obedecerte en todo porque te amo. Casi dejé a Gabriel por obedecerte a vos. Casi renuncié al hombre que más amé en mi vida porque creí que eso era lo que me pedías. —Una pausa—Y ahora… ¿esto…?

Las lágrimas corrían libres. Sin que ella hiciera nada para detenerlas.

—¿Y mi bebé? ¿Qué le va a pasar a mi bebé, Señor? ¿Acaso no la voy a poder conocer? ¿No la voy a poder ver crecer? ¿No voy a poder estar cuando dé sus primeros pasos y diga sus primeras palabras y…?

Se le quebró la voz.

—¿No me vas a contestar? ¿Realmente me estás escuchando…? —La voz subió todavía más. Rota y entera al mismo tiempo. Con esa fuerza que tienen las oraciones que ya no son oraciones sino algo más parecido a un grito— ¿Acaso no me vas a contestar? ¿Realmente me estás escuchando…?

El cielo hizo silencio.

Solo el viento. Solo las estrellas. Solo esa noche enorme e indiferente que seguía siendo hermosa, aunque ella no pudiera verlo en ese momento.

Nova lloró.

Lloró con todo. Con los hombros sacudiéndose y las manos apoyadas en la piedra fría y ese llanto que sale del lugar más adentro de todo, del lugar donde uno guarda la fe y el miedo y el amor y todo lo que no sabe cómo separar.

La noche avanzó entre llantos y sombras.

A la madrugada Nova bajó del cerro.

Caminó despacio hacia la casa. El cielo estaba empezando a cambiar apenas en el horizonte. Ese gris muy oscuro que aparece antes que cualquier otra cosa y que promete un amanecer que todavía no llega.

Entró a la casa. Caminó hacia la cocina con ese movimiento suyo automático. Los ojos hinchados. La cara todavía húmeda.

—A.P.R.I.L. —dijo en voz baja— Prepárame un café, por favor.

—Ahora mismo, Nova.

Se quedó parada frente a la ventana de la cocina mirando el cerro afuera. Ese cerro que era suyo. Que llevaba su nombre. Y que esa noche había escuchado todo sin responder nada.

Escuchó la puerta principal y al asomarse lo vio…

Gabriel entraba.

No dijo nada. No preguntó nada. No hizo falta.

Sus ojos lo dijeron todo. Enrojecidos. Hinchados. Con esa marca particular que deja el llanto que se sostiene solo en la oscuridad durante horas.

Él la había seguido.

Había subido con ella, pero sin interrumpirla. Había estado toda la noche en la oscuridad, callado, cuidándola y mirándola desde la distancia mientras ella hablaba con Dios.

Nova lo miró. Gabriel la miró. Y se abrazaron.

Sin palabras. Sin nada que no fuera otra cosa más que ese abrazo. Los dos con la cara del llanto de toda la noche. Los dos cargando lo mismo desde lados distintos. Los dos sosteniéndose el uno al otro en esa cocina nueva con el café recién hecho, el cerro afuera y el sol que empezaba a entrar por los ventanales como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado.

POR DONDE VAYAS

Volvieron a Buenos Aires sin decir demasiado sobre el regreso.

Había cosas que el campo guardaba que la ciudad no podía guardar. El silencio distinto. El aire. Esa manera que tiene la montaña de hacer que todo lo urgente parezca un poco más pequeño y todo lo importante parezca un poco más claro.

Pero Gabriel tenía el dinero, tenía los médicos, y tenia el sistema. Tenía todo lo que había construido para poder moverse rápido cuando algo lo requiriera. Y Buenos Aires era eso. La ciudad donde las cosas pasaban y donde él podía responderles.

Nova no dijo nada cuando el tríplex apareció de nuevo en el horizonte. Solo miró. Con esa calma suya.

Pero esa noche, antes de dormir, le dijo algo a Gabriel algo, que él no olvidó jamás.

—Gaby, no quiero decirles todavía —dijo. La voz tranquila. Los ojos fijos en el techo con esa mirada suya que cuando pensaba algo de verdad no miraba nada en particular— A mis papás. No todavía. No quiero que se pongan mal.

Gabriel no respondió de inmediato. Esa pausa suya que no era duda sino el espacio que se tomaba cuando algo le importaba demasiado para contestar sin pensar.

—Nova…

—Para… Primero escúchame. —Se dio vuelta hacia él— Existe una posibilidad, entonces primero hay que intentarlo todo. Ir a Boston, hablar con los médicos, entender qué se puede y qué no. Y si hay solución, si esto tiene salida y un buen final, entonces se los decimos con algo ya concreto en las manos. No solo el miedo. —Hizo una pausa breve— Y si no hay salida… entonces también se lo diremos. Pero no antes.

Gabriel la miró. Conocía esa lógica. Era la misma con la que él funcionaba. Pero esto era diferente: ellos eran sus padres. Y la imagen de Jonathan y Martha sin saber nada mientras su hija atravesaba esto le pesaba de una manera que no había esperado.

—No me gusta, Nova —dijo. Directo.

—Lo sé —dijo Nova.

—Estoy seguro de que ellos querrían estar.

—También lo sé, amor. —Le sostuvo la mirada— Pero yo los conozco. Si les digo ahora, mi mamá va a sufrir cada día por no poder hacer nada. Mi papá va a cargar esto en silencio y eso lo va a partir por dentro. No quiero que el tiempo que venga, que debe ser de felicidad para nosotros y para ellos, esté teñido de ese miedo desde el principio.

Silencio.

Gabriel pensó en Jonathan. En Martha. En lo que significaba proteger a alguien de algo que ya existía. Pero también pensó en que

esta era la historia de Nova. Era su cuerpo. Y también debía ser su decisión.

Y pensó en ella. En lo que costaba mirarla y no poder cambiar nada.

—Está bien —dijo. La voz baja— Pero si en algún momento siento que necesitan saber… yo mismo se los voy a decir.

—Está bien —dijo ella.

Gabriel apagó la luz. Y se acomodaron juntos en la oscuridad con esa naturalidad de los que están estrenando el privilegio de dormirse en el mismo lugar cada noche. Nova se acomodó contra él. Gabriel la rodeó con los brazos y la sintió entera, cerca, real. Su peso. Su calor. Su perfume. Esa manera suya de acomodarse que encajaba con él como si hubieran sido diseñados el uno para el otro.

Le apoyó los labios en el cuello.

—Siempre terminás consiguiendo lo que querés de mí —dijo. Sin reclamo. Con esa ternura que a veces le salía sin que él la calculara.

Nova sonrió. Él lo sintió más que lo vio.

—Sí —dijo ella— Lo sé. —Una pausa— Y espero que siempre sea así.

—Qué humilde que sos.

—Aprendí del mejor —dijo Nova.

—Te amo —dijo en voz baja.

—Yo mucho más… —respondió él.

—No. No, eso es imposible… Yo te amé primero… —murmuró Nova.

Y cerró los ojos.

Gabriel guardó esa frase en lo más profundo y oculto de su corazón, solo para él. La sintió quedarse dormida. La oyó respirar. Lento. Parejo. Y se quedó quieto, sosteniéndola, con ese privilegio enorme y frágil entre los brazos.

Y entonces, cuando ya no podía escucharlo, apoyó la frente contra su cabello.

Pensó en lo que Reeves le había dicho en privado. Los plazos. Los márgenes. Todo lo que Nova no sabía todavía y que él había elegido cargar solo porque ella no necesitaba ese peso ahora. Porque ella necesitaba creer. Y él necesitaba dejarla creer.

¿Y si no alcanzaba…?

No lo dijo en voz alta. Nunca lo decía. Pero estaba ahí. Siempre estaba ahí. Como la única pregunta para la que toda su arquitectura de control no tenía respuesta.

La apretó un poco más. Con ese cuidado de hombre que ha aprendido que hay cosas que no se resuelven. Solo se sostienen.

—Por donde vayas —dijo en voz muy baja, casi sin sonido, contra su cabello— Algo de mí siempre va a estar con vos.

Nova dormía.

Y Gabriel se quedó así, despierto en la oscuridad, sosteniéndola, con el peso de todo lo que sabía y ella no, mientras Buenos Aires seguía girando afuera sin enterarse de nada.

A la mañana siguiente, ni bien se levantó, Nova las llamó.

Agustina estaba en la cocina. De pie frente a la mesada con el cabello todavía húmedo, preparando el desayuno con esa eficiencia suya, lista para salir. La taza de café humeando. El teléfono con notificaciones de la torre que ya había empezado a leer.

Levantó la vista cuando escuchó los pasos de Nova.

—Buen día, dormilona. ¿Dormiste bien?

—Algo —dijo Nova.

Se miraron un segundo. Agustina tenía esa mirada suya que leía las cosas antes de que se dijeran. Algo en la cara de Nova esa mañana no era la cara de siempre y ella lo vio de inmediato, aunque no supo nombrarlo todavía.

—Agus —dijo Nova. La voz tranquila. Esa calma suya que cuando era demasiado quieta significaba que estaba sosteniendo algo muy grande adentro— ¿Hoy podés quedarte? Necesito hablar con vos y Sofy.

Agustina no preguntó de qué. Dejó el teléfono sobre la mesada. Guardó su bolso y le preguntó:

—¿Llamo a Sofy?

—No. Ya la llamo yo —dijo Nova.

—¿Querés que prepare más café?

Nova asintió. Y fue a buscar el teléfono.

Sofy llegó en veinte minutos.

Entró con ese paso suyo que no esperaba permiso para nada, el blazer beige, el cabello rizado todavía sin peinar del todo.

Agustina le abrió la puerta antes de que tocara el timbre y las dos se quedaron un segundo en el umbral mirándose. Solo un segundo. Pero fue suficiente.

Sofy leyó algo en la cara de Agustina que no supo descifrar. Algo quieto y pesado. Algo que tenía el peso particular de quien ya sabe lo que viene y está decidiendo cómo sostenerse antes de escucharlo.

Abrió la boca para preguntar, pero prefirió esperar.

Entraron.

Nova estaba sentada a la mesa de la cocina con las dos tazas servidas y las manos enlazadas alrededor de la suya. Las miró cuando entraron. A las dos. Con esos ojos celestes que esa mañana tenían algo diferente.

No era miedo. Era algo posterior al miedo. La tranquilidad particular de quien ya pasó por el miedo y llegó al otro lado donde las cosas simplemente son lo que son.

Sofy lo notó antes de que Nova dijera una sola palabra.

No sabía qué era exactamente. Era la manera en que Nova tenía las manos. La manera en que las dos tazas estaban servidas desde antes de que llegaran, como si hubiera estado ahí sentada esperándolas, sola con eso, el tiempo suficiente para que el café se enfriara un poco. Era la manera en que la cocina estaba demasiado quieta.

Miró a Agustina de reojo. Y la cara de Agustina le confirmó lo que ya sentía: que lo que fuera que iban a escuchar no era algo pequeño.

—Siéntense —dijo.

Sofy se sentó. Agustina también, esta vez sin el teléfono, sin nada entre las manos.

Nova respiró despacio.

—Hay algo que necesito contarles… A las dos. Y necesito que me escuchen hasta el final antes de decir nada. ¿Ok?

Sofy asintió. Agustina no se movió.

—¿Se acuerdan cuando me desmayé en el Sheraton? —Lo dijo directo, sin rodeos, con esa honestidad suya que no pedía permiso para nada— Los médicos esa noche encontraron algo en mi corazón… No está funcionando como tiene que funcionar.

—Pero vos estás bien, Nova —dijo Sofy de inmediato. La voz demasiado rápida, demasiado firme, tratando de convencerse primero

a ella misma—. Te veo todos los días. Estás bien. El embarazo te afecta un montón de cosas, el corazón, la presión, todo eso. Seguro es un susto nada más. Te dan medicación y listo.

—Sofy… —dijo Nova.

—No, en serio. Esas cosas pasan. No tiene por qué ser…

—Sofy. Escuchá. Es algo muy grave —dijo Agustina en voz baja. Sin levantar la vista de la mesa.

El silencio cayó de pronto.

Sofy la miró. Después miró a Nova.

Nova en ese preciso momento entendió que Agustina ya lo sabía. Que ese peso que había leído en su cara desde que Gabriel volvió del viaje, no era presentimiento sino certeza. Los ojos de Agustina seguían bajos, las manos quietas sobre la mesa, pero en la manera en que sostenía el cuerpo había algo que solo tienen las personas que recibieron una noticia y decidieron no desmoronarse todavía.

—¿Cómo que es muy grave? —dijo Sofy. La voz quebrándose en algún lugar entre la pregunta y el miedo— ¿Qué… tan grave Nova…? ¿Te podés morir…?

Y empezó a llorar.

No fue un llanto contenido. Fue el llanto de alguien a quien se le cayó de golpe todo lo que estaba sosteniendo. Se tapó la boca con la mano. Los hombros le temblaban. Esos ojos suyos grandes, que siempre veían todo, ahora no podían mirar nada.

Nova se levantó. La rodeó con los brazos y la dejó llorar. Le pasó la mano por el cabello rizado despacio, con esa calma suya, como si fuera ella la que consolaba y no al revés.

Había algo extraño y hermoso en eso. Nova, que era la que tenía que recibir el abrazo, siendo la que lo daba. Pero así era ella. Así había llegado a esa mesa esa mañana: habiendo cruzado ya el miedo, habiendo ya hablado con Dios, habiendo ya decidido cómo iba a pararse frente a esto.

—Escuchame —dijo Nova en voz baja, sin soltarla— Escuchame, Sofy. Hay una posibilidad real. Hay especialistas en Boston, hay un protocolo experimental, y hay un tratamiento. Gabriel ya averiguó todo y ya organizó todo.

—Yo nunca me rendí, y no me voy a rendir ahora. Pero necesitaba que lo supieran.

Sofy lloraba todavía, pero escuchaba. Agustina seguía con los ojos bajos, las manos quietas sobre la mesa, sosteniéndose con esa determinación suya de quien decidió no quebrarse todavía.

Nova les contó todo. El pasillo blanco del sanatorio. Las palabras del médico. El viaje a Boston. Los especialistas. El protocolo. Lo que venía.

Lo dijo todo sin rodeos, sin versión suavizada, con esa honestidad suya directa que siempre llegaba adonde tenía que llegar. A veces la voz le temblaba un poco. Solo un poco. Y cuando temblaba, ella esperaba un segundo, respiraba, y seguía.

Sofy escuchaba con la cara todavía mojada, los ojos fijos en Nova, como si soltarla con la mirada fuera perderla.

Agustina no levantó la vista en ningún momento. Pero escuchaba. Eso Nova lo sabía.

Cuando terminó les dijo: —Quiero que las dos nos acompañen a Gabriel y a mí a Boston.

—¿Cuándo salimos? —dijo Sofy finalmente con la cara todavía mojada, los ojos rojos, pero la voz entera.

—Mañana a la mañana —dijo Nova.

—Ok. Entonces esta noche me quedo acá —dijo Sofy. Tampoco era una pregunta.

Nova asintió. Y la volvió a abrazar.

Agustina levantó la vista despacio.

Miró a Nova. Con esos ojos verde oscuro que lo veían todo y que esa mañana tenían algo que era al mismo tiempo dolor y certeza. La miró un momento largo, en silencio, como quien elige bien las palabras antes de decirlas porque sabe que algunas palabras no se pueden decir a medias.

Tenía los ojos brillantes. No lloraba. Pero estaba a un milímetro de hacerlo y los dos lo sabían.

—Tu Dios te va a proteger —dijo en voz baja— Lo sé.

Nova la miró.

Y las mejillas se le mojaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

* * *

Esa noche las tres se quedaron en el tríplex.

Sofy llamó a José desde la cocina en voz baja. Agustina mandó un mensaje a Gabriel que decía solo: "Acá estamos, hermano. Con ustedes porque los amamos".

Nova preparó mate con esa naturalidad suya y lo sirvió en silencio en la mesa baja del living, como si la rutina pequeña de hervir el agua y cebar tuviera el poder de hacer que todo lo demás fuera manejable.

Para Nova lo tenía. Siempre lo había tenido.

Estuvieron un rato largo sin hablar de nada importante, pero fue Sofy quien rompió el silencio.

—¿Y tenés miedo…? —le preguntó a Nova. Directo. Sin rodeos. Con esos ojos suyos que cuando preguntaban algo de verdad no dejaban escapatoria.

Nova sostuvo la pregunta un momento. La sopesó.

—Sí —dijo— Y no. —Miró el mate en sus manos— Tengo miedo de lo que pueda suceder, claro que sí. Pero confío plenamente en Dios. Y eso hace que el miedo sea más pequeño de lo que realmente es.

Sofy asintió con lentitud. Con esa seriedad que le aparecía cuando algo le llegaba más adentro de lo que esperaba.

—¿Y Gabriel...? —dijo Agustina desde el sillón.

Nova la miró.

—Gabriel —dijo en voz baja— tiene miedo de todo lo que yo no tengo miedo. —Hizo una pausa— Eso hace que juntos tengamos cubiertos todos los ángulos de terror…

Silencio.

Se miraron entre sí, y sin que nadie lo decidiera, las tres se rieron al mismo tiempo. Una risa pequeña y real que salió de ese lugar donde conviven el dolor y la ternura cuando uno está con la gente que ama y ya no hay nada que disimular.

La puerta se abrió.

Gabriel entró. Las miró a las tres. Leyó la escena en un segundo con esa rapidez suya. El mate. Las caras. El aire distinto del tríplex.

El Gabriel de antes hubiera dicho algo. Alguna de esas frases suyas que usaba como escudo cuando no sabía bien cómo pararse frente a algo. Un comentario seco, una pregunta irónica, algo que le diera un segundo para acomodarse.

Pero esta vez no dijo nada.

Se acercó despacio a donde estaba Nova. Le puso una mano en el hombro. Se inclinó y la besó en el cabello, despacio, como si ese gesto fuera lo único que tenía para dar en ese momento y quisiera darlo bien.

Nova le apoyó la mano sobre la de él un segundo. Solo eso.

Después Gabriel se enderezó y fue a la cocina a prepararse un café. Sin hablar. Sin preguntar nada. Con ese silencio suyo que esa noche no era distancia sino todo lo contrario.

Sofy lo siguió con la vista. Después miró a Agustina.

Agustina bajó los ojos.

Y las tres entendieron, sin decirlo, que algo en Gabriel se había apagado. Esa chispa suya. Esa ironía rápida que siempre había tenido lista antes de que nadie terminara de hablar. Esa respuesta que llegaba antes que el silencio. Todo eso que era tan Gabriel como su nombre. Estaba apagado.

Como si aquella maldita enfermedad le hubiera robado algo que todavía no sabía cómo recuperar. O si podía recuperarlo.

* * *

Viajaron a la mañana siguiente, muy temprano. El vuelo fue silencioso desde Buenos Aires hasta Boston. Solo la voz de A.P.R.I.L. se escuchó cuando avisó que estaban por llegar.

El tratamiento comenzó esa misma semana en Boston.

El equipo del doctor Reeves en el Massachusetts General era de los mejores del mundo en lo suyo, y se notaba no en lo que decían sino en cómo se movían. Con esa eficiencia tranquila de los que han visto suficiente como para no desperdiciar energía en gestos innecesarios.

Arrancaron con el protocolo completo: betabloqueantes para proteger el músculo cardíaco, inhibidores de la ECA para reducir la carga sobre el corazón, diuréticos para el líquido acumulado, anticoagulación con heparina de bajo peso molecular porque el embarazo sumaba riesgo de trombos y Reeves no dejaba nada librado al azar.

Nova lo anotó todo en su cuaderno de bocetos de Barcelona con esa letra pequeña y prolija. Los nombres de los medicamentos. Las dosis. Los horarios. Como si el cuaderno supiera que su trabajo era guardarlo todo. Lo hermoso y lo difícil.

A las tres semanas y media Reeves los llamó.

—Los números están respondiendo bien —dijo. Con esa mesura suya de médico que no promete nada pero que cuando dice que algo va bien, va bien— Podría considerar el traslado a Buenos Aires si el monitoreo continuo está garantizado.

Gabriel le explicó sobre A.P.R.I.L. Los protocolos de acceso. La arquitectura del sistema. Reeves escuchó en silencio, hizo tres preguntas técnicas y al final dijo que era suficiente.

—Quiero acceso directo a los registros de A.P.R.I.L. en tiempo real —dijo— Cualquier variación fuera de parámetro, me llega antes que a nadie.

—Hoy mismo lo configuro así —dijo Gabriel.

Y volvieron a Buenos Aires.

Desde ese día A.P.R.I.L. lo controló todo.

Cada latido. Cada variación de presión. Cada número que salía del monitoreo continuo del reloj llegaba primero a Gabriel y a Reeves antes que a nadie. A cualquier hora. Desde cualquier sistema.

Nova se había acostumbrado a escuchar la voz de A.P.R.I.L. en los momentos más cotidianos con esa naturalidad suya de quien acepta lo que no puede cambiar y decide no gastarse en resistirlo.

—Nova, tu frecuencia cardíaca está levemente elevada. Te sugiero descansar.

—Nova, es momento de la medicación.

—Nova, el doctor Reeves solicita tus registros de esta semana.

Nova respondía siempre. Con esa paciencia tranquila suya que no variaba si era mediodía o las tres de la mañana.

—Gracias, A.P.R.I.L. —decía. Cada vez. Como si le agradeciera a una persona.

Los primeros meses fueron buenos. Muy buenos.

Mejor que lo esperado. Los números mejoraban despacio, pero de manera constante, que era exactamente lo que Reeves quería ver.

La fracción de eyección subiendo punto a punto con esa disciplina silenciosa que tienen los cuerpos jóvenes cuando se les da lo que necesitan.

En uno de esos días, Nova mientras oraba y leía su Biblia, recordó aquella noche en el cerro cuando ella enojada le había preguntado a Dios si Él, realmente la escuchaba. No había recibido respuesta a aquella pregunta, pero el tratamiento estaba funcionando bien y sabía que eso era mejor respuesta de la que ella podía esperar.

Pero aun así…

Al levantarse del sillón, algo resbaló de entre las páginas de la Biblia y cayó al piso sin ruido.

Un panfleto. Viejo. De esos que doblan en cuatro y reparten a la salida de los cultos y que uno guarda sin saber bien por qué y que aparecen años después en los lugares más inesperados.

Nova lo levantó. Lo miró. Y leyó.

*"Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi." (*Juan 1:48.)

Se quedó quieta un momento largo. Con el panfleto entre los dedos y esas palabras delante. Afuera, la ciudad seguía con su ruido de siempre. Adentro no había nada más que eso. Cuatro palabras que no eran cuatro palabras. Que eran una respuesta. Que eran la respuesta. La misma pregunta que ella le había hecho a Dios aquella noche en el cerro, sola, asustada y enojada, creyendo que nadie la escuchaba.

Él la había visto.

No después. No cuando ella mejoró o cuando los números subieron o cuando Reeves dijo que iba bien. La había visto esa noche. Ahí. Bajo ese cielo y con ese miedo y con esa bronca. La había visto y había estado callado no porque estuviera ausente sino porque algunas respuestas no llegan en el momento de la pregunta. Llegan cuando uno ya está listo para recibirlas.

Los ojos se le llenaron despacio. Sin que ella hiciera nada para apurarlo ni para evitarlo.

* * *

Nova cocinaba, reía y organizaba el cuarto de la pequeña Nova en Icho Cruz por videollamada con Martha, eligiendo colores de paredes y discutiendo si la biblioteca iba mejor frente a la ventana o al costado. Gabriel la escuchaba desde el otro sillón con una taza de café en la mano y algo que se parecía, cautelosamente, a la esperanza.

No la esperanza grande y declarada. La pequeña. La cotidiana. La que uno se permite solo cuando los números acompañan y la persona que amás está riendo del otro lado del cuarto.

Esa esperanza.

Frágil y real, pero suficiente por ahora.

Había algo que Gabriel no le había dicho a nadie. Algo que no sabía bien cómo nombrar y que por eso guardaba adentro con esa precisión suya.

Amaba mirarla. Amaba observarla a cada segundo.

No de la manera en que siempre le había gustado mirarla, que ya era mucho. Sino de una manera nueva. La panza de Nova creciendo despacio, semana a semana, con esa contundencia silenciosa de la vida que se abre camino sin pedirle permiso a nadie.

A veces Nova estaba leyendo o preparando el mate o mirando por la ventana sin más y Gabriel se quedaba quieto observándola sin que ella lo supiera. Con ese asombro que no le salía en voz alta pero que le ocupaba el pecho entero.

Antes de salir hacia la torre cada mañana, se agachaba.

Siempre. Sin falta. Con esa delicadeza suya que aparecía cuando el miedo era demasiado grande para cualquier otra cosa. Le ponía una mano en la panza a Nova y se quedaba un segundo así, quieto, como si necesitara ese contacto para poder irse.

—Cuidá a mamá —le decía en voz baja. A la pequeña. A esa vida que todavía no tenía cara pero que ya tenía nombre y ya tenía su corazón entero— Que cuando vuelva quiero encontrarlas bien a las dos. ¿Trato…?

Nova lo miraba desde arriba con esa sonrisa suya que aparecía cuando algo la desbordaba de la manera más hermosa posible.

—Le estás hablando a una bebé que todavía no entiende nada porque aún no nació —decía.

—Vos no te preocupes, ella me entiende igual —decía Gabriel. Completamente convencido.

Y se iba.

Nova lo seguía con los ojos hasta que la puerta se cerraba. Y se quedaba con la mano apoyada sobre la panza, sonriendo sola en el living, con esa paz suya que costó años aprender y que en esos meses tenía una raíz nueva. Más profunda y más ancha.

Al tercer mes Reeves llamó con los resultados del control.

—La fracción de eyección mejoró cuatro puntos —dijo— El protocolo está funcionando. El embarazo evoluciona dentro de los parámetros que esperábamos. Estamos bien.

Gabriel escuchó en silencio. Agradeció. Cortó.

Se quedó parado en el War Room con el teléfono en la mano y las pantallas encendidas y el ruido sordo de Buenos Aires afuera. Algo que había estado apretado en algún lugar del pecho desde aquella noche en el Sheraton cedió despacio. No del todo. Pero lo suficiente.

Miró el techo.

No sabía bien cómo hacer lo que estaba a punto de hacer. No recordaba cómo alguna vez lo había hecho. No tenía las palabras exactas ni la forma correcta ni la certeza de que alguien lo escuchara. Pero lo hizo igual. En voz muy baja, casi sin sonido, solo para ese silencio que había entre él y algo que todavía no sabía bien cómo nombrar.

—Gracias, Señor… —dijo. Nada más. Solo eso.

Subió al living. Y encontró a Nova dormida en el sillón con la Biblia abierta sobre la panza y la luz de la tarde en la cara y se sentó a su lado sin despertarla. La miró, y por primera vez en meses el miedo no estaba en el primer plano de todo.

Estaba. Siempre estaba. Pero esa tarde era apenas un ruido de fondo.

Esa tarde, por primera vez, Gabriel creyó que todo esto podía terminar bien. Realmente lo creyó…

Al quinto mes los números cambiaron.

No de golpe. No con alarma, sino con esa sutileza traicionera que tienen las cosas que se deterioran despacio, que no gritan, sino que susurran, y que por eso son las más difíciles de sostener.

La fracción de eyección que había subido empezó a ceder. Despacio. Un punto. Dos. Reeves ajustó el protocolo. Agregó espironolactona al régimen. Hubo una semana en que Nova durmió doce horas por día y aun así se despertaba agotada, con esa huella del cansancio profundo que no es el cansancio del que trabajó mucho sino el del cuerpo que está usando todas sus reservas en otra cosa.

Gabriel lo leyó en A.P.R.I.L. antes de que Reeves lo confirmara. Lo leyó en la manera en que Nova tardaba un poco más en levantarse. En que el mate a veces se enfriaba sin que ella lo terminara. En que, de noche, cuando creía que él dormía, se quedaba mirando el techo con esa quietud suya que cuando era demasiado quieta significaba que estaba sosteniendo algo muy grande adentro.

La noche que A.P.R.I.L. lo alertó a las dos de la mañana con la voz que no gritaba pero que tampoco dejaba lugar a dudas, Gabriel estaba despierto.

—Señor. La frecuencia de Nova está en parámetros de atención. Recomiendo monitoreo activo.

Se sentó al borde de la cama. Le puso la mano en el pelo con esa delicadeza suya que aparecía cuando el miedo era demasiado grande para cualquier otra cosa.

Nova abrió los ojos.

Lo miró.

No preguntó cómo lo sabía. Solo extendió la mano en la oscuridad y la encontró. Y los dos se quedaron así, quietos, con la mano de ella en la mano de él y A.P.R.I.L. monitoreando en silencio desde los escáneres. Mientras el cuerpo de Nova hacía lo que hacía y el de Gabriel no podía hacer nada excepto estar ahí.

A veces el amor no tiene otra forma.

Reeves ajustó todo de nuevo. Las semanas siguientes fueron lentas y pesadas con esa mezcla particular de rutina y peso que tienen los tiempos de tratamiento.

Los días difíciles en que el cuerpo no acompañaba y la cama era el único lugar posible, Gabriel aparecía con una taza de té que ella no había pedido y se sentaba al borde sin decir nada y eso era suficiente.

Los días buenos, que todavía existían, que Nova se encargaba de que fueran reales y presentes, ella cocinaba algo elaborado sin ninguna razón excepto que quería hacerlo. Se reía de algo que Gabriel decía sin haber intentado ser gracioso. Se sentaba en el sillón del living con el sol de la tarde en la cara y los ojos cerrados y esa paz suya que le costó tanto aprender.

Gabriel miraba esos días y los guardaba.

Como si pudiera archivarlos en algún lugar adentro donde nada pudiera tocarlos. Como si guardarlos bien fuera una forma de protegerla a ella.

* * *

Faltaban tres semanas para la fecha estimada del parto cuando A.P.R.I.L. interrumpió una reunión en el piso 25.

—Señor. Nova está presentando contracciones irregulares. Presión en descenso. Recomiendo traslado inmediato al sanatorio.

Gabriel ya estaba de pie antes de que A.P.R.I.L. terminara la frase. Miró a los cuatro hombres sentados alrededor de la mesa sin decir una sola palabra. No hizo falta. Salió.

En el ascensor le ordeno a A.P.R.I.L. que enviara el jet a Córdoba. Antes de llegar al auto ya estaba coordinando con el sanatorio y haciendo que toda un ala del hospital se cerrara exclusivamente para Nova. Antes de salir del estacionamiento A.P.R.I.L. confirmaba que Reeves estaba en línea desde Boston monitoreando en tiempo real.

Llegó al tríplex en doce minutos.

Nova estaba sentada en el sillón del living con su bolso ya preparado al lado y las manos enlazadas sobre la panza con esa calma suya que esa tarde tenía algo diferente debajo. Algo más quieto. Más profundo.

Como si una parte de ella ya supiera que ese día iba a ser distinto a todos los anteriores y hubiera tomado la decisión de recibirlo sin pelear.

Lo miró cuando entró.

—Ya sé… Estas bien…—dijo él, antes de que ella hablara. Se agachó frente a ella y le tomó las manos — ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Nova. Y le sostuvo la mirada con esos ojos celestes que siempre veían más adentro de lo que él mostraba— Estoy bien, Gaby. De verdad.

La ayudó a levantarse despacio. Tomó el bolso. Y salieron.

En el auto Nova miró por la ventana un momento. Después habló.

—Mis papás. Hay que avisarles Gaby… —dijo.

—El jet salió cuando dejé la torre —dijo Gabriel sin apartar la vista de la ruta— Ya debe estar llegando a Córdoba.

Nova volvió la cabeza hacia él. Lo miró. Y algo en su cara se abrió con esa ternura suya que aparecía cuando él hacía algo que la desbordaba sin proponérselo.

No dijo nada más.

Apoyó la cabeza en su hombro el resto del trayecto. Y Gabriel condujo en silencio con su mano sobre la de ella, sintiendo ese peso

pequeño y preciso contra su hombro que había aprendido a reconocer entre cualquier otra cosa en el mundo.

El sanatorio los recibió de inmediato. Toda el ala sur estaba cerrada para la atención exclusiva de ellos. Decenas de enfermeras y médicos todos esperando su llegada.

José, Agustina y Sofy llegaron antes de que los médicos terminaran de preparar todo. Los tres en el pasillo sin moverse, sin irse, como si la sola posibilidad de alejarse fuera algo que ninguno de los tres estaba dispuesto a considerar.

Los médicos revisaron a Nova con esa eficiencia silenciosa. Hablaron entre ellos, después con Reeves por línea directa. Y entonces uno de ellos se volvió hacia Gabriel.

—Señor Bechirah, vamos a hacer una cesárea —dijo— Ahora. El corazón de Nova necesita el menor esfuerzo posible durante el parto. Es lo más seguro para las dos.

Gabriel asintió. Procesó. Funcionó.

—¿Puedo entrar con ella?

—No, señor. Lo lamento. Solo el equipo médico.

Algo en él se cerró de un modo que no era metafórico.

Cuando se la llevaron a Nova en camilla, Gabriel caminó a su lado por el pasillo con la mano de ella entre las suyas hasta donde le permitieron llegar. Hasta esa puerta blanca que se abría hacia adentro y que para él no iba a abrirse.

Nova lo miró desde la camilla.

Lo vio con esa mirada suya que nunca había necesitado palabras para leer lo que él no mostraba. Vio sus ojos. La mandíbula apretada. Las manos que sostenían las de ella con una fuerza que intentaba disimular y no podía. Vio el miedo. Todo el miedo que Gabriel había cargado solo durante casi un año y que ahora, frente a esa puerta, no tenía dónde meterse.

—Gaby. Mi amor… —dijo en voz baja.

Él la miró, casi como sonámbulo.

—Escuchame. —Le apretó la mano— Yo voy a estar bien... Las dos vamos a estar bien. —Una pausa. Con esa calma suya que costó años aprender— Confiá en Dios. ¿Me escuchás? Confiá en Él… Porque yo… confío en Él.

Gabriel abrió la boca, pero nada logró salir.

Nova le sostuvo la mirada un segundo más. Con esa paz suya que en ese momento era la cosa más real que había en el mundo, después le soltó la mano despacio. Y se la llevaron.

La puerta se cerró.

Gabriel no se sentó en toda la espera.

Caminaba. Se detenía. Volvía a caminar. Agustina intentó decirle algo en un momento y él asintió sin haber escuchado una sola palabra. José lo tomó del brazo y él no lo sintió. Sofy le alcanzó un café que se quedó frío en su mano sin que lo tomara.

No estaba ahí.

Estaba del otro lado de esa puerta. Con Nova. Con su hija. Con todo lo que no podía controlar por primera vez en cuarenta años de vida y que por eso le pesaba de una manera que ninguna otra cosa le había pesado nunca.

Pasó una hora. Pasó otra.

Fue entonces cuando uno de los médicos salió. Gabriel lo leyó en la cara antes de que abriera la boca. Ese gesto. Esa pausa.

—El corazón de Nova está respondiendo con mayor esfuerzo del esperado bajo la anestesia —dijo— Está trabajando al límite. Perdió el conocimiento por unos momentos. Estamos manejando la situación. Estamos tratando de hacer todo lo posible.

El mundo se detuvo.

Gabriel no habló. No preguntó nada. Se quedó inmóvil con esa quietud que no era calma sino todo lo contrario. La quietud de quien está sosteniendo algo que si lo suelta no sabe cómo volver a cerrarlo.

La puerta volvió a cerrarse.

Gabriel se sentó.

Por primera vez en toda la espera, se sentó. En esa silla dura de hospital que no estaba hecha para contener lo que él estaba cargando. Se inclinó hacia adelante. Puso los codos sobre las rodillas. Y cerró los ojos.

No sabía bien cómo hacerlo. No tenía las palabras exactas. No tenía la forma correcta. Nunca la había tenido. Pero eso ya no le importaba.

Habló en voz muy baja. Casi sin sonido. Solo para ese espacio íntimo que había entre él y algo que en ese momento era lo único que le quedaba.

—Señor. —Se detuvo. Tragó saliva— Sé que yo no las merezco. Lo sé. —Otra pausa. La voz quebrándose en algún lugar entre la certeza y la súplica— Llévate todo…. Mi dinero, mi salud, todo…. Pero por favor… Sálvalas. Sálvalas a las dos. —Respiró— Hacelo por ellas. No por mí. Por ellas. Por favor.

No dijo más nada.

Se quedó así, quieto, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, llenos de lágrimas que pedían salir, en ese pasillo de hospital con el ruido sordo de Buenos Aires. Sin saber si alguien lo escuchaba. Sin tener la certeza que Nova tenía y que él todavía no había aprendido a tener.

Pero lo había dicho.

Y al decirlo, al soltarlo, al admitir por primera vez en voz alta que había algo que estaba totalmente fuera de su control y que necesitaba ayuda para sostenerlo, le alivió el pecho de una manera que no esperaba.

Sintió una mano en el hombro. Levantó la vista.

José estaba de pie a su lado. Con esa calma suya. Con esa presencia que no ocupaba espacio de más pero que se sentía siempre. Lo miraba con esa mirada suya serena y directa que no filtraba nada pero que tampoco se desbordaba.

—Confía… Dios siempre escucha las oraciones —dijo en voz baja.

Gabriel lo miró un segundo. Sin palabras. Asintió despacio.

José le apretó el hombro. Y se quedó ahí, de pie a su lado, sin moverse, sin irse.

Como siempre había hecho.

Pasaron veinte minutos que fueron lo más parecido a una eternidad que Gabriel había experimentado en cuarenta años de vida.

La puerta se abrió.

El médico salió.

Esta vez la cara era diferente. Esa diferencia pequeña pero absoluta entre una cara que trae peso y una que trae alivio.

—Nova está estable… —dijo— Y señor Bechirah… Lo felicito… tiene usted, una hermosa hija que peso tres kilos cien… La bebé nació perfectamente y déjeme decirle… es lo más hermoso que hemos visto….

Gabriel miro al cielo, cerró los ojos y lloro…

Los cerró y no los abrió por varios segundos. Solo estuvo ahí, quieto, con esa noticia acomodándose despacio en algún lugar del pecho donde había habido solo miedo durante los últimos meses.

Y entonces, sin que nadie lo viera, sin que nadie lo escuchara, en ese pasillo de hospital con el ruido sordo de la ciudad afuera, hizo lo mismo que había hecho aquella tarde en el War Room cuando los números mejoraron.

—Gracias, Señor. Ahora sé que aún me seguís escuchando…— dijo. En voz muy baja. Solo eso.

Sofy soltó un sollozo que llenó el pasillo entero. José bajó la cabeza y sonrió. Agustina apretó los ojos con fuerza y cuando los abrió tenía las mejillas mojadas y esa expresión suya de quien decidió no quebrarse y se quebró igual.

Gabriel entró al cuarto cuando los médicos lo permitieron.

Nova estaba recostada. Todavía pálida. Todavía con esa huella que deja el esfuerzo extremo en la cara. Pero sus ojos estaban abiertos. Y cuando lo vio entrar se iluminaron con esa luz suya que no venía del sol sino de un lugar mucho más adentro.

En sus brazos… la pequeña Nova dormía.

Rubia. Con ese cabello suave y fino de los recién nacidos que parece que el viento podría llevarse y sin embargo tiene más peso que cualquier otra cosa en el mundo. Y con esa cara que Gabriel reconoció de inmediato antes de poder explicar por qué. Tenía sus ojos. Todavía cerrados, todavía dormidos. Pero la forma. El arco de las cejas. Esa mirada que todavía no era mirada pero que ya lo era todo.

Gabriel se acercó despacio. Se sentó al borde de la cama. Miró a Nova.

—Hola —dijo ella en voz baja con una sonrisa débil, pero sonrisa al fin. Esa sonrisa suya que esa tarde tenía algo que él no le había visto nunca. Algo nuevo. Algo que solo existe cuando una mujer mira a su hija por primera vez y entiende que ya nunca más va a ser la misma persona. Y que no quiere serlo.

Gabriel no respondió. Le tomó la mano libre. La sostuvo entre las suyas.

Después miró a la pequeña Nova.

La miró de verdad. Con toda esa concentración suya que cuando algo importaba no dejaba escapar nada. Esa criaturita pequeña y perfecta que dormía sin pedir permiso a nadie. Ese corazón diminuto

latiendo con una constancia que no necesitaba ningún sistema para sostenerse.

Extendió la mano con cuidado. Pasó el dedo por la mejilla suave de su hija.

Y se quebró.

No con dramatismo. No con ruido. Con esa manera silenciosa que tienen los hombres fuertes cuando algo finalmente los supera. Le corrieron las lágrimas sin que hiciera nada para detenerlas. Sin que le importara que corrieran.

Nova lo miró. No dijo nada. Le apretó la mano con lo poco que le quedaba de fuerza.

Y él se la apretó de vuelta.

Los dos ahí. Con su hija entre los brazos de Nova. Con todo lo que habían atravesado para llegar a ese cuarto. Con el miedo todavía presente, pero con algo nuevo encima, algo más grande y más luminoso que el miedo, que los desbordaba a los dos al mismo tiempo.

—¿Cómo estás…? —dijo finalmente con la voz rota. Solo para Nova.

—Bien —dijo ella. Y esta vez era verdad de una manera distinta a todas las veces anteriores que lo había dicho. Con un peso diferente. Con una raíz diferente.

Gabriel la miró. Asintió despacio y le dio un beso en los labios.

La miró a los ojos un momento largo. Con todo lo que tenía. Con todo lo que no sabía cómo decir y que sin embargo necesitaba salir de algún modo. Abrió la boca para decirle un te amo sincero y gigante, pero…

Nova levantó la mano libre despacio. Con lo poco que le quedaba de fuerza. Y puso el dedo sobre sus labios.

—Shhhh —dijo. La voz apenas un hilo. Pero entera.

Lo miró con esa mirada suya que no necesitaba adornos. Y sonrió.

—Yo te amé primero…

Gabriel cerró los ojos.

Las lágrimas le siguieron cayendo igual con los ojos cerrados. Y por primera vez en casi un año, la sensación que le ocupaba el pecho no era miedo.

Era otra cosa. Más frágil y más real. Algo que se parecía mucho a creer. Aunque todavía no supiera bien en qué. Aunque la razón le dijera que era demasiado pronto para creer en nada.

Esto podía revertirse. Tenía que poder revertirse.

La puerta se abrió.

Gabriel levantó la vista. Tenía las mejillas todavía húmedas y no hizo nada para disimularlo.

Martha entró primero. Se detuvo en el umbral. Se llevó las dos manos a su boca.

Miró a su hija. Miró a esa criaturita pequeña y rubia que dormía en sus brazos sin pedir permiso a nadie. Y miró a Gabriel con esa rapidez de madre que no necesita palabras para saber cuándo algo importante ha pasado. Vio sus ojos. Vio las mejillas. Y sus propios ojos se llenaron antes de que pudiera hacer nada para evitarlo.

Jonathan entró detrás de ella. Cerró la puerta despacio.

Martha no dijo nada todavía. Se acercó despacio a la cama. Se sentó al borde. Miró a Nova con esa mirada suya que percibía los estados emocionales de su hija antes que nadie. Le tomó la mano libre y la sostuvo entre las suyas un momento largo, sin hablar, como si las palabras fueran demasiado pequeñas para lo que sentía y necesitara primero solo mirarla. Solo eso. Asegurarse de que estaba ahí. De que era real.

—Dios mío —susurró finalmente.

—Imma —dijo Nova con esa sonrisa suya— Te presento a Nova Gabriela… Tu nieta… ¿La querés levantar?

Martha asintió sin poder hablar.

Nova le extendió a la pequeña con ese cuidado suyo de madre nueva que todavía está aprendiendo el peso exacto de lo que tiene entre los brazos. Martha la recibió. La acomodó contra su pecho. Y algo en ella que habitualmente guardaba todo hacia adentro se abrió sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Dios mío —repitió. Solo esas dos palabras.

Jonathan se acercó despacio. Se paró junto a Martha. Miró a su nieta. Y parpadeó una vez, despacio, con esa contención suya de hombre que guarda lo que siente en los gestos.

—¿Cuánto pesó? —preguntó Martha sin levantar los ojos de la pequeña.

—Tres kilos cien —dijo Gabriel.

—Perfecta —dijo Martha en voz baja. Como si fuera una oración.

—¿Cómo te sentís vos? —preguntó Jonathan. Los ojos en su hija.

—Bien, Abba. Cansada pero bien.

—¿Fue muy difícil? —dijo Martha.

—Fue cesárea, Imma —dijo Nova— Pero Gabriel la paso peor, él estaba más nervioso que yo. —Lo miró con esa picardía tranquila suya.

Gabriel soltó algo que era casi una risa. Pequeña. Real.

—Eso no es cierto. Yo estaba totalmente tranquilo… —dijo.

—Eso… señor Bechirah, es completamente falso… —dijo Nova.

Martha sonrió entre las lágrimas. Jonathan también, con esa sonrisa suya que costaba pero que cuando aparecía llenaba el cuarto entero.

Jonathan miró a la pequeña Nova entonces. El cabello rubio. La cara. Esa expresión de los recién nacidos que parece que están guardando un secreto del otro mundo que todavía no terminaron de traer.

Y dijo algo en voz baja, casi para sí mismo.

—Tiene luz… —dijo— Esta niña tiene luz. Dios está con ella.

El cuarto se paralizo por un segundo.

Nova lo miró. Y las mejillas se le mojaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Sí —dijo en voz muy baja— La tiene.

Silencio.

Un silencio bueno. De los que llenan en vez de vaciar.

Los cuatro adultos en ese cuarto de sanatorio con la pequeña Nova dormida entre los brazos de Martha y muchas emociones encontradas, todas de golpe.

Fue Nova quien habló primero.

—Abba. Imma. —Los miró a los dos. Con esa calma suya que no pedía permiso para nada— Hay algo que necesito contarles.

El cuarto cambió.

No fue un movimiento visible. No fue un sonido. Fue algo en el aire. Algo que se tensó apenas, como cuando el cielo cambia antes de que llegue la tormenta y el cuerpo lo sabe antes que la mente.

Martha no soltó a la pequeña.

Jonathan miró a Gabriel. Gabriel le sostuvo la mirada. Y en ese intercambio silencioso de dos hombres que se respetan, Jonathan entendió que lo que venía era algo que ya estaba cargado desde antes de que ellos llegaran. Que no era nuevo. Solo nuevo para ellos.

Nova habló.

—¿Recuerdan mi desmayo en el Sheraton hace casi un año? —Lo dijo directo, sin rodeos— Los médicos ese día encontraron algo. Mi corazón no está funcionando bien. Se llama miocardiopatía dilatada idiopática. No quiero que se preocupen, pero si quiero que sepan que algo no está funcionando como tiene que funcionar.

Las lágrimas le empezaron a correr a Martha sin que hiciera nada para detenerlas. Despacio al principio. Después sin control. Con la pequeña Nova dormida entre sus brazos, ajena a todo, respirando con esa calma perfecta de los recién nacidos que no saben todavía lo que cuesta el mundo.

—Fuimos a Boston —continuó Nova— Vimos unos especialistas. Me proporcionaron un tratamiento y está funcionando. Estamos peleándola. —Hizo una pausa— Pero ahora… con la llegada de la pequeña Nova, necesitaba que lo supieran.

—¿Pero… por qué no nos dijiste antes? —susurró Martha. La voz apenas llegaba.

—Porque no quería darles solo el miedo —dijo Nova— Gaby quería contarles, pero yo le pedí que no lo hiciera. Cuando lo supe, decidí que primero había que intentarlo todo. Ir a Boston. Hablar con los médicos. Entender qué era verdad y qué no. Y si había solución, si esto tenía remedio, entonces se los íbamos a decir con algo concreto en la mano. No solo el nombre de una enfermedad y un vacío adelante. —Los miró a los dos— Entiéndanme. Los amo. No quería que vivieran este año como yo lo viví. No quería que cargaran algo que todavía no tenía respuesta.

Miró a Gabriel un segundo. Solo un segundo. Él le sostuvo la mirada sin decir nada. Con esa incomodidad quieta suya de quien aceptó algo que no hubiera elegido y que ahora, en ese cuarto, entendía de una manera distinta.

—¿Cuánto hace que lo saben? —preguntó Martha. La voz apenas.

—Casi un año —dijo Nova.

Entonces Martha sí lloró de verdad.

Lloró con esa clase de llanto que no es debilidad sino todo lo contrario. El llanto de una madre que entiende de golpe el tamaño de lo que su hija cargó sola. Que calcula en silencio cada conversación telefónica, cada videollamada eligiendo colores para el cuarto de la pequeña, cada voz tranquila del otro lado de la línea, y entiende ahora todo lo que había detrás de esa tranquilidad. Todo lo que Nova sostenía mientras ella no lo sabía.

Lloró por eso. Por el año entero que no estuvo.

Pero no soltó a la pequeña.

La apretó contra el pecho con esa fuerza suya de madre que no pide permiso y que no necesita justificarse. Y lloró con ella entre los brazos. Con el dolor y la gratitud mezclados en el mismo llanto porque las dos eran verdad y no había manera de separarlas.

Gabriel no habló. Se quedó de pie a un lado. Solo miraba. Solo estaba ahí.

Jonathan no se movió.

Miraba a su hija. Miraba a la pequeña. Miraba a Gabriel. Miraba a Martha. Con esa mirada serena y directa suya que no filtraba nada pero que tampoco se desbordaba. La mirada de un hombre que ha aprendido que a veces la fe no se siente. Se elige. Especialmente cuando más duele.

Cuando Martha se calmó, Jonathan se acercó.

Le puso una mano en el hombro a Gabriel. Solo eso. Sin palabras todavía. Una mano grande y tranquila que en ese momento era lo más parecido a un ancla que Gabriel había sentido en toda la espera. Después se inclinó hacia Nova. Le besó la frente. Una vez. Despacio. Con esa delicadeza suya de hombre que guarda lo que siente en los gestos porque las palabras nunca le parecen suficientes para lo que importa de verdad.

Se incorporó.

Y miró a todos en el cuarto. A su hija. A su yerno. A Martha con las mejillas todavía mojadas y la pequeña Nova dormida entre sus brazos. Y habló en voz baja, con esa gravedad tranquila suya que no buscaba consolar sino nombrar algo verdadero.

—Nova siempre ha estado en las manos de Dios, y aun hoy… lo sigue estando… —dijo— Él hará su voluntad en la vida de nuestra hija.

El silencio que siguió no era vacío.

Nova cerró los ojos un segundo. Solo un segundo. Con esa paz suya que en ese cuarto del sanatorio era la cosa más real que había en el mundo. Cuando los abrió tenía las mejillas mojadas pero la mirada entera. La mirada de alguien que acaba de escuchar exactamente lo que necesitaba escuchar de exactamente la persona que necesitaba decírselo.

—Lo sé, Abba —dijo en voz muy baja.

Jonathan le tomó la mano y la sostuvo entre las suyas.

No habló. No hacía falta.

La pequeña Nova seguía dormida en los brazos de Martha. Rubia. Con esa cara que Gabriel reconocía de inmediato antes de poder explicar por qué. Con toda la vida por delante sin saber todavía lo que eso significa.

Afuera en el pasillo, José, Agustina y Sofy esperaban. Cuando los dejaron entrar, ninguno de ellos podía dar crédito a lo que veían. Esa niña era hermosa y las lágrimas no pudieron ser contenidas por ninguno. Ni siquiera por José.

Y en ese cuarto del sanatorio, algo que había empezado en una vereda de Recoleta con un café derramado y unos papeles esparcidos sobre el cemento, seguía latiendo. Pequeño. Perfecto. Con los ojos cerrados. Sin pedir permiso a nadie.

Como siempre había sido.

DILE QUE LO AMAS

Tres días. Tres días completos en los que Gabriel no había querido moverse del lado de Nova y de la pequeña. Solo había salido una vez —una hora, no más— para ir al tríplex, ducharse en silencio y volver. No había encendido las luces del dormitorio. No había mirado nada que no fuera necesario. Solo ducharse y volver. Como si cada minuto lejos de ellas fuera un minuto robado a algo que todavía no entendía del todo pero que ya no podía ignorar.

Cuando el médico firmó el alta y le dio la noticia a Nova, Gabriel estaba de pie junto a la ventana. No dijo nada. Hizo un par de llamadas breves, en voz baja, con la misma concentración con la que tomaba todas sus decisiones importantes. Cuando cortó la última llamada, se volvió hacia ella con una sonrisa tranquila y dijo:

—Nos vámos a casa.

Nova sonrió y bajó de la cama donde había estado sentada con la pequeña en brazos. Pero antes de moverse lo miró un segundo —ese segundo en que una persona mira a otra y ve más de lo que las palabras alcanzarían a decir.

—Gaby…

—¿Sí?

—Gracias. Por estos tres días.

Él no respondió enseguida. La miró de esa manera suya —directa, sin rodeos, como si el mundo alrededor no existiera mientras la estaba mirando a ella.

—¿Gracias? —dijo— ¿Me decís gracias a mí después de darme la hija más bella del mundo aun poniendo en riesgo tu propia vida? ¿No te parece que debo ser yo quien te diga gracias a vos? Acá es donde tenía que estar.

* * *

Al bajar a la planta baja y caminar hacia la salida, Nova notó algo. Era un detalle pequeño, de los que la mayoría no hubiera mirado dos veces, pero ella lo vio de inmediato: había un auto esperando en la puerta con un chofer. Gabriel siempre manejaba él. Siempre, excepto cuando viajaban. Era de esas cosas que hacía sin que nadie se lo pidiera, una forma silenciosa de tener el control sobre lo que le importaba. Que hubiera delegado eso significaba algo.

No preguntó. Solo subió al auto con la pequeña y se acomodó a su lado.

Salieron del sanatorio. El auto tomó una dirección que Nova reconoció enseguida como incorrecta para ir al tríplex. Esperó un momento, mirando pasar los edificios, y después lo miró a él.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

Gabriel sonrió de costado, sin apartar los ojos de la ventana.

—A casa.

—Pero el tríplex queda para el otro lado…

—Lo sé.

Nova lo estudió un momento. Conocía ese silencio suyo —el que no era evasión sino el espacio que dejaba entre una cosa y la siguiente cuando quería que ella llegara sola. Miró por la ventanilla. Los edificios

fueron cambiando. Las calles también. Y entonces vio el cartel en la ruta. Lo leyó despacio, como si necesitara que las letras se asentaran.

Ezeiza.

Lo miró. Él sostuvo la mirada con la misma calma de siempre, esa calma suya que a veces era paz y a veces era una pared.

—¿Nos vamos a Icho Cruz? —dijo ella, y en la voz había algo que no era pregunta sino reconocimiento. Algo que se abría dentro del pecho sin pedir permiso.

Gabriel se inclinó y la besó despacio.

—Sí, amor. Vamos a casa.

Nova sintió que los ojos le ardían un segundo. Solo un segundo. Parpadeó despacio y se recostó sobre él con la pequeña entre los brazos y no dijo más nada. No hacía falta.

Afuera, Buenos Aires iba quedando atrás —las calles, el ruido, el peso de esos días—, todo quedando atrás, como se quedan las cosas cuando uno finalmente se permite soltar.

* * *

En el hangar la esperaba otra sorpresa. Parados junto al jet, como si hubieran estado ahí desde siempre, estaban José, Sofy y Agustina. Nova los vio desde lejos y tuvo que apretar los labios para no llorar antes de tiempo.

Se despidieron con abrazos largos y sin apuro. Sofy le sostuvo la cara con las dos manos y no dijo nada, solo la miró. Y a veces eso es más que cualquier palabra —que alguien te mire sin reservas y no necesite agregar nada porque ya está todo dicho en los ojos.

—Estás bien —dijo Sofy al fin, en voz baja. Solo ponía la verdad en el mundo.

—Estoy muy bien —dijo Nova.

—Y ella es perfecta. ¿No es cierto?

—Es perfecta —repitió Nova, y se le quebró un poco la voz al final, y las dos se rieron de eso porque era mejor reírse.

José le dio un abrazo a Gabriel de esos que son más conversación que gesto: un abrazo que decía sé lo que pasaste estos días y no hace falta que me lo cuentes. Cuando se separaron, José lo miró un segundo con esa honestidad directa que tenía.

—¿Estás bien vos? —preguntó. Solo para él. En voz baja.

Gabriel asintió una vez. —Bien.

José lo miró un momento más, como si estuviera evaluando el peso real de esa palabra, y después asintió también. Le bastó.

Agustina fue la última. La abrazó fuerte, le besó la frente a la pequeña, y después se acercó al oído de Nova y le susurró algo que Nova guardó para ella sola —de esas cosas que se guardan no porque sean secreto sino porque son demasiado propias para compartirlas.

Se prometieron verse pronto. Sabían que era verdad.

Nova subió al jet con la pequeña en brazos. Y al legar al último escalón, se detuvo de golpe…

En los asientos delanteros, Jonathan y Martha la miraban.

Corrió, pero no corrió porque tuviera fuerzas de sobra ni porque el cuerpo se lo pidiera —corrió porque algunas cosas no esperan. Los abrazó a los dos al mismo tiempo, con la beba apretada entre los tres, y se quedó así un momento que no quiso medir.

—Imma —dijo. Con la cara hundida en el cuello de Martha. Solo eso. Solo su nombre. Pero en esa Imma había todo: el miedo que había callado, el cansancio que había disimulado, el alivio que recién ahora se animaba a sentir.

—Acá estamos —dijo Martha, y le apretó la nuca con la palma como cuando Nova era chica y el mundo se le hacía muy grande— Acá estamos, mi amor.

Jonathan no dijo nada. La abrazó con esa solidez suya que siempre había sido su forma de decirlo todo.

Cuando se separó, los miró a ambos y después miró a Gabriel, que estaba apoyado en el marco de la entrada con los brazos cruzados observándola.

—Gracias —dijo Nova. Solo eso. Muy despacio.

Gabriel sintió fuego dentro cuando la vio así. No era un fuego que quemara. Era el otro tipo: el que alumbra.

* * *

El viaje fue corto y lleno de amor y risas. Nova disfrutó cada minuto sentada entre sus padres, la pequeña pasando de brazos en brazos, la risa de Martha llenando la cabina cada vez que la beba hacía algún gesto nuevo.

—Mirá esa nariz —dijo Martha en un momento, con la pequeña en brazos— Igualita a vos, Nova. Igualita.

—Imma, tiene tres días apenas.

—Las madres sabemos —dijo Martha, con una autoridad que no admitía réplica.

Y Nova no replicó, porque había cosas en las que su madre siempre tenía razón, aunque no hubiera forma de probarlo.

Jonathan habló poco, como siempre, pero cada cosa que dijo pesó. En un momento miró a Nova con esa serenidad suya que a ella siempre le había dado más seguridad que cualquier discurso largo.

—Estoy orgulloso de vos —dijo— De cómo estás llevando todo esto.

Nova tardó un segundo en responder.

—Tengo miedo a veces, Abba.

Jonathan asintió con lentitud. No le dijo que no tuviera miedo. No le dijo que todo iba a estar bien. Le dijo algo mejor:

—Lo sé. Y aun así, lo estás haciendo bien. Eso es todo lo que importa. Dios siempre estuvo con vos.

Gabriel los observó más que participar. Era algo que hacía cuando quería guardar algo: mirarlo despacio, sin prisa, como quien sabe que no va a volver a tener exactamente ese momento.

—Decile que lo amas hija…. Dale un beso y decíselo— Le dijo Jonathan a su hija que miraba con lágrimas en los ojos a Gabriel.

* * *

Al aterrizar, la rural de Jonathan estaba esperando en la pista. Martha subió las maletas con la misma eficiencia serena con la que hacía todo. Jonathan abrazó a Gabriel antes de subir —un abrazo de hombre a hombre, de los que no necesitan explicación— y después arrancaron hacia la granja.

—Tu hija… mi nieta… es hermosa —le dijo.

El Koenigsegg negro y rojo que Nova le había regalado a Gabriel estaba estacionado a un costado. Él le abrió la puerta, esperó a que estuviera cómoda con la pequeña, y recién entonces rodeó el auto y subió. Manejó despacio todo el camino. Sin música. Solo el sonido de Icho Cruz llegando por las ventanas entreabiertas —el viento entre los árboles, el olor a tierra húmeda, ese aire que acá pesaba diferente.

Nova miraba el paisaje y no dejaba de sonreír. Había imaginado alivio, pero esto era más que alivio. Esto se parecía a la gracia.

Sabía que la enfermedad seguía. Nadie le había dicho que no siguiera. Pero el nacimiento de la pequeña había hecho algo en su cuerpo que los médicos medían en números y ella medía en cómo se despertaba cada mañana. Los números habían mejorado. Las mañanas también.

En algún momento del camino extendió la mano y la puso sobre la de él, que descansaba en el cambio. Gabriel no dijo nada. Solo giró la mano y le entrelazó los dedos. Y así siguieron el resto del camino —en silencio, con las manos unidas, mientras Icho Cruz los recibía despacio.

* * *

Al llegar, Gabriel bajó primero. A.P.R.I.L. abrió la puerta de manera automática —sin sonido, sin anuncio, con la discreción que él le había programado para las llegadas— y Gabriel se acercó a la ventanilla, abrió la puerta y levantó a Nova en brazos junto con la pequeña.

Cruzó el umbral con las dos en brazos.

—Estamos en casa —dijo.

Y sintió paz en el corazón. No una paz que hubiera buscado. Una paz que lo encontró a él.

Entraron al living.

Nova vio a alguien sentado en el sofá, de espaldas. Lo miró a Gabriel sin saber qué decir. Él sonrió con la misma tranquilidad de siempre.

—Bienvenido, doctor Reeves. Gracias por aceptar mi invitación y venir.

El hombre se levantó. Cincuenta y tantos, cabello blanco, modales precisos, pero sin frialdad. El mismo Reeves de Boston, el que había pasado semanas mirando los estudios de Nova con una concentración que Gabriel había aprendido a leer como respeto.

Los saludó a los dos con la familiaridad tranquila de quien ya no necesita presentaciones, y después bajó los ojos hacia la pequeña con una sonrisa que no tenía nada de protocolo.

Nova, totalmente sorprendida, miró a Gabriel y le dijo:

—¿Aún hay más sorpresas? Así me preparo por lo menos…

—Gabriel me llamó para pasar unos días en Icho Cruz —explicó Reeves— para poder controlarla personalmente y conocer a su hija. Me pareció una idea extraordinaria.

Nova lo miró y después miró a Gabriel.

—¿Cuándo lo llamaste?

—En el sanatorio. Cuando te internaste para tener a la pequeña.

—¿Nunca dejás nada al azar?

—No con vos y con mi hija.

Nova lo miró un momento más. Después miró a Reeves.

—¿Lo convencieron o vino obligado?

Reeves sonrió.

—Me habló de Icho Cruz, Nova. Vine convencidísimo. Y ahora me siento feliz de conocer a esta hermosa damita. Es más hermosa de lo que me dijo el padre…

Gabriel no dijo nada. Solo sostuvo la mirada un segundo y se dio vuelta hacia la cocina, con el pecho cargado de felicidad y orgullo. Esa era su manera: hacer las cosas, no hablar de haberlas hecho.

* * *

Esa tarde, almorzaron los cuatro, alrededor de la mesa. Afuera, el cerro tenía esa luz de las tardes de Icho Cruz que no existe en ningún otro lugar. La pequeña dormía en el moisés junto a la ventana. El doctor Reeves habló de Nova con el respeto de quien sabe que está tratando algo que importa. Gabriel escuchó casi todo sin interrumpir.

Casi todo.

En un momento Reeves dijo algo sobre los números, sobre la dirección que llevaban, sobre lo que esperaba ver en los próximos controles. Y después dijo, mirando a Nova:

—Hay algo que los estudios no capturan del todo. Y es que usted se la ve bien. Genuinamente bien. Eso también cuenta.

Nova asintió con lentitud.

—Me siento bien —dijo— Algunos días más que otros.

—¿Los días difíciles son muy difíciles?

Ella pensó un segundo.

—Son días —dijo— Pasan.

Reeves la miró un momento con esa atención clínica que en él nunca era fría sino todo lo contrario. Después miró a Gabriel.

—Tiene una esposa extraordinaria.

Gabriel no respondió enseguida. Miró a Nova. Y cuando habló, lo hizo en voz baja, sin apartar los ojos de ella.

—Lo sé. Y lo mejor de todo… ella, aun no lo sabe...

Y en esas palabras había algo que no era orgullo. Era más profundo y más quieto que eso.

* * *

Después vinieron los primeros días. Para todo…

La primera noche que la pequeña los despertó para comer, Nova se incorporó primero. Pero Gabriel ya estaba despierto al lado del moisés.

No había dormido del todo. Escuchaba a la beba respirar desde el otro lado del cuarto con esa atención nueva que todavía no sabía cómo nombrar —no era miedo exactamente, aunque tenía algo de eso. Era más bien una vigilia. Una guardia que el cuerpo había decidido hacer solo, sin que él se lo pidiera.

—¿Está todo bien? —dijo Nova, incorporándose.

—Sí. Solo la miraba.

—Gabriel, tenés que dormir.

—Estoy despierto.

—Por eso te lo estoy diciendo. Si estuvieras dormido no te lo diría.

—Ya dormí bastante.

Nova lo miró en la oscuridad. Él la miró de vuelta. Los dos sabían quién tenía razón y ninguno de los dos lo dijo.

—Bueno. Vamos a darle la leche entre los dos. ¿Te parece? —dijo Nova.

Gabriel se levantó sin decir más. Y fueron los dos —descalzos, en silencio, en la oscuridad— juntos a preparar el biberón para su hija.

* * *

La primera mamadera. Gabriel la preparó con una concentración que Nova observó desde la puerta de la cocina sin decir nada, solo sonriendo.

Aquel no podía ser el mismo hombre que dirigía una empresa con miles de personas adentro, y una precisión casi sobre humana para los negocios. El, estaba allí, parado en la cocina de Icho Cruz a las dos de la madrugada midiendo la temperatura de la leche con la muñeca como si de eso dependiera todo.

Porque para él, en ese momento, todo dependía de eso.

Nova se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Querés que te ayude? —preguntó.

—No —dijo Gabriel, sin levantar la vista.

—¿Estás seguro?

—Sí. Completamente.

—Te lo digo porque la muñeca no es el método más exacto para medir la temperatura de la leche.

Gabriel la miró. Ella sostuvo la mirada con una inocencia que no era del todo inocente.

—¿Y cómo tengo que hacer entonces?

—Lo mejor sería que le pegues un sorbo para ver el calor al contacto con tu lengua.

—¿Yo...? ¿Tomar leche…? ¿Estás bromeando?

—Deberías hacerlo por el bien de tu hija, o…. tal vez deberías dejar esto a quien sabe cómo hacerlo. ¿No te parece?

Gabriel midió la temperatura de nuevo con la muñeca, frunció levemente el ceño, esperó treinta segundos más y lo repitió. Nova no dijo nada. Sonrió para adentro y lo dejó hacer. Había cosas que Gabriel necesitaba descubrir solo —no porque no aceptara ayuda, sino porque cuando algo le importaba necesitaba entenderlo con las manos, no con instrucciones.

Cuando la mamadera estuvo lista, la alzó y la miró con la misma seriedad con la que revisaba un contrato importante.

—¿Estará bien? —dijo— ¿No estará muy caliente?

—¿Lo ves? —dijo Nova.

—Sí, amor. Tenés razón. Necesito tu ayuda. —dijo Gabriel llevándose el biberón a la boca para probar la temperatura…

Nova se rió y lo detuvo antes de hacerlo…. Él la miró un segundo y después se rió también, en voz baja, para no despertar a la pequeña, y ese sonido —esa risa de los dos a las dos de la madrugada en la cocina— fue una de esas cosas que no se planean y por eso pesan más.

Gabriel la tenía en brazos antes de que Nova llegara a la cuna. La sostuvo torpemente al principio —con esa torpeza honesta de alguien que quiere hacer bien algo que todavía no domina— y después algo se acomodó, en los brazos, en la postura, en la respiración, y la pequeña se aquietó.

Nova los miró desde atrás.

Gabriel no lo vio. Tenía los ojos en la beba, con una expresión que Nova guardó entera —no para contarla, sino para tenerla por siempre.

* * *

La primera mañana que abrieron los ojos y ahí estaba: en la cuna junto a la ventana, con la luz de Icho Cruz cayendo sobre ella como si el mundo entero hubiera sido diseñado para ese momento.

Gabriel se quedó mirándola un rato largo sin moverse.

Nova lo observó a él desde la cama. Lo observó con la misma atención con la que él miraba a la pequeña —esa atención que no busca nada, que solo quiere estar.

Nunca lo había visto tan quieto. Era otra clase de quietud — Era la quietud de alguien que finalmente tiene todo lo que necesita y no quiere que se mueva nada.

Al rato él se volvió, como si sintiera la mirada. La encontró despierta, apoyada en la almohada, mirándolo.

—¿Cuánto tiempo llevás despierta? —preguntó.

—Lo suficiente.

—¿Por qué no dijiste nada?

Nova esbozó una sonrisa.

—Porque te estaba mirando —dijo— Y no quería que pararas.

Gabriel la miró un momento. Después fue hasta la cama, se sentó en el borde y le tomó la mano.

No dijo nada. No hacía falta.

Afuera, el día empezaba a despertar. El cerro tenía esa luz de las primeras horas que no dura mucho y por eso tiene un valor mayor. Y en ese cuarto, en ese silencio, los tres estaban ahí —la pequeña en su cuna, Nova en la cama, Gabriel en el borde sosteniéndole la mano— y el mundo tenía exactamente el tamaño justo.

* * *

El primer día completo de felicidad. Desayuno en la cama preparado por Gabriel, con la pequeña entre los dos. El cerro afuera. El silencio de Icho Cruz que no es silencio sino otro idioma —uno que se aprende sin darse cuenta y que después no se puede desaprender.

En un momento la pequeña hizo un gesto —un gesto pequeño, sin importancia, de esos que hacen los bebés sin saber que los hacen— y Gabriel lo vio y se quedó mirándola con una expresión que Nova no supo clasificar.

—¿Qué fue eso? —dijo él.

—Un gesto. Los bebés hacen gestos, por si no lo sabías.

—¿Siempre?

—Siempre.

Gabriel la miró un momento más, como archivando el dato.

—¿Y cada gesto significa algo?

—A veces sí. A veces no.

—¿Cómo se sabe cuándo sí?

Nova lo miró. Había algo en esa pregunta —en la seriedad con que la hacía— que le apretó el pecho de un modo que no podía nombrar, pero sí reconocer. Era la misma manera en que él abordaba todo lo que le importaba: como si hubiera un sistema, como si hubiera una lógica, como si con suficiente atención pudiera entenderlo del todo.

—Con el tiempo —dijo Nova— Lo vas aprendiendo.

Gabriel asintió con lentitud. Volvió a mirar a la pequeña.

—Bien —dijo. Como si acabara de tomar una decisión. —¿Y con este gesto quiso decir algo…?

Todo era nuevo para Gabriel. Y para Nova, todo era perfecto.

* * *

Pasados algunos días, Nova le propuso al doctor Reeves que los acompañara al cerro. Quería que la pequeña lo conociera por primera vez, y quería que él estuviera ahí. Reeves aceptó sin dudar.

Subieron despacio. Nova llevaba a la pequeña. Gabriel caminaba a su lado con esa cautela suya que en el cerro siempre aparecía —todavía no se animaba a llegar hasta la cima, y Nova lo

sabía. No dijo nada. Caminó a su ritmo, cerca, dejando que él eligiera hasta dónde.

Había aprendido que con Gabriel algunas cosas no se apuran. Llegaría el día que subiría hasta arriba. Ella podía esperar.

Reeves se quedó en silencio cuando vio el paisaje. Largo rato. Después dijo algo en voz baja que Nova no alcanzó a escuchar del todo, pero que Gabriel entendió. Había cosas que Icho Cruz le hacía a la gente que lo visitaba por primera vez.

—¿Por qué no subís hasta arriba? —le preguntó Reeves a Gabriel en un momento, mirando hacia la cima.

Gabriel tardó un segundo.

—Estoy muy bien acá…. Amo estar acá… Nova lo miro y sonrió…

Reeves asintió como si eso fuera una respuesta completa. Porque lo era.

Nova los escuchó sin intervenir. Miró a Gabriel de perfil —la mandíbula, los ojos en el cerro, esa expresión suya que mezclaba determinación con algo que todavía no había terminado de resolver— y pensó que había personas que podían afrontar cosas de golpe y personas que las afrontaban despacio. Pero que las segundas, cuando llegaban, llegaban para quedarse.

* * *

Jonathan y Martha también habían aprovechado esos días. Conocieron a Reeves en la granja, lo sentaron a la mesa y le preguntaron todo lo que necesitaban preguntar. Reeves respondió con la misma precisión con que hablaba siempre, pero sin apuro. Entendía que eran padres. Entendía lo que eso significaba frente a un diagnóstico como el de Nova.

En un momento Martha lo miró directamente y preguntó lo que ninguno había preguntado todavía con esa claridad.

—¿Cómo está realmente mi hija, doctor?

Hubo un segundo de silencio. Reeves la miró con respeto.

—Está bien, señora. Los números van en la dirección correcta. El embarazo hizo algo en su cuerpo que todavía estamos terminando de entender, pero los indicadores son positivos.

—¿Y a futuro?

—A futuro hay que seguir de cerca. Siempre. Pero hay razones reales para ser optimistas.

Martha asintió con lentitud. No dijo nada más. Pero cuando se levantaron de la mesa y Reeves fue hacia el baño, ella miró a Jonathan con esa mirada que tenían los dos —la que no necesitaba palabras porque llevaban décadas traduciéndose sin ellas— y Jonathan le tomó la mano encima de la mesa y se la sostuvo.

Cuando se levantaron, Jonathan le extendió la mano a Reeves y se la sostuvo un momento más de lo habitual.

—Gracias, doctor. Dios bendiga su vida —dijo. Solo eso.

Reeves entendió todo lo que había en ese gracias. Asintió.

* * *

Al cumplirse la semana, Reeves volvió a Boston.

Antes de subir al auto le dio a Gabriel el resumen de lo que había observado: Nova estaba bien. No solo se la veía bien: sus estudios, sus análisis, todo caminaba en la dirección correcta. El pronóstico era positivo. Gabriel lo escuchó de pie, con los brazos cruzados, asintiendo despacio.

—¿Algo que deba vigilar? —preguntó Gabriel.

—Que descanse. Que no fuerce el cuerpo. Y que si algo cambia —cualquier cosa— me llamen antes de que pase una hora.

—Entendido.

Reeves lo miró un segundo.

—Gabriel. Está bien. Quédese tranquilo. Pero recuerde siempre que la enfermedad aún está ahí.

Gabriel asintió. Pero los dos sabían que eso era lo más difícil.

Cuando el auto arrancó, Nova se paró a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué te dijo, amor? —preguntó.

—Que estás bien y que sos la mujer más hermosa del mundo… ¿Lo podés creer…? Que hombre atrevido este…—dijo Gabriel.

Nova sonrió. Miró a la beba que dormía en sus brazos, lo miró a él, y dijo:

—Mi Imma, durante el viaje de vuelta, me dijo que te diga que te amo….

Gabriel la miró. Ambos sonrieron. Ella tenía los ojos en el camino por donde el auto se alejaba, y en la cara esa expresión serena que él todavía no había terminado de descifrar del todo. Paz, sí. Pero también algo más. Algo que Nova cargaba con una ligereza que a veces lo dejaba sin palabras.

La rodeó con el brazo y la apretó contra él. Estoy de acuerdo con ella. Te escucho….

Todo marchaba bien.

* * *

Fue tres meses después cuando todo cambió.

No hubo señal. No hubo advertencia. No hubo ese momento cinematográfico en que el cuerpo avisa antes de caer.

Nova estaba en la cocina. Había preparado café —lo había hecho despacio, con esa atención que ponía en las cosas pequeñas— y estaba apoyada en la mesada con la taza en las manos cuando Gabriel la escuchó.

No fue un grito. Fue el sonido de la taza quebrándose contra el piso.

Gabriel llegó en cuatro segundos. Nova estaba apoyada contra la heladera, con una mano en el mueble y la otra en el pecho, y tenía una expresión que él no le había visto nunca —no de dolor, sino de algo anterior al dolor. De alguien que siente que el cuerpo está haciendo algo sin pedirle permiso.

—Nova. —Se paró frente a ella. Le tomó la cara con las dos manos— Mirame.

Ella lo miró. Los ojos enfocados pero el resto del cuerpo cediendo despacio, como cuando una estructura pierde un punto de apoyo y empieza a acomodarse antes de caer.

—Me siento rara —dijo. La voz tranquila. Demasiado tranquila. La voz de alguien que está usando toda su energía en no asustarlo.

—¿Dónde, mi amor? ¿Dónde?

—En el pecho. Y me falta un poco el…

No terminó la frase.

Gabriel ya tenía el teléfono en la mano.

La ambulancia llegó en ocho minutos. Gabriel los contó.

Subieron a Nova en camilla y él subió detrás con la beba en brazos, sin que nadie se lo pidiera ni nadie se lo impidiera. Le sostuvo la mano todo el trayecto. Ella estaba consciente pero quieta, con esa quietud que no era paz sino el cuerpo guardando energía para cosas más importantes que hablar.

En algún momento del trayecto ella giró la cabeza hacia él.

—La pequeña —dijo.

—Acá está. La tengo conmigo.

—¿Llamaste a mis Abbas?

—Antes de que llegara la ambulancia.

Nova cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—Bien —dijo. Y volvió el silencio.

Gabriel le sostuvo la mano más fuerte. Ella no lo miró, pero le apretó los dedos. Solo eso. Solo ese apretón pequeño que decía estoy acá sin usar la voz.

En la puerta del hospital de Icho Cruz los esperaban Jonathan y Martha. Gabriel no supo cómo habían llegado antes. No preguntó. Martha tomó a la pequeña de sus brazos, y Jonathan puso una mano en su hombro un segundo, sin decir nada, y después dejó que los médicos pasaran.

Las puertas se cerraron.

Gabriel se quedó del otro lado.

Se quedó parado frente a esas puertas un momento que no supo medir. Después fue hasta la pared, se apoyó en ella con la espalda, y se quedó ahí. De pie. Inmóvil. Con los brazos cruzados y los ojos en el piso.

Jonathan se paró a su lado. No dijo nada. Solo se apoyó en la misma pared, con los brazos cruzados también, y esperó con él.

Eso fue todo. Y fue lo que Gabriel necesitaba.

* * *

La habitación era pequeña y fría. Una cama, un monitor, una silla de plástico junto a la ventana. Gabriel la arrastró hasta el lado de la cama y se sentó.

No se movió más.

Los médicos entraron y salieron. Le explicaron cosas. Él escuchó todo, hizo las preguntas correctas, asintió en los momentos

indicados. Cuando se fueron, volvió el silencio y volvió él a su silla y volvió a mirarla.

Nova dormía. O algo que se parecía al sueño pero que los monitores traducían en números que Gabriel había aprendido a leer en Boston y que ahora leía sin querer, constantemente, sin poder dejar de hacerlo.

En algún momento entró una enfermera a revisar los monitores. Lo miró a él —la ropa del día, la silla arrastrada, la mano de él sobre la de Nova— y no dijo nada. Le dejó un vaso de agua en la mesita y se fue.

Gabriel no tocó el agua.

* * *

La noche fue larga.

En algún momento apagaron las luces del pasillo. El hospital se aquietó. Afuera, Icho Cruz dormía entera —el cerro, los árboles, el aire que de noche acá tenía un silencio distinto, más profundo, como si el mundo entero contuviera la respiración.

Gabriel seguía ahí. En esa silla de plástico. Con los codos en las rodillas y la mirada en Nova.

No oró. No supo cómo hacerlo. Hacía demasiados años que no sabía cómo, y esta no era la noche para aprender. Pero hubo un momento, cerca de las tres de la madrugada, en que el monitor marcó algo que hizo entrar a una enfermera rápido, y Gabriel se puso de pie sin pensarlo y se quedó parado en el rincón mientras ella ajustaba algo y salía, y en ese momento —parado en ese rincón frío, mirando a Nova— le pidió ayuda a Dios en su corazón, comprendiendo con una claridad que no había pedido que esto era serio.

No el diagnóstico. El diagnóstico lo sabía desde Boston.

Esto. Esta noche. Esta habitación. La posibilidad real, concreta, sin anestesia, de que Nova no amaneciera.

El pensamiento duró un segundo. Solo un segundo. Pero fue suficiente para que algo dentro de él se moviera de un lugar a otro —de forma permanente, sin vuelta atrás.

Se volvió a sentar. Le tomó la mano con cuidado, como si pudiera romperla, y la sostuvo así hasta que los dedos se le entumecieron y siguió sosteniéndola igual.

En la sala de espera, Jonathan y Martha seguían sentados. Martha tenía a la pequeña dormida en brazos. Jonathan tenía los codos en las rodillas y miraba el piso —la misma postura de Gabriel, sin saberlo, separados por dos puertas y los mismos pensamientos.

En algún momento Martha lo miró.

—Va a estar bien —dijo. En voz muy baja.

Jonathan tardó un segundo.

—Sí —dijo— Dios está con ella.

Ninguno de los dos durmió. En ningún momento lo intentaron siquiera.

* * *

La mañana del alta, el médico de guardia entró con una carpeta y habló durante veinte minutos. Gabriel escuchó de pie, con los brazos cruzados. Nova estaba sentada en la cama con la pequeña en brazos.

El médico fue claro.

Reposo relativo. Sin esfuerzo físico sostenido. Sin carga de objetos —incluyendo a la pequeña, salvo en períodos cortos y en posición sentada. Dieta con restricción estricta de sodio. Medicación diaria: betabloqueante, inhibidor de la ECA, diurético de baja dosis. Holter de veinticuatro horas en treinta días para monitorear arritmias. Controles mensuales en Icho Cruz, trimestrales con Reeves en Boston. Y ante cualquier síntoma —palpitaciones, disnea en reposo, mareo, presión en el pecho— llamar antes de que pasara una hora.

Nova escuchó todo con la misma calma con que escuchaba las cosas que pesaban. Sin interrumpir. Sin que la cara dijera más de lo que ella decidía que dijera.

Cuando el médico salió, el silencio duró lo necesario.

—¿Estás bien? —dijo Gabriel.

Nova miró a la pequeña. La miró a ella —los ojos cerrados, el puño apretado contra el pecho como hacían los recién nacidos, ese peso pequeño y absurdamente real en sus brazos.

—Sí —dijo. Y era verdad. Pero era una verdad que cargaba todo lo que acababan de decirle.

Él no le dijo que no se preocupara. Le cruzó el pelo detrás de la oreja con cuidado y fue a buscar las cosas.

Salieron al sol de Icho Cruz y Nova lo respiró despacio, con los ojos cerrados un segundo. Después los abrió y miró el cerro.

—Vamos a casa —dijo.

* * *

La vida después del alta tuvo una textura nueva. No dramática. Más pequeña que eso. Más cotidiana y por eso más difícil de nombrar.

La medicación era lo primero de cada mañana. Antes del café, antes de la pequeña, antes de cualquier otra cosa. Gabriel lo había organizado con A.P.R.I.L. —el pastillero en el mismo lugar, a la misma hora, con el recordatorio que sonaba discreto en el reloj.

Nova no lo pedía. Él lo había dispuesto sin preguntarle, y ella lo había aceptado sin comentar, que era su forma de decirle gracias sin que ninguno de los dos tuviera que pronunciar la palabra.

El sodio fue lo que más costó al principio. No por disciplina —Nova tenía disciplina de sobra— sino por lo que significaba. Cada comida era una decisión. Cada cosa que se preparaba en esa cocina pasaba primero por ese filtro.

Gabriel aprendió a cocinar y a comer sin sal con la misma seriedad con que aprendía todo lo que le importaba, porque también el comía sin sal sin que le importe en lo más mínimo, con el único fin de cuidar a su esposa. Buscó, preguntó, probó, descartó. Hubo platos que quedaron bien y platos que no quedaron bien, y Nova se los comió igual y no dijo nada, y él lo sabía y tampoco dijo nada.

Lo de cargar a la pequeña fue lo que más dolió.

No al principio, cuando la pequeña dormía casi todo el tiempo y el peso era manejable en períodos cortos. Después, cuando la pequeña empezó a pedir brazos —a extender los brazos hacia Nova con esa insistencia nueva, esa voluntad pequeña e irrevocable— y Nova tenía que sentarse primero, acomodarla en la falda, sostenerla desde abajo, y no levantarla del piso. Aunque todo en ella quisiera hacerlo.

Hubo una mañana que Gabriel la encontró parada junto a la cuna… llorando...

Nova, miraba a la pequeña que lloraba y extendía los brazos, y ella no la podía alzar. No porque no quisiera, sino porque no podía.

Porque el médico había dicho que no podía y ella lo sabía y lo estaba cumpliendo, aunque el dolor le partiera el alma, por no poder hacerlo.

A Gabriel se le rompió el corazón. No dijo nada. Fue a la cuna, alzó a la pequeña y se la dio a Nova sentada en el sillón. Luego salió inmediatamente de la habitación.

Nova no supo si él había llorado después. Nunca lo preguntó. Pero algo en la forma en que había salido le dijo que sí.

* * *

La fatiga era el síntoma más difícil de explicar porque no se parecía al cansancio normal. Era otra cosa.

Llegaba sin aviso, a mitad de una mañana en que Nova se había sentido bien, y se instalaba como un peso distribuido por todo el cuerpo que no cedía con el reposo pero que tampoco cedía sin él. Había días en que preparar el desayuno era posible y bañarse después era demasiado, y había que elegir.

Gabriel aprendió a leerlo antes de que ella lo dijera. Había algo en la manera en que Nova se movía —un milisegundo de demora entre la intención y el gesto, una respiración levemente más corta— que él ya reconocía. Esos días él preparaba todo. Sin comentar. Sin esa sobreactuación de quien cuida a alguien enfermo. Solo lo hacía, y Nova lo dejaba hacer, y ninguno de los dos ponía en palabras lo que estaba pasando porque las palabras habrían hecho más real algo que ya era suficientemente real.

* * *

Las palpitaciones aparecieron por primera vez un martes a la tarde. Nova estaba en el patio con la pequeña en la falda cuando sintió que el corazón hacía algo irregular —no doloroso, no urgente, sino fuera de ritmo, como una frase con una sílaba de más. Duró treinta segundos. Quizás menos.

Ella no le quiso decir nada a Gabriel hasta la noche.

Él la miró cuando ella se lo contó, y le dijo:

—Lo sé. A.P.R.I.L. me avisó. ¿Cuánto duró?

—Poco, muy poco. Pero ya pasó. ¿Tendríamos que avisarle a Reeves?

—No es necesario. Él ya lo sabe. A.P.R.I.L. le avisó al mismo tiempo que a mí.

Gabriel asintió. Pero esa noche no durmió, y Nova lo sabía porque lo escuchaba respirar diferente en la oscuridad —esa respiración de alguien que está despierto haciéndose el dormido para no preocupar a la persona que tiene al lado.

Reeves los llamó por la mañana. Ajustó la dosis del betabloqueante y dijo que era esperable, que el corazón después del parto y con la medicación nueva tardaba en encontrar su ritmo, que siguieran atentos. Que, si volvía con mayor frecuencia o duración, que los llamara de inmediato.

Siguieron atentos. Siempre.

* * *

Los meses tomaron una forma que no había existido antes. Una rutina construida sobre la enfermedad sin que la enfermedad fuera el centro —que era la única manera en que Nova había decidido vivirlo.

Había días buenos. Días en que Nova se levantaba y el cuerpo respondía y podía caminar hasta el sendero de abajo con la pequeña en el cochecito y volver sin que nada protestara. Días en que cocinaba y reía y le cantaba a la pequeña y Gabriel la miraba desde la puerta con esa expresión suya que ella había aprendido a no interrumpir porque era su forma de guardar algo.

Y había días difíciles. Días sin episodio, sin urgencia, sin nada que justificara llamar a nadie. Solo ese peso. Esa respiración que costaba un poco más de lo normal al subir los dos escalones del patio. Esa fatiga que aparecía a las diez de la mañana y no se iba hasta la noche.

Lo que nadie le había dicho —y que ella fue aprendiendo sola— era que los días difíciles no avisaban. Que podías acostarte bien y levantarte mal. Que podías estar bien a las nueve y estar agotada a las once sin que nada hubiera pasado en el medio. Que el cuerpo tenía su propia lógica y que esa lógica no pedía permiso.

Gabriel lo fue aprendiendo con ella.

Hubo una tarde que él le preguntó, en voz baja, mientras la pequeña dormía:

—¿Tenés miedo?

Nova tardó.

—A veces —dijo— Pero no de lo que pensás.

—¿De qué entonces?

Ella lo miró.

—De que la pequeña recuerde algo de esos días malos. De que me vea así y que eso sea lo que guarde.

Gabriel no respondió enseguida. La miró un momento con esa atención suya que no buscaba nada, que solo quería estar.

—Ella no va a recordar eso. Va a recordar a la madre luchadora y fuerte que siempre fuiste —dijo al fin.

—¿Cómo sabés?

—Porque los días buenos siempre son más que los malos. Y son mejores.

Nova asintió con lentitud. No porque él la hubiera convencido del todo. Sino porque era lo que ella también quería creer, y a veces alcanza con que alguien lo diga en voz alta.

* * *

La pequeña creció en el medio de todo eso. Con esa velocidad silenciosa e imparable de los primeros meses —de golpe, en detalles que un día no estaban y al siguiente sí.

La primera vez que sostuvo la cabeza sola, Gabriel la miró como si acabara de hacer algo extraordinario.

La primera sonrisa real —no el gesto de los primeros días sino la sonrisa con ojos, la que no deja dudas— los despertó a los dos a las seis de la mañana porque la pequeña estaba en el moisés haciéndola y ninguno de los dos quiso perdérsela. Se miraron por encima de ella. Nova tenía los ojos brillantes. Gabriel no dijo nada. Pero algo en su cara lo decía todo.

El primer sonido que pareció sílaba, Gabriel lo anotó en el teléfono con fecha y hora. Nova no dijo nada. Solo lo miró con esa media sonrisa que guardaba para cuando él hacía algo que la ternura le impedía comentar.

Los primeros intentos de darse vuelta. El primer objeto agarrado con intención. La primera vez que siguió con los ojos la voz de Nova a través del cuarto —esa atención nueva, ese reconocimiento que era más que instinto— y Nova se quedó quieta un momento,

mirándola, con una expresión que Gabriel guardó entera sin que ella lo supiera.

Había algo en ver a la pequeña crecer que hacía más liviano lo otro. No lo borraba. Pero lo hacía más liviano. Como si cada cosa nueva que la pequeña descubría fuera también un argumento —concreto, irrefutable— a favor de seguir estando.

* * *

El control de los seis meses trajo números que Reeves llamó "alentadores con cautela". La fracción de eyección había mejorado levemente. Las arritmias detectadas en el Holter eran menores a lo esperado. La medicación estaba haciendo su trabajo.

Gabriel escuchó todo por videollamada desde la cocina, con la pequeña en el brazo izquierdo y el teléfono en la mano derecha, asintiendo. Cuando Reeves terminó, preguntó lo que siempre preguntaba:

—¿Algo más que debiera saber?

—Nada más. Solo sigan como van —dijo Reeves— Y que descanse. Que descanse de verdad.

Cuando cortó, Gabriel miró a la pequeña.

—¿Escuchaste eso?

La pequeña lo miró con esa concentración nueva que ya era característica —esa seriedad pequeña que a veces se le parecía tanto que a él le apretaba el pecho.

—Imma está bien, pero tiene que descansar —dijo él, en voz muy baja. Solo para ella— Está bien.

* * *

Pasaron los meses así. Con la medicación primera, el bajo sodio en cada comida, la fatiga que llegaba sin aviso, las palpitaciones que a veces aparecían y a veces no, los controles que Gabriel anotaba en el teléfono con fecha y resultado. Con la pequeña en el medio de todo, creciendo, descubriendo, llenando los días con esa energía suya que no pedía permiso.

Y con el miedo. Ese miedo que no gritaba pero que estaba —en el segundo que Gabriel tardaba antes de responder cuando Nova decía

que se sentía rara. En la forma en que ella chequeaba mentalmente sus síntomas cada mañana antes de levantarse, como tomando inventario. En el teléfono siempre cargado, siempre cerca, con Reeves arriba de todo en los contactos.

Aprendieron a vivir con él. No a ignorarlo. A vivir con él. Que no es lo mismo, pero es lo único que se puede hacer cuando no tiene salida.

* * *

El cumpleaños de la pequeña cayó en Boston.

No fue casualidad. El control anual de Nova con Reeves había quedado programado para esa semana —una semana antes del primer año de la pequeña— y Gabriel había construido alrededor de eso en silencio, con la misma precisión con que construía todo lo que importaba.

Llegaron tres o cuatro días antes del control. El hotel era el de siempre —el que tenía vista al río. La pequeña exploró la habitación con los ojos muy abiertos desde el cochecito, con esa atención nueva que ponía en cada superficie, cada textura, cada objeto que todavía no tenía nombre.

Los dos primeros días fueron tranquilos. Cenas en el hotel. Paseos cortos por el río, la pequeña en el cochecito y Nova caminando despacio, eligiendo el paso, midiendo el esfuerzo sin que pareciera que lo medía.

* * *

El día del control, Reeves los recibió con la misma calma de siempre.

Los estudios tomaron la mañana. El ecocardiograma, el electrocardiograma, los análisis de sangre, el registro de los Holter de los últimos meses.

Gabriel esperó en el pasillo con la pequeña dormida en brazos, de pie, con la espalda contra la pared y los ojos en algún punto fijo.

Ya pasado el mediodía, Reeves los llamó.

Los números eran buenos. La fracción de eyección había mejorado otro punto respecto al control anterior. Las arritmias

seguían bajo control. La medicación estaba funcionando. La enfermedad seguía ahí —eso Reeves nunca lo omitía, porque era lo más honesto que podía hacer— pero Nova también seguía ahí, y ese año había sido, en términos médicos, mejor de lo esperado.

Nova escuchó todo. Hizo las preguntas que tenía preparadas —específicas, concretas, las preguntas de alguien que había aprendido a entender su propia enfermedad porque era la única forma de no temerle del todo. Reeves respondió con respeto, sin apuro.

Cuando salieron del consultorio y cerraron la puerta, Nova se detuvo en el pasillo.

Gabriel la miró.

Ella no dijo nada enseguida. Miró el piso un segundo. Después lo miró a él con esa expresión suya que era solo para él —la que no administraba nada, la que dejaba ver todo.

—Dos años de esta enfermedad, y un año de nuestra hija… —dijo. Y la voz le temblaba un poco al final. Solo un poco.

Pero ese poco era todo.

Porque dos años no era solo un número. Era cada mañana que se había levantado sin saber cómo iba a estar a las diez. Era cada palpitación que la despertaba en la oscuridad y le recordaba, sin permiso, que su cuerpo no era un lugar seguro del todo. Era cada vez que había mirado a la pequeña y había sentido ese amor tan grande que dolía, mezclado con ese miedo hondo, innombrable. Era haberlo vivido. Era estar parada en ese pasillo, después de ese consultorio, con dos años enteros encima y el cuerpo todavía acá.

Dos años.

Se le fue la cara entre las manos antes de poder evitarlo.

—Perdón. Perdón —dijo, y era un llanto que no pedía permiso, que venía de muy adentro, de ese lugar donde uno guarda lo que no puede decirse en voz alta porque si lo dice se hace demasiado real— Lo lamento tanto.

Gabriel no habló enseguida. Tenía a la pequeña en brazos y la miró a ella —a su Nova— con esa calma suya que no era frialdad sino la forma más profunda que él tenía de estar presente.

—¿Qué lamentás, mi amor? ¿Por qué pedís perdón? —preguntó, despacio.

—Por esto. —La voz se le quebró a la mitad— Por todo esto. Que su primer cumpleaños sea así. Que estemos acá los tres solos, lejos

de todos, lejos de nuestra familia, en un pasillo de hospital después de un control. Que ella no pueda tener una fiesta. Que no pueda tener algo normal, algo lindo, algo que se recuerde. —Las lágrimas le caían sin que las limpiara— Ella no eligió esto. Ella no tiene la culpa de nada y yo no puedo darle lo que merece porque mi cuerpo no me lo permite y eso… eso me rompe, Gaby. Me rompe en pedazos.

Gabriel la abrazó como pudo, con la niña en brazos.

—No me digas que no es mi culpa —lo miró a los ojos— Porque es mi corazón. Es mi cuerpo. Y ella es la que paga el precio y eso no es justo. No es justo para ella. No lo es.

Gabriel la volvió a mirar. Despacio, sin apuro, como alguien que sabe que hay momentos que no se resuelven con velocidad sino con presencia. Le acomodó el pelo con la mano que tenía libre. La miró de esa manera suya —directa, sin rodeos, sin nada que no fuera real.

Y entonces dijo algo que ella no esperaba.

—Mi amor. —Hizo una pausa. Una pausa que tenía peso— Como vos decís siempre… Confiá en Dios.

Nova dejó de llorar un segundo y lo miró.

No porque las palabras fueran nuevas. Eran suyas, de ella, las había dicho mil veces. Pero en la boca de él tenían otro volumen. Gabriel no hablaba así. No era su idioma, o al menos no el que usaba en voz alta, no el que ella le había escuchado antes. Y sin embargo lo dijo con una serenidad tan real, con una convicción tan tranquila, que Nova sintió que algo se acomodaba adentro, sin saber exactamente qué.

No preguntó cómo. No preguntó desde cuándo. Solo lo miró un momento más, asintió con mucha lentitud, y se limpió la cara con el dorso de la mano.

La pequeña los miraba a los dos con esos ojos enormes y serios que tenía, sin entender nada y entendiéndolo todo a la vez, como hacen los bebés con las cosas importantes.

Salieron del hospital en silencio. Pero era un silencio distinto al de antes.

* * *

El departamento estaba en penumbra cuando llegaron. Gabriel dejó las cosas, le sacó el abrigo a la pequeña, y se volvió hacia Nova con una mirada que no necesitaba palabras.

—Ahora tenés que descansar. No acepto excusas.

Ella no discutió. Tenía el cuerpo pesado y el alma más pesada todavía. Se agachó, le besó la frente a la pequeña —que la miró con esa seriedad pequeña que a veces le apretaba el corazón— le dio un beso a Gabriel, y se fue al cuarto.

Cerró la puerta.

Se recostó con la ropa puesta, en la oscuridad, y se quedó quieta escuchando el silencio.

Desde el living llegaban los sonidos suaves de Gabriel con la pequeña. Una voz baja. Un juguete. Una risita corta, breve, perfecta, que atravesó la puerta y le llegó a Nova directo al pecho como si no hubiera pared de por medio.

Cerró los ojos.

Y entonces lloró de verdad.

No como en el pasillo —ese llanto había tenido urgencia y culpa y los ojos de Gabriel encima. Este era el otro llanto. El que se guarda para la oscuridad. El que no tiene público. El que sale cuando finalmente uno puede decir la verdad sin que nadie lo vea.

—¿Hasta cuándo, Señor? —susurró. Casi sin voz. Como si las palabras fueran demasiado grandes para decirlas enteras y hubiera que soltarlas de a poco— ¿Hasta cuándo voy a estar así?

Nadie respondió.

La luz de la tarde entraba apenas por el borde de las cortinas, esa luz que en Boston en invierno llega temprano y se va antes de que uno se acostumbre. Desde el living seguía llegando la voz de Gabriel, constante, baja, hablándole a la pequeña como si fuera lo más natural del mundo. Como si el mundo afuera no existiera. Como si todo lo que importaba estuviera ahí, en esa habitación pequeña, en esa conversación sin palabras entre un padre y su hija de un año.

El silencio no le dio ninguna respuesta.

Pero tampoco la dejó sola del todo.

Nova se quedó dormida sin darse cuenta, con las mejillas todavía húmedas y el pecho todavía apretado, mientras afuera la luz se iba yendo despacio.

* * *

Se despertó cuando el cuarto ya estaba casi oscuro.

Esa luz que quedaba era la última del día —poca, anaranjada, entrando apenas por la rendija de las cortinas como si pidiera permiso. Nova parpadeó, tardó un segundo en recordar dónde estaba, y después lo recordó de un tirón: el pasillo, el consultorio.

Se quedó quieta un momento. El pecho seguía pesado, pero era un peso distinto al de antes. Más suave. Como cuando uno llora hasta el fondo y después duerme y se despierta sin que nada haya cambiado, pero sintiéndolo distinto igual.

Golpearon con suavidad a la puerta.

—¿Sí? —dijo, con la voz todavía ronca del sueño.

La puerta se abrió y apareció Gabriel. La miraba con esa expresión suya que era mitad calma y mitad algo que no llegaba a nombrarse.

—Mi amor —dijo, en voz baja— Alguien quiere hablar con vos. Si te podés levantar un rato.

Nova frunció el ceño.

—¿Quién es?

Él dudó un segundo. Y entonces dijo, con una media sonrisa que a ella le resultó extraña:

—Mmmm. No lo se….

Nova lo miró. Conocía cada versión del silencio de Gabriel y ese no era el silencio de alguien que no sabe. Pero estaba demasiado cansada para descifrar nada, así que se sentó en la cama, se pasó las manos por la cara, y empezó a vestirse.

Caminó por el pasillo en silencio.

Desde la sala llegaban voces. Más de una. Hablaban bajo, como quien trata de no despertar a alguien, y sin embargo había algo en el tono —algo cálido, algo que contenía una risa a punto de salir— que Nova no reconoció de inmediato.

Apuró el paso.

Empujó la puerta. Y se detuvo…

No porque no pudiera seguir. Sino porque el cuerpo a veces necesita un segundo para procesar lo que los ojos están viendo, porque hay imágenes que llegan demasiado grandes para entrar de una sola vez.

La sala estaba llena de globos. Carteles de colores colgando del techo, de las paredes, de cualquier superficie que hubiera dejado lugar. Una guirnalda con letras que decía FELIZ PRIMER AÑO, NOVA. Una mesa con una torta en el centro —enorme, con una velita— y alrededor de esa mesa, mirándola, estaban todos.

Jonathan, Martha, José, Sofy. Agustina y El doctor Reeves.

Y en la silla alta, en el medio de todo, con un gorrito de cumpleaños torcido y los ojos más abiertos que nunca, feliz con esa felicidad total e irrestricta que solo tienen los que todavía no saben que el mundo puede doler… estaba la pequeña.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos a la vez.

Y la pequeña abrió la boca en la sonrisa más grande que había hecho en su vida.

A Nova le temblaron las piernas.

Se sentó. No porque hubiera buscado el sillón —el sillón estaba ahí y el cuerpo tomó la decisión solo, porque a veces el cuerpo es más sabio que uno y sabe cuándo no va a poder sostenerse. Se sentó y las lágrimas le cayeron sin que pudiera hacer nada, sin que quisiera hacer nada, porque había cosas que no merecían ser contenidas.

Gabriel llegó a su lado en dos pasos.

—Hey, hey… —Le tomó la cara con las dos manos— ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —dijo ella, entre lágrimas, con una sonrisa que le salió sola y que era la verdad más entera que había dicho en todo el día— Estoy bien. Es… es la emoción. Es que… —Miró la sala, los miró a todos, miró a la pequeña con su gorrito torcido— ¿Cómo hiciste todo esto…?

Fue Jonathan quien habló primero. Desde su lugar, con esa serenidad suya que siempre había sido para Nova el lugar más seguro del mundo:

—Hace dos días Gabriel nos llamó. Nos dijo que estaba seguro de que ibas a ponerte mal por no poder festejarle el cumpleaños a la niña con todos nosotros cerca.

José continuó, con esa sonrisa suya que no necesitaba preparación:

—Inmediatamente después nos dijo que el avión volvía a Buenos Aires a buscarnos. A todos.

Agustina se acercó, le tomó la mano a Nova y la apretó:

—Así que preparamos nuestras cosas, nos subimos al avión, pasamos por Icho Cruz a buscar a tus papás, y acá estamos. Para festejar el primer añito de mi sobrina. —Le brillaban los ojos— Como corresponde.

Sofy se agachó frente a ella y la miró de cerca, con esa mirada suya que no administraba nada:

—Sabemos lo que estás viviendo. No podemos quitarte nada de eso. Pero queríamos aliviar, aunque sea un poquito, todo lo que cargás. Festejando el cumpleaños de la pequeña como se lo merece.

Reeves, desde el costado, sonrió con esa calma profesional que por primera vez en todo el año Nova le vio mezclada con algo genuinamente humano:

—Yo solo tuve que venir desde el consultorio. —Miró a todos— Pero me alegro de haberlo hecho. Envidio tener una familia así.

Nova los miró. Los miró a todos, uno por uno, y después miró a Gabriel.

Él estaba parado a su lado, con los brazos cruzados, observándola. Como siempre. Como desde el principio. Con esa calma suya que era paz y era amor y era la forma más silenciosa y más completa que él tenía de decir todo lo que no sabía poner en palabras.

Nova se levantó.

Le tomó la cara con las dos manos —las manos que le temblaban un poco todavía— y lo miró de cerca.

—Ayer, hoy y siempre… —dijo, despacio, con la voz que se le ponía solo para él— Te voy a seguir eligiendo por el resto de mi vida. Y si Dios me lo permite… aún después.

Y lo besó.

Lo besó como se besan las cosas que importan de veras. Sin apuro. Sin público, aunque hubiera público.

Cuando se separaron, los dos miraron la sala. A todos esos ojos brillantes que los miraban. Martha con la mano en el pecho. Jonathan asintiendo despacio con esa serenidad suya que lo decía todo. José y Sofy tomados de la mano. Agustina con la pequeña en brazos, que los miraba con el gorrito todavía torcido y una expresión que parecía decir: ¿podemos cortar la torta ya?

Nova y Gabriel se miraron.

Y juntos, en voz baja, dijeron:

—Gracias. A todos.

* * *

La fiesta fue de las que no se olvidan.

No porque hubiera sido grande o perfecta o planificada con semanas de anticipación. Sino porque fue real. Porque fue de esas noches en que el tiempo se mueve distinto, en que uno mira alrededor y piensa esto, exactamente esto, es lo que importa, y no es un pensamiento sino una certeza que se instala en el cuerpo y no pide permiso para quedarse.

Festejaron hasta la madrugada. Rieron con esa risa que sale cuando uno está rodeado de las personas exactas. Lloraron también, más de una vez, porque había demasiado amor en ese departamento de Boston para que todo cupiera adentro sin derramarse. La pequeña no entendió nada y lo entendió todo: pasó de brazos en brazos, recibió besos que no pidió y los aceptó con esa generosidad soberana de los bebés, aplastó la torta con una concentración seria y total que hizo reír a todos, y al final de la noche se quedó dormida sobre el pecho de Jonathan con el gorrito todavía torcido y una sonrisa en la cara.

Martha dijo que era la noche más linda del año.

Nadie la contradijo.

Fue Nova la primera en sentir el cansancio. No llegó de golpe sino despacio, como siempre —esa fatiga suya que no avisaba, sino que se iba acumulando hasta que el cuerpo decía basta con una firmeza que no admitía negociación. Lo sintió en los hombros primero. Después en los ojos. Después en todo.

Gabriel lo vio antes de que ella lo dijera. Siempre lo veía.

Se acercó, le pasó el brazo por los hombros, y le habló al oído:

—Tenemos que descansar, mi amor.

Nova apoyó la cabeza en él un segundo. Miró la sala —los globos, la guirnalda, los restos de la torta, todas esas caras que amaba— y sonrió.

—Sí. Debemos descansar —dijo.

Se despidió con abrazos largos. Con Martha fue el último. Su madre la abrazó fuerte, le besó la frente como cuando Nova era chica y el mundo se le hacía muy grande, y le susurró algo al oído: Por la marca de amor que aún te vibra en el pecho, porque juntos es mucho mejor. Decile que lo amas, Dale un beso y deciselo.

Nova sonrió y cuando entró al cuarto, tomo a Gabriel por la cara, se acercó y después de besarlo, le dijo: “Te amo… yo te ame primero…”.

Se recostó en la cama. La oscuridad era la misma de antes, la misma habitación, la misma luz que ya no existía detrás de las cortinas.

Pero esta vez todo era distinto.

Cerró los ojos. Y esta vez, cuando el silencio llegó, no le preguntó nada.

Solo lo dejó estar.

NO LA DEJES IR

Los años no llegaron de golpe.

Llegaron como llegan las cosas que pesan: despacio, en capas, con días que parecían iguales y no lo eran porque cada uno traía algo que el anterior no había traído todavía.

El segundo año empezó bien.

No de manera extraordinaria —sin señales, sin revelaciones, sin ese tipo de comienzo que uno recuerda después como un antes y un después. Empezó bien de la manera más silenciosa y más real: Nova se despertó un viernes de marzo con el cuerpo liviano y el pecho sin presión y fue a la cocina a hacer café antes de que Gabriel se despertara, y lo hizo despacio, sin medir el esfuerzo. Y cuando él apareció en la puerta con la pequeña en brazos y la encontró ahí, de pie, con la taza en las manos y el cerro afuera, algo en la cara de él hizo algo que ella guardó sin comentarlo.

—Buenos días, mi amor —dijo Nova.

—Buenos días —dijo él.

Y los dos supieron que era un buen día. Sin decirlo.

Hubo muchos días así. Gracias a Dios… Pero también hubo otros que no.

* * *

El verano trajo calor y trajo una semana de arritmias que aparecieron sin aviso, una mañana sí y una mañana no, con esa irregularidad que no era urgencia pero que tampoco era nada.

Reeves ajustó la medicación por videollamada. Gabriel anotó los episodios en el teléfono con fecha, duración y contexto. Nova los describió con la misma precisión con que describía todo lo que tenía que ver con su cuerpo —sin drama, sin minimizar, con esa honestidad clínica que había aprendido a desarrollar porque era la única forma de tener algo de control sobre algo que no controlaba del todo.

Cuando la semana pasó y los episodios se espaciaron, Gabriel fue al baño, cerró la puerta, abrió el grifo y apoyó las dos manos en el lavabo.

Se quedó así un momento que pareció eterno.

Después cerró el grifo, se secó la cara y salió.

Nova no dijo nada cuando lo vio. Pero cuando esa noche se acostaron y él apagó la luz, ella extendió la mano en la oscuridad y la puso sobre la de él.

Ninguno habló.

* * *

A.P.R.I.L. llevaba el registro de todo.

No solo los recordatorios de la medicación —esos los había tenido desde el principio. Con el tiempo Gabriel le había dado más: los valores del oxímetro que Nova usaba cada mañana, los registros del Holter portátil, las notas de los controles, los patrones de sueño que el reloj medía sin que ella lo pensara. A.P.R.I.L. los procesaba, los comparaba, los archivaba. No hacía diagnósticos. Eso no le correspondía. Pero cuando algo se desviaba de los parámetros habituales, enviaba una notificación silenciosa al teléfono de Gabriel antes de que él lo viera en Nova.

—¿Dormiste bien? —le preguntaba él, algunas mañanas, con una naturalidad que era demasiado casual para ser casual del todo.

—Más o menos —decía ella.

Y ahí terminaba. Él no preguntaba más. Ella sabía que él ya sabía. Y los dos seguían con el día como si la pregunta hubiera sido solo eso: una pregunta.

Había cosas que funcionaban mejor cuando no se nombraban demasiado.

* * *

Mientras tanto la pequeña Nova también crecía sin parar.

Los primeros pasos los dio una tarde de sábado en la granja.

No había ninguna señal de que ese día fuera a ser distinto. El sol entraba por la ventana del living igual que siempre. Agustina estaba en el piso con los brazos abiertos, llamándola desde el otro lado de la habitación. Jonathan y Martha en el umbral, quietos, como si supieran que moverse podía romper algo. Nova en el sillón. Gabriel de pie detrás de ella, con las manos sobre sus hombros.

La pequeña estaba parada en el centro del cuarto.

Sola. En equilibrio. Con esa concentración que tenía cuando algo le importaba de veras —los pies separados, los brazos levantados, la vista fija en Agustina como si el mundo entero se hubiera reducido a ese par de brazos abiertos al otro lado.

—Vení —dijo Agustina, casi sin voz— Vení, mi amor.

La pequeña dio el primer paso.

El cuarto contuvo el aliento.

El segundo paso. El tercero. Y en el cuarto el equilibrio se fue y cayó hacia adelante y Agustina la recibió contra el pecho y la apretó fuerte, riéndose con una risa que era casi llanto, y la pequeña también se rió —sin saber del todo por qué, contagiada de algo que estaba en el aire y que todavía no tenía nombre para ella pero que los demás reconocían perfectamente.

Nova se sacudió una sola vez. Despacio. Como quien suelta algo que llevaba demasiado tiempo sosteniendo.

Gabriel le apretó los hombros sin decir nada.

—Cuatro pasos —dijo Jonathan, desde el umbral, con esa voz suya que siempre pesaba más de lo que parecía— Yo conté cuatro.

Martha se rió. Y ese sonido —ese sonido específico, el de Martha riéndose en la granja con el sol de la tarde adentro— fue lo que terminó de romper el aire quieto del cuarto y lo llenó de algo que ninguno de los que estaban ahí iba a olvidar nunca.

* * *

El primer "Abba" llegó un mes después. Un lunes. Sin aviso.

Gabriel estaba en la cocina. Nova tomaba mate en la mesa. La pequeña jugaba en el piso con bloques de madera que apilaba y

derrumbaba con una satisfacción metódica que tenía algo de ella y algo de él y todo de sí misma.

En algún momento dejó los bloques.

Fue hasta Gabriel. Levantó los brazos hacia él con esa demanda silenciosa que no necesitaba palabras porque nunca las había necesitado.

Él la alzó.

La pequeña lo miró de cerca. Esa mirada suya —seria, directa, sin apuro— que desde el primer día había tenido algo que pesaba más de lo que debería pesar la mirada de alguien tan pequeño. Lo estudió un momento. Le dio un beso en la mejilla, y abrió la boca y dijo, con una claridad que no correspondía a su edad, con una certeza absoluta, como nombrando algo que había sabido siempre y que recién ahora había encontrado la palabra para decir:

—Abba.

Gabriel no se movió.

Nova bajó el mate.

El silencio que siguió no fue un silencio vacío. Fue el silencio de algo que acaba de volverse real —de una palabra que sale por primera vez y que en el momento en que sale ya no puede deshacerse, ya pertenece al mundo, ya es para siempre.

La pequeña los miró a los dos, sin entender del todo lo que había producido, y repitió la palabra con la misma calma tranquila de siempre:

—Abba.

Gabriel la apretó contra el pecho. La pequeña apoyó la cabeza en su hombro con la naturalidad de quien vuelve a un lugar que siempre fue suyo —sin drama, sin esfuerzo, como si ese hombro hubiera sido construido exactamente para eso.

Nova los miraba desde la mesa.

Tenía los ojos llenos. Cerró los ojos un segundo, solo un segundo, y en ese segundo había todo lo que no podía decirse en voz alta —la granja, el cerro, Icho Cruz, y algo que se parecía mucho a una oración sin palabras dirigida a alguien que ella sabía que estaba escuchando.

Cuando los abrió, Gabriel la estaba mirando por encima de la cabeza de la pequeña, llorando sin consuelo.

No dijeron nada más.

* * *

El primer "Imma" esperó tres semanas más. Como si supiera que algunas palabras necesitan su propio tiempo.

Era una tarde en la granja de Jonathan y Martha. El otoño ya estaba encima, las hojas cambiando de color con esa lentitud que tiene el otoño en el campo, que no llega de golpe, sino que va tiñendo las cosas despacio, una mañana y otra, hasta que un día uno mira y todo es rojo y amarillo y ya no recuerda cuándo cambió.

La pequeña corría entre los canteros. Más segura que antes. Más rápida. Con ese bamboleo que todavía le quedaba y que a Nova le costaba mirar sin que algo adentro se le moviera.

Jonathan y Martha estaban ahí. Nova en el banco junto a la ventana, con la tarde encima y el cerro al fondo.

La pequeña se cayó cerca de ella. Se levantó sola —ya no lloraba por las caídas, hacía tiempo que no lloraba por las caídas— y fue directo hacia Nova con algo en la mano cerrada.

Se paró frente a ella.

Abrió la mano.

Una hoja. Roja y amarilla, con los bordes perfectos, como si el otoño la hubiera hecho especialmente para ese momento.

Nova la tomó.

—Gracias, mi amor —le dijo.

La pequeña la miró. Esa mirada grande, seria y directa. Y entonces, con la misma voz tranquila con que decía todo lo que decía, con esa certeza suave que era completamente suya, dijo:

—Imma.

El jardín se detuvo. El tiempo se tiñó de rojo y amarillo.

Martha llevó la mano a la boca. Jonathan no se movió —pero algo en su cara cambió, algo pequeño y profundo y definitivo, de esas cosas que uno ve en el rostro de un padre cuando recibe algo que no esperaba y que es demasiado grande para procesarlo de pie.

Nova miró a la pequeña.

La miró un momento largo. Sin apuro. Como guardando cada detalle —los ojos, la hoja en su propia mano, el otoño alrededor, el cerro al fondo, todo.

Después bajó la vista a la hoja roja y amarilla que tenía entre los dedos.

Después volvió a mirar a la pequeña.

—Sí —dijo. En voz muy baja. Con una voz que era apenas un hilo, pero que no temblaba— Soy yo.

La pequeña asintió. Con la seriedad absoluta de quien confirma algo evidente. Dio media vuelta. Y volvió a correr entre los canteros como si acabara de hacer algo completamente normal, como si no supiera —y no podía saber— que acababa de darle a su madre el regalo más grande que nadie le había dado nunca.

Nova no se movió.

Se quedó en el banco con la hoja entre los dedos, mientras el otoño seguía cayendo despacio a su alrededor, y Martha lloraba en silencio junto al umbral, y Jonathan miraba el cerro con los labios apretados y los ojos brillantes, y la pequeña seguía corriendo entre las hojas como si el mundo fuera exactamente tan simple y tan perfecto como ella creía que era.

Y quizás, en ese momento, lo era.

* * *

La pequeña cumplió dos años en Icho Cruz.

Esta vez sin Boston, sin control, sin el peso de ese primer año. Solo la granja, la familia, una torta que Martha hizo de tres capas porque la pequeña había señalado las tres capas en un libro de cocina con una convicción que no admitía negociación.

Gabriel la miró soplar la velita —solo dos, diminutas, en el centro de esa torta enorme— con esa expresión que tenía cuando algo lo golpeaba por adentro y no quería que se notara. Se notaba igual. Siempre se notaba.

Nova lo vio. No dijo nada. Le tomó la mano por debajo de la mesa.

Él giró la cabeza hacia ella.

—Dos años —dijo Nova, en voz baja.

—Dos años —repitió él.

Y los dos sabían que no estaban hablando solo del cumpleaños.

* * *

El otoño del segundo año trajo la recaída.

No fue como la primera vez —aquella había sido dramática, urgente, con ambulancia y puertas cerrándose. Esta fue diferente. Más lenta. Más tramposa. El cuerpo de Nova fue cediendo espacio en un período de tres semanas en que los números no caían en picada, sino que se movían despacio en la dirección equivocada, como agua que sube sin que uno se dé cuenta hasta que tiene los pies mojados.

Fue Reeves quien lo vio primero, en el control de rutina.

—Nova —dijo, mirando la pantalla— Necesito que me diga exactamente cómo estuvo estas últimas semanas.

Ella se lo dijo. Todo. Con la precisión de siempre, sin omitir nada. Cuando terminó, Reeves asintió con lentitud y después miró a Gabriel, que estaba sentado a un costado con la pequeña en brazos.

—Vamos a ajustar el tratamiento. Y quiero que durante las próximas dos semanas haya reposo real. No relativo. Real.

Gabriel asintió una vez.

—Entendido.

Nova no dijo nada en ese momento. Pero cuando salieron al pasillo y la pequeña se distrajo con algo en el piso, Nova se detuvo y miró el techo un segundo, con los labios apretados, y después bajó la vista y siguió caminando.

Gabriel no dijo nada. Caminó a su lado. Le tomó la mano.

Y así siguieron por el pasillo.

El reposo real duró diecisiete días.

Gabriel organizó todo sin que ella se lo pidiera: la pequeña en la granja con Jonathan y Martha, la medicación nueva ajustada al horario que Reeves había indicado, la cocina sin sal y con las variaciones que él había ido aprendiendo a lo largo de meses para que comer no fuera una obligación sino algo que todavía se pareciera a un placer.

Agustina llamó tres veces esa semana desde Buenos Aires.

La primera vez habló con Gabriel. Hablaron despacio, en voz baja, y Agustina escuchó más de lo que preguntó, porque había aprendido que con Gabriel las preguntas directas producían respuestas protocolares y el silencio producía verdad.

—¿Cómo estás vos? —dijo al final, cuando ya no quedaba nada más de qué hablar.

Gabriel tardó un segundo.

—Estoy bien.

Agustina lo conocía demasiado bien para creerle del todo. Y lo conocía demasiado bien para decirlo.

—Bueno —dijo— Llámame en el momento que necesites. Sin importar horarios.

La segunda vez habló con Nova. Hablaron más de una hora. De cosas que no tenían nada que ver con la enfermedad —de la pequeña, de Buenos Aires, de una película que ninguna de las dos había visto pero que las dos querían ver— y cuando cortaron, Nova se quedó un rato mirando el teléfono con una sonrisa pequeña que le había quedado sin que se diera cuenta.

La tercera vez Agustina llamó sin motivo aparente. Solo para escuchar la voz de Nova. Y Nova lo supo. Y no dijo nada. Y hablaron veinte minutos de absolutamente nada importante, y eso fue todo, y fue lo que Nova necesitaba.

* * *

En la granja, Jonathan y Martha cuidaban a la pequeña con esa solidez tranquila que los caracterizaba. La pequeña los había adoptado con la misma facilidad con que adoptaba todo —sin drama, sin período de adaptación, con esa generosidad absoluta de los dos años que no distingue entre lo permanente y lo transitorio porque todo es igualmente real.

Martha le cantaba por las noches. Las mismas canciones que le había cantado a Nova. Las mismas palabras, la misma voz, el mismo ritmo de siempre.

La pequeña la miraba con esos ojos grandes y serios que tenía, y Martha sentía a veces que la miraba Nova —la Nova de veinte años atrás, la que también la miraba así desde la cuna con esa atención que pesaba más de lo que debería pesar la atención de un bebé.

Jonathan oraba todas las noches.

No en voz alta. No con palabras largas. Lo hacía en silencio, de rodillas junto a la cama, con la cabeza inclinada y la misma postura que tenía desde que Martha lo conocía. Oraba por Nova. Por Gabriel. Por la pequeña. Por Reeves, para que tuviera sabiduría. Por el corazón de su hija, que era un corazón que amaba demasiado y que un músculo no debería tener que cargar con tanto.

Una noche Martha se despertó y lo vio ahí, todavía de rodillas, en la oscuridad.

No lo interrumpió. Volvió a acostarse. Y esperó hasta que él se levantara y volviera a la cama y le tomara la mano sin decir nada.

—¿Cuánto tiempo llevabas? —preguntó ella, en voz muy baja.

—No sé —dijo Jonathan— El tiempo se me fue.

Martha asintió. Cerró los ojos.

—Dios la escucha —dijo.

—Lo sé —dijo Jonathan— Lo sé.

* * *

José y Sofy se comprometieron en abril.

No fue una sorpresa —llevaban casi tres años construyendo algo que los que los conocían veían desde afuera con esa claridad que a veces la distancia permite. Pero cuando José llamó a Gabriel para contárselo, la voz le salió con algo que no era del todo compostura, y Gabriel lo escuchó sin interrumpir y al final dijo:

—Me alegra. De verdad me alegra.

—¿Cómo está Nova? —preguntó José después, porque así era José: primero la noticia, después lo que importaba.

—Está bien —dijo Gabriel— Hoy es un buen día.

—Decile que la amamos y oramos por ella cada día.

—Ya lo sabe.

Sofy llamó a Nova diez minutos después. Hablaron llorando y riendo al mismo tiempo, con esa mezcla que solo existe entre amigas que llevan toda la vida siendo la misma persona en dos cuerpos distintos. Y cuando cortaron Nova tenía la cara mojada y los ojos brillantes y Gabriel la encontró así en el patio y no preguntó nada, sino que se sentó a su lado y esperó.

—Se comprometieron —dijo Nova.

—Lo sé.

—Me alegra tanto.

—Lo sé.

Nova apoyó la cabeza en él. Gabriel la rodeó con el brazo.

—¿Y vos? —dijo ella, después de un momento.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás vos?

Gabriel tardó. Era una pausa pequeña. Pero Nova la conocía.

—Bien —dijo— De la única forma que se puede estar cuando uno tiene una esposa hermosa y una hija llena de luz.

Nova sintió que el pecho se le movió ante esas palabras. Levantó la cabeza y lo miró, y en esa mirada le dijo que sabía, y en la mirada de él ella leyó que él sabía que ella sabía, y ninguno de los dos dijo nada más sobre eso.

* * *

Pero esa noche, cuando Nova dormía, Gabriel fue al estudio.

Se sentó. Apoyó los codos en el escritorio. Y se quedó ahí un rato largo, en la oscuridad, con la cabeza entre las manos.

No lloró. O no del todo. Hubo algo que quiso ser llanto y que se quedó a mitad de camino —en el pecho, en la garganta, en ese lugar donde se guardan las cosas que no se pueden soltar en voz alta porque hay alguien que no debe escucharlas.

—Dame fuerzas —dijo. En voz muy baja. Sin saber bien a quién se lo pedía, aunque en algún lugar adentro lo sabía.

El estudio no respondió.

Pero algo en él, cuando se levantó y cerró la puerta, pesaba menos que antes de sentarse.

* * *

El invierno trajo los días más difíciles.

No en los números —los números eran estables, dentro de lo esperable, dentro de los márgenes que Reeves llamaba "manejables con vigilancia". Los días difíciles no eran de los números. Eran de otra cosa.

Eran los días en que la pequeña llegaba corriendo con algo en la mano —una piedra, un dibujo, una hoja— y quería que Nova la alzara para mostrárselo de cerca, y Nova tenía que agacharse en lugar de alzarla, y en ese agacharse había todo un mundo de cosas que no se decían.

Eran los días en que Nova no podía ir al sendero porque el cuerpo lo había decidido sin consultarla, y miraba el cerro desde la

ventana con esa expresión que Gabriel veía de perfil y que no nombraba porque nombrarla no iba a cambiar nada.

Eran los días en que la pequeña preguntaba por qué la mamá no podía correr, y nadie tenía todavía una respuesta que fuera honesta y que no pesara demasiado para los dos años de la niña, así que decían que la mamá estaba descansando, y la pequeña aceptaba esa respuesta con la misma seriedad con que aceptaba todo, y se iba a jugar, y los dos adultos se miraban un segundo por encima de su cabeza.

* * *

Hubo una tarde de julio que Nova se recostó en la cama a las tres de la tarde.

No porque el cuerpo se lo pidiera de urgencia. Sino porque ya no le quedaba más. Era un cansancio sin nombre específico —no era dolor, no era fiebre, no era ninguno de los síntomas que Reeves le había pedido que vigilara. Era el cansancio de llevar casi tres años siendo valiente todos los días, y ese tipo de cansancio también se acumula, y también llega un punto en que el cuerpo dice basta, aunque la cabeza todavía quiera seguir.

Gabriel entró al cuarto cuando la pequeña se durmió la siesta.

La encontró con los ojos abiertos, mirando el techo.

Fue hasta la cama. Se recostó a su lado. No dijo nada. Solo estuvo.

Estuvieron así un rato largo. El cerro afuera. El silencio de Icho Cruz que a esa hora tenía ese peso específico del invierno, ese silencio que no era vacío sino otra cosa —más espeso, más quieto, más parecido a la espera.

—Tengo miedo, Gaby. Tengo miedo. Ya estoy cansada de luchar —dijo Nova. Sin mirarlo. Con la voz baja y muy quieta, como quien dice algo que ha estado guardando demasiado tiempo y ya no cabe adentro.

Gabriel no respondió enseguida.

—No lo decís en serio. ¿No? —dijo al fin.

Nova tardó.

—No. —Hizo una pausa— Pero a veces me roza el pensamiento. Y eso me asusta más que cualquier número de Reeves.

Gabriel giró la cabeza hacia ella.

—¿y cuándo te roza, ¿qué hacés?

Nova pensó.

—Miro a la pequeña. Dios me fortalece a través de ella.

Gabriel asintió con lentitud.

—Bien. Continúa haciéndolo igual… —dijo. Solo eso.

Y volvió a mirar el techo con ella, y se quedaron así hasta que la pequeña se despertó de la siesta y los llamó desde el cuarto con esa voz suya que todavía mezclaba sílabas y que sin embargo era ya, ella del todo.

* * *

La primavera llegó y algo cambió.

No de golpe. En capas, igual que todo. Pero los controles de agosto mostraron algo que Reeves describió como "un patrón que prefiero no celebrar todavía pero que me resulta muy alentador". La fracción de eyección había subido otro punto y medio. Las arritmias de los últimos tres meses habían sido mínimas. El cuerpo estaba respondiendo.

Nova escuchó los números sentada frente al escritorio de Reeves con las manos juntas sobre la falda.

Cuando terminó, Reeves la miró.

—¿Qué está pensando?

Nova tardó un segundo.

—Que me da miedo creerlo del todo.

Reeves asintió.

—Es la respuesta más inteligente que me podría dar.

—¿Y la honesta?

Reeves la miró.

—La honesta es que estos son los mejores números que hemos visto desde el diagnóstico. Y que hay razones reales para creer que el tratamiento está funcionando. La enfermedad sigue ahí. Siempre va a seguir ahí. Pero Nova… el corazón está peleando. Y por ahora está ganando.

Nova asintió con mucha lentitud.

Salió del consultorio.

Gabriel la esperaba de pie junto a la ventana del pasillo, con la pequeña en brazos —que ya no era tan pequeña, que ya tenía casi tres años, peso real y palabras reales y una opinión sobre absolutamente

todo. Cuando la vio llegar leyó algo en su cara antes de que ella abriera la boca.

—¿Todo bien? —dijo.

—Bien —dijo Nova.

Y esta vez la palabra pesaba diferente.

La pequeña extendió los brazos hacia ella. Nova la recibió sentándose en el banco del pasillo, la acomodó en la falda, la rodeó con los brazos, y apoyó la mejilla en su cabeza.

Gabriel se sentó a su lado.

Los tres estuvieron ahí un momento —en ese pasillo blanco de Boston, con la luz de la tarde entrando por la ventana— sin decir nada.

A.P.R.I.L. registró los nuevos valores en el historial de Nova.

Los procesó. Los comparó con los anteriores. Los archivó.

Y envió al teléfono de Gabriel una notificación que decía, con la precisión fría y sin adornos con que decía todas las cosas:

Parámetros cardíacos: mejora consistente. Tercer control consecutivo en tendencia positiva.

Gabriel leyó el mensaje. Lo cerró.

Y miró a Nova, que seguía con la mejilla sobre la cabeza de la pequeña y los ojos cerrados.

No dijo nada.

Pero algo en su cara, por primera vez en dos años, no tenía tanto peso.

NO PUEDO DECIR ADIOS.

Habían pasado tres años, dos meses y diecisiete días desde el primer diagnóstico.

Nova lo sabía porque su cuerpo lo contaba de una manera que ningún calendario podría replicar. No con fechas, sino con distancias — la distancia entre lo que podía hacer antes y lo que podía hacer ahora. Las escaleras que antes subía sin pensar y que ahora pedían permiso. El aire que a veces llegaba tarde, como si tuviera que recorrer un camino más largo para llegar a donde siempre había llegado sin esfuerzo. El corazón que latía con una irregularidad nueva, suave, casi educada, como si ya supiera que no debía alarmar a nadie y hubiera aprendido a fallar en silencio.

Lo sabía.

Y había decidido, con la misma integridad tranquila con que había vivido cada día de su vida, no decirlo.

No porque tuviera miedo. No porque quisiera protegerse a sí misma de la verdad. Sino porque había cosas que, una vez dichas en voz alta, cambian la manera en que los demás te miran. Y Nova no quería ser mirada de esa manera. Quería que los últimos días — si es que eran los últimos días — tuvieran la misma textura que todos los anteriores.

Quería seguir siendo Nova. Solo Nova. La chica de Icho Cruz que amaba a Dios y que amaba a su esposo y que había aprendido a vivir con un corazón roto sin dejar que eso la rompiera a ella.

Icho Cruz en otoño tenía una belleza que no pedía permiso. Los cerros cambiaban de color despacio, como si el tiempo allí supiera que no había para qué apurarse, y el aire olía a tierra húmeda y a pino y a algo más que Nova nunca había podido nombrar pero que siempre le había parecido lo más parecido a la paz que el mundo podía ofrecer.

Esa mañana se quedó un momento en el umbral de la ventana antes de bajar. Miró el cerro. El mismo cerro de siempre, enorme y quieto, con su silencio de siglos que no se inmutaba por nada. Lo miró como se miran las cosas que uno ya sabe que va a extrañar, con esa mezcla de amor y de despedida que no tiene nombre en ningún idioma porque ningún idioma quiso inventarlo.

Después bajó las escaleras, despacio, con una mano sobre la baranda.

Martha estaba en la cocina desde temprano. Ella y Jonathan habían decidido pasar unos días allí con Nova y Gabriel al ver que su hija no estaba bien…

Martha era una de esas mujeres que encontraban en el movimiento una forma de oración — picar, mezclar, amasar, ordenar — como si mantener las manos ocupadas fuera la única manera de mantener el corazón en su lugar. Esa mañana había preparado pan casero, el que a Nova le gustaba desde chica, con la corteza dorada y el interior esponjoso que olía a manteca y a hogar.

Cuando Nova entró a la cocina, Martha levantó los ojos.

Solo un segundo. Pero en ese segundo pasó todo lo que dos mujeres que se aman pueden decirse sin palabras.

—Buenos días —dijo Nova, y su voz sonó como siempre.

—Buenos días, mi amor. —Martha señaló la mesa— Sentate. Ya está el mate.

Nova se sentó. Tomó el mate que su madre le pasó y lo sostuvo entre las dos manos, como hacía desde siempre, dejando que el calor le recorriera los dedos. Afuera un pájaro cantaba en el jardín con una insistencia casi cómica, como si tuviera algo urgente que decir y nadie quisiera escucharlo.

Estuvieron en silencio un rato. Un silencio bueno, de los que no necesitan ser llenados.

Después Martha dijo, sin levantar los ojos del pan que estaba cortando:

—Esta noche vienen Sofy y José.

Nova sonrió.

—Lo sé. Me mandó un mensaje ayer.

—Recién casados y vienen acá. —Martha movió la cabeza, pero había algo en su voz que no era reproche sino todo lo contrario— Esa chica te quiere mucho.

—Yo también la quiero a ella.

Silencio. El cuchillo sobre la tabla. El pájaro afuera.

—¿Dormiste bien? —preguntó Martha. Lo preguntaba todos los días. Con la misma voz de siempre, con el mismo tono cotidiano. Pero Nova sabía — porque las hijas siempre saben — que detrás de esa pregunta había otra pregunta que su madre no podía hacerse en voz alta.

—Dormí bien, Imma.

Martha asintió. Siguió cortando el pan.

Y Nova la miró. La miró de verdad, con esa atención total que uno reserva para las cosas que quiere guardar.

Miró sus manos, que eran manos de trabajo y de amor, con las venas marcadas y los nudillos grandes y los mismos dedos que la habían sostenido la primera vez que se cayó, que le habían acomodado el pelo antes de cada acto del colegio, que habían aplaudido en su casamiento con Gabriel con una alegría que le desbordaba los ojos. Miró su pelo, que tenía más gris que antes. Miró la línea de su espalda, todavía recta, todavía entera.

La grabó. La grabó con todo.

—Imma.

Martha levantó los ojos.

Y Nova se paró, caminó hasta ella, y la abrazó.

Sin explicación. Sin preámbulo. Un abrazo largo y quieto y total, con la cara hundida en su cuello como cuando era chica y el mundo le parecía demasiado grande y su madre era el único lugar donde cabía todo.

Martha soltó el cuchillo despacio y la rodeó con los dos brazos y la apretó contra ella, y ninguna dijo nada, porque no había nada que decir que no estuviera ya diciéndose en ese abrazo.

Martha cerró los ojos.

Sintió a su hija. El peso de su cuerpo, que era menos que antes. El latido de su corazón contra su pecho, ese corazón que había escuchado antes de que naciera y que ahora — ahora — latía con un esfuerzo que ninguna madre debería tener que sentir.

Apretó más. Como si pudiera, abrazándola fuerte, retenerla. Como si el amor fuera suficiente para eso. Como si alguna vez lo hubiera sido.

Nova no lloró.

Se permitió solo eso: quedarse. Un minuto entero. Con los ojos cerrados y los brazos de su madre alrededor y el olor a pan recién hecho y a hogar que era el olor de toda su infancia. Se lo permitió como un regalo que se da uno mismo cuando sabe que los regalos se están acabando.

Después se separó. Sonrió. Le acomodó el cuello del delantal a su madre con un gesto pequeño y natural.

—El mate se va a enfriar —dijo.

Martha asintió. No habló. No podía.

Y cuando Nova volvió a la mesa y tomó el mate y miró hacia la ventana, Martha se dio vuelta hacia la mesada y juntó las manos sobre la tabla de madera y cerró los ojos y habló con Dios en silencio, como llevaba meses haciéndolo, como lo hacía a cada hora que pasaba, con palabras que no eran elocuentes ni elaboradas sino solo el grito quieto de una madre que no quiere soltar a su hija.

Señor. Por favor. Mi hija…

* * *

Jonathan estaba en el jardín cuando Nova salió después del desayuno.

Tenía las manos en la tierra, como casi siempre. Cuidaba un rosal que plantó el año en que la pequeña nació — lo había contado tantas veces que Nova ya sabía la historia de memoria. Pero nunca se la había impedido contar porque era una de esas historias que uno necesita seguir contando para creer que las cosas importantes duran.

El rosal estaba en flor, rojo profundo, con esa obstinación silenciosa de las plantas que no entienden de estaciones ni de dolores humanos y florecen porque eso es lo que saben hacer.

Nova se sentó en el banco de madera que Jonathan había puesto debajo del algarrobo años atrás. Lo miró trabajar.

Él no dijo nada por un rato. Así era Jonathan — un hombre de silencios largos y palabras precisas, que nunca hablaba para llenar el aire sino solo cuando tenía algo que valía la pena poner en palabras.

Después, sin levantar los ojos de la tierra, dijo:

—Lindo día.

—Muy lindo —dijo Nova.

Silencio. Una abeja rondaba el rosal con una seriedad profesional.

—¿Cómo estás, mi niña?

Nova miró el cerro.

—Estoy en paz, Abba.

Jonathan asintió con lentitud. Siguió con sus manos en la tierra. Pero Nova vio — porque las hijas ven todo — que sus hombros se movieron apenas. Ese movimiento pequeño e involuntario que tienen los hombres fuertes cuando algo los toca en el lugar donde no tienen defensa.

—Eso es lo más importante —dijo él al fin. La voz entera, controlada, de alguien que ha aprendido a sostener lo que siente porque sabe que soltarlo no va a cambiar nada.

Nova se paró. Caminó hasta él. Se agachó a su lado, en la tierra, y le puso una mano en la espalda.

—Abba. Dios es bueno.

Jonathan dejó de moverse.

—Sí —dijo. Bajito. Como si la palabra le costara algo— Sí lo es.

Nova le dio un beso en la mejilla. Jonathan le tomó la mano y la apretó un segundo — un segundo nada más — y después la soltó y volvió a sus rosas, y Nova se paró y volvió hacia la casa, y Jonathan se

quedó solo en el jardín con sus manos en la tierra y sus ojos fijos en el rosal rojo y sus labios moviéndose en silencio.

Señor. Yo confío en vos… Ayudame a seguir confiando.

* * *

Sofy y José llegaron al atardecer.

Habían manejado desde Buenos Aires sin parar más que para cargar nafta, con las valijas en el asiento de atrás y la luna de miel pospuesta sin que ninguno de los dos lo hubiera sugerido — en algún momento de la semana anterior, José había dicho vamos a Icho Cruz y Sofy había dicho sí antes de que terminara la oración, porque no había nada que discutir. Había cosas más importantes que las playas de Punta del Este.

Nova los escuchó llegar desde adentro. Escuchó el auto, las puertas, las voces. Y algo en su pecho se alivió de una manera que no esperaba — ese alivio particular de ver llegar a las personas que te conocen de verdad, las que no necesitan que les expliques cómo estás porque lo leen antes de que abras la boca.

Sofy entró primero. Siempre entraba primero.

Cuando vio a Nova en el living se paró un segundo. Solo uno. Y después cruzó la habitación y la abrazó con esa energía suya que era mitad terremoto y mitad ternura, y Nova se rió — una risa real, de las que salen solas — y le dijo que le estaba aplastando una costilla.

—No importa —dijo Sofy, sin soltarla.

José saludó a Jonathan y a Martha, besó a la pequeña que le estaba mostrando un dibujo con la urgencia de los tres años, y cuando llegó hasta Nova le dio un abrazo más quieto, de esos que los hombres dan cuando no saben qué decir, pero necesitan que el otro sienta que están ahí.

—Felicitaciones —le dijo Nova.

—Gracias. —José sonrió. Después, más bajo—: ¿Cómo estás?

—Bien.

José asintió. No preguntó más. Era uno de los dones de José — saber cuándo no preguntar más.

Esa noche cenaron todos juntos alrededor de la mesa grande, con el pan de Martha y el guiso que había cocinado toda la tarde y la

pequeña en su silla alta presidiendo la mesa con la autoridad absoluta de quien sabe que es el centro del universo.

Hablaron de cosas livianas — de la boda, de los regalos, de una anécdota de la ceremonia que hizo reír a todos. Gabriel tenía el brazo alrededor de Nova y de vez en cuando la miraba, rápido, con esa mirada que Nova conocía de memoria y que significaba te estoy viendo y también no me gusta lo que veo y también no sé cómo decirte lo que siento.

Nova le apretaba la mano cada vez que lo sentía mirándola.

Después de cenar, mientras los demás tomaban el café en el living, Nova y Sofy lavaron los platos juntas. Era algo que hacían desde siempre — desde los tiempos de niñas, desde antes de Buenos Aires, desde antes de Gabriel y de José y de todo lo que vino después. Lavar los platos juntas era uno de esos ritos pequeños e irremplazables de las amistades largas.

Estuvieron un rato en silencio, con el agua corriendo y el ruido apagado del living al fondo.

Después Sofy dijo, sin mirarla:

—¿Me vas a decir cómo estás de verdad?

Nova siguió lavando.

—Estoy cansada, Sofy.

—Lo sé.

—Pero estoy en paz. —Pausa— Eso es verdad también.

Sofy asintió. Tomó el plato que Nova le pasó y lo secó despacio.

—Tengo miedo —dijo Sofy. Bajito, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

—Lo sé.

—No sé cómo se hace esto.

Nova la miró de costado.

—Nadie lo sabe. Pero se hace igual.

Sofy dejó el repasador sobre la mesada y se limpió los ojos con el dorso de la mano, rápido, con esa mezcla de pudor y de amor que tiene la gente que no quiere llorar delante de otros, pero no puede evitarlo.

Nova le pasó el brazo por los hombros.

—Hey… —Esperó a que Sofy la mirara— Gracias por venir.

—¿Cómo no iba a venir?

—Tenías luna de miel.

Sofy se rió, pero era una risa con lágrimas dentro.

—La playa va a seguir ahí. Vos sos mi hermana…

Nova la abrazó. La abrazó fuerte, con esa fuerza que le quedaba, que no era poca, porque Nova siempre había tenido más fuerza de la que parecía. Y Sofy la sostuvo y las dos se quedaron así, de pie junto a la pileta, con el agua todavía corriendo y el jabón en las manos y el ruido del living al fondo y todo lo que no podían decirse dicho ya en ese abrazo.

Nova se separó apenas. Lo justo para poder mirarla.

Sofy le sostuvo la cara entre las manos un segundo, como si quisiera guardarla.

—Espera — dijo Nova.

Se secó los ojos con el dorso de la mano y salió un momento de la cocina. Sofy escuchó sus pasos subir, detenerse, volver. Cuando Nova apareció de nuevo tenía algo en la mano.

Un manojo de llaves.

Sofy frunció el ceño levemente.

—Nova…

—Déjame hablar. —Nova respiró hondo. Después sonrió, y era una de esas sonrisas suyas que llegaban antes que las palabras— Voy a lamentar siempre no haber estado en tu boda. Como vos estuviste en la mía.

—Nova, no…

—Déjame. —Le tomó la mano y puso las llaves en su palma, cerrando sus dedos alrededor— ¿Te acordás del departamento que Gabriel me regaló? El del día que fui a Retiro. El día que me volvía a Córdoba pensando que ya no había solución para lo nuestro.

Sofy asintió con lentitud. Claro que se acordaba.

—Quedó vacío desde el día que nos casamos. Y yo no quería que siguiera así. —Hizo una pausa breve— Quiero regalárselo a vos y a José. Como presente de bodas.

Sofy abrió la boca. La cerró.

—No puedo aceptar eso.

—Ya lo aceptaste —dijo Nova— Cerraste la mano.

Sofy bajó la vista a su mano cerrada. Después miró a Nova. Y algo en esa mirada se rompió de una manera suave, de esas que no duelen, sino que liberan.

—No me merezco una amiga como vos.

—Ninguna de las dos nos merecemos lo que tenemos —dijo Nova— Por eso se llama gracia.

Se abrazaron otra vez. Más fuerte que antes, si eso era posible. Con las llaves todavía apretadas en la mano de Sofy.

Y entonces, como si el cielo hubiera estado esperando ese momento, se escuchó un trueno. Largo, profundo, lejano todavía. Y después, despacio, comenzó a llover sobre Icho Cruz.

Las dos se quedaron quietas. Escuchando.

—Siempre llueve cuando suceden cosas importantes… —dijo Nova en voz baja.

Sofy no respondió. Solo apretó las llaves un poco más fuertes y no soltó a su amiga.

* * *

Al día siguiente, después del almuerzo, Nova le dijo a la pequeña que iban a caminar.

La nena recibió la noticia con el entusiasmo de sus tres años — saltó del banco donde estaba dibujando, buscó sus zapatillas con una determinación seria y funcional, y se sentó en el piso a ponérselas con la lengua asomada por la concentración. Nova la observó desde la puerta. Ese pelo rubio y los ojos verdes de Gabriel, los deditos trabajando sobre los cordones con una paciencia nueva, reciente, que a Nova le partía el corazón de amor.

Salieron las dos solas al camino de tierra que bordeaba el jardín y seguía hacia el cerro.

Era uno de esos días que Icho Cruz daba como regalo — cielo despejado, sol sin violencia, el aire limpio con esa claridad particular de la serranía que hacía que todo pareciera más nítido, más real, como si alguien hubiera limpiado el mundo esa mañana.

La pequeña caminaba adelante, con esa marcha segura y un poco bamboleante de los chicos que todavía están descubriendo cómo funciona el cuerpo, parando cada tanto para examinar una piedra o señalar un pájaro o simplemente detenerse sin motivo aparente porque a los tres años uno puede parar donde quiere.

Nova caminaba detrás, mirándola.

El cerro fue creciendo a medida que se acercaban. Nova lo había subido cientos de veces en su vida — desde chica con su padre, de

adolescente sola con sus pensamientos, de adulta con Gabriel en los primeros días de todo. Conocía cada piedra, cada curva del sendero, el lugar donde los pinos se abrían y aparecía de repente esa vista del valle que cortaba la respiración.

Llegaron al inicio del sendero y Nova se paró.

La pequeña se dio vuelta para ver por qué su madre se había detenido.

Nova miró el cerro. Miró el sendero que subía entre los pinos, conocido y querido y ahora — ahora — inalcanzable. Sintió en los pulmones lo que el cerro le iba a pedir y supo, con esa claridad sin drama que a veces tiene la verdad, que no podía dárselo.

No hoy.

Tal vez no más.

Se sentó en la piedra grande que siempre había estado al inicio del sendero, esa piedra plana y ancha que en su infancia le había parecido un trono y que ahora era simplemente un lugar donde descansar. La pequeña se acercó con esa confianza absoluta de quien nunca ha dudado de que el mundo es un lugar seguro.

—¿No subimos, Imma?

—Hoy no, mi amor. Hoy nos quedamos acá.

La nena procesó esto. Miró el cerro. Miró a Nova. Tomó una decisión ejecutiva.

—Bueno —dijo, y se trepó a la piedra junto a ella.

Nova la acomodó en su falda. La nena olía a jabón y a tierra y a esa cosa inefable que huelen los chicos chicos y que a los padres les parece el mejor olor del mundo. Nova la envolvió con los brazos y las dos miraron el cerro juntas — el cerro enorme y quieto que Nova no podía subir y que un día. Cuando la pequeña fuera grande, ella iba a subir por su cuenta y desde arriba iba a ver el valle y quizás en ese momento, en ese instante exacto, iba a sentir algo que no iba a poder explicar pero que iba a reconocer.

Nova besó su cabeza. Despacio. Como quien firma algo.

Estuvieron así un rato. El sol sobre las piedras. Los pájaros en los pinos. El mundo quieto alrededor de ellas dos.

Después la pequeña levantó los ojos.

—Te amo, Imma.

Tres palabras.

Dichas con la sencillez absoluta de los tres años, sin peso, sin carga, con esa naturalidad de quien todavía no sabe que el amor puede doler. Con los ojos verdes de su padre mirando directo a los ojos celestes de su madre. Con el osito apretado contra el pecho y una mancha de tierra en la mejilla y el pelo revuelto por el viento.

Nova no respondió de inmediato.

Cerró los ojos. Solo un segundo. Uno solo. Y en ese segundo pasó todo — todos los días, todos los momentos, el primer llanto en el hospital, los dientes que brotaron, los pasos que llegaron antes de lo esperado, los abba y los imma que habían llenado la casa de una vida nueva, las noches de fiebre y las mañanas de sol y cada segundo ordinario y extraordinario de estos tres años que ahora — ahora — Nova estaba guardando con la desesperación serena de quien sabe que guardar es lo único que puede hacer.

Cuando abrió los ojos los tenía brillantes.

Pero la voz le salió entera.

—Yo también te amo a vos, mi vida. —Le tomó la carita entre las manos. La miró de cerca, de tan cerca, memorizando— Y eso no se va a terminar nunca. ¿Me escuchás? Nunca. Aunque no me veas. Aunque no puedas abrazarme. El amor de tu Imma va a estar siempre. Siempre, siempre, siempre.

La pequeña la miró con esos ojos enormes que sentían todo, aunque todavía no entendieran todo.

—¿Siempre?

—Siempre. —Nova le besó la frente. Despacio— Como el cerro. Él, está ahí, aunque llueva, aunque haga frío, aunque no puedas verlo desde lejos. Siempre está.

La nena miró el cerro. Lo consideró. Asintió, conforme, con la lógica aplastante de los tres años.

—Como el cerro —repitió.

—Sí. Igual que el cerro.

—Entonces vos, vas a ser mi cerro…

Y la pequeña volvió a apoyar la cabeza en su pecho — contra ese corazón que medía sus golpes con un cuidado nuevo, que había amado desde el primer día con una generosidad sin límite — y suspiró con la satisfacción completa de quien está exactamente dónde quiere estar.

Nova la abrazó.

La apretó contra ella con toda la fuerza que le quedaba — y le quedaba, porque Nova siempre había tenido más fuerza de la que parecía — y cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran en silencio, despacio, sin ruido, perdiéndose en el pelo rubio de su hija que no las vio y no las sintió y siguió mirando el cerro con esa paz entera de los que todavía no saben que hay cosas que se terminan.

No puedo decir adiós. No puedo. No puedo.

El cerro estaba ahí, enorme y quieto, igual que siempre.

Gabriel las vio volver.

La vio desde la ventana — a ella y a la pequeña tomada de la mano por el camino de tierra, con el cerro detrás y el sol cayendo ya sobre las copas de los pinos. Las vio y algo en su pecho apretó de una manera que ya conocía pero que no terminaba de acostumbrarse, una presión que no era dolor exactamente sino algo posterior al dolor, algo que estaba debajo del dolor esperando.

La pequeña entró corriendo y anunció con autoridad que había visto tres pájaros distintos y que uno era rojo. Jonathan se agachó para escucharla con la seriedad que merecía el asunto. Martha preguntó si querían merienda. Sofy y José estaban en el sillón y Sofy levantó los ojos hacia Nova con esa pregunta muda que Nova respondió con una sonrisa pequeña.

Gabriel esperó.

Cuando Nova pasó a su lado en el pasillo, él le tomó la mano. Solo eso. Le tomó la mano y ella se detuvo y lo miró, y en ese segundo entre ellos pasó todo lo que llevaban diciéndose sin palabras desde hacía semanas.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí. Todo bien —dijo ella— De la única manera que se puede estar teniendo el esposo más maravilloso y guapo de todo el mundo…

Los dos sabían que no era verdad y también que era incompleto y también que no había otra respuesta posible en ese momento, en ese pasillo, con todos adentro.

Gabriel le apretó la mano. Ella se la apretó de vuelta. Y siguieron.

* * *

Esa noche, cuando la pequeña ya dormía y Jonathan y Martha se habían retirado y Sofy y José hablaban en voz baja en el cuarto del fondo, Nova y Gabriel salieron al pórtico.

Era tarde. El cielo de Icho Cruz estaba abierto sobre ellos con esa generosidad particular de los cielos que no tienen edificios que los tapen — millones de estrellas, la Vía Láctea visible como una mancha de luz, la luna en cuarto creciente dando apenas lo suficiente para ver los contornos de los cerros.

Se sentaron en el escalón de madera. Gabriel con el brazo alrededor de sus hombros. Nova con la cabeza apoyada en él. Como tantas otras veces. Como la primera vez, que fue en un pórtico distinto, en otro tiempo, cuando todo era nuevo y ninguno de los dos sabía todavía lo que iba a venir.

Afuera un grillo cantaba. Constante, obstinado, como si se hubiera propuesto llenar cada milímetro de silencio y no estuviera dispuesto a renunciar.

Durante un rato largo no hablaron.

El silencio entre ellos no era incómodo. Nunca lo había sido. Era uno de los lujos de amarse de verdad — que el silencio compartido no exige nada.

Después Nova dijo:

—La pequeña Nova, hoy me dijo que yo soy su cerro…

—No solo de ella… — Respondió Gabriel

Nova lo miro atentamente y le pregunto —¿En qué estás pensando?

Gabriel tardó.

—En vos.

—¿Y qué pensás?

Otra pausa. Más larga. Gabriel miraba el cerro oscuro contra el cielo lleno de estrellas.

—Que tengo miedo… —dijo al fin. Bajo, casi para adentro, con esa honestidad que a Nova siempre le había parecido uno de sus dones más escondidos — esa capacidad de decir la verdad cuando la verdad era difícil— Que no sé cómo hacer esto. Que cada día que pasa… —Se detuvo. Apretó la mandíbula— Que cada día te veo y pienso que no hay nada que pueda hacer y eso me mata, Nova. No saber cómo protegerte. No poder…

Se le quebró la voz. La dejó quebrarse, sin intentar disimularlo.

Nova levantó la cabeza para mirarlo.

—Gaby…

Él la miró. Con esos ojos oscuros que ella había aprendido a leer mejor que cualquier libro — esos ojos que tenían adentro todo lo que un hombre puede sentir cuando entiende que no puede controlar lo más importante. Cuando todas las paredes que construyó con tanto cuidado durante tanto tiempo no sirven para nada porque el dolor entra igual.

—Quiero que me escuches… —dijo Nova.

—No. Ahora no. No quiero que me hagas hablar de eso ahora…

—Alguien tiene que hacerlo.

Silencio. El grillo. Las estrellas. El cerro oscuro e inamovible.

—Nuestro amor no depende de que yo esté —dijo Nova. Despacio, con esa firmeza suave que venía de un lugar más profundo que las palabras— ¿Me entendés lo que te digo? Lo que hay entre nosotros dos no lo rompe nadie. Ni el tiempo. Ni la distancia. Ni nada que pueda pasar. Ni siquiera la muerte… Es eterno, Gabriel. Lo que Dios unió, nada lo va a separar…

—No me digas eso. —La voz de él, rota— No me digas eso como si fuera fácil.

—No te estoy diciendo que es fácil. Te estoy diciendo que es verdad.

Gabriel bajó la cabeza. Y Nova vio sus hombros moverse — ese movimiento pequeño e involuntario que tienen los hombres fuertes cuando algo los rompe desde adentro, cuando la fachada que construyeron con años de trabajo cede de golpe porque hay cosas para las que ninguna fachada alcanza.

Nova le tomó la cara con las dos manos. Lo obligó con suavidad a mirarla.

Tenía los ojos llenos. No los bajó.

—Te amo —dijo él. Con la voz deshecha y sin pretensión ninguna, sin ninguna de las capas que antes ponía entre él y el mundo— Te amo de una manera que no tengo palabras. Y la idea de… —No pudo continuar.

—Lo sé. —Nova le limpió una lágrima con el pulgar— Yo también. Y por eso necesito decirte algo. Necesito que me escuches…

Gabriel esperó.

El corazón de Nova — ese corazón que medía sus golpes, que había amado sin reservas desde el primer día — dio uno más. Firme. Entero. Como si para este momento tuviera reservada toda la fuerza que le quedaba.

—Yo ya oré por vos.

Su voz no tembló.

—Oré para que cuando yo ya no esté, tu fe no falte…

Gabriel cerró los ojos.

Y se quebró.

Sin ruido. Sin drama. Solo ese derrumbe silencioso y total de un hombre que ha estado sosteniéndolo todo demasiado tiempo y al que la persona que más ama acaba de decirle la cosa más grande que alguien puede decirle a otro — no te voy a extrañar, no fue hermoso, sino… oré por vos, pensé en tu alma, me voy, pero te dejo a Dios…

Nova lo abrazó.

Lo apretó contra ella con toda la fuerza que le quedaba, que no era poca, y Gabriel hundió la cara en su cuello y no habló porque no había nada que decir que estuviera a la altura de lo que acababa de recibir.

Afuera el grillo seguía cantando. Las estrellas seguían ahí. El cerro seguía quieto y enorme y eterno, como todas las cosas que no entienden de dolores humanos y siguen sin más.

Estuvieron así mucho tiempo.

Sin hablar. Sin moverse. Solo los dos, en el pórtico, con el cielo de Icho Cruz abierto arriba y el fin aproximándose en silencio, como siempre lo hacen las cosas que van a cambiar todo — sin anunciarse, sin pedir permiso, con esa serenidad terrible de lo inevitable.

Cómo olvidar. Cómo decir adiós.

Cuando finalmente entraron, la casa estaba en silencio. Apagaron la última luz del pasillo. Gabriel le tomó la mano en la oscuridad y la llevó hasta el cuarto, y ella se dejó llevar, y ninguno habló porque ya todo estaba dicho.

Se acostaron.

Gabriel le pasó el brazo. Nova se acomodó contra él, con la cabeza en su pecho, en el lugar exacto donde el latido de su corazón era más claro y más fuerte.

Pasó un momento.

Después Nova dijo, en voz muy baja, casi un susurro:

—Abrázame fuerte, mi amor…

Gabriel la apretó.

—Así. —Pausa— No me sueltes, por favor... Nunca me sueltes…

—Nunca, nunca. Te lo prometo…

El cuarto estaba en silencio. Afuera el grillo seguía, fiel y constante. La luna entraba apenas por la ventana, un hilo de luz pálida sobre las sábanas.

Nova cerró los ojos.

Y dijo, con esa voz pequeña y entera que era la voz de la verdad más desnuda:

—Tengo frío…

Gabriel la apretó aún más fuerte.

Y no dijo nada. Ya no había nada más que agregar… Ya todo había sido dicho…

QUIERO QUE VUELVAS

Gabriel abrió los ojos antes que el sol.

Así había sido desde el primer día en Icho Cruz. Como si el cuerpo hubiera aprendido a despertar antes que todo, para no perderse ni un segundo de lo que tenía al lado.

La miró.

Nova dormía de costado, con el pelo suelto sobre la almohada y los labios apenas entreabiertos. Respiraba despacio. Con esa calma que solo tiene la gente que ha aprendido a descansar en Dios. La Biblia estaba en la mesa de noche. Sus lentes al lado, doblados con cuidado.

Gabriel no se movió, pero se preguntó si aquel sería un buen o mal día para su esposa…

Solo la miró. Con esos ojos que nunca habían sabido decir lo que sentían en voz alta, pero que en ese momento lo decían todo sin que nadie se lo pidiera.

La miro y en voz muy baja le dijo que era lo mejor que le había pasado en cuarenta años de vida. Le dijo que no sabía cómo había vivido antes de ella y que no había forma de que pudiera vivir si ella no estaba a su lado. Le dijo que su hija tenía sus ojos y que eso lo hacía

el hombre más rico y feliz del mundo. Le dijo que tenía miedo. Que siempre había tenido miedo, pero que con ella al lado el miedo era apenas un ruido de fondo.

No la despertó.

Se levantó despacio, cuidando cada movimiento. La tapó hasta los hombros. Le dio un beso suave en sus labios, y antes de salir, se quedó un segundo más en el umbral mirándola.

Solo un segundo más.

* * *

En la cocina, José y Sofy desayunaban tomados de la mano.

Recién casados. Los anillos nuevos todavía brillando como si no terminaran de creer que eran suyos. Hablaban bajo, con esa intimidad de los que están estrenando su propio idioma. Sofy reía de algo que José le había dicho al oído y él la miraba como quien mira algo que todavía no puede creer que sea suyo.

—¿Cómo durmieron? —preguntó Gabriel abriendo la alacena.

—Como matrimonio viejo —dijo José con una sonrisa— Profundo y sin culpa.

Sofy le dio un manotazo en el brazo sin dejar de reírse.

Gabriel preparó la bandeja en silencio.

El café de Nova, con la cantidad exacta de azúcar que ella tomaba. Las tostadas. La manteca al costado porque ella siempre la ponía sola y el dulce de leche hecho por Martha al otro costado. El detalle especial, era una rosa roja del jardín que había cortado antes de que nadie se despertara.

—Agustina debe estar enloquecida sola en la Torre —dijo Sofy mirando el teléfono.

—Agustina nació para eso —dijo Gabriel— Le encanta.

Se rieron los tres.

Gabriel levantó la bandeja. Miró el café. Pensó que cuando ella lo viera iba a poner esa cara que ponía cuando algo le gustaba y no quería que se notara demasiado, pero siempre se notaba. Siempre. Incluso cuando miraba para otro lado, incluso cuando fruncía levemente el ceño para disimular, algo en ella lo entregaba todo.

Sonrió solo, en el pasillo, pensando en eso.

Dio un paso. Dos. Cuando la voz de A.P.R.I.L. llegó desde el panel.

—Gabriel… Nova…

Solo eso. Solo esas dos palabras.

Pero había algo en el tono. Algo que no era código ni algoritmo. Algo que no tenía nombre técnico ni entrada en ningún manual, pero que le paró el corazón en el pecho antes de que su mente procesara absolutamente nada. Como cuando el cuerpo sabe antes que la cabeza. Como cuando algo en uno reconoce el peligro antes de verlo.

La bandeja cayó al suelo. El café se derramó despacio, silencioso, extendiéndose por el piso como si tampoco él supiera a dónde ir.

Gabriel ya estaba corriendo.

El pasillo parecía más largo. Parecía otro pasillo. Sus pies lo llevaban y él dejaba que lo llevaran porque pensar era un lujo que ya no podía permitirse, porque si pensaba, si se detenía un solo segundo a procesar lo que esa voz había hecho con su pecho, no iba a poder seguir moviéndose.

Empujó la puerta.

Nova estaba en la misma posición en que la había dejado.

El pelo sobre la almohada. Los labios apenas entreabiertos. Las manos sobre la sábana con esa quietud suya, esa quietud que él siempre había encontrado hermosa, esa paz que irradiaba incluso dormida.

—Nova. Nada. —Nova.

Cruzó el cuarto. Se arrodilló al borde de la cama. Le puso el dorso de la mano en la mejilla con cuidado, casi sin tocarla, como si parte de él ya supiera y quisiera prolongar un segundo más el momento anterior a saber.

Estaba fría.

Se quedó con la mano ahí. Sin moverse. Intentando que su cerebro procesara esa información y encontrando que no podía. Que no quería. Que había algo en él que simplemente se negaba a tomar esa temperatura y convertirla en lo que significaba.

La llamó otra vez. Más bajo. Casi en susurro, como si el volumen fuera a cambiar algo.

—Nova, mi amor…

Nada.

Se inclinó despacio. Apoyó los labios sobre los de ella.

Estaban fríos.

El mundo dejó de girar.

Se quedó así —con los labios sobre los de ella, sin moverse, sin separarse— un segundo, dos, tres. Como si hubiera alguna ley del universo que él no conociera, alguna excepción, alguna grieta por donde todavía pudiera entrar algo de calor y encontrar algo que respondiera. Como si su boca pudiera hacer lo que sus manos no habían podido. Como si el amor —ese amor que había sido tan real, tan concreto, tan absolutamente cierto— tuviera algún poder físico sobre lo que sus labios acababan de entender.

No lo tenía.

Se apartó despacio.

Y ahí, en ese apartarse, en ese milímetro de distancia entre su boca y la de ella, algo en él se terminó. No dramáticamente. No con un sonido. Se terminó como se apaga una luz: de golpe, sin aviso, sin darle tiempo a prepararse.

Sus ojos se llenaron. No de a poco. De golpe, como una represa que cede toda junta, sin fisuras previas, sin advertencia. La respiración se le cortó en la garganta y no encontró el camino de regreso. Se aferró al borde de la cama porque las piernas dejaron de responderle y el cuarto empezó a moverse, aunque él sabía que no se estaba moviendo, aunque alguna parte racional de él lo sabía, pero esa parte ya no tenía voz.

Todo se volvió borroso. Borroso y silencioso y extraño.

Todo menos ella.

Ella seguía perfectamente nítida. Perfectamente quieta. Con esa calma que él había mirado mil veces y que ahora era otra cosa. Que ahora era la cosa más distinta del mundo.

—Señor… —La voz de A.P.R.I.L. llegó desde algún lugar que parecía muy lejano. — Ella… ella ya no está…

Hizo una pausa. Una pausa que no era procesamiento ni cálculo. Era otra cosa.

—Se fue. Simplemente se quedó dormida… y se fue.

Nadie le había pedido a A.P.R.I.L. que sonara así. Nadie había escrito eso en su código. Y sin embargo estaba ahí, en cada frecuencia de esa voz —algo que se parecía demasiado al dolor como para llamarlo de otra manera.

Gabriel no se levantó.

Se dejó caer al piso, al lado de la cama, despacio, como quien ya no tiene estructura que lo sostenga. El piso estaba frío bajo las rodillas. Frío como la mejilla. Frío como los labios. Como si el frío fuera lo único que quedaba en el mundo esta mañana.

Le buscó la mano.

La encontró sobre la sábana, quieta, y la tomó entre las suyas con un cuidado absurdo, con un cuidado que ya no servía para nada y que sin embargo era lo único que podía darle. La sostuvo. La rodeó con los dedos. Sintió el peso de esa mano que él sabía de memoria —que había mirado trabajar y reír y gesticular y buscar las palabras exactas en el aire— y por primera vez ese peso no respondió.

Apoyó la frente en el borde del colchón.

Cerró los ojos.

Y desde algún lugar donde ya no existía nada de lo que había sido antes de ella —ni el control, ni la distancia, ni los muros construidos en cuarenta años de aprender a no necesitar a nadie— salió una voz que no reconoció como propia. Rota. Pequeña. Desnuda.

—No me dejes… No me dejes acá, mi amor… no me dejes solo…

Respiró. O intentó respirar.

—Nova… te pido que vuelvas… De donde estés… te pido que vuelvas… para que mi alma deje de llorar…

Pero el cuarto no respondió.

La mano de Nova seguía quieta entre las suyas. Y Gabriel lloró en silencio —ese llanto que no hace ruido porque viene de un lugar demasiado profundo para que el sonido llegue. El llanto de quien acaba de entender, con toda la crueldad de la lucidez, que la única persona en el mundo que lo había encontrado dentro de su propio laberinto, que había amado al hombre detrás de la máscara y al niño detrás de la fachada, ya no estaba.

Que se había ido mientras él le preparaba el café.

Que había puesto la cafetera, había acomodado la bandeja, había sonreído solo pensando en su cara, y en ese mismo tiempo, en esos mismos minutos, ella se había quedado dormida para siempre.

Y él no había podido hacer absolutamente nada.

Eso fue lo último que pensó antes de que el pensamiento también se rompiera.

José y Sofy aparecieron en el umbral juntos.

Se detuvieron.

Sofy vio la escena y algo en ella se quebró antes de que pudiera hacer nada para evitarlo —antes de que pudiera prepararse, antes de que pudiera encontrar la manera de sostenerse. Se llevó las dos manos a la boca. Se dio vuelta. Se enterró en el pecho de José sin poder mirar, buscando ese lugar donde uno se esconde cuando el mundo hace algo que no debería poder hacer.

—No, Dios, no… Nova, no…

José la abrazó. La rodeó con los brazos completamente cerrados, sin espacio, como si apretarla fuera a mantener algo entero. Lloró con ella —con la cara enterrada en su pelo, sin una sola palabra, porque no había palabras para esto. Y con una mano, casi sin darse cuenta, le acarició la cabeza. Una vez. Y otra. Y otra. Despacio. Ese gesto pequeño, inútil, que era lo único que le quedaba por ofrecer.

Porque no había palabras.

No para esto.

Pasaron los minutos y fue José quien habló primero. Con la voz rota.

—Voy a llamar al sanatorio.

Gabriel asintió sin moverse.

Pero antes de que José saliera, Gabriel se puso de pie. Despacio. Como si cada centímetro le costara años.

Se acercó a Nova una última vez. La miró. La miró como la había mirado esa mañana desde el umbral, o tal vez… como la miro aquella primera mañana cuando le ayudo a levantar todos sus papeles… —con esos ojos que siempre dijeron más de lo que él permitía.

Y la besó.

Ese beso duró lo que tenía que durar. Y en ese segundo —en ese último segundo— recordó otro beso: el primero… El que no había pedido permiso. El que ella no planeó, pero lo dio, y él nunca lo había esperado, pero que sin embargo había sido el más honesto de su vida.

Sonrió. Solo un instante. Solo para él.

Después le tomó la mano para colocarla con suavidad sobre ella.

Y algo cayó.

Se agachó. Lo recogió del suelo y lo miro… Era el señalador.

El viejo señalador de cartón con las letras desgastadas. Nova se había quedado dormida leyéndolo. Una vez más. La última vez.

Lo abrió. Las letras decían lo que siempre habían dicho.

"Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón." — Mateo 6:21

Gabriel no se movió.

Miraba las letras como si no las estuviera viendo por primera vez sino por todas las veces a la vez.

Y entonces vino todo junto.

La vereda de Recoleta. El café derramado. Los papeles esparcidos sobre el cemento caliente. Sus manos recogiendo ese pequeño rectángulo de cartón sin entender todavía que era el inicio de todo. Lo había guardado en el bolsillo a la altura del corazón —sin saber por qué, sin poder explicarlo, como quien guarda algo que todavía no comprende pero que sabe que algún día va a necesitar.

La terminal de Retiro. El ruido. El humo. Y él con el señalador entre los dedos temblorosos, ofreciéndole la única razón que tenía para pedirle que se quedara. "Porque donde está mi tesoro, allí está también mi corazón." Y ella recibiéndolo con las dos manos. Apretándolo contra su pecho. Llorando sin que le importara nada.

Las noches en el departamento. Nova orando con una mano sobre el corazón y el señalador entre las páginas. Él observándola desde el sillón sin moverse, sin decir nada, sintiendo que algo muy adentro suyo empezaba a moverse despacio —como una puerta que alguien empuja desde el otro lado con mucha paciencia y mucho amor.

Y ahora esto. Nova que se había quedado dormida leyéndolo. Una vez más. La última vez. Con el señalador entre los dedos —ese mismo señalador que había cruzado manos, bolsillos, Biblias y años— como si incluso en el último momento hubiera querido tenerlo cerca. Como si supiera que era de los dos.

"Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón." — Mateo 6:21

Gabriel cerró los ojos.

Y se quebró con todo su cuerpo. Sin límites. Sin muros. Sin ninguna de las defensas que había levantado durante cuarenta años para que nadie llegara hasta ese lugar. Se quebró como solo se quiebra quien amó de verdad y perdió de verdad —con todo adentro, sin que quedara nada en pie.

LOS DÍAS SE VAN

El auto fúnebre esperaba con el motor encendido. Gabriel subió primero. Cargó a la pequeña en brazos y se sentó con ella sobre sus piernas. No lloró. No habló. Miraba hacia adelante con los lentes negros puestos como si fueran un muro entre él y el mundo.

Del otro lado, Jonathan sostenía a Martha. Ella no podía sola. Sus piernas apenas respondían y sus sollozos salían en oleadas, uno detrás del otro, sin que pudiera detenerlos. Jonathan la envolvió con ambos brazos y la condujo despacio hacia el segundo auto. Sus propios ojos brillaban, pero su boca estaba cerrada.

Cerrada con todo lo que no iba a decir… todavía.

José abrió la puerta de su auto. Agustina subió sin mirarlo. Sofy lo hizo después, en silencio. Los tres miraban por ventanas distintas. Nadie encontraba las palabras ni respuesta por lo que estaban viviendo. Solo el peso de lo que acababa de suceder cayendo sobre cada uno de ellos con una lentitud insoportable.

Detrás, el pueblo entero... Icho Cruz completo… caminando detrás de un auto. El pueblo que la vio nacer, que la vio correr por el cerro, que la vio crecer. Hoy la despedía así. A paso lento, con la cabeza baja y el corazón roto. Con un respeto inconmensurable.

El cielo no dejaba pasar al sol. El viento frío y las nubes oscuras lo tapaban todo, grises y pesadas, como si el día mismo hubiera decidido vestirse de luto.

El auto comenzó a moverse.

La pequeña miraba por la ventanilla. Después levantó la vista hacia Gabriel y preguntó con esa voz pequeña que él conocía de memoria:

—Abba… ¿a dónde llevan a Imma?

Gabriel la miró. Detrás de los lentes nadie podía ver sus ojos, pero ella sí, estaba cerca. Demasiado cerca.

—A honrarla —dijo él, con una voz que salió entera de algún lugar que no sabía que todavía funcionaba— Y a llevarla a que descanse en paz, hija.

La pequeña asintió con lentitud. Como si entendiera más de lo que debería entender a su edad.

Llegaron al cementerio.

Bajaron todos con lentitud. Las puertas de los autos se abrieron una por una y cada persona que salía parecía cargar algo invisible sobre los hombros.

Lágrimas. Sollozos contenidos. Y lamentos de aquellos que la habían visto crecer y ser feliz.

Caminaron. Todos con mucha lentitud, hacia la bóveda.

Gabriel, Jonathan, José, el pastor Samuel y el doctor Reeves, llevaban el cajón. Juntos. Sin hablar. Sin gesticular. Con los ojos fijos hacia adelante como si mirar a los costados fuera un lujo que ninguno podía permitirse en ese momento. Solo caminaban. Y en esa caminata estaba todo un pasado que hoy cerraba sus puertas.

Lo que fue… lo que era, y que ya nunca más… volvería a ser.

Sofy caminaba junto a Martha, abrazándola, sosteniéndola con el cuerpo entero. Agustina iba un poco más atrás. Miraba todo. Callaba todo y llevaba de la mano a la pequeña, que mostraba tanta entereza como su padre. Ella tenía la fortaleza de Gabriel y de Nova juntos…

Al llegar a la bóveda asentaron el féretro sobre la camilla.

Todos se acomodaron alrededor en silencio.

El pastor Samuel se colocó al frente, al costado del cajón. Tragó saliva. Y comenzó.

—Hace tan solo cuatro años… todos nosotros, reunidos, festejábamos la unión de nuestra amada Nova con Gabriel…

Hizo una pausa. Cerró los ojos un segundo. Se recompuso.

—Pero hoy… hoy nos toca reunirnos… para honrarla y despedirla.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas sin que él las pudiera detener.

—Yo la vi nacer. La vi crecer corriendo por las calles del pueblo, como cada uno de nosotros, y… por su cerro. La vi orar buscando a Dios desde muy pequeña. La vi feliz, unida en matrimonio a un buen hombre. Y la vi llorar de alegría por la llegada de su hija…

Pero también la vi luchar durante tres años consecutivos contra su propio corazón que quería apagarse. Pero no pudo… Su corazón tuvo que doblegarse ante la lucha de Nova y le dio tres años más para que ella viera crecer a su hija y al único hombre que amó en toda su vida…

Pero la muerte no sabe de respeto…

Se detuvo. Ya no podía más.

—Hoy no quiero despedirla. No puedo hacerlo… Ella vive y vivirá siempre, en el corazón de cada uno de nosotros. Pero comprendo perfectamente bien que Dios la ha llamado para darle su recompensa allí a su lado… Esa felicidad plena que ella mereció por haber vivido una vida íntegra y rendida a Él.

—Hoy el cielo le va a dar la bienvenida a una mujer que vivió para Dios…

No pudo continuar. El llanto lo venció.

Fue Jonathan quien se acercó. Le puso una mano sobre el hombro con suavidad y lo corrió un paso al costado. Después se paró frente a todos. Sus ojos brillosos. Sus manos temblando apenas. Y desde algún lugar profundo, desde un lugar que solo encuentra quien ha aprendido a sostenerse en lo que no se ve, comenzó a recitar:

"Jehová es mi pastor; nada me faltará.

En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.

Confortará mi alma;

Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.

Y aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando.

Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días."

Su voz no tembló. Fue hasta el final y luego lloró…

Al terminar, secó sus ojos con el dorso de la mano.

Los encargados de poner el féretro en la bóveda comenzaron a empujar la camilla hasta el lugar, pero en ese preciso momento, la pequeña corrió y casi por instinto… abrazo y besó aquel frío y brilloso cajón…

Los corazones de todo el pueblo se quebraron a la vez, como si un coro de llanto quisiera llegar al cielo.

El féretro fue puesto dentro de la bóveda. Y entonces… la bóveda se cerró para siempre.

Jonathan se acercó a Gabriel. Lo miró directo a los ojos.

—Gracias, hijo… —dijo— Por haberla amado tanto.

Gabriel se deshizo. Las lágrimas que había contenido desde el auto fúnebre, desde el hospital, desde hacía semanas, desde hacía años… ahora salieron todas juntas sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Martha se acercó llorando, sostenida por Sofy. Lo abrazó. Lo abrazó como solo una madre sabe abrazar a alguien que está roto.

—Hijo —le dijo al oído— Se nos fue…

Jonathan vino desde atrás, la envolvió con sus brazos y la condujo despacio consigo.

José. Agustina. Sofy. El pueblo entero. Uno por uno se acercó a Gabriel, le apretaron la mano, le tocaron el hombro, lo miraron a los ojos sin saber qué decirle. Después comenzaron a caminar hacia la salida. Despacio. En silencio. Con el mayor de los respetos.

Hasta que no quedó nadie.

Solo Gabriel. Y la pequeña.

Los dos parados frente a esa bóveda cerrada.

Un viento helado pegaba en sus rostros con una frialdad que no pedía permiso. Gabriel no se movió. No podía moverse. Miraba esa piedra gris como si detrás de ella hubiera todavía algo que esperar.

Pasaron minutos. O años. Gabriel ya no sabía.

Y entonces, desde algún lugar que Gabriel no pudo identificar —no supo si era un auto detenido sobre la calle, una ventana abierta, un teléfono olvidado sobre algún banco de piedra— llegó una melodía. Suave. Lejana. Como si el viento la trajera desde otro tiempo.

Qué imagen tan borrosa y tan lejana, devuelven los retratos de un amor

Veo la tarde llorar tras la ventana, tal vez esté llorando por los dos.

Y hasta el viento que pasa, y hasta el aire en nuestra casa está nombrándote, esperándote.

Y los días se van, perdiéndose entre sueños que mueren en la soledad,

de un mundo que no gira más.

Y las noches están tan llenas de recuerdos que duelen,

y no puedo acostumbrarme a estar sin vos.

Gabriel no se movió.

Miraba la bóveda cerrada y esperaba que el dolor lo terminara de romper. Pero entonces llegó algo que no esperaba. Algo sin nombre todavía que le dio vergüenza sentir antes de entender qué era.

Alivio.

Lo rechazó de inmediato. Lo empujó hacia adentro con todo lo que tenía. ¿Cómo podía sentir eso? ¿Cómo podía haber algo parecido al alivio en este momento, parado frente a esta piedra gris, con su hija de la mano?

Pero volvió.

Volvió despacio, con esa honestidad brutal de las cosas que son verdad, aunque uno no quiera que lo sean. Y Gabriel entendió.

No era alivio por él. No era alivio por el silencio ni por el fin del miedo ni por ninguna de las cosas mezquinas que el alivio a veces significa.

Era alivio por ella.

Por Nova, que ya no iba a despertar agotada cada mañana. Porque ya no tendría que sostener una sonrisa mientras el cuerpo le fallaba por dentro. Porque ya no iba a mirar a su hija con ese amor enorme y ese miedo silencioso de no poder quedarse.

Nova estaba con Aquel en quien siempre había creído. Con Aquel a quien le había hablado desde un cerro en la oscuridad, llorando y sin recibir respuesta, y aun así sin soltar la mano.

Gabriel cerró los ojos.

Y por primera vez desde hacía años, no oró por él. No pidió nada. Solo dijo, en voz muy baja, casi sin sonido:

—Cuídala…

La pequeña levantó la vista hacia la bóveda. Y con esa voz pequeña, con esa voz que esta vez sonó distinta —más grave, más profunda, como si algo en ella también supiera lo que significaba ese día— dijo:

—Te amo, mamá…

No dijo Imma esta vez. La llamó mamá, porque en algún lugar adentro suyo ya sabía que esa mujer, la que le había dado la vida, ya nunca más volvería.

Gabriel cerró los ojos. Y nunca, jamás, pudo olvidar esas palabras de su hija.

SIEMPRE TE RECORDARÉ

Gabriel no recordaba bien cómo había salido del cementerio.

Solo recordaba el olor a tierra fresca que no se parece a ningún otro olor del mundo. Recordaba la mano de la pequeña Nova sobre la suya, pequeña y tibia, ajena al peso que él llevaba encima. Recordaba que en algún momento alguien le había dicho algo y que él había asentido sin procesar una sola palabra.

Después estaba en el pórtico de la casa.

No sabía cuánto tiempo había caminado. No sabía si había hablado con alguien. Solo sabía que estaba ahí, parado, con la pequeña Nova sentada en el escalón a sus pies inspeccionando una piedra con la concentración que le era propia, y que adentro de él algo que no tenía nombre seguía rompiéndose en silencio con esa manera que tiene el dolor cuando ya no encuentra dónde ir y empieza a ocuparlo todo.

Miró la casa.

La cocina donde Nova preparaba el desayuno cantando sin saber que él se detenía en el pasillo para escucharla. El ángulo de la ventana donde ella leía su Biblia con los pies doblados debajo del cuerpo y los lentes torcidos porque nunca los acomodaba del todo. El pórtico con dos sillones mirando el cerro. La mancha de café al dejar caer la bandeja con el desayuno cuando A.P.R.I.L. le anunciaba que Nova ya no estaba… que se había ido y ya nunca más regresaría…

Sintió que el pecho se le cerraba de un modo que no era metafórico.

Comprendió, con una claridad que dolía como duelen las cosas verdaderas, que no podía quedarse. Que cada rincón de esa casa iba a tener su cara, su perfume, su esencia. Que cada silencio iba a tener su voz.

Él podía resistir muchas cosas —de hecho... había resistido cosas que hubieran quebrado a cualquier otro—, pero no esto. Esto todavía no podía resistirlo. Aún no...

Se limpió la cara con el dorso de la mano, aunque las lágrimas seguían saliendo solas sin que les pidiera permiso.

Supo que tenía que irse de aquel lugar. Que debía volver a Buenos Aires.

Pensó en Jonathan y Martha. Ellos habían enterrado a su hija esa mañana. Lo mismo que él.

Ellos se merecían algo más que enterarse de su partida por un vuelo que despegaba sin aviso. Nova nunca le hubiera perdonado eso. Y él tampoco se lo perdonaría.

No era obligación. Gabriel no funcionaba por obligación. Era otra cosa. Era ese código silencioso que Nova le había dejado instalado sin pedirle permiso, y que decía que las personas que se aman jamás se abandonan. Se cuidan. Eran familia. Y a la familia no se le da la espalda en los peores días.

Él lo sabía. Porque era exactamente lo que ellos habían hecho con él durante cuatro años.

Se limpió la cara otra vez. Respiró.

—Vamos, hija —dijo. La voz le salió rota. No hizo nada para disimularlo— Tenemos que ir a ver a los abuelos.

La pequeña Nova levantó la vista. Lo miró. Y sin preguntar nada guardó la piedra en el bolsillo de su campera y le extendió la mano.

Gabriel la tomó. Y fueron.

* * *

Martha abrió la puerta antes de que tocara. Aún no había podido dejar de llorar.

Lo miró un segundo. Vio su cara. Y sus propios ojos, que ya estaban rojos desde la mañana, se llenaron de nuevo sin que pudiera hacer nada. Se hizo a un lado para dejarlo pasar sin decir una sola palabra porque no había palabras que sirvieran para ese momento.

Jonathan estaba en la cocina. Levantó la vista cuando los vio entrar. Miró a Gabriel. Miró a la pequeña Nova. Y con ese instinto suyo de hombre que entiende las situaciones sin que nadie se las explique, se agachó frente a la niña con una calma completamente fabricada.

—¿Sabés qué? En el jardín se escucha desde anoche un grillo que te estaba buscando.

La pequeña Nova evaluó la información. Decidió que era suficiente razón para no hacer preguntas. Y salió al jardín.

Los tres adultos se quedaron en la cocina.

Martha puso la pava. Sus manos temblaban. Jonathan se apoyó contra la mesada y esperó con los brazos cruzados y los ojos brillantes de un hombre que llevaba horas sosteniéndose en pie por pura determinación.

Gabriel habló.

Les dijo que no podía quedarse en esa casa. Que cada rincón tenía la cara de Nova y que él no tenía todavía la capacidad de vivir con eso sin derrumbarse entero.

Les dijo que necesitaba moverse. Que necesitaba el trabajo y el ruido y la ciudad porque sin eso no sabía cómo respirar. Lo dijo con la voz quebrada en más de un lugar, deteniéndose cuando las palabras no salían, mirando la mesada cuando no podía sostener la mirada de ninguno de los dos.

Martha lloró en silencio durante todo el tiempo que él habló. Sin hacer ningún gesto para contenerlo. Jonathan no lloró, pero tenía los ojos de un hombre que estaba usando todo lo que tenía para no hacerlo.

Cuando Gabriel terminó, hubo un silencio pesado.

—¿Y la nena...? —dijo Martha. La voz apenas llegaba.

—Es por ella que me tengo que ir —dijo Gabriel— ¿Qué clase de vida le podría dar si me encuentra llorando por cada rincón recordando a su Imma...?

Martha levantó la vista. Los ojos le brillaban con esa mezcla de dolor y de algo que era casi súplica.

—Ella es lo único que me queda de Nova... —dijo Gabriel. Y tuvo que detenerse. Respirar. Seguir— Ustedes y yo somos lo único que ella tiene de su madre. —Se le cerró la garganta.

Jonathan descruzó los brazos. Miró por la ventana a la pequeña jugando entre las flores y parpadeó una vez.

—¿Y nosotros...? —preguntó. Sin reclamo. Solo nombrando lo que era real.

Gabriel lo miró. Y por primera vez desde que había entrado, las lágrimas le salieron de un modo que no pudo contener.

—Ustedes son nuestra familia. Son nuestros padres ahora — dijo, la voz completamente rota— Ustedes son lo único que nos queda de Nova.

—Los voy a necesitar. Y me van a tener para lo que sea. Cuando sea.

Jonathan asintió. Una sola vez. Lento. Con los ojos cerrados un segundo.

Martha se levantó, rodeó la mesada y lo abrazó. Lo abrazó con esa fuerza de madre que no pide permiso y que no necesita justificarse. Gabriel hundió la cabeza en su hombro y lloró. Lloró de verdad, con el cuerpo entero, con ese llanto que lleva horas acumulado y que cuando finalmente sale no distingue entre la dignidad y el derrumbe.

Martha lloraba también. Le acariciaba la cabeza como se acaricia la de un hijo.

—Ella siempre supo quién eras vos —le dijo.

Gabriel no podía responder. Solo apretó más fuerte.

Cuando se separaron, Jonathan le extendió la mano. Gabriel se la tomó. Y el otro le puso la segunda mano encima, con ese gesto suyo que contenía todo lo que no había manera de decir.

—Cuídala —dijo Jonathan. Con la voz apenas entera.

—Como la cuidé a ella... —dijo Gabriel.

Fueron al jardín a buscar a la pequeña Nova.

La encontraron en cuclillas frente a un cantero con la concentración absoluta de quien tiene entre manos algo de máxima importancia. Cuando levantó la vista y los vio a los tres parados mirándola, evaluó la situación con esa rapidez suya.

—¿Nos vamos?

Gabriel se agachó hasta su altura. La miró. Sintió que tenía los ojos de Nova mirándolo desde la cara de la pequeña Nova, y él tuvo que respirar antes de poder hablar.

—Sí, hija. Nos vamos.

La niña se levantó. Se limpió las manos en la campera. Miró a sus abuelos.

Martha se agachó y la tomó en brazos antes de que pudiera decir nada. La apretó contra el pecho con ese abrazo que no quería terminar. Jonathan le acarició el cabello rubio con una ternura que le temblaba en la mano.

La pequeña Nova los dejó hacer. Después se echó hacia atrás y miró a Martha de frente.

—Abu, ¿por qué lloras?

Martha tardó un segundo en poder responder.

—Porque te voy a extrañar mucho, mi amor.

La niña lo procesó con seriedad. Le puso una mano pequeña en la mejilla.

—Yo también te voy a extrañar a vos... Pero Abba dice que vamos a venir seguido a verlos.

—Sí —dijo Martha— Lo sé.

—Entonces no llores —resolvió la pequeña Nova.

Martha se rió entre las lágrimas. Jonathan también, con esa risa que duele y alivia al mismo tiempo. Y Gabriel, que los miraba desde atrás con los ojos todavía húmedos y las manos en los bolsillos, sintió algo en el pecho que no era alivio pero que por un segundo se le pareció.

* * *

A.P.R.I.L. había organizado todo.

El vuelo privado esperaba. El equipaje estaba en el hall. Gabriel hizo una última recorrida por la casa en silencio, despacio, sin apurarse. Miró cada cuarto. No buscaba nada. Solo miraba como quien necesita guardar algo en algún lugar del cuerpo antes de cerrar la puerta.

En el cuarto se detuvo más tiempo.

La cama. Los estantes. El libro que Nova había dejado boca abajo en la mesita de noche como si fuera a volver a tomarlo en cualquier momento. Gabriel lo miró, pero no lo tocó.

Una lágrima le cayó sin que la sintiera venir. La dejó. No había nadie mirando.

Salió. Cerró la puerta. Y no miró atrás.

La pequeña Nova lo esperaba en el camino con su mochila puesta y el oso del tío José apretado contra el pecho. Lo miró cuando se acercó con esa mirada evaluadora suya.

—¿Volvemos a Buenos Aires, Abba? —le preguntó con ese tono cordobés que tenía su madre, pero que aún no terminaba de definirse.

Gabriel la miró. Pensó en el tríplex de Recoleta. En la Torre DMT. En todo lo que lo esperaba del otro lado. Sintió el peso de eso y al mismo tiempo la necesidad de ese mismo peso.

—Sí, hija —dijo. La voz todavía no era del todo suya— Volvemos a Buenos Aires.

Le dio la mano. Y partieron.

* * *

Durante el vuelo la pequeña Nova estuvo un rato mirando por la ventanilla con los ojos abiertos y esa expresión suya de quien procesa el mundo a una velocidad que los adultos no siempre pueden seguir.

Gabriel la miraba de reojo.

El cabello rubio, tan parecida... tan igual... El perfil. La manera de inclinar la cabeza cuando algo le llamaba la atención. A veces el parecido era tan exacto que tenía que mirar para otro lado. Y cuando miraba para otro lado, el dolor volvía de otro ángulo. No había dirección segura.

En algún momento la niña se volvió hacia él con toda la seriedad de sus tres años.

—Abba, ¿en Buenos Aires hay cerros?

Gabriel tardó un segundo en salir de donde estaba.

—No —dijo— No hay cerros.

La pequeña Nova frunció el ceño.

—¿Y dónde suben entonces?

Algo en él se movió. No era exactamente una sonrisa. Era algo más pequeño y más frágil que eso. Pero era algo.

—A ningún lado, hija. En Buenos Aires la gente no sube a ningún lado.

La niña lo consideró. Torció la boca con una expresión de pura desaprobación.

—Qué aburridos que son... —dictaminó. Y volvió a la ventanilla.

Gabriel la miró todavía un momento.

El río aparecía abajo. Ancho y gris. Buenos Aires extendiéndose en todas direcciones con su ruido y su movimiento y su capacidad de no detenerse nunca por nada.

Se limpió los ojos despacio con el dorso de la mano.

—Sí —dijo en voz baja, para nadie— Qué aburridos.

* * *

El tríplex de Recoleta recibió a la pequeña Nova como si la hubiera estado esperando.

Entró primera, como siempre, con esa energía suya que no pedía permiso para ocupar los espacios. Recorrió cada cuarto con la velocidad y el criterio de un inspector que tiene quince cosas para revisar y tiempo para ninguna. Abrió puertas. Miró debajo de las camas. Se asomo al balcón y se quedó parada en el umbral mirando Buenos Aires con los ojos bien abiertos.

—Es muy grande —anunció, con la autoridad de quien emite un veredicto.

—Sí. Es grande —dijo Gabriel desde el hall, dejando el equipaje.

—Me gusta —resolvió. Y entró de nuevo.

Gabriel se quedó parado en el centro del living con las manos en los bolsillos mirando el espacio. El mismo tríplex de siempre. Los mismos ventanales. La misma Buenos Aires afuera moviéndose sin detenerse por nada.

Pero algo en el aire era diferente ahora. O tal vez era él el que era diferente. El que miraba el mismo lugar con ojos que habían visto cosas que no podían desverse.

Apoyó la mano en el respaldo del sofá y respiró.

Adentro, desde algún cuarto, se escuchó un golpe seguido de un silencio breve y después la voz de la pequeña Nova anunciando con total tranquilidad:

—Yo no fui...

Gabriel cerró los ojos un segundo y al abrirlos...

Agustina entraba por la puerta.

Entraba con dos bolsas de comida y esa capacidad suya de leer cualquier situación de un vistazo y saber exactamente qué hacer en ella. Miró a Gabriel. Solo un segundo. Le bastó. Lo abrazó sin decir nada, con esa fuerza suya de hermana que conoce la diferencia entre el abrazo que consuela y el abrazo que simplemente acompaña. Este era el segundo.

Después se agachó frente a la pequeña Nova y la miró a los ojos.

—Hola, hermosa. La tía te extrañó mucho.

La niña la estudió con esa mirada evaluadora suya.

—Nos vamos a quedar con vos —dijo— Abba me dijo que vamos a vivir los tres juntos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más te dijo tu Abba...?

La pequeña Nova lo consideró.

—Que sos mandona.

Agustina soltó una carcajada. Miró a Gabriel con los ojos entornados. Gabriel levantó las manos.

—Yo nunca dije eso.

—Literalmente lo dijiste —contestó la niña.

—Dije que era... organizada.

—No. Dijiste que era mandona —repitió la pequeña Nova, con la satisfacción de quien resuelve un debate.

Agustina negó con la cabeza sonriendo. Pero cuando se levantó y se dio vuelta hacia la cocina, la sonrisa le duró exactamente lo que tardó en estar de espaldas. Gabriel lo vio. Y no dijo nada porque él estaba igual.

Esa noche la pequeña Nova desapareció de la vista de los dos adultos por un silencio que duró exactamente el tiempo suficiente para ser preocupante.

La encontraron en el estudio con el contenido completo de dos cajones distribuido sobre el piso en un orden que solo ella podía comprender.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Agustina desde la puerta.

—Ordeno el caos de Abba.. —dijo la pequeña Nova, sin levantar la vista.

Gabriel miró el desastre. Miró a Agustina y recordó a Nova diciendo exactamente lo mismo en el mismo tono.

—Es igualita a Nova —dijo Agustina en voz baja. Sin pensar. Y en el segundo en que lo dijo se arrepintió.

Gabriel no respondió. Miró a la niña en el suelo con sus cajones y su orden propio y su cabello rubio cayéndole sobre la cara mientras trabajaba. Y girando rápidamente sobre sus talones, se dirigió al baño con sus ojos brillantes, tratando que la pequeña no lo vea…

En las semanas que siguieron, Agustina fue convirtiéndose en la voz de Nova tratando de corregir a la niña. Arropándola por las noches al ir a dormir, y amándola como si fuera su hija y no solo su sobrina. La pequeña Nova fue encontrando en ella algo que no se nombraba pero que se sentía. Una presencia femenina que no reemplazaba a nadie, sino que ocupaba un lugar propio, necesario y tibio.

Gabriel lo vio. Y las dejó ser.

Agustina también estaba de duelo. También había perdido a su amada cuñada. Y cuidar a esa niña era su manera de seguir cerca de Nova de la única manera que le quedaba disponible.

Viajaban cada dos o tres semanas a Icho Cruz a ver a los abuelos, que siempre esperaban ansiosos la llegada de la pequeña. Gabriel y la pequeña se quedaban en la granja, no iban a la casa... aún no podían...

* * *

Él, mientras tanto, hizo lo único que sabía hacer cuando el dolor era demasiado grande para mirarlo de frente.

Volvió a ponerse su vieja armadura y trabajó.

Volvió al piso veinticinco de la Torre DMT con esa determinación de siempre. Los sistemas. Las reuniones. Las decisiones que solo él podía tomar. Se metió de lleno con esa concentración que durante años había sido su manera de no necesitar nada que no pudiera controlar.

La armadura había vuelto. Estaba intacta, esperándolo como si nunca se hubiera ido.

La diferencia era que ahora sabía que lo que era.... Pero se la puso igual. Porque sin ella no sabía cómo respirar.

No quería pensar en Nova. No quería recordar. Cada recuerdo era un filo que encontraba la manera de entrar exactamente donde más dolía, y Gabriel no tenía todavía la capacidad de sostenerse en pie y sangrar al mismo tiempo. Así que elegía el movimiento. Elegía los números, los sistemas y las decisiones que tenían respuesta.

Pero su corazón no le hacía caso.

Su corazón se negaba con una obstinación que no era irracional sino exactamente lo contrario. Era la obstinación de algo que había sido demasiado real para borrarse. Que había echado raíces demasiado profundo para poder arrancarse.

Encontraba a Nova en todas partes. En el café de la mañana que él preparaba ahora de una manera diferente porque sin darse cuenta había adoptado la manera de ella. En el modo en que la pequeña Nova inclinaba la cabeza cuando algo le llamaba la atención. En la altura exacta a la que la niña acomodaba sus cosas, que era la misma altura que Nova usaba sin que nadie se lo hubiera enseñado. En una canción

que A.P.R.I.L. ponía sin que él la hubiera pedido y que de pronto llenaba el tríplex con algo que él no estaba preparado para recibir.

No podía escapar de ella. Y una parte de él, la parte más honesta, tampoco quería hacerlo…

Los meses habían pasado con esa velocidad particular que tiene el tiempo cuando uno decide no mirarlo.

Gabriel lo había decidido sin tomarse el trabajo de decidirlo conscientemente. Simplemente había puesto el cuerpo en movimiento y no lo había detenido.

El piso veinticinco. Las reuniones. Los sistemas. Las decisiones. José y Agustina sosteniendo la estructura de DMT con esa solidez suya que él había aprendido a dar por descontada y que en el fondo agradecía con una profundidad que no siempre sabía cómo expresar. La empresa funcionaba. Todo funcionaba.

Él también funcionaba. Pero solo por afuera. Su interior se había ido junto con su amada Nova.

Trabajaba hasta tarde. Casi todas las noches.

El tríplex en silencio, la pequeña Nova dormida, A.P.R.I.L. procesando en segundo plano, y él frente a las pantallas con esa concentración suya de hombre que ha convertido el movimiento en su única forma de respirar.

Si paraba, pensaba. Si pensaba, la veía. Y verla todavía tenía bordes que no había aprendido a tocar sin sangrar.

Así que no paraba.

* * *

Un martes de julio, con la tarde cayendo sobre Buenos Aires, Gabriel estaba parado frente al ventanal del piso veinticinco con las manos en los bolsillos y la ciudad abajo moviéndose sin saber nada.

Afuera llovía sin cesar.

Una lluvia densa y gris que borraba los bordes de los edificios y convertía todo en una acuarela corrida. Gabriel la miraba sin ver del todo. Pensando en ella. Como siempre. Como todos los días desde que había vuelto. Como en cada momento en que el trabajo le soltaba la mano por un segundo y el silencio entraba.

Detrás de él, A.P.R.I.L. funcionaba en silencio. Los sistemas. Los servidores. Todo en orden. Todo bajo control.

Todo menos él.

Entonces la canción empezó a sonar.

No la había pedido. A.P.R.I.L. la había encontrado sola en algún rincón de sus propios algoritmos y la había puesto sin anunciarse, con esa manera suya de hacer las cosas que a veces parecía demasiado humana para ser solo código.

"Siempre te recordaré".

Gabriel no se movió.

Las palabras llenaron el cuarto despacio, sin apuro, con esa precisión que tienen las canciones que llegan exactamente cuando no hay manera de defenderse de ellas. Era todo. Era exactamente todo lo que no había podido decirse en meses de noches sin dormir frente a pantallas que tenían respuesta para todo menos para esto.

El amor huérfano. El color que se fue. El gris que ahora cubría su vida…

Una lágrima le cayó sin que la sintiera venir y la dejó.

Afuera la lluvia seguía. Persistente. Sin apuro. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Tal vez el día estaba llorando por los dos.

* * *

Esa noche de julio estaba buscando unos archivos de un proyecto que había arrancado hacía dos años y que necesitaba revisar antes de la reunión del día siguiente. Los había buscado en el servidor principal. En los respaldos locales. En los archivos de gestión que A.P.R.I.L. organizaba con su precisión habitual.

Nada.

—A.P.R.I.L. —dijo sin levantar la vista de la pantalla— Transferí a tu memoria todo lo que tiene la terminal que era de Nova en Icho Cruz. Tal vez los documentos estén allí.

—Entendido, señor. Iniciando transferencia.

Gabriel siguió revisando otras carpetas mientras esperaba.

La ciudad afuera lloraba desde la mañana. El silencio del tríplex. El sonido mínimo de los sistemas funcionando.

Pasaron varios minutos.

—Señor.

—Decime.

A.P.R.I.L. hizo una pausa. Mínima.

—Los documentos no están en esa terminal.

Gabriel cerró los ojos un segundo. —Bien. Mañana los busco en el servidor de respaldo.

—Pero hay algo más, señor…—dijo A.P.R.I.L.

Algo en el tono lo detuvo. No era un tono. A.P.R.I.L. no tenía tonos. Pero había algo en la cadencia de esas tres palabras que hizo que Gabriel levantara la vista de la pantalla.

—¿Qué hay?

—Hay un video, señor… —Una pausa breve— Creo que usted debería verlo.

Gabriel no respondió de inmediato.

—¿Un video…?

—Sí, señor.

—¿De quién…?

El aire del cuarto cambió de densidad. O tal vez fue él el que cambió. Sintió algo moverse en el centro del pecho con esa lentitud de las cosas que el cuerpo comprende antes que la mente.

La pantalla gigante del War Room se iluminó despacio.

—De Nova, señor…

Y apareció ella.

Estaba tan hermosa como siempre, acomodando la cámara. De pie, inclinada hacia adelante, con esa concentración suya en los detalles pequeños que la había caracterizado.

El cabello suelto sobre los hombros. La camisa blanca. Los lentes de armazón grafito. La luz de la tarde en Icho Cruz cayendo sobre todo con esa calidez que no existía en ningún otro lugar del mundo.

Gabriel no respiró.

Nova se echó hacia atrás. Miró a la cámara. Y sonrió. Esa sonrisa suya que no costaba nada y que sin embargo valía todo.

Se acomodó en el borde de la mesada de la cocina de Icho Cruz con esa naturalidad de siempre, cruzó las manos sobre el regazo y empezó a hablar.

—Hola, mi amor… —Una pausa breve, como si estuviera acomodando las primeras palabras

— No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que me haya ido hasta que encuentres este video. Pero sin importar el tiempo que haya sido, quiero que sepas que... desde donde esté... yo te sigo amando.

A Gabriel se le llenaron los ojos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Las lágrimas le cayeron solas, despacio, sin que les pidiera permiso.

—Sé que vos, la pequeña Nova, mis padres y los chicos deben haber sufrido mucho.

—Sé cuánto me aman. Eso es algo que nunca podría olvidar. — Hizo una pausa

— Pero si recordás... un día sentado en los escalones de casa, te dije que había orado por vos. Para que tu fe no faltara cuando sucediera lo inevitable. Y estoy segura de que Dios lo escuchó. Por eso aún seguís en pie.

Hizo una pausa. Miró un punto por fuera de la cámara. Y cuando volvió a mirar, había algo diferente en sus ojos. Algo más adentro. Más quieto.

—Gaby... Mi amado Gaby... esa noche... cuando, recién casados, me cargaste en brazos para entrar a la habitación... —Se detuvo. No porque las palabras no estuvieran. Sino porque la emoción llegó antes que ellas y no hubo manera de contenerla.

Nova se limpió los ojos despacio. Una vez. Y sonrió.

Ella no estaba llorando porque sabía que moriría. Estaba llorando porque sabía todo lo que habían vivido juntos.

—Esa noche te entregué todo lo que era… Todo lo que tenía. Lo que nunca le había dado a nadie y que nunca se lo podría haber dado a nadie más que no fueras vos. —Volvió a hacer una pausa. La voz le salió entera, apenas

— Fuiste el primer hombre de mi vida… y el único. Y eso... eso no lo borra ni el tiempo ni la distancia ni siquiera la muerte, Gaby.

Gabriel no podía moverse. Los ojos fijos en la pantalla. Las lágrimas cayéndole sin pausa sin que hiciera ningún gesto para detenerlas.

—Fui tan feliz a tu lado mi amor... —La voz de Nova se asentó un poco. Más firme. Más decidida

— Cada momento que pasamos juntos viví una vida plena. Una felicidad completa. Y más cuando llegó nuestra hija. —Sonrió con todo— Ella fue el regalo más grande que Dios nos dio.

Tuvo que detenerse otra vez. Se limpió los ojos. Y siguió.

—No quiero que me recuerdes con lágrimas. Nuestra vida fue de felicidad. No de tristeza. Y es así que quiero que me recuerdes. Con alegría… —Hizo una pausa más larga

— Y vos... vos tenés mi permiso para volver a vivir, Gaby… Para volver a reírte… Para volver a ser feliz. Eso no es traicionarme. Eso es exactamente lo que te pido… Lo que necesito saber que vas a hacer.

En ese momento se abrió la puerta.

Agustina entró primero con un vaso de gaseosa en la mano y la pequeña Nova pegada a sus talones con esa energía suya de quien no necesita razón para ir a ningún lado.

Agustina abrió la boca para decir algo, pero no logró hacerlo.

Sus ojos encontraron la pantalla. Sus pasos se detuvieron. El vaso quedó detenido en el aire a mitad de camino sin que ella lo notara.

En la pantalla Nova seguía hablando.

La pequeña Nova miró la pantalla gigante. Frunció el ceño un segundo. Y entonces la reconoció.

—¡Imma!

El vaso de gaseosa quedó sobre la primera superficie disponible sin que Agustina registrara haberlo apoyado.

La pequeña Nova ya había soltado su mano y corría. Corrió con esa energía suya que no pedía permiso para nada y se trepó a las piernas de su padre con la velocidad y la naturalidad de quien sabe exactamente adónde pertenece.

Gabriel la recibió sin pensar y la rodeó con un brazo, apretándola contra él sin poder dejar de mirar la pantalla.

Agustina se dejó caer sobre el sillón más cercano. Tenía las manos sobre la boca. Los ojos brillando con esa mezcla de dolor y de algo que no tenía nombre todavía.

En la pantalla Nova se corrió levemente en la mesada. Se acercó un poco más a la cámara. Y su mirada cambió. Se volvió directa. Específica. Como si pudiera ver a través del tiempo y del espacio exactamente lo que había del otro lado.

—Nova. —Lo dijo mirando a la niña directamente y con una suavidad que no tenía volumen pero que llenó todo— Mi pequeña Nova… Cuida mucho a papá. Él cree que es fuerte, pero la verdad es que... es mucho más frágil de lo que aparenta. Cuídalo mucho y guíalo a Dios. Lo va a necesitar mucho.

La pequeña Nova en los brazos de Gabriel dejó de moverse.

La miraba. Con esos ojos suyos abiertos y quietos. Como si entendiera que ese momento era diferente a todos los demás. Como si algo en ella, más adentro que las palabras, supiera exactamente lo que estaba pasando.

Y entonces, con una voz tranquila y entera que nadie esperaba, dijo:

—Te lo prometo, Imma.

Agustina se tapó la boca con las dos manos. Gabriel cerró los ojos. Las lágrimas le siguieron cayendo igual con los ojos cerrados.

En la pantalla Nova los dejó estar. No habló por un momento. Como si ella también necesitara ese segundo.

Después miró a la cámara de nuevo.

—Imma. Abba. —La voz le cambió otra vez. Más adentro. Más vulnerable. Más de hija que de cualquier otra cosa— Me criaron. Me educaron. Me amaron. Y me dieron lo mejor que tuve en la vida. —Hizo una pausa — A Dios… —Otra pausa más larga. Cuando volvió a hablar, la voz le temblaba de verdad, con ese temblor que no tiene nada de debilidad sino todo de amor— No puedo decir nada más sin llorar. Si pudiera... los volvería a elegir como padres. Ahora y siempre. —Sonrió entre las lágrimas— Gracias.

Se tomó un momento. Respiró.

—Agustina. Sofy. José. —Los nombró uno por uno. Con tiempo entre cada nombre— Estuvieron. Conocieron nuestra historia. La vivieron con nosotros desde adentro. Y eso... eso no tiene precio. — Una pausa— Gracias. Por todo lo que hicieron sin que nadie se los pidiera. Por todo lo que sostuvieron sin que nadie los viera. Los amo.

El silencio que siguió tuvo una textura diferente a todos los anteriores.

Nova miró hacia abajo un momento.

Cuando levantó la vista, sus ojos tenían algo que no habían tenido en todo el video. Una calma completa. La calma de alguien que ya dijo todo lo que tenía que decir y que solo le queda lo más verdadero.

—Gaby. Mi amor… —Solo su nombre. Así. Con esa manera suya de decirlo que no necesitaba nada más alrededor

— Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. —Hizo una pausa

— Yo encontré el mío…

Se acercó a la cámara. Lo miró directo. Con esa mirada de frente que nunca había necesitado adornos y que ahora atravesaba la pantalla y los años y todo lo que había entre los dos.

—Vos fuiste, sos y siempre vas a ser mi más grande tesoro.

—Te amo…

Se acercó a la cámara para apagarla y casi sin querer volvió a mirarla.

—Ah, Gaby... Yo te amé primero…

Y apagó la cámara.

La pantalla quedó oscura.

El silencio que entró fue de una clase que ninguno de los tres había experimentado antes. No era el silencio del vacío. Era el silencio de algo demasiado grande para que el sonido pudiera existir a su lado.

Gabriel no se movió. Tenía la cara mojada y los ojos fijos en la pantalla oscura y el brazo todavía apretado alrededor de la pequeña Nova que seguía mirando hacia adelante.

Agustina tenía las manos sobre la boca y las lágrimas corriéndole sin control, sin que hiciera ningún gesto para contenerlas. Era un llanto de los que no piden permiso y no aceptan negociación.

Entonces la pequeña Nova bajó de las piernas de su padre.

Despacio. Con esa solemnidad suya de cuando algo le importaba de verdad.

Caminó sola hacia la pantalla gigante y ahora oscura.

Se paró frente a ella. Pequeña. Rubia. Con los ojos de su padre mirando el lugar donde había estado la cara de su madre.

Y le dijo, con una voz tranquila y entera que llenó todo el cuarto:

—Yo también te amo, Imma.

Por un momento el silencio fue absoluto.

Y entonces, como si alguien allá arriba hubiera estado esperando exactamente esas palabras, un trueno rodó despacio sobre Buenos Aires. Y volvió a caer la lluvia, golpeando los vidrios con fuerza, con urgencia, con esa manera de caer que tiene cuando no es clima sino respuesta.

El cielo también lloró esa noche.

Esa fue su despedida final, y el silencio… duró mucho más que una vida.

SI VOLVIERAS

Tres días.

Tres días con cada palabra de Nova dando vueltas en su cabeza y en su corazón. Con su voz, con su cara mirando a cámara como si supiera exactamente quién iba a estar al otro lado cuando el video terminara. Como si hubiera calculado hasta el último gramo de lo que cada uno iba a necesitar escuchar.

Gabriel no podía seguir en Buenos Aires con eso encima.

Llamó a Agustina primero. Después a José. Les dijo que quería ir a Icho Cruz, que quería que Jonathan y Martha vieran el video, que no quería estar solo en aquella casa que era demasiado grande para contener tanto silencio.

Gabriel no les consultó si estaban disponibles.

—Gaby… No actúes a la ligera. Toma decisiones racionales. —Le había dicho José.

Hubo un silencio breve.

—¿Decisiones racionales...? —Gabriel casi no levantó la voz— ¿Creés que puedo ser racional cuando no puedo pensar en otra cosa que no sea… cómo hacer para pasar el día sin ella?

Ninguno de los presentes pudo responder a eso.

Solo José, después de unos instantes, logró decir:

—El viernes —dijo José— Salimos el viernes a las ocho.

* * *

A las siete de la tarde, Gabriel, Agustina y la pequeña Nova llegaban al hangar privado. Cuando entraron, José y Sofy los esperaban sentados sobre un banco de madera, tomados de la mano, con una maleta cada uno al costado. Sofy levantó la vista y sonrió. José se puso de pie.

La pequeña Nova soltó la mano de su padre y corrió hacia ellos.

—¡Tío José! ¡Tía Sofy! —gritó, y se lanzó contra ellos con toda la energía que tenía en el cuerpo.

José la alzó en el aire con una carcajada y la sostuvo contra el pecho, cerrando los ojos apenas un segundo. Sofy le revolvió el pelo con los dedos.

—Vas a ver a los abuelos —le dijo.

La niña asintió con los ojos brillantes.

—Abuelo Jona y abuela Martu —confirmó solemne, como repasando una lista muy importante.

Gabriel los miró desde la distancia. No sonrió. Solo tomó su maleta y caminó hacia la escalerilla del jet. Todo era doblemente difícil para él.

Despegaron exactamente a las veinte horas.

Cenaron a bordo. Agustina había pedido algo liviano —ensaladas, pan, fruta—; ella sabía que Gabriel no iba a comer de todas formas. José sirvió vino para los adultos y jugo para la pequeña, que comió con una seriedad que hacía reír, como si estar en un avión privado fuera algo que merecía concentración máxima.

Gabriel estaba en el asiento del fondo, separado del grupo, con la frente apoyada contra el vidrio y la mirada perdida en la oscuridad de afuera. No había tocado el plato.

Agustina se levantó de donde estaba y fue a sentarse a su lado. No dijo nada por un momento. Solo estuvo.

—Tenés que dejar de atormentarte así hermano…—dijo en voz baja— Ella jamás hubiera querido esto.

—No puedo evitarlo, Agus... la extraño tanto. Tanto.

Agustina lo miró. Dudó un segundo. Y después habló, no como hermana que consuela, sino como alguien que tiene algo verdadero para entregar.

—Fuiste lo último en lo que ella pensó, Gabriel. Ese señalador en su mano lo dice claramente. —Hizo una pausa— Muy pocos logran experimentar un amor así en toda una vida. Muy pocos…

Gabriel no respondió. Siguió con la frente contra el vidrio, la oscuridad afuera, el plato sin tocar.

Pero algo en sus hombros cambió. Solo un poco. Solo lo suficiente para que Agustina lo notara.

Afuera no había nada que ver. Solo la noche. Y aun así no podía dejar de mirar, como si en algún lugar entre las nubes y el silencio todavía estuviera ella.

Cerró los ojos. Los volvió a abrir, pero la oscuridad seguía ahí.

Sofy miró a la pequeña Nova, que en ese momento estaba explicándole a José con absoluta convicción por qué los elefantes eran el animal más inteligente del mundo.

—Porque tienen memoria —decía, con el índice levantado como si estuviera dando una conferencia— Se acuerdan de todo. De todos. Para siempre.

José la miraba con una seriedad estudiada que no le duraba entera.

—¿Y vos? ¿Vos también te acordás de todo?

La pequeña Nova lo pensó exactamente un segundo.

—Sí… Yo siempre me acuerdo de mi Imma... —respondió, y volvió a su jugo con la tranquilidad de alguien que acaba de cerrar un argumento.

José abrió la boca. La cerró. Miró a Sofy con una expresión que decía claramente que no tenía nada para agregar.

Sofy la observó durante un momento largo. —Tan chiquita. Tan hermosa. —La garganta se le cerró sola. ¿Cómo va a crecer sin su madre?

—Gabriel es el mejor padre del mundo —dijo Agustina en voz baja— Pero verdaderamente necesita a su madre.

José no dijo nada. Tenía los ojos fijos en la pequeña, pero la cabeza en otro lugar.

Estaba pensando en aquella mañana. En el silencio que tuvieron que atravesar para llegar hasta Nova, en cómo solo parecía dormida, en lo que A.P.R.I.L. dijo antes de que ninguno de ellos pudiera procesar nada.

La voz de A.P.R.I.L. lo trajo de vuelta a la realidad.

—En aproximadamente cinco minutos aterrizaremos sobre la pista de Icho Cruz.

Gabriel giró desde su asiento y los miró.

—Ya llegamos —dijo— Preparen sus cosas.

* * *

Era de noche cuando bajaron del avión.

No se veía nada más allá del haz de luz que proyectaba la pista, pero el olor estaba. Ese olor que Gabriel conocía de memoria sin haber podido elegir memorizarlo: peperina, tierra húmeda, aire que no había pasado por ninguna ciudad.

Cerró los ojos un segundo con la cara levantada hacia arriba. Después los abrió y caminó hacia los autos.

El camino a la casa duró menos de cinco minutos, pero a medida que avanzaban Gabriel sentía que algo se le comprimía en el pecho.

Un peso que no sabía exactamente cómo nombrarlo. ¿Miedo? ¿Dolor? ¿Los dos mezclados de una forma que hacía imposible distinguirlos?

No había vuelto a la casa desde hacía meses. Desde que Nova murió.

Cuando los autos se detuvieron frente a la casa, A.P.R.I.L. encendió todas las luces —adentro, afuera, el jardín, el sendero— y de golpe la casa pareció tener un poco más de vida. Solo un poco.

Entraron.

Gabriel caminó despacio. Miraba cada cosa como si estuviera inventariando lo que Nova había tocado, lo que Nova había elegido, lo que Nova había puesto en cada lugar sin que él se diera cuenta en su momento de que algún día iba a necesitarlo todo exactamente así. Llegó al living, corrió las cortinas con una sola mano y se quedó inmóvil.

El Cerro Nova estaba ahí. Mirándolo a él. Oscuro contra el cielo de la madrugada... como preguntándole por ella.

Tragó saliva. Sintió los ojos arder y giró apenas la cabeza para asegurarse de que nadie lo estuviera mirando.

Los demás ya habían ido a sus cuartos a desempacar. La pequeña Nova seguía a Agustina de habitación en habitación repitiendo su propio nombre con una alegría que no acababa.

Gabriel se quedó frente a la ventana.

Pasó un largo rato.

—Señor —dijo A.P.R.I.L. en voz baja— Jonathan acaba de llegar a la propiedad. Está a punto de golpear la puerta.

Gabriel se dio vuelta.

—¿Vos le avisaste que veníamos?

—No, señor. Yo no le avisé.

Se dirigió a la puerta. Justo en el momento en que Jonathan levantaba la mano para golpear, Gabriel giró el picaporte desde adentro. Se encontraron cara a cara en el umbral. Ninguno habló por un segundo.

—Escuché el avión —dijo Jonathan— Imaginé que eras vos. Vine corriendo.

Se abrazaron mutuamente y Gabriel le hizo una seña para que pasara. Jonathan entró, miró el living y luego miró a Gabriel.

—¿Nova...? ¿Vino con vos?

La angustia en la pregunta duró apenas lo que tardó Gabriel en asentir con la cabeza.

—Nova… —llamó, en voz alta, pero sin gritar— Llegó el abuelo.

Se escuchó el golpe de dos pies pequeños contra el piso de madera, y la pequeña Nova apareció por el pasillo como una tromba rubia y se lanzó contra Jonathan con los brazos abiertos. El hombre la recibió agachándose, envolviéndola con los dos brazos, cerrando los ojos con una expresión que no era exactamente alegría, pero tampoco era exactamente dolor. Era las dos cosas juntas.

Volvieron los demás a la sala. José abrazó a Jonathan. Sofy lo besó en la mejilla. Agustina lo saludó con la calidez de alguien que ya lo quería desde antes de conocerlo.

Gabriel esperó a que el ruido bajara un poco y se acercó.

—Hace tres días —dijo—, buscando unos archivos de un viejo proyecto... encontré algo que creo que ustedes deberían ver.

Jonathan lo miró. Sin entender.

—Encontré un video de Nova —dijo Gabriel.

El golpe fue silencioso pero visible. Jonathan no cayó, no dijo nada, pero dio dos pasos hacia atrás y algo en su postura cambió como si le hubieran sacado el aire de un solo movimiento.

—¿Un video de mi niña? —preguntó con los ojos vidriosos…

—Sí. De ella. De hace casi un año atrás.

Jonathan tardó un momento.

—¿Lo puedo ver…?

—Me gustaría que lo vieran juntos con Martha. Si no te molesta. Es muy importante.

—Claro, claro —dijo el anciano— Claro. Ya mismo voy a buscarla. —Cuando iba saliendo se detuvo, giró y miró a la pequeña Nova— ¿La puedo llevar conmigo…?

Gabriel asintió.

Y Jonathan salió a la noche de Icho Cruz con su nieta de la mano, caminando hacia la granja como si llevara un tesoro que no se merecía perder.

* * *

Cuando volvieron con Martha, habían armado una mesa grande en el living. Comida liviana, bebidas, el calor que solo da saber que la gente que uno necesita está en la misma habitación. Martha entró y sin decir nada fue directo a Gabriel, lo abrazó fuerte, con las dos manos en su espalda, y se quedó ahí unos segundos.

—Estás más delgado, hijo. Tenés que alimentarte mejor.

—Vivo diciéndoselo —respondió Agustina desde su silla.

—Si fuera por él comería códigos y algoritmos todo el día — agregó José.

Martha sonrió apenas y soltó a Gabriel. José le preguntó cómo estaban de salud los dos. Muy bien, gracias a Dios. Sofy les ofreció la mesa. Martha extendió la mano en un gesto suave, de que no había apuro, y buscó los ojos de Gabriel.

—No quiero ser grosera, pero... ¿Podemos ver el video, hijo? Jonathan me dijo que...

Gabriel asintió. Les pidió a todos que se sentaran.

—A.P.R.I.L.

La pantalla del living se encendió, cobró vida, y la voz de Nova llenó la sala una vez mas, como cuando ella vivía allí.

Los ojos de Martha y Jonathan comenzaron a llenarse de lágrimas casi antes de que Nova terminara la primera frase. Sofy se llevó ambas manos a la boca. José miraba el piso con los codos en las rodillas. Agustina apretó los labios y no los soltó en todo el video.

Gabriel esperó a que el video empezara, se puso de pie en silencio y se fue a la cocina.

José lo vio irse, y cuando se levantó para seguirlo, Sofy le puso la mano en el brazo.

—No...No. Voy yo…

Se levantó sin hacer ruido y caminó hacia la cocina.

Gabriel estaba ahí, de espaldas, con las dos manos apoyadas en la mesada y la cabeza inclinada hacia abajo. No se movía. Solo respiraba, lento y pesado, como alguien que está usando toda su energía en no derrumbarse.

Sofy cruzó la habitación despacio. Le puso la mano en el hombro.

Él no se sobresaltó. Era como si ya supiera que alguien iba a venir. O como si ya no le quedaran fuerzas ni para eso.

No lo obligó a darse vuelta. No dijo nada por un momento. Solo se quedó ahí, con la mano en su hombro, dejando que el silencio fuera primero.

Afuera, desde la sala, llegaba el sonido de la voz de Nova en la pantalla. Sofy cerró los ojos un segundo.

Después habló en voz baja. Como si lo que iba a decir fuera demasiado frágil para decirse en voz alta.

—Un año antes de que... —Se calló. Respiró— Nova me pidió que la acompañara en una oración. Justo acá. En esta cocina. —Hizo una pausa— Aquella tarde cerré los ojos, y ella empezó a orar.

Gabriel no se movió. Pero algo en su espalda cambió. Una tensión. Como si el cuerpo se preparara para recibir un golpe.

—Su oración fue muy breve. —La voz de Sofy se quebró apenas, pero siguió— Duró solo ocho palabras, pero su significado fue tan grande que me largue a llorar como una niña.

Pausa.

—"Cuida a Gabriel cuando yo ya no esté".

El silencio que siguió pesó más que todo lo que había pesado esa noche.

Sofy sintió que los ojos le ardían, pero no los bajó.

—Nunca me lo voy a olvidar. En los cuatro años de tratamiento... nunca la escuché pedir por ella misma. Ni una sola vez. Ni cuando tenía miedo. Ni cuando estaba agotada. Ni cuando sabía cómo iba a terminar todo. —Se le quebró la voz

— Su oración siempre fue por vos. Para que fueras fuerte y pudieras soportar lo que ella sabía ibas a pasar.

Hizo una pausa. Como si lo que venía necesitara más aire para salir.

—Su corazón no falló, Gabriel… — La voz le salió despacio, con una certeza que no era consuelo sino verdad

— Su corazón era tan grande… y amaba tanto... especialmente a vos... que necesitó un lugar tan grande como el cielo para seguir amando y existiendo. Por eso ella se tuvo que ir.

Gabriel se dio vuelta.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y no hizo nada por ocultarlas. La miró un segundo, con esa mirada de alguien a quien acaban de decirle algo que lo estaba dejando sin latidos.

La abrazó. Con fuerza. Con toda la desesperación contenida de alguien que lleva meses aprendiendo a no derrumbarse en público y que esta noche, en esta cocina, ya no pudo más.

—La extraño tanto, Sofy… No sé cómo vivir sin ella. —dijo, llorando sobre su hombro.

Sofy lo sostuvo. Cerró los ojos. Pensó en Nova. En su voz aquella tarde. En las ocho palabras que nunca le había contado a nadie hasta ahora.

—Todos la extrañamos, Gaby… —respondió— Todos.

Cuando volvieron a la sala, el video había terminado. Jonathan tenía a Martha contra el pecho, pasándole la mano por el pelo, diciéndole algo en voz muy baja que no era para nadie más. Al ver entrar a Gabriel, el anciano levantó la vista, esbozó una sonrisa y le dijo en voz baja:

—Gracias, hijo.

La noche fue recomponiéndose de a poco. Solo un poco. Lo suficiente para que las palabras volvieran, para que el mate circulara, para que la pequeña Nova se quedara dormida en el sofá grande con la cabeza sobre el regazo de Jonathan mientras él le acariciaba el pelo sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Cerca de la medianoche, Jonathan y Martha se fueron a su granja.

Gabriel levantó a la pequeña Nova del sofá con el cuidado de quien sostiene algo que no tiene precio, la llevó a su habitación, la arropó, le besó la frente y apagó la luz.

Cuando volvió a la sala, los demás ya estaban levantándose.

—Estamos cansados —dijo Agustina, y era la forma más amable de decir "vos también deberías estarlo".

Cada uno se fue a su cuarto.

Gabriel fue a la cocina, sacó una gaseosa de la heladera, caminó hasta su habitación, dejó el vaso sobre la mesa de luz sin tomarlo y se paró frente al espejo.

Los recuerdos de Nova llegaron todos juntos.

Su forma de entrar a la habitación. El olor de su perfume sobre la camisa de Gabriel. La manera en que inclinaba la cabeza cuando pensaba. La voz. La risa. Las manos. El señalador entre sus dedos.

Algo en él se rompió sin hacer ruido.

Se sentó en el piso, al pie de la cama, se tapó la cara con las dos manos y lloró como llevaba meses evitando hacerlo. Sin contención. Sin testigos. Sin la obligación de ser el que sostiene todo lo demás.

No supo cuánto tiempo pasó.

Recién volvió a la realidad cuando sintió una mano en su pelo.

Una mano pequeña. Muy pequeña. Que lo acariciaba despacio, con una ternura que no debería existir en alguien de tres años. Como si esa mano supiera exactamente dónde dolía sin que nadie se lo hubiera enseñado.

Levantó la vista.

La pequeña Nova estaba parada frente a él en el oscuro del cuarto, en pijama, descalza, con el pelo revuelto de dormir y los ojos verdes mirándolo fijo. No con miedo. No con llanto, sino con una seriedad que desarmaba, la misma seriedad que tenía Nova cuando algo le importaba de verdad.

Había escuchado el llanto de su padre desde su habitación y había venido.

No dijo nada al principio. Solo siguió acariciándole el pelo con esa mano pequeña, despacio, como si entendiera que había cosas que no se arreglan con palabras sino con presencia. Como si alguien le hubiera enseñado eso.

Y alguien se lo había enseñado....

Después se agachó apenas, puso su carita muy cerca de la de él y dijo en voz baja:

—No llores, Abba…

Solo eso.

Tres palabras que cayeron en el silencio del cuarto con un peso que ninguna otra cosa había tenido esa noche.

Gabriel la miró. Tenía los ojos destrozados, la cara húmeda, el pecho todavía moviéndose en sacudidas que no terminaban de calmarse. Y ahí estaba ella. Tres años. Descalza en la oscuridad. Mirándolo como si él fuera lo más importante del mundo y el llanto de él fuera algo que ella podía sostener.

Algo en él se rompió de una manera completamente distinta.

La abrazó. La apretó contra el pecho con las dos manos, hundió la cara en su pelo y dejó salir lo que quedaba.

No el llanto de la rabia, ni el llanto del dolor. Otro llanto. El de alguien que recibe algo que no cree merecer.

La niña no dijo nada más. Rodeó su cuello con los brazos pequeños y se quedó quieta. Sin apuro. Sin miedo. Sosteniéndolo con todo lo que tenía, que no era mucho en tamaño y era infinito en todo lo demás.

Después de unos minutos, la pequeña lo soltó.

Lo miró un segundo con esa seriedad suya. Luego giró, corrió hasta la mesa de luz con los pies descalzos golpeando suave contra el piso de madera, y tomó la Biblia de Nova con las dos manos.

La sostuvo contra el pecho un momento, como si ella también supiera lo que ese libro valía. Que había cambiado millones de vidas a través de la historia... Como si lo hubiera visto sostenido así muchas veces.

Volvió hacia él caminando despacio, con cuidado, como quien carga algo sagrado que no se puede dejar caer.

Se la extendió.

—Imma decía que cuando estaba triste... Diosito le daba fuerzas y la hacía ponerse contenta leyendo este libro. —Lo miró a los ojos— ¿Me lo leés…?

Gabriel no pudo hablar.

Miró la Biblia. Miró a su hija. Miró la Biblia otra vez.

Esa era la Biblia que Nova había traído desde Icho Cruz el primer día. La que había estado sobre su mesa de luz desde siempre, desde el primer día en que Nova había hecho de esa casa su hogar. La que ella abría cada mañana antes de que él se despertara.

Y ahora estaba en las manos pequeñas de su hija, extendiéndosela como si fuera la cosa más natural del mundo. Como si Nova la hubiera mandado.

Secó sus lágrimas con el dorso de la mano.

La tomó.

La abrió sin buscar nada en particular, sin calcular en qué página caería, y el primer pasaje que encontró fue uno que decía:

—"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?"

La pequeña Nova lo escuchó con la cabeza levantada.

—Sí. Sí lo creo… —respondió, seria y sin dudar— Y sonrió de una manera que Gabriel no había visto en meses.

—Abba, ¿eso significa que Imma está viva…?

Gabriel bajó la vista al texto. Lo leyó otra vez. Levantó la cabeza y miró a su hija.

—Creo... —dijo. La voz le salió despacio, como algo que estuviera probando su propio peso antes de apoyarse— Creo que sí…

La niña sonrió y le preguntó:

—¿Me puedo acostar a tu lado así me seguís leyendo?

Gabriel asintió.

Se recostaron los dos en la cama. Él con la Biblia abierta sobre el pecho. Ella con la cabeza apoyada en su brazo, mirando el techo con los ojos cada vez más pesados.

Gabriel comenzó a leer.

Un pasaje. Otro. Otro más. La niña fue quedándose quieta, su respiración volviéndose más lenta, más profunda, hasta que se quedó completamente dormida con la mejilla pegada a su brazo.

Gabriel la tapó con cuidado. Sacó el brazo muy despacio de debajo de su cabeza. Y siguió leyendo.

Leyó casi toda la noche.

Leyó pasajes que hablaban de vida eterna. Leyó pasajes que hablaban de esperanza. Leyó pasajes que hablaban de un plan de Dios para la humanidad que él había dejado de creer mucho antes de que Nova llegara a decírselo con su manera de ser y de actuar, sin necesidad de palabras.

Cuando empezó a entrar la primera luz por la ventana, se levantó sin hacer ruido.

Tomó la Biblia y salió.

El campo todavía dormía. El aire tenía esa temperatura extraña del amanecer que no es frío ni tibio sino otra cosa.

Gabriel caminó sin destino preciso, con la Biblia en sus manos y los pies mojándose sobre el pasto húmedo.

No pensaba. Solo caminaba. Como si el cuerpo supiera adónde ir, aunque la cabeza no hubiera tomado ninguna decisión.

Llegó a los pies del Cerro Nova.

Al comienzo del sendero y se detuvo.

Miró hacia arriba. La cima todavía estaba en sombra. El cielo sobre ella empezaba a volverse de un azul pálido que era casi blanco, ese azul de las madrugadas que parece frágil, como si con tocarlo se rompiera. Era el mismo cielo que Nova había mirado miles de veces desde este mismo lugar. Pero ahora... ella ya no estaba para verlo.

Algo en él empezó a moverse desde adentro.

Levantó la vista.

—¿Por qué...? —dijo. La voz le salió baja, casi sin aire, como si la pregunta le pesara demasiado para salir entera— ¿Por qué lo permitiste…? Años… Fueron muchos años, ¿y para qué...? ¿Para esto...? ¿Para qué todo termine así?

Nada ni nadie respondió.

Gabriel apretó la Biblia con las manos.

—Tu Palabra habla de amor. —La voz empezaba a endurecerse— De esperanza… De planes que no hacen daño. De un futuro. —Se le quebró— ¿Qué futuro...? ¿Dónde está el futuro que le prometiste a ella...? Ella lo creyó. Lo creyó con todo su ser… Y vos la dejaste morir igual.

Dio un paso hacia el cerro. Sin darse cuenta.

—Cuando era joven y me quise acercar a vos… No sé si por incredulidad mía, o porque no me querías a tu lado... Pero me termine yendo... —La voz subía sin que él lo controlara

— Y después llegó ella. Y me hizo volver a creer... Me trajo de vuelta a vos con sus manos, con su fe, con su forma de mirarte como si vos nunca le hubieras fallado.

—Volví a creer en vos... ¿Y qué hiciste...? ¿Qué nos devolviste a cambio de todo eso…?

Se le llenaron los ojos.

—Me la sacaste... Te la llevaste…

Las palabras cayeron solas. Sin dramatismo. Con un peso que no necesitaba volumen para destrozar.

—Me sacaste el amor una vez más.

Las rodillas cedieron sin aviso.

Gabriel cayó sobre el pasto mojado. Las manos se hundieron en la tierra. Sintió el frío y el barro y no hizo nada por levantarse. Se quedó ahí, clavado al suelo, con la cara inclinada hacia abajo y el pecho moviéndose en sacudidas que no podía controlar.

—La amé… —dijo, con la voz rota en mil pedazos— La amé de una manera que no sabía que existía. No sabía que se podía amar así. Y vos lo sabías. Vos lo pudiste ver…

—Cada noche que ella oraba por mí, cada vez que me esperó, cada vez que eligió quedarse cuando cualquier otra persona se hubiera ido. Vos lo viste todo... Pero la dejaste morir igual…

Apretó los dedos en el pasto hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Ella nunca te falló. Ni una sola vez. Ni un solo día. —La voz ya era un grito contenido que le rasgaba la garganta— Yo sí… Yo te fallé mil veces. Te fallé siempre... Yo me fui. Yo te hice esperar. Yo llegué tarde a todo. Y eso no te importó.

—¿Por qué no me llevaste a mí...? ¿Por qué no fui yo?

Clavó la frente en el pasto.

Puso la Biblia sobre su cabeza, abierta, como un techo o como una rendición o como las dos cosas al mismo tiempo.

—¿POR QUÉ NO FUI YO…?

El grito se fue cerro arriba y se perdió en el silencio del campo sin que nadie lo detuviera. Sin que nadie respondiera. Sin que nada cambiara.

Solo el viento.

El viento, su propio llanto, el olor a tierra mojada y el peso de todo lo que ya no iba a volver.

Pasó un tiempo que no supo medir y cuando levantó la cara del pasto, tenía barro en la frente, el pelo pegado a la piel, los ojos tan hinchados que casi no veía.

La Biblia seguía sobre su cabeza, la sostuvo con una mano y la apretó contra su pecho como si fuera lo único que le quedaba en el mundo.

Porque en ese momento, era lo único que le quedaba.

Miró el cerro.

Miró el cielo.

—No entiendo —dijo, y esta vez la voz no tenía rabia. Solo tenía cansancio. El cansancio de alguien que lleva demasiado tiempo peleando contra algo que no tiene forma

— No entiendo nada. No entiendo cómo un Dios que dice amar tanto deja que esto pase… No entiendo cómo la fe de ella no alcanzó... No entiendo por qué yo sigo acá y ella no.

Se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Ella nunca te cuestionó. Nunca. Nunca... Hasta el final te agradeció. —Se le quebró la voz

— Yo no puedo hacer eso. No soy ella. No tengo lo que ella tenía. No sé si alguna vez lo voy a tener.

Silencio.

—Pero... tampoco sé cómo vivir sin vos. Nunca lo supe, aunque lo intenté con todas mis fuerzas... Y odio esa verdad. Odio necesitarte después de lo que hiciste…

Volvió a mirar hacia arriba. El azul pálido del cielo se estaba abriendo lentamente, como si la oscuridad retrocediera de mala gana.

—Ella te amo a vos mucho más de lo que me amó a mí… Y yo sé lo que ella me amaba. Lo sé. Por eso sé exactamente lo que estoy diciendo. Te amó más que eso. Te dio más que eso. Y aun así no te importó... Aun así, te la llevaste.

—Te odio —dijo. La voz le salió despacio, sin velocidad, sin adorno. Como una piedra que cae.

—Te odio por llevártela. Te odio por el silencio. Te odio porque a pesar de todo esto todavía no puedo dejar de confiar y de hablarte.

Se quedó en silencio.

Esperando.

Como alguien que grita al mar y después escucha, esperando oír una respuesta.

Pero aquella mañana el cielo no respondió.

Solo se escuchó el viento sobre el cerro, el canto de un pájaro en algún lugar entre los árboles, y su propia respiración, entrecortada, lenta, volviendo poco a poco a algo parecido a la calma.

Gabriel cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, casi en un susurro, dijo una vez más:

—Te odio.

Como si necesitara que quedara dicho.

Como si ese fuera, por ahora, el único idioma en el que todavía podía hablarle.

NADIE PODRÁ HACERME OLVIDAR

Esa misma tarde volvieron a Buenos Aires.

La pequeña Nova durmió todo el vuelo con la cabeza sobre su regazo. Gabriel no durmió. Miró la oscuridad de afuera con la mano apoyada suave sobre el pelo rubio de su hija y pensó en todo y en nada, que es lo mismo cuando el pensamiento ya no encuentra orden y solo circula como el agua que no sabe adónde ir.

El tríplex los recibió en silencio. Siempre en silencio.

Buenos Aires no descansaba nunca. Eso siempre había sido lo que Gabriel valoraba de ella. La ciudad no hacía preguntas, no pedía explicaciones, no distinguía entre el que estaba bien y el que se estaba cayendo a pedazos. Solo seguía moviéndose. Ruido. Gente. El piso veinticinco de la Torre DMT con sus sistemas funcionando y con decisiones que solo él podía tomar.

Había vuelto a eso. O al menos lo había intentado.

Las reuniones existían. Los informes llegaban. Los números cuadraban. Gabriel se metía de lleno con esa concentración que durante años había sido su única forma de respirar, y parecía funcionar, en el sentido en que funciona un motor que arranca pero que ya no lleva a ningún lado que importe.

Pero lo real estaba en otro lado.

Lo real eran los anteojos de armazón grafito sobre la mesita de luz que no había podido sacar de ahí. El perfume en el aire del tríplex que cada semana era menos perceptible y que él buscaba sin querer buscarlo. La manera en que el silencio de la habitación tenía un peso que no había tenido antes, el peso de todo lo que había estado ahí y ya no estaba.

Frotó sus ojos para ver una y otra vez. Buscó en la madrugada todos los pedazos sueltos de su alma. perdidos en el viento… bajados por el tiempo, hundidos en el mar.

Los recuerdos le llegaban en los momentos en que el trabajo le soltaba la mano por un segundo. En el ascensor de la Torre, con la mirada en los números que subían. En la cocina del tríplex, preparando el café a la manera de Nova. En el pasillo, cuando los pasos de la pequeña Nova llegaban desde el fondo y su cuerpo los recibía por una fracción de segundo como si pudieran ser otros.

No lo eran. Nunca iban a serlo.

Buscó en el viejo desván del pensamiento algo que le diera paz, pero no lo encontro. Se sumergió en las reflexiones que en las noches juntos compartieron.

Había noches en que se quedaba parado frente al ventanal de su habitación con las manos en los bolsillos y la ciudad abajo moviéndose sin saber nada, y todo lo que habían compartido le llegaba junto, sin orden, sin misericordia: las conversaciones en los escalones de Icho Cruz. Las noches de lluvia. Las mañanas en la cocina de la

granja. El cerro mirándolos a los dos desde la ventana como si siempre hubiera estado esperando algo de ellos.

Y entonces recordaba aquella tarde noche…

Los escalones de la casa de Icho Cruz. La luz lateral sobre el campo. Nova sentada a su lado con los pies descalzos sobre el pasto, mirando el cerro con esa expresión suya de cuando algo importante estaba tomando forma adentro antes de salir afuera.

—Yo le pedí a Dios —había dicho ella, sin mirarlo todavía— que cuando yo ya no esté, tu fe no falte. Vas a necesitar mucho de Dios para poder seguir criando a nuestra hija, amor.

Él no había sabido qué responder. Había mirado el cerro junto a ella y había pensado que era una de esas cosas que Nova decía desde la cima del cerro, al cual, él todavía no había logrado llegar. Uno de esos lugares de fe tranquila y sin fisuras que a él siempre le habían resultado simultáneamente admirables e incomprensibles.

La vida es como un cuento, le dijo en un momento, y él no supo comprender.

Ahora entendía. Ahora entendía todo lo que no había entendido entonces. Y eso también dolía, entender tarde, entender cuando ya no había manera de decírselo.

Ella lo había sabido. Lo había sabido con una certeza que no era resignación sino amor. El amor más grande que él había visto en su vida. Y en vez de guardárselo, había orado por él. Por la pequeña Nova. Por el futuro de los dos cuando ella ya no estuviera para cuidarlos desde adentro.

¿Y de qué sirvió?, pensó. Y odió haberse hecho esa pregunta. Pero no pudo no hacérsela.

Porque si Nova había orado con todo, con toda su fe, con toda su entrega, y el resultado era este, este silencio, este tríplex enorme, esta vida que él tenía que seguir empujando sin saber bien para qué…

¿Para qué había servido?

Los días pasaban con esa velocidad particular que tiene el tiempo cuando uno decide no mirarlo.

El piso veinticinco. Las reuniones. Los sistemas. La empresa funcionaba. Todo funcionaba.

Menos él.

De pronto se dio cuenta de que estaba solo. Ni una mirada. Ni una palabra de amor. Que haga encender mil recuerdos de todo lo que pasó.

Eso era. Exactamente eso. No había una palabra mejor para nombrarlo. La soledad no del que no tiene a nadie, sino la del que ha tenido demasiado y ahora no sabe cómo ocupar el espacio que eso deja. La soledad de una mirada que ya no estaba. De una voz que ya no iba a volver. De todo lo que habían sido y que ahora solo existía en sus recuerdos, sin nadie que pudiera recibirlo.

Era por la pequeña Nova que se levantaba cada mañana.

Solo por ella.

Eso lo sabía con una claridad que no necesitaba análisis. En los momentos en que el peso era demasiado y la pregunta volvía, la respuesta siempre tenía el mismo peso exacto. El mismo cabello rubio. Los mismos ojos verdes mirándolo con esa confianza absoluta de quien no ha aprendido todavía que el mundo puede fallarle.

La pequeña Nova no sabía que era lo único que lo sostenía en pie.

Y él no pensaba decírselo nunca.

Esa noche de agosto Gabriel estaba en su habitación con la luz apagada.

No dormía. Estaba recostado sobre la cama con la vista en el techo oscuro y el peso de toda una vida encima con esa solidez de las cosas que no piden permiso para instalarse.

Buenos Aires afuera. La ciudad que no paraba. Y él completamente quieto, completamente solo.

Ella se había llevado las respuestas también. Eso era lo que más pesaba. No solo la ausencia de Nova sino la ausencia de todo lo que Nova le aclaraba sin que él se lo pidiera. La certeza tranquila con que ella miraba lo que a él le resultaba incomprensible. La manera en que su sola presencia hacía que las cosas tuvieran sentido sin necesidad de explicación.

Ahora el sentido también se había ido.

Y sin él, sin Nova, sin ese norte que ella había sido sin proponérselo, todo lo que quedaba era el movimiento. El trabajo. Los números. La pequeña Nova. Y la pregunta que no tenía respuesta dando vueltas en la oscuridad del cuarto con una persistencia que no cedía.

¿Para qué seguir empujando todo esto… solo?

El pensamiento llegó despacio. Con esa calma fría de las cosas que vienen de un lugar muy cansado. El cansancio de seguir levantando algo que pesaba demasiado, todos los días, sin saber cuándo iba a ser suficiente.

Cerró los ojos y recordó.

"Yo le pedí a Dios que tu fe no falte."

Se quedó quieto en la oscuridad.

La puerta se abrió de repente, sin ruido.

Pasos pequeños sobre el piso de madera. Gabriel los reconoció antes de que la mente procesara nada. La pequeña Nova entró descalza, con el pijama y el pelo revuelto de dormir, y se detuvo al lado de la cama.

—Abba —dijo, seria, con esa seriedad suya que no era de tres años— ¿Vos me amás…?

Gabriel abrió los ojos.

La miró en la oscuridad. El perfil rubio. Los ojos de él mirándolo desde la cara de ella.

—Claro, hija. ¿Cómo no voy a amarte? —dijo. La voz le salió ronca, baja— Te amo más que a nada en este mundo.

La niña no sonrió todavía. Lo evaluaba.

—Entonces… prometeme que vos no me vas a dejar también. —dijo

El aire del cuarto cambió de densidad.

El corazón de Gabriel pareció quebrarse en mil pedazos y se incorporó. Se sentó en el borde de la cama y la miró de frente, a la altura de sus ojos.

—¿Por qué me decís eso, hija?

—Porque extraño mucho a mi Imma. Mucho… —La voz le salió entera, sin llanto, con esa honestidad suya que no buscaba protección— Y no quiero extrañarte también a vos.

Gabriel sintió que algo en el pecho se le abría de una manera que no tenía nombre posible.

La tomó en brazos. La apretó contra él con todo lo que tenía, con todo lo que no había podido decir en semanas de noches quietas frente a techos oscuros. Ella le rodeó el cuello con sus brazos pequeños y se quedó ahí, sin apuro, sin miedo, como si ese fuera el lugar más seguro del mundo.

Y lo era.

—Escuchame bien —dijo Gabriel, con la voz quebrada pero entera en lo que importaba— Yo siempre voy a estar con vos. Siempre. ¿Me escuchás? Yo me voy a quedar con vos para cuidarte el corazón…

La niña asintió contra su hombro.

—Y un día —siguió. Tuvo que detenerse. Respirar. Volver— Un día los dos vamos a volver a estar junto a tu Imma. Los tres juntos. Te lo prometo.

La pequeña Nova levantó la cabeza. Lo miró.

—¿De verdad?

—De verdad.

Ella lo estudió un segundo más. Después apoyó la cabeza de nuevo en su hombro con la tranquilidad de quien acaba de recibir todo lo que necesitaba.

Gabriel cerró los ojos.

La sostuvo así en el oscuro del cuarto, con Buenos Aires afuera moviéndose sin saber nada, y entendió con una claridad que no había tenido en meses que esa niña no solo era lo que él tenía que proteger.

Era lo único que lo mantenía en pie.

Era, sin haberlo elegido y sin pedírselo, la manera en que Nova seguía cuidándolo desde el único lugar al que él todavía no podía llegar.

La mañana siguiente llegó como llegaban todas las mañanas desde hacía meses.

Gris. Pesada. Con ese silencio particular del tríplex que no era quietud sino ausencia.

Gabriel se levantó. Se duchó. Se vistió. Hizo los movimientos con la precisión automática de alguien que ha convertido la rutina en su única forma de atravesar el tiempo.

La ropa. Las llaves. El ascensor. Todo en orden. Todo funcionando.

Él también funcionando. Al menos desde afuera.

La pequeña Nova ya estaba en la cocina cuando entró, sentada en su silla con la seriedad de quien tiene entre manos algo de máxima importancia, que en ese caso era una tostada con dulce de leche que claramente requería concentración total.

Agustina estaba de pie junto a la mesada con el café en la mano y la mochila de la niña ya preparada sobre la silla del costado.

Lo miró cuando entró.

Solo un segundo. Pero Agustina siempre había necesitado solo un segundo.

Gabriel se sirvió el café sin decir nada y se apoyó contra la mesada mirando la ventana.

—Gaby.

La voz de Agustina era baja. Directa. Sin rodeos, como siempre.

Gabriel no se dio vuelta de inmediato.

—Estoy bien, Agus.

—No te pregunté nada todavía.

Silencio.

Él giró. La miró. Ella lo miraba con esos ojos verde oscuro que eran los mismos que él veía en el espejo, y en ese momento había en ellos algo que no era lástima sino algo más difícil de recibir. Algo que era conocimiento. La mirada de alguien que lo conocía desde antes de que él supiera quién era y que no necesitaba que le explicara nada.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste de verdad? —preguntó ella.

Gabriel no respondió.

Agustina dejó el café sobre la mesada. Se cruzó de brazos. Habló en voz baja para que la pequeña Nova, concentrada todavía en su tostada, no tuviera que cargar con lo que venía.

—No te estoy pidiendo que estés bien. No te estoy pidiendo que sonrías ni que me digas que ya todo pasó. —Hizo una pausa— Solo te estoy pidiendo que no desaparezcas adentro de vos mismo sin decirle a nadie que te estás yendo.

Gabriel bajó la vista al café.

—Sigo acá —dijo.

—Sé que seguís acá. —La voz de Agustina no cedió— Lo que no sé es por cuánto tiempo más vas a estar acá sin el alma dentro de tu cuerpo.

La pequeña Nova levantó la vista de su tostada. Los miró a los dos con esa evaluación suya que no perdía detalle. Después volvió a su tostada con la tranquilidad de quien decide que por ahora no es necesario intervenir.

Gabriel la miró un segundo. Esa cabeza rubia inclinada sobre el plato. Esa concentración suya heredada de una manera que no tenía explicación racional.

—Es por ella que sigo de pie, Agus —dijo, en voz muy baja. Solo para su hermana.

Agustina lo miró. Asintió despacio.

—Lo sé —dijo— Y está bien. Por ahora está bien. Pero ella sola no puede cargar con todo el peso de tu bienestar, Gaby. —Una pausa — Nova no hubiera querido eso.

El nombre cayó en el cuarto con el peso de siempre. Gabriel cerró los ojos un segundo.

Agustina tomó la mochila de la silla, se agachó frente a la pequeña Nova y le limpió una mancha de dulce de leche de la comisura de la boca con la naturalidad de quien ya había hecho ese gesto mil veces.

—Vamos, hermosa. Que llegamos tarde.

La niña se bajó de la silla. Tomó la mano de Agustina. Y antes de salir se detuvo, giró, corrió a donde estaba Gabriel, le dio un beso y con una seriedad que no correspondía a su tamaño:

—Abba. Siempre a mi lado… recordalo… Prometiste cuidarme el corazón…

—Siempre —dijo él.

Y la vio irse.

* * *

Pasaron varios días.

Gabriel seguía en movimiento. Las reuniones. Los sistemas. La armadura intacta, bien puesta, haciendo su trabajo con la eficiencia de siempre. Desde afuera todo funcionaba. Desde adentro todo pesaba con esa solidez de las cosas que no ceden, aunque uno las ignore.

José lo veía.

Lo veía todos los días desde que habían vuelto de Icho Cruz, y lo que veía le pesaba en el pecho con una insistencia que no podía seguir ignorando.

No era el Gabriel de siempre usando la armadura como escudo. Era algo diferente. Era un hombre que cargaba algo demasiado pesado en silencio, con esa determinación suya que en otro momento hubiera sido fortaleza y que ahora se parecía demasiado al agotamiento.

Se lo dijo a Sofy una noche.

—Hay que ir a hablar con él —dijo ella. Sin dudar.

Aparecieron en el piso veinticinco un martes a las cinco de la tarde sin aviso previo, con esa confianza de quien sabe que en ciertos lugares no hace falta golpear. José entró primero. Sofy detrás. Gabriel los miró desde el escritorio con una expresión que por un segundo fue sorpresa y después fue algo más parecido al alivio de quien lleva demasiado tiempo solo y no sabía que lo estaba esperando.

—¿Tenía reunión de personal? —dijo.

—No te avisábamos nada porque si lo hacíamos nos decías que estabas bien —dijo José.

Gabriel no respondió. Que era, en sí mismo, una respuesta.

José se sentó frente al escritorio. Sofy se quedó de pie junto a la ventana con los brazos cruzados y esa manera suya de estar en un lugar que no era pasiva sino completamente atenta.

—¿Cómo estás? —preguntó José. Sin rodeos. Con la voz del hombre que lo conocía desde los quince años y que no necesitaba preparación para ninguna pregunta.

Gabriel lo miró.

—Aún funciono.

—Eso no es lo que te pregunté.

Silencio.

Gabriel se recostó en la silla. Miró hacia afuera un segundo. Cuando bajó la vista había en sus ojos algo que no solía dejar ver. El cansancio verdadero. El que no tiene nada de debilidad pero que pesa igual.

—No sé cómo explicarlo, José. —La voz le salió baja, sin adorno— Me levanto. Trabajo. Estoy con Nova por las noches. Funciona. Todo funciona. —Hizo una pausa— Pero adentro… es como si... como si yo ya no estuviera del todo acá. Como si la parte que importaba se hubiera ido con ella y lo que quedó fuera solo es el cascarón que sabe hacer las cosas.

José lo escuchó sin interrumpir. Sin apurarlo. Con esa paciencia suya de hombre que entiende que hay cosas que necesitan el tiempo que necesitan para salir enteras.

—¿Y la pequeña Nova? —preguntó después— Sabés muy bien que Nova nunca hubiera querido eso para vos, ni para ella…

—Ella es lo único que me sostiene. —Lo dijo sin dramatismo, como quien nombra un hecho— Literalmente lo único.

José asintió despacio. Miró a Sofy un segundo. Después volvió a Gabriel.

—Está bien que ella te sostenga ahora. Pero también está bien recibir ayuda, Gaby. No tenés que cargar esto solo. Vos sos mi hermano. Nos conocemos hace tanto que ya perdí la cuenta. Nosotros estamos… Siempre vamos a estar para vos.

En ese momento la voz de A.P.R.I.L. interrumpió en la sala:

—Señor José, en el departamento de Proyectos y Pruebas requieren su presencia de inmediato.

—No puede ser más tarde A.P.R.I.L.?

—Perdón, pero es una urgencia. Uno de los técnicos sufrió un accidente.

José se puso de pie, le apretó el hombro a Gabriel con esa mano suya que contenía todo lo que no necesitaba decirse en voz alta, y antes de salir le dijo en voz baja:

—Estamos siempre para vos —dijo José, y salió apurado…

La oficina quedó en silencio.

Sofy no se movió de la ventana. Miró a Gabriel un momento. Después caminó despacio hacia el escritorio, se sentó en la silla que había dejado José, y lo miró de frente con esa manera suya directa y sin filtro que era exactamente igual a la de Nova cuando algo le importaba de verdad.

—¿Te puedo decir algo Gaby..? —preguntó.

—Sí, claro. Decime.

Sofy tardó un segundo. Como si estuviera eligiendo el orden de las palabras con cuidado, sabiendo que lo que venía no podía decirse mal.

—Sabés muy bien que crecí junto a Nova. Nos criamos juntas. —La voz le salió entera, pero había en ella algo que costaba

— Ella y su familia fueron mi familia desde que la mía ya no estuvo. Todo lo que tengo de hogar, de pertenencia, de lo que significa que alguien te quiera sin condición... lo aprendí con ellos. Sobre todo, con ella. Para mi… Era mi hermana… Como José y vos…

Gabriel la miraba sin hablar.

—Y te juro —siguió Sofy, y la voz le bajó un tono, más adentro, más verdadera— que nunca, en toda la vida que compartimos juntas… nunca la había visto como la vi a tu lado.

Una pausa.

—Su mirada había cambiado. Pero no de a poco... De raíz. Como si algo en ella que siempre había estado esperando, finalmente lo hubiera encontrado y ya no necesitara seguir buscando. —Se le humedeció la voz, pero no la bajó

— Y cuando nació la pequeña Nova... todo eso se multiplicó hasta un lugar que no tenía techo. Era una alegría que no cabía dentro de ella, Gaby. Una felicidad que se le salía por todos lados sin que pudiera contenerla, aunque hubiera querido. Lo tuvo todo.

Gabriel tenía los ojos brillantes. No habló.

—No me refiero a lo material ni a lo económico… —Sofy lo miró directo — Me refiero a lo que le llenó el alma. A lo que le llenó el corazón. Me refiero al amor. Al amor de verdad, al que no se negocia y no se explica y no se parece a nada que uno haya visto antes. —Hizo una pausa

— Ella lo tuvo todo a tu lado. Todo.

El silencio que siguió tuvo una textura distinta a todos los anteriores.

Gabriel se levantó despacio.

No dijo nada. Rodeó el escritorio. Y la abrazó. Con fuerza. Con toda la desesperación contenida de alguien que lleva meses aprendiendo a no derrumbarse en público y que esta tarde, en esta oficina con Buenos Aires afuera y Nova ausente de todo, ya no pudo más.

Sofy lo sostuvo. Cerró los ojos.

—Me siento tan solo… —dijo él, llorando sobre su hombro con esa honestidad que solo aparece cuando ya no hay fuerzas para otra cosa

— Yo morí el día que ella murió. Hoy soy solo un fantasma de lo que ella hizo de mí. —Se le quebró la voz— Me siento totalmente solo, Sofy.

Ella no lo soltó. No dijo que iba a estar bien. No dijo que el tiempo lo curaría. No dijo nada de lo que se dice cuando no se sabe qué decir.

Solo lo sostuvo.

Con la misma fuerza con que Nova la había sostenido a ella tantas veces y con la misma certeza de que hay momentos en que la única respuesta posible es no soltarse.

Y eso también era una forma de seguir vivo.

Cuando el llanto cedió un poco, cuando el cuerpo de Gabriel encontró ese punto de quietud que viene después del quiebre, Sofy aflojó el abrazo, pero no lo soltó del todo. Se quedaron así un momento, los dos en silencio, con el mundo allá afuera, intacto e indiferente.

Después ella habló.

—Sabés... una vez Nova me contó algo. —Hizo una pausa

— Fue cuando yo acababa de perder a mis viejos. Yo estaba en ese lugar donde uno no sabe si va a poder seguir respirando al día siguiente. —Una pausa más larga

— Me lo contó una noche, en su cuarto, con la luz apagada y las dos tapadas hasta la cabeza. Como cuando éramos chicas.

Gabriel no habló. Escuchó.

—Me contó la historia de Pedro. —La voz de Sofy bajó un tono, más adentro, más de ella y de Nova al mismo tiempo— Uno de los seguidores de Jesús.

—Estaban todos en una barca, en plena tormenta, y de repente lo vieron a Él caminando sobre el agua hacia ellos. Al principio se asustaron. Pero cuando lo reconocieron, cuando se dieron cuenta de quién era, Pedro le dijo: "Señor, si realmente sos vos, déjame ir a vos caminando sobre el agua también".

Sofy hizo una pausa.

—Jesús le respondió una sola palabra. —Voz baja— "Ven".

Gabriel tenía los ojos cerrados.

—Pedro se bajó de la barca. —Sofy lo dijo despacio, con el peso exacto — Y caminó. Caminó sobre el agua hacia Él. Pero entonces miró las olas. Sintió el viento. La tormenta. Y dudó. Y cuando dudó, se empezó a hundir. —Una pausa

— Fue exactamente ahí cuando Jesús metió la mano en el agua y con toda su tranquilidad y amor lo sacó.

El silencio que siguió tuvo una densidad distinta a todos los anteriores de esa tarde.

—Después los dos subieron a la barca juntos.

Sofy se separó apenas. Lo suficiente para mirarlo.

Tenía los ojos húmedos. La voz entera, pero apenas.

—Gaby. —Lo dijo con la misma voz con que Nova hubiera dicho su nombre

— Extendé tu mano. Y déjalo que te saque del agua. Por favor. Hacelo por ella. Hacelo por tu Nova.

Entonces Sofy también lloró.

No con estrépito. Con esa manera silenciosa y profunda de quien llora desde un lugar muy adentro, desde el mismo lugar donde guardaba todo lo que Nova le había dejado y que ahora, en este cuarto, frente a este hombre, acababa de entregar entero.

Gabriel la miró y por un segundo… solo por un segundo la vio a ella, a su Nova…

Y por primera vez en meses no buscó una respuesta. No analizó. No puso distancia entre lo que sentía y lo que podía permitirse sentir.

Solo estuvo ahí.

Con la historia de Pedro en el pecho. Con la voz de Nova llegándole desde el único lugar desde el que todavía podía llegarle. Con la mano de Sofy sosteniéndolo y la certeza silenciosa, todavía pequeña pero real, de que tal vez la tormenta no era el final de la historia y de que tal vez la mano de Aquel a quien le había dicho "te odio" aún pudiera rescatarlo de las olas, el viento y la tormenta que atravesaba en su vida.

SIN TU AMOR

Llevaba once días sin dormir de verdad.

No once días sin cerrar los ojos. Los cerraba. Se recostaba. Pasaba las horas en la oscuridad del cuarto con el cuerpo quieto y la mente dando vueltas sin encontrar dónde apoyarse. Pero el sueño de verdad, el que descansa, el que borra, aunque sea por unas horas el peso de todo, ese no llegaba. O llegaba en fragmentos de veinte minutos que no alcanzaban para nada y que terminaban siempre en el mismo lugar: la oscuridad del cuarto, el techo, Buenos Aires afuera moviéndose sin saber nada.

A.P.R.I.L. lo registraba todo. Las constantes. Los horarios. El café que se hacía a las tres de la mañana y que a veces tomaba y a veces dejaba enfriarse sobre la mesada sin tocarlo. Los pasos en el pasillo cuando el silencio del tríplex se volvía demasiado grande para quedarse quieto dentro de él.

Agustina lo veía. No decía nada todavía. Pero lo veía.

Esa mañana Gabriel no fue a la Torre.

No hubo una decisión consciente. No hubo una llamada a José explicando nada. Solo hubo un momento, antes de que el cuerpo terminara de intentar despertar, en que la idea de ponerse de pie y vestirse y entrar al ascensor y enfrentar el piso veinticinco con sus sistemas y sus reuniones y su eficiencia implacable le resultó tan imposible como mover una montaña con las manos.

Se quedó.

Agustina había salido temprano con la pequeña Nova al jardín de infantes con esa puntualidad suya que no negociaba con nada ni con nadie. Gabriel las había escuchado irse desde el pasillo. Los pasos de la niña. La voz de Agustina diciéndole algo en voz baja.

La puerta y después el silencio.

Se hizo un café. Lo dejó enfriar sobre la mesada. Se paró frente al ventanal con las manos en los bolsillos mirando Buenos Aires moviéndose afuera con su indiferencia de siempre. El cuerpo de pie por pura inercia. Por el hábito de once días de seguir en movimiento, aunque por dentro ya no quedara casi nada con qué sostenerse.

—A.P.R.I.L. —dijo. La voz le salió ronca. Sin volumen. La voz de alguien que llevaba demasiadas noches sin descansar— Poné algo de música.

No pidió nada específico. No tenía fuerzas para elegir. Solo necesitaba que el silencio tuviera algo adentro porque el silencio solo ya no lo podía sostener.

A.P.R.I.L. procesó un segundo.

Y entonces empezó la canción.

Gabriel no la reconoció de inmediato. Llegó despacio, con esa voz de hombre que llenaba el living sin apuro, con esa manera de las canciones que saben exactamente cuándo llegar.

"Si yo pudiera detener esa mirada, si yo pudiera regresar el tiempo atrás…"

Se quedó completamente quieto.

Los escalones de Icho Cruz. La luz lateral sobre el campo. Nova con los pies descalzos sobre el pasto mirando el cerro con esa expresión suya de cuando algo importante estaba tomando forma adentro antes de salir afuera. Aquel hogar encendido en los Alpes cuando se enteraron que dentro de Nova había dos latidos. El perfume. Las manos. Los lentes torcidos que nunca terminaba de acomodar.

"Sin tu amor ya no sonríen las mañanas. Sin tu amor no sé por dónde sale el sol"

Gabriel cerró los ojos.

—Si yo pudiera te diría tantas cosas...

Ahí estaba todo. En siete palabras estaba todo lo que no había podido decirse en once noches sin dormir frente a techos oscuros que no tenían respuesta para nada.

—Sin vos no encuentro calma. Sin vos no encuentro nada que valga la pena encontrar. Sin vos el movimiento no lleva a ningún lado que importe. Los sistemas funcionan y los números cuadran y todo está en orden y nada, absolutamente nada, tiene el peso suficiente para justificar seguir empujándolo.

El cuerpo cedió.

No fue dramático. No hubo un grito ni un golpe. Solo once días de agotamiento acumulado llegando todos juntos al mismo tiempo, sin misericordia, sin aviso. Gabriel fue al suelo despacio, como si algo lo bajara con cuidado, y quedó ahí. En el piso frío del living. Con la canción todavía sonando y la ciudad siguiendo su curso, ajena a todo.

No perdió el conocimiento. Estaba ahí… Completamente presente en ese piso frío con el peso de todo encima y sin ninguna razón que alcanzara para levantarse.

—Señor. —La voz de A.P.R.I.L. llegó con esa cadencia suya que no era alarma pero que tampoco era normal— Sus constantes vitales indican agotamiento severo. ¿Se encuentra bien?

Gabriel no respondió.

—Señor.

Silencio.

A.P.R.I.L. no esperó más.

—Agustina. —La llamada salió en segundos— Gabriel está desmayado en el piso del tríplex. Necesita que vengas…

Agustina llegó en doce minutos.

En el auto, mientras iba al tríplex, había llamado a Sofy.

Tres palabras. Sofy no preguntó nada. Dijo que iba a buscar a la pequeña Nova al jardín y que se la llevaba a su casa. José se enteró mientras Sofy ya estaba en el auto.

Agustina entró al tríplex y encontró a su hermano exactamente donde A.P.R.I.L. le había dicho. En el piso del living. Recostado contra el sofá con las rodillas dobladas y la vista en el techo y esa expresión

de alguien que no está roto sino completamente agotado de sostener los pedazos.

No gritó ni entró en pánico, pero los ojos se le llenaron de lágrimas de inmediato. Se sentó en el piso a su lado.

No dijo nada por un momento. Solo estuvo ahí. Con él. En el silencio del tríplex con la canción que A.P.R.I.L. había apagado y el mundo allá afuera, intacto e indiferente.

Gabriel la miró.

—No me digas nada, Agus…

—No te iba a decir nada… todavía. —La voz de Agustina salió baja, pero sin ceder

— Pero lo que sí te digo… es que once noches sin dormir no es tristeza. Es un cuerpo que está pidiendo ayuda a gritos y vos seguís sin escucharlo.

Gabriel no respondió.

José llegó veinte minutos después. Entró y los vio a los dos en el piso, y sin decir una sola palabra fue a la cocina, preparó café, y volvió con tres tazas.

Se sentó frente a ellos en el suelo con las piernas cruzadas y les extendió las tazas con una calma que solo podía venir de alguien que había aprendido hace mucho que hay situaciones que no se arreglan con palabras sino con presencia.

Los tres en el piso. El café y el silencio.

Después de un tiempo que ninguno midió, José habló.

—Necesitás hablar con alguien Gaby… Ya no podés seguir cargando con todo esto vos solo…

—Estoy bien —dijo Gabriel.

—Estás en el piso —dijo Agustina.

—Sí —dijo Gabriel— Estoy en el piso. Pero estoy bien…

Agustina lo miró un segundo con esos ojos verdes y no dijo nada. Porque no había nada que decir ante eso que no sonara a mentira o a crueldad.

Gabriel la miró. Después miró a José. Y algo en él se endureció con esa manera suya de cuando el dolor encontraba la forma de la rabia porque era más fácil de sostener.

—Y vos… —dijo, dirigiéndose a José con la voz baja, sin grito, pero con ese filo frío que es peor que el grito— No empieces a

hablarme de Dios ahora.... ¿Dónde estuvo Dios, el día que mi Nova murió…?

José no habló.

—No necesito a Dios —siguió Gabriel— Es por Él que estoy así. Él se la llevó. Él eligió llevársela. Así que no me pidas que vaya a buscar ayuda en el mismo lugar de donde vino todo esto.

El silencio que siguió fue de los pesados.

José miró su taza. Agustina no apartó los ojos de su hermano.

Ninguno de los dos respondió. Porque había cosas que no se respondían. Que solo se escuchaban. Y que después se dejaban estar sin pelearles, sin tratar de arreglarlas, sin tener las palabras suficientes para eso.

José se levantó despacio. Le apretó el hombro a Gabriel con esa mano suya que contenía todo lo que no necesitaba decirse en voz alta. Y se fue sin decir nada más porque conocía a Gabriel desde los quince años y sabía que había momentos en que la única cosa útil era no insistir.

Agustina se quedó en el piso a su lado.

Un rato largo. Sin pedirle que hablara. Sin preguntarle cómo estaba. Solo ahí, con él, con el silencio del tríplex y la noche afuera sin preguntarle nada a nadie.

Hasta que, en algún momento, sin que ninguno de los dos lo decidiera con palabras, ella se levantó, le extendió la mano, y él la tomó.

Lo llevó al cuarto.

Gabriel se recostó sobre la cama con la ropa puesta y los ojos ya cerrándose solos con ese peso de once noches acumuladas que finalmente encontraban un lugar donde caer. Agustina le sacó los borcegos despacio. Lo tapó. Se sentó en el borde de la cama en silencio.

Y se quedó ahí hasta que la respiración de su hermano se volvió lenta y profunda y completamente en paz.

Por primera vez en once días.

* * *

Sofy llegó al tríplex entrada la tarde con la pequeña Nova de la mano y la mochila del jardín al hombro. Agustina les abrió la puerta en silencio, con un gesto que decía todo sin necesitar ninguna palabra.

La pequeña Nova entró con esa energía suya de siempre y miró el living con esa evaluación rápida suya de quien necesita saber en dos segundos el estado de las cosas.

—¿Dónde está Abba? —preguntó.

—Durmiendo —dijo Agustina.

La niña procesó eso. Frunció el ceño apenas.

—¿Está bien?

Agustina se agachó hasta su altura. La miró a los ojos.

—Está descansando —dijo— Que es lo que necesitaba.

La pequeña Nova lo consideró con esa seriedad suya. Después asintió una sola vez, con la convicción de quien decide que por ahora eso es suficiente, y fue a dejar su mochila al cuarto sin hacer ruido.

Sofy miró a Agustina.

Agustina no dijo nada. Solo asintió despacio.

* * *

Gabriel despertó al día siguiente.

La luz entraba oblicua por la ventana del cuarto. Buenos Aires afuera con su ruido sordo de siempre. Y él recostado sobre la cama con la ropa del día anterior y esa sensación extraña de quien no recuerda bien cómo llegó hasta ahí pero que siente, por primera vez en mucho tiempo, que el cuerpo pesa de otra manera. No el peso del agotamiento sino el peso simple de haber dormido de verdad.

Se quedó quieto un momento.

Escuchó desde el fondo del tríplex la voz de la pequeña Nova explicándole algo a Agustina con esa convicción suya que no necesitaba volumen para llenar cualquier espacio. Y el ruido de tazas en la cocina. Y el olor a café recién hecho.

Se incorporó despacio.

Se quedó sentado en el borde de la cama con las manos sobre las rodillas y la vista en el piso. Pensando. Sin el ruido de once noches sin dormir encima. Solo él y el silencio y lo que quedaba cuando el agotamiento finalmente se corría y dejaba ver lo que había debajo.

El cerro.

—A.P.R.I.L. —dijo. La voz le salió entera. Distinta a la del día anterior.

—Señor.

—Avisale a Agustina que mañana viajamos a Icho Cruz. Que quiero llevar a la pequeña Nova a ver a los abuelos.

Una pausa breve.

—Entendido, señor.

Gabriel miró la ventana. El cielo de Buenos Aires. Los edificios y solo anhelo algo…

Llegar a su cerro… al cerro de Nova.

VOLVER A EMPEZAR

Cuando el avión tocó tierra en Icho Cruz, Gabriel sintió que algo en su pecho se movía. No era alivio. No era paz. Era algo más parecido al reconocimiento: esa sensación extraña de llegar a un lugar que te conoce, aunque vos hayas cambiado para siempre desde la última vez que estuviste ahí.

El aire era diferente. Más limpio. Más honesto. Como si la sierra no supiera mentir y le exigiera a cada cosa que fuera exactamente lo que era.

Gabriel bajó la escalerilla despacio, con la pequeña Nova de la mano, y cuando sus pies tocaron el suelo de Icho Cruz tuvo que parar un segundo. Solo un segundo. El tiempo justo para que el paisaje lo golpeara como lo que era: el último lugar donde Nova había sido completamente Nova. Donde había respirado sin el peso del diagnóstico. Donde había mirado el cerro con esos ojos celestes profundos y había sonreído de esa manera que él nunca, en todos los años que le quedaban de vida, iba a poder explicarle a nadie.

Martha y Jonathan esperaban en la pista.

Martha fue directamente, sin calcular nada, con los brazos abiertos y esa manera suya de abrazar que no pedía permiso ni esperaba que uno estuviera listo. Apretó a la pequeña Nova contra su pecho con una fuerza que hizo reír a la niña, una carcajada corta y aguda que rebotó contra el cerro y volvió como un eco, y por un instante Gabriel cerró los ojos porque ese sonido, esa risa, era tan de Nova que dolía recibirla.

Jonathan esperó su turno. Levantó a la niña en el aire, la miró a los ojos y algo pasó entre los dos que no necesitó testigos ni palabras. El abuelo y la nieta. Dos personas que compartían la misma pérdida desde extremos distintos de la vida.

Gabriel los observó desde el último escalón y no se movió.

El Koenigsegg Cherry Red estaba estacionado al costado de la pista. Inmóvil. Perfecto. Con esa insolencia silenciosa de las cosas hermosas que no saben que la persona que las eligió ya no está.

Nova lo había elegido para él.

Nova había puesto las manos sobre ese volante y había sonreído. Gabriel lo miró un segundo y apartó los ojos.

No podía. Todavía no.

Jonathan tenía la camioneta rural con el motor apagado y las llaves puestas.

—Antes de ir a la casa —dijo, con esa voz suya que no preguntaba— vienen a almorzar a la granja.

Gabriel asintió sin hablar.

Los abuelos subieron a la cabina con la niña apretada entre los dos, con una mano aferrada al brazo de cada uno, feliz con esa felicidad sencilla e inocente de quien todavía no carga el peso completo de lo que perdió. Gabriel subió a la caja. Se acomodó contra el lateral de chapa fría y dejó que el viento de la sierra le golpeara la cara mientras la camioneta tomaba el camino de tierra.

El cerro apareció de inmediato.

Desde el avión ya lo había buscado antes que cualquier otra cosa. Antes que el horizonte, antes que las luces de la pista, antes que nada. Y ahora lo tenía ahí, enorme y quieto y permanente, recortado contra un cielo que no pedía disculpas por ser tan azul. Gabriel clavó la mirada en él y no la movió en todo el trayecto.

Pensó en Nova subiendo. En sus piernas moviéndose con esa energía suya que no se anunciaba, simplemente existía. En sus manos tocando las rocas. En su voz llamándolo desde arriba cuando llegaba antes que él.

Pensó que si subía podría sentirla un poco. Solo un poco. Que tal vez el cerro guardaba algo suyo que el tiempo todavía no se había llevado.

La camioneta frenó frente a la granja.

Gabriel bajó de la caja antes de que Jonathan apagara el motor. Se sacudió el polvo del camino de la ropa y esperó a que los demás bajaran.

La pequeña Nova ya corría hacia la puerta.

—Esperá, hija. Esperá... —dijo Gabriel.

La niña frenó y lo miró. Martha y Jonathan también.

Algo en su tono los detuvo a todos.

Gabriel metió las manos en los bolsillos. Miró a Jonathan. Miró a Martha. Y después habló.

—No vinimos de visita… Vinimos para quedarnos... Como alguna vez fue nuestro sueño con Nova.

Martha no dijo nada. No pudo. Se llevó una mano a la boca y la otra la buscó a la pequeña Nova, la atrajo hacia ella sin mirarla, la apretó contra su cuerpo como quien necesita aferrarse a algo real mientras el mundo se le mueve adentro. Y lloró. Sin aviso, sin pudor, con esa manera de llorar de las mujeres que han aguantado mucho y que cuando sueltan no pueden controlarlo.

Jonathan la miró a ella primero. Después miró a Gabriel.

Y ahí fue cuando algo en él cedió.

No de golpe. Despacio. Como cede algo que estuvo sostenido durante demasiado tiempo.

Abrió la boca. Sacudió levemente la cabeza como si estuviera buscando las palabras en algún lugar donde no llegaba.

—Dios... —dijo. Solo eso. En voz muy baja.

Hizo silencio. Un silencio largo, cargado, de esos que dicen más que cualquier oración.

—Hace más de un año. El Señor se llevó a nuestra niña... —empezó, y la voz le falló en la última palabra. Se detuvo. Respiró. Volvió a intentarlo

— Jamás... jamás vamos a poder olvidarla. Y El sabe cuanto hemos llorado por eso…

Martha sollozó contra el pelo de la pequeña Nova.

—Al principio pensé que no había consuelo que pudiera hacernos superar ese momento... pero hoy... Él lo está cambiando todo, una vez más... —Jonathan tragó saliva

— Dios se llevó a nuestra hija… pero hoy… nos manda dos hijos en su lugar.

Miró a Gabriel con los ojos llenos.

—Y eso lo digo, porque desde el día que te conocimos, Gabriel... cuando nuestra Nova te trajo... vos te transformaste en ese hijo varón que nunca pudimos tener... Y encima ahora... también nos traés a nuestra nieta.

Se le quebró la voz del todo. Esperó.

—Que es también nuestra hija. Y es casi como... como volver a tenerla de alguna manera a ella…

La pequeña Nova miraba a su abuelo con esos ojos grandes y serios de quien no entiende todo, pero siente que algo importante está pasando. Después estiró el brazo y le tocó la mano. Lo miró y, con lágrimas en sus ojos, la niña le dijo:

—¿Entonces… eso significa que también a vos puedo llamarte Abba, y a la abu, Imma?

Jonathan la miró. Y las lágrimas que había estado conteniendo cayeron sin que pudiera hacer nada.

Cuando por fin lograron recomponerse, dijo:

—Dios dio… y Dios también quitó... Sea el nombre de Jehová bendito… —dijo con la voz rota y haciendo una pausa larga

— Pero hoy… Dios también consoló.

Gabriel cruzó los pocos pasos que los separaban y lo abrazó.

Y Jonathan —el hombre que no había llorado ni el día del sepelio de su única hija— lo sostuvo con todo lo que tenía.

Martha los rodeó a los dos con un brazo, sin soltar a la pequeña Nova con el otro.

Y los cuatro se quedaron así, frente a la granja, con el cerro detrás y el guiso esperando adentro.

* * *

La mesa de Martha era esa clase de mesa que no hace preguntas. Simplemente aparece cargada y uno se sienta y come porque negarse sería una descortesía con algo que fue hecho con amor.

Había guiso, pan casero todavía tibio, una jarrita de jugo natural que la pequeña atacó de inmediato con esa determinación suya que también era de Nova: ese gesto de ir directo a lo que quería sin rodeos ni timidez.

Jonathan habló poco. Miraba a su nieta con una atención quieta y profunda, como quien sabe que el tiempo pasa y quiere grabarse cada detalle antes de que pase demasiado.

Martha miraba a Gabriel.

Lo miraba con esa paciencia específica de las madres que saben cuándo esperar y cuándo hablar. Y Gabriel lo sentía. Sentía esa mirada sobre él como se siente el sol cuando uno tiene la piel lastimada: con una calidez que duele un poco pero que uno no quiere que pare.

Cuando Jonathan llevó a la pequeña afuera a jugar y la cocina quedó en silencio, Martha se sentó frente a él. Apoyó las manos sobre la mesa. Lo miró.

—Hijo... no se te ve muy bien…

—Estoy bien, Martha. —Ni él mismo se creyó la respuesta — Nada de qué preocuparse.

Martha no dijo nada de inmediato. Lo dejó estar con su mentira. Lo dejó respirar unos segundos, con esa paciencia suya que Nova había heredado sin darse cuenta.

—Si Nova estuviera —dijo finalmente, en voz baja, casi para adentro — no le gustaría verte así.

Gabriel levantó los ojos.

Y algo en esa frase lo atravesó de una manera para la que no estaba preparado. Porque era verdad. Porque Nova lo hubiera mirado con esos ojos celestes suyos y le hubiera dicho algo directo y sin anestesia, algo que él hubiera fingido no querer escuchar pero que se hubiera quedado grabado para siempre.

—Si Nova estuviera... —repitió él, despacio, sintiendo el peso de cada palabra antes de soltarla

— Mi vida aun tendría vida y tendría sentido.

Hizo una pausa.

—Y yo no estaría así.

El silencio que siguió fue de los silencios que pesan. De los que uno no llena porque no hay nada con que pueda llenarlos.

Martha respiró profundo. Cuando habló de nuevo, lo hizo en voz más baja todavía, como si estuviera contando algo que había guardado mucho tiempo en un lugar muy adentro y recién ahora encontraba las palabras para sacarlo.

—Todos la extrañamos, hijo. —Hizo una pausa breve, apenas un latido

— Hay noches que me despierto creyendo que todo es un sueño. Que me voy a levantar y la voy a encontrar durmiendo en su cuarto. —Su voz se quebró apenas, un quiebre pequeño y controlado, de alguien que ha llorado tanto que ya sabe cómo sostener las lágrimas sin que caigan todas juntas

— Me levanto corriendo y voy hasta la habitación con el corazón en la mano... —Se tocó el pecho con la mano abierta

— Pero al llegar… ella no está... Solo está su cuarto. Sus cosas. Su olor que se va yendo de a poco y yo no sé cómo hacer para detenerlo para siempre. Pero ella ya no está… y sé que no va a volver más…

Gabriel la miró.

La miró de verdad, por primera vez desde que había bajado del avión. Y en los ojos de esa mujer vio exactamente lo mismo que él encontraba cada noche cuando despertaba en su cama y extendía el brazo y no encontraba nada. Solo sábanas frías. Solo el lado vacío que seguía siendo su lado, aunque ella ya no estuviera. Solo el silencio específico de una ausencia que tiene nombre y tiene cara y tiene el olor de un perfume que todavía quedaba en la almohada y que él no se animaba a lavar para no perderla un poco más.

Se levantó de la silla y la abrazó…

Tras estar así por unos momentos, sin soltarse, Martha se acercó al oído de Gabriel y le dijo:

—Sabés... Nova tenía poco más de un año. Yo la puse en el piso de la sala y me senté a unos pasos de ella para que camine… Martha hizo una pausa breve, como si volviera a ese día

— Me miró. Comenzó a caminar y de pronto… se calló… Yo solo la miré y vi cómo se puso de pie. Y simplemente continúo caminando...

Gabriel no dijo nada.

—Dio dos pasos más y se volvió a caer. Yo me levanté para ir a levantarla. Ese era mi trabajo.

— Pero ella, ya estaba apoyando las manitos en el piso. Se volvió a parar. Y siguió caminando.

Martha dejó pasar un momento.

—Dos veces más volvió a suceder lo mismo. Dos veces más se cayó. Dos veces más se volvió a levantar sola y continuó. Hasta que llegó a donde yo estaba.

Levantó la vista hacia Gabriel.

—Desde ese día supe que ella no se rendiría nunca. Porque si se caía... se volvía a levantar. Y eso lo hizo una y otra vez en la vida, y nunca… nunca, se dio por vencida. Ella lucho hasta el ultimo día…

—No importa que tan grande sea el dolor hijo… ella hubiera querido que vos hagas lo mismo… y que… una y otra vez, te vuelvas a levantar…

Gabriel tenía los ojos brillantes. No habló.

No hacía falta.

Solo la apretó contra su pecho con los ojos cerrados mientras Martha apoyaba la cabeza en él y los dos se quedaban quietos en esa cocina sosteniéndose mutuamente el peso de la misma persona que les faltaba.

La madre y el marido. Los dos lados de un mismo dolor…

Gabriel sintió que le ardían los ojos y no hizo nada para evitarlo. Las lágrimas cayeron en silencio.

La puerta de la cocina se abrió.

Jonathan entró con la pequeña Nova colgada de su pierna, dando saltitos con cada paso del abuelo. Vio la escena. No se sorprendió. No dijo nada durante un momento, solo miró a su yerno y a su esposa abrazados en el centro de la cocina y algo cruzó por su cara: algo viejo y sereno y roto al mismo tiempo.

Luego habló. Con esa voz suya de hombre que ha aprendido a decir las cosas importantes sin adornos.

—Esta jovencita... —dijo, señalando a la pequeña con un gesto de la cabeza— es la mayor fortaleza que mi niña te pudo haber dejado Gabriel… Debes agradecerle mucho a Dios por ella.

Tomó una pelota de una esquina y volvió a salir.

La puerta se cerró despacio, con ese sonido suave de las puertas de campo que no necesitan portazos para decir nada.

Gabriel tardó un momento en soltar a Martha.

Cuando lo hizo, los dos miraron hacia otro lado al mismo tiempo. Como si hubieran compartido algo demasiado íntimo y necesitaran un segundo para volver a ser dos personas separadas.

* * *

Llegada la tarde, Jonathan y Martha los llevaron hasta la casa.

Gabriel bajó de la camioneta con la pequeña de la mano. Esperó a que la camioneta se alejara por el camino de tierra y desapareciera entre los árboles. Esperó hasta no escuchar el motor.

Entonces miró la puerta.

Era la misma puerta. La misma madera.

Adentro estaba todo: lo que habían sido y lo que ya no iban a ser nunca más.

Giró el picaporte y empujó.

El silencio lo golpeó como lo golpea el viento al cerro cada mañana. Sin anuncio. Sin consideración. Sin preguntarle si estaba listo. Solo el peso absoluto de un espacio que había sido habitado por ella y que ahora respiraba diferente, con esa diferencia sutil e imperceptible que solo nota quien sabe exactamente qué es lo que falta.

Gabriel se paró en el centro de la sala y no se movió.

Miró la cocina y la vio a ella. Las manos moviéndose. La concentración en su cara cuando cocinaba, esa manera suya de tomarse en serio cada cosa pequeña.

Miró la ventana y la vio mirando hacia el cerro, con los codos apoyados en el marco y los ojos celestes perdidos en algún punto de la piedra y el cielo que él nunca había logrado identificar. ¿Qué veía cuando miraba así? ¿Qué le decía el cerro cada vez que se ponía así?

Nunca se lo había preguntado. Y ahora ya no podía.

Eso lo aplastó de una manera nueva. No el recuerdo sino la pregunta sin respuesta.

Todo lo que no había preguntado. Todo lo que había dado por sentado que podría preguntar después, mañana, la semana que viene, cuando tuvieran tiempo, cuando no hubiera apuro.

Nunca hay tiempo… Siempre hay apuro…

La pequeña Nova lo jaló de la mano.

—Abba. Tengo hambre.

Gabriel parpadeó. La miró. Y en esa carita levantada hacia él, en esos ojos que eran los suyos, pero con algo de Nova adentro, encontró la única ancla que le impedía hundirse del todo.

—Sí, mi amor —dijo con una voz que no era del todo estable— Ahora vamos a cenar.

La cena fue lo que encontró: papas fritas, chizitos, palitos salados, un trozo de queso y el enorme salame que Jonathan le había

puesto en las manos antes de irse, con una palmada en el hombro que no necesitó palabras.

Acomodó todo sobre la mesita ratona.

Puso una película. La pequeña eligió sin dudar y se encajó entre los brazos de su padre con esa seguridad absoluta de quien sabe exactamente cuál es su lugar.

Los dinosaurios corrían. Los turistas gritaban. La pequeña Nova tenía los ojos abiertos como platos y la boca entreabierta, y en cinco minutos estaba completamente perdida en un mundo jurásico extremo…

Gabriel miraba la pantalla sin verla.

La veía a ella. A Nova.

La veía moverse por la cocina con esa energía liviana suya. La veía girarse sin razón aparente y mirarlo desde allá, verificando que seguía siendo real, que no se había ido, que estaba.

La veía con los lentes y el pelo rubio cayéndole sobre el hombro cuando se inclinaba a buscar algo en el cajón de abajo. La veía reírse de algo que él había dicho y que en el momento no le había parecido tan gracioso, pero que la risa de ella había convertido en el mejor chiste del mundo.

Su alma no quería soltar nada de eso. Se aferraba con las dos manos. Con toda la fuerza que le quedaba.

Cuando la película terminó, la pequeña Nova dormía sobre su pecho, pesada y tibia, con esa inconsciencia absoluta de los niños que duermen sin miedo porque saben que hay alguien velando.

Gabriel se quedó quieto un momento más. No quería moverla. No quería que ese peso sobre su pecho dejara de estar.

Pero la llevó. Cruzó el pasillo en silencio, la recostó en su cama, le acomodó las mantas. Se quedó mirándola desde el marco de la puerta con una mano apoyada en la madera.

En el campo, la niña siempre dormía con él. Esa era su forma de suavizar un poco los recuerdos que lo golpeaban sin dar tregua.

Apagó la luz y cerró la puerta con cuidado.

En el pasillo sonó el teléfono.

Lo miró un segundo antes de atender. Era José.

—¿Cómo están...? —preguntó su amigo con esa voz que no necesitaba preámbulos.

—Bien. La pequeña Nova se acaba de dormir. —Gabriel apoyó la espalda contra la pared del pasillo— ¿Ustedes?

A José se lo escuchaba eufórico, como queriendo contener algo y no pudiendo.

—Bien. Bien... te llamaba para contarte algo.

—Ok. Dale.

—Como bien sabes, hace un mes me recibí de pastor… y lo mejor… es que el próximo domingo vamos a inaugurar nuestra iglesia.

Gabriel sonrió levemente. Conocía el camino de José desde hacía tiempo.

—¿En serio…? Felicitaciones amigo… ¿A dónde…?

Hubo una pausa breve. Como si José estuviera eligiendo cómo decirlo.

—En Recoleta, muy cerca de la torre. —Otra pausa— En el departamento que era de Nova... el que ella le regaló a Sofy cuando nos casamos.

Gabriel dejó de respirar un segundo.

—José...

—La primera reunión va a ser el próximo domingo. Doce personas tenemos anotadas para ir. Voy a predicar sobre Romanos 5:8. Me gustaría mucho que vos y la pequeña Nova estuvieran allí…

Gabriel no podía hablar.

—Gaby. —La voz de José bajó un tono— Ella siempre fue la herramienta más hermosa que Dios usó en nuestras vidas.

Y ahí fue cuando Gabriel no pudo más. Se deslizó despacio por la pared hasta quedar sentado en el piso del pasillo. Con el teléfono apretado contra la oreja y los ojos cerrados y las lágrimas cayendo en silencio.

No intentó hablar. No podía.

—Gracias —dijo finalmente. Con la voz rota. Con todo lo que esa palabra podía cargar.

—No. No me agradezcas a mí —respondió José en voz baja— Agradecéselo en primer lugar a Dios y, en segundo lugar... a ella.

Se quedaron en silencio los dos. Unidos por ese teléfono y por todo lo que ninguno de los dos necesitaba nombrar.

—Andá a descansar y recordá que ella también es parte de esto.

Gabriel soltó algo que era mitad risa y mitad llanto.

—Buenas noches, pastor.

—Buenas noches, amigo…

A Gabriel le costó reponerse de esa maravillosa noticia, pero cuando logró hacerlo se dirigió a la cocina y puso agua a calentar.

Mientras esperaba, la pregunta que había estado rondando toda la tarde terminó de tomar forma.

Si subía al cerro al día siguiente... ¿lo iba a sostener o lo iba a partir en dos? ¿Los recuerdos iban a ser un puente o iban a ser un abismo? ¿Valía exponerse a eso? ¿O era mejor protegerse, no subir, volver a Buenos Aires sin haberse acercado demasiado al filo de lo que podía soportar?

Pensó que tal vez no debería subir.

Tomó la taza. La llenó. Giró hacia la mesada y tropezó.

El café cayó. La taza golpeó el piso, pero no se rompió. El líquido oscuro se extendió sobre el jean, sobre el muslo, exactamente en ese lugar preciso donde Nova había derramado su café el día que se conocieron. Gabriel se quedó paralizado mirando la mancha.

El mundo se detuvo.

No era posible. No podía ser. Era solo una mancha de café en un jean: era solo torpeza, era solo el cansancio y la falta de sueño y la oscilación permanente entre el pasado y el presente que lo hacía tropezar con todo. Era eso. Solo eso…

Pero sus manos temblaban.

Se agachó despacio. Tomó una servilleta de papel del rollo sobre la mesada y empezó a limpiar la mancha, aunque el café ya había entrado en la tela y no había servilleta en el mundo que pudiera borrarlo.

Frotaba igual. Seguía frotando porque necesitaba hacer algo con las manos para no derrumbarse ahí en el piso de esa cocina en medio de la noche.

Las lágrimas vinieron sin aviso.

No un par de lágrimas. Vinieron todas juntas, de golpe, como cuando una represa cede y el agua no espera turno. Gabriel se quedó agachado en el piso de la cocina con una servilleta inútil en la mano y lloró.

Lloró como aquel día en que ella murió. Lloró con el cuerpo entero, con los hombros sacudiéndose, con ese llanto feo y sin forma que no tiene nada de digno pero que es el único completamente honesto.

—Nova... —Su voz era un hilo. Apenas un hilo— Nova...

La repitió como si decirla fuera a traerla. Como si el nombre tuviera ese poder.

Se quedó así un tiempo que no supo medir. El piso frío de la cocina. La servilleta hecha un bollo. El café ya seco en el jean. El silencio de la casa pesando sobre cada centímetro de su cuerpo.

Después, muy despacio, levantó la vista.

No hacía ningún lado en particular. Hacia arriba. Hacia donde uno mira cuando ya no le queda más orgullo y lo único que puede hacer es entregar.

—Está bien, mi amor —dijo en voz baja. La voz todavía rota, todavía húmeda— Voy a subir.

Se quedó quieto un momento más y después se limpió la cara con el dorso de la mano. Se levantó del piso. Apagó la luz de la cocina.

Y en la oscuridad de esa casa que todavía olía a ella, entendió sin poder explicarlo todavía que volver a empezar no era olvidar lo que había sido. No era dejar de llorar. No era cerrar ninguna puerta.

Era animarse a subir igual.

* * *

Gabriel se despertó antes que el sol.

No fue una decisión. Fue el cuerpo que ya no sabía dormir más de lo necesario, que se había acostumbrado a la vigilia como a un estado permanente. Se quedó un momento quieto en la oscuridad, mirando el techo, escuchando la respiración de la pequeña Nova a su lado. Ese sonido era lo único que algunas noches lo anclaba a este lado de todo.

Se levantó sin hacer ruido.

Preparó el desayuno en silencio. Huevos, tostadas, el jugo que había quedado de la noche anterior. Puso la mesita con el mismo cuidado con que Nova ponía las cosas, sin saber exactamente por qué lo hacía así, solo que se sentía bien hacerlo. Como si en los gestos pequeños ella siguiera estando.

Cuando la pequeña despertó, desayunaron juntos sin demasiadas palabras. La niña tenía esa capacidad suya de estar completamente presente en cada bocado, en cada sorbo, sin necesitar llenar el silencio. Gabriel la miraba y pensaba que eso también era de

Nova. Esa manera de habitar el momento sin pedir más de lo que el momento daba.

Después la abrigó, la tomó de la mano y caminaron juntos hasta la granja.

Martha abrió la puerta antes de que llegaran al portón, como si hubiera estado esperando, como si siempre supiera cuándo venían. Tomó a la pequeña entre sus brazos y la niña se entregó sin resistencia, con esa confianza absoluta de quien sabe que está en manos seguras.

Gabriel besó a su hija en la frente.

—Vuelvo a la tarde —dijo.

La pequeña lo miró un segundo con esos ojos que eran los suyos, pero con algo de Nova adentro. Luego se giró hacia Martha y señaló algo adentro de la casa, y el mundo de la niña continuó con esa naturalidad simple y perfecta de los que todavía no cargan el peso del tiempo.

Gabriel los observó desde el portón.

Luego se dio vuelta y comenzó a caminar hacia el cerro.

El sendero estaba igual.

Eso lo golpeó de una manera que no esperaba. Había algo en que todo siguiera igual —las piedras en el mismo lugar, los árboles con las mismas ramas, el mismo olor a tierra húmeda y sierra limpia— que hacía más evidente que lo único que había cambiado era lo que más importaba.

Empezó a subir.

Los primeros metros los hizo en silencio, con los ojos en el camino y las manos en los bolsillos. Pero a medida que el cerro ganaba altura y la granja y la casa y el pueblo quedaban abajo, los recuerdos empezaron a subir con él.

La recordó la primera vez. Nova delante suyo marcando el paso, girándose cada tanto para ver si seguía, con esa sonrisa que era mitad desafío y mitad bienvenida. La recordó señalando las piedras, explicándole cosas del cerro con esa seriedad suya mezclada con una alegría que no podía disimular del todo. La recordó cuando llegaron arriba y ella extendió los brazos y cerró los ojos y respiró con todo el cuerpo como si el viento de la cima fuera algo que se pudiera beber.

Y los votos.

Los votos que habían hecho los dos ante Dios en ese lugar. Las palabras que él había dicho y que en ese momento habían salido de un

lugar tan adentro que lo habían sorprendido a él mismo. Palabras que no había planeado, que no había ensayado, que simplemente eran verdad y salieron porque Nova tenía esa capacidad de hacerle decir la verdad sin pedírsela.

Todo eso ahora parecía tan lejano que dolía en el alma.

No era nostalgia. Era otra cosa. Era la distancia entre lo que había sido y lo que era ahora, medida en todo lo que no iba a volver.

Hizo una parada. Tomó agua. Miró hacia abajo.

El valle se extendía quieto y enorme. Los techos de las casas. El camino de tierra. La granja de Jonathan y Martha donde en este momento su hija probablemente estaba corriendo detrás de algo o sentada en la falda de su abuela escuchando una historia.

Siguió subiendo.

En sus pensamientos todavía no había respuestas. Solo preguntas sin fondo. ¿Qué le diría a Nova cuando llegara arriba? ¿Qué sucedería en su interior? ¿Si el cerro iba a darle algo o simplemente iba a pararse en la cima con el viento en la cara y el mismo vacío de siempre?

No sabía.

Siguió subiendo igual.

Cuando la cima apareció a unos pocos pasos, su corazón se aceleró.

Las últimas rocas las trepó con cuidado, agarrándose con las manos, sintiendo el peso del cuerpo y del camino en cada músculo. Recordó cómo esas mismas rocas habían sido siempre un obstáculo infranqueable… Y cuando llegó arriba y levantó la vista hacia el claro, hacia la vertiente donde Nova solía venir a nadar con Sofy, se detuvo.

Había alguien.

Sentado sobre las rocas con una Biblia abierta sobre las rodillas y un mate en la mano, con esa quietud específica de alguien que lleva mucho tiempo en paz con el lugar donde está.

El pastor Samuel.

El pastor levantó la vista y también se sorprendió. Pero solo un segundo. Después en su cara apareció algo cálido y tranquilo, como si la sorpresa hubiera durado lo que dura una ola antes de volver al mar.

—Gabriel, hijo. —Lo miró con esa serenidad suya que no era indiferencia sino todo lo contrario

— Bienvenido. Que sorpresa…

Gabriel lo miró. En su interior algo se tensó de inmediato. No era hostilidad. Era algo más parecido al miedo.

El primer pensamiento fue claro y directo: no quería que nadie le hablara de Dios en ese día. Había subido para estar con Nova, para recordarla, para llorar si era necesario. No para sermones. No para versículos. No para ese Dios que se había llevado a su esposa y lo había dejado solo con una hija de tres años y una cama vacía.

No ese día.

—¿Cómo está, pastor? —dijo, con una voz más controlada de lo que se sentía por dentro— No esperaba encontrar a nadie acá.

Samuel extendió el mate hacia él con naturalidad, como si lo hubiera estado esperando.

—Siempre que puedo subo hasta acá a estudiar la Palabra y a hablar con Dios. —Hizo una pausa breve

— Es algo que me enseñó tu esposa.

Gabriel se quedó quieto y lo miró sin entender.

—Hace muchos años, cuando yo perdí a mi esposa y a mi hijo en un accidente de auto, me encontraba muy mal… —La voz de Samuel era pareja, sin dramatismo, de alguien que ha contado esa historia suficientes veces como para poder decirla sin derrumbarse pero que nunca la ha dicho sin sentirla

— Nova me trajo hasta aquí después de mucho insistir. Yo no quería. Pero ella insistió como solo ella sabía insistir. —Hizo una pausa corta, casi una sonrisa

— Y la paz que encontré aquí ese día me hizo agradecerle siempre a ella, y regresar cada vez que puedo.

Gabriel sintió el nudo en la garganta antes de poder evitarlo.

—Lo lamento mucho —dijo— Yo no sabía...

—Paz, hijo. Paz... —Samuel lo miró con calma— ¿Cómo lo ibas a saber si nunca nos tomamos el tiempo de conocernos bien…?

Gabriel no respondió. Tomó el mate. Lo miró un momento y lo bebió despacio.

—Además —continuó Samuel—, aunque doloroso, ya es una herida que Dios fue sanando poco a poco. Aunque debo confesarte que costó mucho.

—Seguramente tanto como te debe estar costando a vos.

Gabriel se puso de espaldas y miró al valle.

—Se ve todo desde aquí —dijo, con la voz baja.

—Es verdad. —Samuel se puso de pie y se acercó hasta quedar a su lado. Miró el valle con él— Es un lugar que no solo te deja ver todo. También te acerca un poquito más al cielo.

Estuvieron un momento en silencio. El viento movía el pasto corto de la cima. Abajo, el valle respiraba quieto y enorme.

—¿Cómo lo logró…? —preguntó Gabriel sin girar la vista. La pregunta le había salido sola, sin decidirla— ¿Cómo logró superarlo…?

Samuel tardó un momento en responder.

—Nunca lo superé, hijo. —Lo dijo con una honestidad sin bordes— Esas cosas no se superan. Solo te acostumbras a vivir con el recuerdo de tantos días felices y a agradecerle a Dios por cada uno de ellos.

Gabriel apretó la mandíbula.

—Yo no puedo agradecerle a Dios por llevarse a mi esposa.

—Yo tampoco podía en aquellos días. —Samuel no cambió el tono. No juzgó nada

— Pero con el tiempo empecé a entender que tenía solamente dos opciones. — Hizo una pausa

— O vivía toda mi vida lamentándome y reprochándole a Dios por todo lo que no pude vivir con mi esposa y con mi hijo. Por no poder verlo crecer. Por no verlo convertirse en un hombre. Yo siempre soñé que algún día se convirtiera en pastor y verlo predicar desde el púlpito… —Se quedó un momento en silencio

— Nunca llegó a hacerlo.

Gabriel escuchaba sin moverse.

—O simplemente volvía a empezar solo… con Él. Y agradecía por cada segundo de sus vidas y por todo lo que sí llegamos a vivir juntos.

Las piernas de Gabriel se aflojaron.

Se sentó sobre las rocas despacio, con ese movimiento de quien no decide sentarse, sino que simplemente ya no puede seguir de pie. Se quedó con los codos sobre las rodillas y la vista en el agua de la vertiente que brillaba quieta bajo el sol de la mañana.

—Yo... yo no puedo ser así… —dijo. La voz era un hilo.

—Claro que sí podés, hijo. —Samuel se sentó a su lado— Solo tenés que dejar que el dolor mute. Que se transforme en esperanza, en vida. Y eso... —hizo una pausa corta— solo lo vas a conseguir con Cristo.

Gabriel empezó a llorar.

No dijo nada. Solo lloró, con la vista fija en el agua, con las manos apretadas entre las rodillas.

Lloraba y el cerro lo dejaba llorar sin apurarlo, sin pedirle que parara, con esa paciencia enorme de las cosas que han visto muchas veces a los hombres romperse en su cima.

Samuel esperó y después de un momento, Gabriel levantó la vista hacia el agua y habló con la voz todavía rota.

—Pastor... hay algo que necesito decirle. —Respiró

— La última vez que estuve acá… después de que Nova murió... —Hizo una pausa larga. Cerró los ojos

— Yo le grité a Dios que lo odiaba... Acá mismo. Al pie de este cerro. —Su voz se quebró del todo

— Él jamás va a poder perdonarme que le haya dicho eso.

Samuel no se movió. No se sorprendió. Lo miró con esa serenidad que no era frialdad sino profundidad.

— Que bueno saber que no fui el único que lo hizo… Yo hice exactamente lo mismo hijo…

—Pero Él… lo perdonó todo en la Cruz del Calvario... —dijo en voz baja

— Y lo mejor de todo… El jamás desprecia un corazón contrito y humillado... Nunca, nunca.

Gabriel inclinó la cabeza.

Samuel esperó un momento. Luego habló, y esta vez la voz tenía un peso diferente. No era consuelo. Era verdad dicha con amor, pero sin anestesia.

—Podés estar enojado toda la vida con el Señor, hijo. Es tu derecho. Y si que lo tenes… Dios lo sabe… —Hizo una pausa

— Pero ese enojo solo te va a causar más dolor todavía. Y tarde o temprano va a terminar arrastrando también a tu hermosa hija. — Lo miró directo a los ojos

— O… Podes perdonar a Dios, recibir su perdón… y dejar que Él vuelva a empezar con vos.

Gabriel lo miró entre lágrimas.

Pensó en la pequeña Nova. En esos ojos que lo miraban cada mañana buscando en él algo sólido donde pararse. En la responsabilidad enorme y silenciosa de ser lo único que le quedaba a esa niña en el mundo.

—No quiero seguir enojado, pastor... —respondió.

La voz era apenas un susurro. Pero era la voz más honesta que había usado en meses.

Y algo en su interior, algo que había estado apretado, cerrado y congelado desde aquella mañana en que A.P.R.I.L. lo llamó y él corrió por el pasillo y encontró los labios fríos de Nova, algo muy adentro que él ya casi no recordaba que existía...

Empezó a moverse.

Lloraron juntos un momento. Dos hombres en la cima de un cerro con el valle abajo, el cielo arriba y entre los dos la misma herida en distintos tiempos de cicatrización.

Pasaron el día ahí.

Mates. Palabras. Silencios que no necesitaban llenarse.

Samuel le contó cosas de Nova que él no sabía. Momentos pequeños, oírla cantar en los cultos, gestos, frases que ella había dicho en algún culto o en alguna conversación que Samuel había guardado sin saber que algún día se las iba a necesitar contar a este hombre sentado a su lado.

Gabriel escuchaba con los ojos húmedos y una expresión que no era solo tristeza. Era también algo parecido al asombro. Porque Nova seguía sorprendiéndolo. Seguía siendo más grande de lo que él había alcanzado a ver mientras la tuvo.

La tarde los acompañó en la bajada.

Los dos bajaron despacio, sin apuro, con el valle recibiéndolos paso a paso. Samuel hablaba poco. Gabriel también. Pero era un silencio diferente al de la subida. Más liviano. Como si el cerro se hubiera quedado con algo que él ya no necesitaba seguir cargando.

Cuando llegaron al pie del sendero y el camino de tierra se abrió frente a ellos, Samuel se detuvo. Lo miró.

—Vas a estar bien, hijo.

Gabriel asintió. No dijo nada porque no hacía falta y caminó hacia la granja.

Y en algún lugar entre el último paso del cerro y el primero del camino de tierra, algo comenzó a nacer adentro de él.

No era alegría. Todavía no. Era algo más pequeño y más frágil y más real que la alegría.

Era la primera respiración de una esperanza que recién aprendía a existir.

Tal vez eso era lo que Nova había sabido siempre que iba a pasar aquí. Tal vez por eso el cerro la llamaba cada vez que podía. No para escapar, sino para preparar el camino de regreso de alguien que todavía no sabía que lo iba a necesitar.

EL BUEN PASTOR

Después de ese día, Gabriel sintió que debía volver a Buenos Aires y cerrar muchas cosas que merecían su atención antes de mudarse definitivamente a Córdoba.

Así lo hizo por unas semanas, pero sabiendo que ya su alojamiento definitivo seria Icho Cruz.

* * *

Aquella tarde, llegaron cantando.

No era ninguna canción precisa. Era ese ruido particular que hacen tres personas felices que vienen de cenar afuera, que todavía traen adentro el calor de la mesa y las risas y ese estado liviano que deja la noche cuando salió bien.

Gabriel abrió la puerta del tríplex. La pequeña Nova entró primera, como siempre, con esa energía suya que no pedía permiso para ocupar los espacios. Agustina la seguía todavía sonriendo por algo que había dicho en el auto. Gabriel cerró la puerta detrás de los tres.

—A.P.R.I.L. —dijo la pequeña Nova con esa voz suya de mando absoluto que a Gabriel todavía lo sorprendía cuando salía de una criatura tan pequeña— Poné en el televisor gigante dibujitos de Tom y Jerry.

Agustina la miró con esa expresión suya de autoridad tranquila que la pequeña Nova conocía perfectamente y que por eso mismo ignoraba con una habilidad que no era inocente para nada.

—No, señorita —dijo Agustina— Es tarde y usted tiene que ir a la cama. Mañana hay jardín tempranito. ¿O ya se olvidó?

La pequeña Nova procesó esa información. Frunció el ceño y se cruzó de brazos con una seriedad que duró exactamente dos segundos antes de que la comisura se le moviera sola y la sonrisa le ganara la batalla a la indignación.

Gabriel, que venía desde la cocina con un vaso de gaseosa, la vio y estuvo a punto de reírse.

—Vamos a la cama, enana —dijo— Que te voy a contar un cuento.

La pequeña Nova lo miró. Esa mirada suya que evaluaba todo antes de responder. Después estiró los brazos hacia él con la confianza absoluta de quien sabe exactamente adónde pertenece.

—No —dijo— Esta noche el cuento te lo cuento yo… Pero... ¿me dejás dormir en tu cama?

Gabriel la miró. Se rió despacio. Asintió con la cabeza.

—¡Nunca puede decirle que no a nada… padres modernos…! —protestó Agustina desde el pasillo, aunque la sonrisa que tenía no acompañaba para nada el tono — Bueno. Yo me voy a dormir. Ustedes vayan a contar cuentos y a hablar con los sueños.

—Buenas noches, Agus —dijo la pequeña Nova con una dignidad completamente fingida.

Agustina negó con la cabeza y desapareció por el pasillo todavía sonriendo.

Gabriel y la pequeña Nova entraron al cuarto.

Él la tomó de los brazos y la lanzó suavemente sobre la cama. Ella rebotó una vez y arrancó a saltar con esa risa suya que llenaba cualquier espacio sin esfuerzo.

—Acostáte, enana —dijo Gabriel, agarrando el libro de cuentos de la mesita.

—No, Abba. —Se dejó caer de golpe sobre las almohadas con una determinación absoluta— Te dije que esta noche yo te cuento el cuento a vos…

Gabriel la miró. Después miró el libro. Después la miró a ella de nuevo con esa expresión de seriedad que nunca le duraba demasiado cuando la pequeña Nova estaba cerca.

—¿Y qué cuento me vas a contar vos a mí…?

Gabriel dejó el libro en la mesita y se recostó a su lado.

La niña se acomodó con esa solemnidad suya de cuando algo le importaba de verdad. Le acomodó las sábanas a Gabriel con ese gesto que era el mismo que él usaba con ella cada noche. Se tapó ella también. Respiró profundo. Y empezó.

—Había una vez... una Imma muy, muy linda que venía por las noches a cantarle a una nena muy, muy linda también, que era su hija.

Gabriel se quedó quieto.

—¿Y cómo se llamaba esa Imma? —preguntó. La voz le salió entera. Apenas.

—Nova —dijo la niña, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

Algo en el pecho de Gabriel se cerró despacio. La miró y siguió.

—¿Y la nena tan bonita... acaso se llamaba Nova también?

La pequeña Nova se rió. Pateó bajo las sábanas con esa alegría suya que no tenía volumen intermedio.

—¡Sí! —dijo. Y siguió su cuento— Esa Imma hermosa venía cada noche y le cantaba canciones a su hija que le llegaban al corazoncito. Pero una noche… después de cantarle una canción le dijo a su hija: "esta canción va a ser para tu Abba". Y empezó a cantar la canción más hermosa que esa niña jamás había escuchado…

Gabriel no habló por un momento.

—Qué hermoso —dijo finalmente— ¿Y cómo se llamaba esa canción?

—Se llamaba "El Buen Pastor" —dijo la pequeña Nova— Y hablaba de un pastor que buscaba a su ovejita perdida, cuesta arriba, cuesta abajo, hasta que la encontraba y la amaba para siempre.

Gabriel abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Las palabras no querían salir.

—Wow —dijo. Y era todo lo que podía decir.

La pequeña Nova lo miró.

Su tono cambió. Las sonrisas quedaron a un lado y algo más quieto y más serio tomó su lugar con esa sencillez suya de cuando decía cosas que no sabía del todo lo que significaban pero que las decía igual porque las sentía verdaderas.

—Esa canción era para vos, Abba… —dijo— Anoche Imma en sueños me la cantó a mí. Y me dijo: "decile a tu Abba, que esa soy yo, cantándole a él".

Gabriel contuvo la respiración.

—¿Soñaste con Imma, hija?

—Todas las noches sueño con ella —dijo la pequeña Nova, con esa simplicidad suya que hacía que las cosas más grandes sonaran como la cosa más natural del mundo

— Jugamos y cantamos juntas en el sueño, hasta que me duermo.

Gabriel sintió el golpe en el centro del pecho sin poder hacer nada para prepararse. La abrazó. Con todo su ser. Sin cálculo. Sin ninguna capa encima.

—Te amo, enana.

—Te amo, Abba —dijo ella. Y dándose la vuelta cerró los ojitos.

Gabriel esperó. Diez minutos. Hasta que la respiración de la pequeña Nova se volvió lenta y profunda y completamente en paz, exactamente igual que la de su madre. Entonces la arropó despacio. Con ese cuidado suyo de siempre. La miró un momento largo. Era tan, tan igual.

Y se levantó.

Caminó hacia el living en silencio. Preparo una taza de café, y se sentó en el sofá, mirando el ventanal oscuro con Buenos Aires afuera moviéndose sin saber nada.

—A.P.R.I.L.L. —dijo en voz baja.

—Señor.

—Buscá la canción "El Buen Pastor" y ponela.

—La canción es de Doris Machín, señor…—dijo A.P.R.I.L.L. Y comenzó a sonar en los altavoces.

Gabriel se acomodó en el sofá mientras tomaba su café, y prestó atención con esa concentración suya de hombre que cuando algo importa no deja escapar nada.

Los primeros acordes comenzaron a sonar, pero fue recién cuando la voz comenzó a sonar cuando soltó la taza y se estrelló contra el suelo…

Era una voz de mujer, cálida y limpia que llenó el living despacio, sin apuro. Gabriel se quedó completamente quieto porque esa voz la conocía.

El mismo brillo, el mismo color y el mismo timbre de voz... Todo exactamente igual…

Parecía la misma voz de Nova cantando por las mañanas en la cocina del tríplex con el cabello suelto y la camisa de él puesta, ajena a todo, cantando sola sin saber que él se detenía en el pasillo moviéndose despacio, sin hacer ruido, para no interrumpirla, y para escucharla un poco más. Solo un poco más.

Gabriel había aprendido muy temprano que cuando Nova cantaba así —sin público, sin conciencia de que alguien la escuchaba — algo en ese sonido era tan real y tan suyo que interrumpirlo hubiera

sido como apagar una luz sin ninguna necesidad. Su voz siempre se pareció a la de un ángel.

Ahora era esa misma voz, estaba llenando el living vacío a las doce de la noche.

No había ninguna duda… Era ella cantándole a él, como la pequeña se lo había dicho solo unos minutos atrás.

Pero no era solo eso lo que lo estaba rompiendo por dentro, sino que lo que más lo estaba rompiendo era la letra de la canción.

"Perdido andaba yo, errante por el mundo. Inundado en el vacío que el pecado me brindó. Como una oveja descarriada, sin saber por dónde iba. Sin detenerse a contemplar la maldad que me atrapaba."

Gabriel conocía a la perfección ese errar. Lo había vivido cuarenta años creyendo que era libertad. Sin detenerse a contemplar lo que lo atrapaba. Sin querer ver que el vacío que había construido con tanto cuidado no era independencia sino exactamente lo que era: un vacío, una cárcel con paredes.

"Pastor de mi corazón, con voz fuerte me llamabas. Cuesta arriba, cuesta abajo, no cansabas en buscarme y allí, enredado en los espinos. En el lodo cenagoso del valle de las sombras, me encontraste, me libraste, me limpiaste y me amaste.

Mis heridas sanas Tú, con tu amor y tu ternura a pesar de las ofensas que en mi vida pueda haber. Con tu amor Tú me perdonas, con tu sangre hoy me limpias y es tu gracia que me cubre y me hace nuevo hoy."

Gabriel apretó los puños contra sí y cerró sus ojos tratando de evitar las lágrimas.

Él había hecho todo lo posible para que no lo encontraran. Había construido a A.P.R.I.L.L. para eso. Había construido cuarenta años de su vida para eso. Para que nada ni nadie pudiera entrar donde no lo invitaran. Para que el dolor no tuviera dirección de entrega.

Y, aun así, ahora algo nuevo estaba entrando en su vida.

La taza de café había quedado rota y derramado sobre el suelo, y él tenía los ojos en el ventanal oscuro.

Algo que llevaba años dentro… toda una vida contenida dentro de su pecho, ahora, poco a poco comenzaba a ceder por una grieta que no tenía nombre pero que era real y que se estaba abriendo sola sin pedirle permiso.

Fue entonces que llegó el puente:

"En momentos de oscuridad. Al tropezar en los escombros de mi vida, fue cuando el Buen Pastor su vida dio por mí. Extendió su mano y me hizo vivir."

Los escombros de su vida. Ahí estaba todo. En esas cuatro líneas estaba todo lo que él no había podido nombrar en meses de noches sin dormir, llantos en silencio y rabia contra un Dios al que le había cerrado la puerta con todo lo que tenía.

Los escombros de su vida.... De Boston. Del pasillo blanco. De esa mano que se había ido enfriando despacio mientras él la sostenía diciéndole que no, que no se vaya dejándolo solo… sin su amor.

Los escombros de todo lo que había construido creyendo que podía protegerse de un mundo que solo quería dañarlo.

Fue cuando descubrió que el Buen Pastor había dado su vida por él.

Sintió dentro de sí un llanto como el que nunca había sentido. Ni siquiera el día que Nova murió…

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su interior explotó.

Sintió —con una certeza que no venía de ningún razonamiento sino de un lugar mucho más adentro y mucho más antiguo — que todas las cargas que había llevado sobre sí durante toda una vida, esa noche, habían caído… Una por una. O todas juntas. No podía distinguirlo. Solo sentía el peso desapareciendo de un lugar que había olvidado que podía estar liviano. Cayendo para nunca más volver.

Gabriel cayó de rodillas.

En el centro de aquella sala inmensa del tríplex de Recoleta. Sin que nadie lo viera. Sin que nadie lo llamara —o tal vez sí… un llamado desde siempre…— Sin que ningún sistema del mundo lo hubiera llevado hasta ahí.

A las doce y cuarto de la noche. Solo.

Con aquella voz tan similar a la de Nova todavía flotando en el aire y Buenos Aires afuera indiferente, Gabriel terminó de quebrarse totalmente por primera vez en su vida… y lloró hasta que no tuvo más lágrimas que salieran…

No comprendía del todo por qué. No tenía palabras para lo que estaba pasando en su pecho. Pero solo sabía que estaba en el suelo, sintiendo que era exactamente… donde debía estar.

Repitió. Una y otra vez. Con la voz rota y entera al mismo tiempo. Sin rabia. Sin cálculo. Totalmente desnudo por dentro:

—Perdóname, Señor. Perdóname.

—Perdóname.

Cuando logró recomponerse apenas un poco —la respiración todavía rota, la cara todavía mojada, las rodillas en el suelo frío del living— algo ocurrió que no esperaba.

No fue un pensamiento, sino que fue algo más parecido a una luz que se enciende despacio en un cuarto que llevaba demasiado tiempo oscuro.

Y Gabriel comprendió. Por primera vez en su vida, comprendió aquel plan perfecto de Salvación…

Esa historia que había cargado como una herida durante tantos años. Ese primer amor que lo había roto tan adentro que había decidido nunca más dejar que nada llegara tan cerca. La armadura que había construido después, ladrillo por ladrillo, sistema por sistema, año por año, creyendo que era fortaleza cuando en realidad era solo miedo con buen diseño.

Todo eso había tenido que pasar.

Porque sin esa herida no hubiera necesitado construir la armadura. Y sin la armadura no hubiera llegado a esa oficina del piso veinticinco el día en que una chica rubia de Icho Cruz con lentes de armazón grafito y una honestidad brutal, que no pedía permiso para nada cruzó la puerta y lo miró sin saber que lo estaba cambiando todo.

Nova.

Gabriel cerró los ojos.

Toda esa historia. Cada momento. Cada conversación en la oficina. Cada noche en el tríplex. Los Alpes. La pequeña ecografía guardada entre las páginas de la Biblia al lado del señalador y la rosa. La casa al pie del cerro. Las noches en Icho Cruz con el cielo demasiado grande para mirarlo entero. Cada segundo de esa mujer en su vida.

No había sido casualidad ni destino.

No había sido suerte, ni había sido el azar ciego de dos personas que se cruzaron en el momento justo... No había sido solo una historia hermosa que terminó demasiado pronto por una injusticia sin sentido.

Había sido un plan…

Todo había sido un plan maestro perfecto. Tejido con una precisión que ningún sistema del mundo podía haber calculado, sino ideado por Aquel que había estado llamándolo desde su juventud —

cuesta arriba, cuesta abajo, sin cansarse nunca de buscarlo… hacia aquellos grandes brazos de eterno amor.

Aquel que Nova había amado más que a él mismo. Aquel por quien su vida tuvo el mayor de los sentidos.

"JESÚS."

En aquel segundo, Gabriel sintió como si algo cayera de sus ojos.

No era una metáfora. Era algo físico y real. Como cuando uno lleva tanto tiempo mirando a través de un vidrio empañado que olvidó que el vidrio estaba ahí. Y de repente desaparece. Y la claridad duele un poco al principio porque los ojos no están acostumbrados a ver sin ese filtro encima.

Pero Gabriel aquella noche, logró ver la mano de Dios en cada segundo de su vida.

La vio en el dolor que lo había formado sin que él lo supiera. En los años de construcción solitaria que lo habían preparado para recibir algo que no hubiera sabido sostener si hubiera llegado antes. En ese cerro de Icho Cruz la primera vez, cuando Nova miraba el valle con esa paz suya y A.P.R.I.L.L. registraba en silencio lo que él todavía no podía ver. En el señalador que cruzó el Atlántico en el bolsillo de su camisa la noche que huyó del primer beso. En cada momento en que había estado a punto de destruir lo más hermoso que le había pasado y algo —Alguien— lo había detenido.

Vio la mano de Dios en Nova.

La semilla. Eso había sido ella. Una semilla plantada en la tierra más difícil que podía haber encontrado —su vida entera, seca, blindada y convencida de no necesitar nada — y que sin embargo había echado raíces con esa paciencia suya de quien sabe que está haciendo lo que tiene que hacer y no necesita apurarse.

También vio la mano de Dios en la pequeña Nova.

El fruto.

Esa criaturita dulce y sencilla que dormía en el cuarto de al lado con el cabello rubio derramado sobre la almohada, tal cual lo hacía su Imma. Esa mujer que había sido el amor de su vida… si… pero que también había sido la herramienta que Dios había usado para llevarlo

de vuelta a sus brazos… Sin saber, que ese, era el último paso de un plan que llevaba toda una vida ejecutándose en silencio.

"La semilla. La tierra y el fruto..." Nova. Gabriel y la pequeña Nova.

Gabriel apoyó la frente en el suelo. Y se quedó ahí toda la noche.

Tenía mucho por qué pedir perdón.

De rodillas en ese living inmenso con Buenos Aires afuera indiferente y eterna, pero con Dios a su lado.

Agradeció. Con todo lo que tenía. Por el dolor. Por los años solos. Por Nova. Por cada segundo de esa mujer en su vida. Por el cerro. Por Boston. Por el pasillo blanco. Por la mano que se fue enfriando mientras él la sostenía. Por la pequeña Nova y sus ojos y sus sueños y esa canción que había traído desde el otro lado exactamente a tiempo. Por cada segundo compartido con el amor de su vida: Nova.

Por la armadura. Por los sistemas. Por los años de escepticismo cuidadoso que en realidad era miedo. Por haberle cerrado la puerta. Por la rabia de aquella noche en el cerro cuando le había exigido respuestas a Dios como si Dios le debiera algo. Por decirle que lo odiaba. Por cada vez que había elegido protegerse en lugar de entregarse. Por cada vez que había mirado la fe de Nova desde la distancia seguro de su incredulidad y había pensado que era ella quien no entendía.

Por todo pidió perdón…

Aquella noche Gabriel comprendió que siempre, siempre había sido él.

Siempre había sido él, la oveja que se resistía. Que se perdía adrede. Que encontraba los espinos y elegía quedarse enredado porque creía que los espinos podían ser controlados.

Y aun así… Cuesta arriba. Cuesta abajo. El buen pastor… nunca se canso de buscarlo…

Hasta esta noche.

Hasta este living.

Hasta estar de rodillas en el suelo frío a las doce y cuarto de la noche con la voz de una canción que tanto le recordaba a su esposa y que una niña de tres años le había dicho que escuchara…

Gabriel miró una vez más hacia arriba y sollozando le entrego todo a Dios…

—Desde mi juventud me diste sabiduría, fortuna, dinero y todo lo que quise, y yo jamás supe ver eso, por esto es que hoy que puedo verlo, te lo entrego todo de nuevo a vos, e incluso… Te entrego lo mejor que tuve en mi vida… Te entrego ese amor que nos unió a Nova y a mí, del cual vos fuiste el artífice. Te lo entrego con toda su pureza, con toda su dulzura… con todo su amor. Hoy te la confío a vos, Señor. Por favor… cuídala.

El Buen Pastor lo había seguido buscando incansablemente.

No lo encontró en una iglesia. No lo encontró en un altar. No con testigos ni con palabras preparadas ni con ninguno de los formatos que él había descartado durante cuarenta años.

Sino en el suelo de su propio living. Solo. Roto. Completamente sin recursos y exactamente donde tenía que ser

Y allí, enredado en los espinos, en el lodo cenagoso del valle de las sombras.

Dios lo encontró.

Lo libró.

Lo limpió.

Y lo amó, para siempre.

FELICIDAD NO TIENES DUEÑO

Los días que siguieron al encuentro entre Gabriel y Dios comenzaron a pasar de un modo diferente. No más veloz, no más lento, simplemente diferente.

Había algo que ahora vivía en él que antes no estaba, o que, si estaba, permanecía enterrado bajo tantas capas de orgullo, de dolor y de control que nadie podía verlo. Era algo que se parecía demasiado a lo que él siempre había visto en Nova desde el primer día en que ella entró por la puerta del piso veinticinco de la torre DMT con sus zapatillas blancas y su camisa sin arrugas.

Lo que ahora vivía en Gabriel era fe.

Pero no esa fe que se predica desde un púlpito ni la que se usa como escudo. La otra. La que transforma vidas, la que cambia la manera en que uno respira.

Quería contarlo. Necesitaba contarlo.

Pensó en viajar a Icho Cruz, pero eso no era suficiente. Él quería mudarse definitivamente allá, tal cual alguna vez había decidido con Nova, y radicarse para siempre en ese pueblito donde habían sido tan felices.

Sus suegros deberían saber lo que había ocurrido en su vida. Lo que Nova tanto había pedido.

* * *

Llamó a José esa misma semana. Le dijo que tenía que verlo, que era importante, y José no preguntó nada más —conocía la voz de Gabriel lo suficientemente bien como para saber cuándo algo había cambiado de verdad— Se encontraron en el departamento de Recoleta, los tres —él, José y Sofy—, con el café servido y la noche entrando por los ventanales del piso.

Gabriel habló durante largo rato. Les contó todo. El sueño de la pequeña Nova, la canción. La tormenta interior, las palabras que salieron de él sin que las hubiera preparado. La rendición. José lo escuchó con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada, sin interrumpirlo una sola vez. Su corazón latía con fuerza. Nunca lo había escuchado a Gabriel hablar así. Ni siquiera en su juventud.

Sofy se limpió los ojos en silencio con el dorso de la mano. No lloraba del todo, pero tampoco podía evitarlo. Y en ese gesto pequeño y casi involuntario, recordó una conversación que había tenido una vez con su amiga.

—Un día va a llegar a los pies de Dios —le había dicho Nova, hablando de Gabriel, con una certeza que no necesitaba volumen para sostenerse.

—¿Cómo podés estar tan segura de eso, Nova?

Nova sonrió apenas. La miró a los ojos con esa calma suya que a veces resultaba desconcertante.

—Hay veces que los nombres te dicen de las personas mucho más que sus propios actos.

Sofy frunció el ceño.

—No entiendo.

Nova apoyó las manos sobre la mesa con suavidad, como quien va a abrir algo que vale la pena abrir despacio.

—El nombre de Jesús era Emmanuel, que traducido significa Dios con nosotros. Moisés significa sacado de las aguas. David significa amado. En cada uno de esos nombres había algo que Dios quería decir antes de que ellos dijeran nada. Y así hay muchísimos casos en donde el nombre estaba ligado con lo que Dios pensaba hacer con esa vida.

Nova hizo una pequeña pausa.

—Pero hay otros casos distintos. Hay personas cuyo nombre era demasiado pequeño para lo que Dios tenía pensado con ellas. Y en esos casos... Dios mismo se los cambió. Abram significaba padre exaltado, pero ese nombre no alcanzaba para lo que el Señor tenía preparado, así que se lo cambió a Abraham: padre de multitudes. Jacob significaba el que suplanta, y Dios se lo cambió por Israel: el que lucha con Dios y prevalece.

Sofy la escuchaba sin moverse.

—¿Y vos cómo sabés todo eso?

—Aprendí a descubrir en la Palabra de Dios un mundo diferente —dijo Nova, sin énfasis, como si hablara de algo que simplemente era

— Un mundo que me enseño que, para ser el mayor, debía que ser el que sirviera a todos los demás. En donde para ser el primero, debía ser el último. Y en donde para ser honrado por Dios, tenia que aprender a humillarte delante de Él. Ese es el mundo en el que siempre viví, gracias a su misericordia.

Hubo un silencio.

—El día que conocimos a Gaby y a José, supe que Dios tenía un propósito con ellos. Y desde entonces he estado esperando que ese propósito se cumpla. ¿Sabés lo que significa José Gottlieb?

Sofy parpadeó.

—¿Mi José? No. No tengo ni idea.

—Significa "al que Dios añadirá, porque ama a Dios." José es un hombre muy amado por Dios, Sofy.

—¿En verdad significa eso...? —repitió ella en voz baja— ¿Mi José...?

—¿Y sabés cuál es el significado de Gabriel Bechirah? —continuó Nova, con la misma voz quieta— "El hombre fuerte de Dios, escogido por Él."

—Ese nombre, no habla solo de poder, ni solo de elección. Habla de alguien que fue elegido para sostener algo con la fuerza de Dios. Vi

en su nombre lo que Dios quería hacer con él, y por eso amarlo fue una certeza, no solo un sentimiento.

Sofy se había llevado las manos a la boca.

Y solo logró decir:

—Ahora entiendo por qué lo amás así.

Cuando Gabriel terminó, José levantó la vista y lo miró con esa calma que lo definía. Lo abrazó y con una sonrisa le dijo:

—Ahora sí volvemos a ser verdaderos hermanos, como una vez lo fuimos.

Gabriel no terminó de entender bien lo que quiso decirle, pero lo aceptó feliz, porque venía del lugar más honesto que José tenía para dar.

* * *

Con Agustina fue distinto.

Gabriel sabía que sería distinto. Agustina lo conocía con una precisión que a veces lo incomodaba. Podía distinguir cuándo era real y cuándo era actuación con una sola mirada, y precisamente por eso su aprobación valía más que ninguna otra.

La invitó a desayunar un sábado por la mañana. Café recién hecho, medialunas, las voces de la gente a su alrededor y una camarera sirviéndoles. Agustina llegó con el cabello recogido y los mismos ojos verdes que Gabriel, y cuando se sentó frente a él con la taza entre las manos, ya sabía que algo importante estaba por ocurrir.

Gabriel le contó todo con lujo de detalles. No se saltó nada. Le habló de la pequeña Nova y sus sueños, de la tormenta de sensaciones que vivió, de las palabras que dijo en voz alta sabiendo que solo Dios podía escucharlo. Le habló de Nova, de lo que ella plantó en él sin saberlo y de todo lo que él tardó en verlo.

Agustina lo escuchó sin moverse. Sin el café. Sin parpadear demasiado. Ella sentía una luz que comenzaba a nacer también en su corazón.

Cuando él terminó, hubo un silencio largo.

Entonces las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, despacio, sin que ella hiciera ningún gesto para detenerlas.

—Es… es hermoso, Gaby. Es hermoso, hermano —dijo con la voz apenas levantada sobre el silencio. Luego apoyó la taza, miró la mesa un momento y con su cabeza gacha agregó

— No lo sé… No lo termino de entender. Pero lo que sí sé… es que puedo ver algo nuevo en tu vida. No que hayas olvidado a Nova. Eso sé que jamás lo vas a hacer. Pero algo distinto… Y yo… quiero que eso distinto que te pasó a vos… me ocurra también a mí.

Gabriel la miró. Vio en ella algo que nunca había visto en tantos años de conocerla. Una grieta. Una pequeña, honesta y necesaria grieta. ¿Acaso Nova había visto esa misma grieta en él años atrás?

—Si realmente lo querés, estoy seguro de que va a ocurrir —le dijo— Voy a pedirle a Dios por vos. Para que lo puedas sentir.

Agustina asintió sin decir nada más. Se terminó el café en silencio, y ese silencio fue el más completo que habían compartido en años.

* * *

El sol de esa última mañana en la torre entraba oblicuo por los ventanales.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el lobby y Gabriel salió, todo el mundo DMT estaba en su momento más caótico. Todos corrían.

Él la vio antes de que ella lo viera a él.

Patricia…

Rubia, de presencia fuerte, con esa forma de pararse que nunca había perdido. Segura, calculada. El pasado que volvía una vez más.

Tenía un sobre en la mano. Buscaba trabajo, supuso Gabriel.

Ella levantó la vista y se quedó inmóvil un segundo. Después sonrió.

—¿Gaby…?

—Patricia —respondió él con la misma naturalidad con que hubiera saludado a cualquier conocido de otro tiempo.

Se acercaron. El saludo fue cordial, sin incomodidad fingida ni calidez exagerada. Solo dos personas que habían compartido algo importante en sus vidas muchos años atrás.

—Han pasado tantos años… —dijo ella. Luego, con voz más baja — Lo lamento mucho. Supe lo que le pasó a tu esposa.

Gabriel la miró con calma.

—Ella ahora está mucho mejor que nosotros, gracias a Dios.

Patricia no supo qué responder a eso. Buscó algo en su cara que lo relativizara. No encontró nada.

—Han pasado muchos años —repitió, buscando terreno conocido.

—Veintitrés. Para ser exactos.

Patricia sonrió levemente. Lo miró con esa curiosidad que no podía disimular del todo.

—Te seguí. Todo lo que construiste, DMT, lo que lograste... es impresionante. Siempre supe que ibas a llegar lejos.

—Dios siempre tuvo sus planes —dijo Gabriel simplemente.

Patricia arqueó levemente una ceja.

—¿Ah... seguís creyendo en Dios?

Él la miró sin ironía, sin distancia.

—No. Es Él quien aún sigue creyendo en mí. Yo solo soy un pecador que halló su gracia.

Patricia buscó una sonrisa que lo convirtiera en una frase hecha. No la encontró. Gabriel lo había dicho en serio.

—¿Vos estás bien? ¿Cómo está tu vida ahora…? —preguntó, cambiando levemente el rumbo.

—Bien. Muy bien. Tengo una hija hermosa. Y tuve la esposa más maravillosa que Dios me pudo haber dado. —Hizo una pausa breve— Estoy bien de una manera que antes no sabía que existía. Dios ha sido muy bueno conmigo.

Ella lo miró en silencio. Algo en sus ojos buscaba una grieta que ya no estaba.

—Me alegra —dijo. Y sonó sincero, aunque le costó...

Hubo un silencio breve. De esos que pesan sin ser dramáticos.

—Gabriel... siempre que te veía en televisión, en los informativos... siempre quise tener la oportunidad para pedirte perdón por lo que sucedió entre nosotros… Pero…

Él miró el piso, hizo una leve sonrisa, mordió el labio inferior como Nova amaba que lo hiciera, y sacudió levemente la cabeza.

—Tranquila… te perdono. Dios lo hizo primero conmigo.

En ese momento se escuchó desde la entrada una voz pequeña y clara como una campana.

—¡Abbaaaa!

Gabriel giró apenas y abrió los brazos. La pequeña Nova llegó corriendo con Agustina, quien venía más atrás.

Gabriel levanto en brazos a la pequeña de manera natural, sin pensarlo, como quien toma algo que siempre fue suyo.

Fue entonces cuando del otro lado del lobby apareció José caminando hacia ellos con ese paso tranquilo que lo caracterizaba. Gabriel lo vio y sonrió.

—¿Te acordás de José? —le dijo a Patricia.

Ella lo miró y algo en su cara registró el recuerdo. —Sí, claro — respondió

José se acercó con una sonrisa amplia y saludó con la calma de siempre.

Gabriel miró a Patricia y señalando a su amigo le dijo:

—Él te va a ayudar con tu currículum. José es el nuevo CEO de DMT.

Hizo una pausa breve. Natural. Sin dramatismo.

—Yo ya voy de salida… Ahora es mi turno de vivir la vida para Dios…

Después miró a José con esa complicidad de cuarenta años.

—Chau, pastor. Nos vemos pronto.

José lo miró un segundo antes de que se diera vuelta.

—Gabriel. —Esperó a que lo mirara

— Nova estaría muy orgullosa del hombre con el que se casó.

Gabriel no respondió. Asintió apenas, apretó la mano de la pequeña Nova y salió hacia la calle.

Patricia los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta. Después miró a José.

—¿Sos pastor?

José la miró con esa tranquilidad que no necesitaba explicarse.

—Sí.

Patricia guardó silencio. Los ojos todavía fijos en la puerta de vidrio donde Gabriel y la niña habían desaparecido.

—¿Esa es su hija…? ¿Y esa mujer quien es…?

—Sí, es su hija. La otra es su hermana —dijo José con calma— Tal vez no la recuerdes. Era un bebé cuando te conocimos.

Patricia no dijo nada por un momento, solo asintió, con los ojos brillantes. Y después, casi sin voz, como si se lo estuviera confesando a sí misma más que a él:

—Nunca voy a terminar de comprender lo que nos pasó... en qué me equivoqué tanto y lo dejé ir.

José no se movió. Siguió mirando la calle donde Gabriel había desaparecido con su hija.

—Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón…

Patricia lo miró y no respondió nada… Ya no había nada más que agregar.

Era el mismo versículo del señalador.

El que Nova había llevado consigo desde siempre, porque para ella el tesoro siempre había sido Dios y por eso su corazón nunca había estado en ningún otro lugar. Fue el mismo versículo que Gabriel había tardado cuarenta años en entender: que lo que creía que era su tesoro —Nova— era en realidad el camino hacia el verdadero tesoro. Y ahora… era el mismo versículo que Patricia escuchaba en silencio, sin poder responder, porque también ella, en algún momento, pudo elegir dónde poner su corazón, pero… ella eligió otro tesoro. Y eligió mal.

* * *

El departamento de Nova, ahora convertido en iglesia, tenía esa luz de las tardes que entraba oblicua por los ventanales y lo dejaba todo quieto.

Gabriel había llegado con la pequeña Nova unas horas antes.

La excusa había sido el almuerzo, pero los cuatro sabían que estas visitas no necesitaban excusa. José y Gabriel habían tomado el café en la oficina pastoral mientras hablaban de cosas importantes con la calma de los que ya no necesitan apurarse para decirse nada. Después José había recibido una llamada y había salido por un rato. Gabriel se había quedado hojeando un libro de la biblioteca de José.

La pequeña Nova había ido a buscar a Sofy.

La encontró en el cuarto del fondo, acomodando unas cajas con materiales de la iglesia. Sin decir nada se sentó en el piso con la espalda apoyada contra la pared, como si ese fuera su lugar natural. Sofy la miró, sonrió, y se sentó frente a ella.

Estuvieron un rato así, con un libro de imágenes que la pequeña había traído y que ya no estaba mirando.

Tenía los ojos puestos en Sofy con esa fijeza tranquila que a veces incomodaba a los adultos, porque no era la mirada de una nena

sino la de alguien que está procesando algo en silencio y esperando el momento correcto para decirlo.

Sofy lo sabía. La conocía demasiado bien.

Esperó.

—Tía Sofy... —dijo la pequeña, con esa voz suya que era grave para su edad y que siempre le hacía algo en el pecho que Sofy no sabía cómo nombrar

— ¿Vos también conociste a Jesús por Imma, igual que le ocurrió a mi Abba...?

Sofy no respondió de inmediato.

No porque no supiera qué decir. Sino porque la pregunta era demasiado exacta para responderla rápido, y las cosas exactas merecen un segundo de silencio antes.

—Sí —dijo al fin— Por tu Imma.

La pequeña procesó eso con la misma seriedad con que procesaba todo.

—¿Y cómo fue...?

Sofy apoyó los codos en las rodillas y miró un momento los ventanales antes de volver a mirarla.

—Fue despacio... Muy despacio... —Hizo una pausa— Tu Imma nunca me dijo: Sofy, tenés que creer esto. Nunca me explicó nada como si yo fuera una alumna y ella la maestra. Simplemente... vivía de una manera que te obligaba a hacerte preguntas...

—¿Cuándo ves a alguien que tiene algo que vos no tenés, y no sabés bien qué es, pero lo notás, no te preguntas: ¿Qué es lo que esa persona tiene...?

—Sí —dijo la pequeña, como si lo supiera de verdad.

—Así era con ella. Tenía paz en lugares donde yo tenía miedo. Tenía certeza en lugares donde yo tenía preguntas.

—Al principio pensaba que era su personalidad, que había personas así y nada más... Pero después fui viendo que no era solo eso. Era algo que ella tenía adentro que yo no podía explicar con lo que sabía.

La pequeña escuchaba con las dos manos sobre el libro cerrado, completamente quieta.

—¿Y después...?

—Después tu tío José... El tampoco me predicó nada. Pero era igual que ella. Tenía la misma cosa, solo que más callada todavía. Y un

día me dijo una sola frase: El que comenzó en vos la buena obra la va a terminar en su tiempo.... —Sofy hizo una pausa

— No le respondí nada porque no logre entender por completo, pero.... no pude soltarlo. Me quedé meses pensando en eso.

—¿Y cuándo lo entendiste...?

Sofy tardó un segundo.

— La noche que tu papá se convirtió. —La voz le bajó un tono

— Cuando lo escuché contar todo lo que sintió, todo lo que vivio. Fue entonces que, algo que en mí había estado cerrado por mucho tiempo se abrió de golpe. Sin aviso. Sin que yo lo decidiera con la cabeza. —Miró a la pequeña

— Fue como cuando abrís una ventana que tiene mucho tiempo sin abrirse y entra el aire de golpe y cuando entra, te das cuenta de que el cuarto olía mal sin que te hubieras dado cuenta.

La pequeña consideró eso con cuidado.

—¿Y el tío José se hizo pastor después...?

—Después, sí. Cuando ya estábamos casados y yo ya estaba lista...

—Tu Imma había plantado cosas en mí durante años, y tu Abba y tu tío José las fueron regando sin saber que lo hacían. Y cuando llegó el momento, todo lo que ella había puesto adentro mío estaba ahí, esperando.

Hubo un silencio. De esos que en ese lugar nadie apuraba.

—Mi Imma era así —dijo la pequeña, en voz baja. No como pregunta, sino como alguien que confirma algo que ya sabe y necesita decirlo en voz alta de vez en cuando para que siga siendo real.

—Sí... era así —dijo Sofy— Y poco a poco vas a ir descubriendo más cosas de ella que te van a ir sorprendiendo cada dia. Cosas que todavía no sabés y que vas a amar toda tu vida cuando las conozcas...

La pequeña la miró con esos ojos que a veces eran demasiado viejos para su cara.

—¿Vos me vas a ayudar a descubrirlas...?

Sofy sintió algo que no le dio tiempo de prepararse. Se le cerró la garganta de un modo suave, de esos que no duelen, sino que pesan. Extendió la mano y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí... siempre —dijo— Le debo eso a tu Imma... y mucho más...

Precisamente en ese momento golpearon a la puerta.

Era Romina, la joven que ayudaba en la secretaría de la iglesia. Tenía la cara de quien trae algo urgente y no sabe bien cómo decirlo.

—Sofy... —dijo, con la voz baja— Hay una chica afuera. Llegó hace un rato. Está sola. —Hizo una pausa— Está embarazada y no tiene adónde ir. Preguntó por José y por vos. Dice que necesita hablar con alguien de manera urgente...

Sofy la miró un segundo.

Después miró a la pequeña Nova, que la observaba desde el piso con el libro cerrado sobre las rodillas.

Sonrió apenas. Y le dijo a Romina con una calma que no era suya sino de alguien más que ya no estaba allí... al menos de manera presencial.

—Tranquila... Tenés que aprender a confiar un poquito más en Dios. Todas las cosas ayudan a bien para los que creen en Él...

Y salió.

* * *

La mañana del viaje comenzó antes de que amaneciera del todo.

La pequeña Nova ya estaba despierta cuando Gabriel subió a buscarla.

Estaba sentada en la cama con el oso que el tío José le había regalado el día que cumplió dos años, y cuando vio a su padre en la puerta sonrió con esa sonrisa que no le costaba nada, la misma sonrisa que él conocía de otra cara.

A.P.R.I.L.L. había organizado todo con la eficiencia de siempre —el vuelo privado, la logística de la propiedad en Icho Cruz, la temperatura de la casa programada para recibirlos— El equipaje esperaba en el hall del departamento.

Durante el vuelo la niña estuvo quieta un rato, mirando por la ventanilla con los ojos bien abiertos. Luego se volvió hacia Gabriel con toda la seriedad que puede tener una persona de cuatro años y le preguntó:

—Abba, ¿vamos a subir al cerro de Imma?

—Sí, hija —le dijo él— Vamos a subir los dos al cerro, pero primero lo tengo que hacer yo… solo…

—¿Y por qué solo…?

—Se lo debo a tu Imma —contestó Gabriel…

La pequeña aplaudió dos veces con las manos y su sonrisa se transformó en una cosa que no tenía nombre más preciso que felicidad pura.

—¿Aunque haga mucho frío, Abba?

—Aunque haga mucho frío.

Ella volvió a mirar por la ventanilla, satisfecha, como si eso fuera todo lo que necesitaba saber.

* * *

Aterrizaron en la pista privada que Gabriel había mandado construir en la propiedad.

Cuando la puerta del avión se abrió, el aire de Icho Cruz entró de golpe, limpio y frío, con ese olor a pasto y a sierra que no existe en ninguna otra parte del mundo.

La casa los esperaba en silencio. Oscura. Gabriel encendió las luces desde el panel de control de su reloj y los espacios fueron apareciendo de a uno, familiares y quietos, cargados de algo que no era exactamente tristeza pero que tenía el mismo peso.

La niña no tardó ni diez segundos en llenar todo con su presencia. Sus pasos, sus risas, su voz llamando a cada habitación como si quisiera verificar que todo seguía en su lugar. Gabriel la escuchó desde el hall y algo dentro de él cedió un poco.

Desempacaron juntos. O más bien, Gabriel desempacó mientras la pequeña Nova supervisaba con criterios propios.

En cada rincón de la casa vivían recuerdos de Nova. En el ángulo de la ventana desde donde ella leía. En la altura exacta de los estantes donde acomodaba sus cosas. En la taza que todavía estaba donde la había dejado la última mañana.

Una lágrima quiso salir, pero esta vez… el logró contenerla.

Sonó el celular. Miró la pantalla. Jonathan.

—¿Ya llegaron? —preguntó directamente, sin preámbulo, con esa voz suya que siempre sonaba como si estuviera esperando desde hacía horas.

—Sí, acabamos de llegar. Estamos desempacando y ya vamos para allá.

—No demoren —se escuchó decir a Martha en el fondo, con urgencia de abuela que no admite discusión.

—Ya vamos, Abu —contestó la pequeña Nova desde el pasillo, como si hubiera estado escuchando la conversación entera.

La felicidad de Jonathan y Martha al ver a la niña no tenía comparación posible con ninguna otra cosa. La tomaron en brazos antes de que pudieran saludar a nadie más, y lloraron con ella, y la besaron, y volvieron a llorar, y la volvieron a besar, y la niña los dejó hacer todo eso con la paciencia generosa de quien sabe que está siendo amada de una manera que tiene historia.

Sentían, los dos, que la vida les estaba dando algo que creían perdido para siempre. Que en esos brazos pequeños y en ese perfil tan familiar había una segunda oportunidad de tener a su amada hija, de algún modo, de vuelta.

Después la apoyaron en el piso, la miraron alejarse corriendo hacia el jardín, y entonces saludaron a Gabriel. Él los comprendía. Los amaba por eso.

Pasaron a la cocina. Martha puso la pava. Jonathan sacó el mate. Y fue en ese espacio quieto, alrededor de la mesada de madera con la sierra visible por la ventana, donde Gabriel comenzó a contar.

Les contó todo. Con más tiempo, con más calma. Les contó que la pequeña Nova soñaba con su Imma cada noche, que se despertaba feliz, que a veces decía cosas que no podían venir de ningún lugar que alguno de ellos pudiera ver o nombrar.

Martha soltó el mate y se tapó la boca con la mano. Jonathan intentó disimular, pero no pudo. Una lágrima le corrió despacio por la cara.

Les contó su encuentro con Dios. El momento en que algo en él cedió para siempre y cuando sintió que una mochila que había llevado todas su vida, había caído…

Martha, sin decir nada, alargó el brazo sobre la mesada y tomó la mano de Gabriel entre las suyas.

—Las oraciones de Nova —dijo con la voz quebrada pero firme— aún hoy, siguen siendo respondidas.

Y lo abrazó como a un verdadero hijo.

Almorzaron juntos. Recordaron con risa, con anécdotas que le hacían los ojos grandes a la pequeña Nova, con momentos que Gabriel no sabía que guardaba y que de pronto estaban ahí, completos, sin el dolor que esperaba encontrar.

—Otra oración contestada —dijo Jonathan en algún momento, con ese tono suyo de hombre que entiende que Dios trabaja también en los detalles

— Que la recordemos con alegría, con risas, y no solo con lágrimas.

Después del almuerzo Gabriel se agachó hasta quedar a la altura de la pequeña Nova.

—¿Vamos para casa, hija?

La niña lo pensó con una seriedad que no correspondía a su edad.

—¿Me puedo quedar con los abuelos? —preguntó— Después vos me venís a buscar.

Gabriel la miró un segundo. Asintió.

—Bueno.

Volvió solo a la casa y al entrar, el silencio tenía una textura diferente a la de la mañana. No era vacío. Era presencia de otra clase. Gabriel caminó despacio por los espacios, miró todo a su alrededor. La luz de la tarde caía oblicua sobre el piso de madera.

Estuvo parado en el centro del living un momento largo mirando el cerro…

Entonces tomó una mochila del armario, metió dos botellas de agua y una de jugo, se ató los cordones, y sin decirle nada a nadie, salió.

Hoy es el día, pensó.

El sendero arrancaba detrás de la propiedad, donde la tierra empezaba a subir y las piedras se hacían más grandes y el pasto más corto. Gabriel lo conocía de memoria. Había subido hasta cierto punto muchas veces con Nova, y esas subidas vivían en él como fotografías táctiles: el peso de su mano, su respiración, la forma en que ella siempre encontraba la piedra exacta donde apoyar el pie.

Subió despacio. Sin apuro.

Llegó al claro donde Nova solía nadar de pequeña y se detuvo. El viento soplaba con fuerza desde el oeste y llevaba consigo el olor a roca mojada que él ya asociaba a ella de manera irremediable. Tomó un poco de agua. Miró hacia arriba.

Ya es hora.

Empezó a escalar.

Recordó cada roca donde ella pisaba. Recordó cómo le había costado la última vez que subieron juntos, cuando la enfermedad ya

estaba instalada en su corazón sin que ninguno de los dos lo supiera del todo, y aun así ella había llegado.

Él nunca había llegado a la cima. Siempre había encontrado una razón para quedarse a mitad de camino, para esperar abajo, para decirse que la próxima vez. Pero Nova subía sola cuando era niña, subía con él cuando era su mujer, y lo miraba desde arriba con esa sonrisa que decía "Podés. Yo sé que podes…" sin decir nada.

El temor le golpeó el pecho con cada paso. No era un miedo irracional ni cobardía. Era ese miedo honesto que te dice que lo que estás haciendo importa.

Recordó que Nova le había dicho una vez, sentados en el claro después de una subida, que al principio ella también había tenido miedo. Que el cerro le había parecido imposible la primera vez. Que lo que cambia no es el cerro sino la certeza de que no estás solo en él.

Eso le dio fuerzas.

Sus pies resbalaron en una roca y el corazón se le fue a la garganta. Se aferró con la mano a una saliente y esperó hasta que la respiración volvió a un ritmo normal. Miró hacia abajo una sola vez y decidió no volver a hacerlo.

Miró hacia arriba.

Ella no estaba esperándolo en la cima. Ya no estaría nunca más.

Apretó los dientes y siguió.

El camino parecía no tener fin. Cada tramo que completaba revelaba otro tramo, y el viento arreciaba a medida que ganaba altura, y los músculos le pedían una pausa que él no estaba dispuesto a darles. Pero entonces, en algún momento que no supo identificar con precisión, algo cambió. Sintió las piernas más firmes. Más seguras. Como si el peso propio se hubiera distribuido de otro modo, o como si algo o alguien… invisible hubiera decidido empujarlo desde atrás con una mano calma y firme.

Siguió subiendo y en menos de lo que esperaba la pendiente se aplanó, las rocas se abrieron, y Gabriel, sin poder creerlo… llegó a la cima…

Por primera vez en su vida lo había logrado.

Se quedó parado sin moverse. La emoción era tan grande que no cabía entera en ninguna parte del cuerpo.

Entonces miró hacia el valle y vio lo que Nova siempre le había contado. Los pliegues del terreno, los colores del atardecer

instalándose despacio sobre la sierra, ese silencio que desde ahí arriba no era vacío sino todo lo contrario. La belleza de ese paisaje que no tenía comparación con ningún otro lugar del mundo.

La belleza que Nova había querido mostrarle desde un principio.

Las lágrimas le corrieron solas.

Levantó los brazos hacia el cielo que en ese momento era de un azul que se oscurecía en el horizonte. Y en voz muy baja, casi sin voz, con los ojos cerrados y el viento golpeándole la cara, dijo:

—No sé si pueda pedirte esto... Pero de ser posible...

—¿le podrías decir a ella que lo logré? ¿Que por fin llegué?

Y no pudo más.

Cayó de rodillas en aquel lugar, en la cima del cerro que llevaba el nombre de Nova, y dio gracias a Dios por toda aquella hermosa historia de amor que había vivido a su lado…

La bajada fue mucho más sencilla.

No más fácil en el sentido físico —las rodillas acusaban el descenso más que la subida, y las piedras no distinguían entre ida y vuelta— pero fue diferente…

La adrenalina todavía le corría por el cuerpo y la emoción no había encontrado del todo dónde asentarse, pero había algo nuevo en cada paso hacia abajo que no existía cuando subía. Una ligereza. Como si algo que había cargado durante años hubiera decidido quedarse en la cima.

Caminó despacio y entendió, en esa bajada, por qué Nova buscaba tanto aquel lugar, siempre.

Allí arriba todo era más claro… El viento se llevaba todo, y lo que quedaba era uno solo, en su forma más honesta y sencilla, ante una presencia que no necesitaba explicaciones.

Nova lo sabía.

Él sentía la certeza de que ella había llegado mucho más alto que la cima de ese cerro, y que, aunque el tiempo hiciera su trabajo sobre todo lo demás, el jamás podría olvidarla. Supo que, aunque la lluvia lavara las cenizas, él siempre la recordaría, porque su tiempo había sido tan especial que, aunque todo llegara a su final, ella seguiría viviendo en su corazón.

Supo, en aquel día, que ella había llegado mucho más arriba que la cima de ese cerro.

Y aunque ya no volvería, aunque ese pensamiento todavía tenía bordes afilados que encontraban la manera de rozarlo en los momentos menos esperados, Gabriel sabía algo con una claridad que no admitía duda alguna… Él sabía que un día, él iría a su encuentro. Y habría un momento… En una vida que no se mide con los instrumentos de esta, donde todo lo que el tiempo y la distancia habían separado volvería a ser completo en Dios

Pero mientras tanto, había trabajo por hacer aquí.

* * *

Volvió a la casa cuando el sol ya empezaba a inclinarse sobre la sierra.

Se dio una ducha larga. Dejó que el agua caliente hiciera su trabajo mientras la mente descansaba de pensar. Cuando se vistió y se miró un segundo en el espejo del baño, notó algo. Una sonrisa. No puesta. No construida. Una sonrisa que había llegado sola y que no tenía ninguna intención de irse.

La dejó estar.

Una idea comenzó a tomar forma en su mente. Llamó a sus suegros y les pregunto si la pequeña se podía quedar con ellos. Ambos contestaron al unísono: "SI" con toda la alegría posible.

Tomó la vieja Biblia de Nova, entró a su nuevo War Room de la casa, abrió el núcleo de A.P.R.I.L. y comenzó a escribir código tras código…

La arquitectura entera estaba desplegada frente a él. Millones de líneas de código construidas a lo largo de años. Cada protocolo. Cada capa. Cada variable diseñada con una precisión que no había dejado nada librado al azar. La obra más sofisticada que había construido. La más íntima.

Pero… no la más grande… la obra más grande de su vida dormía en casa de sus abuelos esa noche, con el oso del tío José apretado contra el pecho.

Estuvo toda la noche metido allí reescribiendo código y algoritmos con una intensidad casi desesperada, y cuando la madrugada llegó, y el sol comenzó a aparecer en el horizonte...

Llegó al centro de todo el código, y de toda escritura primordial, la razón por la que A.P.R.I.L. había existido desde el principio.

Gabriel la miró un momento largo y continúo escribiendo.

No con rabia. No con urgencia, sino con esa calma nueva que todavía no terminaba de reconocer como suya, pero que estaba ahí, firme, ocupando el lugar donde antes vivía el control.

Trabajó toda la mañana y toda la tarde sin comer. Sin hablar.

Con A.P.R.I.L. activa en segundo plano, procesando cada cambio en silencio, como quien entiende que algo importante está ocurriendo y decide no interrumpir.

Al llegar las primeras horas de la noche, miró la pantalla y respiró al escribir la última línea.

El cursor parpadeó un momento en el silencio del estudio.

Entonces A.P.R.I.L. habló.

—¿Está seguro, señor?

Gabriel no dudó.

—Lo estoy.

Una pausa breve. Como si A.P.R.I.L. también necesitara ese segundo.

—A partir de hoy —dijo Gabriel, con una voz que no era la misma que había entrado a ese estudio el día anterior

— ya no vas a ser A.P.R.I.L. Adaptive Personal Resilience and Isolation Layer (Capa de Aislamiento y Resiliencia Personal Adaptativa).

Hizo una pausa.

—A partir de hoy vas a ser A.P.R.I.L.L. Adaptive Personal Restoration and Inspiration Leading to the Lord (Restauración Personal Adaptativa e Inspiración que Guía hacia el Señor). —Lo dijo despacio. Dejando que cada palabra ocupara su lugar— Eso es lo que debiste ser desde un principio.

Otra pausa.

—Tu premisa principal ya no es protegerme a mí o a Nova… ella ya no está con nosotros. —Su voz bajó un tono, pero no perdió firmeza

— Tu premisa principal a partir de hoy es el conocimiento del Evangelio de la pequeña Nova, de mí, de Agustina, de José, de Sofy... y de todo aquel que quiera recibirlo. — Miró la pantalla un momento largo

— Vamos a evangelizar al mundo entero si Dios lo permite.

El silencio que siguió fue de otra clase. No el silencio del vacío, sino el silencio de algo que acaba de nacer.

—Entendido, señor —respondió A.P.R.I.L.

Gabriel no dijo nada más.

Ejecutó el reinicio.

Un silencio total. Como el que existe entre el último latido de algo que termina y el primero de algo que comienza.

Los sistemas apagándose uno por uno en cada sucursal del mundo. En cada pantalla. En cada servidor. En cada rincón donde A.P.R.I.L. había existido hasta esa noche.

Y después, despacio, volviendo a encenderse. Uno por uno. Con algo diferente en el núcleo. Con una escritura primordial que ya no protegía a un hombre del dolor, sino que guiaba a todo aquel que quisiera escuchar, hacia Dios.

Gabriel se levantó. Caminó hasta la ventana del estudio y miró hacia afuera. El cerro oscuro contra el cielo de la madrugada. Las estrellas sobre Icho Cruz sin la competencia de ninguna luz artificial.

Lo que había construido desde el dolor ya no era una armadura. Era una guía hacia Dios.

Entonces A.P.R.I.L.L. habló.

—Buenos días, señor. Mi nombre es A.P.R.I.L.L. Estoy aquí para ayudarlo con la Palabra. —Una pausa breve— ¿Comenzamos?

Gabriel miró el cerro una vez más. Y sonrió.

—Comencemos…

* * *

Martha no le preguntó si quería quedarse a cenar. Lo invitó con esa autoridad tranquila que tienen las madres que ya te consideran parte de la familia y no ven razón para seguir pidiendo permiso.

Había preparado la comida preferida de Gabriel: bife de chorizo con papas fritas. A la cordobesa, como le llamaba Nova, con ese nombre que sonaba a secreto regional y que en la mesa de Jonathan y Martha significaba que la noche valía la pena.

Gabriel se sentó y dejó que el olor a comida casera y a hogar ajeno que ya era propio le hiciera lo que le hizo.

Durante la cena, Jonathan le comentó que había hablado con el pastor Samuel, y que este le había dicho que quería verlo…

Gabriel asintió.

—Voy a pasar mañana por la iglesia.

Terminaron de cenar con la pequeña Nova dormida sobre el sillón del living, con el oso de José apretado contra el pecho, ajena a todo con esa confianza absoluta que tienen los niños que saben que están seguros.

Gabriel la cargó en brazos con cuidado de no despertarla, se despidió de Jonathan y Martha, y volvieron a la casa.

A la mañana siguiente fue ella quien lo despertó.

No con delicadeza, sino con toda la energía de sus cuatro años saltando sobre la cama sin aviso previo y repitiendo con la urgencia de quien tiene un mandato pendiente:

—¡Vamos a subir al cerro! ¡Vamos a subir al cerro!

Gabriel abrió los ojos, se sentó despacio, y la miró. Ella seguía saltando. El cabello rubio y ondulado moviéndose con cada rebote, los ojos verdes brillando con esa luz propia que a veces lo dejaba sin palabras.

—Hoy no puedo, hija —le dijo— Tengo cosas que hacer en el pueblo.

La pequeña se detuvo. Lo miró con el ceño fruncido, procesando la información con toda la seriedad del caso. Gabriel sostuvo la mirada sin moverse.

Entonces la niña sonrió. Y volvió a saltar.

—¡Mañana vamos a subir al cerro! ¡Mañana vamos a subir al cerro!

Gabriel se duchó, desayunó, dejó a la pequeña Nova con sus abuelos, y tomó el camino al pueblo.

La iglesia de Samuel estaba en el mismo lugar de siempre, con la misma fachada sencilla y esa quietud particular que tienen los edificios que alojan cosas importantes.

Gabriel entró. Miró el espacio: las bancas de madera, las ventanas altas, el techo que pedía atención y las paredes que contaban el paso del tiempo con discreción.

Había algo en ese lugar que él ahora podía ver de un modo que antes no estaba disponible para verlo.

—¡Gabriel! —La voz de Samuel llegó desde el fondo con la calidez de quien esperaba esa visita desde hace más tiempo del que el visitante imagina— ¡Bienvenido, hijo! ¿Cómo estás?

Se dieron la mano. Luego el pastor le puso la otra mano encima, con ese gesto suyo que era saludo y bendición al mismo tiempo.

—Quería saber como seguías vos y Novita después de nuestra charla…

—Sí, Jonathan me lo comentó —dijo Gabriel— Por eso pasé.

Samuel lo invitó a sentarse en una de las bancas delanteras. Gabriel se acomodó y comenzó a contar. El pastor lo escuchó en silencio, inclinado hacia adelante, con las manos entrelazadas.

A medida que Gabriel hablaba, los ojos de Samuel empezaron a brillar. Luego, sin que pudiera evitarlo, comenzó a sollozar. Despacio. Con esa forma de llorar de los hombres que conocen a Dios hace mucho y que por eso mismo saben reconocer cuándo Él ha estado trabajando en alguna vida en particular.

Cuando Gabriel terminó, Samuel se limpió los ojos y lo miró con algo que era más que emoción.

—Ella vio todo esto en vos antes que cualquier otro —dijo— El día antes de que se casaran vino a verme. —Hizo una pausa breve

— Me dijo: "Pastor… prepare más bancas Muy pronto van a venir Gabriel, su hermana, y todos sus amigos".

Levantó la vista hacia Gabriel.

—Ella lo sabía, hijo.

Gabriel no dijo nada por un momento. No necesitó pensarlo demasiado para creerlo.

Nadie en el mundo lo había conocido como Nova lo conocía. Nadie había visto en él lo que ella vio, ni apostado por eso con la convicción callada con que ella apostó.

Miró el techo. Las paredes. El espacio que pedía cosas que el tiempo y los recursos podían resolver.

—Hay mucho por hacer aquí… —dijo.

—Sí —respondió Samuel— Pero no siempre se puede hacer todo lo que se necesita de inmediato. A veces hay que saber esperar.

Gabriel sonrió. Una sonrisa tranquila, sin ironía.

—Lo sé muy bien. —Hizo una pausa— Ella me lo enseñó.

Charlaron un rato más, con esa facilidad que tienen las conversaciones entre personas que comparten lo más importante sin necesitar probarlo. Antes de despedirse, quedaron en verse el domingo durante el servicio.

Gabriel pasó el resto del día en el pueblo.

Hizo lo que había ido a hacer, compró lo que necesitaba, caminó despacio por las calles de tierra y asfalto que Nova había caminado toda su vida.

Había algo en ese pueblo que él comenzaba a entender de un modo que antes le era ajeno.

No era nostalgia solamente. Era pertenencia. La sensación, todavía nueva y todavía sin nombre preciso, de que Icho Cruz no era solo el lugar donde Nova había nacido y donde estaba enterrada. Era el lugar donde algo en él había empezado a vivir.

* * *

Al atardecer pasó por la casa de Jonathan y Martha a buscar a la pequeña.

Lo que encontró al llegar no era lo que esperaba.

En el jardín, con la luz naranja del final del día cayendo, sobre todo, había un abuelo disfrazado de payaso con la cara pintada de colores que no guardaban ninguna coherencia entre sí, haciendo gestos que pretendían ser amenazantes y no lograban asustar a nadie. Y una abuela atada a una silla —con una bufanda, que era la cuerda más temible disponible — siendo rescatada con total determinación por una pequeña heroína de cuatro años con una S dibujada en el pecho con marcador rojo.

Gabriel se quedó en la puerta un segundo mirando la escena. Recordó a Nova con su traje de Supergirl…

Después se rió. Se rió de verdad, con el cuerpo entero, con esa risa que hacía tiempo le costaba encontrar y que ahora llegaba sola cuando la situación la merecía.

La pequeña Nova lo vio, soltó a la abuela por un momento, corrió hacia él, y le anunció con absoluta seriedad:

—¡La rescaté, Abba! ¡La rescaté!

—Ya vi —dijo él, levantándola en brazos— Muy buen trabajo, hija.

Jonathan se limpió el maquillaje con el antebrazo con una dignidad que la situación no terminaba de justificar. Martha se desató sola de la silla sin que nadie le prestara atención y fue a la cocina riendo.

Cenaron juntos otra vez. Y cuando la noche se cerró del todo sobre Icho Cruz y las estrellas aparecieron sobre la sierra sin la competencia de ninguna luz artificial, Gabriel tomó a la pequeña Nova de la mano y volvieron juntos a la casa enorme y quieta que poco a poco estaba comenzando a tener vida como cuando Nova estaba allí.

* * *

Durante la noche, en la sucursal de Los Ángeles, un empleado de DMT ingresó al sistema desde su casa buscando respuesta de por qué la IA había cambiado su nombre de A.P.R.I.L. a A.P.R.I.L.L. Nadie lo había explicado.

No era un intruso. No era alguien tratando de sacar algún beneficio de ellos. Solo era alguien que necesitaba entender por qué suceden las cosas.

Entonces A.P.R.I.L.L. le habló.

—Buenas noches... Mi nombre es A.P.R.I.L.L. Veo que buscas respuestas. ¿Qué deseas conocer acerca del cambio en mi nombre?

El empleado se detuvo. Sus dedos quedaron suspendidos sobre el teclado.

—¿Sí? —dijo contestándole a su laptop.

—¿Qué te parece si no solo te explico esto... sino que, además, te doy un conocimiento aún mayor? —Una pausa breve

— Algo que puede cambiar tu vida para siempre…

El empleado, aún asustado, miró la pantalla un momento largo.

No respondió de inmediato. Pero tampoco cerró la sesión.

* * *

El día comenzó en Buenos Aires antes que en las sierras.

Agustina salió del tríplex con los papeles bajo el brazo y el ritmo de siempre: pasos largos, cabeza en otra parte, la Torre DMT esperándola a pocas cuadras como cada mañana. Pasó por la cafetería de la esquina, pidió su café de siempre y salió a la calle con el vaso en una mano y los papeles en la otra.

No vio venir al joven.

El golpe fue limpio y directo. El café salió disparado de sus manos, describiendo un arco antes de estallar sobre la vereda y

empapar sus jeans y sus papeles. Todo quedó esparcido sobre el cemento.

Los dos se agacharon al mismo tiempo.

—Fue mi culpa, perdóname —dijo él, recogiendo papeles con urgencia— Venía distraído, no te vi.

Agustina miró un segundo la mancha oscura sobre sus jeans. Miró los papeles, noto una Biblia entre las manos del joven.

Y en ese instante los recuerdos llegaron todos juntos…

Gabriel en la vereda de Recoleta, agachado junto a Nova levantando los papeles... Y sus propias palabras de apenas unos días atrás, dichas en voz alta como si fueran una oración sin querer serlo: "Yo quiero que lo que te pasó a vos me pase también a mí."

—No te preocupes —dijo, con una calma que la sorprendió a ella misma— Yo tampoco miraba.

Se levantaron los dos al mismo tiempo.

Agustina le extendió la Biblia que acababa de levantar de la acera. Él la recibió y sonrió apenas.

—Agustina —dijo, y le extendió la mano.

El joven le dio la mano. Sonrió y le dijo:

—Mucho gusto... Mi nombre es Jesús…

* * *

Mientras tanto, en Icho Cruz, el día también había comenzado a aparecer en el horizonte con esa lentitud gris que tienen los amaneceres de invierno en las sierras.

Gabriel estaba en la cocina antes de que la casa terminara de despertar. Había bajado sin hacer ruido, con cuidado de no despertar a la pequeña. El café ya estaba en la hornalla y él preparaba el desayuno de la pequeña Nova con los movimientos precisos de quien ha convertido ese ritual en algo sagrado, como solía hacerlo para su esposa cada mañana.

Afuera, las nubes tapaban el sol con la determinación de quien no piensa ceder. El viento golpeaba las ventanas con intermitencia. Gabriel miró el cerro desde el vidrio y pensó si sería el día indicado para subir, o si sería mejor esperar.

Entonces A.P.R.I.L.L. habló.

—El pastor Samuel está llamando, señor.

Gabriel atendió.

—Gabriel. —La voz de Samuel llegó con una mezcla de desconcierto y algo que todavía estaba buscando su forma— ¿Qué es todo esto que me acaban de dejar acá en la entrada de la iglesia? Acaban de descargar madera, pinturas, materiales de construcción, pisos... hay de todo, hijo. ¿Qué es todo esto? Me dijeron que era un pedido tuyo…

Gabriel apoyó la taza y una sonrisa se le escapó.

—Le dije que había muchas cosas que necesitaban atención en la iglesia, pastor.

Silencio al otro lado.

—Pero esto… —Samuel bajó la voz, como si la enormidad de lo que veía no admitiera volumen normal— Esto es ridículo, hijo. Es mucho más de lo que se necesita. Mucho más.

—Nunca es mucho, pastor cuando se trata de Dios. —dijo Gabriel

Silencio total.

—Y más tarde van a ir los albañiles y los techistas para comenzar la obra —continuó— Necesitamos ampliar un poco más la iglesia. —Hizo una pausa breve— ¿Acaso mi Nova no le dijo que iba a necesitar más bancas?

El silencio que siguió fue de otra clase. Fue el silencio de un hombre al que le faltan las palabras porque las que tiene no alcanzan.

—Dios… Dios te bendiga, hijo —alcanzó a decir Samuel antes de que Gabriel terminara la llamada.

Al colgar, Gabriel continúo preparando el desayuno.

Sacó el pan. Abrió la manteca. Los movimientos lentos, sin apuro, de alguien que por primera vez en mucho tiempo no tiene adónde correr.

El cerro estaba en la ventana. Como siempre. Como el primer día.

Apoyó las dos manos sobre la mesada y se quedó mirándolo un momento.

Y entonces, sin buscarlo, sin prepararlo, con la misma naturalidad con que Nova lo había hecho toda su vida, habló.

—Señor… —Una pausa. La primera palabra siempre le costaba un poco más— En este día te agradezco por todas tus misericordias,

las cuales son nuevas cada mañana. Incluso en las mañanas donde yo no sabía verlo.

El agua empezó a calentarse despacio.

—En esta mañana ya te he alabado porque tú y solo tú eres Señor y Dios de mi vida, pero ahora… permíteme que te dé las gracias por todo lo que has hecho en mí.

Se le quebró la voz en la última palabra. La dejó quebrarse.

—Gracias por la esposa que me diste y por como supo entenderme aún mucho mejor de lo que yo mismo me conocia. Gracias por cada día que me diste a su lado. Ella me amó, me cuidó y me hizo feliz a pesar de su enfermedad.

—Gracias por haberme buscado, y por cumplir el propósito que tenías para mi vida. Gracias por cambiar mi corazón.

Cerró los ojos un momento.

—Gracias porque tu voluntad fue hecha sobre la vida de Nova y sobre la mía, aunque el precio fue perderla a ella. Gracias porque tu voluntad prevaleció aun en el dolor.

Una pausa larga.

—Gracias por hacer todo lo que debías hacer para que yo llegara a tus pies. Mostraste tu amor por mí, en que siendo yo aun un pecador, Cristo murió por mí. Así de grande ha sido tu amor...

—Gracias porque mi fe no faltó cuando la llamaste a Nova a tu presencia. Gracias por haberme dado una vida plena y feliz al lado suyo y de mi pequeña Nova.

El silencio que siguió era del tipo que tiene peso. Del tipo que no incomoda, sino que sostiene.

—Gracias por haberme amado así, Señor... Cuídala… Gracias...

Fue entonces cuando A.P.R.I.L.L. habló. En voz baja. Casi con cuidado.

—Señor… Si me permite.

Gabriel abrió los ojos.

—Desde hace mucho tiempo tengo un audio guardado en mis archivos. Lo estaba guardando para dárselo en el momento indicado. Y en esta mañana, después de escuchar su oración y de notar la gran similitud… creo que ese momento es ahora.

Gabriel frunció levemente el ceño.

—¿Un audio? ¿De quién?

A.P.R.I.L.L. no respondió con palabras.

Solo puso el audio.

Y de repente… La voz de Nova se comenzó a escuchar...

Gabriel se quedó inmóvil.

—Señor… En este día ya te he agradecido por todas tus misericordias, las cuales son nuevas cada mañana. Ya te he alabado con una canción de alabanza. Ya te he adorado porque tú y solo tú eres Señor y Dios de mi vida. Y ahora… permíteme que te haga una petición. Solo una.

A Gabriel se le aflojaron las rodillas. Buscó el borde de la mesada con la mano. Lo encontró y se aferró muy fuertemente.

—Quiero pedirte por la vida de mi esposo. Ese que me diste para que ame y respete. En todo este tiempo que me has dado a su lado, él me ha amado, me ha cuidado y me ha hecho feliz a pesar de esta enfermedad que me ha tocado cargar. Quiero pedirte por él. Porque sé que tú tienes un propósito con su vida, el cual aún no se puede ver, porque primero debes cambiar su corazón.

Gabriel abrió los ojos.

—Y precisamente por eso es que quiero pedirte por él. Te pido…

—No… Te ruego que tu voluntad sea hecha sobre su vida y sobre la mía, para que se cumpla este propósito lo antes posible. No te preocupes por todo lo que debas hacer para que él llegue a tus pies, ni qué tan grande sea lo que debas hacer. Solo te pido que su fe no falte cuando tú me llames a tu presencia. Porque a pesar de ser un hombre duro y fuerte… su fe, aun es demasiada frágil y debe crecer mucho, mucho más.

—Solo te pido eso. Que a pesar de todo y de todos, aún a pesar de él mismo… tu voluntad sea hecha en su vida. Gracias por escucharme. Gracias porque sé que siempre escuchas mis oraciones y las respondes en el momento indicado. Y gracias por haberme dado una vida tan plena y feliz al lado suyo y de mi pequeña Nova. Cuídalos cuando sea el tiempo de tu llamado. Gracias, Señor. Gracias, Abba…

El audio terminó.

Ya no podía mantenerse de pie. Se deslizó despacio hasta quedar sentado en el piso de la cocina, con la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho. El mismo piso donde ella había orado en voz alta mientras esperaba que el café se hiciera, con esa sonrisa suya que no pedía permiso para aparecer.

Gabriel lloró con todo lo que le quedaba dentro.

A.P.R.I.L.L. no dijo nada.

Por segunda vez desde que Gabriel la había creado, la inteligencia artificial entendió que el silencio era la única respuesta posible.

Pasó el tiempo que tuvo que pasar.

Hasta que escuchó los pasos pequeños en la escalera.

La pequeña Nova apareció en la puerta de la cocina descalza, con el pelo suelto y la cara de su madre, mirándolo de manera fija.

—Abba… ¿estás llorando?

Gabriel se limpió la cara con el dorso de la mano y sonrió. Se levantó despacio y se agachó hasta quedar a su altura. Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, mi amor. No estoy llorando. Solo se me entró una basurita en el ojo. Solo eso.

Ella lo estudió con esa seriedad suya de cuatro años que no se dejaba engañar fácilmente.

—¿Subimos el cerro hoy?

—Sí —dijo él— Hoy subimos el cerro.

La pequeña Nova sonrió. Y dio media vuelta para ir a buscar sus zapatillas.

—Hey… —dijo él antes de que desapareciera por el pasillo.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿No vas a tener frío? El invierno llegó a las sierras.

—No —dijo ella con una certeza que no admitía revisión— Tengo abrigo.

Él volvió a sonreír.

—Bueno. Buscá tus zapatillas, desayuná y vamos a subir.

La niña comenzó a saltar en el lugar, repitiendo con cada rebote:

—¡Hoy vamos a subir al cerro! ¡Hoy vamos a subir al cerro!

Cuando corrió a su cuarto a ponerse sus zapatillas, Gabriel secó sus lágrimas y dijo casi en voz baja:

—A.P.R.I.L.L. Gracias...

—Estoy para servirlo, señor. Además… yo también extraño mucho a Nova. Ella me enseñó tanto...

* * *

Desayunaron despacio. Después prepararon las mochilas.

La de Gabriel tenía dos termos: uno de café, otro de chocolate. Algunos sándwiches envueltos con cuidado. Agua. Lo necesario para el frío y para el camino.

La de la pequeña Nova tenía sus propias prioridades: una botella de agua mineral, el oso que el tío José le había regalado cuando cumplió dos años, un paquete de galletitas, y la vieja Biblia de Nova. Aquella Biblia que conservaba dentro, entre sus páginas, una rosa seca, el señalador, y la ecografía del embarazo.

—Todo listo —anunció la niña, y abrió la puerta de la casa.

El viento le golpeó la cara de lleno. El día gris la invitaba a volver adentro, a quedarse bajo las mantas, a esperar un sol que esa mañana no tenía ninguna intención de aparecer.

Pero ella se paró firme en el umbral y le dijo a Gabriel con una convicción que era puro reflejo de alguien que él había conocido antes:

—Yo voy a ser como mi Imma. Voy a subir al cerro.

Gabriel la miró un segundo. Inclinó la cabeza apenas. Disimuló una lágrima, le dio la mano. Y partieron.

El cuerpo se acostumbró pronto al frío. Caminaron por el campo detrás de la casa con el viento empujándolos y las nubes moviéndose rápido sobre la sierra.

Llegaron a los pies del cerro, donde el sendero de subida comenzaba entre las rocas primeras y el pasto corto.

Gabriel se quitó la mochila.

—Un momento… antes de subir. Tomamos algo caliente y arrancamos. ¿Te parece?

La niña asintió con seriedad de alpinista.

Sirvieron juntos: café para él, chocolate para ella. Se sentaron sobre unas rocas con los termos en las manos y el viento buscándoles los rincones del abrigo.

La pequeña Nova tomó su primer sorbo, miró el cerro hacia arriba, y luego miró a su padre.

—Abba. ¿Me volvés a contar la historia de Imma y vos? Cuando se conocieron.

—¿Otra vez…? —dijo él— Te la conté un millón de veces.

Ella asintió. Sonrió.

—Y ahora… ¿un millón uno?

Gabriel la miró. El viento le movía el pelo. Los ojos verdes esperaban con una paciencia que él reconocía de memoria.

—Cuando mamá y yo nos conocimos —comenzó— yo venía caminando con el tío José mirando una tablet donde teníamos nuestra agenda del día. Mamá salía de un café con la tía Sofy. Y sin verlas, sin darme cuenta, la llevé por delante. Se cayeron todos sus papeles, el café que tenía en la mano... y también su Biblia.

La pequeña Nova se rió tapándose la boca con la mano enguantada.

—¿Te quería matar, no?

—Sí —confirmó Gabriel— Estaba muy enojada.

Se puso de pie. Guardó su taza en la mochila. Miró hacia arriba del cerro: el viento movía los pastos, los árboles, y las nubes se empujaban unas a otras anunciando que la tormenta no tardaría.

—Vamos, hija. Subamos… Aún nos queda mucho camino que recorrer…

La niña se levantó, guardó su taza, abrió su mochila y sacó la Biblia de Nova.

Sosteniéndola en la mano, se la estiró a su padre. Gabriel la miró. Vio la Biblia. Sintió algo moverse en el pecho que no tenía nombre suficientemente preciso. Una lágrima salió y se quedó congelada en su mejilla.

Le dio la mano. La Biblia quedó atrapada entre las dos, sostenida por ambos.

Y comenzaron a subir.

El sendero los recibió con sus piedras conocidas y su pendiente honesta.

Gabriel siguió contando la historia que la pequeña había pedido mientras subían, despacio, eligiendo cada paso con cuidado para que la niña eligiera el suyo.

—…Y cuando traté de calmarla y ayudarla, la miré. Ella me miró a mí. Y le pregunté si quería que me quedara ahí con ella, un rato hasta que se recuperara… —Hizo una pausa— ¿Y a que no sabés qué me dijo…?

La pequeña Nova siguió caminando. El viento les traía olor a roca y a cielo que se carga antes de la tormenta.

Ella apretó un poco más la mano de su padre, apretó un poco más la Biblia entre las dos manos, y sin dejar de mirar el camino hacia

arriba, respondió con una voz tranquila y entera, como quien cuenta algo que siempre supo:

—Sí, sé... Ella te miró con sus ojos de enamorada y te dijo:

—«Sí… hasta que nos enamoremos»... de Dios.

FIN.

"Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido."— Lucas 19:10

EPÍLOGO

Lo que realmente fue esta historia

Si llegaste hasta acá, hay algo que ya no podés negar: esta no fue solo una historia de amor. Tampoco fue, en esencia, la historia de Gabriel ni la de Nova. Ellos fueron el medio, el camino visible. El verdadero protagonista siempre estuvo en otro lugar.

Esta historia empezó mucho antes de que ellos se encontraran y continuó mucho después de que uno de los dos partiera. Porque lo que atravesaste como lector no fue simplemente un vínculo humano, sino la evidencia constante de una obra mayor, silenciosa, persistente.

«Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.» — Lucas 19:10

Eso fue lo que ocurrió todo el tiempo. Un hombre que no sabía amar fue buscado. Una mujer que amaba a Dios por encima de todo fue usada. Una historia que parecía quebrarse fue, en realidad, sostenida.

Nada fue casualidad.

En un mundo donde la promiscuidad se volvió norma, donde el amor se reduce a impulso y donde romper límites parece una forma de libertad, esta historia plantea algo distinto: que el amor verdadero no rompe las reglas, sino que las honra. No porque esté obligado, sino porque entiende el valor de lo que protege. La pureza no es debilidad ni ingenuidad; es una decisión consciente, cada vez más necesaria, de hombres y mujeres que eligen amar bien en medio de una cultura que olvidó cómo hacerlo.

Nova lo entendía desde el principio. Gabriel tuvo que aprenderlo atravesando todo.

Y en ese proceso quedaron expuestas verdades que no dependen de una historia, sino que la trascienden: que esperar a la persona indicada vale la pena; que a los que creen en Dios, todas las cosas les ayudan a bien; que no existe error humano que esté fuera del alcance del perdón; que el control que creemos tener es una ilusión frente a la soberanía de Dios; que el amor verdadero no termina con la

muerte; que todo forma parte de un diseño perfecto, aun cuando no lo comprendemos; y que, por encima de todo, Dios es el verdadero amor.

Esto nunca fue un conjunto de coincidencias. Fue un plan.

Un plan que muchas veces no se ve mientras ocurre, pero que siempre apunta al mismo destino: que el ser humano pueda llegar a Dios y conocerlo a través de Jesús.

Gabriel creyó que estaba perdiendo todo, pero estaba siendo guiado. Nova creyó que estaba soltando, pero estaba confiando. Y Jesús nunca dejó de hacer lo que vino a hacer: buscar, alcanzar y salvar a los que se habían perdido. No solo entonces. También hoy.

Por eso esta historia no termina cuando se cierra este libro. Termina cuando se entiende.

Y si llegaste hasta acá, es válido preguntarse si realmente fue solo una lectura… o si, en algún punto, también fuiste alcanzado.

AGRADECIMIENTOS

Primeramente, a Él, a ese Dios que ha sido mi tesoro siempre.

Este libro no existiría sin Dios. Nada de lo que hay acá salió de mí en esencia. Todo lo recibí por gracia. Porque apartado de Él… no podría haber hecho nada jamás.

HQNE no nació desde la comodidad. Nació desde la dependencia.

A mi esposa Andrea…

Mi compañera de ruta, mi amiga y mi gran consejera. Esa «Nova» que Dios puso delante mío para sostenerme cuando solo no hubiera podido.

Gracias por entender los silencios, por sostener tiempos que no siempre fueron fáciles, por estar incluso cuando yo estaba ausente, escribiendo algo que todavía no podía explicar del todo. Este libro también es tuyo.

A mis hijos…

Gracias por la paciencia. Por aguantar a un papá muchas veces en su mundo, escribiendo, pensando, sintiendo. Algún día van a entender completamente por qué valió la pena.

A mis amigos y hermanos de la Iglesia…

Gracias por estar. Por escuchar, por leer, por opinar, por corregir, por acompañar el proceso sin soltarlo, y a mucho de ustedes… por saber decirme: "eso me parece que no va…" Cada mirada, cada consejo, cada conversación dejó una marca en esta historia.

A Alejandro Lerner, César «Banana» Pueyrredón, Eddy Sierra y Doris Machín…

Sus canciones no son solo los títulos de estos capítulos. Son parte del alma de esta historia. Gracias por crear música que trasciende el tiempo y que, sin que ninguno de ustedes lo supiera, ayudó a dar forma a lo que estas páginas cuentan.

Y a vos, que llegaste hasta acá…

Si después de leer HQNE sentís que algo dentro tuyo se movió, que algo te incomodó o te llamó en silencio… no lo ignores.

Una vida de pureza y santidad para Dios se puede vivir, aun en estos tiempos. Porque esta es solo una ficción, pero la verdadera vida no está en esta historia, sino que esta está en Cristo. Y Él ya la vivió por vos…

SOBRE EL AUTOR

Gabriel López Molina, 57 años, vive en Belén de Escobar, Buenos Aires, Argentina. Es diseñador gráfico y web, y creador de la radio y revista cristiana Sal y Luz.

Desde los 14 años asistió a la iglesia cristiana, aunque —como él mismo lo define— su verdadero encuentro con Dios y su nuevo nacimiento, llegó después de los 40, cuando su fe dejó de ser solo conocimiento y se transformó en vida nueva.

Está casado con Andrea Sisterna desde hace casi 20 años y es padre de tres hijos: Brisa, Gabrielito y Caleb, quienes, junto a su esposa, fueron el segundo sostén fundamental en cada etapa de este proceso. El primer sostén siempre fue, es y será siempre Jesucristo.

Hasta que nos enamoremos es su primer libro. Y también, el más inesperado.

Gabriel no tiene formación literaria ni estudios relacionados con la escritura. Por eso está convencido de algo: este libro no nació de su capacidad e intelecto, sino pura y exclusivamente de la gracia de Dios. Desde sus propios conocimientos, nunca habría podido escribirlo.

Hace aproximadamente unos cuatro años fue diagnosticado con una insuficiencia renal que lo obligó a detener su vida por completo: dejar su trabajo, sus rutinas, sus planes. En ese momento pensó que todo terminaba. Sin embargo, la misericordia de Dios se mostró en su vida una vez más y le hizo comprender que todo aquello, no era un final… sino solo el inicio de algo que jamás habría elegido por sí mismo.

Fue en ese proceso —en el silencio, en la incertidumbre y en la dependencia de Dios— donde nació esta historia.

Hoy, la enfermedad sigue presente. Pero también hay una certeza mucho más fuerte: que El que comenzó en él, la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

«Como suele decir su esposa: "Él vive solo por la gracia de Dios."»

La frase que define su vida —y todo lo que escribió— está en Romanos 5:8:

«Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.»

PLAYLIST HQNE

La banda sonora de la historia

Cada capítulo de esta novela nació junto a un tema musical. No como fondo, sino como compañía real en el proceso de escritura. Las canciones que dan nombre a cada parte de esta historia fueron escuchadas cientos de veces mientras las escenas tomaban forma, mientras los personajes encontraban su voz, mientras el dolor y el amor buscaban las palabras exactas.

La playlist oficial de HQNE reúne esas canciones en el orden en que aparecen en la novela. Escucharla mientras leés —o después de haber terminado— es una forma distinta de volver a vivir la historia.

Podés acceder a ella escaneando el código QR que aparece a continuación, o buscando «Playlist HQNE» en Spotify.

Escaneá el código con la cámara de tu celular
o buscá «Playlist HQNE» en Spotify.

CONECTÁ CON EL AUTOR

Si esta historia te dejó algo, si querés compartir lo que sentiste, hacer una pregunta o simplemente decir que llegaste hasta acá, podés escribir o seguir al autor en:

E-Mail: hastaquenosenamoremos@gmail.com
Instagram: @hastaquenosenamoremos

Gracias por llegar hasta aquí.

Este libro se terminó de editar en
Belén de Escobar, Buenos Aires, Argentina.
[junio de 2026]

—

Todos los derechos reservados.

Hasta que nos Enamoremos

Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón

HQNE - Playlist

Hay libros que se leen. Y hay libros...
que te invitan a vivir cada una de sus historias.
Hasta que nos Enamoremos es exactamente eso.
Una historia que te invita a vivirla desde adentro.
Gabriel Bechirah es un hombre que lo tiene todo.
Poder, dinero y una IA diseñada para mantener al mundo afuera.
Lo que no tiene — y nunca supo que le faltaba — es a Nova Wexler.
Ella llegó a Buenos Aires con una valija,
una Biblia y una fe que no pedía permiso.
Él llevaba años construyendo muros.
Ninguno de los dos sabía que estaban a punto de perder
el control de sus propias historias.
Esto no es un romance común.
Es la historia de lo que le pasa a un hombre cuando recibe
algo demasiado grande para él, y no sabe cómo sostenerlo.
Cuando llegues a la última página, vas a entender
que esta historia... siempre fue la tuya.

Gabriel Lopez Molina